

HERMANOS

COMPAÑÍA E, 506 REGIMIENTO, 101 DIVISIÓN AEROTRANSPORTADA

DE SANGRE

DESDE NORMANDÍA HASTA EL NIDO DEL ÁGUILA DE HITLER



Libro en el
que se basa
la serie de TV de
TOM HANKS
y STEVEN
SPIELBERG

STEPHEN E. AMBROSE

Lectulandia

Este libro narra las historias de los hombres que formaron la Compañía E del 506 Regimiento de Infantería Paracaidista del Ejército de Estados de América. Los hombres que saltaron en paracaídas sobre Francia a primeras horas del Día D y los que capturaron el Nido de Águila de Hitler en Berchtesgaden. Todos ellos lucharon, pasaron hambre y frío y muchos murieron en el campo de batalla. Para ellos el Corazón Púrpura sólo era un símbolo del deber.

“Los adictos a la historia militar apreciarán este libro... La minuciosa investigación de Stephen Ambrose y su capacidad de analizar la información ha dado como resultado este fantástico relato de los heroicos servicios de esos hermanos de sangre que él tanto admira” **San Francisco Chronicle**

“Como miembro de una unidad parecida... Estoy impresionado por como Stephen Ambrose ha sabido captar la verdadera esencia del combate en una compañía de fusileros” **The New York Times**

“Una extraordinaria lectura para todos los entusiastas de la Segunda Guerra Mundial” **Publishers Weekly**

Lectulandia

Stephen E. Ambrose

Hermanos de sangre

Compañía E, 506 Regimiento, 101 Div. Aerotransportada

Desde Normandía hasta el nido del águila de Hitler

ePUB v1.3

Ozzeman 24.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Band of Brothers*
Autor: Stephen E. Ambrose, 1992
Traducción: Gerardo di Masso
Diseño/retoque portada: Pat-a-Cake / Ozzeman

Editor original: Ozzeman (v1.0 a v1.3)
Corrección de erratas: xlakra (v1.2)
Corrección de erratas: Forocomic (v1.3)
ePub base v2.0

A todos los miembros de la infantería Paracaidista del Ejército de Estados Unidos, 1941-1945, quienes llevan el Corazón Púrpura no como una condecoración sino como un símbolo de su deber.

Desde hoy hasta el fin del mundo
...nosotros seremos recordados
...nosotros, hermanos de sangre

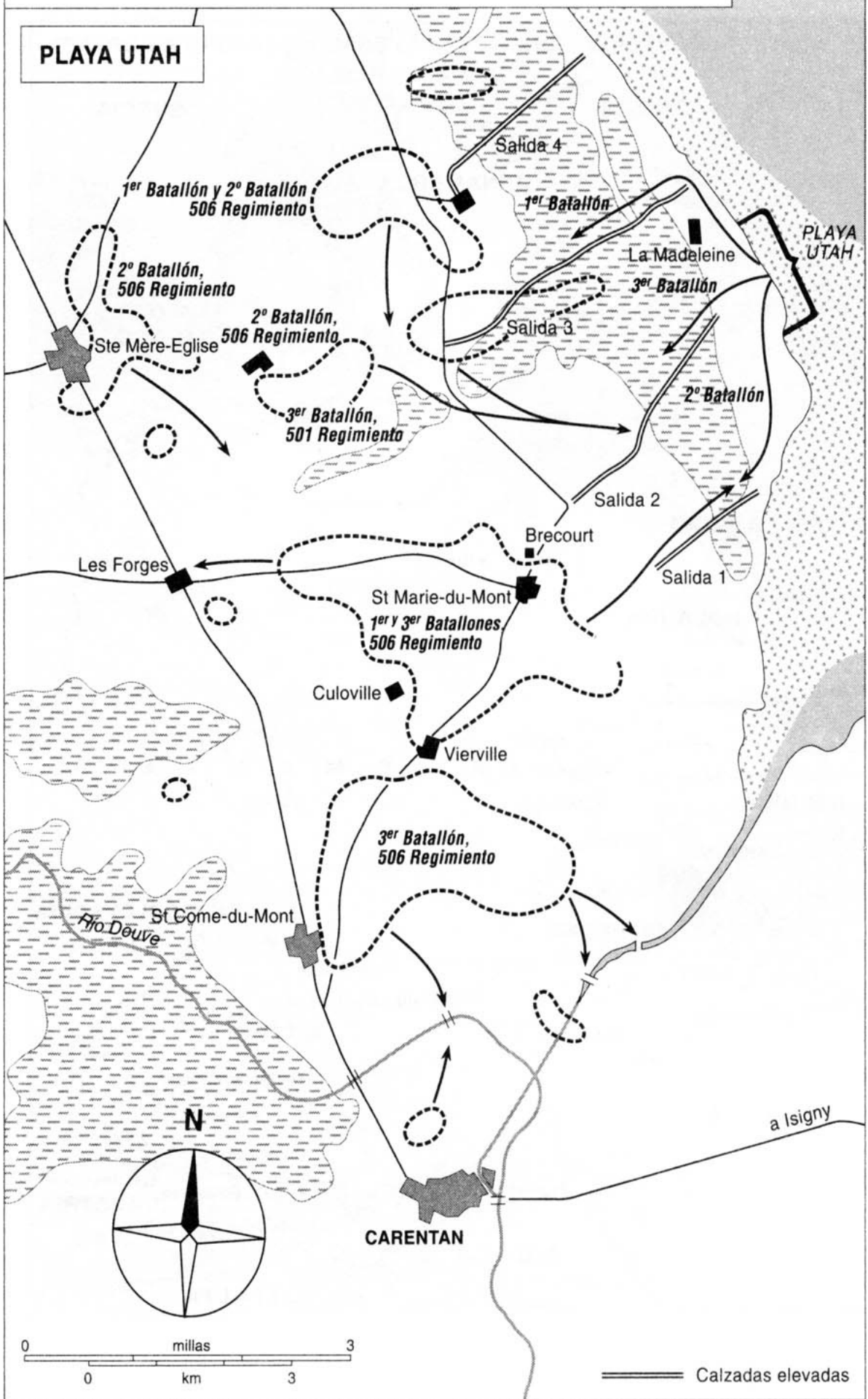
Enrique V
WILLIAM SHAKESPEARE

TEATRO DE OPERACIONES DE LA 101 DIVISIÓN AEROTRANSPORTADA

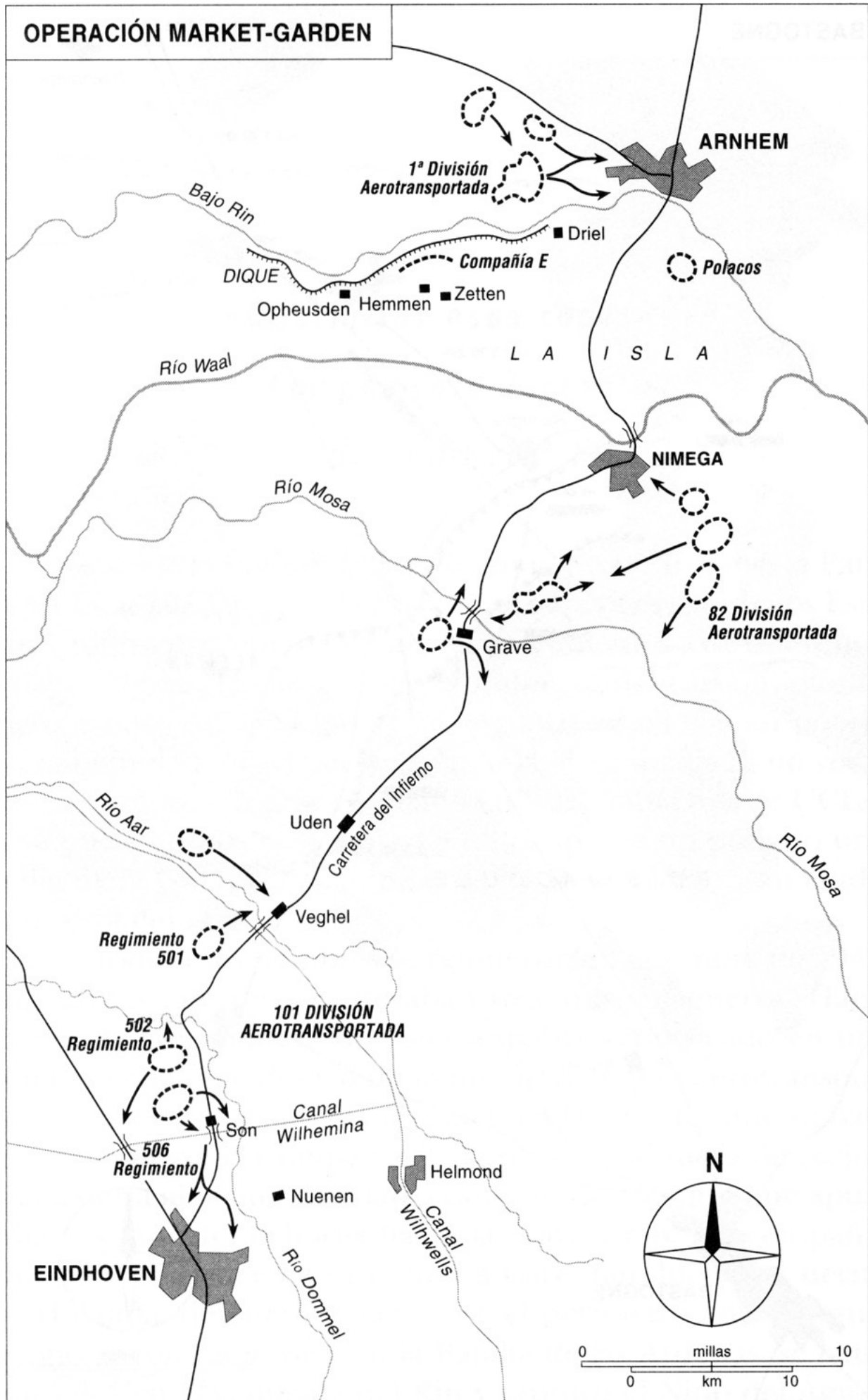


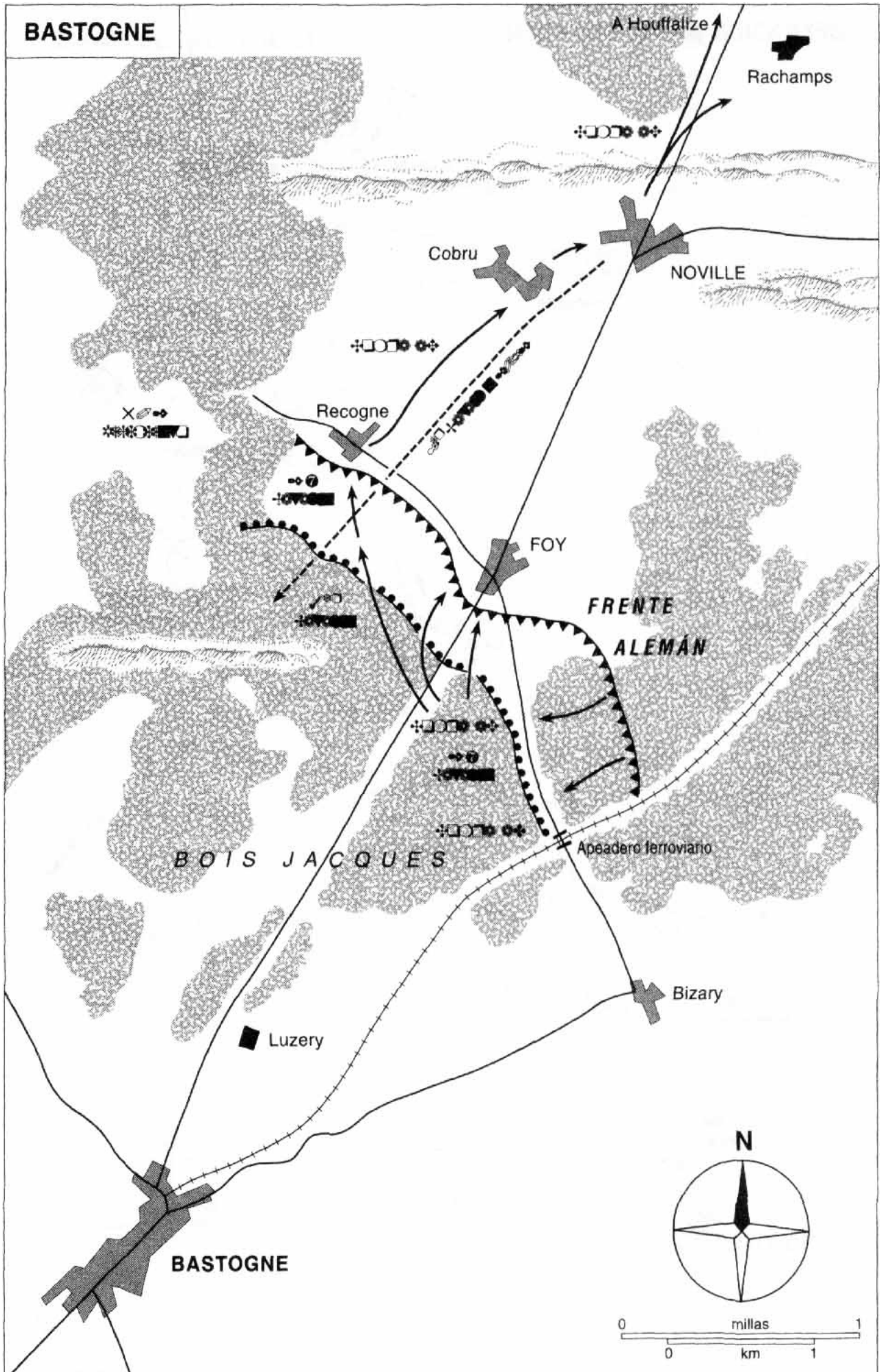


ZONAS DE SALTO DE LA 101 DIVISIÓN AEROTRANSPORTADA



OPERACIÓN MARKET-GARDEN





«Queríamos esas cosas»

Campamento Toccoa

Julio - diciembre, 1942

LOS HOMBRES DE LA COMPAÑÍA E, 506.º Regimiento de Infantería Paracaidista, 101 División Aerotransportada, Ejército de los Estados Unidos, procedían de diferentes ambientes y de diferentes partes del país. Había granjeros y mineros del carbón, montañeses e hijos del Profundo Sur. Algunos de ellos eran pobres de solemnidad, otros pertenecían a la clase media. Uno venía de Harvard, otro había estudiado en Yale, había dos de UCLA. Sólo uno pertenecía al Viejo Ejército, apenas un puñado procedía de la Guardia Nacional o de los Reservistas. Eran ciudadanos soldados.

Todos esos hombres se reunieron en el verano de 1942, cuando los europeos ya llevaban tres años en guerra. Hacia finales de la primavera de 1944 se habían convertido en una compañía de élite dentro de la infantería ligera aerotransportada. A primera hora de la mañana del Día D, durante su bautismo de fuego, la Compañía E capturó y dejó fuera de acción una batería alemana de cuatro cañones de 105 mm que apuntaba sus mortíferas bocas hacia la Playa Utah. La compañía encabezó el avance en dirección a Carentan, luchó en tierras de Holanda, defendió tenazmente el perímetro en Bastogne, dirigió la contraofensiva en la Batalla de las Ardenas, se batió con valor en la campaña del Rin y capturó el Nido del Águila de Hitler en Berchtesgaden. Esa actuación le había costado 150 bajas. En el momento cumbre de su efectividad, exhibida en Holanda en octubre de 1944 y en la campaña de las Ardenas en enero de 1945, era una de las mejores compañías de fusileros del mundo.

Una vez que el trabajo terminó, la compañía fue licenciada y los hombres regresaron a casa.

Cada uno de los 140 hombres y siete oficiales que formaban la compañía original siguieron un camino diferente hasta llegar a su lugar de nacimiento, el Campamento Toccoa, en Georgia, pero todos ellos tenían algunas cosas en común. Todos eran jóvenes y habían nacido después de la Primera Guerra Mundial. Todos eran blancos, porque el Ejército de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial estaba segregado. Salvo tres excepciones, todos eran solteros. La mayoría de ellos habían sido cazadores y deportistas en el instituto.

Eran tíos especiales en cuanto a sus valores personales. Para ellos eran muy importantes el bienestar físico, la autoridad jerárquica y formar parte de una unidad

de élite. Eran jóvenes idealistas, estaban ansiosos por fundirse en un grupo de combate que luchaba por una causa, y buscaban decididamente un equipo con el cual pudieran identificarse, unirse, relacionarse y pertenecer a él como si fuese su propia familia.

Se presentaron voluntarios al cuerpo de paracaidistas, dijeron, por la emoción, el honor y los 50 pavos (para los reclutas) y 100 pavos (para los oficiales) que los paracaidistas recibían cada mes como bonificación. Pero en realidad se habían presentado voluntarios para saltar desde los aviones por dos profundas razones personales. La primera de ellas, según las palabras de Robert Rader, «era el deseo de ser mejor que el tipo que tenías al lado». A su manera, cada uno de los hombres había experimentado lo que sintió Richard Winters: la conciencia de que dar lo mejor de sí mismo era una manera mejor de pasar por el Ejército que no holgazanear por cualquier parte con las penosas excusas que daban los soldados a los que conoció en los puestos de reclutamiento o durante el entrenamiento básico. Ellos querían que el tiempo que pasaran en el Ejército fuese positivo, una experiencia que implicara aprendizaje, maduración y desafío.

En segundo lugar, ellos sabían que entrarían en combate y no tenían ninguna intención de hacerlo en una compañía de reclutas pobremente entrenados, pobremente acondicionados y pobremente motivados. En cuanto a elegir entre ser un paracaidista que encabezara la ofensiva y un soldado de infantería anónimo que era incapaz de confiar en el tipo que estaba a su lado, decidieron que el riesgo mayor estaba entre las filas de la infantería. Cuando comenzara la batalla, querían mirar hacia arriba al hombre que estaba junto a ellos, no hacia abajo.

Todos habían sido golpeados duramente por los años de la Gran Depresión y tenían cicatrices que lo probaban. Muchos de ellos habían crecido sin comida suficiente que llevarse a la boca, con agujeros en las suelas de los zapatos, con jerséis andrajosos y sin coche, incluso a menudo sin una simple radio. Su educación se había visto interrumpida de golpe, ya fuese por la Depresión o por la guerra.

«A pesar de todo, con estos antecedentes, yo sentía y aún siento un gran amor por mi país», declaró Harry Welsh cuarenta y ocho años más tarde. Cualesquiera que fuesen sus legítimas quejas acerca de cómo los había tratado la vida, no estaban resentidos con ella ni con su país.

Y salieron de la Depresión con otras características muy positivas. Eran hombres seguros de sí mismos, acostumbrados al trabajo duro y a recibir órdenes. A través del deporte o de la caza o de ambos, todos ellos habían forjado un fuerte sentimiento de autoestima y seguridad en sus posibilidades.

Sabían que les esperaban muchos peligros. Sabían que harían mucho más de lo que les correspondería hacer en el campo de batalla. Lamentaban tener que sacrificar años de su juventud en una guerra que no habían provocado. Querían lanzar pelotas

de béisbol, no granadas, disparar con sus rifles del 22 no con fusiles M-1. Pero cuando la guerra se presentó en sus vidas, todos decidieron ser lo más positivos posible en sus carreras en el Ejército de su país.

No era que supiesen mucho acerca de la infantería aerotransportada, excepto que era un cuerpo nuevo y estaba formado exclusivamente por voluntarios. Les habían dicho que el entrenamiento físico era más duro que cualquier otra cosa que hubiesen visto hasta entonces, o del que soportaba cualquier otra unidad del ejército, pero estos jóvenes leones no veían la hora de empezar. Esperaban que, cuando el entrenamiento hubiese concluido, serían más grandes, más fuertes, más duros que cuando habían comenzado, y habrían soportado la dureza del entrenamiento con los tipos que luego lucharían codo con codo junto a ellos.

«La Depresión había terminado —recordaba Carwood Lipton de aquellos meses del verano de 1942— y yo estaba iniciando una nueva vida que me cambiaría de un modo profundo». Lo mismo les sucedería a todos ellos.

El teniente primero Herbert Sobel, de Chicago, fue el miembro inicial de la Compañía E y su comandante. Su segundo comandante era el subteniente Clarence Hester, nacido en el norte de California. Sobel era judío, urbano, con un grado de la Guardia Nacional. Hester había comenzado como soldado raso y luego consiguió su rango en la Escuela de Aspirantes a Oficiales (OCS). La mayoría de los componentes del pelotón y de los asistentes de sus jefes acababan de graduarse en la OCS, incluyendo a los subtenientes Dick Winters, de Pennsylvania, Walter Moore, procedente de las pistas de atletismo de California, y Lewis Nixon, de la ciudad de Nueva York y la Universidad de Yale. S.L. Matheson se había graduado en el ROTC (Centro de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva). A los veintiocho años, Sobel era el viejo del grupo; los otros tenían veinticuatro años o menos.

La compañía, junto con las compañías D, F y el Batallón del Cuartel General, formaban el 2.º Batallón del 506.º Regimiento de Infantería Paracaidista (PIR). El comandante del batallón era el mayor Robert Strayer, un oficial de la reserva de treinta y un años. El comandante del regimiento era el coronel Robert Sink, un graduado de West Point de la promoción de 1927. El 506.º era una unidad experimental, el primer regimiento de infantería paracaidista en el que los hombres realizarían juntos, como una unidad, su entrenamiento básico y su entrenamiento de saltos. Pasaría un año antes de que fuese asignado a la 101 División Aerotransportada, las Águilas Aullantes. Los oficiales eran tan inexpertos como sus hombres respecto al oficio de paracaidista; eran maestros que, en ocasiones, sólo le llevaban un día de ventaja a su clase.

Los suboficiales originales eran del Viejo Ejército. «Los mirábamos —recordaba el soldado Walter Gordon, de Mississipi— casi como si fuesen dioses porque tenían

sus alas, eran paracaidistas veteranos. Pero, joder, si sabían cómo dar la media vuelta, estaban por delante de nosotros, que sólo éramos unos novatos. Más tarde, al volver la vista atrás, los mirábamos con desdén. No podían compararse con nuestros hombres, quienes ascendieron a cabos y sargentos».

Los primeros soldados rasos de la Compañía E fueron Frank Perconte, Hermán Hansen, Wayne Sisk y Carwood Lipton. A los pocos días de haberse formado, la Compañía E ya contaba con una dotación completa de 132 hombres y ocho oficiales. Estaba dividida en tres pelotones y una sección de cuartel general. Había tres escuadras de fusileros compuestas por doce hombres más una escuadra de morteros integrado por seis hombres en cada pelotón. Como unidad de infantería ligera, la Compañía E disponía de una ametralladora por cada una de las escuadras de fusileros y un mortero de 60 mm en cada equipo de morteros.

Fueron muy pocos los miembros originales de la Compañía E que consiguieron superar su paso por el Campamento Toccoa. «Los oficiales llegaban y se marchaban —señalaba Winters—. Bastaba con echarles un vistazo para saber que no lo conseguirían. Algunos no eran más que bolas de sebo. Eran tan torpes que ni siquiera sabían cómo caer». Esta era una situación típica de los hombres que trataban de integrarse en el 506.º PIR; se necesitaron 500 oficiales voluntarios para conseguir los 148 que superaron las duras pruebas de Toccoa, y 5300 voluntarios alistados para conseguir 1800 graduados.

Como muestran claramente las estadísticas, Toccoa era un verdadero reto para esos hombres. La tarea específica del coronel Sink era encargarse del entrenamiento de los hombres, endurecerlos, enseñarles los fundamentos de las tácticas propias de la infantería, prepararlos para la escuela de saltos y formar un regimiento que él mandaría personalmente en combate.

«Estábamos clasificando a los hombres —recordaba el teniente Hester—, separando a los gordos de los delgados y eliminando a los que no tenían agallas».

Al recordar su primer día en la Compañía E, el soldado Ed Tipper dijo: «Miré hacia el Monte Currahee, que se alza muy cerca del campamento, y le dije a otro tío: "Apuesto a que cuando hayamos acabado el programa de entrenamiento, lo último que nos harán hacer será ascender a la cima de esa montaña". [En realidad Currahee era más una colina que una montaña, pero alcanzaba casi los 300 metros sobre el campo de revista y dominaba completamente el paisaje.] Unos minutos más tarde se oyó un silbato. Formamos, nos ordenaron que nos pusiéramos botas y pantalones cortos de deporte. Lo hicimos, volvimos a formar... y luego corrimos la mayor parte de los cinco kilómetros hasta la cima de Monte Currahee y regresamos». Aquel primer día perdieron a varios hombres. Una semana más tarde corrían —o, al menos, lo hacían a paso ligero— todo el camino de ida y vuelta.

Tipper continuó su relato: «Al finalizar la segunda semana nos dijeron: "Tranquilos. Hoy no correremos". Nos llevaron al comedor del cuartel y nos sirvieron unos espaguetis estupendos para el almuerzo. Cuando salimos del comedor, se oyó un silbato y nos dijeron: "Hay un cambio de órdenes. Todos a correr". Subimos y bajamos Currahee con un par de ambulancias detrás de nosotros y los hombres vomitando espaguetis por todo el camino. Los que tiraron la toalla y aceptaron la invitación de los médicos para regresar en las ambulancias fueron expulsados aquel mismo día».

A los hombres les dijeron que Currahee era una palabra india que significaba «estar solo», que era la forma en que los paracaidistas esperaban luchar. Se convirtió en el grito de guerra del 506.º.

Los oficiales y soldados rasos subían y bajaban Currahee tres o cuatro veces por semana. Y llegaron a cubrir el recorrido de nueve kilómetros en cincuenta minutos. Además, cada día debían superar una agotadora pista de obstáculos, realizar flexiones, planchas y otros ejercicios físicos.

Cuando los hombres no estaban entrenándose, estaban aprendiendo los conocimientos básicos del servicio militar. Comenzaron con ejercicios de instrucción cerrada y luego continuaron con marchas nocturnas con el equipo completo. La primera marcha nocturna se desarrolló sobre un trayecto de dieciocho kilómetros; a cada nueva marcha se le sumaban dos o tres kilómetros. Eran marchas que se realizaban sin descansos, sin cigarrillos y sin agua. «Estábamos destrozados, hechos polvo y pensábamos que si no bebíamos un poco de agua caeríamos fulminados», recordaba el soldado Burton «Pat» Christenson. Al acabar cada una de estas agotadoras marchas, Sobel siempre comprobaba la cantimplora de cada uno de sus hombres para ver si aún continuaba llena.

Aquellos que consiguieron superar estas durísimas pruebas de resistencia lo hicieron debido a una férrea determinación personal y a su deseo de que la gente reconociera que eran especiales. Al igual que todas las unidades de élite en todo el mundo, la División Aerotransportada poseía sus símbolos y distintivos originales. Una vez que pasaran por la escuela de saltos recibirían las alas de plata que llevarían sobre el bolsillo izquierdo de sus guerreras, una tira de tela sobre el hombro izquierdo, otra tira de tela en sus gorras y el derecho a usar botas de paracaidista y a embutirse los pantalones dentro de las botas. Gordon dijo que «ahora (1990) no tiene mucho sentido, pero en aquel momento todos estábamos dispuestos a dar nuestra vida para poder llevar estos aprestos de las tropas aerotransportadas».

El único descanso llegaba cuando hacían instrucción con armas, lectura de mapas y brújula, tácticas de infantería, códigos, señales, teléfonos de campaña, equipos de radio, cableado de cuadros de distribución y demoliciones. Cuando llegaba el momento de adiestrarse en combate cuerpo a cuerpo y con bayoneta tenían que

volver a utilizar sus temblorosos músculos.

Cuando les entregaron sus fusiles les dijeron que debían tratar el arma como lo harían con su esposa, suavemente. Era de ellos para tenerla y conservarla, para dormir con ella en el campo de batalla, para conocerla en sus detalles más íntimos. Llegaron a familiarizarse con sus fusiles hasta el punto de ser capaces de desmontarlos y volverlos a montar con los ojos vendados.

Para preparar a los hombres para la escuela de saltos, Toccoa disponía de una torre de diez metros de altura. Se sujetaba un hombre a un arnés de paracaídas que estaba unido a correas principales de sustentación de cinco metros, que a su vez estaban unidas a una polea que discurría por un cable. La acción de saltar desde la torre con el arnés y deslizarse por el cable hasta el suelo daba la sensación de un auténtico salto en paracaídas desde un avión.

Todas estas actividades iban acompañadas al unísono por gritos, cantos o insultos. El lenguaje era obsceno. Estos hombres de diecinueve y veinte años recién alistados, liberados de las restricciones del hogar y la cultura, arrojados juntos a una sociedad exclusivamente masculina, procedentes de todos los rincones de Estados Unidos, utilizaban las palabras como una forma de vínculo que los unía. «Joder» era, con diferencia, el término más empleado. Sustituía a adjetivos, nombres y verbos. Se utilizaba para describir a los cocineros: «esos jodidos» o «jodidos cocineros»; su trabajo: «ya la han vuelto a joder», etc. David Kenyon Webster, especializado en filología inglesa por la universidad de Harvard, confesó que le resultaba muy difícil adaptarse a ese «lenguaje soez, monótono y poco imaginativo». Este lenguaje, sin embargo, contribuyó a que estos chicos se convirtiesen en hombres y, lo que era más importante aún, a que se sintieran miembros de un grupo. Incluso Webster se acostumbró a esta peculiar forma de expresión, si bien jamás le gustó.

Los hombres estaban aprendiendo a hacer algo más que maldecir, más que disparar un fusil, más que tomar conciencia de que su resistencia física era mucho mayor de lo que jamás habían imaginado. Estaban aprendiendo la obediencia instantánea e incuestionable. Las infracciones menores eran castigadas al instante, habitualmente ordenando al infractor que realizara veinte flexiones. Las infracciones más graves costaban el pase de fin de semana o varias horas de marcha con la mochila cargada hasta los topes en el campo de revista. Según Gordon, en el Ejército había un dicho: «No podemos obligarte a hacer nada, pero podemos hacer que desearas haberlo hecho». Unidos por sus penalidades, sus cánticos y sus experiencias comunes, se estaban convirtiendo en una verdadera familia.

La compañía aprendió a actuar como una unidad. A los pocos días de la formación de la Compañía E, los 140 hombres podían hacer un giro a la derecha o una media vuelta como si fuesen un solo hombre. O lanzarse a paso ligero o a toda carrera. O lanzarse cuerpo a tierra para hacer flexiones. O gritar «¡sí, señor!» o «¡no,

señor!» al unísono.

Todo esto formaba parte de los ritos de iniciación comunes a todos los ejércitos del mundo. Y también lo era aprender a beber. Cerveza, casi exclusivamente, en la cantina, ya que no había ciudades en los alrededores. Montones de cerveza. Y entonces cantaban canciones de soldados. Al caer la tarde, alguien invariablemente insultaba a otro con una referencia a su madre, su novia, su pueblo natal o su estado. Entonces peleaban, como lo hacen los soldados bisoños, provocando hemorragias nasales y ojos a la funerals, antes de regresar trastabillando a sus barracones, entonando cantos de guerra a voz en cuello, sosteniéndose mutuamente para no rodar por el suelo, convirtiéndose en camaradas.

El resultado de estas experiencias compartidas era una proximidad desconocida para todos los extraños a ese mundo. Los camaradas están más unidos que los amigos, más unidos que los hermanos. Su relación es absolutamente diferente de la que tienen los amantes. Su confianza en el otro, y su conocimiento de él, es total. Llegaban a conocer las historias de sus vidas, lo que habían hecho antes de meterse en el Ejército, dónde y por qué habían decidido presentarse voluntarios, qué les gustaba comer y beber, cuáles eran sus capacidades. Durante una marcha nocturna oían una tos y sabían quién era; durante unas maniobras nocturnas veían a alguien que se deslizaba entre las sombras del bosque y podían identificarlo perfectamente por su silueta.

Su identificación funcionaba en línea descendente, de Ejército a Aerotransportado a 506.º Regimiento a 2.º Batallón a Compañía E a pelotón a escuadra. El soldado Kurt Gabel, del 523.º PIR, describió su experiencia con palabras que cualquier miembro de la Compañía E hubiese empleado: «Los tres, Jake, Joe y yo nos convertimos en una... entidad. Había muchas entidades en nuestras organizaciones cerradas. Grupos de tres o cuatro, habitualmente de las mismas escuadras o secciones, elementos centrales dentro de las familias que eran las pequeñas unidades, que eran inmediatamente reconocidos como entidades... Esta unión... evolucionó para no ser abandonada jamás, para no ser repetida jamás. A menudo tres de esas entidades formaban una escuadra, con resultados increíbles en combate. Todos insistían literalmente en pasar hambre por el otro, en congelarse por el otro, en morir por el otro. Y la escuadra trataba de protegerlos o de sacarlos de apuros sin pensar por un instante en las consecuencias de esa acción, maldiciéndolos todo el tiempo por hacerlo necesario. La escuadra de fusileros, la sección de ametralladoras, la sección de exploradores-observadores, la sección de rastreadores... todos eran una mezcla mística». [1]

El filósofo J. Glenn Gray, en su texto clásico *The Warriors*, lo expresó con meridiana claridad: «La organización para alcanzar un objetivo común y concreto en las organizaciones en tiempos de paz no evoca nada parecido al grado de camaradería

que se conoce comúnmente durante la guerra... En su punto álgido, esta sensación de camaradería es un éxtasis... Los hombres son auténticos camaradas sólo cuando cada uno de ellos está dispuesto a dar su vida por el otro, sin reflexionar y sin pensar en la pérdida personal». [2]

La camaradería forjada en el entrenamiento y reforzada en combate dura toda la vida. Cuarenta y nueve años después de la experiencia en el campamento Toccoa, el soldado Don Malarkey, de Oregón, escribió de aquel verano de 1942: «Éste era el comienzo de la experiencia más importante de mi vida, como miembro de la Compañía E. No ha pasado un solo día sin que haya agradecido a Adolf Hitler el haberme permitido formar parte del grupo de hombres más extraordinario que he conocido en mi vida». Todos los miembros de la Compañía E entrevistados por este autor para la redacción de este libro se expresaron con palabras similares.

Los suboficiales salían de las propias filas, reemplazando gradualmente a los cuadros del Viejo Ejército, quienes se marcharon cuando el entrenamiento se volvió más intenso. Un año más tarde, los trece sargentos de la Compañía E habían surgido del grupo original de soldados rasos, incluyendo al sargento William Evans, los sargentos jefe James Diel, Salty Harris, Myron Ranney, Leo Boyle, Bill Guarnere, Carwood Lipton, John Martin, Robert Rader y Amos Taylor. «Todos ellos eran líderes —como dijo un soldado— que nosotros respetábamos y a los que hubiésemos seguido a cualquier parte».

Los oficiales también eran especiales y, excepto en el caso de Sobel, el comandante de la Compañía, universalmente respetados. «No podíamos creer que gente como Winters, Matheson, Nixon y los otros existieran realmente —recordó el soldado Rader—. Eran tipos de primera, y pensar que esos hombres se preocuparían y compartirían con nosotros su tiempo y esfuerzos nos parecía un milagro. Nos enseñaron a confiar. Winters —continuó Rader— cambió nuestras vidas. Era un tipo amistoso y se interesaba realmente por nosotros y nuestro entrenamiento físico. Era bastante tímido, incapaz de decir «mierda» aunque la estuviese pisando». Gordon dijo que si uno de los hombres gritaba, «Eh, teniente, ¿tiene una cita esta noche?», Winters enrojecía intensamente.

Matheson, quien pronto fue ascendido al estado mayor del batallón y que, finalmente, se convirtió en general de división del ejército, era de los jóvenes oficiales el que tenía mayores aptitudes para la vida militar. Hester era «paternal», Nixon era extravagante. Winters no era ninguna de ambas cosas, tampoco era obstinado ni ocurrente. «¡Y en ningún momento Dick Winters pretendía ser Dios, y en ningún momento tampoco actuaba como otra cosa más que como un hombre!», según Rader. Era un oficial que conseguía que sus hombres hicieran su trabajo porque

sólo esperaba lo mejor de ellos, y «te caía tan bien que odiabas la posibilidad de decepcionarlo». Era, y es, un hombre venerado por los hombres de la Compañía E.

El subteniente Winters tenía un problema importante, el teniente primero (muy pronto ascendido a capitán) Sobel.

El comandante era un hombre bastante alto, de complexión delgada, con el pelo negro. Sus ojos eran dos ranuras y tenía la nariz grande y aguileña. El rostro era largo y estrecho y tenía el mentón huidizo. En la vida civil había estado empleado como vendedor en una tienda de ropa y no sabía absolutamente nada del mundo al aire libre. Era un hombre torpe y con una llamativa falta de coordinación física, todo lo contrario de un deportista. Cualquier hombre de la Compañía estaba en mejor condición física que él. Sus modales eran «divertidos», hablaba de un modo «diferente». Exudaba arrogancia por todos sus poros.

Sobel era un despreciable tirano que ocupaba una posición en la que gozaba de un poder absoluto. Si algún hombre no le caía bien, por cualquier razón, lo castigaba por cualquier infracción, fuese real o imaginaria.

Dentro de ese hombre había una inocultable vena de crueldad. En las inspecciones que se llevaban a cabo los sábados por la mañana, recorría la fila de hombres formados, se detenía delante de algún hombre que le hubiera disgustado de alguna manera y procedía a apuntarlo por «orejas sucias». Después de haberles negado sus pases de fin de semana a tres o cuatro hombres por ese motivo, cambiaba sus razones a «taquillas sucias» y hacía que media docena de hombres permanecieran en sus barracones mientras sus compañeros disfrutaban de sus permisos de fin de semana. Cuando alguien se retrasaba en volver al campamento el domingo por la noche, a la tarde siguiente, después de toda una jornada de duro entrenamiento, Sobel le ordenaba que cavase un hoyo de 6 x 6 x 6 pies con sus herramientas para cavar trincheras. Cuando el agujero estaba terminado, Sobel le decía que lo «rellenase».

Sobel estaba absolutamente decidido a que su compañía fuese la mejor de todo el regimiento. El método que empleaba para alcanzar ese objetivo era exigir cada vez más a los hombres de la Compañía E. Su instrucción duraba más tiempo, corrían más rápido, entrenaban con mayor dureza.

Cuando la compañía se dirigía a la carrera hacia Currahee para ascender por enésima vez a la cima, Sobel iba en cabeza, con la cabeza bamboleándose como un melón, los brazos como aspas, mirando hacia atrás por encima del hombro para ver si alguno de los hombres desfallecía. Con sus enormes pies planos, corría igual que un pato perseguido por los perros. Sus gritos preferidos eran «¡los japos os cogerán!» o «¡adelante, *Silver!*».^[3]

«Recuerdo que muchas veces, después de haber acabado una interminable carrera

—contaba Tipper—, todos los hombres estaban exhaustos y esperando en formación la orden de «¡Rompan filas!». Sobel entonces corría delante de sus hombres mientras gritaba «¡firmes, firmes!». Y no nos dejaba en paz hasta que no consideraba que éramos como estatuas humanas ante sus órdenes. Todos queríamos conseguir esas alas».

Gordon desarrolló un odio eterno hacia Sobel. «Hasta que no pisé suelo francés en las primeras horas del Día D —recordó Gordon en 1990—, mi guerra era con este hombre». Junto con otros reclutas, Gordon juró que Sobel no sobreviviría cinco minutos en combate, cuando sus hombres tuviesen los fusiles cargados con munición real. Si el enemigo no se lo cargaba, en la Compañía E había una docena de hombres que estaban decididos a hacerse cargo de esa tarea. A sus espaldas, los hombres lo insultaban con los dientes apretados, «judío hijo de puta» era el insulto más común.

Sobel era tan duro con sus oficiales como lo era con los reclutas. Su entrenamiento físico era exactamente el mismo, pero cuando los hombres oían el «rompan filas» final, eran libres para marcharse a sus literas, mientras que los oficiales debían quedarse estudiando sus manuales de campaña y luego examinarse de la tarea que Sobel les había encargado. Winters recuerda que cuando celebraba reuniones con sus oficiales «era un tío autoritario. No había diálogo. Su tono de voz era agudo, estridente. Se expresaba a gritos en lugar de hacerlo de un modo normal. Llegaba a irritarte». El sobrenombre que los oficiales le habían puesto a su capitán era «El cisne negro».

Sobel no tenía un solo amigo en el campamento. Los oficiales le evitaban en el club de oficiales. Nadie salía de permiso de fin de semana con él, nadie buscaba su compañía. En la Compañía E nadie sabía absolutamente nada acerca de su vida y a nadie le importaba un pimiento. Pero él tenía sus favoritos, de los cuales el número uno era el sargento William Evans de la Compañía E. Juntos, Sobel y Evans jugaban entre ellos con los hombres, concediendo un permiso o un privilegio aquí, negando otro allá.

Cualquiera que haya estado alguna vez en el Ejército conoce a esta clase de sujetos. Sobel era la típica persona que se dedica a mandar a los hombres que realicen tareas insignificantes para hacer valer su autoridad. Generaba una máxima ansiedad sobre cuestiones de mínima importancia. En su libro *Wartime*, Paul Fussell da la mejor definición de este tipo de hombres: «Se refiere al comportamiento que convierte la vida militar en algo peor de lo que necesita ser: el despreciable acoso del débil por el fuerte; enfrentamientos abiertos por el poder, la autoridad y el prestigio, sadismo apenas disfrazado de disciplina necesaria; una constante "venganza por ofensas pasadas"; y una obsesiva insistencia en la letra antes que en el espíritu de las ordenanzas. Se le llama mierda de gallina ^[4] —en lugar de mierda de caballo o toro o elefante— porque se trata de un individuo mezquino e innoble que se toma en serio

aquello que es trivial». [5]

Sobel tenía la autoridad sobre los hombres. El teniente Winters tenía el respeto. Los dos hombres estaban condenados a enfrentarse. Nadie lo decía directamente, y no todos los hombres de la Compañía E reconocían lo que estaba pasando, y Winters no quería que las cosas siguieran por ese camino, pero era obvio que ambos competían por el liderazgo de la compañía.

El resentimiento de Sobel hacia Winters comenzó ya durante la primera semana en Toccoa. Winters estaba instruyendo a la compañía en calistenia. Se encontraba en una tarima, haciendo una demostración, «ayudando a los tíos con los ejercicios físicos. Eran chicos duros. Y tenía toda su atención». En aquel momento pasó por allí el coronel Sink. Se detuvo a observar los ejercicios. Cuando Winters hubo terminado, se acercó a él.

—Teniente —le preguntó—, ¿cuántas veces ha hecho ejercicios de calistenia esta compañía?

—Tres veces, señor —contestó Winters.

—Muchas gracias —dijo Sink.

Unos días más tarde, sin consultarlo con Sobel, Sink ascendió a Winters a teniente primero. Desde aquel mismo día, Winters fue para Sobel un hombre marcado. El jefe de la compañía le daba al líder del pelotón todos los trabajos sucios que podía encontrar, como la inspección minuciosa de las letrinas o el servicio de oficial de comedor.

Paul Fussell escribió: «Las tareas insignificantes se pueden reconocer al instante porque jamás tienen nada que ver con el hecho de ganar la guerra». [6] Winters no estaba de acuerdo. Él creía que al menos algo de lo que Sobel estaba haciendo — aunque no los métodos que empleaba para hacerlo— era necesario. Si los hombres de la Compañía E corrían más rápido y más lejos que las otras compañías, si permanecían durante más tiempo en el campo de revista, si sus ejercicios con la bayoneta eran salpicados con expresiones tales como «¡los japonesos joderán vivos!» y otras exhortaciones de este tenor, la E sería una compañía mucho mejor que las demás.

Pero lo que Winters criticaba, más allá de las mezquindades y de los métodos arbitrarios del jefe de compañía, era la absoluta falta de juicio que exhibía Sobel. Éste carecía tanto de sentido común como de experiencia militar. Era incapaz de leer un mapa. Durante los ejercicios de campaña, se volvía hacia su ayudante y le preguntaba: «Hester, ¿dónde estamos?»

Hester entonces trataba de localizar la posición por él sin avergonzarlo, «pero todos los hombres sabían perfectamente lo que estaba pasando».

Sobel tomaba sus decisiones sin reflexionar y sin consultar con nadie, y sus decisiones instantáneas eran habitualmente equivocadas. Una noche, en el

campamento Toccoa, la compañía se encontraba en el bosque realizando un ejercicio. Se suponía que los hombres debían mantenerse a la defensiva, permanecer en sus posiciones en silencio y dejar que el enemigo se acercara a la zona de combate. «Ningún problema —como recordaba Winters—, un trabajo sencillo. Sólo se trataba de desplegar a los hombres, colocarlos en posición, todo el mundo en silencio. Entonces esperamos, esperamos, esperamos. De pronto, una suave brisa comenzó a levantarse en el bosque, agitando ligeramente las hojas de los árboles. Sobel saltó como si tuviese hormigas en el culo, mientras gritaba: "¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!". Dios Todopoderoso, si hubiésemos estado en combate, el enemigo habría barrido a toda la compañía. Y recuerdo que pensé: "¡No puedo entrar en combate con este tío! ¡No tiene nada en su jodido cerebro!"».

Winters reconocía que Sobel era «un hombre que se excedía en la disciplina y que estaba consiguiendo formar una compañía excelente. Por Dios, cuando uno veía a la E, sus hombres estaban en óptimas condiciones. Cualquiera cosa que hiciéramos, siempre éramos los primeros». El soldado Rader dijo de Sobel: «Te arrancaba tu dignidad y tu forma civil de hacer las cosas, pero te convertías en uno de los mejores soldados de todo el Ejército». Según la opinión de Winters, el problema residía en que Sobel era incapaz de ver «la inquietud y el resentimiento que estaba creando entre los hombres. Diriges con el miedo o lo haces con el ejemplo. A nosotros nos dirigían con el miedo».

A todos los miembros de la Compañía E a los que entrevisté para este libro les pregunté si la extraordinaria proximidad, el notable poder de identificación con la E se habían producido por o a pesar de Sobel. Aquellos que no contestaron «ambos», dijeron que había sido por Sobel. Rod Strohl me miró fijamente a los ojos y dijo simplemente: «Herbert Sobel hizo la Compañía E». Otros respondieron algo similar. Pero prácticamente todos lo odiaban.

Ese sentimiento contribuyó a fortalecer los lazos de unión dentro de la compañía. «De eso no cabe la menor duda —dijo Winters—. Era un sentimiento compartido por todos. Oficiales jóvenes, suboficiales, reclutas, todos sentíamos exactamente lo mismo. Pero —añadió—: él fue quien nos unió. Teníamos que sobrevivir a Sobel».

Su odio hacia Sobel era tan grande que incluso cuando debería haberse ganado el respeto de sus hombres, fracasaba. En el campamento Toccoa todo el mundo, reclutas y oficiales, debía aprobar un examen de aptitud física. Para entonces, los hombres exhibían un estado físico tan bueno que a nadie le preocupaban esas pruebas. Casi todos ellos eran capaces de hacer cuarenta flexiones, por ejemplo, y la exigencia era de treinta. Tipper dijo que los hombres estaban excitados. «Todos sabíamos que Sobel apenas alcanzaba a hacer veinte flexiones. Siempre se detenía en ese número cuando mostraba los ejercicios de calistenia a la compañía. Si el examen era justo, Sobel no lo aprobaría y lo declararían no apto.

»El examen de Sobel fue justo y público. Yo formaba parte de un público no tan casual situado a unos veinte metros de distancia. Al llegar a las veinte flexiones, Sobel estaba visiblemente cansado, pero continuó con el ejercicio. A las veinticuatro o veinticinco flexiones, sus brazos temblaban y tenía la cara roja como un tomate, pero siguió adelante. Ignoro cómo diablos se las arregló para completar las treinta flexiones, pero lo consiguió. Permanecimos en silencio y sacudimos la cabeza, pero nadie sonrió. Era evidente que a Sobel no le faltaba determinación. Nos consolamos con la idea de que continuaba siendo un cabrón a pesar de todo».

Los paracaidistas eran voluntarios. Cualquier recluta u oficial era libre para dar un paseo en cualquier momento. Muchos lo hacían. Sobel, no. Podría haber evitado el desafío de convertirse en oficial de las fuerzas aerotransportadas y aceptar un trabajo administrativo en una compañía de abastecimiento, pero su determinación para conseguirlo era tan grande como la de cualquiera de los miembros de la compañía.

Presionar a la Compañía E más que a las compañías D y F era una tarea complicada, ya que el comandante del 2.º Batallón, el mayor Strayer, era casi tan fanático como Sobel. El Día de Acción de Gracias, Sink dio fiesta a su regimiento para que los hombres se relajaran, pero el mayor Strayer decidió que era el momento para que el 2.º Batallón realizara dos días de maniobras. Los ejercicios incluían marchas agotadoras, un ataque contra una posición defendida, una alarma de ataque con gas en plena noche y una introducción a las raciones K (unas latas que contenían una especie de guiso, galletas, confitura y zumo de fruta en polvo).

Strayer consiguió que aquel Día de Acción de Gracias fuese aún más memorable incluyendo el Asqueroso Problema de las Entrañas. Tendió varias líneas de alambre a través de un campo, situadas a unos 45 cm del suelo. Las ametralladoras vomitaban fuego real por encima de los alambres. Debajo, Strayer había cubierto la tierra con las entrañas de cerdos recién sacrificados, corazones, pulmones, intestinos, hígados, excrementos. Y los hombres tuvieron que arrastrarse sobre toda esa inmundicia mientras los proyectiles silbaban por encima de sus cascos. Lipton recordaba que «la diferencia que establece el Ejército entre «gatear» y «arrastrarse» es que un bebé gatea y una serpiente se arrastra. Nosotros nos arrastrábamos». Ninguno de ellos olvidó aquella experiencia.

Hacia finales de noviembre, el entrenamiento básico había concluido. Cada hombre en la compañía había aprendido y dominaba su propia especialidad, fuesen morteros, ametralladoras, fusiles, comunicaciones, demoliciones, etc. Cada hombre era capaz de realizar cualquier tarea en el pelotón, al menos de un modo rudimentario. Cada soldado conocía las obligaciones de un cabo y un sargento y

estaba preparado para asumir sus funciones llegado el caso. Todos los hombres que habían superado el entrenamiento en el campamento Toccoa habían sido presionados casi hasta el punto de la sublevación. «Todos pensábamos —dijo Christenson— que después de aquello, podíamos soportar cualquier cosa que nos echaran».

Aproximadamente un día después de haber abandonado Toccoa, el coronel Sink leyó un artículo publicado en la revista Reader's Digest que decía que un batallón del ejército japonés había establecido un récord mundial de resistencia de marcha al recorrer 160 kilómetros por la Península Malaya en 72 horas. «Mis hombres lo pueden hacer mejor», declaró el coronel. Como el 2.º Batallón de Strayer había sido el que había entrenado en condiciones más duras, Sink lo eligió para demostrar su afirmación. El 1.º Batallón subió al tren hacia Fort Benning, el 3.º Batallón lo hizo en dirección a Atlanta, pero el 2.º Batallón hizo su recorrido marchando.

A las 07:00 horas del 1 de diciembre, las compañías D, E y F y la correspondiente al del cuartel general del batallón iniciaron la marcha, cada hombre cargado con todo su equipo reglamentario y sus armas. Para los fusileros era una mala noticia, pero era especialmente terrible para aquellos como Malarkey que estaban en el escuadrón de morteros, o como Gordon, que llevaba una ametralladora. La ruta elegida por Strayer discurría a través de casi 190 kilómetros, 160 de los cuales debían cubrirse por caminos secundarios y rurales sin asfaltar. El tiempo era horrible, con una lluvia helada que calaba hasta los huesos, un poco de nieve y, en consecuencia, caminos embarrados y resbaladizos. Tal como Webster lo recordaba: «El primer día resbalábamos y caíamos en el barro y maldecíamos y contábamos los minutos que faltaban hasta el próximo descanso». Marcharon sin parar durante el día, cuando aparecieron las primeras sombras y durante la noche. La lluvia y el agua nieve dejaron de caer. Entonces comenzó a soplar un viento helado que mordía la piel.

Hacia las 23:00 horas el batallón había recorrido 64 kilómetros. Strayer localizó el sitio de acampada, una colina desnuda, barrida por el viento, sin árboles, arbustos o guardabrisas de ningún tipo. La temperatura descendió hasta los 5 °C. El rancho consistió en pan con mantequilla y una loncha de jamón, ya que no podían encender las cocinas de campaña. A las 06:00 horas, cuando despertaron, todo el paisaje estaba cubierto con una gruesa capa de escarcha. Las botas y los calcetines estaban helados. Todos, oficiales y soldados rasos sin distinción, tuvieron que quitar los cordones de las botas para poder calzar sus pies hinchados y plagados de ampollas. Fusiles, morteros y ametralladoras estaban pegados a la tierra helada. La lona de las tiendas de campaña crujía como si fuese la frágil vaina de un cacahuete.

El segundo día los músculos rígidos y doloridos necesitaron varios kilómetros para entrar en calor, pero el tercer día fue el peor de todos. Con más de 120

kilómetros recorridos, aún quedaban otros 60 por delante, los últimos 30 aproximadamente por la autopista que llevaba a Atlanta. La marcha sobre el terreno cubierto de barro había sido difícil, pero el cemento era todavía peor para los pies. Aquella noche, el batallón acampó en terrenos de la Universidad Oglethorpe, en las afueras de Atlanta.

Malarkey y su compañero Warren «Skip» Muck montaron su pequeña tienda de campaña y se echaron a descansar. Llegaron rumores de que la comida estaba lista, pero Malarkey no podía levantarse. Se arrastró sobre las manos y las rodillas hasta la fila de hombres que esperaba que le llenasen los platos. El jefe de su pelotón, Winters, echó un vistazo a su deplorable aspecto y le dijo que, a la mañana siguiente, cubriera en ambulancia el último trecho del camino hasta el destino final de la marcha, Five Points, en el centro de Atlanta.

Pero Malarkey decidió que podía conseguirlo. Y lo mismo hicieron prácticamente todos los hombres que habían iniciado la marcha tres días antes. Para entonces, la marcha había generado una amplia publicidad en todo el estado de Georgia, tanto en la radio como en la prensa. Una multitud vocinglera se alineaba a ambos lados de la ruta de los soldados. Malarkey, quien había hecho un esfuerzo sobrehumano para continuar la marcha, sintió que «me sucedió algo extraño cuando una banda comenzó a tocar. Me erguí todo lo que pude, el dolor que sentía desapareció de golpe y acabé la marcha como si estuviese pasando revista en Toccoa».

Habían cubierto 188 kilómetros en 75 horas. El tiempo real de marcha fue de 33 horas, 30 minutos, o aproximadamente 6,5 kilómetros por hora. De los 556 reclutas y oficiales que integraban el batallón, solamente doce no consiguieron llegar a su destino, aunque algunos de los que sí completaron el recorrido tuvieron que ser ayudados por sus camaradas el último día. El coronel Sink estaba merecidamente orgulloso de sus hombres. «Ninguno de los hombres abandonó —declaró a la prensa—, y los que cayeron, lo hicieron hacia delante». El teniente Moore, del 3.^{er} pelotón de la Compañía E, fue el único hombre del batallón que realizó todo el recorrido sin ninguna ayuda. Como justo premio, encabezó el desfile del batallón por las calles de Atlanta.

«Levantarse y enganchar» Benning, Mackall, Bragg, Shanks

Diciembre 1942 - septiembre 1943

FORT BENNING ERA INCLUSO PEOR QUE TOCCOA, si eso era posible, especialmente su tristemente famosa área de la Freidora, donde se llevaba a cabo el entrenamiento de saltos. Era la zona de vivac del regimiento y consistía en unos miserables y pequeños cobertizos de madera instalados sobre un terreno árido y de suelo arenoso. Pero Fort Benning era un alivio para los hombres de la Compañía E, en el sentido de que allí recibían un entrenamiento real para convertirse en paracaidistas en lugar de pasar la mayor parte de sus horas de vigilia realizando ejercicios físicos.

La escuela de paracaidismo incluía un programa que comenzaba con entrenamiento físico (etapa A), seguido de las etapas B, C y D, cada una con una duración de una semana, pero el 506.º Regimiento se saltó la etapa A. Ello se debió a que el 1.º Batallón llegó antes que los demás, inició la etapa A y sus hombres dejaron en ridículo a los sargentos de la escuela de saltos que les habían asignado para dirigir las carreras y la instrucción física. Los graduados de Toccoa se reían de los sargentos. Cuando llegaba el momento de correr, lo hacían hacia atrás, desafiaban a los sargentos a una carrera y les preguntaban —después de un par de horas de ejercicios que dejaban a los sargentos sin resuello— cuándo dejarían la fase de calentamiento para meterse en harina. Después de dos días de semejante abuso, los sargentos le comunicaron al jefe del regimiento que el 506.º tenía una mejor condición física que ellos, de modo que todas las compañías del 506.º comenzaron de inmediato la etapa B.

Durante una semana, la compañía se dirigía a paso ligero a las barracas donde sus hombres aprendían a doblar y guardar sus paracaídas. Corrían de regreso a la Freidora para almorzar, luego pasaban la tarde saltando sobre montones de aserrín desde puertas simuladas en fuselajes de imitación colocados a 1,20 m del suelo, maniobrando con paracaídas en un arnés suspendido, o saltando desde torres de 10 metros en arneses de paracaídas sujetos a un cable de acero.

A la semana siguiente, en la etapa C del programa de entrenamiento, los hombres efectuaron saltos libres y controlados desde torres que se alzaban a 75 metros del suelo. Una de las torres contaba con asientos, amortiguadores de choque y alambres para guiar los saltos; las otras tenían cuatro paracaídas que se soltaban cuando alcanzaban el brazo de suspensión. Desde estas torres, los hombres realizaban varios saltos durante el día y uno por la noche.

La etapa C del programa de entrenamiento también incluía una máquina de viento, que producía un ventarrón que barría el terreno, moviendo tanto al paracaídas como al saltador para enseñarles a los hombres a dominar y plegar sus paracaídas cuando llegaran a tierra.

Después de una semana en las torres, los reclutas estaban preparados para iniciar la etapa D del programa —o sea, la hora de la verdad—, los cinco saltos desde un C-47 que les supondrían sus alas de paracaidistas a todos aquellos que completaran el proceso. Los hombres empacaron sus paracaídas la noche anterior, los comprobaron una y otra vez, luego volvieron a doblarlos y a empacarlos, hasta después de las 23:00 horas. La diana sonó a las 05:30 horas. Los hombres marcharon hacia los hangares en Lawson Field, cantando y gritando de excitación, anticipando el momento que habían estado esperando. Se colocaron los paracaídas, luego se sentaron en filas de bancos mientras esperaban ser llamados a los C-47. La escena se caracterizaba por bromas, risas nerviosas, un montón de cigarrillos, frecuentes viajes a las letrinas y repetidas comprobaciones del paracaídas principal y el de reserva, que los hombres llevaban en el pecho.

Finalmente subieron a los aviones, veinticuatro hombres en cada aparato. Con sólo una o dos excepciones, para todos ellos era su primer viaje en avión. Cuando el C-47 alcanzó los 500 metros de altitud, viró en redondo. A continuación, se encendió la luz roja; el jefe de saltos, un sargento instructor, ordenó «levantarse y enganchar». Cada hombre enganchó la cuerda unida a la mochila de su paracaídas principal a la línea de anclaje que discurría por la parte superior del fuselaje de uno a otro extremo del aparato.

—¡Comprobación de equipo! —gritó el maestro de saltos.

—¡Número doce O.K.!

—¡Número once O.K.!

Y así sucesivamente hasta completar la fila.

—¡Cierren filas y colóquense en la puerta!

El primer hombre avanzó hacia la puerta. A todos los reclutas les habían ordenado que mirasen el horizonte, no hacia abajo, por obvias razones psicológicas. Les habían enseñado asimismo a colocar las manos en el borde exterior de la abertura de la puerta, nunca en el interior. Con las manos firmemente apoyadas en la parte exterior del avión, no había nada que les retuviese dentro del aparato, y el más leve codazo, incluso la percepción del siguiente hombre esperando para saltar, sería suficiente para lanzarlos fuera del transporte. Si intentaba controlarse colocando las manos en la parte interior del avión, como dijo Gordon: «Una docena de tíos detrás de él no podían lanzarle del aparato si se empeñaba en que no quería saltar. Ese es el poder de miedo». Cuando el sargento instructor veía que alguien se sujetaba de la parte interior del avión, lo empujaba hacia atrás para que no entorpeciese la salida del resto de sus

compañeros.

Según Gordon: «La mayoría de los hombres estaban tan mentalizados y metidos en esto que hubiésemos sido capaces de saltar sin paracaídas. La situación era casi así de mala». En total, el 94% de los hombres del 506.º superó la prueba, lo que estableció un récord que aún no ha sido batido.

En el primer salto, los hombres se lanzaron de uno en uno. Tan pronto como se encontraba en la puerta del avión, un leve toque del sargento instructor en la pierna era suficiente para que se lanzara al vacío.

«Me acerqué a la puerta arrastrando los pies y salté hacia un enorme y grandioso vacío —recordó Webster—. Sentía el corazón en la boca y tenía la mente completamente en blanco». La cuerda de apertura automática del paracaídas sujeta al gancho en la línea de anclaje en el avión quitó la cubierta posterior de su paracaídas principal; una cuerda, sujeta al vértice del paracaídas, lo extrajo de la mochila y luego se separó. El viento hinchó el paracaídas y sintió la maravillosa sensación de la apertura.

«Desde aquel momento, los saltos fueron una diversión —continuó Webster—. Me dejaba caer, oscilando en el aire, o, como dirían los civiles, columpiándome adelante y atrás, y contemplando el paisaje a mi alrededor. El cielo estaba lleno de paracaidistas animosos que gritaban de un lado a otro».

El hecho de estar de pie delante de aquella puerta abierta era el momento de la verdad. Hombres que habían mostrado un comportamiento sobresaliente durante el entrenamiento, que más tarde ganaron medallas por su valentía en combate como soldados de infantería, se quedaban paralizados de miedo. En ocasiones se les daba una segunda oportunidad, ya fuese en el mismo avión después de que sus compañeros hubiesen saltado, o bien al día siguiente. Habitualmente, sin embargo, si alguien se quedaba paralizado por el miedo una vez, jamás conseguía saltar.

Esto les sucedió a dos miembros de la Compañía E. Se negaron a saltar. Uno de ellos, el soldado Joe Ramírez, fue enviado a la parte posterior del avión, pero una vez que todos hubieron saltado, le dijo al sargento instructor que quería volver a intentarlo. El avión sobrevoló el terreno por segunda vez. En la segunda pasada, Ramírez saltó. Tal como lo expresó el soldado Rod Strohl: «Se necesita más valor para eso que para saltar la primera vez».

La Compañía E efectuó su segunda sesión de saltos aquella misma tarde, con los hombres lanzándose nuevamente de uno en uno. El siguiente salto fue un asunto masivo, con el sargento instructor gritando «¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!» mientras los doce hombres se acercaban a la puerta. El avión quedó vacío en seis

segundos, ante el asombro del sargento instructor de saltos. Carson escribió en su diario, «Creo que me estoy volviendo loco por saltar porque cuando estoy en tierra pienso en la excitación del salto y quiero volver a hacerlo. Cuando siento aquella sacudida, me pongo a gritar como un loco».

El cuarto salto se produjo en Nochebuena. El día de Navidad, la compañía tuvo el día libre y disfrutó del tradicional pavo relleno. Era la primera fiesta de Navidad que los hombres de la compañía pasaban lejos de sus hogares. Carson escribió en su diario: «No parece que sea Navidad, no hay nieve, no hay árbol, no hay regalos, no hay papá ni mamá».

El 26 de diciembre, día del último salto, cada hombre recibió un certificado que declaraba que desde aquella fecha estaba «autorizado a ser considerado como un paracaidista cualificado». Y luego el momento de mayor orgullo para todos, para el que habían estado trabajando duramente durante seis meses, la imposición de las alas de plata. Desde aquel momento, que jamás olvidarían, cada miembro de la Compañía E, cada miembro del 506.º, era especial para siempre.

El coronel Sink presidió una revista de tropas del regimiento y luego reunió a los hombres. De pie en una tarima, leyó en voz alta una orden del día (los hombres recibieron luego copias impresas). «Formáis parte de uno de los mejores regimientos del Ejército de Estados Unidos de América —declaró Sink— y, por lo tanto, del mundo». Añadió que ahora les enviaba a casa con un permiso de diez días y les recordó que había «algunas cosas que se esperan de vosotros, no sólo cuando os encontréis de permiso, sino también un credo por el cual se espera que gobernéis vuestras vidas». Todos ellos debían caminar con orgullo y porte militar, y tener buen cuidado de su apariencia personal, y «recordad nuestro grito de guerra y lema, «Currahee», y su significado: «Estar solo». *Nosotros estamos solos juntos.*

Ordenó a los hombres que «se mantuvieran lejos de la cárcel» y luego rompieron filas. Llevando sus alas, con las botas lustradas, los pantalones metidos dentro de las botas, los hombres se marcharon. Cuando llegaron a casa, fueron objeto de la admiración de sus familiares y amigos, obviamente debido a su extraordinaria forma física, pero aún más por la seguridad en sí mismos que habían adquirido en los últimos seis meses. Habían pasado por un programa de entrenamiento que tres de cada cinco voluntarios no habían podido resistir; habían conseguido sobrevivir a la ira y las vejaciones de Sobel; habían saltado desde un avión en vuelo. Eran una élite.

Pero no tan élite, sin embargo, como para poder ignorar las reglas y ordenanzas del ejército. El coronel Sink les había advertido de que debían regresar a Fort Benning cuando se les acabara el permiso, pero con las insuficiencias que caracterizaban al sistema de transporte por aire, ferrocarril y autobús en Estados Unidos en enero del año 1943, un número alarmante de hombres del 506.º se incorporó con retraso a su lugar de destino.

El coronel Sink presidió una nueva revista de tropas. Los hombres se presentaron con sus uniformes de la clase A. Marcharon por una calle arenosa hasta un solar desierto detrás de las barracas de los cocineros. Sink les hizo poner en posición de firmes y luego ordenó «Descanso». Los hombres miraron y escucharon en silencio mientras un teniente leía una lista de nombres, uno de cada compañía, de entre los que se habían presentado los últimos en Benning.

«Soldado Fulano de Tal, Compañía E», llamó el teniente. Un tambor, de pie junto al teniente, ejecutó un redoble suave y lastimero. Dos sargentos, llevando metralletas, se dirigieron al soldado Tal. El soldado dio un paso adelante. Tenía el rostro completamente pálido. Los sargentos, uno a cada lado, lo escoltaron. El tambor continuaba su redoble. Los tres hombres se detuvieron delante del teniente. El teniente leyó las órdenes. El soldado Fulano de Tal era expulsado del cuerpo de paracaidistas y condenado a la infantería.

El teniente arrancó la insignia de tela del brazo del soldado, las alas del pecho, la insignia de paracaidista de la gorra y las arrojó a tierra. Era una escena tan humillante que soldados y oficiales maldecían entre dientes. Webster le escribió a su madre: «Un hecho nos encendió la sangre hasta el punto de que casi cometemos una locura; un teniente de pacotilla, sin ningún sentido de la decencia o del buen gusto, estaba junto al tambor, tomando fotografías de todos los hombres que recibían el castigo. Ya era bastante cruel ser humillado ante todos tus amigos, pero que te fotografiaran en tu deshonra... A ese teniente tendrían que fusilarlo».

Pero eso no fue todo. Un jeep apareció en escena y dejó caer el macuto del soldado expulsado. El pobre muchacho tuvo que quitarse las botas, ponerse un par de zapatos, llevar los pantalones como un soldado de infantería («piernas rectas», como los llamaban los paracaidistas). Recogió el macuto con sus pertenencias, seguido por los sargentos con las metralletas, y se alejó tristemente, mientras el tambor continuaba con su sombrío redoble, un espectáculo de absoluta soledad. Esta escena se repitió nueve veces.

Después de eso, el 506.º apenas si tuvo problemas con los hombres que regresaban tarde de sus permisos.

A finales de enero, la Compañía E y el resto del 506.º atravesaron el río Chattahoochee hacia las instalaciones de Fort Benning, en Alabama. Era como recuperar la libertad después de haber estado en prisión. Los barracones eran cómodos y la comida era buena. Había una sala de cine y un gran salón de esparcimiento. El entrenamiento se centraba en técnicas de escuadra, especialmente lucha casa por casa, lo que resultaba divertido, con un montón de explosiones, disparándose con cartuchos de fogueo y lanzando granadas de humo. Los hombres efectuaron su sexto salto, el primero que hacían llevando sus fusiles.

Las anotaciones del diario de Carson reflejan el ambiente que se vivía en aquellos

lejanos días de invierno. Febrero 8: «Anoche nos sentíamos de puta madre, de modo que nos lanzamos en los barracones a una batalla campal de almohadas. Después de tres horas de jolgorio, decidimos que estábamos cansados y nos fuimos a dormir».

Febrero 11: «[El capitán Joe] Toye, [el sargento George] Luz y yo fuimos a Columbus. Llamamos a algunas chicas y organizamos una fiesta, diversión y más diversión. En un momento de la fiesta me encontré con Betty y Linda. Finalmente tuvimos que regresar a casa y llegamos a las 4:45 horas». Febrero 12: «De nuevo en Chicksaw Garden en Columbus y otra velada encantadora. Betty y yo nos llevamos muy bien. Realmente me lo pasé en grande. Llegué a casa a las 4:45 horas y entré de servicio a las 5:30 horas con un solo ojo abierto».

En marzo fue «recoged vuestras cosas, nos trasladamos». El campamento Mackall, en Carolina del Norte, era una maravilla de construcción para tiempos de guerra. El 7 de noviembre de 1942 consistía en 25 000 hectáreas de terreno boscoso. Cuatro meses más tarde disponía de 100 kilómetros de rutas pavimentadas, un hospital con 1200 camas, cinco salas de cine, seis enormes tabernas al aire libre, un campo de aviación que podía operar con cualquier clase de tiempo y tres pistas de 1500 metros, y 1750 edificios. Todos los barracones disponían de calefacción; los catres tenían mullidos colchones. Llevaba el nombre del soldado John T. Mackall de la 82.^a División Aerotransportada, el primer paracaidista estadounidense caído en combate durante la Segunda Guerra Mundial. Mackall murió el 8 de noviembre, el día en que comenzó la construcción, en África del Norte. El campamento Mackall era la sede del Mando Aerotransportado.

El entrenamiento se intensificó y se volvió mucho más sofisticado. Ahora los saltos incluían no sólo fusiles, sino también otras armas pequeñas. El bazooka debía saltar en una sola pieza, las ametralladoras también (si bien el trípode se podía separar y ser transportado por otro hombre). Dos hombres se encargaban del mortero de 60 mm y de su placa base. Alimentos, municiones, mapas, granadas de mano, explosivos y demás material se unían a los pertrechos de los paracaidistas. Algunos se lanzaban desde el avión llevando encima un sobrepeso que alcanzaba los 45 kilos.

Después de los saltos se efectuaban ejercicios de dos y tres días en el bosque, concentrándose en movimientos rápidos de tropas y operaciones detrás de las líneas enemigas con un gran número de efectivos. Al anochecer, los jefes de pelotón eran informados de su posición en los mapas y luego se les decía que debían estar allí por la mañana.

El capitán Sobel nombró al soldado Robert «Popeye» Wynn su mensajero personal. Sobel envió a Wynn a localizar a sus pelotones. Éste se las ingenió para «perderse» y pasó la noche durmiendo. Al llegar la mañana, Sobel exigió saber por

qué diablos Wynn se había perdido la noche anterior.

—Porque no puedo ver en la oscuridad —contestó Wynn.

—Tendrías que haber aprendido a ver en la oscuridad —le replicó Sobel y envió a Wynn de regreso a su escuadrón, reemplazándolo por Ed Tipper. «Con mi ayuda —recordó Tipper—, Sobel era capaz de extraviar sus mapas, brújula y otros elementos cuando más los necesitaba. Y también recibía una "ayuda" similar de parte de otros compañeros y se mostraba más desorientado y perdido de lo habitual. Todos esperábamos que metiese la pata gravemente y fuese reemplazado para no tener que entrar en combate bajo su mando».

«¡El fusil es vuestro brazo derecho! —Les decía Sobel a sus hombres—. Debéis tenerlo con vosotros en todo momento». Una noche, durante la realización de unos ejercicios, Sobel decidió enseñarles una lección a sus hombres. Junto con el sargento Evans se arrastraron a través de la posición que ocupaba la compañía para robarles los fusiles a los que dormían profundamente. La misión fue coronada con éxito; al despuntar el día, Sobel y Evans se habían hecho con aproximadamente cincuenta fusiles. Evans, a bombo y platillo, mandó formar a la compañía y Sobel comenzó a decirles lo patéticos que eran todos ellos como soldados.

Cuando se encontraba en plena actuación, gritándoles a los hombres formados delante de él, el comandante de la Compañía F, acompañado de cuarenta y cinco de sus hombres, se presentó en el lugar. Ante la perplejidad y la vergüenza de Sobel, resultó que Evans y él se habían perdido en el bosque, de modo que entraron en la zona de vivac de la Compañía F y robaron los fusiles de sus soldados.

Algunas semanas más tarde, Sobel se lesionó un pie durante uno de los saltos. El sargento Evans y él regresaron a los barracones mientras la compañía permanecía en el campo de saltos. El capitán y el sargento primero llevaron a cabo una inspección privada. Revisaron en todos los baúles, ropa y pertenencias personales de los hombres de la Compañía E. Examinaron el contenido de los bolsillos, abrieron cajas, saquearon cartas de esposas, novias y familiares y confiscaron todos los objetos que consideraron contrabando. «No sé qué coño estaban buscando —comentó Gordon Carson—. En aquellos días aún no se tomaban drogas».

Sobel colocó una lista en el tablón de anuncios identificando el contrabando, al infractor y especificando el castigo. Los hombres regresaron de los ejercicios de salto, agotados y sucios, para encontrarse con que todo aquello que consideraban propiedad personal estaba desordenado, ropa interior, calcetines, pasta de dientes y cepillos de dientes, todo apilado sobre las literas. Muchas pertenencias habían desaparecido.

A prácticamente todos los soldados les habían confiscado alguna de sus cosas. En general se trataba de munición no autorizada, prendas no contempladas en el reglamento o material considerado pornográfico. Latas de cóctel de frutas y

melocotones en almíbar, robadas de la cocina, habían desaparecido, junto con camisetas caras, y estos objetos jamás fueron devueltos a sus dueños. Un soldado había estado coleccionando durante un tiempo juegos de profilácticos. Unos cuantos condones eran aceptables, pero 200 preservativos constituían contrabando; fueron incluidos en la lista de objetos confiscados de Sobel.

«Ese incidente significó para mí un punto de inflexión —recordó Tipper—. Antes de esa miserable incursión de Sobel, el tío no me caía nada bien pero no hasta el punto de odiarlo. A partir de aquel momento decidí que Sobel era mi enemigo personal y yo no le debía lealtad ni nada remotamente parecido. Todo el mundo estaba indignado por aquello».

Los hombres hablaban de quién se encargaría de pegarle un tiro a Sobel cuando la compañía entrase en combate. Tipper pensaba que sólo eran bravatas producto de la ira, pero «por otra parte, yo sabía que en la Compañía E había un par de tíos que no hablaban mucho pero que, en mi opinión, eran perfectamente capaces de volarle la cabeza a Sobel si tenían la posibilidad de hacerlo».

Durante las siguientes maniobras, la Compañía E recibió instrucciones de que algunos de sus hombres serían elegidos como heridos simulados para que los médicos pudiesen practicar el vendaje de heridas, improvisar escayolas y tablillas, evacuar heridos en camillas y cosas por el estilo. Se le dijo a Sobel que él sería uno de los heridos simulados. Los médicos le administraron un anestésico real, le bajaron los pantalones y le practicaron una incisión simulando una apendicetomía. Luego cosieron la herida, le colocaron un vendaje, cinta quirúrgica y desaparecieron.

Sobel estaba furioso, lo que era bastante natural, pero no consiguió que se realizara una investigación de los hechos. En la Compañía E no se pudo encontrar a un solo hombre que pudiese identificar a los médicos responsables del incidente.

La condición física de los miembros de la Compañía E quedó demostrada en Mackall cuando el Ministerio del Ejército eligió al 2.º Batallón de Strayer —ya famoso gracias a la extraordinaria marcha hasta Atlanta— para que se sometiese a una prueba estándar de aptitud física. El batallón alcanzó una puntuación del 97%. Como se trataba de la puntuación más alta jamás registrada por un batallón del ejército, un tal coronel Jablonski, de Washington, pensó que Strayer había manipulado el resultado. Winters recordó: «Nos hicieron correr una segunda vez, oficiales, soldados, personal de servicio, cocineros, todo el mundo... y conseguimos un 98%».

Los ascensos estaban a punto de llegar a la Compañía E. Los tres sargentos jefe, James Diel, Salty Harris y Mike Ranney, eran miembros originales de la compañía

que habían comenzado su servicio militar como soldados rasos. La misma situación se repetía con los sargentos Leo Boyle, Bill Guarnere, Carwood Lipton, John Martin, Elmer Murray, Bob Rader, Bob Smith, Buck Taylor y Murray Roberts. Carson fue ascendido a cabo. El teniente Matheson pasó a formar parte del estado mayor del regimiento, mientras que los tenientes Nixon, Hester y George Lavenson se integraron en el estado mayor del batallón. (Hasta el final de la guerra, todas las vacantes en el estado mayor del 2.º Batallón fueron ocupadas por oficiales de la Compañía E. Las compañías D, F y de cuartel general no enviaron un solo oficial al batallón. Winters comentó: «Por eso las comunicaciones entre batallón, cuartel general del regimiento y Compañía E siempre fueron excelentes. Y es también la razón de que la Compañía E fuese llamada para cumplir misiones especiales».)

A principios de mayo, un nuevo subteniente, llamado Harry Welsh, se incorporó al 1.º Pelotón de Winters. Era un oficial con malas pulgas. En abril de 1942 se había presentado voluntario al cuerpo de paracaidistas y se le había asignado al 504.º PIR (Regimiento de Infantería Paracaidista) de la 82 Aerotransportada. Después de pasar por la escuela de saltos, fue ascendido a sargento. Tres veces. Y seguía siendo degradado a soldado raso debido a sus constantes peleas. Pero se trataba de un pequeño y duro irlandés con un evidente potencial de liderazgo. Su comandante de compañía lo advirtió y recomendó a Welsh para la Escuela de Aspirantes a Oficiales (OCS).

Welsh fue asignado a la Compañía E, 2.º Batallón, 506.º PIR. Su deseo había sido regresar al 504.º Regimiento, pero la doctrina seguida por el ejército consistía en enviar a los graduados de la OCS a nuevas unidades, porque temía que si regresaban a sus viejas unidades, estarían demasiado familiarizados con sus amigos reclutas. Sobel envió a Welsh al pelotón de Winters. Ambos hombres se convirtieron inmediatamente en grandes amigos. La relación se basaba en el respeto mutuo nacido de una idéntica concepción del liderazgo. «Los oficiales primero», como solía decir Welsh.

A finales de mayo, los hombres de la Compañía E volvieron a meter sus cosas en los macutos y se unieron a las otras compañías del 506.º para un viaje en tren sin paradas con destino en Sturgis, Kentucky. En la estación, las chicas de la Cruz Roja tenían café y donuts para ellos, la última muestra de confort que conocerían durante un mes. Marcharon al campo y montaron sus pequeñas tiendas de campaña, cavaron agujeros para las letrinas y comieron el rancho favorito del ejército para las tropas en campaña, carne picada cremosa sobre una tostada, universalmente conocido como SOS, sigla de la expresión Mierda sobre una Piedra.

Ésta no era una situación de combate real, pero sí lo más parecida que el Ejército

podía crear. En las maniobras realizadas en Kentucky, Tennessee e Indiana, desde el 5 de junio hasta el 15 de julio de 1943, participaron paracaidistas y tropas aerotransportadas en planeadores, en el mayor ejercicio combinado efectuado hasta aquella fecha.

El 10 de junio, el 506.º PIR se unió con carácter oficial a la 101 División Aerotransportada, convirtiendo de este modo aquella fecha en el día más importante en la historia de la 101. La incorporación del 506.º Regimiento elevó notablemente la moral de la 101, al menos si nos fiamos de los testimonios de los hombres de la Compañía E.

Las maniobras, que enfrentaban al Ejército Rojo contra el Ejército Azul, se desarrollaron sobre una vasta zona de montañas y sierras enclavada en una región silvestre, boscosa y escasamente poblada. La Compañía E efectuó tres saltos. Christenson recordaba vividamente uno de ellos. En el interior del C-47 hacía mucho calor y la atmósfera era asfixiante, y las corrientes de aire caliente que ascendían desde las colinas hacían que el avión se bambolease y siguiera un curso irregular. El capitán Denver «Bull» Randleman, en la parte posterior del aparato y, por lo tanto, lejos de la puerta abierta, comenzó a vomitar dentro de su casco. El hombre que estaba delante de él echó un vistazo y expulsó el desayuno. El proceso recorrió toda la fila que aguardaba para saltar. No todos se las ingeniaron para vomitar en el interior del casco, de modo que el suelo estaba cubierto de vómitos y el avión apestaba. Christenson, en la parte delantera del aparato, conseguía contener las náuseas con enorme esfuerzo. «Mi estómago estaba al borde de la explosión... "¿A qué esperan para encender la luz verde? ¡Al fin, ahí está!" Desde atrás se oyeron gritos de "¡Adelante! ¡Adelante!" "¡Maldita sea, adelante!" Y me lancé hacia el aire fresco y puro. Me sentía como si alguien hubiese pasado una mano mágica sobre mi cabeza y me dije: "Christenson, te sientes genial". Y era cierto, así me sentía».

Las maniobras incluían largas marchas nocturnas, vadear arroyos y pequeños ríos, ascender por la margen opuesta, subir dos metros sólo para deslizarse hacia atrás uno, tambalearse sobre piedras, raíces y tocones, despejar una zona de matojos para abrir un sendero y, ocasionalmente, disfrutar del pollo frito que les preparaban los montañeses de Tennessee. Los hombres estaban cansados, sucios y les escocía todo el cuerpo.

A finales de julio, con las maniobras terminadas, el 2.º Batallón del 506.º recibió una recomendación personal del general de división William C. Lee, comandante de la 101 División Aerotransportada, por su «espléndida acción agresiva, excelente doctrina táctica y obviamente bien entrenados efectivos». El general Lee expresó su convicción de que las «futuras pruebas no harán más que confirmar su excelente entrenamiento y liderazgo».

La Compañía E se trasladó entonces desde Sturgis hasta el Campamento

Breckinridge, en Kentucky, donde había barracones, duchas de agua caliente y otros lujos. Pero el campamento estaba saturado de soldados y, nuevamente, tuvieron que montar sus pequeñas tiendas de campaña a modo de improvisados dormitorios, con el duro suelo por colchón. Esta situación, no obstante, no se prolongó demasiado, ya que la mayoría de los hombres recibió un permiso de salida de diez días, y poco después de que todos hubieron regresado de sus hogares, toda la división se trasladó en varios trenes hasta Fort Bragg, en Carolina del Norte.

Para los hombres fue evidente desde el principio que Fort Bragg era un área de estacionamiento de tropas, mientras la división se preparaba para embarcar hacia el extranjero. La comida era mejor, había camas en barracones provistos de duchas con agua caliente y otras mejoras notorias. Pero el auténtico premio fue una provisión de pertrechos absolutamente nueva. Los hombres recibieron ropa nueva, armas nuevas y equipo nuevo. Pasaron los días en el campo de tiro, ajustando las miras de los fusiles y las ametralladoras.

¿Adonde les enviaban, este u oeste, el teatro de operaciones de Europa, el Mediterráneo o el Pacífico? Nadie lo sabía, los rumores corrían de un pelotón a otro, los hombres hacían apuestas.

Los fines de semana, los hombres se marchaban a Fayetteville a «preparar la Bomba», en el Town Pump, uno de los numerosos bares de la ciudad. Las peleas eran frecuentes. La mayoría eran provocadas por los paracaidistas, quienes arremetían continuamente contra los soldados regulares de guarnición en Fort Bragg. También eran objeto de sus pullas y provocaciones las fuerzas de los planeadores que formaban parte de la 101.

Estas últimas tropas eran soldados de reemplazo asignados al regimiento de planeadores. Aunque formaban parte de un cuerpo aerotransportado, no se trataba de soldados voluntarios y el Ejército los trataba como efectivos de segunda clase. No recibían la bonificación de 50 dólares mensuales, no lucían distintivos especiales, no usaban botas y tampoco llevaban los pantalones metidos dentro de ellas. Algunos llevaban pósters mostrando fotografías de planeadores estrellados e incendiados, junto a un epígrafe que rezaba: «¡Únete a las tropas de planeadores! No hay paga por volar. No hay paga por saltar. ¡Pero nunca hay un momento aburrido!».

Unos cuantos miembros de la Compañía E fueron al campo de aviación de Fort Bragg para volar en un planeador. La experiencia de aterrizar dentro de uno de esos embalajes de madera contrachapada les convenció de que lanzarse en paracaídas era una manera mucho mejor de llegar a tierra. Cuando el general Lee realizó un vuelo en planeador, el aterrizaje fue tan accidentado que acabó con varias costillas rotas. «La próxima vez llevaré un paracaídas», declaró más tarde. «¡Se lo dijimos!», gritaron al unísono los hombres de los planeadores. (En julio de 1944, los sacrificados tripulantes de los planeadores se hicieron acreedores a la bonificación de 50 dólares

mensuales y a una insignia especial.)

A mediados de agosto, la división se formó por regimientos. Una banda interpretó *Over There* y las chicas de la Cruz Roja lanzaban gritos de ánimo y júbilo mientras los hombres marchaban hacia los veinte trenes que los estaban esperando para llevarlos a la guerra. Una vez que estuvieron todos a bordo de los vagones, comenzaron a cruzarse apuestas respecto a qué dirección tomarían los trenes, al norte hacia Nueva York y luego a los campos de batalla de Europa o el Mediterráneo, o bien al oeste, en dirección a California y el teatro de operaciones del Pacífico.

Los trenes se dirigieron hacia el norte, hacia el Campamento Shanks, a unos 50 kilómetros de la ciudad de Nueva York río arriba del Hudson. Les prometieron pases para visitar la Gran Manzana, promesas que jamás se cumplieron. En cambio hubo más reconocimientos, seguidos de diversas vacunas. «Un pinchazo tras otro —recordó Christenson—, hasta que los brazos colgaban al costado de nuestros cuerpos como cuerdas flácidas». Los oficiales y suboficiales llegaron a aprenderse de memoria el manual *Preparation for Overseas Movement*.

Sobel redactó una carta modelo para enviar a las madres de los hombres a su cargo. «Querida señora —comenzaba la misiva—. Muy pronto su hijo, el soldado Paul C. Rogers [cada nombre estaba escrito a máquina], saltará desde el cielo para enfrentarse y derrotar al enemigo. Contará con el mejor armamento y el mejor equipo, y ha tenido varios meses de un entrenamiento duro y agotador para prepararse para el éxito en el campo de batalla.

»Las frecuentes cartas de amor y ánimo que usted le envíe le armarán con un corazón guerrero. Con eso, no puede fracasar, y alcanzará la gloria, hará que usted se sienta orgullosa de él y su país le estará eternamente agradecido por su servicio en estas horas de inquietud». Firmó cada una de las cartas preimpresas con un ampuloso «Herbert M. Sobel, capitán».

Los hombres consiguieron algunas botellas de whisky. Estaban acostumbrados a beber cerveza, de modo que el whisky les pegó duro. Christenson agarró tal borrachera que «me pasé horas instalado en el lavabo», una situación común a todos aquellos jóvenes que acababan de descubrir el whisky. El cabo Randleman lo encontró y lo llevó con mucho cuidado hasta su cama. A la mañana siguiente, con el aire cargado con los gemidos y quejas de los hombres en plena resaca, la compañía se dirigió hacia los muelles. Un transbordador trasladó a los soldados hasta un malecón, donde el café caliente y los donuts servidos amorosamente por las chicas de la Cruz Roja ayudaron a resucitar a los hombres medio muertos.

Las maldiciones y los insultos llenaban el aire, en parte porque los hombres

habían esperado marchar por las calles de Nueva York en su camino hacia la guerra, y también porque no se les permitió usar sus botas de saltos. La razón: los espías del enemigo podían verlas y saber entonces que una división aerotransportada estaba a punto de embarcar hacia Europa. También tuvieron que arrancarse de los hombros la insignia de la 101, el Águila Aullante.

Winters recordaba sólo un caso de Fiebre de la pasarela. Un oficial médico fue «lo bastante listo como para saber qué debía tomar para ser asignado a la visita médica y evitar el viaje». Todos los demás formaron una única fila para subir por la pasarela, cargados con sus macutos y armamento. Mientras subían al antiguo barco correo reconvertido en un barco para el transporte de tropas y decían sus apellidos en voz alta, el oficial verificador apuntaba su asistencia. Costó casi todo un día conseguir que los 5000 hombres subieran a bordo de un barco construido para admitir 1000 pasajeros. Finalmente, los remolcadores lo apartaron de su amarradero y el transporte comenzó a alejarse hacia mar abierto. Los hombres de la Compañía E se amontonaban en las barandillas de cubierta para contemplar la Estatua de la Libertad deslizándose a popa. Para casi todos ellos era su primer viaje fuera de Estados Unidos. Una cierta nostalgia se apoderó de ellos, unida a la súbita toma de conciencia, «de lo maravilloso que había sido el último año», tal como quedó reflejado en el álbum de recortes Currahee del regimiento.

«La inspección de las letrinas» Aldbourne

Septiembre 1943 - marzo 1944

EL SAMARÍA ERA UN VIEJO BARCO CORREO y de pasajeros indio convertido en transporte de tropas. Construido originalmente para alojar 1000 pasajeros, ahora albergaba a 5000 hombres pertenecientes al 506.º Regimiento. El apiñamiento creaba condiciones realmente terribles. El agua potable estaba racionada; los hombres sólo podían beber a intervalos estipulados de quince minutos para un total de una hora y media por día. De las duchas salía agua fría y salada. Los hombres no podían quitarse los chalecos salvavidas, y tampoco sus cinturones con municiones y las cantimploras sujetas a ellos, lo cual significaba que estaban chocando continuamente entre ellos. Dormían vestidos. Se había asignado una litera a cada dos hombres, lo que implicaba que debían alternarse para usarla, durmiendo en cubierta o en los pasillos o en cualquier lugar que pudiesen encontrar durante la noche. El hedor ambiental era simplemente insoportable.

Se servían dos comidas al día. Christenson describió su primer desayuno a bordo del Samaría: «Pensaba que nunca acabaríamos de bajar las escaleras que había hasta el comedor de la cubierta inferior, escaleras que estaban resbaladizas a causa de la grasa, y cuando finalmente llegamos abajo, el hedor era indescriptible. Nos sirvieron desde grandes cacerolas que contenían pescado hervido y tomates. Los cocineros llevaban la ropa blanca completamente manchada, lo cual era un indicio claro de que no se habían cambiado desde hacía varios días». Los hombres tragaron aquel mejunje porque estaban hambrientos; para Webster, el comedor tenía «el aire de un manicomio flotante».

Al menos las comidas significaban un descanso de la rutina, que consistía en caminar por las cubiertas, inclinarse sobre la barandilla para contemplar el convoy o dedicarse a jugar por dinero. El juego con apuestas no se detenía nunca: poker, blackjack y dados. Grandes sumas de dinero cambiaban continuamente de manos. Carson ganó 125 dólares en una sola noche y lo perdió todo al día siguiente. Los hombres intentaban leer, pero tenían muy pocos libros. El capitán Sobel trataba de hacer ejercicios físicos con los hombres, pero el espacio era insuficiente y se convirtió en otra de las bromas que tenían a Sobel como protagonista.

El 15 de septiembre, el Samaría atracó en el puerto de Liverpool. Al día siguiente, un tren llevó a los hombres hacia el sur. Un convoy de camiones militares los recogió en la estación de Ogbourne St. George para llevarlos hasta su nuevo hogar. Los hombres caminaron los últimos dos kilómetros, cuando ya había anochecido,

guiándose sólo con la luz de las linternas; el oscurecimiento obligatorio en tiempo de guerra confirmó a los hombres que se encontraban en zona de combate. Llegaron a sus barracones, que eran cobertizos Nissen calentados gracias a dos estufas, les dieron fundas de colchones y les enseñaron dónde estaba la paja para rellenarlas, junto con gruesas mantas de lana que picaban, y se fueron a dormir.

Webster escribió que, cuando despertó a la mañana siguiente, pensó que se había desmayado en un plató de Hollywood. «Toda el área estaba rodeada de bellas casas de campo que parecían sacadas de un cuento de hadas, con techos de paja y rosales a ambos lados. Grandes caballos que sacudían sus largas crines hacían resonar sus cascos en los estrechos y sinuosos caminos de cantos rodados. En el verde suave del pueblo destacaba una antigua iglesia normanda del siglo XI cuyo reloj daba las horas con campanadas como el Big Ben, y cinco antiguas tabernas, con sus letreros mecidos por la brisa, nos daban la bienvenida a la tierra de la suave cerveza amarga». Estaban en Aldbourne, en Wiltshire, cerca de Hungerford, no muy lejos de Swindon, a 120 kilómetros al oeste de Londres. Ese pequeño y encantador pueblo sería el hogar de la Compañía E durante casi nueve meses, el período más prolongado en que estuvo estacionada en el mismo lugar.

Aldbourn era absolutamente diferente de Toccoa, Benning o Bragg. En aquellos campamentos de Estados Unidos, los hombres de la Compañía E habían vivido en puestos autónomos, aislados, totalmente militares. En Aldbourne estaban en medio de un pequeño pueblo inglés, donde la gente era conservadora, aferrada a sus costumbres, temerosa de todos aquellos jóvenes estadounidenses que paseaban por sus calles. El riesgo de que se produjeran fricciones era muy elevado, pero el Ejército diseñó un excelente programa de orientación que funcionó realmente bien. Los hombres fueron instruidos con todo detalle acerca de los hábitos y costumbres ingleses. Los hombres, bien disciplinados como eran, comprendieron rápidamente la idea de que debían reservar sus ganas de juerga para Swindon, Birmingham o Londres; en Aldbourne debían limitarse a beber tranquilamente sus pintas de cerveza en los pubs a la manera inglesa.

También aprendieron a comer lo que comían los ingleses en aquellos tiempos de escasez: leche en polvo, huevos en polvo, albaricoques deshidratados, patatas deshidratadas, carne de caballo, coles de Bruselas, nabos y repollos. Los productos de la cantina estaban racionados: siete cajetillas de cigarrillos por semana, más tres barras de caramelo, un paquete de goma de mascar, un pan de jabón, una caja de cerillas y un paquete de cuchillas de afeitar.

Sobel no había cambiado. Al terminar la primera semana, los hombres recibieron pases para ir el sábado a la noche a bailar a Swindon. Sobel estableció una regla: ningún hombre se quitaría la chaqueta mientras estuviese bailando. El soldado Tom Burgess, un joven granjero de la zona central de Illinois, comenzó a transpirar

profusamente mientras bailaba con una camisa de lana debajo de una chaqueta también de lana, de modo que se quitó la chaqueta.

El lunes por la mañana, Herbert Sobel llamó a Burgess a su oficina.

—Burgess, tengo entendido que el sábado por la noche estuvo usted en el pueblo de Swindon y se quitó la chaqueta mientras bailaba.

—Así es, mi capitán —contestó Burgess—, pero he consultado las normas del ejército y está claramente escrito que uno puede quitarse la chaqueta si lleva una camisa de lana y se está moviendo o bailando o situaciones por el estilo.

Sobel le miró de arriba abajo.

—Le diré lo que voy a hacer, Burgess. Llevará esa chaqueta sobre su traje de faena toda la semana y dormirá con ella todas las noches.

Burgess llevó la chaqueta de lana durante el día, pero pensó que Sobel no iría a comprobar si también la llevaba para dormir, de modo que se la quitó y la dejó colgada en el borde de la cama. El sábado siguiente se presentó en la oficina de Sobel a recoger el permiso de salida para ir a bailar a Swindon. El capitán lo miró nuevamente de arriba abajo.

—Burgess —dijo—, esa chaqueta no tiene aspecto de que haya dormido con ella puesta todas las noches.

No hubo pase de salida.

Estaban en Inglaterra para preparar la invasión de Europa, no para bailar, y el programa de entrenamiento era intenso. Malarkey pensó que estaba de nuevo en Toccoa. Seis días a la semana, ocho a diez horas por día, los hombres estaban en el campo de maniobras. Realizaban marchas de 25, 30, 35 y 40 kilómetros, participaban en operaciones nocturnas, dedicaban una hora diaria a ejercicios de combate cuerpo a cuerpo, efectuaban combates simulados en las calles y recibían instrucción en lectura de mapas, primeros auxilios, guerra química y el uso y las características del armamento utilizado por los alemanes. Realizaron una marcha de 40 kilómetros con equipo de campaña completo en veinticuatro horas, y unos días más tarde repitieron la marcha, en esta ocasión con equipo mínimo de combate, en doce horas. Se impartían cursos especializados en trampas explosivas, extracción de minas terrestres, comunicaciones y similares.

Una vez por semana, aproximadamente, salían a realizar ejercicios que duraban dos o tres días. Los problemas estaban destinados no sólo a proporcionarles un conocimiento práctico y útil de la mecánica del combate sino para enseñarles la cosa más básica que un soldado de infantería debe saber: cómo pegarse al terreno, cómo aprovecharlo, cómo dicta el terreno la táctica a seguir, y, sobre todo, cómo vivir en él y de él durante días sin que ello afecte la eficiencia física. Sus oficiales recalcaban la importancia de esas cosas, que significarían la diferencia entre la vida y la muerte,

que los hombres debían hacerlo instintivamente la primera vez, ya que no habría una segunda oportunidad.

De modo que los hombres de la Compañía E llegaron a conocer la campaña inglesa como la palma de su mano. Atacaban pueblos, colinas y bosques. Cavaron innumerables hoyos de protección y pozos de tirador y durmieron en ellos, aprendiendo a hacerlo a pesar de la lluvia, el frío y el hambre.

A principios de diciembre, nuevamente en campo abierto, la compañía comenzó a cavar alrededor de una colina alta, pelada y barrida por el viento. Los jefes de pelotón les dijeron que debían cavar sus hoyos de protección muy profundos, lo cual resultaba especialmente difícil en aquel suelo rocoso. Poco después sufrieron el ataque de una columna de combate de tanques Sherman. «Aparecieron rugiendo en la ladera de la colina como si fuesen monstruos primitivos —escribió Webster en su diario—, se detuvieron, giraron y por último pasaron de costado. Uno de los carros enfiló hacia mi posición. Mi agujero no era lo bastante profundo como para que una de las orugas pasara por encima de mí sin hacerme daño, de modo que empecé a gritar como un loco, "¡Gira! ¡Gira!", lo que afortunadamente hizo el conductor del tanque». Por su parte, la anotación del diario de Carson decía: «Era la primera vez que un tanque pasaba por encima de mí en un hoyo de protección; algo pavoroso».

La actividad nocturna era intensa, según Gordon. «Avanzábamos a campo traviesa y nos deslizábamos por encima de las cercas de piedra y a través de los barrancos y nos internábamos en los bosques y vadeábamos arroyos». En el proceso, los miembros de escuadras y pelotones, ya familiarizados entre ellos, trabaron una gran amistad. «Veía una silueta por la noche —dijo Gordon— y podía decir quién era. Podía hacerlo por la forma de llevar la gorra, por el modo en que se acomodaba el casco en la cabeza, cómo llevaba el fusil». La mayoría de las cosas que habían aprendido durante el entrenamiento demostraron ser muy valiosas en combate, pero fue esa intimidación, esa confianza ciega en el compañero, esa camaradería desarrollada durante aquellas largas, frías y húmedas noches inglesas lo que demostró ser fundamental para esos hombres.

Los saltos se desarrollaban regularmente, con equipo completo, aprendiendo a usar las correas principales de sustentación del paracaídas para guiarse hacia terrenos abiertos y arados, en lugar de caer encima de un seto, una carretera, un poste de teléfono, un muro de piedra o un bosque. En los C-47, en el frío y húmedo aire inglés, sus pies ya estaban entumecidos cuando se encendía la luz verde, de modo que cuando tocaban tierra los pies les dolían y ardían a causa del impacto. Uno de los objetivos principales de los saltos era aprender a reunirse rápidamente una vez en tierra, algo que no le resultó tan sencillo de hacer al 2.º pelotón de la Compañía E en su primer salto, ya que el pelotón cayó a 40 kilómetros de la zona de descenso (DZ).

Había tensión. Los miembros de la 82.^a División Aerotransportada, acantonada

cerca de Aldbourne, les contaron a los paracaidistas de la 101 cómo habían sido los combates librados en África del Norte, Sicilia e Italia. Los oficiales, especialmente, sentían la presión del inminente combate, y Sobel no era una excepción en este caso. «Se podía ver en su carácter —dijo Winters—. Cada vez se volvía más sádico e irritable. Estaba llegando al punto de volverse insoportable».

El sargento Earl Hale recordó que «se había organizado una lotería para ver quién se cargaría a Sobel». Sobel se había agenciado una cazadora forrada de piel de oveja de la RAF, de la que se sentía orgulloso y que lucía durante las maniobras, lo cual hacía que fuese fácilmente identificable. Tipper recordó que cuando la compañía estaba realizando un ejercicio de combate con munición real disparada a blancos que aparecían inesperadamente, «Sobel experimentó en carne propia algunos disparos errados por un pelo. Más de un disparo llegó desde atrás y los costados y pasó rozando la cabeza de Sobel. Cayó de rodillas, comenzó a agitar los brazos, gritó algo ininteligible y volvió a ponerse de pie. Los hombres reían y hacían gestos entre ellos. No puedo creer que Sobel pensara que lo que había ocurrido era accidental, pero tal vez lo hizo. En cualquier caso, siguió saltando y corriendo como si todo fuese normal».

Los hombres continuaron jugándole malas pasadas a Sobel. El soldado George Luz era un gran imitador de voces. Una noche, la Compañía E encabezaba la marcha del batallón a campo traviesa. Las vallas de alambre de espino estaban retrasando el avance. Sobel iba al frente de la compañía.

—Capitán Sobel —gritó alguien—, ¿por qué nos hemos detenido?

—El alambre de espino —contestó Sobel, pensando que hablaba con el mayor Oliver Horton, el segundo comandante del batallón.

—Corte esos alambres —gritó Luz, imitando nuevamente la voz de Horton.

—¡Sí, señor! —contestó Sobel y ordenó que llevarsen cortaalambres inmediatamente al frente.

A la mañana siguiente, un grupo de granjeros de Wiltshire fue a ver al coronel Strayer. Los ingleses, se quejaron airadamente por la destrucción de sus alambradas. Sus vacas se habían escapado y ahora pastaban alegremente por todas partes. Strayer llamó inmediatamente a Sobel.

—¿Por qué cortó esas alambradas?

—¡Me ordenaron que lo hiciera, señor!

—¿Quién se lo ordenó?

—El mayor Horton.

—Eso es imposible. Horton está de permiso en Londres.

Sobel estaba furioso, pero jamás consiguió averiguar quién le había engañado y, por lo tanto, no pudo castigar a nadie.

Era su presencia, sus tonterías de «¡Adelante, Silver!», su enfoque de elefante-en-

una-cacharrería de los problemas tácticos, lo que ponía de los nervios a oficiales, suboficiales y reclutas de la compañía más que su ejercicio de la autoridad para ordenar cosas absurdas e imponer castigos ridículos. La frustración crecía diariamente, especialmente entre los suboficiales. Los sargentos Myron «Mike» Ranney, un muchacho de veintiún años oriundo de Dakota del Norte, del 1.^{er} pelotón, y «Salty» Harris, del 3.^{er} pelotón, eran las cabezas visibles de los comentarios acerca del desastre potencial que significaba el hecho de que Sobel estuviese al frente de la compañía una vez que entrasen en combate. Los suboficiales sabían perfectamente que se enfrentaban a una situación delicada y extremadamente peligrosa. Asumir algún tipo de acción les abriría cargos de insubordinación o motín en tiempo de guerra; dejar de actuar podría hacer que matasen a toda la compañía.

Ranney, Harris y los demás suboficiales de la compañía esperaban que los jefes de pelotón plantearan el problema al coronel Sink, o que el propio Sink se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo y procediera a apartar a Sobel discretamente. Pero eso parecía una ingenuidad. ¿Cómo podían unos jóvenes oficiales, cuya responsabilidad era apoyar a su comandante en jefe, ir a quejarse al coronel del comportamiento de éste? ¿Y de qué se iban a quejar? La Compañía E seguía siendo la primera del regimiento, en el campo de maniobras, en los barracones, en las competiciones atléticas. ¿Cómo podían esperar esos jóvenes suboficiales que el coronel Sink hiciera otra cosa que no fuese apoyar a su comandante de compañía ante la disensión y las presiones de un grupo de sargentos y cabos? Estos hombres se estaban preparando para entrar en combate contra el ejército más temido del mundo, no para practicar un juego o mantener un debate.

De modo que los comentarios continuaron y Sobel y Evans permanecieron aislados, pero siempre al mando.

Los pases de fin de semana y el excelente servicio de ferrocarril británico dieron un descanso a los hombres después de tanta tensión. A finales del otoño y principios del invierno de 1943, Inglaterra era el país de las maravillas para los muchachos llegados de Estados Unidos. La mayoría de los chicos ingleses de su edad se encontraban en Italia o en campos de entrenamiento situados muy lejos de sus hogares, de modo que por todas partes había jóvenes solas, aburridas y sin compromiso. Los soldados norteamericanos estaban bien pagados, mucho mejor que los británicos, y los paracaidistas contaban con esos 50 dólares extra cada mes. La cerveza era barata y abundante, una vez fuera de los límites de Aldbourne todas las restricciones desaparecían automáticamente, estaban preparándose para matar o morir, y en su mayoría tenían veinte o veintiún años.

Webster describió el resultado de esta situación en la entrada de su diario

correspondiente al 23 de octubre de 1943: «Aunque yo no disfruto del Ejército, para la mayoría de los muchachos son unas vacaciones. Chicos que habían estado trabajando regularmente en su casa entran en el Ejército y son relevados de todas las responsabilidades. Todos coinciden de forma unánime que jamás habían tenido semejantes borracheras cuando estaban en casa».

La excitación de aquella época, el calidoscopio de impresiones que recibían continuamente, la desesperada necesidad de escapar a los rigores del entrenamiento, la perspectiva del inminente combate y el incordio de Sobel, todo se combinaba para que ese momento fuese inolvidable y estimulaba a los hombres a exprimirlo hasta la última gota. «Para mí, Londres era una alfombra mágica —escribió Carson—. Caminabas a lo largo de cualquiera de sus calles y podías ver todos los uniformes del mundo libre. Su juventud y vigor vibraban en cada parque y cada pub. Llegaban a Picadilly Circus, Hyde Park, Leicester Square, Trafalgar Square y Victoria Station. Los uniformes de los canadienses, sudafricanos, australianos, neozelandeses, los soldados de la Francia Libre, polacos, belgas, holandeses y, por supuesto, ingleses y norteamericanos estaban en todas partes.

«Aquellos no fueron días perdidos para mí porque, incluso con sólo veinte años, yo sabía que estaba siendo testigo y protagonista de algo que jamás volvería a suceder. El tiempo de guerra en Londres era un mundo en sí mismo».

Había un exceso de bebida, peleas y prostitución. Los observadores británicos de más edad se quejaban: «El problema con ustedes, yankees, es que están demasiado bien pagados, follan demasiado... y están aquí». (A lo que los yankees respondían, «El problema con ustedes, los ingleses, es que ganan poca pasta, no follan nunca... y Eisenhower les dice lo que tienen que hacer»).

La Compañía E estaba incorporando oficiales con el Propósito de contar con dos tenientes por pelotón, previendo bajas cuando se iniciaran los combates. Uno de los recién llegados era el subteniente Lynn «Buck» Compton. Nacido el último día de 1921 en Los Ángeles, era receptor (catcher) en el equipo de béisbol de la Universidad de California Los Ángeles (UCLA), elegido como el mejor de Estados Unidos para integrar el seleccionado, y el 1 de enero de 1943 formó parte del equipo de fútbol americano de UCLA durante el partido final de la Rose Bowl. Después de graduarse en la Escuela de Oficiales fue destinado a Fort Benning. Una vez completado el curso en la escuela de saltos, se unió a la Compañía E en Aldbourne en diciembre de 1943. «Recuerdo que me sentía un tanto envidioso de los tíos que habían pasado por Toccoa —escribió años más tarde— y me sentía como «marginado» como nuevo miembro de la compañía».

Compton no tardó demasiado en darse cuenta de que al teniente Nixon, ahora en el estado mayor del batallón, no le caían bien los tíos de California. Nixon puso a

Compton a cargo del entrenamiento físico del batallón, algo que en la práctica significaba que Compton debía encabezar el batallón cuando se realizaran carreras largas, el único oficial que debía cumplir esa tarea. Ya fuese como resultado de esta experiencia, o debido a sus antecedentes deportivos, o porque simplemente le gustaba apostar, Compton hizo buenas migas con los suboficiales y algunos de los reclutas. Algunos de los oficiales pensaban que había hecho demasiado buenas migas con ellos. Una noche sorprendieron a Compton jugando a los dados con algunos soldados y recibió una reprimenda del segundo comandante, el teniente Winters.

A las 11:00 horas del 30 de octubre, el teniente coronel Strayer debía inspeccionar a la Compañía E. Sobel le dio órdenes a Winters de que inspeccionara las letrinas a las 10:00 horas. Unos pocos minutos más tarde, aproximadamente a las 09:30 horas, el teniente coronel Strayer le dijo a Winters que sometiera a censura la correspondencia de los reclutas. Ese era un trabajo que no podía realizarse en el cuartel general, de modo que Winters montó en su bicicleta y se dirigió a sus aposentos, una pequeña habitación en una casa particular en Aldbourne. A las 10:00 horas regresó velozmente al cuartel, dejó la bicicleta fuera de los barracones y entró a inspeccionar las letrinas. Para su sorpresa, Sobel estaba allí y realizaba su propia inspección del lugar.

Sobel pasó junto a Winters, con la cabeza gacha y sin dar muestras de haberle visto. Detrás de él caminaba un apesadumbrado soldado Joachim Meló, llevando un estropajo, con la ropa mojada de sudor, sucio, con barba de dos días y el pelo revuelto. Sobel se marchó sin abrir la boca. Winters inspeccionó las letrinas y comprobó que Meló había hecho un excelente trabajo.

A las 10:45 horas Winters entró en la oficina de la compañía con la intención de prepararse para la revista de la unidad. Con una ligera mueca de sorna en el rostro, el sargento primero Evans le entregó un documento mecanografiado que decía:

Compañía E, 506.º PIR, 30 octubre 1943

Asunto: Castigo bajo el A[rículo de] G[uerra] 104

A: Teniente primero R. D. Winters

1. Indicará a través de anexo inferior si desea ser castigado bajo el AG 104 o bien ser juzgado por un Tribunal Militar por no haber inspeccionado las letrinas a las 09:45 horas del día de la fecha como le había sido ordenado por mi persona.

[Firmado, con pomposidad] Herbert M. Sobel,
capitán, comandante en jefe.

Winters se presentó ante Sobel.

—Capitán —dijo después de haber saludado y solicitado permiso para hablar—, mis órdenes eran que debía inspeccionar las letrinas a las 10:00.

—Cambié la hora por las 09:45.

—Nadie me lo dijo.

—Llamé por teléfono y envié un mensajero.

Winters se mordió la lengua. En su habitación no había teléfono y en la casa no había aparecido ningún mensajero.

Era la hora de la inspección. Strayer pasó revista a los hombres y examinó los barracones. Todo, incluidas las letrinas, recibió su aprobación. Entre tanto, Winters había decidido de qué forma iba a responderle a Sobel. En la parte inferior de la hoja mecanografiada que le había entregado el sargento primero Evans, escribió a mano:

Asunto: Castigo bajo AG 104 o juicio ante un Tribunal Militar.

A: Capitán H.M. Sobel

1. Solicito ser juzgado por un Tribunal Militar por no haber inspeccionado las letrinas a las 09:45 horas del día de la fecha.

Teniente R. D. Winters, segundo comandante, Compañía E

Sobel le contestó al día siguiente:

1. No dispondrá de pases de 48 horas hasta después del 15 de diciembre de 1943.

2. Según el procedimiento indicado en el Manual de Tribunales Militares, usted iniciará [iniciará; era evidente que el sargento Evans tenía problemas ortográficos o dactilográficos] su propia carta de apelación con sus razones para la objeción y también solicitará el juicio ante el Tribunal Militar.

Winters tuvo tres días para pensarlo y calmarse. Hasta donde era capaz de verlo, Sobel le estaba diciendo, «Mire, no sea estúpido, acepte el castigo y olvídense del Tribunal Militar». Sobel sabía que el «castigo» era algo que a Winters le resultaba absolutamente indiferente, ya que solía pasar los fines de semana en el cuartel, leyendo o practicando deportes. Pero Winters ya estaba hasta las narices. Quería forzar las cosas y provocar una crisis. La competencia que él jamás había querido, entre Sobel y él, por el liderazgo de la Compañía E, debía resolverse de una vez por todas. La compañía no era lo bastante grande para los dos.

El 4 de noviembre, Winters apeló su castigo bajo el Artículo de Guerra 104. Sobel incluyó un «aneso» [ortografía de Evans por anexo] al día siguiente:

1. El castigo por la infracción arriba mencionada impuesto por el abajo firmante no será levantado por él mismo.

2. Cuando recibió órdenes de llevar a cabo una tarea de un oficial de superior

graduación a la mía [la orden de Strayer de censurar el correo] debió haber delegado su tarea en otro oficial para que inspeccionara las letrinas y no haberla ignorado hasta una hora en la que había poco tiempo para tomar medidas correctivas antes de la llegada del oficial general, aproximadamente diez minutos más tarde.

Y firmó con su habitual estilo ostentoso.

Entre tanto, la solicitud de Winters de ser juzgado ante un Tribunal Militar representaba un problema que no era tan divertido como aparentaba para el estado mayor del 2.º Batallón. Los oficiales examinaron detenidamente el manual correspondiente a los tribunales militares para tratar de encontrar una fórmula que acabase con el problema. Finalmente lo consiguieron y Strayer dejó sin efecto el castigo y declaró cerrado el caso... sin intervención de ningún tribunal militar.

Pero Sobel no estaba vencido, en modo alguno. Al día siguiente, 12 de noviembre, Evans le entregó a Winters otra orden mecanografiada:

Asunto: Omisión del cumplimiento de la orden de inspeccionar las letrinas

A: Teniente primero R. D. Winters

1. Responderá mediante documento adjunto la razón por la que omitió instruir al soldado J. Meló en sus tareas en la limpieza de las letrinas.
2. También responderá por qué se le permitió estar de servicio a las 10:30 horas del 30 de octubre sin haberse afeitado.

«Me rindo —decidió Winters—. Adelante, fusíleme». Con ese estado de ánimo respondió a la orden de Sobel:

1. Razón por haber omitido instruir al soldado J. Meló en sus tareas en la limpieza de las letrinas:

No tengo excusa.

2. Razón por la que se le permitió estar de servicio a las 10:30 horas sin haberse afeitado.

No tengo excusa.

Al día siguiente Strayer decidió, por el bien de la Compañía E (donde, naturalmente, la largamente anticipada confrontación entre Sobel y Winters era la comidilla de los barracones), trasladar a Winters de la Compañía E. Strayer lo nombró oficial del comedor del batallón.

En opinión de Winters, eso equivalía a un insulto: «Sólo se le asigna un trabajo como ese a un tío que no hace nada a derechas».

Con Winters fuera de la compañía, Sobel aún al mando, y el campo de batalla a la vuelta de la esquina, los suboficiales de la E estaban inquietos. Los sargentos Ranney y Harris convocaron una reunión. Con la excepción de Evans y uno o dos más, todos los suboficiales de la Compañía E acudieron a la convocatoria. Ranney y Harris propusieron que se presentara al coronel Sink un ultimátum: o Sobel era sustituido por otro oficial o todos ellos devolverían sus galones. Hicieron especial hincapié en el hecho de que debían actuar juntos, como una piña, sin que hubiera disidentes ni tampoco líderes identificables.

Esta propuesta radical suscitó muchos comentarios, muchas preguntas y una gran preocupación, pero, finalmente, el grupo decidió que entrar en combate a las órdenes de Sobel era algo impensable. La única forma de hacerles saber a Strayer y Sink la firmeza de su postura y lo que pensaban de Sobel era devolver los galones. Cada suboficial redactó entonces su propia renuncia al cargo. La de Lipton decía lo siguiente: «Por la presente devuelvo mis galones. No deseo seguir sirviendo como suboficial en la Compañía E». Aquella noche, Lipton era C.Q (custodia del dormitorio, el sargento que dormía en el cuarto de asistentes para estar disponible si se producía cualquier problema durante la noche, despertar a los hombres Por la mañana, etc.). Recogió todas las renuncias y las dejó en la bandeja de Documentos de Entrada de Sobel.

Luego, los suboficiales pensaron mejor lo que estaban haciendo y decidieron consultarlo con Winters. Éste fue invitado al cuarto de asistentes, donde Ranney le informó de lo que el grupo había hecho.

—No lo hagáis —dijo Winters—. Que ni siquiera se os pase por la cabeza. Esto es un motín.

Los suboficiales protestaron. Cuando los hombres estaban en plena discusión, apareció Sobel. Todos enmudecieron. Sobel no dijo nada, se dirigió a su escritorio y tomó un libro. Cuando se volvió para marcharse, Ranney dijo con voz normal:

—Y bien, teniente Winters, ¿qué haremos para mejorar nuestro programa atlético?

Sobel no dio señales de que el asunto le interesara lo más mínimo y abandonó la habitación.

Winters pensó que Sobel debió haber sabido lo que estaba pasando, pues no era ningún secreto. Ranney había invitado a Evans a la reunión; no había ninguna duda de que Evans se lo había contado a Sobel.

De hecho, para entonces todo el batallón hablaba acerca de las pequeñas batallas de Sobel, primero con Winters, ahora con los suboficiales. Sink debió haber estado ciego, sordo y mudo para no darse cuenta de lo que sucedía en su batallón. También debería haberse sentido agradecido de que Winters intentase disuadir a los suboficiales de su intención de presentarle un ultimátum. Pocos días más tarde, Sink

apareció por la Compañía E, reunió a todos los suboficiales, y como recordó Lipton: «Nos machacó. Nos dijo que habíamos deshonrado a nuestra compañía y que podía hacer que nos metiesen a todos en un presidio militar durante años. Como nos estábamos preparando para entrar en combate, dijo que nuestra acción podía calificarse de motín ante el enemigo, por lo que podíamos ser fusilados».

Afortunadamente para Sink, la 101 División Aerotransportada acababa de instalar una Escuela de Saltos en Paracaídas en el cercano pueblo de Chilton Foliat, a fin de preparar como paracaidistas a médicos, capellanes, soldados de comunicaciones, observadores artilleros y otros hombres que saltarían el Día D. ¿Quién mejor que Sobel para dirigir un campo de entrenamiento?

Sink envió a Sobel a Chilton Foliat y trajo al teniente primero Patrick Sweeney de la Compañía A para que fuese el segundo comandante de la Compañía E. Y nombró al teniente primero Thomas Meehan, de la Compañía B, comandante en jefe de la Compañía E. Y trajo nuevamente a Winters como jefe del 1.^{er} pelotón. El sargento Ranney fue degradado a soldado raso y Harris fue destinado a otra unidad. La era Sobel en la Compañía E había terminado.

Meehan era lo opuesto a Sobel. Esbelto, alto y delgado, tenía sentido común y era un hombre competente. Era estricto pero justo. Tenía una buena voz de mando. «Bajo la autoridad de Meehan —dijo Winters— nos convertimos en una compañía normal».

El entrenamiento se intensificó. El 13 de diciembre, la compañía realizó un salto nocturno y perdió a su primer hombre, el soldado Rudolph Dittrich del 1.^{er} pelotón, debido a un fallo en su paracaídas. Pelotones y escuadras eran enviados a realizar maniobras de tres días, con diferentes hombres al mando cuando los tenientes y sargentos estaban exentos. El 12 de diciembre, Carson escribió en su diario: «Yo, jefe de pelotón. No, no puede ser». Pero lo era. Estaban aprendiendo a mostrarse hábiles y resolutivos, lo que incluía aprender a vivir de la tierra. Ello incluía «pescar» lanzando granadas de mano en los ríos y mejorar su dieta encontrando en las grandes propiedades rurales algún ciervo que se mostrase dispuesto a recibir una bala en la cabeza.

Navidad fue un día de fiesta, con todo el pavo relleno que un hombre fuese capaz de tragar. La Nochevieja transcurrió con tranquilidad. «Todos esperamos el Año Nuevo —escribió Carson—. Me pregunto qué nos traerá, me pregunto cuántos de nosotros veremos 1945».

El 18 de enero, el general Bernard Law Montgomery, comandante del 21.º grupo de Ejércitos, al que pertenecía la 101 División Aerotransportada, realizó una visita de inspección a Chilton Foliat. Pasó revista a los efectivos, luego ordenó a los hombres posición de descanso y regresó a su jeep. Subiéndose al capó, les dijo que eran muy

buenos. «Después de haber visto al 506.º —dijo—, me compadecí de los alemanes».

A medida que los días comenzaban a alargarse lentamente, lo que significaba que mejoraría la climatología y se entraría pronto en combate, la tensión aumentó. Los jóvenes, inevitablemente, pensaban en la muerte. Muy pocos transmitían estos pensamientos, pero Webster abordó esta cuestión de forma directa. Le envió una carta a su madre, diciéndole: «Deja de preocuparte por mí. Me uní a los paracaidistas para luchar. Y tengo intención de luchar. Si es necesario, moriré luchando, pero no debes preocuparte por esto, porque ninguna guerra puede ganarse sin que mueran hombres jóvenes. Todas las cosas que consideramos preciosas sólo pueden salvarse si somos capaces de sacrificarnos por ellas».

En febrero, el entrenamiento se volvió más orientado hacia las grandes unidades cuando la 101, y la fuerza de invasión completa, compuesta por más de siete divisiones, comenzó los ensayos para el ataque sobre Normandía.

El 23 de marzo, los batallones 2.º y 3.º del 506.º Regimiento realizaron un salto combinado, con diferencia el mayor de los efectuados hasta la fecha por el regimiento. El motivo de este espectacular salto fue una visita de inspección del primer ministro británico Winston Churchill, el comandante supremo de las fuerzas aliadas Dwight D. Eisenhower, el comandante del Primer Ejército de Estados Unidos Omar Bradley, el general Maxwell Taylor, comandante de la 101 División Aerotransportada (el general Lee había sufrido un infarto en febrero y se vio obligado a regresar a Estados Unidos) y otros muchos peces gordos del Ejército.

El salto fue un éxito total. Los C-47 llegaron atronando el cielo, en una perfecta formación en V. Churchill y los generales se encontraban contemplando el espectáculo aéreo en una tribuna especialmente construida para la ocasión. Los paracaidistas comenzaron a saltar de los aviones, uno tras otro. Había más de 1000 hombres y paracaídas llenando el cielo en un diluvio aparentemente interminable. En el instante de tocar tierra, los hombres se desprendían de los paracaídas y se dirigían al área de reunión a la carrera, mientras mostraban sus armas sin aminorar la velocidad. Los visitantes se mostraron vivamente impresionados ante la rapidez del movimiento; tal como quedó registrado en el Currahee, el álbum de recortes del regimiento, «los muchachos» habían causado una excelente impresión.

Más tarde, el regimiento formó delante de la tribuna y Taylor invitó a Churchill y Eisenhower a que pasaran revista a las tropas. Así lo hicieron, deteniéndose ocasionalmente para hacerles preguntas a los hombres.

Eisenhower se detuvo ante Malarkey.

—Soldado, ¿de dónde es?» (Eisenhower habló con miles de reclutas durante esas

inspecciones previas al Día D; invariablemente su primera pregunta era: «¿De dónde es?»)

—Astoria, Oregón —contestó Malarkey.

—¿Qué hacía antes de la guerra?

Malarkey le dijo que era estudiante en la Universidad de Oregón. Ike quiso saber quién había ganado el partido de fútbol americano del otoño pasado entre los equipos de Oregón y Oregón State, y si Malarkey pensaba volver a la universidad una vez acabada la guerra. Luego se volvió hacia Churchill y le sugirió que le hiciera alguna pregunta.

—Bien, hijo, ¿te gusta Inglaterra?

Malarkey le aseguró que le gustaba mucho, ya que siempre había disfrutado de la historia y la literatura inglesas. Churchill le prometió que le devolvería a Estados Unidos lo antes posible. «Fue —dijo Malarkey— una ocasión realmente memorable».

Después de la visita de Churchill se realizaron maniobras aún más importantes, con el propósito de acoplar a los paracaidistas, las unidades de fuerzas aerotransportadas y las tropas terrestres con los efectivos de las fuerzas aéreas y navales. Los ejercicios se llevaron a cabo en toda la región suroccidental de Inglaterra, con saltos masivos y operaciones anfibas.

Durante una de las maniobras, Guarnere les dijo a los soldados Warren Muck y Malarkey que dispararan con su mortero a una diana blanca de dos metros cuadrados colocada en una duna a unos 500 metros delante de ellos. Malarkey disparó una vez, demasiado largo. Una segunda vez, demasiado corto.

En ese momento llegaron algunos oficiales de estado mayor, acompañados por el general Taylor. Uno de los oficiales le dijo a Guarnere que ordenase a su unidad de morteros que abriese fuego contra la diana como una demostración para el general.

Guarnere les dijo a Malarkey y Muck que efectuasen tres disparos. En rápida sucesión, los soldados dispararon el mortero contra el blanco. Bum, el primer disparo impactó en el centro mismo de la diana. Bum, bum, los otros dos cayeron encima de la diana destruida.

—Sargento, ¿siempre son tan precisos sus hombres? —preguntó Taylor.

—Sí, señor —contestó Guarnere—, mis muchachos jamás fallan.

La 101 regresó en tren a sus barracones en Wiltshire y Berkshire. El general Taylor y su estado mayor eran conscientes de que aún quedaban muchos fallos que corregir. Los chicos de Currahee habían aprendido bien sus lecciones sobre las tácticas de unidades pequeñas; ahora había llegado el turno de los generales que tenían que hacerlos encajar adecuadamente en el conjunto.

«¡Prepárate, Hitler! ¡Ahí vamos!» Slapton Sands, Uppttery

1 de abril - 5 de junio, 1944

LA 101 DIVISIÓN AEROTRANSPORTADA, la 82.^a División Aerotransportada y la 4.^a División de Infantería integraban el VII Cuerpo. El VII Cuerpo y el V Cuerpo (1.^a División de Infantería y 29.^a División de Infantería) formaban el Primer Ejército de Estados Unidos, al mando del general Omar Bradley. Eisenhower había encomendado a Bradley la tarea de establecer una cabeza de playa en cada margen de la desembocadura del río Douve, donde la costa francesa forma un ángulo recto; hacia el este se extiende la costa de Calvados, en dirección norte se encuentra la base de la península de Cotentin. El V Cuerpo debía tomar la costa de Calvados (el nombre en clave para la zona-objetivo era «Playa Omaha»), mientras que el VII Cuerpo tenía la misión de capturar la base de la península de Cotentin (nombre en clave, «Playa Utah»). El VII Cuerpo en la Playa Utah estaría en el flanco extremo derecho de la zona de invasión, que se extendía desde la desembocadura del río Orne a la izquierda (es decir, el este) hasta la península de Cotentin a lo largo de 65 o 70 kilómetros.

Eisenhower necesitaba disponer de bastante espacio para que la invasión pudiera incluir suficientes divisiones de infantería en la primera oleada para superar a las fuerzas alemanas, atrincheradas detrás del Muro del Atlántico ^[7] de Hitler. En cierto sentido, la Playa Utah era la más fácil de las cinco playas de asalto. En las playas británicas y canadienses («Sword», «Juno» y «Gold», al este de la Playa Omaha), las numerosas casas de vacaciones, las pequeñas tiendas, los hoteles y casinos que se alineaban en la costa proporcionaban a los alemanes una excelente protección para instalar nidos de ametralladoras, mientras que en la Playa Omaha un risco que se elevaba desde la playa hasta una altura cercana a los 150 metros permitía que los soldados alemanes, instalados en un sistema de trincheras parecido a los de la Primera Guerra Mundial, pudiesen disparar contra las tropas que salían de las lanchas de desembarco. Pero la Playa Utah no tenía risco ni casas de vacaciones. Había algunas defensas fijas, construidas con hormigón reforzado, que alojaban piezas de artillería y ametralladoras. La mayor de ellas se encontraba en La Madeleine, en el centro de la Playa Utah (la fortificación tomaba su nombre de un santuario religioso próximo que se remontaba a la época en que los vikingos asolaban estas tierras). Pero la pendiente gradual y las dunas bajas de arena indicaban que atravesar la playa no resultaría una tarea tan complicada como en la Playa Omaha.

El problema en la Playa Utah era lo que había tierra adentro. Detrás de las dunas

de arena había terreno bajo, utilizado por los granjeros normandos para apacentar el ganado. Cuatro estrechas carreteras partían desde la playa tierra adentro; estas carreteras se elevaban aproximadamente a un metro del suelo. El mariscal de campo Erwin Rommel, el comandante alemán, había inundado los campos, con la idea de obligar a cualesquiera tropas y blindados que se dirigieran tierra adentro a utilizar las carreteras (los estrategas de Eisenhower las llamaban «calzadas elevadas»). Rommel había emplazado la mayor parte de su artillería en posiciones camufladas o casamatas y búnkers reforzados detrás de la zona inundada, desde donde podía bombardear las carreteras. Rommel tenía a su infantería preparada para ocupar posiciones defensivas a lo largo del extremo occidental de las carreteras, donde podría repeler el avance de las tropas aliadas.

La misión que Eisenhower encomendó a la 101 División Aerotransportada fue tomar las salidas de estas calzadas elevadas. El método que utilizaría la división sería un salto nocturno. El objetivo era desorganizar a los alemanes, provocar confusión y estragos en sus filas, controlar las salidas de las calzadas elevadas y destruir las piezas de artillería pesada antes de que los hombres de Rommel pudiesen reaccionar.

Sería una operación complicada, difícil y peligrosa. Para contar con alguna posibilidad de éxito sería necesario ensayar. Para que la práctica fuese realista sería necesario encontrar una zona de la costa inglesa que tuviese características similares a la Playa Utah.

Slapton Sands, en Devonshire, al suroeste de Inglaterra, era una zona similar a la Playa Utah. Una larga y estrecha franja de playa separada del terreno seco por un lago poco profundo y una marisma. Dos puentes unían la playa con el terreno elevado. Y así fue cómo el VII Cuerpo llevó a cabo sus ensayos en Slapton Sands para el papel que sus hombres tendrían que interpretar el Día D.

A finales de abril, todo el VII Cuerpo participó en el Ejercicio Tigre. La Compañía E fue llevada en camiones hasta un hotel en la playa de Torquay, donde los hombres pasaron una noche muy agradable. Al día siguiente, 26 de abril, volvieron a subir a los camiones para dirigirse hasta una zona próxima a Slapton Sands de la que habían sido evacuados todos los civiles. La compañía durmió en el terreno hasta medianoche, cuando los camiones trasladaron a los hombres a una zona de lanzamiento simulada. Después de reunir a todos sus efectivos, la compañía marchó por tierra a través de la niebla hasta una posición elevada, situada a un par de kilómetros de la playa, en donde se estableció una posición defensiva que protegía el puente.

Al amanecer, Webster escribió: «Vimos una extensa flota de lanchas anfibas que se acercaba lentamente a la playa; nunca antes había visto tantos barcos juntos al mismo tiempo; una flota de invasión es la visión más impresionante del mundo». Pero lo que Webster no había visto era el desastre producido la noche anterior.

Lanchas torpederas alemanas se habían infiltrado entre los transportes y otros grandes barcos de asalto que transportaban a la 4.^a División de Infantería. Los alemanes enviaron dos barcos al fondo del mar y provocaron graves daños a varios más; más de 900 hombres se ahogaron aquella noche. El incidente fue silenciado por los aliados por temor a que afectara la moral de las tropas que debían cruzar a Francia en esos barcos (el incidente se mantuvo oculto durante más de cuarenta años, evidentemente por vergüenza).

Webster, observando a los hombres de la 4.^a División de Infantería que llegaban desde la playa y pasaban junto a las posiciones que ocupaba la Compañía E, advirtió que «sudaban, jadeaban y maldecían». También apuntó que los oficiales informaron a los hombres de que «no podemos escribir acerca de nuestra excursión en Torquay». Por la tarde, la compañía realizó una marcha de 40 kilómetros y luego pasó la noche al raso en medio del bosque. En la mañana del 28 de abril, la compañía regresó a Aldbourne en varios camiones.

Aquel fin de semana Malarkey, Chuck Grant, Skip Muck y Joe Toye consiguieron pases de permiso para ir a Londres, junto con el mejor amigo de Muck de Tonawanda, Nueva York, Fritz Niland del 501.º Regimiento de Infantería Paracaidista. En Londres se reunieron con el hermano de Niland, Bob, que era jefe de escuadrilla en la 82.^a División Aerotransportada y ya había entrado en acción en África del Norte y Sicilia. Pasaron la tarde en un pub escuchando las historias de Bob Niland en el campo de batalla. Éste hizo un comentario que Malarkey jamás olvidó: «Si quieres ser un héroe, los alemanes te convertirán en uno rápidamente... ¡muerto!». En el tren que les llevaba de regreso a Aldbourne, Malarkey le confió a Muck que a él le sonaba como si Bob Niland hubiese perdido su temple.

De vuelta en Aldbourne en la primera semana de mayo, la Compañía E tuvo que superar nuevos problemas, atacando posiciones de artillería, puentes, calzadas elevadas y otros objetivos, en una ocasión atacando después de un salto real, en otras simulando el vuelo y «saltando» desde los camiones.

Desde el 9 hasta el 12 de mayo, la 101 realizó su ensayo general para la actuación durante el Día D, con el nombre en clave de «Operación Águila (Eagle)». En las maniobras participó toda la división. La Compañía E utilizó el mismo campo de aviación que sería su base de partida el Día D, Uppottery. Personal y equipo fueron cargados en el mismo avión que la compañía usaría el día señalado; el despegue, salto y reunión en tierra siguieron el plan al pie de la letra, incluyendo pasar la misma cantidad de tiempo en vuelo. [8]

Subir a los C-47 se convirtió en una tarea muy complicada debido a la gran cantidad de equipo que los hombres llevaban encima. Cada soldado llevaba un exceso de carga, siguiendo la vieja tendencia de los soldados que iban a entrar en combate de intentar estar preparados para cualquier emergencia imaginable. El uniforme y los calzoncillos largos que habían recibido estaban impregnados de una sustancia especial para repeler un posible ataque con armas químicas; las prendas resultaban muy molestas, apestaban, picaban, conservaban el calor corporal y provocaban torrentes de sudor. La chaqueta y los pantalones de combate también habían sido tratados con la misma sustancia. Los hombres llevaban un cuchillo de bolsillo en la solapa de la guerrera, que usarían para cortar las correas del arnés si caían sobre una zona boscosa y quedaban enganchados en un árbol. En los grandes bolsillos de los pantalones llevaban una cuchara, una navaja de afeitar, calcetines, paños de limpieza, linterna, mapas, una provisión de raciones K para tres días, un paquete de raciones de emergencia (cuatro barras de chocolate, un paquete de galletas, café en polvo, azúcar y cerillas), municiones, una brújula, una granada de humo, una bomba Gammon (un explosivo plástico de un kilo para usar contra los tanques) y cigarrillos, dos cajetillas por hombre. Completaban su uniforme y su equipo un cinturón con tirantes de tela, una pistola del calibre 45 (un arma reglamentaria para oficiales y suboficiales; los soldados rasos debían ingeniárselas para conseguirla, y la mayoría de ellos lo hacían), una cantimplora, una pala, un botiquín de primeros auxilios y una bayoneta. Encima de todo esto iban el arnés del paracaídas, el paracaídas principal en una mochila trasera y el paracaídas de reserva enganchado en la parte delantera. En la pierna izquierda llevaban sujeta una máscara antigás y un cuchillo-bayoneta de paracaidista en la pierna derecha. Cruzado sobre el pecho llevaban su mochila con la ropa interior y la munición de reserva y, en algunos casos, cartuchos de TNT, junto con su fusil o la metralleta separados en dos piezas o el mortero atravesado diagonalmente en el pecho debajo de la mochila con el paracaídas de reserva, dejando ambos manos libres para manipular las correas principales de sustentación. Encima de todo este equipo llevaban su chaleco salvavidas Mae West. Finalmente, se ponían el casco.

Algunos hombres añadían un tercer cuchillo. Otros encontraban milagrosamente un lugar para llevar municiones extra. Gordon, que cargaba con una ametralladora, pensó que pesaba el doble de su peso normal. A casi todos los hombres había que ayudarles a subir al C-47. Una vez a bordo, iban tan apretados que no podían moverse.

El general Taylor había removido cielo y tierra para conseguir suficientes C-47 para la Operación Águila. Los aviones eran requeridos continuamente para proporcionar apoyo logístico y el Mando de Transporte de Tropas ocupaba el último lugar de la lista. Tan sólo era posible transportar el equipo básico. Para empeorar más las cosas, los depósitos de combustible de los aparatos disponibles carecían de

protección blindada contra el fuego antiaéreo.

La Compañía E recibió sus instrucciones para llevar a cabo la Operación Águila en la noche del 10 al 11 de mayo. El objetivo era una batería que batía la playa. Al anochecer del 11 de mayo, la Compañía E despegó del campo de aviación. Los aviones volaron sobre Inglaterra durante cerca de dos horas y media. Poco después de medianoche, la compañía saltó. Para la E el ejercicio se desarrolló sin problemas; para otras compañías, sin embargo, hubo muchos contratiempos. La compañía de mando del 2.º Batallón formaba parte de un grupo que se topó con un raid aéreo alemán sobre Londres. Las baterías antiaéreas comenzaron a disparar; la formación se rompió y los pilotos no pudieron localizar la zona de descenso. Ocho de los nueve aviones que transportaban a la Compañía H del 502.º Regimiento lanzaron a sus hombres sobre el pueblo de Ramsbury, a casi quince kilómetros de la zona de descenso. Hubo 28 aviones que regresaron a sus campos base con los paracaidistas aún a bordo. Otros muchos saltaron de cualquier modo, lo que provocó numerosos accidentes. Alrededor de 500 hombres sufrieron fracturas óseas, luxaciones, torceduras y otras lesiones.

El único consuelo que los comandantes de las divisiones aerotransportadas pudieron encontrar en medio de ese desastre fue que, por tradición, un mal ensayo general significa una exitosa noche de estreno.

El último día de mayo, la compañía se dirigió a la caravana de camiones que les esperaba estacionada en Hungerford Road. La mitad de los habitantes de Aldbourne, y casi todas las chicas solteras, estaban allí para despedir a los hombres. Muchas personas lloraban. Los pertrechos que quedaban en el pueblo daban cierta esperanza de que los muchachos regresarían algún día.

El entrenamiento había terminado. Habían sido veintidós duros meses, más o menos continuos. Los soldados estaban físicamente tan fuertes como era posible para un ser humano. Ni siquiera los boxeadores profesionales o los jugadores de fútbol estaban en mejor forma que ellos. Eran hombres extraordinariamente disciplinados, preparados para cumplir las órdenes al instante y sin rechistar. Eran expertos en el uso de sus propias armas, tenían conocimientos del uso de otras armas, e incluso estaban capacitados para operar con armamento alemán. Podían manejar radios de campaña, conocían una amplia variedad de señales manuales y podían reconocer numerosas señales de humo. Eran expertos en cuanto a las tácticas, ya se tratase de atacar una batería o un fortín o un sistema de trincheras o una colina defendida con nidos de ametralladoras. Cada hombre conocía las obligaciones y responsabilidades de un jefe de escuadra o de pelotón y estaba perfectamente preparado para asumir esas funciones si era necesario. Sabían cómo volar puentes y cómo inutilizar piezas de artillería. Eran capaces de montar una posición defensiva en cuestión de minutos.

Podían vivir al raso, dormir en un pozo de tirador, marchar durante todo el día y toda la noche. Se conocían y confiaban unos en los otros. Dentro de la Compañía E habían hecho los mejores amigos que jamás habían tenido, o incluso que nunca tendrían. Estaban dispuestos a morir por sus compañeros; y lo que era más importante, estaban dispuestos a matar por sus compañeros.

Estaban preparados. Pero, naturalmente, entrar en combate por primera vez en la vida es una experiencia extrema para la que uno jamás puede estar totalmente preparado. Es un momento que lleva años anticipándose; es una prueba que genera ansiedad, tensión, nerviosismo, temor al fracaso, anticipación. Existe un misterio alrededor de este fenómeno, realzado por el hecho de que aquellos que lo han vivido no encuentran las palabras adecuadas para describirlo, qué se siente, excepto que disparar y que te disparen a matar produce reacciones extraordinariamente emocionales. No importa la dureza con que te entrenes o cuan realista pueda ser ese entrenamiento, nadie puede estar jamás plenamente preparado para la intensidad del combate real.

Y de ese modo los hombres de la Compañía E abandonaron Aldbourne pletóricos de confianza en sí mismos y repletos de ansiedad.

La zona de maniobras de la Compañía E en el suroeste de Inglaterra, a unos 15 kilómetros de la costa, era un terreno abierto junto al campo de aviación en Uppottery. La compañía vivía en tiendas de campaña. «Nuestra calidad de vida mejoró considerablemente —escribió Webster—. Nos apiñábamos en el acogedor comedor de campaña [una tienda enorme] ("¿Queréis más, muchachos? Servios vosotros mismos... comed todo lo que os apetezca.")») Y comíamos manjares como pollo frito, ensaladas de fruta y pan blanco con montones de mantequilla. Saber que nos estaban engordando para enviarnos al matadero no nos impedía volver por más comida».

Grupos de soldados con uniformes y armamento alemanes recorrían continuamente la zona de maniobras, para que los hombres se familiarizaran con el aspecto del enemigo y las armas que utilizaba.

El 2 de junio, los oficiales de la compañía recibieron sus instrucciones de los antiguos oficiales de la Compañía E, el teniente primero Nixon y el capitán Hester (ahora en el estado mayor del 2.º Batallón). En cajones de arena que mostraban los accidentes del terreno, casas, carreteras, dunas, etc., y sobre los mapas, Nixon y Hester explicaron que la Compañía E saltaría cerca de la pequeña población de Ste. Marie-du-Mont, a unos 10 kilómetros al sur de Sainte Mére-Eglise, con el objetivo de liquidar la guarnición alemana que había en el pueblo y tomar la salida de la calzada elevada número 2, la carretera que partía desde la costa justo al norte del pueblo de

Poupeville. El 3.^{er} pelotón recibió la misión de volar una línea de comunicaciones que nacía en La Madeleine y continuaba tierra adentro.

La detallada información proporcionada por Nixon y Hester, y por otros oficiales de inteligencia que instruían a las otras compañías, era realmente asombrosa. Hacían circular entre los hombres fotografías de la zona de descenso que mostraban no sólo carreteras, edificios y características por el estilo, sino incluso el emplazamiento de los pozos de tirador. Un miembro del 506.^o Regimiento recordó que su compañía recibió la información de que el comandante alemán del objetivo que les habían asignado, Saint Côme-du-Mont, tenía un caballo blanco y salía con una maestra de escuela que vivía en una calle lateral a sólo dos casas de un emplazamiento de artillería alemán que fue señalado como objetivo en la calzada elevada número 1. Todas las noches, a las 20:00 horas, el comandante alemán sacaba a pasear a su perro.

[9]

Cada oficial tuvo que aprenderse de memoria la misión de la compañía, conocer la propia misión y la de todos los restantes pelotones hasta el detalle más insignificante, y ser capaz de dibujar un mapa de toda la zona de memoria. Un punto quedó muy claro: que los alemanes confiaban menos en sus defensas costeras fijas que en su probada capacidad para el contraataque. Las unidades móviles de reserva alemanas comenzarían a atacar a la 4.^a División de Infantería cuando sus unidades amenazaran con atravesar las calzadas elevadas. Por lo tanto, los oficiales de planificación hicieron especial hincapié en que los oficiales, independientemente del lugar donde se encontrasen sus pelotones o de cuántos hombres dispusieran, si descubrían unidades alemanas avanzando hacia las calzadas elevadas, debían abrir fuego contra ellas con todo lo que tuviesen. Un retraso de sólo cinco minutos podía significar la diferencia entre el éxito y el fracaso en la Playa Utah. La importancia de cada misión fue recalcada en los mismos términos. Winters dijo: «Tenía la sensación de que íbamos a ir allí y conseguir la jodida victoria nosotros solos. Era nuestra obra».

El 3 de junio, Winters y el resto de los jefes de pelotón llevaron a sus hombres a la tienda donde se impartían las instrucciones, les mostraron los cajones de arena con los modelos a escala y los mapas, explicándoles lo que habían aprendido.

El sargento Guarnere necesitaba usar la letrina. Cogió una chaqueta y se alejó hacia allí. Se sentó, metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y sacó una carta. Estaba dirigida al sargento Martin —Guarnere había cogido por error la chaqueta de Martin— pero Guarnere la leyó de todos modos. La había escrito la esposa de Martin; se habían casado en Georgia en 1942 y la señora Martin conocía a la mayoría de los hombres de la compañía. Escribió: «No se lo digas a Bill [Guarnere], pero mataron a su hermano en Cassino, Italia».

«No pueden imaginarse el furor que sentí —dijo Guarnere más tarde—. Juré que cuando llegase a Normandía no dejaría a un solo alemán con vida. Estaba como loco. Cuando me enviaron a Francia, me había convertido en un asesino, en un salvaje"».

El 4 de junio, la Compañía E recibió las municiones, una cantidad equivalente a 10 dólares en francos franceses recién impresos en Washington, un juego de fuga que contenía un mapa de Francia, una diminuta brújula de latón y una sierra para cortar metal. Los hombres recibieron asimismo una bandera estadounidense para coserla en la manga derecha de sus chaquetas de paracaidista. Los oficiales quitaron las insignias de sus uniformes y pintaron rayas verticales en la parte posterior de sus cascos; los suboficiales tenían pintadas las rayas en sentido horizontal. Todos fueron informados de la palabra en clave para el quién vive, «Relámpago», la contraseña, «Trueno», la respuesta, y «Bienvenido». También fueron provistos de pequeñas chicharras metálicas para ser usadas como identificación alternativa: un chasquido (click-clack) debía ser respondido con dos (click-clack... click-clack).

Los hombres se pasaron el día limpiando las armas, afilando los cuchillos y las bayonetas, ajustando los paracaídas, comprobando el equipo una y otra vez, fumando sin parar. Muchos de ellos se afeitaron la cabeza o se cortaron el pelo al estilo mohawk (rasurado a ambos lados de la cabeza y con una o dos franjas de pelo muy corto que iban desde la frente hasta la nuca). Los soldados rasos Forrest Guth y Joseph Liebgott se encargaron de la peluquería, cobrando 15 centavos por corte.

El coronel Sink visitó la compañía, observó el trabajo de los improvisados peluqueros, sonrió y dijo: «Olvidé decirles que, hace algunas semanas, nos informaron oficialmente que los alemanes le están diciendo a la población civil francesa que las fuerzas de invasión aliadas estarán encabezadas por paracaidistas norteamericanos, todos ellos psicópatas y criminales convictos, fácilmente reconocibles por el hecho de llevar la cabeza rasurada o cortes similares».

El teniente primero Raymond Schmitz decidió aliviar la tensión con algunas actividades físicas. Desafió a Winters a un combate de boxeo.

—Venga, Winters, vayamos detrás de las tiendas y crucemos algunos golpes.

—No, déjame en paz.

Schmitz continuó insistiendo. Finalmente, dijo:

—Muy bien, entonces luchemos.

—Maldita sea, ya está bien, estoy hasta el gorro, luchemos.

Winters había formado parte del equipo de lucha en la universidad. Dio con Schmitz en tierra en pocos segundos, pero lo hizo con excesiva violencia. Schmitz se fracturó dos vértebras, fue trasladado al hospital y se perdió el viaje a Normandía. Su

segundo jefe del 3.^{er} Pelotón, el subteniente Robert Mathews, ocupó su puesto, con el sargento Lipton como segundo al mando. El resto de aquel día y parte de la noche, hasta que los hombres recibieron la orden de cargar los paracaídas, Winters debió soportar un incesante desfile de paracaidistas que le pedían, con una sonrisa dibujada en el rostro, que les rompiese los brazos o algunas vértebras.

El general Taylor circulaba entre sus hombres. Les dijo: «Sólo quiero que me den tres días y tres noches de duros combates, luego serán relevados». Eso sonaba muy bien. «Tres días y tres noches, —pensó Winters para sí—. Puedo soportarlo». Taylor también dijo que cuando los C-47 cruzaran la costa francesa quería que todos los hombres se pusieran de pie; si un paracaidista era alcanzado por el fuego antiaéreo, quería que estuviese de pie y lo aceptara como un hombre. En aquella orden había un matiz que iba más allá de la valentía; si un avión resultaba alcanzado por las baterías alemanas, los hombres enganchados a la cuerda y preparados para saltar tendrían alguna posibilidad de salvarse. Taylor le dijo al pelotón de Malarkey que luchase con los cuchillos hasta el amanecer, «y no quiero prisioneros».

Aquella noche, el 4 de junio, la compañía disfrutó de una cena realmente memorable. Filetes de carne de primera, guisantes, puré de patatas, pan blanco, helado y café en cantidades ilimitadas. Era el primer helado que probaban desde que pisaran suelo inglés hacía nueve meses. El sargento Martin recordó que le habían dicho: «Cuando te dan helado en la cena, sabes que ésa es la noche». Pero aquella noche soplaba un viento terrible y, justo cuando los hombres se estaban preparando para dirigirse a los C-47, llegó la orden de abortar la acción. Eisenhower había pospuesto la invasión a causa de las condiciones climatológicas adversas.

La Compañía E fue a una gran tienda de campaña a ver una película. Gordon recordó que era Mr. Lucky, con Cary Grant y Laraine Day en sus papeles principales. Los sargentos Lipton y Elmer Murray (el sargento de operaciones de la compañía) optaron por no ver la película. Los dos dedicaron esas horas a analizar las diferentes situaciones de combate que podrían producirse y cómo resolverlas.

En la tarde del 5 de junio el viento había amainado y el cielo comenzó a abrirse. Alguien encontró unos botes de maquillaje de camuflaje negro y verde. Los hombres comenzaron a embadurnarse la cara imitando a los sioux que habían combatido en la batalla de Little Big Horn, con rayas en la frente y la nariz. Otros se oscurecieron el rostro con carbón.

A las 20:30 horas los hombres formaron en grupos de dieciocho y se dirigieron a los hangares. «Nadie cantaba, nadie lanzaba gritos de júbilo —escribió Webster—. Era como una marcha fúnebre». Winters recordaba haber pasado junto a las dotaciones de algunas unidades antiaéreas británicas emplazadas en el campo de

aviación, «y fue la primera vez que ví una expresión de auténtica emoción en unos ingleses, realmente tenían los ojos llenos de lágrimas».

En los hangares, cada jefe de salto recibió dos fajos de papeles, conteniendo la orden del día de Eisenhower y un mensaje del coronel Sink, para que los pasara entre los hombres. «Esta noche es la noche de todas las noches —decía el mensaje de Sink—. Que Dios acompañe a cada uno de vosotros, excelentes soldados». El mensaje de Eisenhower comenzaba: «¡Soldados, marinos y aviadores de la Fuerza Expedicionaria Aliada! Estáis a punto de embarcaros en la Gran Cruzada, por la que hemos trabajado duramente en estos últimos meses. Los ojos del mundo están puestos en nosotros... ¡Buena suerte! Y que todos nosotros imploremos la bendición de Dios Todopoderoso para esta noble empresa».

Además de estas exhortaciones, los jefes de salto distribuyeron píldoras contra el mareo. A quién se le pudo ocurrir lo de las píldoras es un misterio; por qué las distribuyeron es un misterio aún mayor, ya que el mareo raramente había sido un problema entre los paracaidistas.

Y había otra cosa que era nueva. El mando aerotransportado británico había aparecido con la idea de las bolsas de pierna. Estas bolsas contenían munición extra, radios, trípodes de ametralladora, equipo médico, explosivos y otros elementos. Debían unirse al paracaidista mediante un mecanismo de desenganche rápido y sujetarse al arnés del paracaídas con una cuerda enrollada de 6 metros de largo. Cuando el paracaídas se abría, se suponía que el paracaidista debía sostener el peso de esa bolsa, accionar el mecanismo de desenganche para separar la bolsa de la pierna y dejarla que colgase en el extremo de la cuerda. La bolsa tocaría tierra antes de que lo hiciera el paracaidista. En teoría, éste aterrizaría sobre el bulto y no tendría que perder tiempo buscando su equipo. Parecía razonable, pero ninguno de los hombres de las divisiones aerotransportadas norteamericanas había saltado jamás con una de esas bolsas sujeta a la pierna. A los hombres, sin embargo, les gustó la idea de llevar ese chisme, y metieron en las bolsas todo lo que pudieron: minas, municiones, metralletas en dos piezas, y muchas más cosas.

Los hombres arrojaron sus pertrechos, paracaídas y bolsas de pierna dentro de los camiones, se subieron a ellos y fueron transportados hasta los aviones.

«Una vez cumplida esa etapa —escribió Winters en su diario—, nos dedicamos a colocarnos los arneses de los paracaídas. Es aquí en donde un buen jefe de salto puede hacer mucho por sus hombres. Conseguir colocarse todo ese equipo, sujetarlo bien, hacer que sea algo cómodo y seguro, y luego instalar un paracaídas encima de todo, exige una gran imaginación y persuasión para convencer a los hombres de que todo está bien».

Preparados para la inminente batalla, los hombres se sentaron a esperar debajo de las alas de los aviones. El nerviosismo iba en aumento. «Este es el salto donde tus

problemas comienzan después de tocar tierra», se decían unos a otros. Era el «salto de los 10 000 dólares» (la póliza del seguro de vida de los soldados era de 10 000 dólares). Los hombres tenían que hacer un gran esfuerzo para levantarse y caminar hasta el borde de la pista, vaciar la vejiga, volver, sentarse y repetir el proceso dos minutos más tarde. Cuando se acercaban a los aviones, Joe Toye le recordó al teniente Meehan que les dijera a sus hombres: «Nada de prisioneros. No haremos prisioneros».

A las 22:00 horas los hombres subieron a los aviones. Los jefes de salto empujaron a los soldados por la escalerilla; cada uno llevaba encima alrededor de 45 kilos y algunos hasta 70. Uno de los paracaidistas de la 101 División habló por todos los 13 400 hombres que formaban las dos divisiones aerotransportadas cuando llegó a la puerta del C-47, se volvió hacia el este y gritó: «¡Prepárate, Hitler! ¡Ahí vamos!»

A las 23:10 horas los C-47 comenzaron a carretear por la pista de despegue en medio de un enorme estruendo de motores. Cuando alcanzaron una altura de 350 metros empezaron a girar hasta colocarse en formación en V, tres aviones por cada V. Ya estabilizado el rumbo hacia la costa de Francia, a muchos hombres les resultó difícil mantenerse despiertos. Era el efecto de las benditas píldoras contra el mareo. Durante toda aquella noche, y buena parte del día siguiente, los paracaidistas tuvieron problemas para no dormirse. Joe Toye durmió profundamente durante el vuelo: «No había estado tan tranquilo en toda mi vida —recordaba—. Jesús, había estado más nervioso durante los saltos de práctica».

En el avión donde viajaba Winters, el soldado Joe Hogan trató de entonar una canción pero el rugido de los motores pronto le hizo desistir de su propósito. En el avión de Gordon, igual que en la mayoría de los aparatos, los hombres estaban entregados a sus pensamientos y plegarias. El soldado Wayne Sisk, de Virginia Occidental, rompió el hielo preguntando a voz en cuello: «¿Alguien de los aquí presentes quiere comprar un buen reloj?». El comentario suscitó numerosas carcajadas y alivió considerablemente la tensión.

Winters rezó durante todo el vuelo, rezó para seguir con vida, rezó para no fallar. «Creo que todos los hombres llevaban esa pregunta grabada en la cabeza: ¿Cómo reaccionaré bajo el fuego enemigo?»

Con el teniente Schmitz en el hospital reponiéndose de su fractura de vértebras, el sargento Lipton era el jefe de salto en su avión. El piloto les dio a los paracaidistas la posibilidad de elegir; podían volar con la puerta abierta, recibiendo aire fresco y la posibilidad de saltar rápidamente del aparato si era alcanzado por el fuego antiaéreo enemigo, o hacerlo con la puerta en su sitio, lo que les permitía fumar. Los hombres decidieron viajar con la puerta abierta, lo cual dio a Lipton la oportunidad de tenderse en el suelo con media cabeza fuera del aparato. La mayoría de los hombres dormía, o cabeceaba, como consecuencia del efecto de las píldoras contra el mareo.

Cuando el C-47 cruzó el Canal de la Mancha, Lipton vio un espectáculo que nadie había visto antes y que nadie volvería a ver jamás, una visión que cualquier hombre que aquella noche estuviese en el aire nunca podría olvidar: la flota de invasión, compuesta por 6000 barcos, dirigiéndose a toda máquina hacia las playas de Normandía.

Gordon Carson se encontraba con el teniente Welsh. Cuando el avión cruzó el Canal, Welsh les dijo a los hombres que viajaban cerca del morro del avión: «Mirad hacia abajo». Así lo hicieron, «y lo único que podías ver eran estelas en el agua. Nadie había visto antes tantos barcos juntos». Carson comentó: «Te espantaba un poco saber que formabas parte de algo que era tan superior a ti».

A las 01:00 horas del 6 de junio de 1944, los aviones pasaron sobre las islas del Canal, Guernesey y Jersey. En su avión, el piloto le dijo a Winters: «Llegaremos en veinte minutos». El jefe de la tripulación quitó la puerta del avión y Winters, que ocupaba el primer lugar de la fila, recibió una bocanada de aire fresco y pudo distinguir la línea de la costa a lo lejos. «Levantarse y enganchar», ordenó. Se encendió el testigo de la luz roja.

A las 01:10 horas, los aviones pasaron encima de la costa y se metieron en un banco de nubes. Esto provocó que la formación se rompiera. La V delantera continuó volando recto, pero las V laterales se desviaron, la de la derecha lo hizo en esa dirección, la que volaba a la izquierda alteró su rumbo en la dirección contraria. Era la reacción natural e inevitable de los pilotos, quienes temían colisionar en el aire. Cuando los aviones salieron del banco de nubes, que sólo medía unos cuatro kilómetros de largo, los aviones estaban solos. Sólo los pilotos de cabeza tenían el plan de vuelo que les llevaría a las señales Eureka de los Exploradores (Pathfinders) ^[10]; con la formación rota, ninguno de los otros pilotos sabía cuándo o dónde encender la luz verde. Sólo podían adivinarlo.

Perdidos, asustados, confundidos, los pilotos tuvieron inmediatamente otra preocupación. Las baterías antiaéreas abrieron fuego contra ellos, las balas trazadoras azules, verdes y rojas indicando su rumbo. Eran proyectiles de calibre pequeño, de 20 y 40 mm. Cuando impactaban en los aviones producían un ruido similar a las piedras que se agitan dentro de una lata. En el avión de Harry Welsh, unos proyectiles atravesaron el fuselaje justo en el lugar donde él había estado sentado unos minutos antes.

Se suponía que los pilotos tenían que reducir gases antes de encender la luz verde, pero tal como explicó Gordon: «Aquí estaban, en medio del fuego antiaéreo, y ninguno de ellos tenía un solo minuto de experiencia en combate, de modo que estaban absolutamente aterrorizados. Y en lugar de reducir la velocidad de vuelo,

aquellos tíos parecían estar pensando con los pies, pensaban con la válvula de estrangulación. Y decían: "Dios mío, el sentido común me dice que cuanto más rápido salga de aquí, más posibilidades tendré de sobrevivir, y eso es una putada para los chicos que están ahí atrás, pero tal y como están las cosas, yo me largo de aquí"».

De modo que aumentaron la velocidad, hasta casi 250 kilómetros por hora en muchos casos, y aunque no tenían ni la más remota idea de dónde se encontraban, excepto que era en algún lugar sobre Normandía, encendieron la luz verde.

Los hombres empezaron a gritar, «Adelante, adelante». Querían salir de aquellos aviones; nunca habían imaginado que estarían tan ansiosos por saltar. El avión de Lipton «daba saltos y vibraba y los hombres gritaban: «¡Larguémonos de aquí!»». Volaban a sólo 200 metros de altura y las balas trazadoras se acercaban cada vez más. «Aproximadamente cuando los proyectiles antiaéreos rozaban la cola del avión — recordó Lipton—, se encendió la luz verde». Saltó. El soldado James Alley fue el segundo y el soldado Paul Rogers saltó en tercer lugar. A Alley le habían dicho que lanzara primero su bolsa de pierna a través de la puerta y luego saltara hacia la oscuridad. Así lo hizo y acabó tendido en el suelo del avión, con la cabeza y medio cuerpo fuera del aparato y la bolsa suspendida en el aire amenazando seriamente con partirlo en dos. Rogers, que era «fuerte como un toro», lo empujó al vacío y saltó inmediatamente detrás.

Leo Boyle era el último hombre de la fila en su avión. Hubo una «tremenda turbulencia» cuando se encendió la luz verde y los hombres comenzaron a saltar en la oscuridad. El avión sufrió una sacudida. Boyle fue arrojado violentamente contra el suelo. El avión volaba inclinado. Boyle tuvo que arrastrarse para sujetarse de la parte inferior de la puerta, alzarse hasta ella y rodar fuera del C-47 en medio de la noche.

Las balas trazadoras parecían estar por todas partes. El avión que encabezaba la formación, al mando del teniente Harold Cappelluto, fue alcanzado por varios proyectiles que atravesaron el fuselaje, lanzando una lluvia de chispas. Pero consiguió mantener el rumbo y la velocidad durante unos momentos, luego realizó un lento medio rizo hacia la derecha. El piloto Frank DeFlita, que volaba justo detrás, recordó: «Las luces de aterrizaje del avión de Cappelluto se encendieron, y parecía que lo conseguiría, cuando el avión chocó contra unos árboles y estalló». Era el avión que transportaba al teniente Meehan, el sargento primero Evans y el resto de la sección de mando de la compañía, incluyendo al sargento Murray, quien había mantenido aquella larga conversación con Lipton acerca de las diferentes maneras de abordar las situaciones de combate que podían darse. Nunca llegó a experimentar ninguna de las posibilidades que Lipton y él habían tratado de visualizar.

La Compañía E todavía no había puesto a ninguno de sus hombres en combate, y ya había perdido al jefe de pelotón Schmitz, al jefe de compañía Meehan y a su sargento primero.

El soldado Rod Strohl era uno de los hombres que iban tan cargados que no pudo colocarse el paracaídas de reserva. «Recuerdo que pensé: "Bueno, qué diablos, si lo necesitas, y no lo llevas, todo sucederá en un segundo, y si no lo necesitas, no lo necesitas"». El avión en el que viajaba fue alcanzado por el fuego antiaéreo y comenzó a caer. Cuando los hombres saltaron, «el piloto y el copiloto nos acompañaron».

George Luz se encontraba en el avión de Welsh. Había conseguido subir al aparato con enormes dificultades, ya que además de todo el equipo reglamentario llevaba un transmisor de campaña y las baterías correspondientes y no hubiese podido abordar el avión de no ser por un grupo de tipos del Arma de aviación que lo empujaron dentro del aparato. Una vez dentro, se había vuelto hacia Welsh para decirle:

—Teniente, me ha colocado como quinto hombre en la fila y nunca conseguiré llegar a la puerta.

De modo que Welsh le dijo que cambiase su lugar con el soldado Roy Cobb. Cuando empezó el fuego antiaéreo («Podías caminar sobre él», recordaba Luz; Carson dijo: «Queríamos largarnos de allí a toda costa, era algo increíble»), Cobb exclamó:

—¡Me han dado!

—¿Puedes levantarte? —gritó Welsh.

—No, no puedo.

—Que alguien lo desenganche de la cuerda —ordenó Welsh.

—Mike Ranney desenganchó a Cobb de la cuerda de apertura automática del paracaídas. (El soldado Arder recordó: «Cobb estaba jodido. Haber entrenado tan duramente durante dos años y no poder realizar el gran salto era una mierda».) Entonces se encendió la luz roja, brilló durante un segundo y fue alcanzada por los disparos. «No tenía ninguna referencia —dijo Welsh—, de modo que grité "Adelante" y salté». Luz dio una patada a su bolsa de pierna que contenía el transmisor y el resto del equipo y saltó del aparato.

Y así fue como 13 400 de los mejores jóvenes de Estados Unidos, que habían estado preparándose durante dos años para este momento, se lanzaron contra la Fortaleza europea de Hitler.

«¡Seguidme!» Normandía

6 de junio, 1944

LOS HOMBRES SALTARON A MUY BAJA ALTURA desde aviones que volaban a demasiada velocidad. Llevaban un equipo excesivo y emplearon una técnica que no había sido probada y que demostró ser un terrible error. Cuando los paracaidistas abandonaron el avión, las bolsas de pierna se desprendieron de sus lugares de sujeción y cayeron a tierra, en casi todos los casos para no volver a ser vistas. Simultáneamente, las ráfagas de viento llevaron a los hombres en distintas direcciones. Con el peso extra que llevaban encima y la excesiva velocidad del avión, cuando los paracaídas se abrieron el tirón fue más violento de lo que jamás habían experimentado hasta entonces. Saltando desde una altura de 150 metros, e incluso menos, chocaron contra el suelo a los pocos segundos de abrirse el paracaídas, de modo que el golpe fue muy duro. Como consecuencia, muchos hombres tuvieron moratones durante cerca de una semana.

En una anotación de su diario, escrita sólo unos días más tarde de haber saltado en estas condiciones, el teniente Winters trató de recrear sus pensamientos en aquellos escasos segundos que se mantuvo flotando en el aire. «Volamos a 230 kilómetros por hora. Muy bien, adelante. Maldita sea, allá va mi bolsa de pierna y todos el resto de mi equipo. ¡Cuidado, tío! ¡Cuidado! Joder, están tratando de alcanzarme con esas ametralladoras. Tranquilo, tranquilo, debes mantenerte cerca de esa bolsa de pierna. Ha caído junto a ese seto. Me cago en esa jodida ametralladora. Hay una carretera, árboles... espero no estrellarme contra ellos. Pum, bueno, no ha estado tan mal, ahora debo desprenderme del paracaídas».

Burt Christenson saltó justo detrás de Winters. «Creo que no hice nada de lo que me habían enseñado durante los entrenamientos, pero de pronto sentí un violento tirón cuando el paracaídas se abrió». Su bolsa de pierna se soltó y «fue historia». Escuchó unas campanadas que procedían de Sainte Mére-Eglise y vio un fuego que ardía en el pueblo. proyectiles de ametralladora «pasan silbando a mi alrededor. Me impulso hacia arriba asiendo con fuerza las correas de sustentación. Joder, voy derecho hacia aquellos árboles. Estoy bajando demasiado deprisa». Cuando pasó por encima de los árboles, encogió las piernas para evitar golpearse contra las copas. «Quedé paralizado por el terror. A unos veinte metros debajo de mí y cinco metros a mi izquierda, un grupo de alemanes está disparando con una ametralladora antiaérea de 20 mm contra los C-47 que pasan por encima de mi cabeza». Afortunadamente para Christenson, la línea de fuego de los alemanes se dirigía en dirección opuesta a

su trayectoria, de modo que el enemigo le daba la espalda, y el ruido era tan terrible que no pudieron oír nada cuando tocó tierra, aunque estaba a sólo diez o quince metros de ellos.

Christenson cortó las correas del paracaídas, sacó su revólver de seis balas y se agachó detrás de un manzano. Se quedó muy quieto, moviendo sólo los ojos.

«De pronto, vi que algo se movía a unos diez metros a mi derecha, la silueta de un hombre con casco que se acercaba a cuatro patas. Busqué la chicharra y apreté el chisme una vez, click-clack. No hubo respuesta. La figura continuó avanzando hacia mí».

Christenson apuntó su revólver hacia el pecho del hombre y volvió a accionar la chicharra metálica. El hombre alzó las manos.

—Por el amor de Dios, no dispaes.

Era el soldado Woodrow Robbins, el artillero ayudante de Christenson con la ametralladora.

—Jodido cabrón, ¿qué coño pasa contigo, tío? ¿Por qué no has utilizado la chicharra? —preguntó Christenson con voz apenas audible y con ira contenida.

—Se me ha roto.

La adrenalina abandonó lentamente el cerebro de Christenson y los dos hombres comenzaron a alejarse de la posición alemana. Se toparon con Bull Randleman, quien tenía un soldado alemán muerto a los pies. Randleman les contó que acababa de desprenderse del paracaídas y ya había calado la bayoneta en el fusil, cuando apareció el alemán cargando contra él con su bayoneta por delante. Randleman consiguió desviar la embestida y atravesó al alemán con su bayoneta. «Este alemán eligió al tío equivocado para jugar a las bayonetas», dijo Christenson.

El avión del teniente Welsh volaba a una altura de 80 metros, «como máximo», cuando saltó. Al salir del C-47, otro avión se estrelló inmediatamente detrás de él. Dijo que la onda expansiva le lanzó hacia arriba y al costado «y eso me salvó la vida». Su paracaídas se abrió justo a tiempo para poder controlar el descenso y hacer que el impacto contra el suelo fuese doloroso pero no fatal.

La mayoría de los hombres de la Compañía E tuvieron experiencias similares. Muy pocos de ellos consiguieron permanecer en el aire el tiempo suficiente para poder orientarse con alguna precisión, aunque por el rumbo que llevaban los aviones podían deducir dónde se encontraba la costa.

La llegada a tierra de la compañía fue un desastre. La precisa zona de descenso en las proximidades de Ste. Marie-du-Mont que esperaban alcanzar, y donde la compañía debía reagruparse rápidamente, se había perdido tanto de vista por la acción evasiva que los pilotos habían iniciado al entrar en el banco de nubes que los hombres de la Compañía E estaban diseminados entre Carentan y Ravenoville, una

distancia de 20 kilómetros. Los Exploradores, Richard Wright y Cari Fenstermaker, cayeron en las aguas del Canal cuando su avión fue derribado (fueron rescatados por el H.M.S. Tartar, transferidos luego a Rescate Aéreo y Marítimo y por último llevados de regreso a Inglaterra).

El soldado Tom Burgess cayó cerca de Sainte Mére-Eglise. Al igual que les sucedió a muchos paracaidistas aquella noche, no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba. Por encima de su cabeza pasaban los C-47 a una altura extraordinariamente baja, las balas trazadoras alemanas tras ellos; el cielo estaba lleno de soldados norteamericanos suspendidos de sus paracaídas, figuras inidentificables y borrosas que corrían o se arrastraban por los campos, disparos de ametralladora por todas partes. Después de haberse desprendido del paracaídas utilizando su cuchillo, usó la chicharra metálica para identificarse ante un teniente al cual no conocía. Juntos echaron a andar hacia la playa, pegados a los omnipresentes setos. Se les unieron otros paracaidistas, algunos pertenecientes a la 82.^a División Aerotransportada (que también había quedado muy diseminada después de tocar tierra), otros encuadrados en distintos regimientos de la 101. A lo largo de su camino mantuvieron algunos breves e intensos intercambios de fuego con las patrullas alemanas.

El teniente designó a Burgess guía explorador. Al amanecer, llegó al extremo de una cerca de piedra que seguía desde hacía algunos minutos. De pronto, un soldado alemán que estaba oculto detrás de la unión de dos cercas apareció delante de él. Burgess no lo había visto. El alemán disparó hacia abajo. La bala alcanzó a Burgess en el pómulo, atravesó la mejilla derecha, fracturó el hueso, arrancó la articulación de la mandíbula y salió por la nuca. La sangre comenzó a manar de la mejilla, la nuca y el oído. Estuvo a punto de morir ahogado en su propia sangre.

«Quería vivir —recordaba Burgess cuarenta y cinco años más tarde—. Te habían dicho una y otra vez que lo más importante que debes hacer si te disparan es no perder la calma, lo peor que puedes hacer es volverte loco». De modo que se las ingenió lo mejor que pudo para mantenerse tranquilo. Sus compañeros le practicaron los primeros auxilios lo mejor que sabían y pudieron, vendaron las heridas y lo llevaron hasta un granero cercano, donde se desmayó sobre el heno.

A medianoche, un granjero francés «entró en el granero, se sentó a mi lado y me cogió la mano. Incluso me la besó». Luego trajo una botella de vino. En la mañana del 7 de junio, el granjero fue a buscar a dos médicos y les facilitó un carro tirado por un caballo, que utilizaron para trasladar a Burgess hasta la playa. Fue evacuado a Inglaterra y luego de regreso a Estados Unidos. Llegó a Boston en la Nochevieja de 1944. Permaneció sometido a una estricta dieta líquida hasta marzo de 1945, cuando pudo disfrutar de su primer alimento sólido desde su última comida en Uppottery, el 5 de junio de 1944.

El soldado Gordon cayó pesadamente a tierra. No sabía dónde estaba, pero tenía una idea exacta de lo primero que pensaba hacer: montar su ametralladora. Se ocultó junto a una cerca de piedra y puso manos a la obra. Cuando acabó, «ví que se acercaba una figura y me di cuenta de que se trataba de John Eubanks por la forma de caminar». Poco después se les unió Forrest Guth. Otra figura se destacó en la oscuridad. «Dale el santo y seña», le dijo Gordon a Eubanks. Pero antes de que Eubanks abriera la boca, el hombre gritó «Relámpago». Eubanks olvidó la contraseña («Trueno») y también que la chicharra metálica era un método de identificación alternativo y, en cambio, respondió, «Relámpago». El hombre lanzó una granada contra los tres soldados de la Compañía E. Se dispersaron, la granada estalló, afortunadamente nadie resultó herido y el soldado desconocido desapareció, lo cual probablemente fue lo mejor para el grupo, ya que estaba demasiado nervioso como para poder confiar en él.

Gordon, Eubanks y Guth comenzaron a avanzar hacia la playa pegados a la cerca de piedra. Vieron a un paracaidista que cruzaba a la carrera el campo, se agachaba y saltaba dentro de una acequia (aquella noche había media luna y pocas nubes, de modo que la visibilidad era buena). Gordon les dijo a sus compañeros que no se movieran, que iría a echar un vistazo. Se arrastró hasta llegar a la acequia, donde «me encontré con esos dos ojos mirándome y el cañón de una pistola justo delante de mi cara».

—Gordon, ¿eres tú?

Era el sargento Floyd Talbert. Ahora ya eran cuatro. Juntos continuaron arrastrándose, gateando, avanzando en dirección a la costa. Aproximadamente media hora antes de que amaneciera, Guth oyó lo que estaba seguro que era un convoy de camiones de transporte de tropas de dos toneladas y media que estaba circulando muy cerca de donde ellos se encontraban. ¿Cómo era posible? La invasión por mar ni siquiera había comenzado, y mucho menos habían desembarcado convoyes de camiones en la playa. Unas terribles explosiones que procedían de tierra adentro respondieron a su pregunta: el ruido que Guth había oído procedía de los proyectiles que pasaban por encima de sus cabezas, proyectiles disparados por los cañones navales de 405 mm de los barcos de guerra que estaban frente a la costa.

Los cuatro hombres de la Compañía E se unieron a un grupo del 502.º Regimiento que acababa de capturar un punto de resistencia alemán en un extenso complejo de granjas que dominaba el cruce de carreteras al norte de la playa, en Ravenoville. Pasaron el día defendiendo la posición de los contraataques alemanes. En la mañana del Día D más uno, se marcharon en dirección sur para reunirse con su compañía.

Jim Alley se estrelló contra una pared detrás de una casa, una de esas paredes francesas con trozos de vidrio incrustados en el borde superior. Sufrió varios cortes y sangraba profusamente por sus heridas. Retrocedió hasta la parte posterior del jardín y estaba tratando de cortar las cuerdas de su arnés con el cuchillo cuando alguien le cogió del brazo. Era una muchacha que estaba entre los arbustos.

—Yo norteamericano —susurró Alley—. Márchese de aquí, márchese.

La joven regresó a la casa.

Alley consiguió dar con su bolsa de pierna, reunió su equipo (trece salvas de munición de mortero de 60 mm, cuatro minas terrestres, munición para su M-1, granadas de mano, comida, la placa base metálica del mortero y otros elementos), subió por la pared y provocó el fuego de una ametralladora. Quedó cubierto de yeso antes de que pudiera dejarse caer nuevamente en el jardín.

Se quedó tendido en el suelo pensando qué podía hacer. Comió una de sus barras de chocolate y decidió salir por la parte delantera de la casa. Pero antes de que pudiese moverse, la joven volvió a salir de la casa, lo miró y se dirigió hacia la puerta principal. Alley pensó: «Se acabó. Hasta aquí he llegado». La muchacha regresó a los pocos minutos. Un soldado venía tras ella. «Yo le apuntaba con mi fusil y él, a su vez, me apuntaba a mí». Entonces ambos se reconocieron; el soldado pertenecía al 505.

—¿Dónde coño estoy? —preguntó Alley.

—En Sainte Mére-Eglise —le dijeron.

Se unió a los hombres del 505. Poco después de que amaneciera se encontró con Paul Rogers y Earl McClung, ambos pertenecientes a la Compañía E. Los tres pasaron ese día, y la mayor parte de la semana siguiente, luchando junto a los hombres del 505.

A través de la península de Cotentin, durante la noche y el día del Día D, todos los paracaidistas estaban haciendo lo mismo: librando pequeños combates, uniéndose a unidades improvisadas, defendiendo posiciones, acosando a las fuerzas alemanas, tratando de establecer contacto con sus unidades. Eso era exactamente lo que les habían dicho que debían hacer. Como resultado, su entrenamiento y confianza se aunaron para superar lo que podría haberse convertido en un auténtico desastre y, de este modo, un salto desorganizado se convirtió en un factor positivo. Los alemanes, al oír informes de que se estaban librando combates en todas partes, sobrestimaron el número de paracaidistas con los que se enfrentaban y, en consecuencia, reaccionaron de una manera absolutamente confusa y vacilante.

Winters había ido a caer a las afueras de Sainte Mére-Eglise. Podía ver perfectamente el incendio junto a la iglesia y oír la campana de la iglesia llamando a los habitantes del pueblo para que acudieran a sofocar el fuego. No pudo encontrar su

bolsa de pierna. La única arma que tenía era su bayoneta, metida en la bota. Su primer pensamiento fue alejarse del fuego de las ametralladoras y las armas automáticas en el perímetro de la iglesia. Justo cuando comenzaba a moverse, un paracaidista aterrizó cerca de él. Winters le ayudó a desprenderse del paracaídas, le pidió una granada y le dijo:

—Regresemos, debo encontrar mi equipo. —Una ametralladora abrió fuego contra ellos.— A la mierda el equipo —dijo Winters.

Se alejó hacia el norte para rodear Sainte Mére-Eglise antes de girar hacia el este en dirección a la costa. Pocos minutos más tarde vio algunas figuras y utilizó su chicharra. Como respuesta obtuvo un tranquilizador doble click-clack del sargento Lipton.

Lipton había aterrizado en una zona amurallada detrás del ayuntamiento de Sainte Mére-Eglise, a una manzana de la iglesia. Al igual que Winters, había perdido su arma cuando perdió su bolsa de pierna. En su mochila llevaba dos granadas y un juego de demolición, además de su cuchillo de monte. Salvó una alta puerta de hierro y se alejó de la iglesia y el incendio por una de las calles del pueblo. A las afueras del pueblo había unos pesados carteles de hormigón de escasa altura donde figuraba el nombre de la población. Lipton acercó el rostro a las letras grabadas en la piedra y se movió a lo largo de ellas, leyéndolas una a una, hasta que supo que en el cartel ponía «Sainte Mére-Eglise».

Los paracaidistas seguían cayendo a su alrededor. No queriendo que le disparase ningún soldado norteamericano nervioso, cuando vio que dos paracaidistas descendían juntos, echó a correr debajo de ellos. Cuando tocaron tierra, antes incluso de que se les pasara por la cabeza comenzar a disparar, Lipton ya les estaba hablando. Perteneían a la 82.^a División Aerotransportada y habían caído a unos 10 kilómetros de su zona de descenso. El sargento Guarnere se unió a ellos junto con Don Malarkey, Joe Toye y «Popeye» Wynn. Unos minutos más tarde, Lipton encontró a Winters.

—He visto un cartel en la carretera cerca de aquí —informó Lipton—. Sainte Mére-Eglise.

—Bien —contestó Winters—. Sé donde está ese pueblo. Podremos seguir desde aquí.

Encabezó el grupo que inició la marcha en dirección a su objetivo: Ste. Marie-du-Mont. Se unieron a un puñado de hombres del 502.^o. Aproximadamente a las 03:00 horas avistaron una patrulla alemana, cuatro camiones que se acercaban por la carretera. Prepararon una emboscada y allí Guarnere pudo vengarse por la muerte de su hermano al abrir fuego contra los dos primeros camiones. Los otros dos consiguieron huir, pero la Compañía E capturó varios prisioneros.

Una ametralladora alemana abrió fuego sobre el grupo. En ese momento, los

prisioneros intentaron lanzarse sobre los soldados estadounidenses. Guarnere acabó con ellos disparando su pistola. «Ningún remordimiento —dijo al describir aquel incidente cuarenta y siete años más tarde—. Ninguna piedad. Fue tan sencillo como pisar un bicho. —Después de una pausa, añadió:— Ahora somos personas diferentes de como éramos entonces».

A las 06:00 horas aproximadamente se toparon con el capitán Jerre Gross, de la Compañía D, y cuarenta de sus hombres. Unieron sus fuerzas para continuar avanzando hacia Ste. Marie-du-Mont, situado a unos 8 kilómetros al sureste. Pocos minutos más tarde se encontraron con el estado mayor del 2.º Batallón y alrededor de 40 hombres más. Winters encontró un M-1, luego un revólver, un cinturón, una cantimplora y abundante munición, «de modo que ya estaba preparado para luchar, especialmente después de haberle pedido un poco de comida a uno de los chicos». Lipton encontró una carabina. Los otros también se armaron.

Mientras los soldados estadounidenses avanzaban hacia Ste. Marie-du-Mont, también lo hacía el comandante de la unidad alemana encargada de defender el área, coronel Frederick von der Heydte, del 6.º Regimiento de Paracaidistas. Era un soldado con vasta experiencia, pues estaba en el ejército de su país desde mediados de la década de 1920 y había dirigido a sus hombres en combate en Polonia, Francia, Rusia, Creta y África del Norte. El coronel Von der Heydte era el oficial de mayor graduación presente, ya que los comandantes de división se encontraban en Rennes, a orillas del Sena, realizando unos ejercicios de simulación. Von der Heydte tenía un batallón desplegado en Sainte Mére-Eglise y sus alrededores, otro cerca de Ste. Marie-du-Mont y un tercero en Carentan. Todos sus pelotones también estaban movilizados, algunos tratando de contener el avance de los paracaidistas estadounidenses, pero la confusión provocada por los informes de aterrizaje de paracaidistas aparentemente en todas partes había hecho imposible lanzar contraataques organizados.

El coronel Von der Heydte quería verlo con sus propios ojos. Condujo su motocicleta desde Carentan hasta Ste. Marie-du-Mont, donde subió a la torre de la iglesia, que se alzaba a unos 60 metros del suelo. Desde aquel punto de observación tenía una magnífica vista de la Playa Utah.

Lo que vio le dejó sin aliento. «A lo largo de toda la playa —recordó durante una entrevista realizada en 1991— estaban esas pequeñas embarcaciones, cientos de ellas, cada una desembarcando entre treinta y cuarenta hombres armados. Detrás estaban los barcos de guerra, disparando con sus poderosos cañones, más barcos de guerra en una flota de los que nadie había visto jamás».

Alrededor de la iglesia, en el pequeño pueblo y más allá, en los campos verdes atravesados por los setos de piedra, todo estaba en silencio. Los breves intercambios

de disparos producidos durante la noche habían cesado al despuntar el día. Von der Heydte no podía ver unidades alemanas y tampoco norteamericanas.

Al bajar de la torre de la iglesia, el coronel se trasladó en su motocicleta hacia Brécourt Manor, situado a un par de kilómetros al norte, donde la artillería alemana disponía de una batería de cuatro cañones de 105 mm en una posición atrincherada y camuflada. Pero no se veía a ningún artillero en los alrededores; era evidente que se habían marchado durante la noche después de que comenzara el descenso de los paracaidistas. Von der Heydte regresó a Carentan a toda velocidad, donde ordenó a su 1.º Batallón que ocupase y mantuviese Ste. Marie-du-Mont y Brécourt, y que encontrase algunos artilleros para que se encargaran de servir la batería abandonada. Sus cañones estaban perfectamente emplazados para disparar sobre las lanchas de desembarco que llegaban a la Playa Utah y contra los barcos de guerra en el Canal.

Para entonces, aproximadamente las 07:00 horas, la Compañía E consistía en dos ametralladoras ligeras, un bazooka (sin munición), un mortero de 60 mm, nueve fusileros y dos oficiales. Cuando el 2.º Batallón avanzó hacia un grupo de casas en una pequeña población llamada Le Grand Chemin, a unos tres kilómetros de Ste. Marie-du-Mont, fue recibido con un intenso fuego desde el frente. La columna se detuvo; Winters y sus hombres se sentaron a recuperar el aliento. Diez o quince minutos más tarde, el teniente George Lavenson de la compañía de mando del batallón, anteriormente en la Compañía E, llegó caminando por la carretera.

—Winters —dijo—. Te quieren en el frente.

El capitán Hester y el teniente Nixon, ambos íntimos amigos de Winters, le dijeron que había una batería alemana de cuatro cañones de 105 mm a unos centenares de metros a través de algunos árboles y campo abierto, al otro lado de una granja llamada Brécourt Manor. El servicio de inteligencia no había podido localizar la batería, ya que estaba protegida por la cerca de piedra, comunicada por un extenso sistema de trincheras y cubierta por árboles y arbustos. Había un pelotón de infantería de cincuenta hombres encargado de defender la posición (una parte del 1.º Batallón del coronel Von der Heydte); la batería acababa de entrar en acción, abriendo fuego con sus cuatro cañones sobre la Playa Utah, a unos 4 o 5 kilómetros al noreste.

El 2.º Batallón contaba con menos de 100 hombres en ese momento. El teniente coronel Strayer tenía que luchar contra los alemanes en los cuatro puntos cardinales desde Le Grand Chemin. Estaba tratando de reunir los efectivos de su batallón, hasta aproximarse a su fuerza operativa total de 600 hombres, para poder defenderse de los contraataques alemanes. Sólo podía permitirse enviar una compañía para que atacase la batería alemana. Hester le ordenó a Winters que se encargase de esa batería.

Eran las 08:30 horas. El capitán Sobel estaba a Punto de conseguir una pequeña venganza sobre Hitler, el ejército de Estados Unidos estaba a punto de recibir una gran retribución por su inversión en equipos y entrenamiento, el pueblo estadounidense estaba a punto de obtener su recompensa por haber entrenado a unos jóvenes tan magníficos. La compañía que Sobel, el ejército y el país habían creado y entrenado para este momento estaba a punto de entrar en acción.

Winters se puso manos a la obra inmediatamente y de forma instintiva. Ordenó a los hombres de la Compañía E que dejaran todo el equipo donde estaban, llevando sólo armas, municiones y granadas. Les explicó que el ataque consistiría en un rápido asalto frontal apoyado por fuego de cobertura desde diferentes posiciones establecidas lo más cerca posible de la batería alemana. Les dijo a los encargados de las ametralladoras que los cubriesen mientras se adelantaba con sus hombres hacia sus posiciones de asalto.

Winters colocó sus ametralladoras ligeras (a cargo de los soldados John Plesha y Walter Hendrix en una pieza, y Cleveland Petty y Joe Liebgott en la otra) a lo largo de la cerca de piedra que llevaba hasta el objetivo, con instrucciones precisas de que les asegurasen fuego de cobertura. Cuando Winters se arrastraba hacia su posición de asalto, divisó un casco alemán; el soldado se movía por la trinchera, agazapado, sólo con la cabeza por encima del nivel del suelo. Winters apuntó con su M-1 y disparó dos veces, matando al alemán.

Winters le dijo al teniente Compton que en compañía de los sargentos Guarnere y Malarkey, avanzaran hacia la izquierda, se arrastrasen a través de campo abierto, se acercaran todo lo posible a la batería y lanzaran granadas dentro de la trinchera. Envío a los sargentos Lipton y Ranney a lo largo de la cerca de piedra de la derecha, junto a un pequeño bosque, con órdenes de proporcionar fuego de flanco sobre la posición enemiga.

Winters dirigiría el asalto frontal sobre la batería. Con él estaban los soldados Gerald Lorraine (del cuartel general del regimiento; era el chófer del jeep del coronel Sink) y «Popeye» Wynn y el capitán Joe Toye.

Aquí el entrenamiento compensó todos los esfuerzos y sacrificios. «Luchamos con un equipo sin estrellas individuales —dijo Lipton—. Éramos como una máquina. No teníamos a nadie que se levantara de un salto y cargara contra un nido de ametralladoras. Los dejábamos fuera de combate o los obligábamos a retirarse mediante maniobras y trabajo en equipo o fuego de mortero. Fuimos listos; no hubo muchos gestos heroicos. Habíamos aprendido que los actos heroicos eran la mejor manera de que te matasen sin haber hecho el trabajo, y acabar el trabajo era muy importante».

Cuando Ranney y Lipton avanzaron a lo largo de la cerca de piedra descubrieron que no podían ver las posiciones alemanas debido a los matorrales y la protección de

la trinchera. Lipton decidió trepar a un árbol, pero no había ninguno del tamaño suficiente como para permitirle disparar desde detrás del tronco. El que eligió finalmente tenía muchas ramas pequeñas; tenía que sentarse de forma precaria y poco estable en la parte delantera, de cara a los alemanes, expuesto si se les ocurría mirar en esa dirección, estando en equilibrio sobre varias ramas. A unos 75 metros vio a quince soldados enemigos, algunos en las trincheras, otros echados cuerpo a tierra en campo abierto, disparando contra la Compañía E, demasiado concentrados en la actividad que se desarrollaba delante de ellos como para descubrir la presencia de Lipton.

Éste estaba armado con una carabina que había encontrado la noche anterior. Disparó contra un alemán que estaba en campo abierto. El soldado enemigo pareció agachar la cabeza. Lipton volvió a disparar. Su blanco no se movió. Sin estar seguro de que la carabina tuviese la mira calibrada, Lipton apuntó y disparó a la tierra justo al lado de la cabeza del soldado inmóvil. La tierra se levantó justo en el lugar donde había apuntado; ahora Lipton sabía que la mira de la carabina estaba calibrada y que el primer disparo había acabado con el soldado alemán. Comenzó a apuntar y disparar a toda velocidad desde su inestable posición en el árbol.

El teniente Compton estaba armado con una metralleta Thompson que también había recogido durante la noche (pertenecía a un teniente de la Compañía D que se había roto una pierna durante el salto). Utilizando toda su capacidad atlética, se arrastró a campo traviesa hasta alcanzar la cerca de piedra, junto a Guarnere y Malarkey. Los alemanes recibían fuego de ametralladora desde la izquierda, de Lipton y Ranney desde la retaguardia y del grupo de Winters desde el frente. No advirtieron la llegada de Compton y sus hombres.

Cuando llegó a la cerca de piedra, Compton la salvó y pasó al otro lado. Había conseguido una sorpresa total y tenía a los soldados de infantería y la dotación de la batería ante la mira de su ametralladora. Pero cuando apretó el gatillo de su arma prestada, no pasó nada. Estaba atascada.

En ese instante, Winters gritó «¡Seguidme!», y el equipo de asalto avanzó junto a la cerca de piedra hacia la posición de Compton. Simultáneamente, Guarnere saltó al interior de la trinchera junto a Compton. La dotación alemana del primer cañón, atacada desde tres direcciones, abandonó la posición y huyó. Los soldados de infantería se retiraron junto con ellos, alejándose velozmente de Compton, Guarnere y Malarkey por la trinchera. Los hombres de la Compañía E comenzaron a lanzar granadas contra el enemigo en retirada.

Compton, como ya hemos dicho, había sido receptor en el equipo de béisbol de la Universidad de California Los Ángeles (UCLA). La distancia hacia el enemigo en fuga era aproximadamente la misma que hay entre la base del bateador y la segunda base. Compton lanzó su granada en línea recta —no describiendo una curva— y ésta

estalló en la cabeza de uno de los alemanes. Malarkey, Guarnere y él continuaron lanzando granadas sobre la trinchera.

Ahora Winters y su grupo se habían reunido con ellos, disparando sus fusiles, lanzando granadas, gritando, la sangre rugiendo en sus venas, la adrenalina dotándolos con la fuerza de Supermán.

Wynn fue alcanzado en una nalga y cayó dentro de la trinchera, gritando sin cesar:

—Lo siento, teniente, la he cagado, la he cagado. Una granada alemana cayó dentro de la trinchera y todos se echaron cuerpo a tierra cubriéndose la cabeza.

—¡Joe, cuidado! —le gritó Winters a Toye.

La granada había aterrizado entre sus piernas mientras se encontraba con la cara enterrada en el suelo. Toye se volvió.

La granada golpeó en su fusil e hizo pedazos la caja al explotar, pero Toye salió milagrosamente ileso. «Si no hubiese sido por Winters —dijo Toye en el año 1990—, no hubiera vivido para contarlo».

Winters lanzó algunas granadas más hacia la trinchera y luego salió en persecución de la dotación del cañón. El soldado Lorraine y el sargento Guarnere iban con él. Tres de los soldados de infantería alemanes echaron a correr por el campo hacia Brécourt Manor.

—¡Disparadles! —gritó Winters.

Lorraine alcanzó a uno de ellos con su ametralladora; Winters apuntó su M-1, apretó el gatillo y alcanzó a su alemán justo en la cabeza. Guarnere falló el disparo, pero Winters hirió al tercer alemán en la espalda. Entonces Guarnere disparó una lluvia de plomo contra el soldado herido. El alemán no dejaba de gritar «¡Socorro! ¡Socorro!». Winters le dijo a Malarkey que le pegase un tiro en la cabeza.

Un cuarto soldado alemán saltó fuera de la trinchera a unos 80 metros de la cerca de piedra. Winters lo vio, se echó cuerpo a tierra, apuntó con mucho cuidado y acabó con él. Habían pasado apenas quince o veinte segundos desde que encabezara la carga. La Compañía E había tenido su bautismo de fuego.

El pensamiento instantáneo de Winters fue que en la trinchera quedaban muchos soldados alemanes y lanzarían un contraataque muy pronto. Se agachó, avanzó arrastrándose hasta llegar a una trinchera de conexión, echó un vistazo «y había dos de ellos preparando una ametralladora para disparar en cualquier momento. Alcanzó al servidor en la cadera y el segundo disparo hirió en el hombro al otro soldado».

Winters dijo a Toye y Compton que dispararan contra la siguiente pieza, envió a tres hombres a examinar el cañón capturado y a otros tres a cubrir el frente. Para entonces, Lipton había bajado de su árbol y se dirigía a reunirse con Winters. Durante el camino se detuvo un momento para espolvorear la nalga herida de Wynn con sulfamidas y colocarle un vendaje. El herido continuaba disculpándose por haber

metido la pata. El suboficial Andrew Hill, del cuartel general del regimiento, apareció detrás de Lipton.

—¿Dónde está el cuartel general del regimiento? —gritó.

—Por allá —indicó Lipton, señalando hacia la retaguardia.

Hill levantó la cabeza para echar un vistazo. Una bala le alcanzó en la frente y salió por detrás de la oreja, matándolo en el acto.

Después de eso, todo el movimiento quedó reducido al sistema de trincheras, y en posición de agachados, ya que las ametralladoras alemanas disparaban sin cesar, barriendo la parte superior de la trinchera. Pero Malarkey vio a uno de los soldados alemanes que había matado Winters, a unos diez metros en campo abierto, con una pistolera negra en el cinturón. Malarkey pensó que debía de tratarse de la funda de una Luger. Quería esa pistola, de modo que salió a campo abierto y echó a correr hacia el soldado muerto, sólo para descubrir que era una funda de cuero para la mira del cañón de 105 mm. Winters le gritaba:

—¡Idiota, este lugar está lleno de alemanes, vuelve aquí ahora mismo!

Evidentemente, los alemanes debieron de pensar que Malarkey era un médico; en cualquier caso, los servidores de las ametralladoras no comenzaron a dispararle hasta que no inició la carrera de regreso a la trinchera. Con las balas levantando pequeños surtidores de tierra a su alrededor se zambulló debajo del cañón de 105 mm.

Winters estaba trabajando con el cañón, intentando inutilizarlo, pero no tenía ninguna carga de demolición. Lipton le dijo que él tenía una en su mochila, que había dejado en el lugar donde había comenzado el ataque. Winters le respondió entonces que fuese a buscarla.

«Es hora de encargarse del segundo cañón», pensó Winters. Dejó a tres hombres detrás para proteger el Primer cañón, luego condujo a los otros cinco en una carga a través de la trinchera, lanzando granadas y disparando sus fusiles. Pasaron junto a los dos soldados de la ametralladora a los que Winters había herido y los hicieron prisioneros. La dotación encargada del segundo cañón se replegó; la Compañía E lo tomó con una sola baja.

Con el segundo cañón capturado y cada vez más escasos de municiones, Winters envió a buscar a los cuatro soldados encargados de las ametralladoras ligeras. Entre tanto, seis soldados alemanes decidieron que ya habían tenido bastante; se acercaron al segundo cañón a través de la trinchera de conexión con las manos sobre la cabeza y gritando: «¡No matar! ¡No matar!».

El soldado John D. Hall, de la Compañía A, se unió al grupo. Winters ordenó cargar contra el tercer cañón. Hall encabezó al ataque pero resultó muerto. El cañón, sin embargo, fue capturado. Winters ordenó a tres de los hombres que asegurasen la posición. Con sólo once hombres, Winters controlaba ahora tres cañones de 105 mm.

En el emplazamiento del segundo cañón de la batería alemana, Winters encontró

un estuche con mapas y documentos que mostraban las posiciones de todos los cañones y ametralladoras en la península de Cotentin. Hizo llegar todo el material al batallón, junto con los prisioneros y una solicitud para que le enviaran municiones y algunos refuerzos, porque «estábamos demasiado dispersos para nuestro propio bien». Acto seguido utilizó varias granadas para destruir el transmisor, el teléfono y los telémetros de la dotación del cañón.

Poco después llegó el capitán Hester, trayendo tres cartuchos de TNT y algunas granadas incendiarias de fósforo. Winters introdujo un cartucho de TNT en cada uno de los cañones, junto con una granada alemana. Esta combinación explosiva voló las recámaras de los cañones como si fuesen plátanos a medio pelar. Lipton mostró su decepción al regresar con su juego de demolición y comprobar que su concurso ya no era necesario.

También llegaron los refuerzos, cinco hombres al mando del teniente Ronald Speirs, de la Compañía D. Uno de ellos, «Rusty» Houch, de la Compañía F, se incorporó para lanzar mejor una granada contra las posiciones que ocupaban los cañones y recibió varios impactos de ametralladora en la espalda y los hombros. Cayó muerto en el acto.

Speirs dirigió el ataque contra el último cañón que aún estaba en manos alemanas; consiguió capturarlo y destruirlo, perdiendo dos hombres en la acción.

Entonces Winters ordenó retirada, porque la compañía estaba siendo sometida a un intenso fuego de ametralladoras pesadas desde los setos que rodeaban Brécourt Manor, y con los cañones destruidos ya no tenía ningún sentido seguir manteniendo la posición. Los encargados de las ametralladoras ligeras fueron los primeros en retirarse, seguidos por los fusileros. Winters fue el último. Cuando se alejaba echó un último vistazo a la trinchera donde habían luchado sin cuartel. «Uno de los soldados alemanes que dejábamos atrás estaba tratando de colocar su ametralladora en posición para dispararnos por la espalda, de modo que le pegué un tiro en la cabeza». Eran las 11:30 horas. Habían transcurrido alrededor de tres horas desde que Winters recibiera la orden de encargarse de aquellos cuatro cañones.

Con una docena de hombres, lo que equivalía a los efectivos de una escuadra (reforzada más tarde por Speirs y los demás), la Compañía E había destruido una batería alemana que apuntaba directamente a la calzada elevada 2 y a la Playa Utah. Esa batería disponía de una línea telefónica que llegaba hasta la posición de un observador avanzado que se encontraba en un nido de ametralladoras situado en la cabecera de la calzada elevada 2. Este observador había estado guiando los disparos de los cañones sobre los hombres de la 4.^a de Infantería de Estados Unidos a medida que desembarcaban en la playa. La importancia de lo que la Compañía E había

conseguido no puede ser juzgada con precisión, pero seguramente contribuyó a salvar muchas vidas, e hizo mucho más fácil —tal vez incluso lo hizo simplemente posible— que los tanques pudiesen avanzar tierra adentro desde la playa. Sería una exageración afirmar que la Compañía E salvó el día en la Playa Utah, pero sería razonable decir que hizo una contribución muy importante al éxito de la invasión.

Las bajas de Winters se elevaban a cuatro muertos y dos heridos. Junto con sus hombres, había eliminado a quince alemanes, herido a un número indeterminado y capturado una docena de prisioneros; en resumen, habían barrido al pelotón de cincuenta hombres de las fuerzas paracaidistas de élite alemanas que defendían los cañones, y provocado la desbandada de sus dotaciones. En un análisis escrito en 1985, Lipton dijo: «El ataque fue un ejemplo único de una fuerza de asalto pequeña y bien dirigida que superó a una fuerza defensiva mucho más numerosa instalada en posiciones preparadas. Fue la elevada moral de los hombres de la Compañía E, la rapidez y audacia del ataque frontal y el fuego sobre las posiciones alemanas desde diferentes direcciones lo que desmoralizó al enemigo y lo convenció de que estaba siendo atacado por un contingente de fuerzas muy superior».

Hubo también otros factores, entre ellos el excelente entrenamiento que había recibido la Compañía, y que éste era su bautismo de fuego. Los hombres habían corrido riesgos que no volverían a asumir en el futuro. Lipton dijo que jamás se hubiese subido a aquel árbol exponiéndose de ese modo, de haber sido un veterano. «Pero aquel día todos nosotros estábamos llenos de fuego».

«Tu primera vez no te das cuenta —dijo Guarnere—. Jamás, jamás volvería a hacer lo que hice aquella mañana». Compton nunca habría saltado aquella cerca de piedra si no hubiera sido un novato. «Estaba seguro de que no me matarían —dijo Lipton—. Pensaba que si me disparaban, la bala sería desviada o yo me movería».

(Paul Fussell, en *Wartime*, escribe que el soldado que entra en combate por primera vez piensa de sí mismo: «No puede sucederme a mí. Soy demasiado inteligente / ágil / guapo / amado / estoy bien entrenado, etc».. Esa sensación no tarda en dar paso a esta otra: «Puede sucederme a mí y sería mejor que fuese un poco más prudente. Puedo evitar el peligro teniendo más cuidado al ponerme a cubierto / atrincherarme / exponer mi posición disparando mi arma / mantenerme más alerta en todo momento, etc».) ^[11]

En su análisis, Winters expresaba su agradecimiento al Ejército por haberle preparado tan bien para aquel momento («mi apogeo», lo llamaba él). Había hecho todas las cosas bien, desde explorar la posición hasta establecer una base de fuego de cobertura, poner a sus mejores hombres (Compton, Guarnere y Malarkey en un grupo, Lipton y Ranney en el otro) en las misiones más arriesgadas y dirigir personalmente el asalto en el momento exacto.

Winters pensaba que si Sobel hubiese estado al mando en aquella situación,

habría dirigido a los trece hombres en un ataque frontal y hubiera muerto, junto con la mayoría de sus subordinados. ¿Quién puede decir que se equivocaba en cuanto a eso? Pero, asimismo, ¿quién puede afirmar que los hombres de la Compañía E hubiesen tenido la disciplina, la resistencia (habían estado en movimiento desde las 01:30 horas, después de una noche prácticamente en vela; habían recibido golpes y cortes como consecuencia del violento tirón del paracaídas al abrirse y del duro contacto con el suelo) y la habilidad con las armas para llevar a cabo una misión tan perfecta, de no haber sido por Sobel?

Sink propuso a Winters para la Medalla de Honor del Congreso. Solamente un hombre por división habría de recibir esa máxima condecoración por la campaña de Normandía; en la 101 División la recibió el teniente coronel Robert Cole por dirigir una carga de bayoneta; Winters recibió la Cruz de Servicios Distinguidos. Compton, Guarnere, Lorraine y Toye recibieron la Estrella de Plata; Lipton, Malarkey, Ranney, Liebgott, Hendriz, Plesha, Petty y Wynn se hicieron acreedores a la Estrella de Bronce.

Aproximadamente un mes más tarde, Winters fue llamado al cuartel general del regimiento. Sink, Strayer y el estado mayor estaban reunidos en una tienda de campaña. En la cabecera de la mesa se encontraba S.L.A. Marshall, el historiador militar del ejército. La atmósfera que rodeaba la mesa era «eléctrica —recordó Winters—. Todos esos tíos de West Point hubiesen matado por tener la oportunidad que yo tenía de estar sentado delante de Marshall».

—Muy bien, teniente —dijo Marshall—, cuénteme lo que hizo el Día D. Usted se cargó esa batería de 105 mm, ¿no?

—Sí, señor, así fue.

—Cuénteme cómo lo hizo.

—Bueno, señor, instalé una base de fuego de protección, avanzamos protegidos por ella y capturamos el primer cañón. Y luego instalamos otra base de fuego y continuamos avanzando hasta que logramos el resto de los cañones de la batería alemana.

—Muy bien, ¿alguna otra cosa?

—No, señor, fue así básicamente.

Como un oficial joven enfrentado a todas aquellas condecoraciones, Winters pensó que sería mejor no entrar en detalles. De modo que lo explicó como si se hubiese tratado de un problema rutinario dentro de una acción de entrenamiento.

Cuando Marshall escribió su libro *Night Drop*, para disgusto y frustración de Winters, el historiador ignoró a la Compañía E, excepto para decir que el Batallón (2.º) desplegado había «mantenido a la batería alemana ocupada disparándole desde lejos...». Marshall, en cambio, describió con todo lujo de detalles la captura de una

batería alemana en Hold, cerca de la calzada elevada 1, a cargo del 1.^{er} Batallón del 506.º Regimiento. Marshall escribió que el batallón tenía 195 hombres para tomar la batería. Winters comentó entonces: «¡Con todos esos hombres, si hubieran sido de la Compañía E, yo hubiese podido capturar Berlín!» [12].

A las 12:15 horas aproximadamente, el sargento Leo Boyle se unió a ellos. Había saltado sobre la zona de descenso de la 82.^a División Aerotransportada, se había perdido, dedujo dónde se encontraba, se dirigió hacia Ste. Marie-du-Mont y localizó a su compañía. «El primer tío que encontré fue Winters. Estaba agotado. Me presenté a él. Lanzó un gruñido y eso fue todo lo que pude sacarle. Pensé que tal vez se sentiría un poco más feliz al verme, pero había estado sometido a una terrible tensión».

Los hombres se felicitaban mutuamente, hablaban de lo que acababan de conseguir, tratando de reunir todos los fragmentos de los acontecimientos que acababan de vivir. Se sentían orgullosos, victoriosos, felices, plenos. Alguien encontró unas botellas de sidra en un sótano. Comenzaron a pasarlas. Cuando la botella llegó a Winters, decidió que «estaba muerto de sed y necesitaba animarse». Dejó a todos atónitos al beber un largo trago, la primera bebida alcohólica que probaba en su vida. «En aquel momento pensé que el alcohol podía ralentizar mis pensamientos y acciones, pero no fue así».

El teniente Welsh se presentó para el servicio. Había participado en varias escaramuzas con algunos hombres de la 82. En la mochila llevaba el paracaídas de reserva; lo llevó consigo durante toda la campaña de Normandía. «Quería enviárselo a Kitty para que se hiciera el vestido de boda para nuestro casamiento después de la guerra. (¿Optimismo?)»

El fuego de ametralladora procedente de la cerca de piedra que se alzaba al otro lado de la carretera de Brécourt Manor se intensificó. Winters ordenó a los chicos de las ametralladoras ligeras que respondieran al fuego enemigo con algunas ráfagas. Malarkey encontró el tubo de su mortero pero no así la placa base, como tampoco el trípode. Después de fijar el tubo como pudo, disparó una docena de proyectiles sobre Brécourt Manor. Guarnere se unió a él, disparando con otro tubo de mortero. Más tarde descubrieron que todos sus proyectiles habían dado en el blanco. «Esa clase de pericia no puede enseñarse —comentó Winters—. Es un don de Dios». Cuando Malarkey se quedó sin municiones, el tubo de su mortero estaba prácticamente quemado y enterrado. Un viejo granjero francés buscó una pala para ayudarlo a desenterrarlo.

Al mediodía, soldados de infantería pertenecientes a la 4.^a División comenzaron a pasar por Le Grand-Chemin. Welsh recordó «los rostros de los primeros soldados de infantería que llegaban desde la playa mientras vomitaban las entrañas ante el

espectáculo de los cuerpos destrozados y acribillados a balazos de los alemanes y los paracaidistas muertos».

Para entonces ya había conseguido reagruparse una cincuentena de hombres pertenecientes a la Compañía E. Nadie sabía la suerte que había podido correr el teniente Meehan, pero Winters se había convertido de facto en el comandante de la compañía.

El teniente Nixon llegó con cuatro tanques Sherman detrás de él. Le dijo a Winters que les señalara a los tanquistas las posiciones ocupadas por el enemigo, y luego empleó a la Compañía E para que proporcionara apoyo de infantería para un ataque. Winters trepó a la parte trasera del primer carro de combate y le dijo al comandante: «Quiero que disparen contra esa línea de setos que se ven allí, allí, y allí, y contra Brécourt Manor. Quiero barrer todo lo que queda».

Los tanques avanzaron velozmente. Los tanquistas era la primera vez que entraban en combate, tenían su primera oportunidad de disparar sus cañones contra el enemigo. Llevaban una carga completa de municiones, para sus ametralladoras de calibre 50 mm y 30 mm, y para su cañón de 75 mm.

«Los tanques hicieron pedazos los setos —recordó Welsh luego—. Daba la impresión de que no dejarían nunca de disparar».

A media tarde, Brécourt Manor había quedado asegurada. La familia de Valavieille salió de casa, con el coronel de Valavieille al frente, un veterano de la Primera Guerra Mundial, acompañado de su esposa y sus dos hijos adolescentes, Louis y Michel. Michel se adelantó hacia la puerta del jardín con ambas manos sobre la cabeza, junto a algunos soldados alemanes que habían permanecido en la retaguardia para rendirse. Un paracaidista norteamericano le disparó en la espalda, confundiénolo con un alemán o bien tomándolo por un colaboracionista. Michel sobrevivió, aunque su recuperación en el hospital (fue el primer francés evacuado de la Playa Utah a Inglaterra) se prolongó seis meses. A pesar de ese lamentable incidente, los dos hermanos se hicieron muy amigos de algunos de los hombres de la Compañía E. Michel se convirtió en alcalde de Ste. Marie-du-Mont y en el fundador y constructor del museo que hay en Playa Utah.

Al anoecer, los alemanes se habían retirado de Ste. Marie-du-Mont, mientras la Compañía E y el resto del 2.º Batallón entraban en el pueblo y luego continuaban hacia el sur-suroeste un par de kilómetros hasta llegar al villorrio de seis casas de Culoville, donde Strayer tenía el puesto de mando del 2.º Batallón. Winters instaló a sus hombres para que pasaran la noche, con sus puestos de avanzada en posición. Los hombres comieron sus raciones K. Winters salió de patrulla por su cuenta. Fuera de la pequeña población oyó que un grupo de soldados marchaban sobre una carretera de adoquines. El sonido de las botas de suelas claveteadas le indicó que se trataba de

soldados alemanes. Se escondió en la cuneta; los alemanes pasaron muy cerca de él. Pudo percibir el olor característico de los alemanes. Era una peculiar mezcla de tabaco y cuero empapado en sudor.

El teniente Welsh recordaba haber caminado entre los hombres dormidos, pensando que «han visto y olido a los muertos a su alrededor durante todo el día pero nunca se les ha ocurrido ni siquiera soñar con aplicarse ese término a sí mismos. No han venido aquí a sentir miedo. No han venido a morir. Han venido a ganar».

Antes de que Lipton se fuera a dormir, recordó la conversación que había tenido con el sargento Murray antes de saltar del avión sobre cómo sería el combate y qué harían en diferentes situaciones. Se durmió sintiéndose «gratificado y agradecido de que el día hubiese acabado tan bien».

Cuando Winters se preparaba para dormir, alcanzó a escuchar «a los alemanes disparando sus pistolas automáticas, evidentemente al aire, porque no provocaron ningún herido, y gritando como una panda de críos borrachos que disfrutaban de una fiesta», que era lo que probablemente estaba ocurriendo.

Antes de acostarse, Winters escribió en su diario: «No olvidé hincarme de rodillas y dar gracias a Dios por haberme ayudado a sobrevivir a este día y pedirle que me ayudara en el D más uno». Y se hizo una promesa a sí mismo: si lograba salir con vida de la guerra, pensaba encontrar una granja aislada en alguna parte y pasar el resto de su vida en paz.

«¡Adelante!» Carentan

7 de junio - 12 de julio, 1944

AL AMANECER DEL 7 DE JUNIO, el capitán Hester fue a ver a Winters llevándole un mensaje. —Winters —le dijo—, odio tener que hacerte esto después de lo que tuviste que pasar ayer, pero quiero que la Compañía E encabece la columna hacia Vierville.

El batallón había alcanzado sus objetivos del Día D, la 4.^a División estaba en tierra y los caminos de salida de las playas habían sido asegurados. Su siguiente misión consistiría en dirigirse hacia el sur, en dirección a Carentan, en la margen opuesta del río Douve, para unirse a las fuerzas estadounidenses que se dirigían hacia el oeste desde la Playa Omaha. La ruta partía desde Culoville, a través de Vierville, hasta llegar a Saint Côme-du-Mont, para luego atravesar el río hasta Carentan.

El 2.º Batallón limpió Vierville de alemanes y luego continuó su camino hacia Angoville-au-Plain, con la Compañía E en la reserva. El resto del día lo pasó rechazando los contraataques alemanes a cargo del 6.º Regimiento de Paracaidistas del coronel Von der Heydte. Al día siguiente, el 1.º Batallón del 506.º Regimiento tomó Saint Côme-du-Mont, situado a unos 3 kilómetros al norte de Carentan, en la última zona de terreno elevado que dominaba el valle del Douve y Carentan, inmediatamente detrás. El coronel Sink estableció su puesto de mando en Angoville-au-Plain, con la Compañía E tomando posiciones para defender el cuartel general del regimiento. Esa sería su tarea durante los tres días siguientes.

La Compañía E empleaba el tiempo para recuperar fuerzas y recomponer sus unidades. Los hombres continuaban reagrupándose en un flujo lento pero constante, procedentes de toda la península de Cotentin. Todavía les resultaba bastante difícil conciliar el sueño, a causa de los disparos de los francotiradores, los ocasionales contraataques, el fuego de artillería y de los morteros alemanes. Enterrar los cadáveres, tanto humanos como animales, era una tarea complicada, ya que los cuerpos comenzaban a hincharse y heder.

Y surgió otro problema, uno que habría de asolar a las fuerzas aerotransportadas durante todo el año siguiente. Cada pueblo liberado en Francia, y más tarde en Bélgica, Holanda, Alemania y Austria, estaba lleno de vino, coñac, aguardiente y otros licores, de una calidad y en una cantidad absolutamente desconocidas para el recluta medio. El soldado Shifty Powers y un amigo encontraron una tienda de vinos

en Saint Côme-du-Mont. Forzaron la entrada y comenzaron a catar todas las botellas «para encontrar el vino que nos gustara». Cada uno se hizo con una botella y volvieron a salir para beber tranquilamente. «De vez en cuando aparecía un francotirador que intentaba matarnos, y las balas rebotaban una tras otra a nuestro alrededor y nos lo pasábamos en grande».

El teniente Welsh encontró un tonel de coñac, «y creo que estaba tratando de bebérselo todo él solo —recordó Winters—. Había momentos en los que hablaba con Harry y más tarde descubría que no había oído una sola palabra de las que había dicho y no porque tuviese ningún problema en los oídos. Solucionamos ese problema en un par de días». Pero el problema no desapareció. Había demasiadas bebidas y los jóvenes guerreros estaban sometidos a una gran tensión. La solución no era nada fácil.

El 10 de junio, el soldado Alton More le pidió a Malarkey que le acompañase a una breve expedición a Sainte Mére-Eglise a buscar unas mochilas que había visto apiladas en un descampado. More era un tipo tosco y fuerte, al estilo John Wayne, hijo de un cantinero de Casper, Wyoming. Se había casado con su novia del instituto y su primer hijo había nacido cuando él estaba en Inglaterra. Malarkey accedió a acompañarlo, pero cuando llegaron se sintió incómodo al comprobar que las mochilas se las habían quitado a los paracaidistas muertos. No obstante, se unió a More en la tarea de vaciar su contenido, recogiendo barras de chocolate, artículos de tocador, raciones K y dinero.

De pronto, More cayó de rodillas y, con voz apenas audible, dijo: «Larguémonos ahora mismo de aquí». Malarkey alzó la vista y vio que More estaba mirando un par de esarpines tejidos. Dejaron todo lo que habían cogido y regresaron a Saint Côme-du-Mont, decidiendo que en el futuro serían más respetuosos con sus camaradas muertos.

Los muertos alemanes eran otra historia. La caza de recuerdos se producía cada vez que había un momento de calma entre combate y combate. Las pistolas Luger eran uno de los artículos preferidos por los soldados norteamericanos, junto con relojes, cuchillos, banderas, cualquier cosa que llevase una esvástica grabada o pintada. Cuando Rod Strohl finalmente se reunió con la compañía, cuatro días después del Día D, Liebgott lo vio y se acercó corriendo a él.

—Eh, Strohl, Strohl, tengo que mostrarte algo.

Sacó un anillo que había cortado del dedo de un alemán al que había matado con su bayoneta.

Para entonces la 29.^a División, que llegaba por el oeste desde la Playa Omaha, había tomado Isigny, a 12 kilómetros de Carentan. Con una población de

aproximadamente 4000 habitantes, en Carentan confluían las carreteras que unían Cherburgo con Caen y St. Lo. La línea de ferrocarril París-Cherburgo pasaba a través del pueblo. El 6.º Regimiento Paracaidista alemán, después de haber fracasado en su intento de mantener el terreno elevado del norte, estaba defendiendo ahora Carentan. El coronel Von der Heydte había recibido órdenes terminantes del mariscal de campo Erwin Rommel de «defender Carentan hasta el último hombre». [13]

El 10 de junio, la 29.^a División que llegaba de la Playa Omaha se unió a la 101.^a al noreste de Carentan. Este agolpamiento de fuerzas aseguró la cabeza de playa, pero no podía evolucionar o extenderse tierra adentro hasta que no expulsaran a los alemanes de Carentan. El avance era exasperantemente lento, por tres razones principales: la carencia de suficientes blindados o artillería, la capacidad y determinación de los defensores del pueblo y las cercas de piedra. A menudo de dos metros de altura o incluso más, con estrechos caminos que parecían trincheras, tan sólidas que podían frenar el avance de un tanque, cada cerca de piedra era una importante posición enemiga. Y había un montón de ellas por todas partes. Tomabas una cerca de piedra después de un gran esfuerzo y te encontrabas otra a 50 metros o menos. Era el peor lugar que uno se podía imaginar para montar un asalto de infantería, tan malo como limpiar un pueblo luchando casa por casa o habitación por habitación, tan malo como atacar un sistema de trincheras de la Primera Guerra Mundial. Pero, a pesar de todo, había que hacerlo.

El general Collins tenía al VII Cuerpo atacando el sector norte, en dirección a Cherburgo (el principal puerto de Normandía y un objetivo estratégico fundamental) y el sector oeste, en dirección a la costa (a fin de cortar la línea de comunicaciones de los alemanes en la península de Cotentin), pero los resultados eran escasos y no podía esperarse un avance importante hasta que no se rompiera el cuello de botella de Carentan. Esa misión recayó en la 101.^a División Aerotransportada.

El general Taylor decidió atacar desde tres direcciones de forma simultánea. El 327.º Regimiento de Infantería de Planeadores atacaría desde el norte, el 501.º desde el noreste, mientras que el 506.º realizaría una marcha nocturna, rodeando Carentan desde el suroeste. El comienzo de los ataques coordinados fue programado para el amanecer del 12 de junio, a las 05:00 horas.

El capitán Sobel se había encargado de que la Compañía E dedicase varios meses al entrenamiento nocturno. Marchas forzadas a campo traviesa en plena noche, a través de zonas boscosas, problemas de orientación nocturna, cualquier problema imaginable de movimiento de tropas y control de tropas por la noche. Los hombres se sentían muy cómodos trabajando de noche, incluso algunos afirmaban que veían mejor de noche que a plena luz del día.

Según Winters (quien ahora era el comandante interino de la compañía; Meehan seguía incluido en la lista de los desaparecidos en acción y no de muertos en combate), los que no podían manejarse de noche eran los oficiales de estado mayor del regimiento. Ellos se habían «cagado» en los problemas del entrenamiento y, a diferencia de los soldados rasos y los oficiales combatientes subalternos, no habían hecho el trabajo de campo noche tras noche. Eso se vio perfectamente durante la noche del Día D; Winters dijo: «Ellos eran los que tenían problemas para orientarse y encontrar sus objetivos. Y tenían un grave problema para superar las cercas de piedra. Los oficiales subalternos y los soldados rasos, completamente solos, habían encontrado su camino y sus objetivos sin apenas problemas y sin mapas».

Esta deficiencia volvió a hacerse evidente durante la marcha nocturna del 11 al 12 de junio. La Compañía F iba en cabeza, con la Compañía E inmediatamente detrás. Partieron en dirección a Carentan a través de un terreno pantanoso, cruzaron un puente, luego giraron hacia el oeste y por el campo hasta llegar a las vías del ferrocarril. Era muy duro avanzar por terreno inundado y superar altas cercas de piedra. Las compañías perdían contacto constantemente. La Compañía F encontraba un obstáculo difícil, lo superaba y reanudaba la marcha a paso ligero, con escasa consideración por los soldados que venían detrás y tenían que superar el mismo obstáculo. El cuartel general del regimiento seguía cambiando las órdenes para los límites de avance de los batallones 1.º y 2.º. Las compañías hacían un alto en la marcha, se atrincheraban, emplazaban las ametralladoras en posición y entonces recibían órdenes para seguir adelante.

A lo largo de la ruta que seguía el 2.º Batallón se habían producido intensos combates. Toda la zona estaba sembrada de cadáveres, alemanes y norteamericanos, armamento y equipo, y resultaba difícil ver algo en la oscuridad. Una vez que llegó al río Douve, de camino hacia las vías del ferrocarril, la Compañía E perdió contacto con la Compañía F. «Yo sabía que solos no seríamos capaces de encontrar el camino hacia nuestro objetivo en terreno desconocido —recordó Lipton— y que estábamos desplegados de manera deficiente».

Winters trató de comunicarse con el batallón por radio. Los operadores hablaban en un tono apenas audible. Una ametralladora alemana MG 42 (la mejor ametralladora del mundo) abrió fuego disparando varias ráfagas desde algún lugar hacia la izquierda. Lipton se arrastró hacia su ametrallador y le dijo que apuntara su arma contra la zona desde donde procedía el fuego enemigo. Cuando Lipton se alejó en silencio para posicionar al resto del pelotón, recordó «que casi me da un infarto cuando (el soldado) cargó la ametralladora. El sonido de una ametralladora ligera al ser cargada para disparar, tirando hacia atrás dos veces y soltando el cerrojo, puede oírse a un kilómetro de distancia en una noche tranquila. Todos nuestros intentos de mantenernos en silencio y sorprender a los alemanes habían sido inútiles». Pero no se

produjeron nuevos ataques alemanes y Lipton pudo respirar más tranquilo.

Ambas compañías restablecieron el contacto. La Compañía E continuó su avance. A lo largo del camino que seguían encontraron un alemán muerto, con la mano derecha extendida en el aire. Todos los hombres pasaron por encima del cadáver hasta que el soldado Wayne «Skinny» Sisk llegó al lugar. Sisk estrechó la mano del alemán mientras pisaba el hinchado estómago del soldado. El cadáver produjo un sonido sordo.

—Lo siento, tío —susurró Sisk y continuó su camino.

El sendero torcía bruscamente hacia la derecha.

Carson recordó que «allí había un alemán con el fusil apuntando directamente hacia nosotros. La mitad de la compañía debió de mearse en los pantalones. Me dije: "¿Por qué coño no dispara de una vez y acaba con esto?". Pero estaba muerto y el rigor mortis lo había convertido en una especie de estatua».

La Compañía E llegó a la línea del ferrocarril y estableció otra posición defensiva. Había rumores de que nos encontraríamos con blindados alemanes. Lipton puso a Tipper y su bazooka en el terraplén, sin línea de retirada posible: una situación de matar o morir.

—Tipper —susurró Lipton—, dependemos de ti. No falles el tiro.

—No fallaré.

Pero pronto Tipper se encontró con que tenía un problema. Su cargador de municiones, el soldado Joe Ramírez, estaba muy nervioso.

—Todo saldrá bien, Joe —le dijo Tipper—. Sólo debes asegurarte de tener preparados dos proyectiles de bazooka para dispararlos sin perder tiempo, ni una fracción de segundo.

Ramírez se alejó y regresó con dos proyectiles para el bazooka, con tan mala fortuna que tropezó y los proyectiles cayeron al suelo. Para horror de Tipper, Ramírez le dijo que le había quitado los pasadores (sin los pasadores de seguridad, un cohete de bazooka montado explotará si se deja caer desde una altura de 30 o 40 centímetros).

—Vuelve a colocar los pasadores de seguridad —musitó Tipper—. Yo te diré cuándo quiero que los quites.

—No sé dónde están —contestó Ramírez mientras mantenía ambos proyectiles bien alejados de su cuerpo—. Los he perdido, tío.

—¡Por Dios Todopoderoso! Encuéntralos.

Pero Ramírez no podía encontrarlos. Tipper se puso a cuatro patas para ayudar en la búsqueda hasta que, finalmente, los encontró. Ramírez sintió que le temblaban los brazos mientras Tipper volvía a colocar los pasadores con infinito cuidado en los proyectiles.

«Cuando los proyectiles estuvieron desarmados —dijo Tipper—, Joe se relajó y

los brazos dejaron de temblarle. Entonces fui yo quien empezó a temblar».

Pero no se produjo ningún ataque alemán. La razón fue que el coronel Von der Heydte, escaso de municiones después de seis días de intensos combates y sin recibir suministros, había sacado a la mayor parte de sus fuerzas de Carentan. Sólo había dejado una compañía para que defendiera la ciudad todo el tiempo que fuese posible, mientras él conseguía reaprovisionarse y preparaba un contraataque desde el suroeste. La compañía de cincuenta hombres que se había quedado en Carentan tenía una ametralladora pesada que apuntaba directamente a la carretera que llevaba hacia el suroeste y morteros de 80 mm apuntados hacia el cruce de carreteras a las afueras de la ciudad.

La Compañía E se puso nuevamente en movimiento, esta vez hacia el noreste. Hacia las 05:30, el 2.º Batallón del 506.º estaba en posición para atacar Carentan. El objetivo era el cruce de carreteras defendido por la compañía del 6.º Regimiento Paracaidista alemán. Los aproximadamente 100 metros de carretera que llevaban hasta el cruce de carreteras eran rectos, con una suave pendiente descendente. A ambos lados había cunetas de escasa profundidad. La Compañía F se encontraba en el flanco izquierdo, mientras que la Compañía E avanzaría en línea recta por la carretera y la Compañía D quedaría en la reserva. Las órdenes eran avanzar sobre Carentan y reunirse con el 327.º Regimiento que llegaba desde el norte.

Todo estaba tranquilo y en silencio. No había acción. El teniente Lavenson, que antes había pertenecido a la Compañía E y ahora formaba parte de la plana mayor del batallón, se metió en un campo para hacer sus necesidades. Los hombres podían ver su culo blanco bajo la tenue luz del amanecer. Un francotirador alemán abrió fuego alcanzándole en una nalga. (Fue evacuado a Inglaterra; más tarde, mientras volaba de regreso a Estados Unidos, su avión cayó en el Atlántico.)

Para entonces Winters estaba furioso. Al regimiento le había costado toda la noche colocar a los hombres en sus posiciones. Parar, seguir, parar, seguir, tantas veces que los hombres estaban hechos polvo. «No debió pasar —dijo Winters—. No era una misión tan difícil. Habíamos desperdiciado la noche sólo para colocarnos en posición». No hubo tiempo para hacer un reconocimiento de la zona; la Compañía no tenía idea de lo que había delante. No hubo fuego artillero de preparación y tampoco ataques aéreos.

Entonces llegó la orden: atacar a las 06:00 horas.

Winters tenía a su antiguo pelotón, el 1.º, al mando del teniente Welsh, en el lado izquierdo de la carretera, justo pasado el punto donde describía una curva antes de enfilar la recta, con el 2.º pelotón a la derecha y el 3.º pelotón en reserva. Los hombres estaban tendidos en las cunetas a ambos lados de la carretera, esperando órdenes. Los defensores alemanes no habían revelado la posición de su ametralladora y tampoco habían disparado sus morteros. Todo estaba en silencio.

A las 06:00 horas Winters ordenó: «¡Adelante!». Welsh encabezó el avance, corriendo por la carretera hacia el cruce que se encontraba a unos 50 metros de distancia, seguido de su pelotón. La ametralladora alemana abrió fuego y una lluvia de plomo cubrió la carretera. Estaba en la posición perfecta, en el momento perfecto, para barrer a la Compañía.

El fuego graneado dividió al pelotón. El séptimo hombre que corría detrás de Welsh se quedó en la cuneta. Y lo mismo hizo el resto del pelotón, alrededor de 30 hombres. Estaban cuerpo a tierra en las estrechas zanjas a ambos lados de la carretera, tratando de juntarse lo máximo posible para no ofrecerle un blanco a la ametralladora.

Winters saltó al centro de la carretera, gritando completamente fuera de sí: «¡Adelante! ¡Adelante!». Pero fue inútil; los hombres siguieron en su sitio, con las cabezas aplastadas contra la tierra.

Desde la retaguardia, Winters oyó claramente al teniente coronel Strayer, a los tenientes Hester y Nixon y a otros miembros del cuartel general del batallón que le gritaban: «Mueva a esos hombres, Winters, mueva a esos hombres».

Winters se desprendió de su equipo, quedándose sólo con el M-1, y corrió hacia el flanco izquierdo, «vociferando como un loco: "¡Adelante!"». Comenzó a patear a los hombres en el culo. Cruzó a la otra cuneta y repitió la orden mientras volvía a darles patadas en el culo.

«Estaba poseído —recordó Winters—. Nadie me había visto antes en ese estado». Regresó corriendo a la cuneta de la izquierda, mientras las balas de la ametralladora rebotaban en la carretera. Pensó para sí: «Dios, mi vida ha sido bendecida. Estoy hechizado».

También estaba desesperado. Su mejor amigo, Harry Welsh, estaba allí adelante, tratando de acabar con esa ametralladora. «Si no hago algo pronto —pensó Winters—, es hombre muerto». De eso no había ninguna duda.

Pero los hombres no se movieron. Alzaron la vista. Winters recordó: «Nunca olvidaré la sorpresa y el miedo en esos rostros que me miraban desde la cuneta». La ametralladora alemana parecía haber concentrado el fuego sobre él, ya que era un blanco perfecto. «Las balas seguían rebotando y arrancando chispas del pavimento a mi alrededor».

«Todo el mundo se había quedado paralizado por el miedo —recordó Strohl—. Nadie podía moverse. Y Winters se paró en mitad de la carretera y gritó: "¡Venga! ¡Adelante! ¡Ahora!"».

Y eso era lo que necesitaban. Ningún hombre de la compañía había oído gritar a Winters antes. «Estaba tan fuera de su papel —añadió Strohl—, que nos movimos como un solo hombre».

Según el testimonio de Winters: «Es en esos momentos cuando se comprueba si

la disciplina ha servido para algo. Los hombres captaron el mensaje y saltaron de las cunetas».

Cuando el sargento Talbert pasó junto a Winters, le preguntó a gritos:

—¿En qué dirección iremos cuando lleguemos al cruce?

—A la derecha —ordenó Winters.

[En 1981, Talbert le escribió a Winters: «Jamás olvidaré cuando te ví parado en mitad de aquella carretera. En ese momento fuiste mi inspiración. Y todos mis muchachos sintieron lo mismo».]

Welsh, entre tanto, estaba neutralizando la ametralladora. «Estábamos solos — recordó— y no podía entender dónde diablos se había metido todo el mundo». Gracias a la distracción provocada por Winters al correr de un lado a otro de la carretera, el servidor de la ametralladora alemán había perdido de vista a Welsh y sus seis hombres. Welsh arrojó varias granadas contra la posición de la ametralladora, seguido de ráfagas con su carabina. Sus hombres hicieron lo mismo. La ametralladora quedó silenciada. ^[14]

El resto de la Compañía E corrió a toda velocidad hacia el cruce y procedió a asegurarlo. Winters envió al 1.^{er} pelotón hacia la izquierda y al 2.^o hacia la derecha, despejando las casas, con un hombre lanzando granadas a través de las ventanas mientras otro esperaba delante de la puerta. Inmediatamente después de producidas las explosiones, el soldado pateaba la puerta y entraba en la casa para acabar con los supervivientes.

Tipper y Liebgott se encargaron de una de las casas. Cuando Tipper pasaba delante de la puerta, «una locomotora me arrolló, lanzándome con fuerza al interior de la casa. No oía ningún sonido, no sentía dolor, y estaba de pie, temblando y con el M-1 en la mano». La retaguardia alemana había comenzado a disparar sus morteros. Liebgott cogió a Tipper y lo ayudó a que se sentara, llamó a un médico y trató de tranquilizar a su compañero diciéndole que se pondría bien.

Welsh llegó a la casa y le dio un poco de morfina a Tipper, quien insistía en que podía caminar. Eso era imposible ya que tenía ambas piernas rotas y una grave herida en la cabeza. Welsh y Liebgott lo llevaron a rastras hasta la calle, donde «recuerdo haberme quedado tendido junto a una pared mientras las explosiones continuaban en la calle y la metralla se incrustaba en la pared por encima de mi cabeza». Welsh hizo que trasladaran a Tipper al puesto de primeros auxilios instalado en un granero a unos 20 metros más atrás.

Los morteros continuaban disparando, acompañados por el fuego de los francotiradores. Lipton condujo al 3.^{er} pelotón al cruce de carreteras y se desplegaron hacia la derecha. Había explosiones en la calle; se pegó contra una pared y les gritó a

sus hombres que lo siguieran. Un proyectil de mortero cayó unos dos metros delante de él y la metralla le alcanzó en la mejilla izquierda, la muñeca derecha y la ingle de la pierna derecha. Se le cayó el fusil de las manos. Se dejó caer al suelo, se llevó la mano izquierda a la mejilla y advirtió que había un gran agujero; no obstante, su principal preocupación era la mano derecha, puesto que la sangre manaba a borbotones de la herida. El sargento Talbert corrió hacia él y le hizo un torniquete en el brazo.

Sólo entonces Lipton sintió el dolor en la ingle. Llevó la mano a la zona herida y la retiró cubierta de sangre. —Talbert, me parece que tengo una herida grave —dijo.

Talbert le desgarró el pantalón con el cuchillo, echó un vistazo y respondió:

—Estás bien.

«Esas palabras fueron un gran alivio para mí» recordó Lipton. Los dos fragmentos de metralla habían impactado en la parte superior de la pierna pero no habían afectado ninguna zona importante.

Talbert cargó a Lipton sobre sus hombros y lo llevó al puesto de primeros auxilios en el granero. Los médicos le administraron una inyección de morfina y a continuación vendaron las zonas heridas.

Malarkey recordó que «durante este terrible período de fuego por todas partes alcancé a oír que alguien rezaba el Avemaría. Levanté la vista y ví al padre John Maloney con el rosario en las manos y caminando por el centro de la carretera administrando los últimos sacramentos a los que agonizaban en el cruce». (El padre Maloney recibió la Cruz de Servicios Distinguidos.)

Winters fue herido por una bala rebotada que le atravesó la bota y se incrustó en la pierna. Permaneció en acción el tiempo suficiente para comprobar el suministro de municiones y consultar con Welsh (que intentó quitarle la bala con ayuda de su cuchillo pero acabó desistiendo) la instalación de una posición defensiva ante la eventualidad de que los alemanes lanzaran un contraataque.

Para entonces ya eran las 07:00 horas y toda la zona estaba asegurada. La Compañía F, mientras tanto, se había unido al 327.º Regimiento. Carentan había caído en manos aliadas. El teniente coronel Strayer llegó a la ciudad, donde se encontró con el comandante del 3.º Batallón del 327.º. Ambos entraron en una tienda de vinos y abrieron una botella para brindar por la victoria.

Winters regresó al puesto de primeros auxilios del batallón. Allí encontró a diez de sus hombres que estaban siendo atendidos de diversas heridas. Un médico examinó la pierna de Winters con unas pinzas quirúrgicas, extrajo la bala, limpió y desinfectó la herida, espolvoreó toda la zona con sulfamidas y colocó un vendaje.

Luego Winters comenzó a circular entre los heridos. Uno de ellos era el soldado Albert Blithe.

—¿Cómo te encuentras, Blithe? ¿Qué ocurrió?

—No puedo ver, señor. No veo nada.

—Venga, relájate, tómatelo con calma. Has conseguido un billete para largarte de aquí, todos nos largaremos pronto de aquí. Regresarás a Inglaterra. Y te pondrás bien. Debes tranquilizarte —dijo Winters y comenzó a alejarse.

Blithe se incorporó en la camilla.

—Tómatelo con calma, Blithe —repitió Winters—. No debes moverte.

—¡Puedo ver, puedo ver, señor! Puedo verle!

Blithe se levantó y regresó con su compañía. «Nunca había visto nada parecido —dijo Winters—. Tenía tanto miedo que no veía nada. Increíble. Aquel chico simplemente no podía ver, y todo lo que necesitaba era que alguien hablase un momento con él y le dijera que todo estaba bien».

Era seguro que los alemanes contraatacarían y lo más probable era que el contraataque se produjera desde el suroeste, por la misma carretera que había seguido la Compañía E para llegar a la ciudad. Las características del terreno dictaban el eje del avance; una meseta llevaba hasta Carentan en esa dirección. Hacia el norte, más allá de las vías del ferrocarril, el terreno estaba inundado y lo mismo ocurría hacia el sur de la carretera. El general Taylor decidió avanzar unos cuantos kilómetros hacia el oeste y establecer una posición defensiva en terreno elevado.

Winters recibió sus órdenes. La Compañía E se desplegaría en el extremo del flanco derecho, a lo largo de las vías del ferrocarril. Comprobó la provisión de municiones. Leo Boyle y algunos hombres del 1.^{er} pelotón encontraron y «liberaron» un carro de dos ruedas cargado de municiones y lo llevaron hasta el granero que servía como puesto de primeros auxilios. En el momento en que Boyle se preparaba para aligerar la carga, alguien gritó: «¡Tanque enemigo!».

«Asomé la cabeza con mucho cuidado a través de la puerta del granero y alcancé a divisar el vago perfil de la torreta de un tanque detrás de una cerca de piedra que se alzaba a una decena de metros. Antes de que tuviese tiempo de reaccionar, una bala disparada por la ametralladora del tanque me alcanzó en la pierna izquierda por encima de la rodilla y me arrojó al suelo». Boyle fue trasladado en camión a la Playa Utah para ser evacuado a Inglaterra. En el camino hacia la playa, «encontramos al capitán Sobel que llevaba suministros al frente en un jeep».

El fuego de bazookas destruyó al tanque alemán. Winters reorganizó la compañía y se dirigió hacia el suroeste a lo largo de la línea de ferrocarril, tal como estaba previsto. La Compañía recorrió unos 3 kilómetros sin encontrar una resistencia significativa. Winters estableció una posición defensiva detrás de una cerca de piedra.

Los alemanes se encontraban directamente delante de él, detrás de la siguiente cerca de piedra, disparando fuego de hostigamiento. Cualquiera que se moviera era

blanco del fuego enemigo. Al atardecer la Compañía recibió una nueva provisión de raciones y municiones y se preparó para pasar la noche. Winters recibió órdenes del batallón de preparar un asalto al amanecer, a las 05:30 horas.

Aproximadamente a las 03:00 horas del 13 de junio, los alemanes enviaron una patrulla a campo abierto entre ambas cercas de piedra. No se trataba de una patrulla silenciosa de reconocimiento, sino de un par de escuadras, cuyos hombres, evidentemente borrachos, disparaban sus metralletas y lanzaban insultos a los soldados norteamericanos. «Nos metieron el miedo en el cuerpo —recordó Winters—, no tenía ningún sentido». Temió que los alemanes lanzaran un ataque nocturno, pero, lejos de eso, los alemanes se retiraron tan rápidamente como habían aparecido.

Gordon, con su ametralladora ligera, Sisk y Guth se encontraban en el puesto de avanzada, en el extremo del flanco derecho, junto a las vías del ferrocarril. Gordon estaba «incómodo y bastante asustado», ya que el lugar no les protegía totalmente y se sentía «muy expuesto». El sargento Talbert inspeccionó la posición, decidió que estaban muy expuestos y les dijo que retrocedieran hasta la línea principal de defensa.

El sargento Talbert se pasó toda la noche arriba y abajo de la línea de defensa, cambiando a los hombres de posición para que pudiesen dormir aunque sólo fuera durante unos minutos. Hizo que los fusileros calaran sus bayonetas. Era una noche fresca; Talbert encontró un capote alemán y se lo puso. A las 03:00 horas golpeó ligeramente el casco del soldado George Smith con su pistola para despertarle y que se hiciera cargo de la guardia. Smith se encontraba casi en estado cataléptico. Cuando finalmente consiguió que despertase, el soldado vio a la pálida luz de la luna esa figura envuelta en un capote alemán y agitando una pistola delante de él.

Smith se levantó de un salto con el fusil y la bayoneta calada y se lanzó contra Talbert. Talbert trató de detenerle, gritando: «¡Smith, soy Tab, basta!». Pero Smith continuó sus embestidas hasta que hirió a Talbert en el pecho con la bayoneta. Afortunadamente la herida no afectó el corazón ni los pulmones, pero Talbert tuvo que ser trasladado hasta el puesto de primeros auxilios, a 3 kilómetros de distancia.

Hacia las 05:30 horas, Winters ya tenía a la compañía preparada para atacar. Justo cuando dio la orden de avanzar, el coronel Von der Heydte lanzó el contraataque con sus hombres del 6.º Regimiento Paracaidista. Ambos bandos se enfrentaron con fuego de artillería, morteros, ametralladoras y fusiles, con todo lo que tenían. La confusión era total. Fuego por todas partes, hombres exhaustos que habían agotado su adrenalina hacía mucho tiempo, Taylor dando órdenes de avanzar, hombres gritando, en un momento determinado incluso un cruce de disparos entre la Compañía E y otra compañía de la 101, algunos tanques Sherman que llegaban para apoyar a sus camaradas y disparaban a unidades amigas en el flanco izquierdo... En una palabra, un caos absoluto.

Bajo el intenso fuego del enemigo, la Compañía F, desplegada en el flanco

izquierdo de la Compañía E, emprendió la retirada. (El comandante en jefe de la compañía fue relevado en el acto por el coronel Strayer.) Esa acción dejó completamente expuesto el flanco derecho de la Compañía D, de modo que sus hombres también retrocedieron. La Compañía E, entonces, quedó librada a su suerte, aislada, con el flanco derecho contra el terraplén de las vías del ferrocarril y su flanco izquierdo al descubierto.

La Compañía E se mantuvo firme en su posición. Gordon colocó su ametralladora ligera en una abertura de la cerca de piedra apuntando a campo abierto (había perdido el trípode el Día D) y comenzó a disparar ráfaga tras ráfaga. Un proyectil de mortero explotó a unos diez metros delante de él. Gordon cayó al suelo herido en la pierna y el hombro por la metralla. El mismo proyectil de mortero hirió a Rod Strohl. A pesar de sus heridas, ambos permanecieron en sus posiciones sin dejar de disparar. Winters, Compton, Welsh y los otros oficiales recorrían la línea de defensa arriba y abajo, alentando a los hombres, tratando de solucionar los problemas, asegurándose de que se estaba haciendo todo lo humanamente posible para frenar el contraataque alemán.

Un tanque alemán comenzó a abrirse camino a través de la cerca de piedra en el flanco izquierdo de la Compañía E, exactamente por el sitio donde debería haber estado la Compañía F. Welsh le dijo al soldado John McGrath que trajese su bazooka. Ambos hombres echaron a correr por el campo, se agacharon, armaron el bazooka y Welsh le dijo a McGrath que abriera fuego contra el blindado alemán. El disparo alcanzó al tanque en la torreta pero rebotó. El artillero del tanque giró su cañón de 88 mm hacia Welsh y McGrath y disparó. El proyectil pasó por encima de sus cabezas, fallando el blanco por pocos metros. El artillero no podía bajar el alza del cañón porque el conductor estaba ascendiendo la cerca de piedra en un intento de abrirse paso.

Welsh comenzó a recargar el bazooka. McGrath no cesaba de repetir: «Teniente, conseguiré que me maten. Conseguiré que me maten». Pero se mantuvo en su sitio, apuntó con calma nuevamente hacia el tanque, que estaba llegando al punto máximo de su ascensión por el cerco de piedra, con el cañón apuntando al cielo, el enorme carro blindado a punto de caer hacia delante para seguir su camino, y disparó. McGrath hizo blanco justo donde quería, en la panza sin blindaje, y el tanque explotó en un gran estallido de humo y fuego.

Aquel fue el momento crítico de la batalla. Los conductores de los tanques alemanes se alinearon detrás del blindado que McGrath acababa de abatir, metieron la marcha atrás y se retiraron. Entre tanto, el cuartel general del batallón había detenido la retirada de las compañías D y F, las había reagrupado y enviado nuevamente hacia delante unos 150 metros, cerrando la brecha abierta en el flanco izquierdo.

Los alemanes continuaron su contraataque. Intentaron un movimiento envolvente por el extremo norte de la línea de ferrocarril. Winters disparó varios morterazos y

con ello abortó la acción enemiga. La Compañía E mantuvo sus posiciones. La unidad había sufrido diez bajas el 12 de junio durante el ataque a Carentan y nueve más el 13 de junio en la defensa de la ciudad.

Gordon se alejó de la línea de defensa y se encontró con Winters. Un trozo de metralla había penetrado en su pantorrilla por un lado y había salido por el otro; también sangraba por la herida que tenía en el hombro. Pero lo que realmente le preocupaba era un furúnculo que se le había formado en la espinilla justo por encima del borde de la bota. El dolor era insoportable. Le dijo a Winters que tenía que reventar ese furúnculo. Winters le respondió que regresara al puesto de primeros auxilios.

El médico echó un vistazo a aquel hombre que sangraba por la pierna y el hombro, con aspecto de no haber pegado ojo durante tres días y que acababa de regresar de una terrible batalla, y le preguntó:

—¿Está herido?

—Bueno, sí —respondió Gordon—, pero ése no es el problema. Lo que me está matando es este furúnculo. Sáqueme este jodido furúnculo.

El médico abrió el furúnculo y luego echó un vistazo a las otras heridas. Le dijo que la herida del hombro era leve, «pero, en cambio, la de la pierna tiene mal aspecto». Ambos lados de la herida se habían cerrado y la pierna de Gordon se estaba poniendo azul.

—Tendrá problemas con esa herida —dijo el médico—. Tendremos que evacuarlo.

—Eso es imposible —protestó Gordon—. No se lo he dicho al teniente Winters.

—Yo me encargaré de avisarle, no debe preocuparse por eso.

Finalmente, Gordon accedió a ser evacuado.

A las 16:30 horas, sesenta tanques de la 2.^a División Blindada, acompañados de soldados de infantería de refresco, llegaron para relevar a los hombres de la Compañía E. Winters recordó más adelante: «Era realmente un hermoso espectáculo ver cómo iban esos tanques machacando las posiciones alemanas con sus ametralladoras pesadas del calibre 50 y avanzando desde nuestras líneas hacia la cerca de piedra donde estaban agrupados los alemanes con todos esos soldados de infantería marchando junto a los tanques».

«¡Oh, qué estropicio hicieron!», recordó Welsh, frotándose las manos con una sonrisa al pensar en aquellas escenas cuarenta y siete años más tarde.

A las 23:00 horas, la Compañía E y el resto del 506.º se retiraron a Carentan, donde quedaron acantonados como compañía de reserva. Los oficiales encontraron

alojamiento para los hombres en las casas que no habían resultado destruidas durante los duros combates. Winters se instaló en un hotel abandonado. Antes de meterse en la cama, los oficiales inspeccionaron a los hombres. Welsh regresó al hotel después de hacer sus rondas, se sentó en la escalera y se quedó profundamente dormido allí mismo. Winters durmió entre sábanas limpias. Fue una noche que jamás olvidaría.

Al día siguiente, 14 de junio, las peluquerías habían abierto sus puertas para volver al trabajo y los hombres formaban largas colas para que les cortasen el pelo (se habían aprovisionado de licor, comida, o cualquier otra cosa que encontraron en las tiendas y casas abandonadas, pero pagaron por el servicio de peluquería). Winters se acercó al puesto de primeros auxilios para que le echaran un vistazo a la herida de la pierna; durante los cinco días siguientes se tomó las cosas con calma. Fue en ese período cuando escribió las notas de su diario sobre sus experiencias del Día D, citadas en el capítulo anterior. Welsh se hizo cargo de la compañía. El coronel Sink llegó a Carentan para agradecerle a Winters el trabajo que había hecho el 13 de junio, cuando mantuvo el flanco derecho e impidió que los alemanes rebasaran la línea de defensa, un hecho que podría haber resultado decisivo en la lucha por Carentan. Sink también dijo que recomendaría a Winters para la Medalla de Honor del Congreso por su actuación en Brécourt Manor el Día D. Winters pensó que todo eso estaba muy bien pero se preguntó qué había de las medallas para sus hombres.

En cuanto a la acción en Carentan, el coronel Sink le dijo al periodista Walter McCallum, corresponsal de guerra del Washington Star: «Fue el liderazgo personal del teniente Winters lo que mantuvo la posición crucial en la línea de defensa y obligó a retroceder al enemigo con fuego de mortero y ametralladora. Se comportó como excelente soldado en el campo de batalla. Su valor personal y sus conocimientos militares contribuyeron a mantener una posición vital cuando las cosas estaban realmente muy mal para nosotros». [15]

La Compañía ocupó una posición defensiva al sur de Carentan. Al segundo día de esta situación de inactividad, alguien llegó caminado junto a las cercas de piedra y preguntando por Don Malarkey y Skip Muck. Era Fritz Niland. Encontró a Muck, habló con él, luego encontró a Malarkey y sólo tuvo unos minutos para despedirse de ellos. Regresaba a casa.

Unos minutos después de que Niland se marchara, Muck se acercó a Malarkey, «con su traviesa sonrisa irlandesa reemplazada por una expresión de preocupación». ¿Le había explicado Niland a Malarkey por qué regresaba a casa? No. Muck entonces le contó la historia a su compañero.

El día anterior, Niland se había acercado a la 82.^a División Aerotransportada para ver a su hermano Bob, el mismo que le había dicho a Malarkey en Londres que si

quería ser un héroe, los alemanes se encargarían rápidamente de ello, lo que había hecho que Malarkey dedujera que Bob Niland había perdido su temple. Fritz Niland acababa de enterarse de que su hermano había muerto el Día D. El pelotón de Bob había sido rodeado y él montó una ametralladora y disparó contra los alemanes hasta que el pelotón consiguió romper el cerco. Había vaciado varias cajas de municiones antes de caer muerto.

Fritz Niland se dirigió después hasta las posiciones que ocupaba la 4.^a División de Infantería, para visitar a otro de sus hermanos que era jefe de pelotón. También lo habían matado el Día D en la Playa Utah. Cuando Fritz regresó a la Compañía E, el padre Francis Sampson lo buscaba para comunicarle que un tercer hermano, piloto en el teatro de operaciones China-Birmania-India, había sido derribado aquella misma semana. Fritz era el único hermano superviviente y el Ejército quería evacuarlo de la zona de combate cuanto antes.

La madre de Fritz había recibido los tres telegramas del Departamento de Guerra el mismo día.

El padre Sampson acompañó a Fritz hasta la Playa Utah, donde un avión lo trasladó a Londres en la primera etapa de su doloroso regreso a Estados Unidos. [16]

La Compañía permaneció atrincherada. Ninguno de los dos bandos realizaba ataques de infantería al sur de Carentan, pero el movimiento era incesante, ya que ambos bandos estaban recibiendo refuerzos de artillería y armamento pesado, los estadounidenses desde la playa y los alemanes desde el interior de territorio francés.

En sus hoyos de protección, los hombres de la Compañía E se mantenían preparados para repeler cualquier ataque por tierra, pero ocultos durante las horas del día. El teniente Nixon, el oficial de inteligencia del batallón (S-2), quiso saber con qué fuerzas contaba la infantería alemana desplegada frente a la posición de la Compañía E. Winters recorrió la línea de defensa buscando un voluntario para salir de patrulla al mediodía. Nadie respondió. Le dijo a Guarnere que había sido designado para dirigir la patrulla. Éste recibió instrucciones de Nixon, quien le entregó un mapa que mostraba todas las cercas de piedra y un grupo de granjas que parecía ser el puesto de mando alemán, situado aproximadamente a un kilómetro de distancia.

Guarnere, los soldados Blithe y Joseph Lesniewski, de Erie, Pennsylvania, y otros dos hombres abandonaron la posición y se internaron en terreno enemigo. Avanzaron protegidos por las cercas de piedra. Blithe ocupaba la cabeza de la avanzadilla. Llegó a la última cerca de piedra que llevaba hasta las construcciones de la granja. Un francotirador alemán le metió una bala en la cabeza.

—¡Salgamos de aquí cagando leches! —gritó Guarnere.

Mientras la patrulla se retiraba, los alemanes abrieron fuego con sus armas automáticas. Cuando la patrulla regresó a las líneas de la Compañía E, las ametralladoras comenzaron a disparar contra los alemanes.

Más tarde, Malarkey dirigió otra patrulla en un nuevo intento de conseguir información sobre las posiciones del enemigo. En esta patrulla, el soldado Sheehy encabezaba el grupo y se colocó junto a una de las cercas de piedra. Malarkey se reunió con él en ese punto, pero al moverse hacia delante pisó una rama y la rompió. Inmediatamente después, un casco alemán se asomó por encima de la cerca. Sheehy le alcanzó en pleno rostro con una descarga de su metralleta.

Malarkey divisó a otro numeroso grupo de alemanes y la patrulla regresó a toda velocidad a sus posiciones. Rob Brain, que llevaba un aparato de radio 300, tenía problemas para mantener el paso. Una vez a salvo en sus posiciones, el comentario de Brain fue:

—Evidentemente, las patrullas son necesarias, pero a mí me parece una buena manera de hacer que te maten.

El día siguiente fue relativamente tranquilo. El ganado normando bien alimentado pastaba en los prados detrás de la posición que ocupaba la compañía. El soldado Woodrow Robbins, ametrallador adscrito a la 1.^a escuadra, estaba metido en su hoyo de protección a unos diez metros del que ocupaba Christenson.

—Eh, Chris —gritó—, consigamos un poco de esa carne que hay en el prado.

Christenson no quiso abandonar su hoyo de protección, pero Bill Howell se unió a Robbins mientras se arrastraba hacia una de las vacas y le descerrajaba un tiro. Luego trocearon el animal y regresaron con un cuarto trasero. Robbins cortó filetes para toda la escuadra. Asaron la carne sobre pequeñas hogueras que encendieron en los hoyos de protección. Aquella noche, Robbins y Howell ataron lo que quedaba de la res a un árbol en la retaguardia.

Cubrieron la carne con un capote; la escuadra se las prometía muy felices imaginando que comerían carne fresca en lugar de raciones K durante los días siguientes. Lo que no tuvieron en cuenta fue la abundante metralla que volaba por el aire como consecuencia de las incesantes andanadas de artillería. Y la metralla perforó la carne. Durante el siguiente festín con carne fresca, los hombres de la escuadra se cortaban las encías con los trozos de metralla.

Junio 23. Un francotirador abrió fuego sobre Christenson desde aproximadamente 600 metros. Chris se agachó detrás de una cerca de piedra y le gritó a Robbins que rociara el área desde donde presumiblemente habían disparado. Robbins disparó cincuenta proyectiles hacia la distante línea de árboles. «Pude oír unos murmullos nerviosos de los hombres que completaban el grupo —recordó Christenson—. La

tensión siempre aumentaba cuando una ametralladora disparaba tantas ráfagas rompiendo el silencio». En la distancia, los morteros comenzaron a vomitar su carga, bump, bump, bump. «Ese sonido te ponía los pelos de punta porque sabías que tres proyectiles volaban hacia nosotros. El suspenso de la espera es espeluznante. Indescriptible. Miserable. Luego, «boom», el primero estalló a menos de cinco metros de la ametralladora que manejaban Robbins y Howell».

Howell salió disparado de su hoyo de protección y corrió hacia la posición de Christenson, mientras el segundo proyectil de mortero hacía explosión casi encima del primero, «tan cerca que podías percibir el sabor picante de la pólvora». Howell se zambulló en el hoyo de protección que ocupaba Christenson. «Yo estaba hecho un ovillo y no me podía mover —dijo Chris— debido a las estrechas dimensiones de aquel agujero. Resultaba difícil respirar, aunque yo me reía históricamente porque los ojos de Howell eran grandes como tazas de té. Murmuraba cosas tales como "Oh, Dios mío, oh, Jesucristo" cada vez que estallaba uno de esos jodidos proyectiles de mortero. La presión que este tío grande y corpulento ejercía sobre mí me provocó un estado de verdadero pánico, porque me estaba asfixiando». Afortunadamente los disparos de mortero cesaron.

Después de haber permanecido dos semanas en la línea del frente (MLR), los hombres de la Compañía E apestaban. No se habían bañado ni tomado una ducha y ni siquiera habían tenido oportunidad de afeitarse. Muchos de ellos padecían disentería; todos estaban continuamente empapados en sudor. El pelo era una masa de polvo y suciedad empeorada aún más por la abundante transpiración provocada por el uso permanente del casco y por las ropas impregnadas que habían estado llevando desde el 6 de junio. Parecían los personajes de Bill Mauldin, Willy y Joe.

El 29 de junio, la 83.^a División de Infantería llegó a relevar a la 101. «Tenían un aspecto tan limpio y aseado —recordó Christenson—, con una dotación completa de hombres en cada unidad... Incluso la pintura en sus cascos daba la impresión de que acababan de sacarlos de sus cajas. El impacto de ver a un grupo de tíos sucios y desgredados como nosotros debió de ser un verdadero choque para ellos».

Para la Compañía E, el hecho de retirarse de la línea del frente, aunque sólo fuese durante unos pocos días, fue una liberación. La perspectiva de toda una noche de sueño ininterrumpido, de no ser hostigados por el fuego enemigo o enviados de patrulla, de conseguir un poco de comida caliente, de dormir secos y, sobre todo, de poder ducharse, era algo que no se podía describir con palabras.

La Compañía E saltó sobre Normandía el 6 de junio con 139 hombres, entre oficiales, suboficiales y soldados rasos. La Compañía E fue relevada de la línea del

frente el 29 de junio con 74 hombres aptos para el combate. (El 506.º Regimiento había sufrido el peor número de bajas de cualquier regimiento en la campaña de Normandía, un total de 983, aproximadamente el 50% de sus efectivos.) Los hombres de la Compañía E que resultaron muertos en acción fueron los tenientes Thomas Meehan y Robert Mathews, los sargentos William Evans, Elmer Murray, Murray Robert, Richard Owen y Cari Riggs, los cabos Jerry Wentzel, Ralph Wimer y Hermin Collins, y los soldados rasos Sergio Moya, John Miller, Gerald Snider, William McGonigal, Ernest Oats, Elmer Telstad, George Elliot y Thomas Warren.

Para la 101 División Aerotransportada, Carentan fue la última acción de la campaña de Normandía. La división fue replegada gradualmente en dirección a un campamento organizado al norte de la Playa Utah, dotado de radio, teléfono, tablón de anuncios, perímetro vigilado, y donde tuvieron que mantener las armas limpias, patrullar el perímetro, realizar formaciones en el área de revista y someterse a un programa de entrenamiento. Para compensarlo disponían de duchas calientes, y también de oportunidades casi ilimitadas de sablear a todo el mundo.

El soldado Alton More era el maestro gorrón de la Compañía E. Encontró la manera de introducirse en el depósito principal de suministros que había cerca de la Playa Utah. Durante su primera incursión regresó con dos cajas de cartón, una conteniendo latas de cócteles de fruta y la otra con latas de piña en almíbar. «Sabía como el manjar más sabroso que habías probado en toda tu vida —recordó Harry Welsh— y nunca he estado tan malo en mi vida. No estábamos acostumbrados a esa comida». A partir de entonces, More procuró conseguir una dieta más variada durante sus incursiones diarias.

El general Taylor visitó el campamento para felicitar a la compañía por su excelente comportamiento durante su solitaria lucha en el flanco derecho de Carentan. Los hombres querían saber qué había pasado con aquello de «sólo quiero que me den tres días y tres noches de duros combates, luego serán relevados», es decir, con la promesa que les habían hecho antes del Día D.

El general Omar Bradley apareció para presidir una ceremonia de concesión de medallas. De pie en una pequeña tarima improvisada, el general Bradley leyó las menciones para la Cruz de Servicios Distinguidos para once hombres, incluyendo entre ellos al general Taylor, el capellán Maloney y el teniente Winters. «Aquel fue un momento de profundo orgullo» dijo Winters. Recordó que después de la ceremonia, Bradley mandó romper filas y se reunió con él. «¿Hay aquí algún periodista, algún corresponsal de guerra? —preguntó—. Si los hay, no quiero que lo que voy a decir quede registrado de ninguna manera.

»Lo que quiero decir —continuó— es que las cosas marchan muy bien y, tal como yo lo veo, existe la posibilidad de que estemos en Berlín en Navidad».

Winters pensó: «Dios, puedo resistir hasta Navidad. Sólo quiero regresar a casa por Navidad».

El 1 de julio, Winters recibió la noticia de que había sido ascendido al grado de capitán. El 10 de julio la compañía se trasladó a la Playa Utah para que hiciera todos los preparativos necesarios para embarcar hacia Inglaterra. «Ver la playa por primera vez —recordó Winters—, con esa flota de barcos hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones, y ver la bandera estadounidense ondeando en la playa, hizo que me temblasen las rodillas durante un momento y los ojos se me llenaron de lágrimas».

El soldado More realizó una última incursión al enorme depósito de suministros. Logró colarse en el parque motorizado y robó una moto con sidecar. La escondió detrás de una duna y luego le preguntó al capitán Winters si podía subirla a una de las lanchas de desembarco y llevarla con él a Inglaterra. «Tú mismo», le contestó Winters.

Al día siguiente, mientras la compañía ascendía por la rampa del gigantesco LST, More condujo la motocicleta con su sidecar por la ladera interna de la duna. Había acordado con Malarkey que éste le haría una señal cuando todo el mundo estuviese a bordo y faltase poco para zarpar. Malarkey pasó la voz a los marineros. En el momento indicado, de pie en la rampa, Malarkey hizo la señal convenida y More aceleró superando la duna y subió por la rampa.

En el LST, el capitán le preguntó a Welsh:

—Teniente, ¿qué les gustaría comer a sus hombres: carne o pollo? ¿Helados? ¿Huevos?

Navegando con el resto del convoy, el LST llegó al puerto de Southampton el 12 de julio. A la mañana siguiente, un tren llevó a los hombres (excepto a More y Malarkey que hicieron el viaje en la motocicleta) a Aldbourne. «Fue maravilloso regresar al pueblo —recordó Winters—. Todo el mundo estaba feliz de volver a vernos. Era como estar en casa».

«Restañando las heridas y misiones canceladas» Aldbourne

13 de julio - 12 de septiembre, 1944

ERA LA PRIMERA VEZ QUE VEÍA que el Ejército hacía algo bien —dijo Gordon Carson—. Nos metieron en el LST y nos llevaron a Southampton, luego de regreso a Aldbourne, nos dieron dos juegos de uniformes completos, toda nuestra paga, alrededor de 1150 pavos o más, y un permiso de una semana y, a las 08:00 horas todos estábamos de camino a Londres».

Los hombres de la Compañía E apenas recuerdan aquellos siete días vividos en la capital de Inglaterra. Los paracaidistas estadounidenses eran los primeros que regresaban a Inglaterra después de la experiencia de Normandía; los periódicos habían relatado con pelos y señales todas sus hazañas; todo el mundo en la ciudad se mostraba ansioso por invitarles a comer o a beber una cerveza... al menos durante el primer día. Pero los jóvenes héroes se excedieron en su papel. Bebieron demasiado, destrozaron demasiados escaparates y sillas y se metieron en demasiadas peleas con otros soldados que no eran paracaidistas. Aquella fue una de las semanas más salvajes y violentas en la historia de Londres. Un periódico comparó los daños con los provocados por los ataques aéreos de la aviación alemana. Y por las calles de Londres circulaba un chiste: los miembros de la Policía Militar estadounidense destacados en Londres recibirían una mención presidencial por su actuación más allá de lo que exigía el deber durante la semana en que los hombres de la 101 estuvieron en la ciudad.

Pero no todos se marcharon a Londres. Harry Welsh viajó a Irlanda a visitar a unos familiares. Winters permaneció en Aldbourne para descansar, reflexionar y escribir cartas a los familiares de los soldados que habían resultado muertos o heridos. Gordon y Lipton, después de recuperarse de sus heridas, viajaron a Escocia para disfrutar del paisaje.

En el hospital, después de haber sido evacuado de Normandía, a Gordon le habían practicado varios injertos de piel y luego su pierna había sido escayolada desde la cadera hasta el dedo gordo del pie. Era el único hombre herido en combate en su pabellón; los otros estaban enfermos o habían resultado heridos en accidentes en Inglaterra. Por lo tanto, era «objeto de gran respeto. Me admiraban». Los oficiales le visitaron tres veces en el hospital para prender una medalla con el Corazón Púrpura en la almohada. «Yo bajaba la vista con humildad y daba las gracias al pequeño grupo

que se había congregado para ver al héroe». Luego, escondía la medalla y esperaba a la próxima.

Después de haber permanecido ocho semanas en el hospital, regresó a la Compañía E. (La política de las divisiones aerotransportadas era devolver a los hombres recuperados de sus heridas a su compañía original; en la infantería, en cambio, cuando los hombres heridos ya estaban listos para volver a la lucha, eran enviados allí donde más se les necesitaba. La primera era, en opinión de todos los paracaidistas, una de las cosas más inteligentes que hacía la división aerotransportada; la segunda política, en opinión de todo el mundo, era una de las cosas más estúpidas que hacía el Ejército.)

El sargento Talbert regresó a la Compañía E al mismo tiempo que Gordon. Como su herida había sido infligida por la bayoneta del soldado Smith, y no por un soldado alemán, no fue incluido entre aquellos que recibieron el Corazón Púrpura. Gordon le dijo que no se preocupase, él le prendería en el pecho una de las condecoraciones que le sobraban. El 3.^{er} pelotón se reagrupó y celebró una ceremonia especial para Talbert. Gordon y Rogers habían escrito un poema para inmortalizar a Talbert, Smith «y la bayoneta que se interpuso entre ellos». El título era «La noche de la bayoneta»; afortunadamente para la posteridad el poema no ha sobrevivido (o, al menos, sus autores se negaron a entregarme una copia del mismo para incluirlo en este libro). El indignado Talbert declaró: «Podría haber matado media docena de veces a ese jodido cabrón mientras me atacaba con su bayoneta, pero pensé que en aquel momento no podíamos permitirnos el lujo de perder un hombre».

Algunos de los heridos estaban preocupados ante la posibilidad de quedar discapacitados de por vida. Malarkey se dio cuenta de esta situación cuando Don Moone y él estaban en el comedor del batallón y Lipton pasó junto a ellos. «Hola, tullido», le dijo Malarkey. Lipton se volvió y cogió a los dos hombres por el cuello, los levantó de sus sillas y les dijo que se encargaría de ambos juntos o por separado. Malarkey y Moone se pusieron pálidos como el papel y le dijeron que sólo había sido una broma. Más tarde, Lipton regresó a la mesa, intensamente sonrojado, y les pidió disculpas por haber perdido los nervios, pero tenía miedo de que la herida de su mano le hubiese provocado una lesión permanente que le impidiera volver a jugar al fútbol americano en la universidad.

Pero en Londres, debajo de la liberación de tensión o de los débiles intentos de Gordon de crear una atmósfera distendida, estaba la realidad que estos hombres habían afrontado y su aprensión de lo que aún deberían enfrentar.

El sargento Martin inspeccionó los barracones del 1.^{er} pelotón la primera noche después de que los hombres hubiesen regresado de Normandía y comprobó que la

mitad de todos los que habían estado allí desde septiembre de 1943 hasta mayo de 1944 había muerto. Le dijo a Guarnere:

—Joder, Bill, aquí tenemos un barracón con la mitad de los tíos y ni siquiera hemos empezado la guerra. No tenemos ninguna posibilidad de salir vivos de aquí.

—Si perdimos la mitad de los hombres de los barracones durante una pequeña y jodida maniobra en Normandía —contestó Guarnere—, olvídате, jamás regresaremos a casa.

Ambos se marcharon a Escocia, donde se practicaron algunos tatuajes, pensando que «habiendo perdido a tantos hombres en una pequeña escaramuza como la de Normandía y con toda la guerra por delante, ¿por qué no?».

El Día D el soldado David Kenyon Webster había saltado con la Compañía del cuartel general del 2.º Batallón; herido unos días más tarde, fue evacuado a Inglaterra y devuelto a Aldbourne antes de que el batallón regresara. Se ocultó entre las sombras de la barraca de la Cruz Roja mientras la «delgada y agotada columna de supervivientes marchaba por el campamento, rogando que ninguno de ellos se detuviera ante él a preguntarle: "¿Dónde cono estabas tú, Webster, cuando los alemanes lanzaron el contraataque al otro lado de Carentan y la Compañía F se largó y el flanco de la Compañía E quedó completamente expuesto?"»

Aparte de su sensación de vergüenza, Webster estaba encantado de contemplar el regreso de sus amigos. «Conocías de vista a todos los tíos del batallón —escribió—, cuando no por sus nombres, y te sentías parte de una gran familia. Te sientes más cerca de estos hombres de lo que jamás te sentirás de cualquier civil».

Presentó una solicitud para ser transferido nuevamente a la Compañía E, porque con la Compañía del cuartel general había sido portador de municiones la mayor parte del tiempo y sólo había podido disparar su ametralladora una sola vez en Normandía, y «ansiaba entrar en acción. Quería acabar la guerra combatiendo; quería luchar como fusilero en una compañía de combate». Se convirtió en miembro del 1.º pelotón.

La actitud de Webster era la siguiente, según les escribió a sus padres: «Estoy viviendo un tiempo prestado. No creo que sobreviva al próximo salto. Si no regreso a casa, tratad de no sufrir demasiado. Me gustaría que tomaseis la muerte con la misma indiferencia que nosotros aquí. En el fragor de la batalla esperas sufrir bajas, esperas que alguien muera y no te sorprende cuando uno de tus amigos recibe una ráfaga de ametralladora en pleno rostro. Tienes que seguir adelante. No es como en la vida civil, donde la muerte súbita es tan inesperada».

Cuando su madre le escribió para expresarle su gran preocupación ante su actitud (y sus preocupaciones acerca de su hermano pequeño, que acababa de unirse a los paracaidistas), Webster fue contundente en su respuesta: «¿Preferirías acaso que el hijo de otra quedase muerto en el barro? Vosotros queréis que ganemos la guerra,

pero aparentemente no queréis que vuestros hijos tengan nada que ver con la matanza. Es una actitud extrañamente contradictoria.

«Alguien tiene que ir a matar al enemigo. Alguien tiene que estar en la infantería y en la unidad de paracaidistas. Si todo el país tuviese tu actitud, nadie lucharía, todo el mundo estaría en el depósito de Intendencia. ¿Y qué clase de país sería entonces ese?»

Lipton sentía que «cuando los hombres están en combate, la inevitabilidad de la situación se apodera de ellos. Están allí, no hay nada que puedan hacer para cambiarlo, de modo que acaban por aceptarlo. Se endurecen inmediatamente ante el hedor de la muerte, los cadáveres, la destrucción, las matanzas, el peligro. Los muertos y heridos enemigos no les afectan. Sus propios heridos y los cuerpos de sus amigos muertos sólo les causan una breve impresión, y esa impresión es una fugaz sensación de triunfo o de alivio porque no han sido ellos. ["Gracias a Dios que ha sido él y no yo" es un pensamiento común a muchos soldados cuando sus camaradas caen en el campo de batalla; más tarde pueden sentir sentimientos de culpa.] Aún queda mucho trabajo por hacer, una guerra que ganar y sólo piensan en eso.

«Una vez fuera de la línea de combate, de regreso en un campamento de descanso —continúa diciendo Lipton—: los hombres comienzan a pensar. Recuerdan la forma en que sus amigos fueron heridos o murieron. Recuerdan los momentos en los que estuvieron a escasos centímetros o segundos de su propia muerte. Lejos del combate, la muerte y la destrucción ya no son inevitables: la guerra podría acabar, las misiones podrían ser canceladas. Con estos pensamientos en la cabeza, los hombres se ponen nerviosos ante la perspectiva de regresar al frente de combate. Sin embargo, tan pronto como se han reintegrado, las dudas y el nerviosismo han desaparecido. La dureza, la sangre fría, la tranquilidad regresan. Una vez más hay un trabajo que hacer, la vieja seguridad vuelve a ellos, la excitación del combate también, y el impulso de alcanzar la victoria se apodera nuevamente de todos ellos».

Si eso suena como una situación idealizada, no se puede evitar; así fue cómo Lipton y muchos otros hombres de la Compañía E, y muchos más en las divisiones aerotransportadas y en todo el ejército norteamericano —y puestos a ello, también en el ejército alemán y el ejército rojo— libraron la guerra. Pero, de ninguna manera, el análisis de Lipton puede ser aplicado a todos los soldados. En la Segunda Guerra Mundial combatieron millones de hombres. Nadie puede hablar por todos. Aun así, las reflexiones de Lipton acerca del estado emocional del soldado de combate aporta una guía para tratar de comprender la conducta de los hombres que entraban en acción.

Al iniciar el avance desde las playas de Normandía, muchos de los hombres de la Compañía E luchaban como jabatos contra los alemanes y estaban absolutamente

convencidos de que los Aliados ganarían la guerra. «Espero volver pronto al campo de batalla —escribió Webster a sus padres—, porque les debo a los alemanes varias balas y todas las granadas de mano que sea capaz de lanzarles». Los alemanes les habían cortado el cuello a los paracaidistas que habían quedado atrapados en los arneses de sus paracaídas, los habían matado a bayonetazos, despellejado, disparado, volado un puesto de primeros auxilios. Debido a estas atrocidades, «no teníamos ninguna intención de mostrar piedad con ellos». En cuando al resultado, «después de haber visto aquella cabeza de playa, un panorama de poderío militar que te dejaba sin aliento, sé que no podemos perder. En cuanto a los paracaidistas, están allí sedientos de sangre. Espero volver al campo de batalla».

Los ascensos se hicieron efectivos. Welsh y Compton fueron promovidos de teniente segundo a teniente primero. El regimiento necesitaba nuevos oficiales subalternos para reemplazar a los que habían muerto; Winters recomendó al sargento James Diehl, que había actuado como sargento primero de la compañía en Normandía, para un ascenso por su comportamiento en el campo de batalla. El coronel Sink dio su aprobación, de modo que Diehl consiguió sus galones de teniente segundo y fue asignado a otra compañía del 506.º Winters ascendió a Lipton para que ocupase el puesto dejado vacante por Diehl como sargento primero de la compañía. Leo Boyle pasó a ser sargento jefe en la Compañía del cuartel general. Bill Guarnere fue ascendido también a sargento jefe. Don Malarkey, Warren Muck, Paul Rogers y Mike Ranney ascendieron de soldados rasos a sargentos (Ranney había sido sargento pero lo habían degradado a soldado raso durante el motín para librarse de Sobel). Pat Christenson, Walter Gordon, John Plesha y Lavon Reese fueron ascendidos de soldados rasos a cabos.

Webster era un inspirado novelista, un ávido lector de la mejor literatura inglesa, un hombre de Harvard, un veterano combatiente que alababa y maldecía al Ejército basándose en sus observaciones personales y en agudas reflexiones sobre lo que veía ante sus ojos. Sus extensas cartas a su familia proporcionaban instantáneas de los hombres de la Compañía E después de su primera experiencia en combate.

El soldado Roy Cobb, que había sido herido en el avión en el que viajaba Harry Welsh sobre Normandía y, por lo tanto, no llegó a saltar, «era un viejo soldado con alrededor de nueve años a su favor. Se las ingeniaba para ir un paso largo y fácil por delante del Ejército. Hasta ahora su variada y colorida carrera militar había incluido: 1.º) Un desembarco en África con la 1.ª División Acorazada; 2.º) Un largo período afectado de ictericia y una evacuación a Estados Unidos en un destructor después de que su barco de transporte de tropas fuese torpedeado por un submarino alemán; 3.º)

Varios meses de entrenamiento en la Escuela de Paracaidismo; 4.º) Una oportuna herida en una pierna provocada por fuego antiaéreo al sobrevolar Normandía. Alto, delgado, siempre sediento e invariablemente generoso».

La primera escuadra del 1.º pelotón estaba «encabezado por el pequeño Johnny Martin, un excelente soldado, un gran holgazán, y un pensador muy rápido que podía manejar cualquier problema de combate o guarnición que pudiese surgir. Siempre tenía el equipo, la comida y el mejor alojamiento».

El subjefe de escuadra era «Bull» Randleman, que estaba quejándose constantemente pero que podía «ser muy buen soldado, como tuve ocasión de descubrir cuando me ordenó que me presentase al sargento primero por haberme reído de él cuando me dijo que me quitase mi gorra de lana en el comedor. Bull era considerado un suboficial más que aceptable por los oficiales, quienes no veían con buenos ojos la actitud petulante del sargento Martin».

El jefe de escuadra de Webster era el sargento Robert Rader. «No creo que Rader haya dedicado ni un solo minuto de su vida a holgazanear; era el soldado de guarnición ideal, la clase de soldado que conoce todas las órdenes de formación cerrada y se enorgullece del ejercicio de armas, que se muestra impaciente con los hombres que están en la lista de enfermos y se evaden de los problemas nocturnos».

Los segundos de escuadra, los cabos William Dukeman, Pat Christenson y Don Hoobler, «generalmente dejaban que los sargentos hicieran el trabajo. Dukeman tenía una habilidad para escaquearse de los problemas nocturnos y largarse a Londres todos los fines de semana que era realmente digna de admiración». Christenson era el ayudante de Randleman, lo que Webster consideraba un «trabajo complicado» ya que Randleman, al igual que Rader, era un tipo muy meticuloso. Christenson era «de peso medio y complexión atlética, con el pelo rubio y ondulado, el único chico guapo de la Compañía E. Hoobler era lo opuesto en todos los sentidos. Era la única persona que he conocido que realmente disfrutaba combatiendo; encontraba placer en la guerra. Un tipo despreocupado, con varios dientes de oro, que se presentaba voluntario a todas las patrullas en combate y a todos los trabajos ligeros en la guarnición. Era uno de los mejores soldados de la compañía y uno de los más populares».

En opinión de Webster (y había visto muchas cosas durante el tiempo que permaneció como miembro de la Compañía del cuartel general) los integrantes del 1.º pelotón, Compañía E, eran «más jóvenes, más inteligentes que aquellos que estaban en otras compañías». Por primera vez en el Ejército, y para su satisfacción, encontró hombres que hablaban de ir a la universidad después de la guerra, incluyendo al cabo Dukeman y a los sargentos Muck, Carson y Malarkey.

Todos estos hombres eran lo que Webster llamaba «los suboficiales del nuevo ejército». Su media de edad era de veintiún años. No conocían de memoria los Artículos de Guerra, no les importaba «el Libro que regía las vidas de tantos hombres

del ejército regular». Se mezclaban con sus hombres, no habían servido en Panamá o en Hawai o en las islas Filipinas. «Eran soldados civiles. Fueron ellos los que salvaron a Estados Unidos».

Webster también estaba impresionado con algunos de los oficiales. Describió a Winters como «un individuo grande, muy atlético, que creía en los ejercicios físicos en la guarnición y en la agresividad en combate». Welsh era ahora el segundo comandante de Winters; Webster lo describió como un tipo «pequeño, moreno, perezoso, de mente ágil, el único oficial en el 2.º Batallón que podía darte una interesante y didáctica conferencia sobre los hechos cotidianos». Consideraba al teniente Compton, jefe del 2.º pelotón, un hombre amistoso y genial que era el preferido de todo el mundo. Había convencido al grupo con pretensiones universitarias de que UCLA era el único lugar donde se podía conseguir una buena educación académica.

El 1.º pelotón estaba al mando del teniente Thomas Peacock, un oficial de reemplazo. Webster escribió en su diario que «siempre obedecía una orden sin hacer preguntas, sin protestar y sin pensar». Webster pensaba que Peacock «era altamente estimado por sus oficiales superiores y cordialmente detestado por sus hombres. Era demasiado militar». En una ocasión, el pelotón regresó a Aldbourne después de una marcha de diez horas a campo traviesa; Peacock ordenó a los hombres que disputasen un partido de béisbol porque eso era lo que constaba en el programa del día. «Peacock creía en el Manual; en Normandía estaba en su elemento como oficial de suministros del batallón, pero como jefe de pelotón, sus hombres odiaban hasta tener que mirarle».

El ayudante de Peacock era el teniente Bob Brewer. Muy joven y un extraordinario atleta, Webster le describió como «infantil, demasiado grande para su edad».

En el verano de 1944, la Compañía E disfrutaba de excelentes alojamientos. Los oficiales estaban alojados en una encantadora casa de ladrillo cerca del parque del pueblo; en la parte trasera había unos establos que los hombres limpiaron a fondo y utilizaron como dependencias. Estos establos consistían en una serie de cuadras, en cada una de las cuales se acomodaban cuatro hombres confortablemente, disfrutando de una bienvenida privacidad. Allí podían ocultarse; y tantos hombres de la Compañía lo hacían cuando se reanudaron los ejercicios nocturnos que Winters se vio obligado a convertir en una costumbre el hecho de comprobar las cuadras individuales para asegurarse de que nadie estaba escondido detrás de las literas o de la ropa colgada de los ganchos. Cada cuadra disponía de una estufa, una puerta grande, gruesa e insonorizada y un techo alto y bien ventilado. Había espacio

suficiente para colgar los uniformes y los macutos y aun así, poder jugar al poker o a los dados.

Para entretenerse, los hombres escuchaban los programas que emitía la radio de la Red de las Fuerzas Armadas (AFN). Estaba en el aire desde las 07:00 hasta las 23:00 horas con una ocasional retransmisión de un programa de Bob Hope, noticias de la BBC cada hora y música popular. Los hombres la preferían a los boletines que emitía la BBC, aunque tenían que soportar las exhortaciones del SHAEF ^[17] para que se mantuviesen limpios, saludasen más a menudo o reprimiesen sus ganas de meterse en peleas. («¡Recordad, soldados, si estáis buscando pelea, tenéis que esperar a veros las caras con los alemanes!»)

Cuando no les gustaba la melodía que emitía la AFN podían sintonizar alguna emisora alemana y escuchar a Axis Sally y Lord Haw Haw. Estos propagandistas interpretaban melodías populares combinadas con mensajes tan toscos que siempre acababan por provocar las carcajadas de los soldados estadounidenses.

Además de la radio, se proyectaban películas dos veces por semana, habitualmente filmes de vaqueros en el Lejano Oeste, en raras ocasiones un estreno reciente. Ocasionalmente, un espectáculo montado por la USO (Organización de Servicios Unidos) llegaba a esa zona de Inglaterra, pero las grandes estrellas se quedaban en Londres.

Glenn Miller fue una excepción. Para Malarkey, «el gran espectáculo del verano» tuvo lugar el 25 de julio, cuando él fue uno de los seis hombres de la compañía que consiguió una entrada para un concierto ofrecido por Miller y su Orquesta del Ejército y las Fuerzas Aéreas en Newbury. Cuarenta y siete años más tarde, Malarkey aún podía recordar el programa; Miller empezó con Serenata a la luz de la luna («el tema más provocador de recuerdos que jamás se haya escrito», según Malarkey), seguido de De buen humor.

Durante los fines de semana, cuando no estaban en una zona de maniobras o en estado de alerta, los hombres conseguían permisos de salida. Malarkey y More montaban en la motocicleta que el último había robado en Normandía y se dirigían hacia la costa meridional —Brighton, Bournemouth o Southampton— para nadar y tomar el sol. Un día, al regresar de una de sus excursiones, recibieron un mensaje del capitán Sobel. Quería que Malarkey y More supiesen que él estaba enterado de que tenían la motocicleta y de que había sido robada, pero que no pensaba hacer nada al respecto, excepto que tenía intención de confiscarla cuando la compañía entrase en combate. Malarkey pensó que la actitud relativamente razonable de Sobel era consecuencia de su reticencia a enfrentarse con el capitán Winters.

Lo que no era tan agradable como el alojamiento o los programas de radio o los fines de semana era el entrenamiento. «Tenía la impresión de que nos estaban castigando por haber ido a Normandía —escribió Webster—. Había una agotadora

lista de revistas, inspecciones, problemas de campaña, problemas nocturnos y viajes al campo de tiro».

Winters se había traído munición real de Normandía a Aldbourne. La empleaba para que los soldados de reemplazo tuviesen la sensación de que avanzaban bajo fuego de protección. Obviamente, los hombres que participaban en las maniobras corrían un riesgo, pero Winters también lo corría, ya que esa munición no estaba autorizada y, si alguien hubiese resultado herido, hubiera sido su culpa y su responsabilidad. Pero él pensaba que merecía la pena correr ese riesgo, porque el 6 de junio, en Brécourt Manor, había aprendido que la clave de un ataque era establecer una buena y estable base de fuego y luego avanzar protegido por ella. Si se hacía correctamente, el trabajo se llevaba a cabo con muy pocas bajas.

Los ejercicios de entrenamiento eran necesarios a fin de que los soldados de reemplazo de la Compañía (aproximadamente la mitad de la unidad estaba compuesta ahora por reclutas llegados directamente desde Estados Unidos después de salir de la escuela de saltos) viviesen la experiencia del fuego real, y para integrarlos en la Compañía. Pero, necesarios o no, los ejercicios eran detestados por todos los hombres. No obstante, comparado con la experiencia de 1943 en Aldbourne, el verano de 1944 fue un placer. Malarkey lo explicaba de esta manera: «Ya no estábamos sometidos a la disciplina y el rencor de Herbert Sobel y el sargento Evans. Con Dick Winters, la justicia y la compasión reemplazaron la conducta irracional de su predecesor. El espíritu de cuerpo dentro de la compañía aumentó de manera considerable».

Un hecho básico que contribuyó a levantar la moral de los hombres fue que, a pesar de lo riguroso del programa de entrenamiento, la Compañía E estaba pasando el verano en Aldbourne y no en Normandía. «Doy gracias a Dios y al general Eisenhower de que hayamos regresado a Inglaterra —escribió Webster a sus padres—, cada vez que pienso en los muchachos que están luchando en el Pacífico, viviendo en la jungla y en arrecifes de coral desiertos, y en la infantería en Francia, avanzando sin música ni entretenimientos de ninguna clase hasta que resultan heridos o muertos». Todos los hombres estacionados en Aldbourne eran perfectamente conscientes de que las cosas eran muy diferentes en el caso de la 4.^a División de Infantería, que los que habían sido sus compañeros durante el Día D, continuaban en el frente de batalla, sufriendo numerosas bajas, durmiendo en nidos de ametralladora y hoyos de protección, alimentándose con raciones K y sin la menor posibilidad de tomar un baño.

Los rumores eran incesantes. El 10 de agosto, el propio Eisenhower inspeccionó la división, un hecho que sirvió para convencer a todo el mundo que el próximo salto

de combate estaba a la vuelta de la esquina, una convicción reforzada el 12 de agosto cuando se repartió un equipo flamante entre los hombres. Algunos estaban seguros de que su destino era el Pacífico sur, otros pensaban en la India, algunos en Berlín.

Todos esos rumores eran ridículos, naturalmente, pero estaban alimentados por el hecho de que la división hizo planes para dieciséis operaciones diferentes aquel verano, cada una de las cuales fue oportunamente cancelada. El problema residía en que, hasta finales de julio, la línea del frente en Normandía permaneció prácticamente estática; entonces el Primer Ejército del general Omar Bradley se abrió paso a través de St. Lo, el Tercer Ejército de Patton atravesó Normandía y las fuerzas de tierra norteamericanas tomaron las zonas de descenso propuestas antes de que los paracaidistas pudiesen completar sus planes y saltar sobre sus objetivos.

El 17 de agosto, la Compañía E fue puesta en estado de alerta y recibió instrucciones para efectuar un salto cerca de Chartres, donde su misión consistiría en establecer posiciones destinadas a cortar la línea de suministros y refuerzos de los alemanes en Normandía y bloquear su ruta de escape. La compañía, junto con el resto del batallón, subió a varios autobuses para dirigirse a la zona de maniobras, en el aeródromo de Membury, a las afueras de Aldbourne. Les dieron carne y huevos, pollo, pan blanco, leche y helado. Comprobaron sus armas y equipo, recibieron instrucciones y analizaron su objetivo.

Los reclutas estaban nerviosos, tensos, ansiosos, excitados. Los veteranos estaban preocupados. «Odio la idea de regresar a Normandía», escribió Webster en su diario. Lo que más le preocupaba era el pensamiento de que lo mataran mientras descendía en el paracaídas, o quedarse atrapado entre las ramas de un árbol o en un poste de teléfono y que los alemanes le dispararan o le clavaran una bayoneta antes de que pudiese quitarse el arnés. Había conseguido una pistola del 45 automática, pero no tenía nada que hacer ante una ametralladora que le disparase desde suficiente distancia. Creía que si podía sobrevivir al salto, podría hacer frente a cualquier cosa que viniese después.

Al hablar con los alicaídos veteranos que estaban junto a él en el aeródromo, advirtió que «los chicos no se mostraban tan ansiosos o entusiastas por acabar con aquello como lo habían estado antes del Día D. Nadie quería seguir luchando».

Algunos expresaban su confianza en que, con Patton atravesando Francia como en un desfile militar, los Aliados en plena ofensiva en Italia, el Ejército Rojo avanzando sin parar en el Frente Oriental, y el alto mando de la Wehrmacht en plena crisis después del frustrado atentado contra Hitler el 20 de julio, Alemania se rendiría en cualquier momento. La mayoría de los hombres hubiese recibido con los brazos abiertos ese desenlace, pero no Webster, quien escribió a sus padres:

«No puedo entender por qué deseáis un final rápido de la guerra. A menos que llevemos el horror de la guerra a territorio alemán, a menos que luchemos en sus

pueblos, volando sus casas, destrozando sus bodegas, matando su ganado para alimentarnos, a menos que cubramos sus calles con cadáveres alemanes horriblemente putrefactos como se hizo en Francia, los alemanes se prepararán para otra guerra, indiferentes a sus horrores. La derrota debe llevarse a territorio alemán antes de que este desastre llegue a su fin; una victoria rápida ahora, un colapso súbito, dejará las zonas rurales relativamente intactas y a la gente sedienta de venganza. Yo quiero que la guerra acabe cuanto antes, como cualquier otro, pero no quiero dejar intacto el germen de otra guerra».

El 19 de agosto fue el Día D para Chartres. Se programó como un salto diurno. Aquella mañana, en los alrededores de Membury, los hombres se levantaron al amanecer, después de una noche en la que apenas si habían podido pegar ojo, pasada principalmente sudando en sus catres, imaginando toda clase de posibilidades. Se vistieron en silencio. Estaban indiferentes y con semblante sombrío. Nadie llevaba cortes mohawk. No había gritos de «¡Prepárate, Hitler! ¡Ahí vamos!». Se trataba más bien de: «Mamá, si alguna vez has rezado por mí, hazlo ahora».

Noticias reconfortantes en la radio. ¡Los tanques del Tercer Ejército de Patton habían tomado la zona de descenso en Chartres! ¡El salto se había cancelado! Los hombres comenzaron a gritar. Daban saltos de júbilo. Reían. Bendecían a George Patton y sus tanques. Bailaban y lanzaban exclamaciones de alegría y alivio. Aquella tarde regresaron a Aldbourne.

En la mañana del domingo 28 de agosto, el 506.º Regimiento celebró un oficio religioso en memoria de los hombres caídos en Normandía. Cuando se anunció que la tropa tendría que renunciar a su mañana de domingo, las quejas y las maldiciones que sonaron fueron terribles; tal como lo expresó entonces uno de los paracaidistas, él no tenía ningún problema en honrar a los muertos el sábado por la mañana o todo el lunes, pero maldita sea si tenía que honrar a los muertos en su tiempo libre. Pero sólo era una manera de hablar, la reacción de un soldado ejerciendo su inalienable derecho a quejarse. Se puso su uniforme clase A y se unió al resto de sus compañeros para asistir al servicio religioso.

La Compañía E fue trasladada en autobuses al cuartel general del regimiento en la finca de lord Wills, en Littlecote, cerca de Chilton Foliat, donde se unió a las otras compañías en un suave prado de hierba. Una banda de música interpretó la marcha fúnebre con una cadencia tan lenta que todos perdieron el paso, pero una vez que el regimiento estuvo formado en su lugar, los 2000 jóvenes guerreros estadounidenses desplegados como una sólida alfombra marrón sobre el prado de césped, con el imponente castillo delante de ellos, era una visión realmente reconfortante.

El capellán McGee fue el encargado del sermón, diciendo que los muertos eran verdaderos héroes, que merecía la pena dar la vida por Estados Unidos, que su muerte

no había sido en vano, etc. Los hombres se sintieron mucho más impresionados por la oración del regimiento, escrita por el teniente James Morton y leída por el capellán:

«Dios Todopoderoso, nos arrodillamos ante Ti y te pedimos ser el instrumento de Tu ira para destruir a las fuerzas malignas que han traído muerte, miseria y degradación al pueblo de la tierra... Acompáñanos, Señor, cuando saltamos de nuestros aviones hacia el negro abismo y descendemos en paracaídas en medio del fuego enemigo. Danos voluntad de hierro y coraje inflexible mientras nos desprendemos de nuestros arneses para empuñar las armas y marchar al combate. Las legiones del mal son muchas, Padre; bendice nuestras armas para enfrentarnos y derrotar a nuestros enemigos en Tu nombre y en nombre de la libertad y la dignidad del hombre... Que nuestros enemigos que han vivido por la espada abandonen su violencia para no morir por la espada. Ayúdanos a servirte noblemente y a ser humildes en la victoria».

A continuación habló el general Taylor, pero sus palabras fueron ahogadas por una formación de C47 que pasó por encima de sus cabezas. Luego se leyó la lista de los soldados muertos y desaparecidos. Parecía que no acabaría nunca —eran 414 nombres— y cada nombre provocó una sensación especial entre los miembros supervivientes de la escuadra, pelotón y compañía del soldado muerto. Cada vez que uno de ellos escuchaba el nombre de alguien a quien conocía, Webster pensaba en «su familia sentada en silencio en un hogar que ya nunca volvería a estar completo». La lectura cesó súbitamente con el nombre de un soldado raso cuyo apellido comenzaba por la letra Z. El regimiento abandonó el campo a los sones de «Adelante soldados cristianos».

La 101 División Aerotransportada era ahora parte del Primer Ejército Aliado Aerotransportado, que incluía las divisiones aerotransportadas norteamericanas 17, 82 y 101 (en conjunto, las unidades estadounidenses constituían el XVIII Cuerpo Aerotransportado), la 1.^a Brigada Paracaidista polaca, y las divisiones aerotransportadas británicas 1.^a y 6.^a más la 52.^a de Lowlanders (aerotransportada en planeadores). El general Matthew Ridgway mandaba el XVIII Cuerpo; el general Lewis Brereton estaba al mando del Ejército Aerotransportado. El general Taylor permaneció al mando de la 101 División Aerotransportada; por último, el general James Gavin era el comandante de la 82.

Todos estos generales, y sus subordinados de alta graduación, estaban ansiosos, deseando que el Ejército Aerotransportado entrase en acción, pero cada vez que trazaban un plan, daban instrucciones a los hombres, los desplazaban hasta las zonas de maniobras y los preparaban para subir a los aviones, las tropas de tierra ocupaban las zonas de descenso y la misión era cancelada.

Volvió a pasar a finales de agosto. El 30, a medianoche, Taylor ordenó que la Compañía formase. Los hombres recibieron instrucciones de preparar sus macutos para salir a las 08:00 horas hacia Membury. En el aeródromo, junto con las demás actividades, se procedió al cambio de divisas, libras esterlinas inglesas por francos belgas. De este modo, los hombres conocieron su destino antes de recibir las instrucciones (los oficiales de pagaduría les dijeron «malo» a aquellos soldados que no tenían libras esterlinas).

La zona de descenso estaba cerca de Tournai, en territorio belga, justo al otro lado de la frontera de la ciudad francesa de Lille. El objetivo era abrir un corredor para el Segundo Ejército británico en su avance a través del Canal del Escalda para entrar en Bélgica.

Siguieron dos días de instrucciones, preparativos frenéticos y maravillosa comida. Pero el 2 de septiembre la División Blindada de Guardias del Segundo Ejército británico capturó Tournai y la operación fue cancelada. Entre los hombres se produjo la misma sensación de alivio que cuando se había cancelado el salto sobre Chartres, pero la determinación del alto mando de que los paracaidistas entrasen en acción era tan evidente para los hombres que incluso cuando regresan a Aldbourne en los autobuses, todos comentaban que un día de aquellos ya no regresarían del aeródromo.

Los ejércitos aliados continuaban su avance a través de Francia y Bélgica. El alto mando del Ejército Aerotransportado estaba desesperado porque sus hombres participaran en la campaña. Tenía las mejores tropas de todo el ejército, los mejores comandantes, la moral más alta, una movilidad incomparable y un equipo insuperable. Tanto oficiales como tropa eran veteranos probados que sólo querían otra oportunidad de demostrar lo que eran capaces de hacer los paracaidistas en la guerra moderna. El Ejército Aerotransportado era, con diferencia, el mayor logro no utilizado de Eisenhower. El general estadounidense quería mantener el ímpetu del avance, quería aprovechar el momento para asestar un golpe definitivo antes de que los alemanes pudiesen recuperarse de sus seis semanas de retirada a través de territorio francés. Cuando Montgomery propuso utilizar el Ejército Aerotransportado en una operación arriesgada, compleja y peligrosa pero potencialmente decisiva para atravesar la región del Bajo Rin, Eisenhower aceptó inmediatamente, para inmensa satisfacción del mando del Ejército Aerotransportado.

El nombre en clave era Market-Garden. El objetivo era llevar al Segundo Ejército británico, con la División Blindada de Guardias en vanguardia, a través de Holanda y cruzando el Rin en una línea Eindhoven-Son-Veghel-Grave-Nimega-Arnhem. Los tanques británicos avanzarían hacia el norte a través de una única carretera, siguiendo una alfombra tendida por los paracaidistas británicos y estadounidenses, quienes tomarían y conservarían los numerosos puentes existentes entre la línea de partida y

Arnhem.

La 1.^a División Aerotransportada británica, reforzada por los efectivos polacos, se encontraría en el extremo de la línea de avance propuesta, en Arnhem. La 82 Aerotransportada tomaría y mantendría Nimega. La misión de la 101 era descender al norte de Eindhoven, con el objetivo de capturar esa ciudad mientras avanzaba simultáneamente a través de Son hacia Veghel y Grave, para abrir el extremo meridional de la línea de avance. La tarea del 2.º Batallón del 506.º Regimiento de Infantería Paracaidista era tomar intacto el puente que cruzaba el canal Wilhelmina a la altura de Son, unirse luego al 3.º Batallón para atacar Eindhoven, donde mantendría asegurados la ciudad y sus puentes hasta que pasara la División Blindada de Guardias.

Era un plan complicado pero brillante. El éxito dependería de su ejecución en el tiempo previsto, con el factor sorpresa, duros combates y suerte. Si todo salía bien, el resultado sería que las fuerzas blindadas británicas desplegadas al norte de la llanura alemana, en el extremo más septentrional del Rin, dispondrían de una ruta expedita hasta Berlín. Si la operación fracasaba, el coste sería la dilapidación del precioso activo que significaba el Ejército Aerotransportado, la imposibilidad de abrir el puerto de Amberes (Eisenhower tuvo que acceder al aplazamiento de la participación de tropas necesarias para abrir ese puerto a fin de poder montar la operación Market-Garden), una consiguiente crisis de suministros en la Fuerza expedicionaria en Europa y una demora en el fin de la guerra que se prolongaría hasta el invierno de 1944-1945.

Además de cancelar la apertura del puerto de Amberes, Eisenhower tuvo que frenar a Patton al este de París a fin de disponer de combustible suficiente para que el Segundo Ejército británico pudiese montar la operación Market-Garden. En resumen, la operación era una tirada de dados, con los Aliados apostando todo lo que tenían.

El 14 de septiembre, la Compañía E subió a los autobuses que la llevarían nuevamente a la zona de maniobras en Membury. Al día siguiente, la compañía recibió sus instrucciones. Fue un momento tranquilizador. A los hombres les dijeron que éste sería el mayor descenso aerotransportado de la historia, con un total de tres divisiones. El salto se realizaría de día. A diferencia de lo ocurrido en Normandía, para los alemanes sería una absoluta sorpresa. El fuego antiaéreo sería poco importante y la oposición inicial en tierra, prácticamente inexistente.

En el área de maniobras, mientras esperaban el momento de partir, los hombres se dedicaron a jugar a cualquier cosa mientras hubiese dinero de por medio para las apuestas. Uno de los reclutas, el soldado Cecil Pace, era un apostador fanático. Para disgusto de los veteranos, Pace ganó 1000 dólares a los dados.

El coronel Sink se dirigió brevemente a sus hombres.

—Veréis los tanques británicos —dijo—, algunos Sherman y los otros Cromwell. No debéis confundir a los Cromwell con tanques alemanes. En cuanto a esas divisiones de Guardias... son buenos elementos. Lo mejor del ejército británico. No puedes ingresar en ese cuerpo a menos que hayas conseguido un «sir» delante de tu nombre y un pedigrí de un metro de largo. Pero no debéis reiros de ellos. Son buenos combatientes.

»Una cosa más —continuó, frotándose la barbilla—. No quiero ver a ninguno de vosotros paseándose por Holanda con gorras de lana. El general Taylor sorprendió a un soldado del 506.º usando una de esas gorras en Normandía y me echó una bronca terrible. Veréis, no me gusta que nadie me eche broncas, de manera que si tenéis que llevar una gorra de lana, hacedlo debajo del casco. Y no dejéis que el general Taylor os sorprenda sin el casco bien calado en la cabeza.

«Soldados, sé que sois capaces de hacerlo muy bien, de modo que no tengo necesidad de hablar del combate. Esta es una tropa lo bastante buena como para haber conseguido una mención presidencial en Normandía. Muy bien, que los veteranos cuiden de los novatos y todo saldrá bien».

Webster apuntó que siempre era un placer escuchar a Sink, porque tenía un enfoque del combate que era sensible, realista y humorístico. El general Taylor era todo lo contrario; en opinión de Webster, Taylor tenía «una actitud de animadora de partidos de baloncesto, repelentemente optimista. El coronel Sink sabía que los hombres odiaban luchar. Hasta el final de la guerra, el general Taylor siguió pensando que sus muchachos estaban ansiosos por matar a los alemanes. Nosotros preferíamos al coronel Sink».

El 16 de septiembre, el soldado Strohl, que había permanecido en el hospital desde el 13 de junio, consiguió un permiso de un día de los médicos para salir del hospital. Viajó hasta Aldbourne, donde encontró al capitán Sobel, que estaba preparando suministros para llevarlos a Membury. Sobel le explicó a Strohl que la compañía estaba a punto de entrar en acción; Strohl le dijo que quería unirse a su compañía y le pidió que le llevase al aeródromo.

Sobel le advirtió: «Te declararán AWOL (ausente sin permiso oficial)». Strohl le contestó que no creía que fuese a meterse en problemas muy graves por haber elegido entrar en combate junto a sus camaradas, de modo que Sobel le dijo que subiese al jeep.

«Fue algo realmente estúpido por mi parte —recordó Strohl cuarenta años más tarde—. Estaba débil como un gato recién nacido». Pero no iba a permitir que sus amigos entrasen en combate sin él. Se consiguió un equipo y subió a uno de los C-47.

«Popeye» Wynn, que había recibido un disparo en una nalga cuando ayudaba a

destruir la batería en Brécourt Manor el 6 de junio, había sido operado y se recuperaba en un hospital en Gales cuando le comunicaron que si estaba ausente de la Compañía más de noventa días, cuando estuviese listo para reincorporarse al servicio sería destinado a otra unidad. Wynn no quería saber nada de eso. Convenció a un sargento que estaba a cargo de dar permisos a los pacientes de que le permitiese regresar a Aldbourne con documentos para realizar servicios ligeros. Llegó el 1 de septiembre, se deshizo de los documentos y volvió a unirse al 3.^{er} pelotón.

No estaba totalmente recuperado. Durante el vuelo hacia Holanda permaneció de pie en el extremo de la fila, ya que estaba aún demasiado dolorido para viajar sentado. Pero se encontraba allí, donde quería estar, dirigiéndose al campo de batalla con sus compañeros de la Compañía E.

«La carretera del infierno» Holanda

17 de septiembre - 1 de octubre, 1944

ERA UN HERMOSO DÍA DE FINALES DE VERANO en el noroeste de Europa, con un cielo de un azul intenso y sin nada de viento. El ataque aerotransportado de las fuerzas aliadas pilló a los alemanes completamente por sorpresa; no había ningún avión de la Luftwaffe para hacer frente a la flota aérea. Una vez sobre territorio holandés, los aviones fueron atacados con fuego antiaéreo, que se intensificó cuando se encontraban a cinco minutos de la zona de descenso, pero la formación no se rompió y los pilotos tampoco iniciaron maniobras evasivas como había sucedido en Normandía.

Los hombres de la Compañía E tocaron tierra exactamente en el lugar previsto. Y así lo hicieron prácticamente todas las compañías de la división. El descenso fue suave, sobre un terreno recién arado; en la memoria de los hombres de la Compañía E, fue el descenso más suave que hicieron nunca. Webster escribió a sus padres: «Era el campo de descenso más llano y blando que había visto en mi vida. Holanda, básicamente, es un extenso y perfecto campo de descenso». Por su parte, la historia oficial de la 101 División Aerotransportada hizo constar que se trató del «descenso más exitoso que había realizado nunca la división, ya fuese durante los entrenamientos o en misiones de combate». [18]

El único problema que Winters recordaba era la necesidad de alejarse lo antes posible de la zona de descenso para evitar ser alcanzados por el equipo que descendía con ellos o los planeadores que aterrizaban en las proximidades. «Era como una lluvia de equipo —dijo—: Cascos, armas, cajas». Malarkey recordó que se había alejado velozmente de la zona de descenso hacia el área de reagrupamiento (señalada con granadas de humo). Oyó una colisión por encima de su cabeza; dos planeadores habían chocado y caían a plomo a tierra. En la zona no había ninguna oposición alemana; la compañía se reagrupó rápidamente y partió en busca de su objetivo.

El objetivo era el puente sobre el canal Wilhelmina a su paso por Son. La ruta discurría a través de una carretera norte-sur que iba desde Eindhoven hasta Veghel, Nimega y Arnhem. El firme de la carretera era en parte asfalto y en parte adoquinado, con bastante anchura como para permitir el paso de dos coches pero estrecha para que lo hicieran dos camiones. Como la mayoría de las carreteras de Holanda, estaba elevada aproximadamente un metro sobre los campos circundantes, lo cual

significaba que cualquier vehículo que circulara por ella se destacaba con nitidez contra el horizonte.

La carretera era la clave de la Operación Market-Garden. La misión de las tropas aerotransportadas estadounidenses era hacerse con el control de la carretera y de sus principales puentes a fin de abrir un corredor para que el XXX Cuerpo de Ejército británico, con la División Blindada de Guardias al frente, pudiese llegar a Arnhem y atravesar a continuación el Bajo Rin.

La Compañía E descendió hasta unos 30 kilómetros detrás de la línea del frente, aproximadamente a 15 kilómetros al norte de la ciudad de Eindhoven. El objetivo inicial del 506.º Regimiento era Son, luego Eindhoven, lo cual significaba que la marcha sería en dirección sur. El regimiento comenzó su avance con el 1.º Batallón atravesando el campo hacia el oeste de la carretera, el 2.º Batallón carretera abajo y con el 3.º Batallón en la reserva. El orden de marcha del 1.º Batallón era la Compañía D al frente, luego la Compañía E, el cuartel general del Batallón y la Compañía F cerrando la marcha.

La columna entró en Son. Los habitantes estaban colocados a ambos lados de la carretera como si estuviesen asistiendo a un desfile militar. A diferencia de lo que había ocurrido en Normandía, donde los franceses se habían mantenido en su gran mayoría fuera de la vista, los holandeses se mostraban felices de ser liberados y lo demostraban. El sacerdote de la parroquia de Son les regaló puros. Banderas anaranjadas, prohibidas por los alemanes, ondeaban en las ventanas. La gente les regalaba manzanas y otras frutas. Los dueños de los bares abrieron barriles de cerveza y les alcanzaban jarras llenas. Los oficiales tuvieron serias dificultades para conseguir que los hombres continuaran su camino.

Al salir de Son, a menos de un kilómetro del puente, la columna fue recibida con disparos de un cañón alemán de 88 mm y una ametralladora, ambos emplazados en la carretera. Afortunadamente no hubo bajas entre los paracaidistas. La Compañía D se desplegó para cubrir el flanco derecho de la carretera, la Compañía E hizo lo propio en el flanco izquierdo. El avance continuó mientras los hombres disparaban sus fusiles y lanzaban proyectiles de mortero que silenciaron la oposición alemana. Pero los alemanes habían hecho su trabajo, retrasando el avance el tiempo suficiente para completar los preparativos para volar el puente.

Cuando los primeros soldados estadounidenses se hallaban a 25 metros o menos del puente, la estructura voló en pedazos ante sus narices. Se produjo una lluvia de piedras y grandes trozos de madera. Winters, con Nixon a su lado, se lanzó cuerpo a tierra mientras las piedras y las maderas caían a su lado. Winters pensó: «¡Qué manera tan estúpida de morir en combate!».

El coronel Sink ordenó al 2.º Batallón que abriera fuego de protección mientras el 1.º Batallón buscaba alguna forma de cruzar el canal. El cabo Gordon Carson, de la

Compañía E, divisó un par de botes de remos llenos de agua en la otra orilla y decidió pasar inmediatamente a la acción. Se desnudó, corrió hacia el agua y se zambulló de cabeza, nadó hasta la margen opuesta y trajo uno de los botes, que transportó a algunos hombres de la primera escuadra hasta la mitad del canal, donde se hundió. Otros hombres del 1.^{er} Batallón, mucho más prácticos, quitaron las puertas de un granero próximo y, con la ayuda del sargento Lipton y varios hombres de la Compañía E, las colocaron sobre los pilares del puente. La retaguardia alemana, una vez completado su trabajo, se retiró. Los ingenieros que acompañaban al regimiento repararon la pasarela sobre las aguas del canal, pero era tan débil que sólo soportaba el peso de unos pocos hombres a la vez. El batallón tardó horas en cruzar a la otra orilla.

Estaba anocheciendo. Sink recibió información de que la División Blindada de Guardias había sido detenida a pocos kilómetros al sur de Eindhoven por disparos de un cañón de 88 mm, e ignoraba el estado de las defensas alemanas en la ciudad. Dada la situación, ordenó un alto en las acciones por esa noche.

Los jefes de pelotón instalaron puestos de avanzada. Los que no estaban de guardia durmieron en pajares, cobertizos, en cualquier lugar que pudieron encontrar. Los soldados Hoobler y Webster de la 2.^a escuadra, 1.^{er} pelotón, al mando del sargento Rader, encontraron una granja. El granjero holandés los recibió alborozado y les acompañó al granero, ya ocupado por la Compañía del cuartel general del regimiento (su lema era «Ustedes los matan, nosotros los saqueamos»), quienes no recibieron con caras de buenos amigos su presencia. En la cocina, el holandés les dio media docena de potes de vidrio llenos de carne curada, melocotones y cerezas. Hoobler le dio unos cigarrillos y Webster una barra de chocolate. El holandés disfrutó de la primera calada —era la primera vez en cinco años que probaba un cigarrillo decente— pero guardó el chocolate para su hijo menor, que nunca lo había probado. Webster decidió en ese momento que los holandeses le gustaban mucho más que los británicos o los franceses.

La marcha se reanudó por la mañana, con el 2.^o Batallón siguiendo al 1.^{er} Batallón por la carretera en dirección al sur. En las afueras de Eindhoven, una ciudad de 100 000 habitantes que se alzaba abruptamente desde la rica tierra negra, el coronel Sink desplegó su regimiento, enviando al 2.^o Batallón hacia la izquierda, con la Compañía E ocupando el extremo izquierdo. Winters dio la orden por radio: «Teniente Brewer, que salgan los exploradores y en marcha». Brewer desplegó al 1.^{er} pelotón siguiendo la formación del manual, los exploradores al frente, sin amontonarse, moviéndose deprisa. El pelotón avanzó a través de huertos de hortalizas y campos recién arados hacia las casas que marcaban el límite de la ciudad.

Sólo una cosa no estaba bien. Brewer iba al frente, con su estuche de mapas al costado, los binoculares colgados del cuello, demostrando que era un oficial. Peor aún, medía casi dos metros. Gordon pensó que parecía un mariscal de campo pasando revista a las tropas. Era un blanco perfecto.

Winters comenzó a gritar por la radio: «¡Retrocedan, retrocedan!», pero Brewer no podía oírle. Siguió avanzando. Cada hombre de la compañía, cada hombre en el batallón veía lo que iba a pasar sin que nadie pudiese impedirlo.

Se oyó un disparo. Un francotirador había disparado desde una de las casas. Brewer cayó «como un árbol derribado por un leñador experto». La bala le había alcanzado en la garganta justo por debajo de la barbilla. Gordon y otros soldados corrieron hacia él, aunque sus órdenes eran continuar avanzando y dejar que los médicos se encargaran de atender a los heridos. Echaron un vistazo a Brewer, quien sangraba profusamente de la herida.

«Ah, mierda, olvidaos de él —dijo alguien—. Está jodido, morirá en pocos minutos». Los hombres continuaron, dejando a Brewer tendido en tierra.

Brewer lo había oído todo y nunca dejó que aquellos hombres lo olvidaran cuando se recuperó de sus heridas y se reincorporó a la unidad.

Después de aquel incidente sólo hubo una resistencia ligera y esporádica por parte de los alemanes, principalmente a cargo de los francotiradores. El 506.º entró en Eindhoven sin mayores dificultades. Los holandeses salieron a recibirles. Muchos de ellos hablaban inglés.

«¡Estamos encantados de verles! —gritaban—. Nos sentimos felices de que estén aquí! ¡Hace tanto tiempo que los esperábamos...!» Sacaron sillas a la calle, té caliente, leche fresca, manzanas, melocotones y peras. Las banderas y los brazaletes color naranja ocultos durante años adornaban las casas y las mangas de las camisas. Sus aplausos eran ensordecedores; los hombres tenían que gritarse entre ellos para hacerse oír. «Fue la demostración de agradecimiento más sincera que cualquiera de nosotros vería durante la guerra —escribió Webster— y estábamos realmente encantados». A los soldados les costó casi todo el resto del día pasar a través de aquella multitud entusiasta para asegurar los puentes sobre el río Dommel. Pero no importó; los tanques británicos no aparecieron hasta última hora de la tarde. Se detuvieron, organizaron sus cosas y procedieron a preparar el té.

Winters estableció los puestos de avanzada. Los que no estaban de guardia se unieron a la celebración. Posaron para decenas de fotografías, firmaron centenares de autógrafos (algunos firmaban «Monty», otros «Eisenhower»), bebieron varias copas de coñac, comieron maravillosos platos de verduras frescas, ternera asada, compota de manzana y leche. Los civiles seguían congregándose a su alrededor como si fuesen estrellas de cine. Winters aún sacude la cabeza al recordar aquellos momentos: «Fue algo sencillamente increíble».

La Compañía pasó la noche en hoyos de protección cavados aprisa en Tongelre, un suburbio situado al este de Eindhoven. En la mañana del 19 de septiembre, Winters recibió órdenes de marchar hacia el este, a Helmond, a fin de ampliar la sección de Eindhoven del corredor y establecer contacto con el enemigo. Un escuadrón de tanques Cromwell del Regimiento de Húsares acompañó a la Compañía E. Algunos de los hombres viajaban en la parte trasera de los tanques. «Los carros de combate —escribió Webster— ladraron, farfullaron, chirriaron y resonaron como en ellos era habitual cuando abandonamos la ciudad».

Winters encabezó una marcha forzada hasta Nuenen, a una distancia de 5 kilómetros, sin encontrar oposición del enemigo pero sí nuevamente a jubilosos holandeses que les ofrecían comida y vino. Webster señaló que éste era el pueblo donde había nacido Vincent Van Gogh. «¿Y quién coño es ese?», preguntó Rader.

Pero más allá de Nuenen, el paseo campestre acabó. Los alemanes se habían recuperado de su sorpresa inicial y comenzaban a montar los primeros contraataques. «¡Tanques alemanes! ¡Tanques alemanes!», escuchó Webster que gritaba el soldado Matthews.

«¡Oh, Dios mío!», pensó Webster, mientras él y otros saltaban de los Cromwell para lanzarse de cabeza en las cunetas. A menos de 400 metros del primer tanque británico, el primer blindado de una columna de tanques alemanes «se escurrió a través de los arbustos como una bestia maligna».

La 107 Brigada Panzer, estacionada en Helmond, estaba atacando por el oeste, en dirección a Nuenen, con una fuerza de aproximadamente cincuenta tanques, «más de los que habíamos visto nunca juntos», recordó Winters. El sargento Martin vio un tanque alemán casi oculto tras una línea de setos a unos 100 metros. Un tanque británico se acercaba a la zona. Martin corrió hacia el blindado, subió a él y le dijo al jefe de carro que había un tanque alemán justo un poco más adelante y hacia la derecha. El tanque continuó su avance. Martin advirtió al jefe de carro que si continuaba por ese camino el tanque alemán no tardaría en descubrirlo.

—No puedo verlo, muchacho —contestó el jefe de carro con un inconfundible acento británico— y si no puedo verlo, tampoco puedo dispararle.

—Lo verá jodidamente pronto —gritó Martin mientras saltaba del tanque y se alejaba a toda velocidad.

El tanque alemán abrió fuego. El proyectil perforó el blindaje del tanque inglés. El blindado estalló en llamas. La tripulación abandonó el tanque por la escotilla. El artillero fue el último en hacerlo; había perdido las dos piernas. El carro, ahora un infierno en llamas, continuó avanzando sin que nadie lo dirigiera, obligando a Bull Randleman a moverse en dirección al enemigo para evitarlo. En ese momento se acercó un segundo tanque británico. También fue alcanzado por un proyectil del

alemán. En total cuatro tanques británicos cayeron en la trampa del devastador cañón de 88 mm del blindado alemán. Los dos tanques restantes no lo dudaron: dieron media vuelta y regresaron a toda prisa a Nuenen. La Compañía E se replegó con ellos.

El sargento Rogers estaba herido. Sangraba mucho por la herida. «Parece que te han hecho un pequeño agujero, ¿verdad, Paul?», le dijo Lipton. «Rogers lanzó una retahila de insultos que duró un minuto —recordó Lipton—. Algo absolutamente inusual en él».

El teniente Buck Compton recibió un disparo en el trasero. El médico Eugene Roe acudió en ayuda de Compton. Malarkey, el soldado raso Ed Heffron y otro par de hombres se acercaron a echar una mano.

Cuando Heffron se agachaba para ayudarlo, Compton levantó la vista y se quejó amargamente: «Ella siempre me dijo que mi gran culo se interpondría en el camino».

Luego miró a los cinco hombres que se habían reunido a su alrededor. «Largaos de aquí —ordenó Compton—. Dejad que los alemanes se hagan cargo de mí».

Era un tío tan grande, y el fuego era tan intenso en ese momento, que los paracaidistas sintieron la tentación de hacer lo que Compton les había ordenado. Pero Malarkey, Guarnere y Joe Toye quitaron una de las puertas de un edificio anexo de una granja y acostaron a Compton boca abajo sobre ella. Luego le arrastraron por la cuneta hasta uno de los tanques británicos en retirada y lo subieron a la parte posterior.

—Si pudiese bajar de este jodido tanque, os mataría a todos —gruñó Compton.

Otros hombres se unieron a Compton en la parte posterior de los tanques que se replegaban. Strohl y Gordon, que habían permanecido en uno de los flancos, Strohl con un mortero y Gordon con una ametralladora, tuvieron que correr a campo traviesa para unirse a los hombres que se retiraban. El peso de sus armas les impedía moverse con celeridad. Las balas levantaban pequeñas montañas de tierra a sus pies. Entre ellos y la carretera se alzaba una valla de madera de casi un metro de altura. «Saltamos por encima de aquella valla como si fuésemos dos caballos», dijo Strohl. A salvo ya en el otro lado, hicieron un alto para recuperar el aliento.

—Eso es algo que nunca volveremos a hacer —dijo Strohl.

—No creo que hayamos sido capaces de hacerlo esta primera vez —contestó Gordon.

Reanudaron la lenta carrera hacia los tanques, llegaron a ellos y Gordon subió a la parte posterior de uno de los blindados. Pero Strohl estaba exhausto. Extendió la mano y Gordon la cogió justo cuando Strohl se desmayaba. Entonces lo subió a bordo del tanque y le puso a cubierto.

Randleman, que había estado con el grupo de vanguardia, recibió un disparo en el hombro y quedó separado de su escuadra. Se refugió en un granero. Un soldado

alemán llegó corriendo tras él. Randleman recibió al enemigo con la bayoneta, consiguió acabar con él y lo cubrió con heno. Luego se ocultó.

Una vez en la ciudad, los hombres encontraron refugio en edificios que utilizaron como base de operaciones para moverse por los alrededores y organizarse para devolver el fuego del enemigo. La Compañía E se las arregló para contener a los alemanes pero fue incapaz de obligarlos a retroceder. El sargento Chuck Grant resultó herido, entre muchos otros. El soldado Robert Van Klinken murió al ser alcanzado por una ráfaga de ametralladora cuando intentaba correr hacia adelante con un bazooka. James Miller, un soldado de reemplazo de diecinueve años, murió cuando una granada de mano estalló a la altura de sus riñones.

El soldado Ray Cobb estaba aterrorizado. Webster escuchó al sargento Martin que le confortaba como «una madre que le habla a un niño que ha tenido una pesadilla: "No pasa nada, Cobb, no te preocupes, no volveremos allí. Tranquilízate, Cobb, debes tomarte las cosas con calma"».

Martin se acercó a uno de los Cromwell que estaba escondido detrás de un edificio. Señaló el campanario de la iglesia y le pidió al jefe del blindado que lo volase porque los alemanes lo utilizaban como puesto de observación.

—Lo siento mucho, amigo, pero no podemos hacerlo —contestó el británico—. Tenemos órdenes de no destruir demasiadas propiedades. Es un país amigo, ya sabes.

Los alemanes seguían presionando. Su objetivo era atravesar la carretera que unía Eindhoven con Nimega —«La Carretera del Infierno», como la había bautizado la 101— y cortarla. Pero no podían cruzar Nuenen.

Winters había decidido que se retirarían aprovechando la oscuridad, pero antes de abandonar su posición quería un prisionero para interrogarlo. Solicitó voluntarios para una patrulla. Nadie se presentó.

—Sargento Toye —llamó.

—Sí, señor, aquí estoy.

—Necesito dos voluntarios.

Toye escogió al cabo James Campbell y uno de los soldados rasos y se marcharon. Mientras se dirigían hacia un bosque cercano caminaban sobre cadáveres británicos y estadounidenses. Un soldado alemán abrió fuego contra ellos. Toye les dijo a sus hombres que no se movieran. Se arrastró hacia los árboles, dio un rodeo alrededor del soldado alemán, se acercó a él por detrás y le apoyó la punta de la bayoneta en la espalda. El soldado no le dio a Toye ningún problema. Empujando al alemán delante de él, Toye regresó del bosque y entregó al prisionero.

La compañía se replegó hacia Tongelre. Winters advirtió que los holandeses que los habían recibido jubilosamente por la mañana, ofreciéndoles comida, vino y jarras de cerveza, ahora estaban cerrando las persianas, quitando las banderas anaranjadas y mostrando una expresión triste y deprimida, ya que esperaban que los alemanes

volvieron a ocupar Eindhoven. «Nosotros también nos sentíamos fatal —señaló Winters—. Volvíamos cojeando a la ciudad».

Después de hacer que sus hombres se instalaran y comieran algo, Winters se dirigió al cuartel general del batallón. Encontró al teniente coronel Strayer y a su estado mayor riendo a carcajadas, disfrutando de una excelente cena y de muy buen humor. Strayer vio a Winters, se volvió, y con una gran sonrisa le preguntó: «¿Cómo han ido hoy las cosas, Winters?».

Con los labios apretados, Winters contestó: «Hoy he tenido quince bajas y, además, los boches nos han dado una soberana paliza, señor». La conversación en la habitación se interrumpió de golpe.

Aquel día la Compañía E tuvo un merecido respiro. Los hombres durmieron en Tongelre, en lugar de tener que soportar una misión de bombardeo aéreo a cargo de setenta aviones de la Luftwaffe sobre la columna de suministros británica en Eindhoven. Como los Aliados no disponían de baterías antiaéreas en la ciudad, los alemanes pudieron lanzar brillantes bengalas marcadoras y luego realizar una pasada tras otra para dejar caer sus bombas. La ciudad quedó gravemente dañada. Más de 800 habitantes resultaron heridos y 227 murieron.

A la mañana siguiente, Strayer trasladó a sus otras dos compañías a Nuenen. Encontraron al sargento Randleman protegiendo el fuerte. Los tanques alemanes se habían marchado hacia el noroeste, en dirección a Son. La Compañía E estableció cerradas defensas alrededor de Eindhoven y permaneció allí dos días.

En la mañana del 22 de septiembre, Winters recibió órdenes de montar a sus hombres en camiones. El 506.º Regimiento se trasladaba a Uden, en la Carretera del Infierno, para defender la ciudad contra un ataque de los blindados alemanes que la resistencia holandesa había informado que procedía de Helmond. La Compañía del cuartel general del regimiento, con el teniente coronel Charles Chase (el segundo comandante del Regimiento 506.º al mando, y acompañada de la Compañía E y tres tanques británicos irían como grupo de avanzada. Sólo había camiones suficientes para transportar a los aproximadamente 100 hombres de la Compañía del cuartel general más un pelotón de la E. Winters, el teniente Welsh y el capitán Nixon se unieron al convoy.

La larga caravana de camiones atravesó Veghel y llegó a Uden sin encontrar resistencia. Una vez allí, Winters y Nixon subieron a la torre de la iglesia para echar un vistazo. Cuando llegaron al campanario, lo primero que vieron fue un grupo de tanques alemanes que cortaban la carretera entre Veghel y Uden. Luego, Winters divisó una patrulla que se aproximaba a Uden. Corrió escaleras abajo, reunió al pelotón y dijo:

—Muchachos, no hay nada por lo que preocuparse. La situación es normal;

estamos rodeados.

Organizó un ataque, el pelotón salió para enfrentarse a la patrulla alemana y la atacó duramente, obligando a que retrocediera. El coronel Chase le dijo a Winters que montara una línea de defensa. Entonces la Compañía E, con la ayuda de la Compañía del cuartel general, colocó barricadas en todas las carreteras que llevaban a Uden.

Winters le dijo al sargento Lipton que reuniese a todos los hombres que pudiera encontrar, no importaba de qué unidades, y los desplegara en la línea de defensa. Lipton vio a dos soldados británicos que caminaban por los alrededores. Enlazó a uno de ellos por el hombro y ordenó:

—Vosotros dos, venid conmigo.

El hombre miró a Lipton de arriba abajo sin perder la calma y dijo

—Sargento, ¿es así cómo se dirigen a los oficiales en el ejército estadounidense?

Lipton les miró mejor y comprobó que en su uniforme de combate había una insignia de mayor.

—No, señor —dijo tartamudeando—. Lo siento.

El mayor sonrió ligeramente antes de continuar su camino.

Los alemanes no insistieron en su ofensiva. Si hubieran sabido que Uden estaba protegida por menos de 130 hombres y sólo tres tanques, no hay ninguna duda de que hubiesen arrasado la ciudad, pero evidentemente el rápido contraataque de Winters y sus hombres contra la patrulla de avanzada pareció convencerlos de que Uden contaba con una fuerte línea de defensa. Cualquiera que haya sido la razón, los alemanes decidieron cambiar la dirección de su ataque de Uden a Veghel.

Winters y Nixon volvieron a subir al campanario de la iglesia. Desde aquel mirador natural tenían una clara visión de Veghel, a unos 6 kilómetros al sur. «Era fascinante —recordó Winters— estar instalado detrás de las líneas alemanas, viendo cómo se acercaban los tanques a Veghel, los aviones bombardeando intensamente la ciudad, un terrible intercambio de potencia de fuego». Los miembros de la Compañía E que estaban en Veghel lo recuerdan como un auténtico infierno, el bombardeo más intenso que jamás habían sufrido.

Fue una batalla desesperada, la más grande que las fuerzas del 506.º Regimiento habían librado hasta aquel momento. También fue crítica. «El hecho de que el enemigo cortase la carretera no significó simplemente que estaba cruzando un trecho de asfalto —señala la historia de la división—. Aquella carretera estaba cargada con vehículos británicos de todo tipo. Cortar la carretera significó fuego y destrucción para los vehículos que quedaron atrapados. Originó un atasco monumental en la carretera en toda su longitud con vehículos que, de pronto, ya no tenían a dónde ir. Para los hombres que se encontraban en Nimega y Arnhem, cortar la carretera fue como cercenar una arteria. El flujo de vida —alimentos, municiones, suministros médicos— ya no llegaba al norte». [19]

Webster estaba en Veghel. Cuando la artillería alemana comenzó a bombardear la ciudad, buscó refugio en un sótano junto con media docena de hombres de la Compañía E, además de algunos civiles holandeses. «Era una atmósfera realmente deprimente —escribió— oír los lamentos de los civiles, sus himnos y plegarias».

El soldado Don Hoobler estaba con la 3.^a escuadra, 1.^{er} pelotón, escondido detrás de una puerta. Decidió divertirse con el soldado Farris Rice, de modo que silbó imitando la llegada de un proyectil. Rice se arrojó de bruces a tierra. Eso hizo que Hoobler se partiera de risa:

—¡Ja! Ja! Ja! Chico, te lo has creído!

—¡Maldito seas, Hoobler, eso no se le hace a un compañero, cabrón!

¡BOOOOOM! En ese momento estalló un proyectil de verdad. A Hoobler se le borró la risa de la cara.

El coronel Sink llegó a toda velocidad en un jeep, saltó del vehículo casi en marcha y comenzó a gritar órdenes a diestro y siniestro. Hizo que los hombres de las compañías E, D y F establecieran un perímetro defensivo con órdenes expresas de dispararle a cualquier cosa que se moviera.

Webster y los demás salieron del sótano y se dirigieron a un huerto cercano. Webster y el soldado Don Wiseman cavaron frenéticamente un pozo de tirador de 60 cm de ancho, 180 cm de largo y 120 cm de profundidad. Querían que fuese más profundo pero encontraron una capa de agua.

Estar sentado bajo un intenso fuego de artillería es una experiencia terrible, es la situación de combate en su expresión más extrema. Los proyectiles llegaban en andanadas de tres. «Wiseman y yo estábamos acurrucados en nuestras esquinas y maldecíamos todo el tiempo. Cada vez que oíamos la llegada de un proyectil, cerrábamos los ojos y metíamos la cabeza entre las piernas. Cada vez que los proyectiles estallaban lejos de nosotros, alzábamos las cabezas y sonreíamos.

»Me sentía enfermo por dentro. Dije que daría un pie por salir de aquel maldito lugar. Podíamos oler la pólvora mientras una nube rancia envolvía nuestro pozo de tirador. Un horrible trozo de acero caliente de unos 2 centímetros cuadrados aterrizó en el regazo de Wiseman.

»Tres más. Y luego otros tres, y tres más. —Sonrió.— No es extraño que los hombres sufran fatiga de combate». Más adelante, Webster escribió en una carta a sus padres: «La artillería mata la alegría de vivir».

Las cosas se calmaron lo suficiente como para permitir que los tíos de suministros repartieran algunas raciones británicas. Webster le gritó a Hoobler que le lanzara una lata. Éste estaba sentado a ras de suelo, riendo y haciendo bromas, disfrutando de una comida campestre con otros cuatro o cinco hombres.

—Ven a buscarla —gritó a su vez—. Los 88 se están tomando un respiro.

En ese momento oyeron la llegada de un proyectil del 88. Hoobler saltó dentro

del hoyo con sus compañeros apilados encima de él.

Los hombres pasaron la noche metidos en sus agujeros húmedos. Caía una fina llovizna y el aire era helado. Estaban sentados con las cabezas apoyadas en las rodillas, con las capas impermeables sobre los hombros y durmiendo lo mejor que podían dadas las circunstancias.

En Uden, entre tanto, Winters y Nixon perdieron sus asientos de primera fila. Un francotirador alemán descubrió su presencia en el campanario de la iglesia y comenzó a dispararles. Alcanzó a la campana. El estridente sonido y la sorpresa enviaron a los dos oficiales escaleras abajo a toda velocidad. «No creo que nuestros pies tocan los peldaños más de dos o tres veces», declaró Winters.

Estableció su puesto de mando en una tienda que se alzaba en un cruce de calles en el extremo sur del pueblo. Los propietarios, la familia Van Oer, que vivía en la casa, les dieron la bienvenida y luego se dirigieron al sótano. Winters hizo que sus hombres moviesen los muebles y las alfombras de sitio y luego trajo las ametralladoras y las municiones, cócteles Molotov y explosivos, y se prepararon para la defensa. Su plan era que si los alemanes llegaban con tanques, les lanzarían cócteles Molotov y cargas de compuesto C desde las ventanas del segundo piso. El más puro estilo ruso de defensa antitanque.

Una vez establecida esa posición defensiva, Winters se dirigió al otro extremo del pueblo, la esquina noroeste. En el lado izquierdo de la carretera que llegaba al pueblo se alzaba una mansión, con una taberna en el otro lado. Winters le dijo a Welsh que colocara una barricada entre ambos edificios, apoyada por uno de los tanques británicos. También le indicó que quería que estableciera su puesto de mando en la mansión.

Winters inspeccionó el resto de las barricadas levantadas por sus hombres y a las 22:00 horas regresó a la zona noroeste del pueblo para echar una última mirada. El tanque británico estaba en posición, pero no había ningún soldado en su interior y tampoco en los alrededores. Tampoco había ningún hombre de la Compañía E en la barricada. Visiblemente preocupado, Winters corrió hacia la mansión y llamó a la puerta varias veces. Le atendió una criada. La muchacha no hablaba inglés y él no hablaba holandés, pero de alguna manera ella consiguió entender que quería ver «a los soldados». Le acompañó por un corredor y abrió una puerta que daba a un gran salón lujosamente amueblado.

«Lo que vieron mis ojos me dejó sin palabras —recordó Winters—. Sentada en el suelo, delante de un gran fuego que crepitaba en la chimenea, había una bella muchacha holandesa que compartía una cena compuesta de huevos y jamón con un teniente británico». La muchacha sonrió al ver a Winters. El teniente se volvió y preguntó: «¿Mi tanque sigue allí fuera?». Winters estalló. El teniente abandonó la casa.

Winters regresó a la calle en busca de Welsh y sus hombres. «¿Dónde está Harry?» Miró hacia la taberna al otro lado de la calle y la pregunta se contestó sola. Entró en la taberna y encontró a Welsh y sus hombres en la barra.

«Harry y yo discutimos la situación —fue la forma elegante en que Winters lo explicó—. Satisfecho de contar con una barricada montada y protegida, y de que podía dormir tranquilo sin preocuparme de que los alemanes entrasen en el pueblo, me marché».

En Veghel, los alemanes continuaron atacando durante toda la noche y la mañana siguiente. Los aviones y tanques británicos consiguieron rechazarlos finalmente y obligarlos a retroceder. El 506.º reanudó su avance, llegando a Uden en la tarde del 24 de septiembre. Los hombres de la Compañía E, que habían quedado atrapados en Veghel, supusieron que la pequeña fuerza aislada en Uden había sido aniquilada por el enemigo; y los hombres que estaban en Uden imaginaron igualmente que el resto de la compañía que había quedado en Veghel habría sido aplastado por los alemanes. Cuando las dos partes se reagruparon y comprobaron que toda la compañía había conseguido salir con vida de la batalla, la alegría fue enorme.

La compañía se preparó para pasar la noche en Uden. Los hombres que habían permanecido en el pueblo mostraron su incredulidad cuando sus compañeros que habían soportado el terrible bombardeo de Veghel les contaron que habían cavado pozos de tirador de un metro de profundidad; ellos apenas si habían cavado veinte centímetros. Los oficiales se alojaron en las casas particulares de Uden. El teniente Peacock del 1.º pelotón se acercó al pozo de tirador de Webster y le dijo que le acompañara. Webster salió del agujero y ambos se dirigieron al alojamiento de Peacock en la planta superior de una tienda de licores situada en la plaza del pueblo.

—Coge esa escoba y limpia bien esta habitación —le ordenó Peacock.

—Sí, señor —contestó Webster, pensando qué clase de hombre era aquel.

Decidió entonces que «prefería mil veces morir de hambre como un vagabundo en la vida civil que ser soldado raso en el ejército».

Los alemanes habían perdido Uden y Veghel, pero no se habían rendido, ni mucho menos. En la tarde del 24 de septiembre atacaron la «Carretera del Infierno» desde el oeste, al sur de Veghel, y se las arreglaron para poder instalar un saliente a través del pueblo. Con ello, la carretera había quedado cortada una vez más.

Había que volver a abrirla. Aunque el objetivo estratégico de la Operación Market-Garden ya se había perdido (el 20 de septiembre los alemanes habían vuelto a tomar el puente en Arnhem al batallón de la 1.^a División Aerotransportada británica

al mando del coronel John Frost, y toda la división se había visto obligada a replegarse, mientras que la División Blindada de Guardias había sido frenada el 22 de septiembre a unos 5 kilómetros al sur de Arnhem), seguía siendo vital que la carretera permaneciera abierta. Decenas de miles de soldados aliados dependían de esa carretera para sus suministros. Las unidades estacionadas al norte de Veghel incluían a la 101 estadounidense en Uden y la 82 en Nimega, la 1.^a División Aerotransportada británica al norte del Bajo Rin, cerca de Arnhem, la División Blindada de Guardias y la 43.^a División de Wessex, el regimiento de paracaidistas polaco, y los regimientos 4.^o de Dorset y 2.^o de Caballería Household británicos, todos estacionados entre Nimega y Arnhem. Si la 101 no era capaz de recuperar el control de la carretera y mantenerla abierta, lo que ya constituía una grave derrota se convertiría en un terrible desastre de proporciones catastróficas.

El general Taylor ordenó al coronel Sink que eliminara el saliente alemán al sur de Veghel. A las 03:00 horas del 25 de septiembre, Sink ordenó a sus batallones que se prepararan para salir. A las 04:45 horas, los hombres del 506.^o iniciaron la marcha, bajo una intensa lluvia, desde el sur de Uden en dirección a Veghel. El orden de marcha era el 1.^{er} Batallón a la derecha, el 3.^{er} Batallón a la izquierda y el 2.^o Batallón en la reserva. Aproximadamente a las 07:00 horas, los agotados efectivos atravesaron Veghel. A las 08:30 horas, el 1.^{er} y 3.^{er} batallones comenzaron el ataque contra el saliente. Al principio el avance progresó sin mayores dificultades, pero pronto el fuego de la artillería alemana y de mortero se intensificó. Los tanques alemanes, flamantes King Tiger provistos de cañones de 88 mm, colocados en la carretera, añadieron el fuego de sus ametralladoras a la lluvia de plomo que caía sobre los Aliados. Estaban apoyados por el 6.^o Regimiento de Paracaidistas del coronel Von der Heydte, el antiguo Némesis de la Compañía E en Ste. Marie-du-Mont y Carentan. La concentración de fuego en el estrecho frente era devastadora. Al mediodía, los batallones se vieron obligados a detenerse y atrincherarse.

Sink le ordenó al teniente coronel Strayer que el 22.^o Batallón realizara un movimiento envolvente por el flanco izquierdo. Estaría apoyado por tanques Sherman británicos. A lo largo del lado izquierdo (este) de la carretera había un bosque de pinos jóvenes que serviría de pantalla al movimiento del batallón. La Compañía E abría la marcha del batallón.

El primer ataque de la Compañía E en territorio holandés había sido hacia el sur, en dirección a Son y luego a Eindhoven. El segundo había sido hacia el este, en dirección a Nuenen. El tercero había sido hacia el norte, sobre Uden. Ahora atacaría en dirección oeste, completando de este modo los cuatro puntos de la brújula. Así es cómo luchan las tropas que están rodeadas. Así era como las compañías aerotransportadas habían sido entrenadas para combatir.

Nixon se unió a Winters para explorar el terreno. Encontraron un camino que discurría por el borde del bosque y que era sólido y firme, apto para el movimiento de los tanques. Hasta allí todo estaba bien, pero el bosque acababa a unos 350 metros de la carretera y luego se extendía una zona de campo abierto que no ofrecía absolutamente ninguna protección para el asalto final.

Winters hizo formar a la compañía: los exploradores al frente, dos columnas de hombres bien desplegadas, nada de amontonamiento. Habían cubierto la mitad del camino cuando los alemanes abrieron fuego con sus ametralladoras. Todo el mundo se echó cuerpo a tierra.

Guarnere y Malarkey respondieron con su mortero de 60 mm. Guarnere marcaba la distancia y la dirección y Malarkey operaba el mortero. Era el único hombre de la compañía que no estaba aplastado contra el suelo. Su primer disparo destruyó uno de los nidos de ametralladora enemigos.

Winters no dejaba de gritar órdenes. Quería que las ametralladoras abrieran fuego contra las posiciones alemanas. Los servidores de las ametralladoras encontraron una pequeña depresión en el terreno y montaron sus armas. Luego comenzaron a fijar una base de fuego. Winters descubrió a uno de los tanques King Tiger desenfocado al otro lado de la carretera y les dijo a los ametralladores que disparasen sobre él.

Al volverse hacia la derecha, Winters vio que Nixon estaba examinando su casco con una amplia sonrisa en el rostro. Una bala de la primera ráfaga disparada por la ametralladora alemana había penetrado por la parte frontal del casco y había salido por un costado, describiendo un ángulo que sólo le había dejado una pequeña quemadura en la frente. El proyectil ni siquiera había abierto la piel.

El fuego alemán era demasiado intenso; Winters decidió llevar a la compañía de regreso al bosque. El plan consistiría en mantener la base de fuego de las ametralladoras mientras los fusileros retrocedían a través de terreno abierto; cuando los fusileros llegasen a los árboles comenzarían a disparar para permitir que los servidores de las ametralladoras pudiesen llegar hasta el bosque.

Cuando Lipton se reunió con Winters, en el borde del bosque, éste le dijo: «Ellos [los ametralladores] necesitarán más munición. Consíguelos un poco». Lipton corrió hacia uno de los tanques Sherman (todos los tanques estaban detrás del bosque, fuera de la vista de los alemanes, para disgusto de los hombres de la Compañía E). Los Sherman utilizaban ametralladoras del calibre 30, las mismas que tenían en la E. Lipton consiguió cuatro cajas de municiones de los británicos. Le dio dos al sargento Talbert y él se quedó las otras dos. Ambos corrieron hacia las ametralladoras que estaban instaladas en medio del campo, disparando sin cesar, dejaron las cajas, dieron media vuelta y regresaron a la carrera al bosque. «Los alemanes eran unos tiradores muy malos —recordó Lipton—. Ambos conseguimos llegar a los árboles».

Justo cuando las tropas de paracaidistas comenzaban a lanzar proyectiles de

mortero contra las posiciones de las ametralladoras, los fusileros de la Compañía E entraron en acción y los servidores de las ametralladoras pudieron retroceder sin sufrir bajas.

Winters corrió hacia los tanques. Subió a la torreta para «hablar frente a frente con el comandante». Le dijo que había un King Tiger atrincherado en el extremo más alejado de la carretera. «Si sube con su tanque por detrás del terraplén en el borde del bosque, usted estará en posición de disparar sobre ese jodido tanque alemán». Cuando Winters saltó a tierra, ese tanque y el que estaba a su izquierda se pusieron en marcha y enfilaron hacia la hilera de pinos jóvenes, derribándolos.

Cuando el primer tanque llegó al borde más alejado del bosque, giró a la izquierda para disponer de una buena línea de tiro sobre el King Tiger. ¡Buuuum! El King Tiger lo había alcanzado con un proyectil de 88 mm. El disparo alcanzó al Sherman en el cañón y rebotó en el casco blindado. Evidentemente, el jefe de carro alemán había disparado a ciegas apuntando hacia las copas de los pinos que eran derribados.

El comandante británico metió la marcha atrás, pero antes de que pudiese retroceder, el King Tiger lo alcanzó justo en la torreta. El proyectil atravesó el blindaje del tanque. El comandante perdió ambas manos. Intentó arrastrarse con los brazos a través de la escotilla pero sus propias municiones empezaron a explotar. El estallido lo mató instantáneamente y arrojó el cuerpo fuera del tanque. El resto de la tripulación murió en el interior del blindado. El tanque continuó ardiendo durante toda la tarde y buena parte de la noche, mientras sus municiones seguían explotando esporádicamente.

El King Tiger hizo girar su 88 hacia el segundo tanque británico y lo destruyó con un solo disparo.

La Compañía E pasó el resto del día, y toda la noche, bajo una persistente y fría lluvia, barriendo la carretera con fuego de mortero. La Compañía del cuartel general trajo varios morteros de 81 mm para aumentar la potencia de fuego. La artillería de Veghel también se sumó al fuego defensivo, aunque con muchas precauciones, porque algunos elementos del 502.º Regimiento de Infantería Paracaidista estaban atacando el saliente desde el sur.

Para la compañía fue una noche larga, miserable y peligrosa, pero el oficial de inteligencia del batallón, el capitán Nixon, disfrutó de una encantadora velada. Encontró una botella de aguardiente en alguna parte y se la bebió toda él solo. Sabía que tenía la excusa perfecta: su salvación milagrosa aquella tarde cuando la bala le atravesó el casco. Con una terrible borrachera, se pasó la noche entera cantando y riendo hasta que perdió el conocimiento.

En las primeras horas del 26 de septiembre, los alemanes se retiraron del saliente.

Al amanecer, el 506.º Regimiento avanzó por la carretera sin oposición alguna. Una vez más, los paracaidistas estadounidenses habían ocupado el terreno después de un feroz combate con los paracaidistas alemanes.

Aquella tarde, bajo la lluvia, el regimiento marchó de regreso a Uden. La Compañía E llegó después de que hubiese oscurecido, completamente agotados. A la tarde siguiente los hombres recibieron las primeras cartas desde que abandonaran Inglaterra diez días antes. Este hecho contribuyó a fortalecer la idea de que, al menos para los estadounidenses, la campaña de Holanda había terminado.

Pero esa suposición demostró ser errónea, aunque era verdad que la fase ofensiva de la campaña había concluido. Y fracasado.

Para la Compañía E, lo mismo que para la 101, la 82 y las tropas blindadas y de infantería británicas implicadas en la Operación Market-Garden, había sido una experiencia desalentadora. Para la 1.ª División Aerotransportada británica había sido un auténtico desastre. Habían aterrizado en el lado norte del Bajo Rin el 17 de septiembre con 10 005 hombres. Fueron evacuados el 26 de septiembre cuando sólo quedaban 2163 efectivos. Casi 8000 hombres habían resultado muertos, heridos o habían caído prisioneros de los alemanes. No sólo no se había conseguido ningún beneficio estratégico o táctico que compensara esas pérdidas, sino que ahora los Aliados tenían un saliente que no conducía a ninguna parte que tenía que ser defendido. Era un dedo muy fino que apuntaba hacia las líneas germanas, rodeado por tres lados por una fuerza alemana claramente superior y que, además, dependía por completo de la vulnerable «Carretera del Infierno» como único corredor para recibir suministros.

Diez días antes, la euforia en el campo aliado había sido muy elevada. Una operación más y la guerra habría terminado, esa era la sensación dominante. Los alemanes habían estado en retirada desde la invasión de Normandía, desde principios de agosto hasta mediados de septiembre. Se había dado por sentado que la cohesión de sus unidades era papel mojado, que sus blindados eran inexistentes, que se les habían acabado las municiones y que su moral estaba por los suelos. Todos esos supuestos demostraron ser uno de los grandes fallos del servicio de inteligencia durante la guerra.

De hecho, hacia mediados de septiembre los alemanes estaban en situación de rechazar a los Aliados, lo que llegó a conocerse como el Milagro de Occidente. Consiguieron reagrupar sus unidades, las aprovisionaron y nutrieron sus dotaciones, trajeron soldados de reemplazo y establecieron una línea defensiva coherente. Eisenhower aprendió de aquella experiencia; en marzo de 1945 le escribió una carta a su esposa en la que decía: «Nunca cuento a mis alemanes hasta que están en nuestras

jaulas, o enterrados». [20]

Market-Garden era una operación de alto riesgo que fracasó. Se llevó a cabo a expensas de otras dos ofensivas posibles que tuvieron que posponerse porque Eisenhower desvió suministros a la Operación Market-Garden. La primera de ellas fue el ataque de las fuerzas canadienses en los alrededores de Amberes, el mayor puerto de Europa y un punto esencial para el apoyo de cualquier ofensiva aliada a través del Rin. En este caso, Amberes no estuvo abierto y operativo hasta finales de 1944, lo cual significó en términos prácticos que durante los meses de otoño la Fuerza Expedicionaria Aliada tuvo que luchar con suministros inadecuados. La segunda ofensiva aplazada fue la del Tercer Ejército de Patton, desplegado al sur de las Ardenas. Patton pensaba que si él hubiese recibido los suministros que Monty consiguió para la Operación Market-Garden, podría haber cruzado el Rin aquel otoño y dispuesto de un corredor directo, abierto y sin oposición hasta Berlín. Parece dudoso, pero nunca lo sabremos porque jamás se intentó.

Hasta el final de su vida, Eisenhower seguía insistiendo en que Market-Garden fue un riesgo que debía asumirse. Durante mis entrevistas con él, celebradas entre 1964 y 1969, discutimos aquella operación innumerables veces. Y él siempre llegaba a la misma conclusión: la primera regla en la persecución de un enemigo derrotado es mantenerse tras él, sin perder el contacto, explotando todas y cada una de las oportunidades. La aproximación a Alemania por el norte era la más corta, sobre un terreno muy apto para las operaciones ofensivas (una vez que se hubiese cruzado el Rin). Eisenhower pensaba que, considerando lo cerca que se había estado de que la Operación Market-Garden tuviese éxito, hubiera sido criminal por su parte no haberlo intentado.

Yo estuve de acuerdo con su análisis hasta que me decidí a abordar este estudio de la Compañía E. Ahora, lo dudo. La Compañía E era tan buena como cualquier compañía de la Fuerza Expedicionaria Aliada. Había conseguido victorias espectaculares en Normandía. Su moral era muy alta, la situación de su equipo era buena cuando se lanzaron sobre Holanda. Estaba compuesta por una equilibrada y eficaz mezcla de veteranos y reclutas, zorros viejos y sangre fresca. Sus oficiales eran hombres experimentados y decididos, además de ser valerosos. Los suboficiales eran excelentes.

A pesar de todo ello, en los primeros diez días en Holanda, como se lo hizo saber Winters a Strayer la noche del ataque en Nuenen, recibieron una soberana paliza. Fracasaron en su intento de capturar el puente en Son, no consiguieron atravesar Nuenen en su camino hacia Helmond y por primera vez sus hombres se vieron obligados a retroceder; por último fracasaron en su ataque a Uden y también en su ataque inicial al saliente alemán al sur de Veghel.

Las causas de estos fracasos fueron muchas y variadas. La primera y más crítica,

en todos los casos la oposición alemana superó a la Compañía E en potencia de fuego y número de efectivos. Las tropas aerotransportadas no disponían de la artillería o los efectivos necesarios para lanzar un ataque exitoso contra los blindados alemanes. Segundo, se trataba de tropas alemanas excelentes, incluyendo a su regimiento de paracaidista de élite. No superaban en combate a los hombres de la Compañía E pero luchaban tan bien como los estadounidenses. Tercero, la coordinación entre los tanquistas británicos y la infantería estadounidense era muy pobre. La Compañía E y la División Blindada de Guardias nunca habían entrenado juntas. Esta carencia golpeó duramente a la Compañía E en Nuenen, en Uden y nuevamente al sur de Veghel. En Brécourt Manor y en Carentan, en Normandía, la Compañía E había trabajado con una notable eficacia con los tanques estadounidenses. En Holanda, en cambio, su trabajo con los tanques británicos fue lamentable.

A una escala mayor, el problema con la Operación Market-Garden fue que se trataba de una ofensiva sobre un frente demasiado estrecho. El avance sobre el Rin era vulnerable a los ataques a los flancos. Los alemanes advirtieron esa vulnerabilidad y se aprovecharon de ella con furiosos contraataques a lo largo de toda la línea defensiva y golpeando a las fuerzas aliadas desde todas partes.

Retrospectivamente, la idea de que una fuerza compuesta por varias divisiones, integradas por fuerzas norteamericanas, británicas y polacas, podía ser abastecida por una sola carretera sólo podría haber sido aceptada por unos jefes que pecaban de exceso de confianza. La E fue una de las cerca de 150 compañías que pagaron el precio de ese exceso de confianza. El 17 de septiembre saltó sobre territorio holandés con 154 hombres entre oficiales, suboficiales y soldados rasos. Diez días más tarde, la cifra se había reducido a 132.

«La isla» Holanda

2 de octubre - 25 de noviembre, 1944

LA COMPAÑÍA E, COMO TODAS LAS UNIDADES en las divisiones aerotransportadas estadounidenses, había sido entrenada como una unidad de infantería ligera de asalto, con el énfasis puesto en el movimiento rápido, las maniobras audaces y el fuego con armas ligeras. Así se la había utilizado en Normandía y durante los primeros diez días en Holanda. Desde principios de octubre hasta finales de noviembre de 1944, sin embargo, sus hombres se verían envueltos en una guerra estática, de trincheras, más parecida a la Primera Guerra Mundial que a la Segunda Guerra Mundial.

La zona donde luchó era una «isla» de 5 kilómetros de lado que se extendía entre el Bajo Rin al norte y el río Waal en su límite meridional. Las ciudades de Arnhem, sobre el Bajo Rin, y Dodewaard, sobre el Waal, constituían su límite occidental. Los alemanes ocupaban el territorio al norte del Bajo Rin y al oeste de la línea Opheusden-Dodewaard.

La Isla era una zona llana dedicada a la agricultura y situada por debajo del nivel del mar. Diques de 7 metros de altura, lo bastante anchos en la parte superior para carreteras de dos carriles, impedían que el agua invadiese las tierras. Los lados de los diques a veces eran muy pronunciados, con frecuencia descendían de manera gradual hasta formar bases que alcanzaban los 100 o incluso los 200 metros. Por toda la zona se entrecruzaban las acequias de desagüe. Las colinas se alzaban en la zona norte del Bajo Rin, proporcionando a los alemanes una clara ventaja para su fuego de artillería. Aparentemente disponían de una cantidad ilimitada de municiones (el corazón industrial de Alemania se encontraba a sólo 50 kilómetros río arriba), suficiente en cualquier caso para permitir que disparasen sus cañones de 88 mm a los soldados sorprendidos en campo abierto. Todos los movimientos en la Isla se efectuaban por la noche; durante las horas del día, los hombres permanecían en sus hoyos de protección, en los puestos de observación, o en casas y graneros. El clima otoñal en el noroeste de Europa era, como siempre, espantoso: frío, húmedo, lluvioso, un escenario perfecto para el rodaje de una película ambientada en la Primera Guerra Mundial.

En la Isla había regimientos completos de artillería británica que disparaban sus cañones en apoyo de la 101. Ello significaba que las batallas en la Isla consistían en duelos de artillería en los que el papel principal de la infantería era estar preparada para repeler cualquier asalto protagonizado por las tropas terrestres alemanas y servir

de observadores avanzados para los artilleros. Todas las noches salían patrullas para explorar y mantener contacto con el enemigo. En su mayor parte, sin embargo, la E y otras compañías de la 101 División Aerotransportada se sentaban y esperaban, igual que lo habían hecho sus padres en 1918. La incapacidad de un hombre para hacer nada frente al fuego de artillería se sumaba a la extendida y abrumadora sensación de frustración.

Pero, naturalmente, no estaban en 1918. En la Isla, los hombres de la Compañía E veían aviones de propulsión a chorro en acción. Veían las estelas de humo de las V-2, el primer misil balístico de alcance medio del mundo, cuando pasaban por encima de sus cabezas en dirección a Londres. Aun así, como les había sucedido a los soldados en el Frente Occidental en 1914-1917, luchaban sin apoyo de los tanques, ya que un tanque representaba un blanco perfecto en la Isla.

Las raciones también contribuían a aumentar la sensación de que la Compañía E se encontraba en una película de la Primera Guerra Mundial y no en una batalla de 1944. La compañía obtenía sus raciones de los británicos y eran realmente horribles. Las famosas raciones 14-en-1 inglesas, en palabras del cabo Gordon, «mantenían tu vida, pero no tu moral». La carne de vaca en conserva y el famoso y pesado budín de Yorkshire eran especialmente detestados por los soldados estadounidenses, al igual que la sopa de rabo de buey, descrita como «grasa con huesos flotando en ella». La mayoría de los hombres optaba por volcar el contenido de las latas en un único recipiente, añadiendo las verduras que podían conseguir en el campo y los huertos, y preparar una especie de guiso. Afortunadamente había fruta fresca en abundancia, principalmente manzanas y peras. Las vacas que necesitaban desesperadamente ser ordeñadas eran liberadas del contenido de sus voluminosas ubres, y eso ayudaba, pero no había café y los hombres se cansaron rápidamente del té.

Lo peor de todo eran los cigarrillos ingleses. El cabo Rod Bain los describió como «una pequeña cantidad de tabaco y una cantidad espantosa de paja». Lo mejor de todo era la ración diaria de ron británico. El hallazgo de raciones alemanas venía en segundo lugar en la lista. Las galletas eran duras como el cemento, pero la carne enlatada y los tubos de queso Limburger eran sabrosos y nutritivos.

Tal como había sucedido también en los pueblos de Francia a ambos lados de la línea del Frente Occidental en 1914-1918, los residentes civiles de la Isla fueron evacuados (y Holanda es el país con mayor densidad de población de todo el mundo). Esta circunstancia proporcionó a los hombres oportunidades casi ilimitadas para el saqueo, oportunidades que fueron inmediatamente aprovechadas. Webster escribió: «Los civiles viven bajo el concepto erróneo de que solamente los alemanes y los rusos revisan cajones, armarios y gallineros, mientras que todos los soldados estadounidenses que conozco han convertido esas actividades en un hábito». Relojes de pulsera, relojes de mesa o de pared, joyas, muebles grandes y pequeños y, por

supuesto, el licor desaparecieron rápidamente; es decir, lo cierto es que desapareció lo poco que quedaba, puesto que los británicos ya habían saqueado la zona.

La Isla se parecía más a la Primera Guerra Mundial en cuanto a su frente estancado. La Compañía E pasó casi dos meses allí, combatiendo diariamente. Organizó alrededor de un centenar de patrullas. Repelió ataques. Disparó una cantidad indescriptible de munición. Sufrió bajas. Pero cuando fue relevada finalmente, las tropas de refresco descubrieron que las posiciones en la línea del frente apenas se habían movido unos cuantos metros.

La compañía se trasladó a la Isla el 2 de octubre en camiones, pasando a través del magnífico puente de Nimega (que aún estaba en pie) que había sido capturado por la 82.^a División Aerotransportada el 20 de septiembre a las 08:00 de la mañana. Una vez hubieron llegado al otro lado del Waal, los camiones llevaron a los hombres unos 15 kilómetros hacia el interior, pasando junto a docenas de piezas de artillería británicas camufladas, hasta el pueblo de Zetten.

Llegaron por la noche para relevar a la 43.^a División británica. El 506.^o Regimiento se desplegó sobre una franja de terreno en la línea del frente que había sido mantenida por una división completa. Tenía casi diez kilómetros de largo. El 2.^o Batallón del 506.^o se encontraba a la derecha (este) de la línea, con la Compañía E en el extremo derecho y con el 501 Regimiento de Infantería Paracaidista a su derecha. La Compañía E tenía que cubrir casi 3 kilómetros con sólo 130 hombres.

Los soldados británicos se reunieron con la compañía en Zetten y luego escoltaron a los recién llegados a sus nuevas posiciones.

—¿Cómo son las cosas aquí? —preguntó Webster.

—Esta es una jodida posición de descanso, tío —fue la respuesta.

Los numerosos cráteres producidos por los proyectiles de 88 y 105 mm le parecieron recientes a Webster, quien dudó de la veracidad de las palabras de los británicos. Después de tres horas de marcha, la patrulla llegó a su destino, un grupo de casas construidas junto a un enorme dique. El Bajo Rin estaba al otro lado del dique, con aproximadamente un kilómetro de tierra de pastoreo llana y saturada de agua entre el río y el dique. Toda la zona estaba sembrada de animales muertos, casas quemadas y cajas de municiones y cintas de ametralladora vacías. Era tierra de nadie.

Para cubrir la sección del frente que le habían asignado, Winters colocó a los pelotones 2.^o y 3.^o en la línea de defensa, a lo largo del lado sur del dique, con el 1.^{er} pelotón en la reserva. No tenía suficientes efectivos para cubrir adecuadamente la línea de defensa, de modo que instaló puestos de avanzada a lo largo del dique en los puntos que consideró más propicios para una infiltración enemiga. Se mantenía en contacto con los puestos de avanzada mediante la radio, el telégrafo y las patrullas.

También envió patrullas compuestas por tres hombres a la orilla del río, para que controlasen los posibles movimientos del enemigo y para que actuaran como observadores avanzados para la artillería. El puesto de mando lo estableció en Randwijk.

A las 03:30 horas del 5 de octubre, Winters envió de patrulla al sargento Yourman con órdenes de ocupar un puesto de avanzada en un edificio próximo a un molino en la margen sur del dique. Con Yourman iban los soldados James Alley, Joe Lesniewski, Joe Liebgott y Rod Strohl. El edificio se alzaba junto a una carretera orientada de norte a sur que llevaba hasta un cruce de transbordador al norte del río y de regreso al pequeño pueblo de Nijburg al sur.

Cuando la patrulla llegó a la carretera, Youman le dijo a Lesniewski que subiese a la parte superior del dique para echar un vistazo. Cuando llegó al borde superior del dique, pegado a tierra como le habían enseñado, Lesniewski se encontró con una vista inesperada, el perfil de una ametralladora alemana emplazada en el punto donde la carretera que venía desde el transbordador cruzaba el dique. Detrás de ella alcanzó a distinguir a un alemán que se preparaba para lanzar una granada contra la patrulla de Yourman, que en ese momento se encontraba en la base sur del dique.

Al mismo tiempo, el resto de los miembros de la patrulla oyeron voces en alemán hacia el sector norte del dique. Liebgott, que venía detrás, preguntó:

—¿Eres tú, Lesniewski?

El alemán lanzó la granada justo cuando Lesniewski les gritaba a sus compañeros que se pusieran a cubierto. Otros soldados alemanes también comenzaron a lanzar granadas contra el dique. Lesniewski fue alcanzado por un trozo de metralla en el cuello. Alley fue lanzado al suelo por un estallido que le dejó treinta y dos heridas de metralla en el costado izquierdo, rostro, cuello y brazo. Strohl y Liebgott sufrieron heridas leves; el aparato de radio de Strohl voló en pedazos.

Se habían topado con una compañía completa de tropas de la SS. Habían cruzado el río en transbordador a primera hora de aquella noche y estaban tratando de infiltrarse por la parte sur del dique, para lanzar un ataque de distracción como apoyo al ataque principal que la 363.ª División Volksgrenadier tenía programado lanzar al amanecer contra el flanco izquierdo del 506.º en Opheusden. Aunque la patrulla lo ignoraba, otra compañía de la SS había cruzado el dique y se encontraban detrás de las líneas norteamericanas. La división aún no lo sabía, pero el ataque contra los batallones 1.º y 2.º del 506.º era mucho más que un simple contraataque local; el objetivo alemán consistía en limpiar toda el área de la Isla de tropas aliadas.

Después de aquella escaramuza con la primera de las dos compañías de la SS, la patrulla de la Compañía E se replegó. Los separaba un kilómetro del puesto de mando de Winters.

—Venga, Alley —insistía Strohl—. Tenemos que mover el culo de aquí.

—Ya voy, ya voy —contestaba el renqueante Alley.

A las 04:20 horas, Strohl llegó al puesto de mando para informar de la penetración de los alemanes. [21] Inmediatamente, Winters organizó una patrulla, consistente en una escuadra y media del 1.º pelotón, que estaba en la reserva, además del sargento Leo Boyle de la sección del mando con una radio.

El sargento Talbert regresó corriendo al granero donde sus hombres estaban durmiendo. «¡Arriba! ¡Todo el mundo fuera! —gritó—. ¡Los boches han logrado pasar! ¡Maldita sea, fuera de esas camas!» Webster y los demás se despertaron súbitamente, cogieron sus pertrechos y salieron del granero.

Winters y su patrulla de quince hombres avanzó rápidamente a lo largo del lado sur del dique. Cuando se aproximaban a la compañía de la SS alcanzó a ver balas trazadoras en dirección sur. Esos disparos no tenían ningún sentido; sabía que en esa dirección no había nada y supuso que los alemanes debían de estar nerviosos y confundidos. Decidió hacer un alto y efectuar su propio reconocimiento de la zona.

Dejó la patrulla al mando del sargento Boyle. Winters se arrastró hasta la parte superior del dique. En el otro lado (norte) vio que había una cuneta de un metro de profundidad que corría paralela al dique. Esa trinchera proporcionaría cierta protección a una aproximación a la carretera. Regresó adonde estaba la patrulla, ordenó que dos hombres permanecieran donde estaban como retaguardia y protección para el flanco derecho, y se marchó con el resto de la patrulla hacia la acequia que discurría por el lado norte. Luego, el grupo avanzó con cautela por la acequia en dirección a la carretera.

Cuando se encontraban a unos 200 metros de la carretera, Winters ordenó alto y avanzó en solitario para explorar el terreno y evaluar la situación. Cuando se acercaba a la carretera —que se elevaba aproximadamente un metro del terreno— oyó voces que venían del otro lado. Al mirar hacia la derecha vio a un grupo de alemanes en la parte superior del dique con una ametralladora, perfectamente recortados contra el cielo nocturno. Llevaban abrigos largos de invierno y los clásicos cascos alemanes de acero. Winters se encontraba a unos 25 metros de ellos, oculto en la acequia. Pensó: «Esto es igual que en la película Sin novedad en el frente».

Se arrastró de regreso adonde estaba la patrulla, les explicó la situación a sus hombres e impartió las órdenes.

—Debemos arrastrarnos hasta allá arriba en absoluto silencio, manteniéndonos agachados y a toda prisa, porque no podremos contar mucho más tiempo con la protección de la oscuridad.

La patrulla llegó hasta unos 40 metros de la ametralladora instalada en la parte superior del dique. Winters habló con cada uno de sus hombres y le asignó un blanco preciso, ya fuese uno de los fusileros o la dotación de la ametralladora. Después,

Winters le susurró a Christenson que montara su ametralladora del calibre 30 y concentrase el fuego sobre la MG42 alemana. Detrás de Christenson, el sargento Muck y el soldado Alex Penkala prepararon su mortero de 60 mm.

Winters retrocedió unos metros y dio la orden: «¡Preparados, apunten, fuego!», en voz baja y tranquila. Doce fusiles escupieron su carga de plomo al mismo tiempo. Los siete fusileros alemanes cayeron abatidos. La ametralladora de Christenson abrió fuego. Como utilizaba balas trazadoras, vio que estaba disparando demasiado alto, pero cuando comenzaba a apuntar más bajo, Muck y Penkala lanzaron una descarga de mortero contra la ametralladora alemana. El sargento Boyle estaba «asombrado por el fuego pesado y preciso que lanzábamos al enemigo». Más tarde le dijo a Lipton que creía que era la mejor demostración de fuego que había visto en su vida.

La patrulla comenzó a recibir fuego de armas ligeras desde el otro lado de la carretera que enlazaba el dique con el transbordador. Winters retrocedió unos 200 metros por la acequia hasta un punto donde se unía a otra que discurría perpendicularmente a ella, desde el dique hasta el río. Fuera del alcance del fuego alemán, utilizó la radio de Boyle para llamar al teniente Welsh.

—Envía el resto del 1.^{er} pelotón —ordenó— y también la sección de ametralladoras ligeras de la Compañía del cuartel general agregada a la Compañía E.

Mientras la patrulla esperaba a que llegasen los refuerzos pedidos por Winters, el sargento William Dukeman se levantó para gritarles a los hombres que se desplegaran (como señaló Gordon Carson, quien recordaba aquel incidente: «Los hombres se agrupaban en un minuto»). Tres alemanes que estaban ocultos en un canal de desagüe que corría por debajo de la carretera dispararon un lanzagranadas. Dukeman lanzó un grito y cayó derribado a tierra. Fue el único hombre alcanzado por el fuego alemán; un trozo de metralla le entró por el omóplato y salió a través del corazón, matándolo en el acto. Los supervivientes abrieron fuego contra los alemanes en el canal de desagüe y acabaron con ellos.

Mientras esperaba a que llegase el resto del pelotón, Winters se alejó entre las dos líneas para estar solo y pensar en la situación. Había tres hechos que le preocupaban: el enemigo se encontraba detrás de un sólido terraplén de carretera, mientras que sus hombres estaban en una acequia poco profunda y carecían de una vía de escape segura; el enemigo estaba en una buena posición para rodear a la patrulla por la derecha y sorprenderla en campo abierto, y al sur de la orilla del río no había absolutamente nada que pudiese impedir que los alemanes llegaran por la carretera hasta el puesto de mando del 2.^o Batallón instalado en Hemmen. En tales circunstancias, decidió que no tenía más alternativa que atacar. Ya era de día.

Al reunirse con la patrulla comprobó que los refuerzos que había pedido ya habían llegado. Ahora disponía de alrededor de treinta hombres. Llamó a los tenientes Frank Reese y Thomas Peacock y al sargento Floyd Talbert y les dio las

órdenes: «Talbert, lleva a la tercera escuadra hacia la derecha. Peacock, tú encárgate de la primera escuadra por el flanco izquierdo. Reese, coloca tus ametralladoras entre nuestras columnas. Quiero disponer de un buen fuego de cobertura hasta que lleguemos a la carretera. Luego, deja de disparar y reúnete con nosotros». Les dijo a Talbert y Peacock que sus hombres calaran las bayonetas.

Mientras sus subordinados se marchaban a hacer cumplir sus órdenes, Winters reunió a la 2.^a escuadra y les explicó el plan. El soldado Hoobler estaba justo delante de él. Cuando Winters ordenó: «Calen bayonetas», Hoobler tragó con dificultad. Winters vio cómo su gran nuez de Adán subía y bajaba por el cuello. No cabía ninguna duda de que la adrenalina de Hoobler estaba disparada.

«Mi adrenalina también estaba disparada», recordó Winters. A una señal suya, las ametralladoras comenzaron a disparar mientras las tres columnas avanzaban velozmente a través de los 200 metros de terreno llano pero saturado de agua que separaba de la carretera a los hombres, haciendo todo lo posible por mantenerse agachados.

En este punto, Winters no tenía una idea muy clara de cuántos alemanes había al otro lado de la carretera que unía el dique con el transbordador, que era lo bastante alta como para impedirle ver nada. Los alemanes, por su parte, también ignoraban que los estadounidenses se estaban acercando; aunque resulte incomprensible, después de haber perdido a sus fusileros y ametralladores en el primer ataque, no habían instalado un puesto de avanzada en la carretera y tampoco en la parte superior del dique.

Winters, que encabezaba su columna, llegó el primero a la carretera. Se incorporó de un salto. Justo delante de él, a pocos metros de distancia, había un centinela alemán con la cabeza gacha, protegiéndose de la cortina de fuego de las ametralladoras de Reese. A su derecha, Winters alcanzó ver con el rabillo del ojo a cerca de 100 hombres, muy juntos, tendidos cuerpo a tierra para protegerse del fuego de las ametralladoras. Todos llevaban sus largos abrigos grises de invierno y las mochilas puestas. Todos ellos estaban orientados de cara al dique; él estaba a su espalda. Sólo le separaban 15 metros de la compañía alemana.

Winters retrocedió y se dirigió a la parte oeste de la carretera, le quitó la anilla a una granada de mano y la lanzó hacia el solitario centinela. Simultáneamente, el centinela le lanzó una de sus granadas. En el momento en que Winters arrojó su granada se dio cuenta de que había cometido un grave error: se le había olvidado quitar la banda de cinta que rodeaba la manilla de la granada, y que siempre llevaba colocada para evitar accidentes.

Antes de que la granada alemana hiciera explosión, Winters volvió a subir a la carretera. El centinela estaba agachado y se cubría la cabeza con ambas manos, esperando el estallido de la granada lanzada por Winters. Se encontraba a sólo un par

de metros de distancia. Winters le disparó con su M-1 desde la cadera.

El disparo sobresaltó a toda la compañía alemana. Los efectivos de la SS comenzaron a incorporarse y a volverse hacia Winters. Éste efectuó un giro hacia la derecha y comenzó a disparar a bulto.

Winters describió lo que sucedió después: «Los movimientos de los alemanes me parecían absolutamente irreales. Cuando se levantaron, parecía que lo hacían muy lentamente, cuando se volvieron para mirarme por encima del hombro, era a cámara lenta, cuando comenzaron a alzar sus fusiles para dispararme, también parecían hacerlo a cámara lenta, muy lenta. Vací el primer cargador (ocho balas) y, aún de pie en medio de la carretera, metí un segundo cargador y, sin dejar de disparar desde la cadera, vací ese cargador también contra la masa de abrigos grises».

Algunos alemanes cayeron. Otros comenzaron a apuntar sus armas contra Winters. Otros echaron a correr en dirección contraria. Pero todos sus movimientos eran torpes, dificultados por esos largos y pesados abrigos. Winters se retiró hacia la parte oeste de la carretera. Al mirar hacia su derecha vio que Talbert se acercaba agachado a la carrera al mando de su columna. Le faltaban aún 10 metros para llegar a la carretera. La columna de Winters, en el centro, avanzaba con bastantes dificultades a través del terreno inundado. La columna de Peacock, situada a la izquierda, se encontraba a unos 20 metros de la carretera, su avance se veía entorpecido por algunas alambradas que cruzaban el terreno.

Winters colocó un tercer cargador y comenzó a asomarse, disparando dos o tres tiros, para volver a ocultarse. Los alemanes huían a toda velocidad cuando las otras columnas norteamericanas llegaron a la carretera.

—Fuego a discreción —gritó Winters.

Fue como cazar patos. Los alemanes huían. Los fusileros de la Compañía E disparaban sobre ellos sin oposición.

—¡Le he dado a uno! —Oyó Webster que exclamaba Hoobler—. ¡Joder, le he dado a uno!

Según Webster: «Hoobler estaba en su elemento; aquello le encantaba».

Un puñado de alemanes quedó rezagado y se ocultó entre unos altos arbustos. Christenson los descubrió.

—¿Alguien habla alemán? —preguntó.

—¡Heraus! —gritó Webster—. ¡Schnell! ¡Hunde hoch! ¡Schnell! ¡Schnell!

Uno a uno, once alemanes salieron de entre la maleza. Fornidos, impasibles, dijeron que eran polacos. Christenson les llevó a la retaguardia.

Webster regresó a la carretera para sumarse al tiro al pato. Uno de los alemanes se volvió y disparó. «Lo que me pareció el golpe con un bate de béisbol me alcanzó en la pierna derecha —recordó Webster—, me hizo girar y me derribó. Todo lo que se me ocurrió decir fue "¡me han dado!", lo que incluso en aquel momento me pareció

un cliché inadecuado y escasamente imaginativo». (Como sucede con todos los escritores, Webster estaba componiendo la descripción del hecho tal como había sucedido.)

Era una herida limpia. La bala atravesó la pantorrilla de Webster sin alcanzar el hueso. Una herida de un millón de dólares. «Lo he conseguido», pensó. Cuando, Eugene Roe, el médico, llegó hasta él, Webster lo recibió con una gran sonrisa. Roe le vendó la herida y le dijo a Webster que se retirase. Webster le entregó las cananas a Martin, «quien se mostraba muy tranquilo y despreocupado, la persona más relajada y valiente que he conocido», y las granadas a Christenson. Conservó su pistola y el M-1 y se alejó cojeando hacia la retaguardia.

Winters vio que a unos 100 metros había más soldados alemanes que salvaban el dique desde el lado sur; formaban parte de la compañía de la SS que habían logrado infiltrarse inadvertidamente. Se unieron a sus camaradas en retirada hacia el este, alejándose del fuego de la Compañía E. Ahora el blanco era más grande. El teniente Reese había situado las ametralladoras adelante; el soldado Cobb comenzó a disparar la suya a larga distancia sobre las tropas alemanas en retirada.

Las tropas alemanas supervivientes consiguieron llegar a un pequeño bosque, donde había otra carretera que llevaba hasta el río. Winters observó que giraban a la izquierda y comenzaban a seguir esa carretera en dirección al río.

Winters llamó por radio para pedir apoyo de la artillería. Los cañones británicos iniciaron un intenso bombardeo sobre el grueso de las fuerzas alemanas en retirada. Winters quería avanzar hacia el río por su carretera para cortarles el paso a los alemanes, pero treinta y cinco hombres contra alrededor de 150 soldados enemigos no era una buena elección. Volvió a llamar por radio para pedir el apoyo del cuartel general del 2.º Batallón. El cuartel general le prometió que enviaría un pelotón de la Compañía F.

Mientras esperaba la llegada de los refuerzos, Winters contó a sus hombres y procedió a reorganizar sus fuerzas. Había perdido a uno de sus soldados (Dukeman) y cuatro habían resultado heridos. Once alemanes se habían rendido. Liebgott, ligeramente herido en el brazo, era una baja ambulatoria. Winters le ordenó que llevase a los prisioneros de regreso al puesto de mando del batallón y que luego el doctor Neavles le examinara la herida.

Luego recordó que Liebgott, un buen soldado de combate, tenía fama de «ser muy duro con los prisioneros». También alcanzó a oír que Liebgott respondía a su orden con las palabras: «¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que me encargaré de ellos!»

—Hay once prisioneros —dijo Winters— y quiero que al batallón lleguen once prisioneros.

Liebgott comenzó a protestar. Winters apoyó su M-1 en la cadera, quitó el seguro,

apuntó al soldado y le dijo:

—Liebgott, deja toda tu munición y descarga el fusil.

Liebgott obedeció mientras maldecía entre dientes.

—Ahora —continuó Winters— puedes poner una bala en el fusil. Si te cargas a uno de los prisioneros, el resto de ellos se te echará encima.

Winters observó a un oficial alemán que había estado paseando arriba y abajo, obviamente nervioso y preocupado por el júbilo que había demostrado Liebgott al recibir la primera orden de Winters. Era evidente que el oficial entendía el inglés; cuando escuchó las nuevas órdenes de Winters se mostró más tranquilo.

Liebgott llevó a los once prisioneros de regreso al cuartel general del batallón. Winters se aseguró de que así había sido ya que aquel mismo día fue a comprobarlo en compañía de Nixon.

El transbordador que habían utilizado los alemanes para cruzar el río, y que ahora necesitarían para regresar, se encontraba al final de la carretera que ocupaba la Compañía E. Cuando llegó el pelotón de la Compañía F, trayendo con ellos más municiones, Winters procedió a distribuir las y luego impartió sus órdenes. Estableció una base de fuego con la mitad de los aproximadamente sesenta hombres a su mando y luego hizo que la otra mitad avanzara unos 100 metros, se detuviera y fijara su propia base de fuego, haciendo que el primer grupo pasara al segundo carretera abajo. Intentaba repetir esta maniobra a lo largo de los 600 metros que les separaban del río.

A aproximadamente 200 metros del agua, la unidad de Winters llegó a los edificios de una fábrica. La artillería alemana había empezado a trabajar. Las tropas de la SS, desesperadas por llegar al transbordador para cruzar el río y ponerse a salvo, montaron un ataque con setenta y cinco hombres contra el flanco derecho de la retaguardia de los estadounidenses. Winters comprendió que se había extralimitado. Era hora de replegarse para ser capaces de luchar un día más. La unidad comenzó a retirarse en dirección al dique.

Justo cuando los últimos hombres llegaban al dique, los alemanes desataron una terrible concentración de fuego de artillería sobre el punto donde la carretera cruzaba el dique. Su puntería fue perfecta. Los paracaidistas se desplegaron a derecha e izquierda, pero no antes de sufrir varias bajas.

Winters llamó por radio y solicitó al cuartel general del batallón que enviase médicos y ambulancias. Neavles se puso al habla y le preguntó a Winters cuántas bajas tenía.

—Dos equipos de béisbol —contestó Winters.

Neavles no sabía nada de deportes. Le pidió a Winters que utilizara un lenguaje más claro.

—Deja libre la jodida radio para que pueda pedir más apoyo artillero —gritó

Winters— o de lo contrario, necesitaremos ayuda para tres equipos de béisbol.

Justo en ese momento, Boyle «escuchó el silbido de varios proyectiles de mortero que se acercaban y explotarían muy cerca». Boyle no se movía muy aprisa ya que estaba exhausto, consecuencia de una recuperación incompleta de la herida que había recibido en Normandía. «Corrí hacia el dique. Un proyectil estalló justo detrás de mí hacia la izquierda y la metralla me alcanzó la pierna izquierda desde la cadera hasta la rodilla y eso fue todo. Un golpe terrible pero nada de dolor». Justo antes de perder el conocimiento, Winters lo cargó sobre sus hombros y le dijo que todo saldría bien.

Guarnere y Christianson cortaron la pernera del pantalón y espolvorearon la terrible herida con sulfamidas (la mayor parte de la carne del muslo izquierdo de Boyle había sido arrancada). Le dieron una dosis de morfina y los camilleros se lo llevaron a la retaguardia.

Webster, solo y herido, estaba tratando de cruzar un campo abierto para llegar a un puesto de primeros auxilios. Se arrastraba a lo largo de un sendero de vacas, más agazapado de lo que nunca lo había conseguido durante los entrenamientos, reptando entre el barro y las boñigas de vaca. Se rasgó los pantalones al salvar una alambrada de espino. Al otro lado se arriesgó a alzar la cabeza, ponerse de pie y recorrer cojeando los últimos 100 metros que lo separaban de un lugar seguro. Un observador alemán descubrió su presencia en la zona y lo comunicó a un cañón del 88. Tres explosiones, una a cada lado y la tercera detrás, hicieron que Webster se sintiera «aterrorizado y cohibido». Se las arregló para salir de aquel campo antes de que el 88 completara su trabajo.

Algunos hombres de la Compañía F le ayudaron a llegar a un cruce de carreteras. Dos médicos llegaron desde el dique en un jeep, le recogieron y lo colocaron sobre el capó del vehículo «y me dijeron que me relajara. Añadieron que irían rápido porque el hombre que llevaban en la camilla trasera, el sargento Boyle, estaba malherido y necesitaba atención médica urgente».

En total, los dos pelotones de las compañías E y F sufrieron dieciocho heridos a causa del bombardeo de la artillería. Nueve murieron.

Winters instaló puntos de resistencia para cubrir la zona donde la carretera atravesaba el dique. En ese momento llegó al capitán Nixon.

—¿Cómo están las cosas por aquí? —preguntó.

Por primera vez desde que comenzara la acción, Winters se sentó.

—Dame un poco de agua —dijo.

Cuando extendió la mano para coger la cantimplora de Nixon se dio cuenta de que temblaba. Estaba agotado.

Igual que Christenson, no podía entenderlo, hasta que hizo cuentas. Comprendió entonces que había disparado un total de cincuenta y siete cargadores de munición de

M-1, 456 proyectiles. Aquella noche, mientras trataba de mantenerse despierto en un puesto de avanzada y de relajarse después de un día tan agitado, Christenson orinó treinta y seis veces.

Con una fuerza de treinta y cinco hombres, un pelotón de la Compañía E había derrotado a dos compañías alemanas de aproximadamente 300 hombres. Las bajas entre los estadounidenses (incluyendo las que había sufrido la Compañía F) eran de un muerto y veintidós heridos. Los alemanes habían tenido cincuenta muertos, once prisioneros y cerca de un centenar de heridos.

Más tarde, Winters comprendió que sus hombres y él habían tenido «mucha, mucha suerte». Haciendo un análisis de la situación, dijo que la razón principal del éxito que habían obtenido era la pobre calidad del mando alemán. Los alemanes habían dejado que la 1.^a escuadra permaneciera en el campo de batalla esperando refuerzos. Sus tropas se habían agrupado formando una gran masa, algo totalmente inexcusable según Winters. Habían permitido que dos ametralladoras los mantuviesen paralizados mientras las tres columnas de la Compañía E recorrían 200 metros a campo abierto en una carga de bayoneta. Habían reaccionado con extraordinaria lentitud cuando Winters les disparó desde la carretera. Y cuando comenzó el intercambio de disparos, no habían organizado una base de fuego efectiva.

La Compañía E, en cambio, hizo casi todas las cosas bien. Winters lo llamó «el acontecimiento más importante de todas las acciones de la Compañía E durante la guerra, mejor incluso que el Día D, porque sirvió para demostrar la superioridad de la Compañía en todas las fases de las tácticas de infantería: patrulla, defensa, ataque bajo una base de fuego, retirada y, sobre todo, una puntería superior, tanto con fusiles y ametralladoras como con los morteros».

Se pueden decir muchas cosas más. Por ejemplo, la condición física de los hombres de la Compañía E era incomparable. Hacían un gasto de energía superior al de un boxeador de peso pesado en una pelea por el título a quince asaltos, mucho más; hacían un gasto de energía superior a la de un hombre que jugase sesenta minutos en tres partidos de fútbol americano consecutivos. También era notable el sistema de comunicaciones de la Compañía, con mensajes de radio, mensajeros y señales manuales utilizadas con enorme eficacia. Los avances y retrocesos por secciones alternas pusieron a prueba el entrenamiento que habían tenido que soportar en Toccoa y se realizaron siguiendo al pie de la letra las instrucciones del manual. La evacuación de los heridos también se llevó a cabo con orden y eficacia. La coordinación con la artillería británica fue sobresaliente.

También Winters hizo las cosas bien. Tomó una decisión acertada tras otra, a veces de forma instintiva, otras después de una cuidadosa deliberación. La mejor fue

su decisión de atacar cuando creyó que era la única opción que tenían. No sólo aportó inteligencia sino capacidad de liderazgo personal. «Seguidme» era su código. El solo mató a un mayor número de alemanes y asumió más riesgos que cualquier otro.

Pero a pesar de lo buena que era la Compañía E del 506.º Regimiento, y en todo el Ejército no había mejor compañía de infantería ligera, no había nada que pudiese hacer contra el terror del campo de batalla, la artillería moderna. La Compañía E tuvo que cruzar el dique para regresar a sus posiciones. No podía permanecer en campo abierto y ser pulverizada. Pero al cruzar el dique quedó expuesta a la artillería alemana. Unos pocos minutos de infinito terror y la Compañía sufrió más bajas de las que había tenido en sus encuentros con los fusileros alemanes aquel mismo día.

«La artillería es algo terrible —dijo Winters—. Dios mío, cómo la odio».

La Oficina de Relaciones Públicas de la 101 División Aerotransportada le dio a esa acción una gran publicidad, utilizando para ello la típica jerga en época de guerra: «La orden de Winters tenía que ser, y lo fue, un ataque con bayoneta calada. Como resultado de aquella valiente orden dos compañías de la SS fueron duramente golpeadas y obligadas a retirarse sin que tuviesen la oportunidad de iniciar su ataque, que estaba programado para que comenzara casi en aquel mismo instante».

En cuanto al ataque que la 363.^a División Volksgrenadier alemana tenía planeado lanzar sobre Opheusden al amanecer de aquel día, contra el flanco izquierdo del 506.º, la pequeña acción en el dique pudo haber resultado crucial. Si las compañías alemanas de la SS hubiesen podido avanzar sin oposición hacia el sur del dique, habrían golpeado al cuartel general del regimiento exactamente en el momento en que el coronel Sink tenía que concentrar su atención en Opheusden.

Sink era un hombre agradecido. Emitió una Orden General mencionando al 1.^{er} pelotón de la Compañía E por su valor en acción. Después de describir la carga de bayoneta, escribió: «Mediante este acto de arrojo y hábil maniobra ante una fuerza numéricamente superior», el pelotón «infligió fuertes pérdidas al enemigo» y abortó el intento de éste de atacar el cuartel general del batallón por la retaguardia.

Un par de días después del ataque con bayoneta, el coronel Sink visitó a Winters.

—¿Cree que puede encargarse del mando del batallón? —preguntó, indicándole que estaba pensando en nombrarle comandante del 2.º Batallón. (El mayor Oliver Horton había muerto en acción en Opheusden el 5 de octubre.)

Winters, con sólo veintiséis años y medio de edad, capitán y jefe de compañía en sólo tres meses, tragó saliva con dificultad y contestó:

—Sí, señor. Sé que puedo mandar a nuestro batallón en el campo de batalla. El combate no me preocupa. Es la administración. Nunca he estado en la administración.

—No se preocupe —le aseguró Sink—. Yo me encargaré de esa parte.

El 9 de octubre nombró a Winters segundo comandante del 2.º Batallón.

El sustituto de Winters como comandante de la Compañía E no dio la talla. Llegó procedente de otro batallón. El soldado Ralph Stafford fue muy severo en su descripción: «El tío realmente la cagó. No sólo no sabía lo que debía hacer, tampoco le preocupaba aprender. Se quedaba en la cama, no hacía ninguna inspección y se pasaba el día pidiendo chocolate». Fue relevado al poco tiempo.

Otros oficiales de reemplazo también habían fracasado. Christenson dijo de uno de ellos: «Su segundo nombre era indecisión... Cuando estábamos en combate, su mente se desorientaba por completo y se quedaba paralizado. Nosotros, los suboficiales del pelotón, nos hacíamos cargo de la situación y completábamos el trabajo; y jamás se quejaba, porque reconocía su incapacidad para mandar a los hombres bajo presión». Webster escribió lo siguiente acerca de un jefe de pelotón durante la batalla de Nuenen: «Nunca lo vi en combate. Nunca se acercó al frente. No se hacía cargo de sus responsabilidades; los veteranos del pelotón jamás le perdonaron. Que un recluta fallase en una situación grave era malo, pero para un oficial, que se suponía que debía dirigir a sus hombres, era algo inexcusable».

Malarkey explicó que en aquella batalla, Guarnere «le estuvo gritando de todo a un oficial que tenía la cabeza enterrada en la arena, gritándole que se suponía que debía dirigir el pelotón... Aquel mismo oficial fue visto más tarde en un puesto de primeros auxilios con un disparo en la mano, sospechoso de haberse provocado él mismo la herida».

La combinación de nuevos oficiales y hombres que no habían sido entrenados para satisfacer las exigencias del grupo Currahee original, los riesgos del constante bombardeo de la artillería y el peligro de las patrullas nocturnas se estaba cobrando su precio en la Compañía E. Las condiciones empeoraban aún más la situación.

Paul Fussell ha descrito las dos etapas de racionalización por las que atraviesa un soldado de combate —no me puede pasar a mí, luego puede pasarme a mí, a menos que sea más prudente— seguido de una etapa de «percepción aguda: me pasará a mí y lo único que puede impedirlo es que no esté allí [en la línea del frente]. ^[22] Algunos hombres nunca alcanzan esa etapa de percepción; otros, la tienen casi al instante. Cuando le sucede a un miembro de una compañía de fusileros en la línea del frente, resulta casi imposible conseguir que permanezca en su puesto y cumpla con su deber. Su motivación tiene que ser interna. La camaradería es, con diferencia, la mayor motivación: no querer defraudar a los compañeros, en un sentido positivo, no desear aparecer como un cobarde ante hombres a los que quiere y respeta sobre todos los demás. La disciplina no lo remediará, porque la disciplina descansa en el castigo y no existe ningún castigo que el Ejército pueda infligir a un soldado en el frente de batalla

peor que colocarle en el frente de batalla». [23]

Una razón para ello es lo que Glenn Gray llama «la tiranía del presente» en un pozo de tirador. El pasado no existe y, lo que es más importante, el futuro tampoco. Gray explica que «hay más tiempo para pensar y más soledad en los pozos de tirador en el frente que en la seguridad del hogar, y el tiempo se mide de otras maneras que con calendarios y relojes». [24] Para el soldado bajo el fuego enemigo que ha alcanzado su límite, hasta la prisión militar más espantosa resulta atractiva. Lo único que importa es vivir un minuto más.

Gray especula que ésa es la razón por la que los soldados realizan actos tan extraordinarios para conseguir algún recuerdo. En Brécourt Manor, Malarkey corrió por un terreno que estaba siendo barrido por una ametralladora alemana, divisó «un capote de campaña alemán», un recuerdo perfecto. Se detuvo para «recogerlo». Gray explica el fenómeno: «Los recuerdos, fundamentalmente, parecían darle al soldado cierta seguridad sobre su futuro más allá del ambiente destructivo del presente. Representaban una promesa de que podría sobrevivir». Resulta casi imposible pensar en otra cosa que no sea la supervivencia en una situación en la que tu vida está amenazada, circunstancia ésta que explica el fenómeno opuesto a la recolección de recuerdos: la actitud indiferente del soldado hacia sus propias pertenencias, la absoluta indiferencia que muestra ante el dinero. «En campañas donde el peligro es extremo —escribe Gray—, los soldados aprenden más a menudo de lo que los civiles lo harán jamás, que todo lo externo es reemplazable, mientras que la vida no lo es». [25]

Lo que no se puede sustituir es la estima de los camaradas, pero para el soldado de reemplazo, recién llegado, la camaradería no existe, de modo que no hay nada que pueda retenerlo en su puesto. Gray refiere la historia de un desertor al que encontró en un bosque de Francia en noviembre de 1944. El muchacho era de las montañas de Pennsylvania, estaba acostumbrado a salir de acampada, ya llevaba un par de semanas en el bosque y pensaba quedarse allí hasta que acabara la guerra. «Todos los hombres que conocía y con los que había hecho el entrenamiento han muerto o han sido trasladados —explicó el desertor—. Estoy solo... Los proyectiles de la artillería parecen caer cada vez más cerca y no puedo soportarlo». Le rogó a Gray que le dejara allí. Gray se negó, le dijo que tendría que regresar con él, pero le prometió que no sería castigado. El soldado dijo que ya lo sabía, predijo con amargura que «ellos» se limitarían a volver a enviarle al frente, que fue exactamente lo que ocurrió cuando Gray lo llevó de regreso con él. [26]

En el frente no sólo desaparece la disciplina en cuanto a la vestimenta. Las órdenes pueden ser ignoradas, ya que la supervisión no es rigurosa donde está presente el peligro de muerte. «Los soldados veteranos han aprendido a través de la amarga experiencia a ser independientes y a tomar sus propias decisiones —escribió

Webster a sus padres poco después de resultar herido—. En una ocasión, nuestro teniente le ordenó al jefe de mi escuadra que cogiera ocho hombres e inutilizara unos cañones antiaéreos que disparaban contra unos planeadores. ¡Nueve hombres armados con fusiles contra cañones de 40 y 88 mm! El sargento dijo sí (texto censurado). Aplicando su juicio y su sentido común salvó nuestras vidas en una situación en la que un recién llegado hubiese atacado ciegamente. Este mismo teniente ordenó más tarde a dos exploradores que inspeccionaran una posición alemana, pero ellos, que sabían dónde se iban a meter, (texto censurado)».

Los veteranos trataban de ayudar a los soldados de reemplazo, pero también se cuidaban de no aprender sus nombres y apellidos, puesto que esperaban que murieran pronto. No era que los veteranos no sintieran simpatía por los reclutas, en modo alguno. «Nuestros nuevos miembros —escribió Webster a sus padres—, representantes de la quinta de 18 años, eran tan jóvenes y parecían tan entusiastas que era un crimen enviarlos al frente de batalla. Nosotros los paracaidistas teníamos los mejores hombres de todo el Ejército, pero para alguien que nunca ha estado lejos de su casa o del instituto es un destino muy difícil venir aquí».

Ningún hombre de la Compañía E había estado en combate antes del 6 de junio de 1944 pero, en octubre, todos los hombres que habían partido desde Inglaterra en la tarde del 5 de junio, y que aún seguían vivos en Holanda, habían pasado por dos saltos de combate y dos campañas. Muchos de ellos habían sido heridos, algunos de los heridos se habían marchado del hospital sin autorización de sus superiores para poder ir a Holanda. Y no era porque amasen el combate, sino porque todos ellos sabían que si no iban a la guerra con la Compañía E, los enviarían al frente con desconocidos, ya que la única forma de que un fusilero quedase fuera de combate era que lo mataran o resultase tan gravemente herido que perdiese alguno de sus miembros. Si tenían que luchar, como así era, estaban decididos a hacerlo con sus camaradas.

Los soldados de reemplazo raramente podían alcanzar ese grado de identificación. Además, como el Ejército estaba acelerando el proceso de entrenamiento para poder incorporar más hombres a los campos de batalla, los soldados de reemplazo no tenían la misma capacitación que los miembros originales de Currahee. En Veghel, Webster vio a uno de los soldados de reemplazo llamado Max «que gemía mientras se aferraba la mano derecha.

»—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

»—¿Qué te ocurre? ¿Te han dado en algún otro sitio?

»—No, no. ¡Me duele mucho!

»—¿Por qué no te levantas y corres?

»No podía hacerlo. Estaba en estado de choque y sólo quería quedarse tirado allí y gemir... Hay algo curioso en este tipo de situaciones. Algunos muchachos sufren la

práctica amputación de un pie y regresan cojeando hasta el puesto de primeros auxilios, mientras que otros, como en el caso de Max, se quedan paralizados ante la visión de la sangre y se niegan a ayudarse a sí mismos. Dicen que esta clase de choque es fundamentalmente físico, pero yo creo que la actitud mental de uno tiene mucho que ver con eso. Max no era agresivo, no era duro, no estaba bien entrenado».

El hecho de que oficiales y soldados rasos se vinieran abajo bajo la constante tensión y vulnerabilidad no es nada extraordinario. Lo verdaderamente extraordinario es que tantos hombres no se hundiesen.

El teniente primero Fred «Moose» Heyliger se hizo cargo de la compañía una vez que el reemplazo de Winters se hubo marchado. Heyliger era un graduado de la Escuela de Oficiales que había dirigido el pelotón de morteros de la Compañía del cuartel general en Normandía (donde fue ascendido a teniente primero) y Holanda. Había sido miembro de la Compañía E en Estados Unidos. A Winters le causó una excelente impresión desde el primer momento.

Heyliger era un buen comandante. Visitaba los puestos avanzados por la noche. Salía de patrulla con sus hombres. Se ocupaba de sus hombres de la mejor manera posible. Al igual que los soldados en las trincheras individuales y los hoyos de protección, jamás se relajaba. La tensión siempre estaba allí. Su Compañía estaba desplegada sobre una línea muy fina como para poder impedir las penetraciones de las patrullas alemanas, y la peligrosa posibilidad de que el enemigo consiguiera romper la línea de defensa con una fuerza como la de aquel 5 de octubre no abandonaba su pensamiento. Heyliger respondió muy bien ante sus responsabilidades, soportó la tensión y cumplió con su deber.

«Los británicos son unos auténticos maestros de la intriga —según el cabo Walter Gordon—. No les querría necesariamente en mi flanco para atacar algún objetivo, pero me encantaría que ellos lo planeasen, porque son muy buenos en eso».

Gordon se estaba refiriendo al «Rescate», que se llevó a cabo durante la medianoche del 22 al 23 de octubre. Una semana antes, el coronel Oswood Dobey (apodado «El coronel chiflado de Arnhem») de la 1.^a División Aerotransportada británica, que había logrado fugarse de un hospital alemán después de haber caído prisionero, había cruzado el Rin a nado y llegado hasta las líneas del coronel Sink. Dobey informó de que había 125 soldados británicos y unos diez combatientes de la resistencia holandesa, que estaban siendo buscados intensamente por los alemanes, así como cinco pilotos estadounidenses escondidos con miembros de la resistencia holandesa en la zona norte del Bajo Rin. Quería ayudarles a regresar a las líneas aliadas y necesitaba ayuda para hacerlo. Sink accedió a ayudarle. Como el punto de

cruce del río se encontraba en la posición ocupada por la Compañía E, Sink ofreció voluntario a Heyliger para que mandase la patrulla de rescate. O, tal como lo expresó Gordon: «Nosotros aportaríamos el personal, los británicos aportarían la idea y, me imagino, las tiritas. Un trueque justo, según los estándares británicos».

Dobey estaba en contacto con la resistencia holandesa a través del teléfono (por alguna razón misteriosa, los alemanes nunca habían cortado esas líneas). Decidió que la operación se llevaría a cabo durante la noche del 22 al 23 de octubre. El 81.º Batallón Antiaéreo Antitanque estadounidense dispararía balas trazadoras a través del río con sus cañones Bofors para señalar el lugar exacto donde los holandeses debían llevar a los hombres que esperaban ser rescatados. Para disipar cualquier sospecha que pudieran tener los alemanes, durante varias noches antes de la operación, el 81.º se dedicó a disparar balas trazadoras a medianoche.

En la noche señalada, Heyliger, los tenientes Welsh y Edward Shames, acompañados de diecisiete hombres escogidos por Heyliger, siguieron el sendero que llevaba desde el dique hasta el río, donde la noche anterior habían sido escondidos varios botes de lona plegables británicos. Era, como siempre, una noche cerrada y lóbrega, con una fina llovizna helada. Los hombres, temblando de frío, llevaron los botes hasta el agua. A medianoche exactamente, los cañones Bofors dispararon sus proyectiles trazadores hacia el norte. Los miembros de la resistencia holandesa hicieron la señal de la V de la Victoria con linternas de luz roja desde la orilla norte del río. Los hombres de la Compañía E comenzaron a remar lo más silenciosamente posible a través del río.

Llegaron a la orilla opuesta con el corazón retumbando en los pechos pero sin incidentes. Saltaron de los botes y avanzaron tierra adentro. Gordon se ocupaba de la ametralladora en el flanco izquierdo; la montó y se preparó para rechazar cualquier ataque del enemigo. El cabo Francis Mellett se ocupaba de la ametralladora que cubría el flanco derecho. El soldado Stafford encabezaba la columna que buscaba establecer contacto con el movimiento clandestino de resistencia holandés, con Heyliger inmediatamente detrás.

Stafford avanzaba con movimientos furtivos. No había disparos, tampoco iluminación. Era territorio enemigo, absolutamente desconocido para los estadounidenses, y todo estaba oscuro como boca de lobo. «Aquel silencio me estaba petrificando», recordó Stafford.

Stafford dio otro paso con suma cautela. Un ave muy grande salió volando a menos de un metro de su cara. «Estoy seguro de que mi corazón dejó de latir — recordó Stafford—. Quitó el seguro de mi M-1 y estaba a punto de disparar cuando el teniente Heyliger dijo con tono tranquilo: "Relájate"».

Continuaron andando y poco después se encontraron con los soldados británicos. El primero que vio Stafford «me abrazó con fuerza y me regaló su boina roja, que aún

conservo». Un oficial británico se adelantó y estrechó la mano de Heyliger, al tiempo que le decía que era el oficial estadounidense más aguerrido que había visto en su vida.

Heyliger les dijo a los británicos que formaran en columna para regresar hasta donde estaban los botes, insistiéndoles en que mantuviesen la boca cerrada. Pero no podían contenerse. El soldado Lester Hashey recordó que uno dijo: «Nunca imaginé que me alegraría tanto ver a un jodido yanqui». El teniente Welsh, que había quedado a cargo de los botes, se exasperó con los británicos que no dejaban de exclamar «Dios te bendiga, yanqui», y les dijo que, si no cerraban la boca, conseguirían que los mataran a todos.

Los británicos subieron a los botes; Heyliger retrocedió con sus hombres pasando de un bote a otro hasta que todo el mundo estuvo preparado para zarpar. Gordon fue el último en regresar y subió al bote que cerraba la formación. «Había una mezcla de excitación y urgencia —dijo—, y yo estaba seguro de que los alemanes nos hundirían a todos en cualquier momento». Pero jamás detectaron su presencia en el río. Hacia las 01:30 horas todo el grupo estaba sano y salvo en la orilla sur del Rin y cruzando tierra de nadie en dirección a las líneas norteamericanas desplegadas detrás del dique.

Al día siguiente, el coronel Sink emitió una mención por valor en acción. Declaró que «el coraje y la tranquilidad demostrados por la fuerza de cobertura fueron factores esenciales para la ejecución de esta exitosa misión. Fue una acción tan bien organizada y ejecutada que el enemigo jamás se enteró de que se estaba llevando a cabo una evacuación.

«Todos los miembros de esta fuerza de cobertura son alabados por su agresividad, espíritu, obediencia inmediata de las órdenes y dedicación al servicio. Sus nombres aparecen relacionados más abajo».

El nombre de Gordon figura en esa lista. Cuando sugerí que debía sentirse orgulloso de haberse presentado voluntario para una operación tan arriesgada, respondió que el único motivo por el que participó en aquella misión fue que Heyliger le había seleccionado. «No fue una operación voluntaria. No estoy diciendo que no me hubiese presentado voluntario para ir, sólo digo que no lo hice».

El 28 de octubre, el área de responsabilidad de la 101 División fue ampliada. El 506.º Regimiento se trasladó al este de la margen del río, justo frente a Arnhem. La Compañía E estaba en la línea en las proximidades del pueblo de Driel, lo que colocaba a la compañía en el extremo más oriental del avance de las fuerzas aliadas hacia Alemania. Estaba reemplazando a una unidad británica.

Cuando la compañía ocupó sus nuevas posiciones, el sargento Lipton y el comandante ejecutivo del batallón, el capitán Winters, hablaron con el comandante británico. Dijo que podían ver que los alemanes se movían y parecían estar atrincherándose a lo largo de la línea ferroviaria en la parte este. (La Compañía E se

encontraba todavía en el flanco derecho del 506.º, en Driel; eso la colocaba en el punto donde la línea describía un ángulo agudo, lo cual significaba que un pelotón miraba al norte, otro al este y el tercero quedaba en reserva).

—¿Y por qué no les disparan cuando les ven? —quiso saber Winters.

—Porque cuando les disparamos, ellos devuelven el fuego.

Winters y Lipton se miraron sin poder creer lo que acababan de escuchar. La Compañía E siempre trataba de mantener a los alemanes a la defensiva desde el momento en que ocupaba la línea del frente.

Así lo hizo también en Driel y mantuvo en todo momento un patrullaje activo. La artillería continuó castigando las posiciones enemigas. Los alemanes aún conservaban la ventaja que suponía ocupar el terreno elevado al norte del río, de modo que los movimientos durante el día eran del todo imposibles. Los pelotones desplegados en la línea del frente vivían en trincheras individuales. Sin afeitarse, sin ducharse, sin relajarse. Una vida realmente miserable.

En la retaguardia, en los puestos de mando y más atrás, las condiciones eran un poco mejores. La artillería era un problema, por supuesto, pero la comida era caliente y había otras compensaciones. Los hombres escuchaban por radio a Arnhem Annie, un programa de propaganda alemán. Entre canciones norteamericanas, Annie les invitaba a que cruzaran el río, se rindiesen y vivieran confortablemente hasta que acabase la guerra. Los encargados de los suministros les traían a los hombres ejemplares de Yank y Stars and Stripes. El boletín interno de la 101, The Kangaroo Khronicle, contenía un resumen de las publicaciones. Los alemanes dejaban caer panfletos, ¿Por qué luchar por los judíos? El Equipo de Interrogación de prisioneros de guerra del 506.º utilizaba un sistema de megafonía para invitar a los alemanes a rendirse.

El único efecto de la propaganda, por ambos lados, era el de provocar sonoras carcajadas.

Winters estaba aburrido. Ser comandante «era una frustración, una tremenda frustración. La mayor diversión que tuve en el Ejército, la cosa más satisfactoria que hice fue ser jefe de compañía. Ser un oficial subalterno era un trabajo duro, que recibía quejas por ambos lados, de los hombres y del capitán Sobel. Pero como jefe de compañía dirigía mi pequeño espectáculo propio. Estaba en la línea del frente, tomando sobre el terreno un montón de decisiones personales que eran muy importantes para el bienestar de mi compañía».

Pero como segundo comandante, «yo era un administrador, no tomaba ninguna decisión de mando, sólo hacía sugerencias al comandante del batallón y al oficial de inteligencia».

Le sugerí que algunas personas se hubiesen sentido aliviadas con ese cambio.

—Yo, no —contestó Winters.

El 2.º pelotón del teniente primero Harry Welsh estaba a cargo del sector de la línea que miraba hacia el este. Su puesto de mando se encontraba en un granero a unos 50 metros al oeste de las vías del ferrocarril, donde los alemanes habían instalado sus puestos de avanzada. Los efectivos de su pelotón se reducían a un par de docenas de hombres; aun manteniendo a la mitad de ellos en estado de alerta, eso significaba que doce hombres debían cubrir un frente de 1500 metros. Con un espacio de más de 200 metros entre cada puesto de avanzada, a las patrullas alemanas les resultaba relativamente fácil infiltrarse después del anochecer. Lo hacían de forma regular, no con el propósito de lanzar un ataque —al igual que los Aliados, los alemanes habían acabado por aceptar esa situación estática y sus posiciones también estaban mantenidas de un modo insuficiente— sino para asegurarse de que los estadounidenses no estaban preparando una ofensiva.

Después de las experiencias vividas el 5 de octubre, Winters estaba preocupado por la situación que se vivía en el frente. Cuando oyó que un miembro de la misión de rescate del 22 al 23 de octubre describía la penetración detrás de las líneas alemanas sin ser descubiertos como «fantástica», soltó una risa despectiva: «Los alemanes nos hicieron exactamente lo mismo. Atravesaron nuestras líneas con dos compañías y no disparamos contra ellos hasta que no estuvieron encima del dique. «¿Cuál es la hazaña?»

Winters también se sentía frustrado en su nuevo trabajo. Ansiaba entrar en acción y le irritaban las penetraciones de los alemanes. En la tarde del 31 de octubre, llamó a Heyliger por teléfono para sugerirle que aquella noche los dos inspeccionaran los puestos avanzados. Heyliger se mostró de acuerdo. A las 21:00 horas Winters llegó al puesto de mando de la Compañía E. Heyliger llamó por teléfono a Welsh para hacerle saber que Winters y él le harían una visita.

«Cuando Moose y yo enfilamos el sendero que llevaba al puesto de mando de Welsh —refirió Winters—, caminábamos hombro con hombro, ya que el sendero sólo tenía un par de metros de anchura y ascendía ligeramente. A cada lado había un desnivel de unos noventa centímetros hacia una acequia de desagüe.

»Desde la oscuridad llegó una orden "¡Alto!"»

Heyliger era un hombre tranquilo, de trato fácil, un jefe de compañía que no se preocupaba si no era necesario. De modo que, cuando Winters sintió que respiraba profundamente, se puso tenso. Winters supuso que Heyliger había olvidado la contraseña.

Heyliger empezó a decir «Moose», pero antes de que acabase la palabra, bum, bum, bum, un M-1 disparó tres veces desde una distancia de 10 metros.

Heyliger cayó a tierra con un gemido. Winters se lanzó de cabeza a la acequia de

la izquierda. Temía haberse topado con una patrulla alemana porque los disparos del M-1 habían sido tan rápidos que podría haberse tratado de una pistola ametralladora alemana. Luego oyó pasos que se alejaban.

Winters se arrastró nuevamente hacia el sendero, cogió a Heyliger y lo llevó hacia un costado. Había recibido un disparo en el hombro derecho, una herida bastante limpia, y en la pierna izquierda; esta última era una herida muy grave que prácticamente le había arrancado la pantorrilla. Winters comenzó a vendarle la pierna.

Unos minutos más tarde Winters oyó pasos que se dirigían hacia ellos. Cuando se aprestaba a coger su fusil, escuchó a Welsh que llamaba en voz baja: «¿Moose? ¿Dick?»

Welsh y dos de sus hombres ayudaron a vendar las heridas de Heyliger. Le administraron varias inyecciones de morfina y lo llevaron de regreso al puesto de mando del batallón. Para entonces había perdido tanta sangre y había recibido tantas inyecciones de morfina que la intensa palidez de su rostro le hizo dudar a Winters de que Heyliger pudiera conseguirlo.

Pero lo consiguió. Una semana más tarde se recuperaba de sus heridas en un hospital en Inglaterra. Mientras se encontraba allí fue ascendido a capitán y recibió la Cruz Militar británica por la patrulla de rescate. Pero para Heyliger la guerra había terminado.

El soldado que disparó contra Heyliger había estado tenso, atemorizado, inseguro de sí mismo. El incidente lo dejó destrozado. Era un veterano, no un recluta. Winters decidió no castigarle. Poco después de aquel incidente fue trasladado a otra compañía.

El 7 de noviembre, Heyliger le escribió una carta a Winters desde su cama del hospital. «Querido Dick: aquí estoy, tendido en la cama y tomándome las cosas con calma. Quiero darte las gracias por haber cuidado de mí la noche en que me hirieron. No hay duda de que fue una estúpida manera de quedar fuera de combate.

«Llegué aquí desnudo como un bebé. No tenía nada. Sé que tienes mis alas y mi pistola, pero extraño la ropa de mi catre de campaña y los rollos de película de mi mochila...

«Jesús, Dick, me pusieron una escayola sobre las heridas y huele como si un gato se hubiera meado en mi cama. No puedo quitarme ese pestazo.

«Bueno, es una carta breve, pero mi brazo derecho está muy débil. Recuerdos para todos los muchachos».

El reemplazo de Heyliger como jefe de la Compañía E fue el teniente primero Norman S. Dike, Jr. Llegó del cuartel general de la División. Alto, delgado, bien parecido, era un tío bien educado y hablaba con un tono de voz militar. Causó una

buena impresión entre los hombres.

El hecho de ser comandante ejecutivo del batallón ponía a Winters en contacto diario con Nixon, que para entonces estaba destinado en el estado mayor del batallón. Difícilmente podrían haber sido dos hombres más diferentes. Winters se había criado en un hogar de clase media; el padre de Nixon era un hombre inmensamente rico. Winters no había salido de su Pennsylvania natal durante sus años de adolescencia; Nixon había vivido en varios países de Europa. Winters se había graduado en una pequeña universidad; Nixon venía de Yale. Winters jamás bebía; Nixon era buen bebedor. Pero eran íntimos amigos, porque lo que ambos tenían en común era su dedicación al trabajo y una notable capacidad para hacer ese trabajo. Todos los miembros de la Compañía E entrevistados para este libro dijeron que Winters era el mejor jefe de combate que habían visto en su vida, mientras que Nixon era el oficial de estado mayor más brillante que habían conocido en la contienda.

«A Nixon costaba mucho sacarle de la cama por la mañana», según Winters. Un día de noviembre, Winters quería salir temprano. Nixon, como en él era habitual, no quería saber nada. Winters se acercó a su litera, le cogió ambos pies mientras aún se encontraba dentro del saco de dormir y se los colocó encima del hombro.

—¿Piensas levantarte?

—Vete, déjame en paz.

Winters vio que la jarra de agua estaba medio llena. Sin soltar los pies de Nixon que sostenía sobre el hombro, tomó la jarra y se dispuso a dejar caer su contenido sobre la cara de Nixon. Éste abrió los ojos. Estaba horrorizado. «¡No! ¡No!», imploró. Demasiado tarde, el líquido ya caía sobre su rostro. Sólo entonces Winters se dio cuenta de que Nixon no había salido fuera para orinar el licor que había bebido la noche anterior, utilizando la jarra a modo de orinal improvisado.

Nixon gritó, lo insultó y luego se echó a reír. Los dos oficiales decidieron ir a Nimega a investigar qué había de cierto en el rumor de que en la ciudad había duchas con agua caliente para los oficiales.

La campaña siguió su curso. El creciente descenso de la temperatura aumentaba el efecto desolador de las lluvias diarias. Por último, a finales de noviembre, unidades canadienses comenzaron a reemplazar a la 101. El turno de la Compañía E llegó en la noche del 24 al 25 de noviembre, cuando abandonó la línea del frente. Por la mañana, los hombres subieron a los camiones para regresar a Francia y disfrutar de un merecido descanso, recomponer el equipo, recibir soldados de reemplazo y ducharse, algo que los soldados no habían hecho en sesenta y nueve días.

La Compañía E había saltado sobre territorio holandés el 17 de septiembre con

154 hombres entre oficiales, suboficiales y soldados rasos. Se marchó de Holanda con 98 hombres. Los tenientes Brewer, Compton, Heyliger y Charles Hudson habían sido heridos, junto con cuarenta y cinco soldados. Los miembros de la Compañía E muertos en acción fueron William Dukeman, Jr., James Campbell, Vernon Menze, William Miller, James Miller, Robert Van Klinken. La compañía había sufrido sesenta y cinco bajas en Normandía, de modo que el total a finales de noviembre ascendía a 120 hombres (algunos de ellos habían sido heridos en ambas campañas), de los que ninguno era un prisionero de guerra.

Mientras los camiones avanzaban por la Carretera del Infierno, los holandeses se alineaban a uno y otro lado del recorrido para saludar a sus libertadores. «Diecisiete de septiembre», gritaban, mientras el largo convoy atravesaba Nimega, Uden, Veghel y Eindhoven.

Los hombres de la Compañía E no se sentían héroes conquistadores. El sargento Lipton lo resumió con estas palabras: «Arnhem Annie dijo por la radio: "Podéis escuchar nuestra música, pero no podéis caminar por nuestras calles". Tenía razón. No llegamos a Arnhem».

«Descanso, recuperación y pertrechos nuevos» Mourmelon-le-Grand

26 de noviembre - 18 de diciembre, 1944

A LAS 04:00 HORAS DEL 26 DE NOVIEMBRE, la Compañía E llegó al Campamento Mourmelon, situado en las afueras del pequeño pueblo de Mourmelon-le-Grand (cerca del pueblo de Mourmelon-le-Petit), a unos 30 kilómetros de la ciudad catedralicia y centro champañero de Reims. Mourmelon había sido un pueblo fortificado durante al menos 1998 años. Julio César y sus legiones romanas lo habían utilizado como terreno de acampada en el 54 a.C. El ejército francés había tenido barracones en ese lugar durante cientos de años y aún los conserva actualmente. Situado en la llanura que se extiende entre el río Mame al sur y el río Aisne al norte, sobre la tradicional ruta de invasión hacia París (o hacia el Rin, dependiendo de quién estuviese en la ofensiva), Mourmelon se alza en una región que había sido testigo de innumerables batallas a lo largo de los siglos. En tiempos más recientes, la zona había sido devastada entre 1914 y 1918, durante la Primera Guerra Mundial. Los sistemas de trincheras y los enormes cráteres producidos por los obuses de artillería se podían ver por doquier. Los soldados de infantería estadounidenses habían luchado en la zona en 1918, en Château-Thierry y Belleau Wood.

La transición de las tareas del frente de batalla a las propias de una guarnición fue rápida para los hombres de la Compañía E. El primer día en el campamento tuvieron la posibilidad de disfrutar de una ducha caliente y de lavar la ropa. El segundo día, la Compañía efectuó un ejercicio de marcha; al día siguiente hubo una formación de retreta regular con revista de tropa y posterior disparo de salvas. El 30 de noviembre se repartió la correspondencia atrasada y la moral de los hombres subió un 100%.

Uno podría haber pensado que después de más de dos meses en la línea del frente, los paracaidistas habrían querido dormir una semana seguida a pierna suelta. Pero después de una o dos experiencias de ese milagro que es el sueño nocturno de un soldado, los muchachos necesitaban una salida física para su energía y alguna forma disparatada de liberar la tensión acumulada. El 1 de diciembre todos los hombres consiguieron un permiso para ir a Reims. También lo obtuvieron los hombres de la 82.^a División Aerotransportada, que estaban acampados cerca de allí. La mezcla era explosiva. Aunque Reims estaba lleno de Policía Militar porque era el cuartel general de Eisenhower, había mucha bebida y, por lo tanto, muchos borrachos y muchos hombres con ganas de pelea.

«¿Qué coño está gritando esa águila?», le preguntaba un tío de la 82 a sus compañeros cuando encontraban a alguien que llevaba esa insignia en el hombro.

«¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!», era la respuesta. Y los puños salían a relucir. El 4 de diciembre, todos los pases para Reims fueron cancelados porque, como dijo uno de los paracaidistas, «los muchachos no sabían comportarse cuando estaban en la ciudad».

La División intentó canalizar un poco de ese exceso de energía ordenando marchas de 10 kilómetros, revistas y mucho ejercicio físico. También se organizaban partidos de béisbol, baloncesto y fútbol americano. Se logró que la Fuerza Aérea trasladara desde Inglaterra todo el material necesario para poder jugar a fútbol americano. Se realizaron pruebas de aptitud para un partido de la Champagne Bowl de Navidad entre los regimientos 506.º y 502.º; los integrantes de ambos equipos entrenaban durante más de tres horas cada día. En cuanto a otras formas de entretenimiento, la División contaba con tres salas de cine y abrió un club de la Cruz Roja. La comida era excelente.

Varios días después de su llegada a Mourmelon, los hombres recibieron su paga en el comedor al acabar la cena. El sargento Malarkey se dirigía hacia la puerta con su dinero cuando vio que se había organizado una partida de dados. Uno de los participantes parecía tener la mano caliente, pues había acumulado un gran fajo de billetes. Malarkey pensó que no podría seguir con esa racha y comenzó a apostar contra el tirador. En unos minutos perdió la paga de tres meses. Abandonó el comedor pensando en lo imbécil que había sido, no por el hecho de jugar, sino por haber perdido todo el dinero que tenía sin haber lanzado los dados una sola vez.

Una vez en los barracones se encontró con Skip Muck. Allí también estaban jugando a los dados. Malarkey le preguntó a Muck si tenía intención de entrar en la partida. Éste le dijo que no, que estaba cansado de quedarse sin blanca; además, sólo le quedaban 60 dólares después de haber pagado las deudas de juego pendientes. Entonces Malarkey le pidió prestados los 60 dólares y entró en la partida. En quince minutos logró reunir un buen montón de francos franceses, libras esterlinas, dólares, francos belgas y florines holandeses. (Las discusiones acerca del tipo de cambio en esas partidas de dados eran terribles; de alguna manera, aquellos tipos, la mayoría de los cuales había odiado las matemáticas —y suspendido en los exámenes— en el instituto, sabían hacer todos los cálculos.)

Malarkey llevó su dinero recién ganado al club de suboficiales y entró en una partida en la que había alrededor de veinte jugadores. Apostó 60 dólares —la cantidad que le había pedido prestada a Muck— y ganó. Repitió la jugada y volvió a ganar. Y otra vez. Y otra más. En el último lanzamiento de los dados tenía 3000 dólares. Y ganó.

Tenía miedo de abandonar la partida llevando más de 6000 dólares, que era casi la nómina de toda la compañía. Metió los francos, que eran los billetes de más valor nominal, en sus bolsillos y siguió jugando hasta que perdió todo el dinero de menos

valor, estadounidense, británico, holandés y belga. Cuando regresó a los barracones le devolvió a Muck los 60 dólares que le había prestado más una propina de 500 dólares. Aún le quedaban 3600 dólares.

Los hombres se dedicaron a mejorar el estado de los barracones. Sus ocupantes más recientes habían sido dos divisiones de infantería alemana más varios escuadrones de caballería ligera. Las órdenes del día alemanas, pósters de propaganda y similares cubrían las paredes. Todo eso desapareció, se eliminaron los desperdicios de los caballos, se repararon las literas y se mejoraron las letrinas y los caminos. «Y a través de todo eso como si fuese una hebra de hilo brillante —declaró el álbum de recortes Currahee del 506.º —latía la anticipación de los pases para ir a París. Mañana, tarde y noche, en cualquier lugar en el que estuvieses podías oír que los hombres hablaban de ello».

La política de la División era que los hombres viajasen a París por compañías, una cada vez. Los que visitaban la capital francesa regresaban con historias que superaban a las que habían contado sus padres después de haber visitado París en 1918-1919. Aquellos que estaban esperando hablaban sin cesar de todo lo que harían cuando llegaran a la ciudad.

Algunos hombres consiguieron pases, que sólo en un par de casos fueron desperdiciados. Dick Winters consiguió un pase; viajó a París, tomó el metro, fue hasta el final de la línea y descubrió que había subido al último tren del día. Ya era de noche, la ciudad estaba a oscuras para evitar los ataques aéreos y tuvo que regresar andando al hotel, llegó pasada la medianoche y al día siguiente regresó a Mourmelon. «Aquella fue mi gran noche en París». El soldado Bradford Freeman un muchacho de Lowndes County, Mississippi, también consiguió un pase para París. Cuarenta y seis años más tarde recordó su único día en la Ciudad Luz: «No me interesaba nada de lo que veía, así que regresé al campamento».

Aparentemente no había ninguna prisa en regresar a París, ya que la impresión general era que los paracaidistas se quedarían en aquel campamento hasta que volviera el buen tiempo en primavera para reanudar la campaña. Entonces pensaban saltar sobre Alemania, al otro lado del Rin. Esta impresión se vio reforzada cuando el general Taylor voló a Estados Unidos para participar en varias reuniones donde se abordaron algunos cambios en la organización y el equipamiento de las divisiones aerotransportadas norteamericanas. El 10 de diciembre ya era una certeza, cuando el asistente del general Taylor, el general de brigada Gerald Higgins, voló a Inglaterra acompañado de cinco oficiales de alta graduación de la 101 para dar una serie de conferencias sobre la Operación Market-Garden. El mando pasó al general de brigada Anthony McAuliffe, el comandante de artillería de la división.

Los veteranos regresaban del hospital y llegaban nuevos reclutas. Buck Compton se reincorporó a la compañía, recuperado ya de las heridas que había sufrido en Holanda. El teniente Jack Foley, que había llegado como reemplazo durante la última semana que habían pasado en Holanda, se convirtió en ayudante del jefe del 2.º pelotón al mando del teniente Compton. «Los hombres —recordó Foley— eran una mezcla de curtidos veteranos de combate, algunos de ellos sólo con Holanda como experiencia bélica, y reclutas de reemplazo recién llegados».

Los reclutas de reemplazo, chicos de dieciocho y diecinueve años que acababan de aterrizar de Estados Unidos, tenían los ojos abiertos como platos. Aunque los veteranos sólo eran uno o dos años mayores que ellos, para los reclutas tenían un aspecto aterrador. Se suponía que deberían haber entregado toda la munición real antes de abandonar Holanda, pero prácticamente ninguno de ellos había cumplido aquella orden. Se paseaban por el Campamento Mourmelon con granadas de mano colgadas de los cinturones, llevando sus machetes y otras armas no autorizadas. Para los reclutas, parecían un puñado de asesinos de la Legión Extranjera francesa. Para los veteranos, por su parte, aquellos novatos eran «tiernos». El jefe de la compañía, el teniente Dike, Welsh, Shames, Foley, Compton y el resto de los oficiales trabajaban duramente para mezclar a los reclutas en el conjunto, para adaptarlos a los niveles de trabajo en equipo y a las capacidades individuales, pero era una tarea difícil porque los veteranos no se tomaban en serio las maniobras de entrenamiento.

Hacia finales de la segunda semana de diciembre, el 65% de los efectivos de la compañía eran reclutas. Dike estaba al mando de la compañía, Welsh era el segundo comandante y contaban con dos tenientes por pelotón más uno de reserva. Los comandantes de las fuerzas aerotransportadas esperaban que, en la próxima acción, el mayor número de bajas se produjeran entre los oficiales subalternos. Para entonces, Welsh era el oficial en activo más antiguo de la Compañía, y no había estado en Toccoa. Sólo Welsh y Compton habían estado en Normandía con la Compañía E; Welsh, Compton, Dike, Shames y Foley habían pasado algún tiempo en Holanda.

Los suboficiales eran quienes proporcionaban continuidad y mantenían la Compañía unida. Entre los suboficiales que habían comenzado su andadura en el campamento de Toccoa como soldados rasos estaban Lipton, Talbert, Martin, Luz, Perconte, Muck, Christenson, Randleman, Rader, Gordon, Toyne, Guarnere, Carson, Boyle, Guth, Taylor, Malarkey y otros. El hecho de que un número tan grande de sus oficiales en Toccoa se encontrase en el estado mayor del 506.º Regimiento o del 2.º Batallón ayudaba a que la Compañía E conservase su coherencia. Entre ellos estaban el mayor Hester y el capitán Matheson (en el estado mayor del regimiento) y los capitanes Winters y Nixon (segundo comandante y oficial de inteligencia en el estado mayor del batallón). En conjunto, sin embargo, después de dieciocho meses de combate, la Compañía E tenía nuevos oficiales y nuevos soldados rasos. Pero su

núcleo, el cuerpo de suboficiales, seguía compuesto por los hombres que habían estado en Toccoa siguiendo al capitán Sobel arriba y abajo del monte Currahee en aquellos sofocantes días de agosto de 1942.

Muchos de los hombres que les habían acompañado durante todas aquellas carreras agotadoras en el monte Currahee se encontraban ahora en varios hospitales de Inglaterra. Algunos de ellos jamás volverían a correr. Otros, con heridas superficiales, estaban en proceso de recuperación. En el 110.º Hospital General estadounidense, cerca de Oxford, tres miembros del 1.º pelotón de la Compañía E estaban en la misma sala. Webster, Liebgott y el cabo Thomas McCreary habían sido heridos el 5 de octubre, Webster en una pierna, Liebgott en el codo y McCreary en el cuello. En su diario, Webster describía a sus compañeros: «El peso ligero Liebgott, ex taxista en San Francisco, era el tipo más flaco y, en momentos no relacionados con el dinero, más divertido de la Compañía E. Además de ser uno de los pocos judíos en el cuerpo de paracaidistas. Asimismo, junto con McCreary, eran unos vejstorios que rondaban la treintena, los de más edad de la Compañía. McCreary era un tipo pequeño, generoso y despreocupado que, según él, había sido criado con una botella de cerveza y educado en el "Motor Inn" de Pittsburgh».

Según Webster: «El lugar más divertido en el hospital era la sala de amputados, en la cual la mayoría de los muchachos, sabiendo que la guerra había terminado para ellos, reían, bromeaban y hablaban de la vuelta a casa». Webster no se equivocaba cuando decía «la mayoría» y no «todos», ya que algunos de aquellos que habían recibido la herida del millón de dólares ^[27] no hubiesen dado un duro por ella. Leo Boyle, ingresado en otra sala del 110, le escribió a Winters: «Estimado señor, ahora que he llegado hasta aquí, ¡maldita sea si tengo idea de lo que debo escribir!

«Después de dos experiencias puedo decir que no es la conmoción de la herida lo que te preocupa. Es la certeza de que has quedado fuera de juego (del combate) durante algún tiempo; en mi caso, un largo tiempo».

No espero estar en pie antes de Navidad. Pero sí espero estar como nuevo algún día. No hay daños en el hueso, sólo heridas en músculos y tejidos y una gran zona donde resulta complicado hacer injertos.

»Y, señor, espero que sepa cuidarse (mejor de lo que he podido ver personalmente) porque hay muy pocos como usted y ninguno que pueda reemplazarle». Añadió al pie de la carta que Webster, Liebgott, Leo Matz, Paul Rogers, George Luz y Bill Guarnere, todos residentes en el 110 por diferentes períodos, habían ido a visitarle.

Cuarenta y cuatro años más tarde, Boyle escribió: «Nunca me resigné del todo a la separación de mi vida como paracaidista; estar separado de mis compañeros y no

volver a saltar nunca más. Estaba "enganchado" o era un adicto a esa vida. Me sentía engañado y a menudo me mostraba amargado y deprimido por esa razón durante el año que estuve de recuperación en los hospitales».

Lieb Gott solicitó, y obtuvo, el alta médica y la vuelta al servicio. Lo mismo hicieron McCreary, Guarnere y otros. Como ya hemos señalado en capítulos anteriores, la causa no era que ansiaran volver al combate sino que sabían que tendrían que combatir de nuevo y querían hacerlo con la Compañía E. «Si pudiese elegir —escribió Webster a sus padres—, no volvería a combatir nunca más. Pero al no tener alternativa, regresaré a la Compañía E y me prepararé para el próximo salto. Si muero, espero que sea una muerte rápida». En otra carta escribió: «La toma de conciencia de que no hay salida, de que saltaremos sobre Alemania y luego nos llevarán al Pacífico para la batalla en China, no deja mucho lugar para el optimismo. Al igual que les sucede a los muchachos de la infantería, nuestra única salida es ser heridos y evacuados».

Webster pasó a la sala de rehabilitación y luego, hacia finales de diciembre, al 12.º Cuartel de Reemplazo en Tidworth, Inglaterra. Este cuartel, como su homónimo el 10.º, era famoso en la Fuerza Expedicionaria Aliada por el sadismo de su comandante, su ineficacia, sus métodos absurdos, la suciedad, la pésima comida y las condiciones generales que apenas se diferenciaban de las que caracterizaban a una prisión militar. Evidentemente, la idea del Ejército era ponerles las cosas tan mal a los veteranos recuperados de sus heridas, o parcialmente recuperados, o al menos capaces de caminar sin ayuda, que consideraran el regreso a la línea del frente como una evidente mejora. Jim Alley, herido durante la campaña en Holanda, se recuperó en un hospital inglés, se largó sin autorización oficial del 12.º Cuartel de Reemplazo y viajó hasta el puerto de Le Havre y de allí a Mourmelon, adonde llegó el 15 de diciembre. Guarnere y otros hicieron lo mismo.

Webster no lo hizo. Hacía mucho tiempo que había adoptado como una norma de su vida en el Ejército no hacer nunca nada de forma voluntaria. Era un intelectual, tanto un observador y un cronista del fenómeno de la vida militar como un practicante de esa vida. Era casi el único hombre que había comenzado el entrenamiento en Toccoa que nunca alcanzó el grado de suboficial. Varios oficiales quisieron nombrarlo jefe de escuadra, pero él siempre se negó. Estaba allí para cumplir con su deber, y lo hizo —jamás abandonó a un compañero en situación de combate, ya fuese en Francia, Holanda o Alemania— pero jamás se presentó voluntario a ninguna misión y rechazó los ascensos.

El estado de excitación era elevado en Mourmelon. Ahora que la Compañía E estaba en un campamento más o menos permanente, los hombres podían esperar un correo más regular y que los paquetes de Navidad llegasen a su destino cuando ellos

estaban allí. Y también podían anticipar los permisos para viajar a París; con mucha suerte, la Compañía E podría estar en París para Nochevieja. Y estaba la disputa de la Champagne Bowl en Navidad, seguida de una cena con el tradicional pavo relleno. Las apuestas para el partido de fútbol americano ya eran muy importantes y los entrenamientos eran cada vez más duros y prolongados.

El futuro después de Navidad parecía muy bueno, desde la perspectiva de una compañía de fusileros en medio de la guerra más grande jamás librada por el hombre. La Compañía E no entraría en combate al menos hasta mediados de marzo. Entonces tendría que saltar sobre Alemania y, después de eso, viajar al teatro de guerra del Pacífico para luchar en China o saltar sobre Japón. Pero todo eso quedaba demasiado lejos. La Compañía E se preparó para disfrutar de la Navidad.

En Mourmelon, los sargentos disponían de sus propios barracones. En la noche del 16 de diciembre, Martin, Guarnere y algunos otros consiguieron una caja de botellas de champán y la llevaron a sus barracones. No estaban acostumbrados a ese vino espumoso. Martin descorchó un par de botellas; los otros sargentos acercaron los vasos de sus cantimploras; Martin los llenó hasta el borde.

—¡Joder, Johnny —exclamó Christenson—, si no es más que gaseosa, por todos los diablos!

Bebieron uno de los mejores champanes del mundo como si fuese efectivamente gaseosa, con los resultados inevitables. Se produjo una pelea, «y debo confesar que yo participé en ella —admitió Martin—; dimos la vuelta a las literas, los clavos quedaron a la vista y yo me clavé uno de ellos en un pie; aquello fue una verdadera batalla».

El sargento primero Lipton llegó a los barracones, echó un vistazo y comenzó a gritar:

—Se supone que sois líderes. ¡Un puñado de sargentos haciendo todo este desastre...!

Les ordenó que limpiasen y ordenasen el barracón antes de irse a dormir.

Aquella misma noche, Winters y Nixon eran los dos únicos oficiales de estado mayor del batallón presentes en el cuartel general. El resto se había marchado a París. El soldado Joe Lesniewski fue a ver una película a uno de los cines que había en Mourmelon. Era un filme con Marlene Dietrich como protagonista femenina. Gordon Carson se fue a la cama temprano ya que debía estar preparado para el entrenamiento del equipo de fútbol americano del día siguiente.

Winters y Nixon se enteraron por la radio de que todos los pases y permisos habían sido cancelados. En la sala de cine se encendieron las luces y un oficial subió al escenario para anunciar que los alemanes habían roto el frente en las Ardenas. En los barracones, Carson, Gordon y los otros fueron despertados por el encargado de los barracones, quien encendió las luces y les informó del ataque alemán. «¡Cierra la

boca!», respondieron los hombres. «¡Lárgate de aquí!». Era un problema del VIII Cuerpo, un problema del Primer Ejército, no de ellos. Volvieron a dormirse.

Pero por la mañana, cuando la Compañía formó después del toque de diana, el teniente Dike les dijo: «Después del desayuno, quiero que se preparen sin perder tiempo». No se trataba de un ejercicio de entrenamiento como de costumbre. «Estarán todos preparados», fueron las órdenes. Dike les dijo que mataran el tiempo limpiando los barracones. Evidentemente lo que estaba sucediendo en aquel momento en las Ardenas afectaría a la 82 y la 101 después de todo.

Hitler lanzó su última ofensiva el 16 de diciembre en las Ardenas, a una escala mucho mayor que su ofensiva de 1940 en el mismo lugar contra el Ejército francés. La sorpresa fue total. El servicio de inteligencia norteamericano en las Ardenas calculó en cuatro divisiones las fuerzas alemanas que se enfrentaban al VIII Cuerpo. En realidad, el 15 de diciembre la Wehrmacht tenía veinticinco divisiones en el Eifel, al otro lado de las Ardenas. Los alemanes habían conseguido una sorpresa a una escala comparable a la Operación Barbarroja en junio de 1941 o al ataque japonés sobre Pearl Harbor.

La sorpresa se consiguió, como la mayoría de las sorpresas en la guerra, porque los defensores fueron culpables de un grave exceso de confianza. Incluso después del fracaso de la Operación Market-Garden, los Aliados pensaron que los alemanes estaban en las últimas. En el cuartel general de Eisenhower, la gente pensaba en lo que los ejércitos aliados podían hacerles a los alemanes, en modo alguno en aquello que los alemanes podían hacerles a ellos. La sensación era que si podían llevarles detrás del Muro Occidental, entonces acabarían el trabajo. Y esa actitud recorrió todo el escalafón hasta llegar a los soldados rasos. El sargento George Koskimaki, de la 101, escribió en su diario el 17 de diciembre: «Ha sido otro domingo tranquilo... La radio anunció un importante ataque alemán en el frente del Primer Ejército. Esto acabará ya de romper la espalda de los ejércitos alemanes». [28]

Los atacantes hicieron un buen trabajo de ocultación y engaño. Reunieron dos ejércitos junto al Eifel sin que el servicio de inteligencia aliado siquiera advirtiera su presencia. Mediante un uso inteligente del tráfico de emisiones por radio, consiguieron que el G-2 de Eisenhower mirase hacia el norte de las Ardenas esperando un contraataque alemán (absolutamente nadie en el campo aliado hubiese imaginado ni por un momento que una contraofensiva alemana fuera posible). Seis meses antes, en vísperas del Día D, Eisenhower y sus oficiales habían hecho una lectura casi perfecta del orden de batalla de los alemanes en Normandía. En diciembre, en vísperas del ataque alemán, Eisenhower y sus oficiales hicieron una lectura realmente chapucera del orden de batalla alemán.

Los Aliados también estaban muy engañados respecto de la voluntad de lucha de los alemanes, de la situación material alemana, de la audacia de Hitler y de la capacidad de los oficiales alemanes en maniobras ofensivas (los generales estadounidenses en el campo aliado no tenían ninguna experiencia de defensa ante una ofensiva alemana).

El resultado de todo ello fue la mayor batalla librada en el Frente Occidental durante la Segunda Guerra Mundial y la batalla más grande jamás librada por el ejército estadounidense. Las pérdidas humanas fueron muy elevadas: de los 600 000 soldados estadounidenses que tomaron parte en ella, casi 20 000 murieron y 40 000 resultaron heridos. Dos divisiones de infantería fueron aniquiladas; en una de ellas, la 106 División, 7500 hombres se rindieron, la rendición masiva más grande en la guerra contra Alemania. Aproximadamente 800 tanques Sherman y otros vehículos blindados fueron destruidos.

La batalla se inició en el frío y brumoso amanecer del 16 de diciembre. Los alemanes consiguieron romper las defensas aliadas por varios puntos a través de las débiles líneas establecidas por el VIII Cuerpo. Hitler había confiado en el mal tiempo para restarles a los Aliados su mayor ventaja, el poder aéreo (en tierra, tanto en número de efectivos como en el de vehículos blindados, los alemanes superaban claramente a los estadounidenses). Por otra parte, Hitler también había contado con la sorpresa, que consiguió, y con una respuesta lenta por parte de los estadounidenses. Pensó que a Eisenhower le llevaría dos o tres días reconocer la magnitud del esfuerzo que estaban haciendo los alemanes, otros dos o tres días para persuadir a sus superiores de que debían suspenderse las ofensivas aliadas al norte y al sur de las Ardenas, y dos o tres días más para empezar a enviar refuerzos importantes al campo de batalla. Para entonces esperaba que los blindados alemanes hubiesen llegado ya hasta Amberes.

Fue la última de sus suposiciones equivocadas. En la mañana del 17 de diciembre, Eisenhower tomó las decisiones más críticas de toda la batalla, y lo hizo sin consultar a nadie fuera de su propio estado mayor. Declaró la ciudad de Bastogne, un cruce de caminos estratégico, como el lugar que debía defenderse y mantenerse a cualquier precio. (Bastogne se alza en un terreno relativamente llano dentro de la región predominantemente montañosa de las Ardenas, razón por la que las carreteras de la zona convergen en la ciudad.) Debido a sus ofensivas al norte y al sur de las Ardenas, Eisenhower no disponía de ninguna reserva estratégica, pero sí podía contar con la 82 y la 101, con sus hombres descansados y reaprovisionados. Entonces decidió que utilizaría a los paracaidistas para que cubriesen los agujeros abiertos en sus líneas y para que mantuvieran Bastogne.

Por último, Eisenhower destrozó las suposiciones de Hitler incorporando al juego su arma secreta. En un momento en que gran parte del Ejército alemán dependía de la

tracción sangre, los estadounidenses contaban con varios miles de camiones y remolques en Francia. Estaban siendo usados para transportar tropas, material y gasolina desde las playas de Normandía hasta el frente. Eisenhower ordenó que dejaran todo lo que estaban haciendo y comenzaran a transportar de inmediato a sus refuerzos a las Ardenas.

La respuesta sólo puede calificarse de increíble. Sólo el 17 de diciembre, 11 000 camiones y remolques trasladaron 60 000 hombres, además de municiones, combustible, suministros médicos y otro material, a la región de las Ardenas. En la primera semana de la batalla, Eisenhower fue capaz de mover 250 000 hombres y 50 000 vehículos hacia el campo de batalla. Esto era movilidad en grado superlativo. Fue un logro sin precedentes en la historia de la guerra. Ni siquiera en Vietnam, ni siquiera durante la guerra del Golfo en 1991, fue capaz el ejército estadounidense de mover esa cantidad impresionante de efectivos y equipo con tanta celeridad.

La Compañía E cumplió con su papel en este inmenso drama, gracias al Cuerpo de Transportes y a los conductores, en su mayoría soldados negros del famoso Red Ball Express. A las 20:30 horas del 17 de diciembre, las órdenes de Eisenhower de que las divisiones 82 y 101 debían ir hacia el norte en dirección a Bastogne llegó a los cuarteles generales de las divisiones. La noticia se propagó a los regimientos, batallones y compañías: había que prepararse para el combate, los camiones llegarían por la mañana. «¡Nos vamos!»

—Yo no —dijo Gordon Carson—. Me estoy preparando para el partido de fútbol americano de Navidad.

—No, no lo estás —le dijo el teniente Dike.

Comenzaron los frenéticos preparativos. Mourmelon no tenía un depósito de municiones, los hombres sólo contaban con las municiones que habían traído de Holanda, y no había dónde conseguir más. La Compañía E aún no disponía de todos sus hombres, ni tampoco del equipo necesario. Algunos hombres ni siquiera tenían cascos (disponían de cascos de fútbol americano, pero no de acero). A la Compañía le faltaban un par de ametralladoras con sus respectivas dotaciones. Los hombres no habían recibido el equipo de invierno. Sus botas no estaban forradas ni eran impermeables. Tampoco contaban con calzoncillos largos de invierno ni calcetines de lana. Consiguieron reunir algunas cosas, pero no era suficiente. Incluso las raciones K eran insuficientes. Cuando la Compañía E marchó para enfrentarse a las fuerzas de la Wehrmacht en la que sería la última y más importante ofensiva alemana, no disponía de suficientes efectivos, estaba inadecuadamente vestida e insuficientemente armada.

También marchaba a ciegas. Como ni siquiera el general McAuliffe conocía aún el destino de la 101, obviamente el coronel Sink no podía dar instrucciones al capitán Winters, quien a su vez no podía dar instrucciones al teniente Dike. Todo lo que se

sabía era que los alemanes habían abierto un gran boquete en la línea, que las fuerzas norteamericanas estaban en plena retirada, que alguien debía encargarse de cerrar esa brecha y que ese alguien era el Cuerpo Aerotransportado. Las condiciones climatológicas hacían del todo imposible un lanzamiento en paracaídas y, en cualquier caso, resultaba dudoso que se hubiesen podido reunir suficientes C-47 para hacer frente a esas necesidades. En cambio, el Cuerpo de Transportes, actuando con rapidez, reunió a todos los vehículos que tenía en territorio francés, pero especialmente los del área entre Le Havre y París. La Policía Militar detenía a los camiones, las fuerzas del Servicio de Suministros los descargaban y los conductores —muchos de los cuales llevaban varias horas en la carretera y necesitaban un descanso con urgencia— recibían órdenes de dirigirse a Mourmelon sin detenerse bajo ninguna circunstancia.

El proceso se inició al anochecer del 17 de diciembre. A las 09:00 horas del 18 de diciembre, los primeros camiones y remolques comenzaron a llegar a Mourmelon. El último de los 380 camiones necesarios para el transporte de los 11 000 hombres que componían la 101 llegó al campamento a las 17:20 horas. A las 20:00 horas, el último hombre subía al camión.

Justo antes de que la Compañía E se marchara del campamento, a Malarkey le dio un ataque de pánico. Recordó que llevaba 3600 dólares en el cinturón. Le pidió ayuda al teniente Compton; éste lo puso en contacto con el oficial tesorero de la división, quien le dijo que él se encargaría de depositar el dinero, pero que si lo hacía, Malarkey no podría recuperarlo hasta que fuese licenciado. Para Malarkey no había ningún problema; le entregó el dinero y se guardó el recibo. Subió a su remolque con el feliz pensamiento de que, una vez acabada la guerra, podría regresar a la Universidad de Oregón y no tendría necesidad de fregar platos para pagarse la carrera.

«Íbamos apretados como sardinas», recordó el soldado Freeman. El capitán Winters utilizó una metáfora diferente: «En esos camiones eras como un animal, nos metieron allí como si fuesen camiones de ganado». Mientras los camiones abandonaban Melancourt, Carson pensó en el entrenamiento de fútbol americano, lo comparó con su situación de aquel momento, y comenzó a cantar *What a Difference a Day Makes*.

Los camiones no tenían bancos y parecía que tampoco amortiguadores. En cada curva los hombres caían unos sobre otros y los baches en la carretera los lanzaban rebotados al aire. Era muy duro para los riñones —sólo había un momento de alivio, cuando los camiones se detenían para que el convoy se reagrupara— y las piernas. Los camiones viajaron con las luces encendidas hasta llegar a la frontera belga, un riesgo calculado en beneficio de la velocidad.

Mientras los paracaidistas transportados en camiones todavía se encontraban en la carretera, el mando del VIII Cuerpo decidió dónde los utilizaría. La 82 se dirigiría al flanco norte de la penetración, cerca de St. Vith. Los hombres de la 101 irían directamente a Bastogne.

Los camiones que transportaban a la Compañía E se detuvieron a unos pocos kilómetros fuera de Bastogne. Los hombres saltaron a tierra —un salto de compuerta de cola lo llamaron—, orinaron, se estiraron, flexionaron las piernas unas cuantas veces y formaron en columnas para marchar hacia Bastogne. Desde donde estaban podían oír claramente el fragor de la batalla. «Ahí vamos otra vez», dijo el soldado Freeman.

Las columnas emprendieron la marcha a ambos lados de la carretera y hacia el frente; por el centro de la carretera venían las tropas norteamericanas derrotadas, huyendo del frente como si fuese una multitud en desbandada. Muchos habían arrojado sus fusiles, sus abrigo, todo aquello que les estorbara. Algunos estaban en estado de pánico, tambaleantes, agotados, gritando: «¡Corred! ¡Corred! ¡Os liquidarán! ¡Os matarán a todos! ¡Tienen de todo, tanques, ametralladoras, aviones, de todo!».

«Farfullaban —recordó Winters—. Era una escena patética. Nos sentimos avergonzados».

Cuando la E y otras compañías del 2.º Batallón reanudaron la marcha hacia Bastogne (sus habitantes les habían preparado café caliente, pero poco más), la prioridad en cada uno de los hombres era la munición. «¿Dónde están las municiones? No podemos luchar sin municiones». La horda en retirada les proporcionó algunas. «¿Tienes municiones?», preguntaban los paracaidistas a aquellos soldados que no habían sido presa del pánico. «Por supuesto, tío, encantado de dejártelas». (Gordon apuntó sardónicamente que despojándose de las municiones, los hombres que se retiraban del frente se liberaban a sí mismos de la obligación de mantener la posición y luchar.) Aun así, la Compañía E marchó hacia el campo de batalla sin suficiente dotación de municiones.

Al llegar a las afueras de Bastogne se dirigieron hacia el noreste, donde el fuego de artillería era más intenso. Muy pronto se sumó el fuego de armas ligeras. «¿Dónde coño están las municiones?»

El teniente segundo George C. Rice, de la Fuerza Desobry, perteneciente al Grupo de Combate B de la 10.^a División Blindada (que se había retirado bajo una fuerte ofensiva desde Noville a través de Foy), se enteró de la escasez de municiones de los hombres recién llegados a la zona de combate. Saltó a su jeep y condujo hasta Foy, donde cargó su vehículo con cajas de granadas de mano y cargadores de M-1, dio media vuelta y fue al encuentro de la columna que salía de Bastogne. Repartió su cargamento a medida que los soldados pasaban a su lado, comprendió que aquellas

municiones no eran suficientes y regresó al depósito de suministros en Foy. Allí encontró un camión, cargó el jeep y el camión con armas y municiones, regresó a toda velocidad hacia la columna de paracaidistas y ordenó a sus hombres que fuesen lanzando el cargamento desde ambos vehículos. Oficiales y soldados rasos se pusieron a cuatro patas para recoger los cargadores con munición para el M-1. El ruido de la batalla, unido al pánico que se reflejaba en los rostros de los soldados que se retiraban de la línea del frente, hizo evidente que iban a necesitar cada bala que pudieran conseguir. El teniente Rice continuó realizando viajes de ida y vuelta hasta que todos los hombres tuvieron sus municiones. [29]

Mientras la Compañía E avanzaba hacia Foy, el fragor de la batalla aumentaba en intensidad. El 1.º Batallón del 506.º, que se encontraba más adelante, en Noville, manteniendo una furiosa lucha contra los alemanes, estaba sufriendo una grave derrota. El coronel Sink decidió enviar el 3.º Batallón a Foy y utilizar al 2.º Batallón para proteger su flanco derecho. La Compañía E se adentró en un área de bosques y campo abierto, su flanco izquierdo sobre la margen oriental de la carretera Bastogne-Foy-Noville. La Compañía F estaba a su derecha y la Compañía D en la reserva.

Los sonidos de la batalla estaban cada vez más cerca. Hacia la retaguardia, al sur de Bastogne, los alemanes estaban a punto de cortar la carretera y completar el cerco del área de la ciudad. La Compañía carecía de apoyo aéreo y de artillería. Escaseaban la comida, los obuses de mortero y el equipo necesario, y carecía por completo de ropa de invierno a pesar de que la temperatura comenzaba a descender por debajo de los cero grados. Pero gracias al teniente segundo Rice, tenía granadas y munición de M-1.

El álbum de recortes Currahee habló por la Compañía E, por el 2.º Batallón, por el 506.º: «No nos sentimos especialmente entusiasmados por estar aquí. Los rumores dicen que los boches se encuentran por todas partes y están golpeando duro. Nada más lejos de tu cabeza que la idea de retroceder. De hecho, esa idea no existe. Y, por lo tanto, cavas tu agujero con cuidado y bien profundo, y esperas, no a ese legendario superhombre, sino al enemigo al que ya has derrotado dos veces y al que volverás a vencer. Miras primero a la izquierda, luego a la derecha, a tus compañeros que también se preparan para el combate. Te sientes seguro con Bill a tu lado. Sabes que puedes depender de él».

«Los muy cabrones nos han rodeado»

Bastogne

19 - 31 de diciembre, 1944

EL 19 DE DICIEMBRE, LA COMPAÑÍA E avanzó hacia la línea sur de Foy como parte del perímetro defensivo de Bastogne. Era, de hecho, una de las carretas de ese círculo. En su interior se encontraban la 101 División Aerotransportada, el Grupo de Combate B de la 10.^a Blindada, más el 463 Batallón de Artillería de Campaña. Contra esta fuerza, los alemanes lanzaron quince divisiones, cuatro de ellas blindadas, apoyadas por fuego de artillería pesada.

La lucha fue terrible y cruenta. Durante los días 19 y 20, el 1.º Batallón del 506.º, apoyado por la Fuerza Desobry de la 104 División Blindada, se enfrentó a la 2.^a División Panzer en Noville, al noreste de Foy. El 19 de diciembre, cuando el batallón retrocedió más allá de Foy, había perdido trece oficiales y 199 soldados (de un total de 600 aproximadamente). Junto con la Fuerza Desobry, había conseguido destruir al menos treinta tanques enemigos e infligido entre 500 y 1000 bajas a los alemanes. Y lo que era más importante aún, había mantenido su posición durante cuarenta y ocho horas, mientras se establecían las defensas alrededor de Bastogne.

La E y otras compañías necesitaban imperiosamente ese tiempo, ya que la situación en el perímetro defensivo era fluida y confusa. El flanco izquierdo de la Compañía E se encontraba en la carretera que comunicaba Bastogne con Noville, unida al 3.^{er} Batallón en el lado opuesto. La Compañía D, desplegada en el flanco derecho del 2.º Batallón, cubría con sus efectivos la zona que llegaba hasta la estación de ferrocarril en Halt, pero no estaba unida al 501 Regimiento de Infantería Paracaidista. A Winters le preocupaba que el batallón no estuviese ocupando la posición correcta; envió a Nixon de regreso al cuartel general del regimiento para que lo comprobase. Éste regresó y le dijo que el batallón estaba donde se suponía que debía estar.

La posición que ocupaba la Compañía E se hallaba en un bosque que daba a un campo de pastoreo que descendía suavemente hacia el pueblo de Foy, que se encontraba aproximadamente a un kilómetro de distancia. Los árboles eran pinos con un diámetro de 20-25 cm y plantados en hileras. Los hombres cavaron trincheras individuales y hoyos de protección para formar la Línea Principal de Resistencia unos cuantos metros bosque adentro, con puestos de avanzada en el límite con el campo de pastoreo. Winters estableció el cuartel general del batallón justo detrás de la compañía en el límite sur del bosque. La primera noche en la línea de frente fue tranquila, incluso pacífica; la lucha se libraba en el norte, en Noville, a 4 kilómetros

de distancia.

En el amanecer del 20 de diciembre una densa niebla cubría los bosques y los campos. Winters se levantó y echó un vistazo a su alrededor. Hacia su izquierda descubrió a un soldado alemán que salía del bosque con su largo abrigo gris. No llevaba fusil y tampoco mochila. Se dirigió hacia el centro de un claro. Dos hombres que estaban con Winters se llevaron instintivamente los fusiles a los hombros, pero Winters les hizo señas de que no disparasen. Observaron al soldado alemán que se quitaba el abrigo, se bajaba los pantalones, se agachaba y evacuaba. Cuando hubo terminado, Winters gritó en su mejor alemán: «Kommen sie hier!». El soldado alzó las manos y avanzó hacia ellos para rendirse. Winters le revisó los bolsillos y sólo encontró unas cuantas fotografías y un trozo de pan negro duro como una piedra.

«Piense en esto —comentó Winters—. Aquí tenemos a un soldado alemán, a la luz del amanecer, que decide ir a cagar. Vaga por el bosque, atraviesa nuestras líneas, pasa junto al puesto de mando de la compañía ¡y acaba detrás del puesto de mando del batallón! ¡No hay duda de que aquella primera noche teníamos una excelente línea de defensa!»

Pero los soldados alemanes no fueron los únicos que se perdieron aquel día. El médico Ralph Spina y el soldado Ed «Babe» Heffron regresaron a Bastogne en busca de algunos suministros médicos. En el puesto de primeros auxilios, Spina consiguió algunas de las cosas que necesitaba (la 101 ya comenzaba a tener escasez de suministros médicos, un grave problema). Los dos hombres de la Compañía E disfrutaron de una comida caliente y, aunque detestaban la idea de abandonar la estufa, con la proximidad de la noche, ambos se alejaron de regreso a la línea defensiva.

Heffron sugirió que tomaran un atajo a través de una zona boscosa. Spina se mostró de acuerdo. Heffron iba en cabeza. De pronto cayó en una trinchera individual. Se oyó un grito de sorpresa. Luego una voz preguntó debajo de Heffron: «¿Hinkle, Hinkle, ist das du?»

Heffron saltó fuera del hoyo y salió corriendo en la dirección opuesta mientras gritaba: «¡Hinkle tu puta madre, boche!». Spina y él consiguieron reorientarse y finalmente llegaron al puesto de mando de la Compañía E.

(Spina, que recordaba perfectamente aquel incidente, concluyó: «Hasta el día de hoy, cada vez que me encuentro con «Babe» Heffron le pregunto cómo está Hinkle, si le ha visto últimamente».)

Los médicos eran los hombres más populares, respetados y apreciados de la compañía. Sus armas eran los botiquines de primeros auxilios, su lugar en la línea era allí donde un soldado gritaba que estaba herido. El teniente Foley sentía un afecto especial por el soldado Eugene Roe. «Estaba allí siempre que alguien le necesitaba y uno se preguntaba cómo diablos había hecho para llegar hasta "allí". Nunca recibió

ningún reconocimiento oficial por su valentía, sus heroicos servicios a los heridos. Yo le recomendé para la Estrella de Plata después de un combate terrible donde volvió a poner de manifiesto sus excelentes cualidades. Tal vez no supe emplear las palabras y frases adecuadas, quizás el teniente Dike no lo aprobó, o la recomendación se perdió en algún tramo de la cadena de mando. No lo sé. Sólo sé que si hubo un hombre que luchó en la nieve y el frío, en los muchos ataques en campo abierto y en los bosques, y que mereció esa medalla, ese hombre era nuestro médico, Gene Roe».

El 20 de diciembre, lo que quedaba del 2.º Batallón del 506.º Regimiento y de la Fuerza Desobry se retiró de Noville y pasó a la reserva. La Compañía E esperó un ataque que no se produjo; los daños infligidos por el 1.º Batallón eran tan grandes que los alemanes decidieron lanzar sus ataques sobre otros sectores del perímetro defensivo de Bastogne. La Compañía E tuvo que soportar bombardeos de artillería y morteros, pero ningún ataque de la infantería alemana.

El 21 de diciembre comenzó a nevar, una nieve suave y seca. El manto blanco comenzó a acumularse: 15 centímetros, 30 centímetros. La temperatura descendió bruscamente bastante por debajo de los cero grados y comenzó a soplar un viento helado, incluso en el bosque. Los hombres jamás habían pasado tanto frío en toda su vida. Su vestimenta consistía en botas de paracaidistas, uniforme de combate e impermeables. Nada de calcetines de lana o abrigos. Los mensajeros fueron a Bastogne y regresaron con sacos de harina y sábanas, que les proporcionaron un poco de calor y camuflaje. En los pozos de tirador y los puestos de avanzada, los hombres envolvían sus cuerpos con mantas y los pies con arpillera. El tejido rústico de la arpillera se empapaba con la nieve, las botas estaban permanentemente mojadas, los calcetines se humedecían, el frío penetraba hasta los huesos. Los temblores eran tan normales como la respiración. Los hombres parecían el ejército de George Washington en Valley Forge, excepto que a ellos les disparaban, no tenían cobertizos y las hogueras para calentarse eran una utopía.

El coronel Ralph Ingersoll, un oficial de inteligencia del Primer Ejército, describió el terrible frío de aquellos días: «Cuando atravesé las Ardenas yo llevaba ropa interior de lana, un uniforme de lana, pantalones de combate de la fuerza blindada, un suéter, una chaqueta de campaña de la fuerza blindada con puños elásticos, una bufanda, un impermeable forrado, dos gruesos pares de calcetines de lana y botas de combate dentro de chanclos... y no recuerdo haber sentido calor en ningún momento». [30]

Para los hombres de la Compañía E, sin calcetines decentes ni chanclos, los pies siempre fríos y húmedos, el pie de trinchera pronto se convirtió en un problema grave. El cabo Carson recordó que le habían enseñado que la manera de impedir el

pie de trinchera era masajearse regularmente los pies. De modo que se quitó las botas y se dio un buen masaje. En ese momento un obús alemán estalló contra un árbol encima de su hoyo de protección. Las astillas se clavaron en sus pies y penetraron en el muslo. Fue evacuado a Bastogne.

Cuando estaba en el hospital que habían establecido en la ciudad, «miré a mi alrededor. «Jamás había visto tantos hombres heridos. Llamé a uno de los médicos y le pregunté:

—Oye, ¿cómo es que tenéis a tantos tíos heridos aquí? ¿Estamos evacuando a todo el mundo?

—¿No te has enterado? —replicó el médico.

—No me he enterado de nada.

—Nos han rodeado... los muy cabrones».

El general McAuliffe se ocupó de que los heridos tuviesen alguna bebida alcohólica para que estuvieran más cómodos. Uno de los médicos le dio a Carson una botella de crema de menta. «Yo no tenía idea de qué era aquella bebida, pero aún hoy la sigo tomando». Aquella noche la Luftwaffe bombardeó la ciudad. Carson recordaba haberse apoyado en manos y rodillas sobre la cama cuando comenzaron las explosiones. Se descompuso. «Gracias a Dios que tenía aquel casco. Ya me había bebido media botella de crema de menta. El casco quedó teñido de verde».

En general, lo único que los hombres de la Compañía tenían para comer eran las inevitables raciones K, y en Mourmelon no se habían distribuido en cantidad suficiente para que alcanzara para todos los efectivos. Los cocineros de la compañía intentaban preparar algo de comida caliente una vez que anochecía, pero cuando llegaba a los hombres que vigilaban en los pozos de tirador, la comida se había enfriado. Consistía principalmente en judías blancas que, según la descripción del sargento Rader, «provocaban explosiones gastrointestinales que merecía la pena contemplar». El cocinero Joe Domingus encontró un poco de grasa de pastelería y harina de maíz, que convirtió en buñuelos de maíz, fríos como piedras cuando llegaron a los puestos avanzados. Los hombres mezclaban la limonada en polvo de sus raciones K con nieve para tomar como postre.

En la línea defensiva los días eran horribles y las noches aún peores. El bombardeo de la artillería alemana no era continuo, el fuego de ametralladora dirigido a los soldados estadounidenses era esporádico, pero los francotiradores alemanes se mostraban muy activos durante el día. Al caer la noche, el ominoso silencio era roto de pronto por el estallido de los proyectiles que lanzaban los morteros alemanes, seguido de los gritos de dolor de los heridos y las llamadas a ocupar las posiciones ante la eventualidad de que se produjese un ataque. Luego, nuevamente el ominoso silencio caía sobre el campo y el bosque helados.

Cada dos horas, los sargentos de pelotón despertaban a dos hombres de un pozo

de tirador y los llevaban hasta la posición del puesto de avanzada para que relevasen a los hombres de guardia. «El viaje hasta el puesto de avanzada era siempre pavoroso —recordó Christenson—. Todas las siluetas te resultan sospechosas y cualquier sonido te ponía en estado de alerta. Te acercas al puesto de avanzada con pies de plomo. Las siluetas de los hombres en sus posiciones no son claras... ¿Son alemanes? El suspense es siempre el mismo... Luego reconoces finalmente la forma de un casco norteamericano. Sintiéndote un tanto ridículo, aunque también visiblemente aliviado, das la vuelta y regresas a la línea principal de resistencia, sólo para repetir todo el proceso otra vez dos horas más tarde».

En los pozos de tirador, los hombres trataban de dormir un poco, algo casi imposible debido a la posición en la que debían permanecer en el pequeño habitáculo natural (habitualmente fosos de 180 cm de largo por 60 cm de ancho y entre 90 y 120 cm de profundidad para alojar a dos hombres). Al menos el hecho de estar juntos en tan pequeño espacio permitía que los hombres compartieran su calor corporal. Heffron y el soldado Al Vittore se las ingeniaron para poder dormir la segunda noche que pasaron a la intemperie. Heffron se despertó cuando Vittore extendió una de sus largas piernas encima de su cuerpo. Cuando Vittore comenzó a frotar el pecho de Heffron, éste le dio un golpe con el codo en el vientre. Vittore se despertó y le preguntó qué coño estaba pasando. Heffron empezó a insultarle por toda respuesta; Vittore sonrió y le dijo que había estado soñando con su esposa.

—Al —dijo Heffron—, no puedo ayudarte, ya que llevo botas de combate, pantalones de paracaidista y el impermeable puesto, y no me los puedo quitar.

En otros pozos de tirador, los hombres hablaban para liberar la tensión. El sargento Rader y el soldado Don Hoobler eran de la misma ciudad a orillas del río Ohio. «Don y yo nos tirábamos toda la noche hablando del hogar, nuestras familias, gente y lugares y de qué diablos hacíamos metidos en semejante lío» Spina recordó haber discutido con su compañero de trinchera «sobre política, los problemas del mundo, además de los nuestros. Deseando poder beber un trago o disfrutar de una comida caliente, preferiblemente en ese orden. Hablábamos de lo que haríamos cuando regresáramos a casa, del viaje a París en un par de semanas, de ir al Folies Bergère. Pero, sobre todo, hablábamos de volver a casa».

Al sargento Toye, que había salido hacía poco del hospital, no le gustaba nada el silencio por la noche entre los ataques con morteros. Para romper el silencio cantaba. "Will Be Seeing You" era su canción favorita. Heffron le dijo que cerrase la boca, ya que los boches seguramente le oirían. Toye, sin embargo, siguió cantando. Según Heffron, «Joe era muchísimo mejor soldado que cantante».

Si estar metidos en los pozos de tirador en la línea del frente era malo, ocupar un puesto de avanzada era peor y salir en una patrulla de combate buscando el

enfrentamiento con los alemanes era la peor situación de todas. Pero había que hacerlo. La incapacidad del VIII Cuerpo para patrullar agresivamente, debido a la escasez de efectivos disponibles, había tenido como consecuencia la sorpresa del 16 de diciembre, cuando los alemanes atacaron con una fuerza notablemente superior a la que nadie había anticipado.

El 21 de diciembre, el teniente Peacock envió al sargento Martin a los numerosos pozos de tirador del 1.^{er} pelotón. En cada uno de los que estaba ocupado por un cabo o un sargento, Martin anunció:

—Quiero que todos los suboficiales se presenten en el puesto de mando del pelotón... ahora.

Los hombres se reunieron. El teniente Peacock, el jefe del pelotón, más tenso que nunca, hizo callar a los hombres.

—Descansen. El batallón quiere que un pelotón salga en patrulla de combate y el nuestro ha sido el elegido para cumplir esa misión. —Hizo una pausa. Nadie habló. Peacock continuó—: Sabemos que los boches están en el bosque delante de nuestra línea de defensa, pero no sabemos cuántos son, o dónde están sus posiciones o sus puestos de avanzada. Nuestro trabajo consiste en conseguir esa información y capturar algunos enemigos si es posible.

Las preguntas surgieron como un torrente.

—¿Cuál es el plan de ataque? —quiso saber el sargento Christenson, jefe del 1.^{er} escuadrón.

—¿Cómo estarán colocadas las escuadras? —preguntó el sargento Muck de la unidad de morteros.

—¿Qué pasa si perdemos el contacto en el bosque? —preguntó el sargento Randleman, jefe de la 2.^a escuadra.

Peacock no tenía ninguna respuesta preparada.

—Todos sabremos más sobre lo que hay que hacer cuando llegemos al bosque —fue lo único que se le ocurrió decir.

«Hijo de puta —pensó Christenson—. Ésta será otra operación de esas, con tanta información como para llenar un dedal».

—Saldremos a las 13:00 horas —dijo Peacock.

«Joder —fue el pensamiento de Christenson—. Estamos al mando del mismísimo Señor Indecisión; la idea de infiltrarse en las líneas alemanas sin contar con un buen plan es un terrible error táctico». Pero cuando se reunió con su escuadra se cuidó mucho de expresar sus opiniones. Ordenó a los hombres que reunieran todas sus municiones y que estuvieran preparados para salir a las 13:00 horas.

A las 12:00 horas, el 1.^{er} pelotón se reunió alrededor del padre Maloney a pocos metros de la línea principal de defensa para tomar la comunión. El padre Maloney anunció que les daba la absolución a todos. Después de que los hombres que lo

quisieron hubieron recibido la hostia sacramentada, el padre Maloney se despidió de ellos deseándoles buena suerte.

Minutos antes de las 13:00 horas, el pelotón se agrupó en el bosque detrás de las líneas propias. Peacock miró a Christenson «como un conejo asustado». No tenía ninguna orden especial que dar y tampoco ofreció ninguna aclaración del plan. Se limitó a anunciar: «Muy bien, muchachos, en marcha».

El pelotón avanzó hacia el flanco extremo derecho del batallón, siguiendo las vías del ferrocarril. Atravesó la posición de la Compañía D y comenzaron a avanzar en dirección a las líneas alemanas, con las vías del tren a la derecha y el bosque a la izquierda. El avance era lento, moviéndose en columnas, deteniéndose con frecuencia. A unos 200 metros más allá de la línea de frente, Peacock llamó a los suboficiales. Impartió sus órdenes: cada escuadra formaría una columna de a dos, una al lado de la otra, enviaría dos exploradores delante y se adentrarían en el bosque hasta entrar en contacto con el enemigo.

El pelotón entró en el bosque. Las columnas perdieron contacto entre ellas casi al instante y las escuadras perdieron contacto con sus exploradores. La nieve era blanda, no crujiente, y el silencio, total. Fue roto por el tableteo de una ametralladora alemana. El soldado raso John Julián, un explorador de la 2.^a escuadra, fue alcanzado en el cuello y el soldado raso James Welling, explorador de la 3.^a escuadra, también resultó herido.

Los servidores de las ametralladoras de la Compañía E montaron sus armas y se dispusieron a devolver el fuego. El soldado raso Robert Burr Smith, de la 1.^a escuadra, abrió fuego con una sostenida descarga en dirección a la base de fuego alemana. Cuando soltó el gatillo, los alemanes volvieron a disparar. Christenson llamó a Martin. No obtuvo respuesta. A Randleman. Silencio. A Peacock. Nada. Sólo más fuego alemán.

«¡El 1.^{er} pelotón ha sido diezmado!», pensó Christenson. Volvió a gritar. Bull Randleman apareció entre los árboles.

—¿Has visto a Martin o a Peacock?

Randleman no los había visto. Otra ráfaga de ametralladora arrancó trozos de la corteza de los árboles.

—Tenemos que movernos —dijo Randleman. Se unió a Chris para llamar a Martin. Nadie respondió.

—Larguémonos ahora mismo de aquí —sugirió Chris.

Bull estuvo de acuerdo. Pasaron la orden al resto de los hombres y se retiraron en dirección a las vías del ferrocarril. Allí se encontraron con Martin, Peacock y el resto del pelotón.

La patrulla no había sido precisamente un gran éxito. El 1.^{er} pelotón había alcanzado las posiciones defensivas alemanas y descubierto que sus puestos de

avanzada estaban muy separados y escasamente dotados, pero había perdido un hombre (Julián) y otro había sido herido, y no habían conseguido hacer ningún prisionero. La patrulla pasó la noche temblando de frío en los hoyos de protección, comiendo judías y buñuelos fríos, preguntándose si el tiempo mejoraría alguna vez para que la 101 pudiese ser abastecida desde el aire.

Los dos días siguientes fueron prácticamente iguales. La Compañía E envió patrullas, los alemanes enviaron patrullas. Ocasionales ataques con fuego de morteros. Fuego de ametralladora esporádico. Suministros médicos inadecuados. Nada de comida caliente. Escasez de comida. El temblor constante quemaba una energía que no era compensada. Para los soldados rasos, insuficientes horas de sueño. Para los suboficiales, casi nada de sueño. Era un tiempo de supervivencia y las reacciones eran lentas debido a que los miembros estaban al borde de la congelación.

Los proyectiles que estallaban contra los árboles provocaban una lluvia de astillas, ramas, trozos de troncos y metal sobre las improvisadas trincheras. Para protegerse, los hombres trataban de cubrir los hoyos con troncos, pero al no tener hachas, la tarea era muy difícil. Uno de los hombres resolvió el problema colocando dos o tres «fiambres» alemanes encima de su hoyo.

Lo que crispaba los nervios de los hombres era la absoluta incapacidad de la artillería norteamericana para responder al bombardeo alemán o interrumpir la actividad del enemigo. Los hombres de la Compañía E que ocupaban los puestos de avanzada contemplaban con envidia cómo los camiones y tanques alemanes se movían sin problemas detrás de las líneas germanas, trayendo las municiones y la comida que los estadounidenses tanto echaban de menos. En Bastogne, los estadounidenses disponían de un montón de armas, incluyendo obuses de 105 mm y 155 mm. Habían estado activos durante los primeros días del sitio, disparando en un círculo completo contra todos los intentos alemanes de penetrar la línea defensiva. Pero hacia el 23 se quedaron prácticamente sin munición. Winters recordó que alguien le dijo que la única pieza de artillería que protegía la carretera Foy-Bastogne, su flanco izquierdo, sólo disponía de tres proyectiles. Y se reservaban para ser utilizados como munición antitanque en caso de que los blindados alemanes decidieran atacar por la carretera. En otras palabras, no había ninguna posibilidad de que la Compañía E o el 2.º Batallón contaran con apoyo de la artillería. Y todo ello en un momento en el que los hombres de la compañía sólo tenían seis proyectiles por mortero, una bandolera por cada fusilero y una caja de munición de ametralladora por arma.

Aquel día, sin embargo, dejó de nevar y el cielo se abrió. Las escuadrillas de C-47 lanzaron suministros, medicinas, comida y municiones. La artillería norteamericana volvió a la actividad, reduciendo drásticamente las actividades cotidianas de los

alemanes y elevando la moral de los hombres desplegados en la línea de frente. Se distribuyeron raciones K y municiones. Pero los proyectiles de calibre 30 para las ametralladoras ligeras y los M-1 eran insuficientes y las 24 406 raciones K sólo alcanzaban para poco más de un día. Tampoco se habían lanzado suficientes mantas para asegurar que todos los hombres tuviesen una.

Los oficiales observaban a los hombres buscando signos de colapso. Cuando Winters pensó que el soldado Liebgott estaba al borde de una crisis nerviosa, lo llamó al puesto de mando del batallón para que fuese su mensajero. Esto permitió que Liebgott descansara y se alejara de la tensión de la primera línea. «El simple hecho de estar a 50 metros de la línea del frente significaba una diferencia enorme en cuanto a la tensión que sufrían los hombres», escribió Winters.

La tentación de no moverse cuando una patrulla se alejaba hacia la línea enemiga era muy grande; aún mayor era la tentación de presentarse en el puesto de primeros auxilios aquejado de pie de trinchera o con las manos y los pies congelados o un caso extremo de diarrea. «Si todos los hombres que tenían una razón legítima para abandonar la primera línea y regresar al puesto de primeros auxilios en Bastogne hubiesen aprovechado esa circunstancia —escribió Winters—, la línea del frente simplemente habría desaparecido. Sólo hubiera habido una línea de puestos de avanzada».

También era enorme la tentación de poder abandonar definitivamente aquella jodida guerra autoinfligiéndose una herida. La luz del día no aparecía hasta las 08:00 horas. Comenzaba a oscurecer a las 16:00 horas. Durante las dieciséis horas que duraba la noche, metidos en esos agujeros helados (que, de hecho, se encogían cuando la tierra se helaba y se expandía), resultaba imposible apartar de la cabeza el pensamiento de lo fácil que sería pegarse un tiro en el pie. Un poco de dolor —no demasiado en un pie tan frío que apenas si tenía sensibilidad— y después el traslado a Bastogne, un hospital de campaña con calefacción, una comida caliente, una cama, librarse de la muerte.

Ningún miembro de la Compañía E cedió a esa tentación que todos ellos experimentaban. Uno de los hombres se quitó las botas y los calcetines para que se le helasen los pies y conseguir un billete que lo sacara de allí. Pero para los otros, su salida de aquel infierno sería legítima o ninguna. Winters recordó: «Cuando un hombre recibía una herida lo bastante grave como para ser evacuado, habitualmente se sentía muy feliz, y nosotros nos sentíamos felices por él. Había conseguido un billete para el hospital o incluso un billete para regresar a casa... vivo.

«Cuando un hombre moría... tenía un aspecto "tan sereno...". Su sufrimiento había acabado».

Al amanecer del día de Nochebuena, Winters fue a inspeccionar sus líneas defensivas. Pasó junto al cabo Gordon. «Llevaba la cabeza envuelta en una gran toalla y el casco encima. Walter estaba sentado en el borde de su hoyo de protección detrás de su ametralladora ligera. Parecía estar congelado y miraba fijamente hacia el bosque que tenía delante. Me detuve y le miré; de pronto me di cuenta: "¡Joder! ¡Gordon ha madurado! ¡Es un hombre!"»

Media hora más tarde, a las 08:30, Gordon se preparó una taza de café. Llevaba café en grano en su estuche de granadas de mano, «y fundía un poco de nieve con mi pequeño hornillo de gas y me preparaba esas deliciosas tazas de café bien caliente». En el preciso momento en que se disponía a llevarse la taza a los labios, los tíos de los puestos de avanzada llegaron con la noticia de que una fuerza alemana estaba tratando de infiltrarse en las líneas de la Compañía E. Su jefe de escuadra, el sargento Buck Taylor, le dijo que «tuviera preparada esa ametralladora».

Gordon apartó la nieve que cubría la ametralladora y la caja de municiones junto al arma, diciéndole a su ayudante, el soldado raso Stephen Grodzki, que prestara atención a cualquier detalle. En ese momento se oyó un disparo de un tirador alemán. La bala alcanzó a Gordon en el hombro izquierdo con orificio de salida por el hombro derecho. En su trayectoria, el proyectil había rozado la columna vertebral; estaba paralizado desde el cuello para abajo.

Se deslizó lentamente hasta el fondo del hoyo de protección. «La taza se volcó y el líquido caliente se desparramó sobre mi regazo. Todavía hoy puedo ver la columna de vapor elevándose en el aire».

Taylor y Earl McClung fueron en busca del francotirador que había herido a Gordon. Lo encontraron y lo mataron. Shifty Powers se encontraba en el otro hoyo de protección. Tal como Shames había esperado, Shifty se había recuperado totalmente de sus heridas. Era de Virginia, un muchacho de las montañas, con sangre india en las venas. Cuando era niño había pasado innumerables horas cazando ardillas en el bosque. Era capaz de percibir el menor movimiento entre los árboles. Descubrió a un alemán entre las ramas, levantó su M-1 y lo mató de un solo disparo.

Paul Rogers, el mejor amigo de Gordon, Jim Alley y otro miembro del 3.^{er} pelotón corrieron hacia Gordon. Lo sacaron fuera del hoyo de protección y lo arrastraron hacia el bosque, según Gordon, «como sacaban a los gladiadores de la arena». En un área protegida, lo tendieron en el suelo para examinarlo. En ese momento llegó Roe, echó un vistazo y dijo que era grave. Roe le dio a Gordon una dosis de morfina y se preparó para inyectarle plasma.

El sargento Lipton llegó a la carrera para ver si podía echar una mano. «Walter tenía la cara gris y los ojos cerrados —recordó Lipton—. Parecía estar más muerto que vivo». Con el frío que hacía, a Lipton le pareció que el plasma bajaba muy lento,

de modo que cogió la botella de manos de Roe y se la puso en el sobaco dentro de sus ropas para calentarla.

«Al bajar la vista para mirar a Walter, abrió los ojos de golpe. "Walter, ¿cómo te sientes?", le pregunté. "Lipton —me dijo en un tono de voz sorprendentemente claro y fuerte—, estás de pie encima de mi mano." Me aparté de un salto y tenía razón. Había estado todo el tiempo pisándole la mano». Llegó un jeep, que habían llamado por radio, y Gordon fue evacuado al puesto de primeros auxilios.

El ataque alemán continuó, se intensificó, y fue finalmente rechazado con fuertes pérdidas, gracias a una combinación de fuego de ametralladoras y fusiles, morteros y granadas de mano de la Compañía E, ayudada por la artillería. Más tarde, Lipton contó treinta y ocho cadáveres alemanes delante del bosque. El teniente Welsh fue herido durante el combate y evacuado a Bastogne.

La tarde del día antes de Navidad, los hombres recibieron los saludos navideños del general McAuliffe: «¿Qué tiene de feliz todo esto, os preguntaréis? —comenzaba la misiva—. Sólo esto: hemos conseguido parar en seco todo lo que nos han lanzado desde norte, sur, este y oeste. Hemos identificado a cuatro divisiones blindadas, dos divisiones de infantería y una división de paracaidistas enemigas... Los alemanes nos rodean, sus radios proclaman ruidosamente nuestra derrota. Su comandante exige nuestra rendición con la imprudente arrogancia siguiente». (A continuación se transcribía el mensaje en cuatro párrafos «al comandante estadounidense de la sitiada ciudad de Bastogne» del comandante alemán exigiendo una «rendición honorable para salvar a las tropas estadounidenses rodeadas, de una aniquilación total», con fecha del 22 de diciembre.)

El mensaje de McAuliffe continuaba: «El comandante de las fuerzas alemanas recibió la respuesta siguiente: "22 de diciembre de 1944. Al comandante alemán: ¡Y UNA MIERDA! ^[31] El comandante de las fuerzas estadounidenses".

«Les estamos entregando a nuestro país y a nuestros seres queridos en casa un valioso regalo de Navidad y el hecho de haber sido privilegiados para tomar parte en esta extraordinaria batalla convierte esta fecha en una Feliz Navidad. A.C. McAuliffe, comandante». ^[32]

Los hombres que estaban en la línea del frente no se sentían tan animados como el general McAuliffe. Les dieron habichuelas para la cena de Nochebuena, mientras que el estado mayor de la división disfrutó del tradicional pavo relleno, servido en una mesa con mantel, un pequeño árbol de Navidad, tenedores, cuchillos y platos. ^[33]

Fuera, en la primera línea, el sargento Rader se sentía horriblemente mal por tener que enviar a los hombres al puesto de avanzada en Nochebuena. Su amigo de la infancia, el cabo Don Hoobler, sugirió: «¿Por qué no ocupamos nosotros ese puesto

de avanzada esta noche y dejamos que los hombres duerman un poco? Será una especie de regalo de Navidad para ellos». Radar estuvo de acuerdo.

Cuando cayó la noche, ambos se dirigieron hacia el puesto de avanzada. El frío era espantoso y el viento helado hacía que los termómetros estuviesen muy por debajo de los cero grados. «A medida que avanzaba la noche, hablábamos de nuestros hogares —recordó Radar—, de nuestras familias y de cómo estarían pasando su Nochebuena. Don estaba seguro de que todos se encontraban en la iglesia rezando por nosotros».

El día de Navidad, los alemanes volvieron a atacar, pero afortunadamente para la Compañía E lo hicieron al otro lado de Bastogne. Al día siguiente, el Tercer Ejército del general Patton, encabezado por el teniente coronel Creighton Abrams del 37.º Batallón de Tanques, atravesó las líneas alemanas. La 101 ya no estaba rodeada; ahora tenía comunicación por tierra con los depósitos de suministros estadounidenses. Poco después, los camiones comenzaron a llevar cantidades adecuadas de comida, medicinas y municiones. Los heridos fueron evacuados a la retaguardia.

El general Taylor regresó. Según Winters: «Inspeccionó las líneas del frente con mucha energía. Sus instrucciones antes de marcharse fueron: "¡Cuidado con ese bosque que tenéis delante!" ¿Qué coño creía que habíamos estado haciendo mientras él estaba en Washington?».

(Winters le tenía ojeriza al general Taylor. En una de nuestras entrevistas, señaló: «Y aquí tienes al general Taylor que regresa de sus vacaciones de Navidad en Washington...». Yo le interrumpí para decir: «Me parece que eso no es del todo justo». «Ah, ¿no?» «Bueno, le ordenaron que regresara para testificar...» Winters me interrumpió: «No quiero ser justo»).

La ruptura del sitio de Bastogne permitió que llegaran los primeros periódicos del mundo exterior. Los hombres de la 101 se enteraron de que se habían convertido en una leyenda a pesar de que la batalla aún no había terminado. Como lo ha dejado escrito la historia de la división, la leyenda «fue ayudada por la universalidad de la radio y la prensa, de diez mil mapas diarios que mostraban un punto que se mantenía en medio de la marea de la peor debacle militar norteamericana de los tiempos modernos. Fue ayudada por la necesidad de valor y esperanza de una nación preocupada; durante muchos días fue la única visión estimulante con la que sus ojos se encontraban cada mañana. Y el Departamento de Guerra, antes de que se convirtiese en una práctica, identificó a la división que estaba sitiada en la ciudad de Bastogne, de modo que incluso antes de que acabase su sangriento mes en la ciudad, para el mundo la 101 División Aerotransportada del Ejército de Estados Unidos se había convertido en aquellos Cabrones Apaleados del Bastión de Bastogne. Los elementos del drama estaban allí: coraje en medio del pánico y la derrota circundantes; coraje y humor sombrío en medio del sufrimiento físico, el frío extremo

y una escasez casi fatal; una exigencia de rendición y una respuesta contundente; y auténtica camaradería... El coraje y la camaradería combinados para construir un equipo que los alemanes no pudieron derrotar». [34]

El Grupo de Combate B de la 10.^a División Blindada, naturalmente, también se encontraba en Bastogne, pero no fue identificado en la prensa. Y, por supuesto, la 82 libró una lucha desesperada en la zona norte de las Ardenas, una lucha que fue al menos tan importante como la librada en Bastogne. Pero no fue rodeada por las fuerzas alemanas y nunca recibió la publicidad de la 101.

La 101, sin embargo, tenía una queja. Tal como se explica hoy la historia de la batalla de las Ardenas, George Patton y las fuerzas del Tercer Ejército acudieron al rescate de la rodeada 101 División, como la caballería que llega al rescate del círculo de carretas de los colonos rodeados por los indios. ¡Ningún miembro de la 101 ha aceptado jamás que la división necesitara ser rescatada!

Una vez que el sitio había sido roto, los hombres de la 101 esperaban regresar a Mourmelon para solazarse en las adulaciones del mundo aliado y, tal vez, celebrar el Año Nuevo en París. Pero su heroica actuación en Bastogne había sido una acción defensiva; para ganar la guerra, los Aliados tendrían que reanudar la ofensiva; los alemanes habían abandonado sus posiciones fijas en el Muro Occidental y, de ese modo, se habían vuelto vulnerables; Eisenhower no quería dejar escapar esa oportunidad. Pero su problema a finales de diciembre era el mismo que a mediados de mes, escasez de efectivos. La cruda realidad era que los alemanes superaban en número a los Aliados en el Frente Occidental. Estados Unidos no había preparado suficientes divisiones de infantería para luchar en una guerra de dos frentes. Ello era consecuencia directa de la decisión tomada por el gobierno estadounidense antes de la guerra de mostrarse generosos con los aplazamientos en la incorporación a filas de la mano de obra industrial y agrícola, y de evitar en lo posible el reclutamiento de padres de familia. También había escasez de munición de artillería, lo cual era resultado de una decisión tomada en septiembre —cuando todo hacía suponer que la guerra en el escenario europeo acabaría en cuestión de semanas— en el sentido de reducir la producción de proyectiles pesados en la lista de prioridades industriales. Para lanzar una ofensiva general, como había decidido hacer, Eisenhower necesitaba a la 101 y la 82 en la línea del frente.

Era una cuestión de tiempo. Eisenhower quería atacar incluso antes de Nochevieja, pero Monty, comandante de las fuerzas (todas ellas norteamericanas) desplegadas en la zona norte de las Ardenas, dio largas al asunto y la ofensiva proyectada no se produjo.

Para la Compañía E, eso significaba permanecer en la línea del frente. Las

condiciones mejoraron un poco: los hombres recibieron chanclos y calzoncillos largos y, a veces, comida caliente. Pero el frío continuaba, la nieve seguía cayendo, los alemanes atacaban todos los días a la Compañía con fuego de mortero y artillería, a diario había que organizar patrullas y las patrullas alemanas tenían que ser rechazadas.

El 29 de diciembre, la Compañía E se encontraba exactamente en los mismos bosques que había ocupado durante nueve días. Al mejorar las condiciones meteorológicas, los hombres destinados en los puestos de avanzada podían ver Foy debajo de ellos y Noville a través de los campos abiertos y a lo largo de la carretera a unos 2 kilómetros al norte.

Shifty Powers llegó de uno de los puestos de avanzada para informar al sargento Lipton. «Sargento —dijo—, allí hay un árbol en dirección a Noville que ayer no estaba». Powers no disponía de binoculares pero Lipton sí. Miró a través de ellos pero no vio nada inusual, incluso después de que Powers le señalara exactamente el lugar.

Una de las razones por las que Lipton tenía problemas era que el objeto no era un árbol aislado; en aquella zona había numerosos árboles junto a la carretera. Lipton expresó sus dudas, pero Powers insistía en que ese árbol no estaba allí el día anterior. Lipton volvió a examinar la zona con ayuda de sus prismáticos. Entonces vio movimientos cerca del árbol y luego más movimientos debajo de los árboles próximos. Luego vio claramente las bocas de unos cañones, aparentemente del 88, ya que estaban elevados y el cañón del 88 era la pieza de artillería antiaérea básica de la Wehrmacht, a la vez que una pieza de artillería terrestre. Lipton se dio cuenta de que los alemanes estaban emplazando una batería entre los árboles y habían colocado el árbol que había descubierto Powers como parte de su camuflaje. Lipton llamó a uno de los observadores de artillería avanzados. Cuando el hombre llegó, vio lo mismo que habían visto Lipton y Powers. Se comunicó por radio con una batería de 105 mm instalada en Bastogne. Cuando describió el objetivo no tuvo ningún problema en conseguir autorización para que la batería disparase varias descargas a pesar de la escasez de munición de gran calibre.

Para fijar el blanco, el observador comunicó una posición en el mapa situada a unos 300 metros a la derecha de los árboles. Un cañón abrió fuego y alcanzó su objetivo. Luego, el observador cambió el punto de mira 300 metros hacia la izquierda y comunicó las coordenadas a todos los cañones de la batería. Cuando le informaron de que todo estaba preparado, ordenó varias descargas de cada cañón.

Los proyectiles comenzaron a estallar alrededor de la posición alemana. Lipton observaba a través de sus binoculares cómo los alemanes se afanaban por abandonar el lugar, salvando lo que podían de sus cañones, retirando a los heridos hacia la

retaguardia. Una hora después, el lugar había quedado desierto.

«Todo sucedió —resumió Lipton— porque Shifty vio un árbol a casi dos kilómetros de distancia que el día anterior no estaba allí».

La batería alemana del 88 formaba parte de una ofensiva que los alemanes estaban organizando sobre Bastogne. Al haber fracasado en su plan original de atravesar el río Mosela, los alemanes necesitaban imperiosamente tomar Bastogne y su red de carreteras para mantener su posición en el saliente de las Ardenas y prepararse para la retirada. Lanzaron ataques furiosos contra el estrecho corredor que llevaba a la ciudad desde el sur e incrementaron la presión en todo el perímetro. Hacia finales de año, ocho divisiones alemanas, incluyendo las tres divisiones blindadas de la SS, estaban combatiendo en el área de Bastogne. El Tercer Ejército de Patton estaba atacando hacia el norte, en dirección a Bastogne; el Primer Ejército norteamericano, al mando del general Courtney Hodges (que en aquel momento tenía como comandante en jefe al mariscal Montgomery) debía iniciar un ataque hacia el sur «pronto». Si ambos ejércitos establecían contacto a tiempo, embolsarían a los alemanes en el saliente de las Ardenas, cortándoles toda posibilidad de retirada.

Ésa era la situación en vísperas de Año Nuevo. A medianoche, para celebrar la llegada del año de la victoria y demostrar cuánto habían cambiado las cosas en Bastogne en los últimos días, todos los cañones de la ciudad y todos los morteros en la primera línea se unieron en una serenata de explosivos lanzados contra las líneas alemanas.

El cabo Gordon, junto a más de una docena de otros heridos de la Compañía E, fue evacuado a la retaguardia. Otros siete hombres de la compañía yacían enterrados en tumbas poco profundas cavadas en medio del bosque. Doce días antes, la Compañía E había metido en los camiones que salieron de Mourmelon a 121 hombres entre oficiales, suboficiales y soldados rasos. Ahora su fuerza de combate había quedado reducida a menos de 100 hombres.

Gordon fue trasladado en ambulancia a Sedan, donde lo metieron en un avión con destino a Inglaterra y posteriormente a un hospital en Gales. Estaba fuertemente sedado, paralizado y tenía alucinaciones. Fue escayolado desde la cintura hasta la coronilla; sólo su rostro quedó libre de escayola. Pero el yeso que cubría la parte superior de su cuerpo y le mantenía inmovilizado también impedía el tratamiento de las heridas producidas por la bala que había entrado y salido por sus hombros, de modo que le quitaron la escayola reemplazándola por un artilugio conocido como tenazas de Crutchfield. El aparato se colocaba taladrando dos orificios en la coronilla, luego se insertaban unas tenacillas de acero a través de los orificios y se fijaban en su

sitio mediante tornillos. Una cuerda unida a unas poleas proporcionaba la tracción al tiempo que impedía cualquier movimiento sin necesidad de la escayola. Gordon permaneció en esa posición, tendido de espaldas y mirando el techo, durante seis semanas. Lentamente la sensibilidad volvió a sus extremidades.

El médico, mayor M.L. Stadium, le dijo que si la bala se hubiese desviado un centímetro en una dirección, no le habría rozado las vértebras; pero si se hubiera desviado un centímetro en la dirección contraria hoy no estaría allí para contarlo. Gordon se consideró un tío «afortunado, muy afortunado. Una herida de un millón de dólares». Solamente un hombre que hubiese estado en la línea del frente en Bastogne era capaz de describir una herida como la suya en esos términos.

«El hundimiento emocional»

Bastogne

1 - 13 de enero, 1945

DURANTE EL SITIO DE LA CIUDAD, LA COMPAÑÍA E había estado ocupando una posición defensiva. La mayor desventaja de estar a la defensiva en el bosque era que los pinos ofrecían múltiples blancos para el estallido de los proyectiles de la artillería alemana. Pero, en otros sentidos, estar a la defensiva también ofrecía algunas ventajas evidentes. Hacia Año Nuevo, la capa de nieve que cubría el terreno alcanzaba los 30 centímetros de espesor en algunas partes, con la superficie helada y resbaladiza. Hasta los movimientos más cortos de la infantería se realizaban bajo las condiciones más difíciles. Para avanzar, un hombre tenía que abrirse paso a través del manto de nieve, inclinándose y serpenteando para evitar golpear las ramas y que la nieve, al caer, delatase su posición en el terreno. La visibilidad a ras del suelo estaba limitada a unos cuantos metros. Un atacante tenía escaso contacto con los hombres que marchaban a su derecha e izquierda, y no podía ver una trinchera o un nido de ametralladora hasta que casi estaba encima de ellos. En el bosque no había casas, carreteras o mojones, de modo que una fuerza que avanzara, sólo podía comunicar su posición por radio, aproximadamente. Las escuadras que atacaban debían moverse orientadas por la brújula hasta topar con alguien, ya fuese amigo o enemigo. Las cajas de municiones para el aprovisionamiento de los combatientes eran transportadas a mano hasta las trincheras, como siempre, pero en este caso por hombres que no tenían muy clara la dirección que debían seguir.

El ataque en los campos de pastoreo era igualmente arriesgado. Había una sola carretera, Noville-Foy-Bastogne, y estaba cubierta por una gruesa capa de nieve, con hielo negro debajo de la nieve. Los cañones del 88 alemanes apuntaban directamente a la carretera, que también estaba minada en muchos trechos. Pero la alternativa al ataque por la carretera era hacerlo a campo traviesa, lo cual no ofrecía ninguna posibilidad de que los hombres se ocultasen.

El bosque que había sido el hogar de la Compañía E durante doce días se llamaba Bois Jacques. Se extendía a la derecha (este) de la Compañía E un par de kilómetros, hacia las vías del ferrocarril y más allá de ellas. En la parte norte del bosque, un amplio terreno abierto descendía suavemente hacia el pueblo de Foy. Los alemanes controlaban el noreste del Bois Jacques. Su posición formaba una cuña en las líneas

de la 101; era el punto más próximo a Bastogne, a sólo 3 kilómetros de la ciudad. Antes de que la 101 pudiese lanzar cualquier ofensiva general, era imprescindible expulsar a los alemanes del Bois Jacques y tomar el pueblo de Foy. Después, el siguiente objetivo sería el terreno elevado donde se alzaba Noville.

El día de Año Nuevo fue tranquilo, pero al caer la tarde la División asignó al 2.º Batallón del 506.º Regimiento la misión de atacar y limpiar de alemanes el Bois Jacques. Aquella noche, algunos aviones alemanes bombardearon las posiciones ocupadas por la Compañía E. El sargento Teye resultó herido en la muñeca por un trozo de metralla. Era su tercera herida; había sido alcanzado en Normandía y nuevamente en Holanda. Era un herido ambulante; el médico lo envió de regreso al puesto de primeros auxilios para que le curasen la herida y le pusieran un vendaje. Antes de marcharse, Teye se presentó ante el sargento Malarkey, quien le dijo a modo de despedida: «¡Afortunado hijo de perra!».

Para llevar a cabo su ataque, al amanecer del 2 de enero el batallón se dirigió hacia su derecha, en dirección a las vías del ferrocarril, el 1.º Batallón, como reserva regimental, ocupó la antigua posición del 2.º Batallón. Éste desplegó líneas de tiradores en la carretera Foy-Bizory, mirando hacia el denso bosque del noreste, esperando la orden de emprender la marcha. (Era el mismo lugar desde donde el 1.º pelotón había salido de patrulla el 22 de diciembre.) Un batallón del 501 se encontraba a la derecha del 2.º Batallón. Participaría en la acción como fuerza de apoyo.

Winters dio la orden: «¡Adelante!».

Los hombres comenzaron a avanzar. Moverse a través de aquel bosque tupido era un proceso agotador en las mejores circunstancias, y totalmente extenuante cuando se llevaban encima fusiles, ametralladoras, morteros, granadas, cuchillos, municiones y raciones. El esfuerzo por abrirse paso entre los árboles y la maleza hacía que el cuerpo transpirara profusamente, lo que no representaba ningún problema hasta que uno no se detenía; después de unos minutos tan sólo, la ropa interior transpirada te calaba hasta los huesos.

Inmediatamente después de haber penetrado en el bosque, el contacto entre los pelotones, incluso entre las escuadras, en ocasiones entre los hombres, se perdió por completo. La nieve y los árboles absorbían el ruido de modo que incluso el resonar del equipo, una señal de que a cada lado había hombres marchando contigo, había desaparecido. La sensación de aislamiento se unía a la sensación de tensión para crear una pavorosa anticipación de la inevitable respuesta del enemigo.

Una ametralladora colocada justo delante de las fuerzas que avanzaban concentró su fuego sobre la Compañía E. Al mismo tiempo, el fuego de apoyo de la artillería norteamericana comenzó a pasar por encima de los hombres de vanguardia. Inmediatamente, la artillería alemana devolvió el fuego, pero no contra las baterías

norteamericanas; los proyectiles alemanes caían sobre los paracaidistas. El fuego cesó tan rápido como había comenzado. Según el análisis del sargento Christenson: «La densidad del bosque causaba confusión entre los alemanes, cuya visibilidad no era mejor que la nuestra. Si hubieran sabido que dos batallones avanzaban hacia su posición en nutridas columnas, el bombardeo y el fuego de ametralladora hubieran sido mucho más intensos».

El avance se reanudó. Una ametralladora volvió a abrir fuego cuando los hombres que encabezaban la marcha establecieron contacto con los puestos de avanzada alemanes. La artillería norteamericana también reanudó el bombardeo, andanada tras andanada. El fuego de respuesta alemán se volvió cada vez más intenso. A lo largo de toda la línea se oían gritos de «¡me han dado!» y pidiendo médicos. Sin embargo, el avance continuó. Los hombres lanzaron granadas y abrieron fuego con sus fusiles contra los alemanes que se replegaban a través del bosque.

Después de haber cubierto entre 800 y 900 metros (los hombres de la Compañía E se refieren a este episodio como «el ataque de los 900 metros»), los atacantes llegaron a un camino forestal que atravesaba el bosque. La mayoría de ellos hizo un alto en aquel lugar, pero algunos hombres continuaron avanzando unas decenas de metros entre los árboles para cerciorarse de que no quedaban alemanes en los alrededores. Christenson se encontraba en el camino forestal con algunos de sus hombres del 1.^{er} pelotón cuando, de pronto, a su derecha, vio algo absolutamente increíble dadas las circunstancias. Un soldado alemán montado a caballo se acercaba al galope.

El soldado les vio al mismo tiempo que los estadounidenses lo veían a él. Retuvo su cabalgadura, dio media vuelta y comenzó a galopar en dirección contraria. El cabo Hoobler se llevó el fusil al hombro y disparó tres veces, sonrió y comenzó a dar brincos mientras gritaba «¡Le he dado! ¡Le he dado!». Christenson se encontró pensando que hubiese deseado que el jinete alemán lo consiguiera.

Desde el flanco izquierdo, en el bosque que continuaba al otro lado del camino forestal, el soldado raso Ralph Trapazano gritó: «Eh, Chris, tengo a un boche». Christenson se dirigió hacia allí, sosteniendo el M-1 preparado para disparar con el seguro quitado. Se acercó al soldado alemán desde su derecha. «Allí estaba aquel fornido paracaidista de la SS; con su chaqueta de camuflaje, la metralleta en la mano izquierda, los brazos colgando a los costados del cuerpo. Pero su arma apuntaba hacia Trap. Trap estaba en el suelo y apuntaba al pecho del alemán con su M-1. En el rostro del paracaidista de la SS no había asomo de temor».

Christenson apuntó con su M-1 al pecho del alemán y le dijo, en su alemán de instituto, que dejara caer su arma. El alemán miró a Christenson a los ojos y vio que estaba dispuesto a disparar, miró el fusil y comprobó que Christenson tensaba el dedo en el gatillo. Dejó caer la metralleta y alzó ambas manos por encima de la cabeza.

Christenson le dijo a Trapazano:

—La próxima vez que te enfrentes a un arrogante hijo de puta como este, mata al cabrón.

Hasta entonces la Compañía E había tenido suerte. A su derecha, los hombres del 501 habían sido atacados mientras estaban avanzando. El 26.º Regimiento de Granaderos Panzer de la SS, perteneciente a la 12.ª División SS (Hitlerjugend), atacó con tanques, artillería pesada e infantería, provocando graves pérdidas a las fuerzas estadounidenses. En el flanco izquierdo de la Compañía E, tanques e infantería de la 9.ª División SS atacaron a las otras compañías del 502. Pero en el sector de la E las cosas estaban relativamente tranquilas.

Estaba oscureciendo. Se recibió la orden de cavar pozos de tirador. Ocasionalmente eran hostigados con fuego de ametralladora y andanadas de artillería, lo que les obligó a cortar ramas de los árboles cercanos para cubrir las pequeñas trincheras individuales. Pero era una acción peligrosa y difícil porque significaba quedar expuesto. Cuando comenzaba el fuego de ametralladora o de artillería, los hombres iniciaban una carrera desesperada hacia los pozos de tirador, con la adrenalina circulando a toda velocidad en sus venas. Ya a resguardo en el santuario del pozo de tirador, su ocupante estaba exhausto, con el cuerpo y las ropas empapados en sudor. Entonces se sentaba, sentía cada vez más frío, hasta que comenzaba a temblar sin poder controlarse. «Cuando estabas convencido de que tu cuerpo ya no sería capaz de soportarlo más —comentó Christenson—, descubrías que sí era capaz».

Hoobler estaba exultante después de haber matado al alemán que huía a caballo por el bosque. Iba de una posición a otra, con las manos en los bolsillos, contándose a todos los que tuviesen ganas de hablar. En el bolsillo derecho del pantalón llevaba una pistola Luger que había recogido en el campo de batalla. Se oyó un disparo. Había disparado accidentalmente la Luger. La bala le atravesó el muslo y le seccionó la arteria femoral. Con grandes muestras de dolor, Hoobler gritó pidiendo ayuda mientras se revolcaba en el suelo. El soldado Holland, médico del 1.º pelotón, trató de vendar la herida y practicarle un torniquete. Dos hombres se encargaron de llevar a Hoobler al puesto de primeros auxilios, pero murió poco después de llegar.

Fue una noche terriblemente fría que parecía que no iba a terminar nunca. El amanecer llegó lentamente. No se oían disparos. El sargento Martin apareció caminando entre las líneas del 1.º pelotón. Aunque tenía reputación de alzar la voz en contadas ocasiones y no dar jamás las órdenes con un tono duro, esta vez dijo ásperamente y escupiendo las palabras: «Quiero a todos los suboficiales del 1.º

pelotón en el puesto de mando del pelotón dentro de diez minutos».

Los sargentos Rader, Randleman, Muck y Christenson, y los cabos Robert Marsh y Thomas McCreary se reunieron en el puesto de mando. Martin sugirió que se sentaran. Los tenientes Stirling Horner, Peacock y Foley también estaban presentes. Horner fue el primero en hablar: «A su jefe de pelotón, el teniente Peacock, se le ha concedido un permiso de treinta días para viajar a Estados Unidos y se marcha hoy». Explicó que el oficial de Relaciones Públicas en el cuartel general de la División pensó que sería una magnífica idea enviar a Estados Unidos a un oficial de cada regimiento implicado en la heroica defensa de Bastogne para participar en una campaña de promoción de bonos de guerra y otras campañas de propaganda. El coronel Sink decidió realizar la selección de los oficiales echándolo a suertes. El agraciado fue el capitán Nixon y Peacock quedó el segundo en el 506.º Regimiento. Nixon dijo que ya había visto Estados Unidos y no quería ir, de modo que Peacock ocupó su lugar.

Todos los hombres miraron a Peacock, quien dijo tartamudeando: «Estoy seguro de que me han concedido este permiso debido al gran trabajo que habéis hecho en Holanda y aquí, y lo único que puedo decir es gracias».

El sargento McCreary se acercó a Peacock y le estrechó la mano, sacudiéndola arriba y abajo: «¡Me alegra que se marche a casa, teniente! Es la mejor noticia que hemos tenido desde que dejamos Mourmelon».

Peacock, que no había entendido el verdadero sentido de las palabras de McCreary, se sonrojó intensamente. Dijo que se sentía abrumado, que el elogio de sus hombres era su mayor premio. Los sargentos sonrieron entre ellos. Estaban tan felices por la marcha de Peacock como el teniente de marcharse a casa. Los suboficiales sentían que habían llevado la carga del teniente a través de Holanda y las Ardenas. «Nadie lo intentó con mayor ahínco que Peacock —declaró Christenson—, pero no estaba hecho para ese trabajo».

Peacock anunció que el teniente Foley se haría cargo del mando del pelotón. Luego, con un alegre «buena suerte a todos», se marchó.

Cuando Peacock se hubo marchado, el pater John Maloney trajo a Joe Toye en su jeep de regreso del puesto de primeros auxilios en Bastogne. Dejó a Toye junto a la carretera. Éste comenzó a caminar a través del campo en dirección a la línea del frente. Winters lo vio, con el brazo en cabestrillo, dirigiéndose hacia el frente.

—¿Adonde crees que vas? —le preguntó Winters—. No tienes que regresar a la línea.

—Quiero volver con los muchachos —contestó Toye y continuó andando.

Aquella misma tarde, 3 de enero, Winters retiró de la posición avanzada a los pelotones 2.º y 3.º, más un equipo de bazookas de la 10.ª División Blindada. Dejó al 1.º pelotón, adscrito temporalmente a la Compañía D, que como la mayoría de las

compañías en la 101 estaba al 50% o menos de sus efectivos autorizados y necesitaba ayuda para mantener la primera línea. Los pelotones 2.º y 3.º comenzaron a regresar a sus antiguas posiciones en la sección del bosque que daba a Foy.

Eran aproximadamente las 15:30 horas. Las unidades que marchaban en cabeza decidieron tomar un atajo campo a traviesa para llegar a la posición asignada antes de que anoheciera. Todas las demás unidades las siguieron. Los alemanes los descubrieron.

Cuando los hombres entraron en el bosque se dieron cuenta inmediatamente de que los alemanes habían concentrado el fuego de su artillería sobre aquella posición. Las trincheras estaban rodeadas de cráteres provocados por los obuses y de ramas arrancadas de los árboles por efecto de las explosiones. Los cráteres eran muy grandes, lo cual revelaba fuego de artillería pesada, probablemente cañones de 170 mm. Nadie tuvo necesidad de dar ninguna orden; todos los hombres se pusieron manos a la obra para aumentar la protección de su estrecha trinchera.

El sargento Lipton cogió un hacha y corrió hacia un grupo de árboles pequeños a unos 50 metros de su pozo de tirador. En ese momento oyó claramente que los alemanes volvían a abrir fuego en la distancia. No había tiempo de regresar al pozo de tirador, de modo que se lanzó de cabeza en un pequeño hoyo que alguien había dejado a medio cavar. Era tan poco profundo que, tendido en tierra, la nariz de Lipton quedaba por encima del nivel del suelo. De modo que vio cómo los proyectiles estallaban contra los árboles.

El ruido era ensordecedor y aterrador. La tierra temblaba como si hubiese un seísmo. Los hombres del equipo de bazookas no tenían hoyos de protección; dos de ellos murieron en el acto y otros resultaron heridos.

El sargento Joe Toye estaba en campo abierto, gritando órdenes a sus hombres para que se pusieran a cubierto. «Siempre decían que si puedes oír los proyectiles, no te pasará nada —recordó—. Yo no oí la llegada del proyectil». Explotó justo encima de él. La metralla le destrozó la pierna derecha y le hirió en el pecho, el estómago y ambos brazos. (La metralla del pecho le fue extraída más tarde a través de la espalda en dos operaciones separadas.)

El bombardeo de la artillería alemana cesó tan de súbito como había comenzado. Había sido el peor bombardeo que la Compañía E había soportado en la guerra. En todo el bosque había hombres heridos que chillaban pidiendo un médico. Lipton regresó a su pozo de tirador a buscar su fusil, esperando un inminente ataque de la infantería alemana. Oyó que alguien gemía en el hoyo de protección que había a escasos metros del suyo; un árbol de 40 centímetros de diámetro le había caído encima. Lipton trató de mover el árbol, pero le resultó imposible. Llegó ayuda. Los hombres cavaron con sus palas alrededor del tronco y el soldado raso Shep Howell salió del hoyo con una sonrisa en el rostro.

Toye gritaba pidiendo ayuda; quería que alguien lo arrastrase hasta su pozo de tirador. El sargento Guarnere fue el primero en llegar y comenzó a arrastrarle sobre el accidentado terreno.

El bombardeo se reanudó. Los alemanes lo habían planeado perfectamente. Tal como habían supuesto, la pausa había sacado a los hombres de los pozos de tirador para prestar ayuda a sus compañeros heridos. Un proyectil estalló encima de la cabeza de Guarnere. La metralla le destrozó la pierna derecha. Unos minutos más tarde, el bombardeo cesó.

Lipton salió de su hoyo de protección. El teniente Dike le llamó. «Todavía puedo oír su voz grave y profunda —recordó Lipton—. Estaba a unos 20 metros de distancia, sin casco ni fusil. "Sargento Lipton —gritó, encárguese de organizar las cosas aquí, yo iré a buscar ayuda." Y se marchó».

Lipton comenzó a reunir a los hombres que no estaban heridos. «Algunos estaban a punto de derrumbarse, otros estaban asombrosamente tranquilos». Envió a unos cuantos hombres a que atendiesen a los heridos y a otros a organizar las defensas para recibir el ataque de infantería que estaba seguro que se produciría de un momento a otro. Luego fue a comprobar el estado de Toyé y Guarnere.

Lipton miró a Guarnere tendido en tierra. Éste alzó la vista y dijo: «Lip, esta vez han alcanzado al viejo Guarnere». Malarkey se reunió con ellos. Guarnere y Toyé, tal como lo recordaba, estaban conscientes y tranquilos, no gritaban ni se quejaban por sus terribles heridas. «Joe me dijo: "Anda, dame un cigarrillo, Malark". Y yo encendí un cigarrillo y se lo puse entre los labios».

En nuestra entrevista se produjo una pausa. Le insté a que continuase el relato. «No quiero hablar de ello —dijo Malarkey. Hubo otra pausa y luego continuó—: Joe dio una calada, me miró a los ojos y preguntó: "Por Dios, Malark, ¿qué es lo que tiene que hacer un hombre aquí para conseguir que le maten?"»

Los camilleros retiraron primero a Guarnere. Mientras se lo llevaban, le gritó a Toyé: «¡Te dije que volvería a casa antes que tú!»

El teniente Buck Compton estaba al mando del 2.º pelotón. Estaba muy unido a sus hombres, demasiado unido según la opinión de los oficiales. «Compton era un gran amigo mío —dijo Malarkey—. No le gustaban nada los símbolos de estatus en el Ejército. Se enrollaba mucho mejor con los soldados rasos que con los oficiales». Compton estaba especialmente unido a Guarnere y Toyé.

Cuando salió de su pozo de tirador, Compton se dio cuenta de la magnitud de la carnicería que había a su alrededor. Los heridos más próximos a él eran sus amigos Guarnere y Toyé, sus piernas colgaban de sus cuerpos, la sangre teñía de rojo la nieve junto a ellos.

Compton echó a correr hacia la retaguardia, pidiendo ayuda y la presencia de los médicos. Finalmente consiguió calmarse en el puesto de primeros auxilios; allí

descubrieron que padecía un caso grave de pie de trinchera. También él fue evacuado del frente.

Compton había ganado una Estrella de Plata en Brécourt Manor el 6 de junio de 1944. Más tarde había resultado herido en Normandía y nuevamente en Holanda. Había resistido todo lo que los alemanes le habían lanzado desde el 17 de diciembre hasta el 3 de enero. Pero la visión de su pelotón diezmado y de sus dos amigos destrozados en medio del bosque nevado fue demasiado para él.

Con Peacock en Estados Unidos, Dike dando un paseo, Compton fuera de combate, un teniente de reemplazo que se había presentado en el puesto de primeros auxilios con pie de trinchera (una afección que, para entonces, casi todos los hombres padecían) y otro de quien se sospechaba que se había disparado él mismo en una mano... era evidente que el comandante del batallón debía estar preocupado por la situación. Durante nuestra entrevista, Winters habló de lo que sentía en aquellos momentos: «En Bastogne yo había llegado a ese punto en el que sabía que en cualquier momento me tocaría a mí. Tarde o temprano me tocaría a mí. Sólo esperaba que no fuese demasiado duro.

Pero nunca tuve miedo de derrumbarme. Sólo sentía que tarde o temprano la palmaría. Pero derrumbarme, no, eso no».

Después de una pausa, continuó: «Pero ves a la gente que cae a tu alrededor cada día, cada día, cada día, una y otra vez... y no sabes durante cuánto tiempo continuará esa situación. ¿Seguirá para siempre? ¿Volveré a casa alguna vez?

«Para un oficial —continuó—, con la carga adicional de tener que tomar decisiones constantemente, siempre bajo presión, cuando llevas días sin dormir y estás mal alimentado, no era ninguna novedad que los hombres se derrumbasen».

La política del Ejército de Estados Unidos era mantener a sus compañías de fusileros en la línea de defensa durante largos períodos, de forma permanente en el caso de las compañías de las divisiones de infantería, reemplazando individualmente las bajas que se producían. Esto significaba que los reclutas entraban en combate no con los hombres con quienes habían entrenado y viajado al extranjero, sino con desconocidos. También significaba que un veterano podía esperar librarse de los peligros que le amenazaban sólo a través de la muerte o de una herida muy grave. Esto daba lugar a una situación de desesperanza y perpetuidad, como señaló Winters.

El combate es el mundo al revés. Perfectos desconocidos recorren largas distancias para matarte; si tienen éxito en su misión, lejos de ser castigados por haberle quitado la vida a otro ser humano, serán recompensados, honrados y felicitados. En combate, los hombres permanecen bajo tierra durante el día y hacen su trabajo cuando cae la noche. La buena salud es una maldición; el pie de trinchera, la neumonía, las diarreas agudas e incontrolables, una pierna rota, son regalos preciosos.

Pero hay un límite para el tiempo en que un hombre puede funcionar eficazmente en este mundo al revés. Para algunos, el hundimiento emocional llega pronto; los psiquiatras militares descubrieron que en Normandía entre el 10% y el 20% de los hombres en las compañías de fusileros padecían alguna forma de alteración mental durante la primera semana, y huyeron o tuvieron que ser evacuados de la línea del frente (muchos de ellos, por supuesto, regresaron más tarde a sus respectivas unidades). En otros, esta crisis emocional nunca se produce, pero no obstante su eficacia se reduce de forma considerable. Las experiencias de los hombres en la situación de combate producen emociones mucho más intensas de lo que un civil puede imaginar, sensaciones de terror, pánico, ira, tristeza, asombro, indefensión, inutilidad, y cada una de estas sensaciones absorbe energía y afecta la estabilidad emocional.

«No existe eso de "acostumbrarse al combate" —afirmaron los psiquiatras militares en un informe oficial sobre fatiga de combate—. «Cada momento del combate supone un esfuerzo tan grande que los hombres se derrumbarán en relación directa a la intensidad y duración de su exposición... En la guerra, las bajas psiquiátricas son tan inevitables como los heridos por disparos o metralla... La mayoría de los hombres eran absolutamente ineficaces después de transcurridos 180 días o incluso 140 días. El consenso general era que un hombre alcanza su máxima efectividad en los primeros 90 días de combate, que después su eficacia comienza a disminuir, y que a partir de ese momento su capacidad como soldado se reduce gradualmente hasta volverse del todo inútil». [35]

Hacia el 3 de enero de 1945, la Compañía E había pasado veintitrés días en la línea del frente en Normandía, setenta y ocho días en Holanda y quince días en Bélgica. En total, 116 días. En términos estadísticos, toda la compañía estaba en peligro de derrumbarse emocionalmente en cualquier momento.

Aquella noche no se produjo ningún ataque de la infantería alemana después del bombardeo, y tampoco a la mañana siguiente. Los médicos evacuaron a los heridos. Los cuerpos de los soldados muertos permanecieron allí donde habían caído, congelados, durante varios días más. El teniente Dike reapareció. Las cosas volvieron a la normalidad.

El 5 de enero, la Compañía E fue trasladada a la reserva del regimiento al sur de Foy. Allí dos hombres, el comandante interino del batallón y el sargento primero de la Compañía E, coincidieron en abordar en el mismo problema, los oficiales de esa Compañía.

Winters lo expresó de la siguiente manera: «Miraba a los oficiales subalternos y a mis jefes de compañía y me rechinaban los dientes. Básicamente, teníamos tenientes

débiles. Yo no tenía confianza en ellos. ¿Qué demonios podía hacer al respecto?». Winters sabía que si era lo bastante afortunado como para conseguir algunos oficiales adicionales, se trataría de efectivos de reemplazo que acababan de llegar de Estados Unidos después de haber completado un apresurado programa de entrenamiento. En cuanto al comandante de la compañía, Winters se limitó a decir: «Nos enviaron a Dike como el protegido de un pez gordo del cuartel general de la división y teníamos las manos atadas». Winters no veía ninguna solución rápida al problema. Entre tanto, decidió: «En caso de apuro, habla con tus sargentos».

Su sargento primero quería hablar con él. Lipton solicitó una conversación privada. Winters le dijo que se reunirían en el bosque aquella noche detrás del puesto de mando del batallón.

Se encontraron a la hora convenida y Lipton expresó su preocupación sobre el comandante de la compañía. Describió las acciones de Dike, o la falta de las mismas, con detalles probatorios. Acabó su exposición diciendo: «El teniente Dike conseguirá que mueran muchos hombres de la Compañía E».

Winters le escuchó atentamente, hizo unas cuantas preguntas y se guardó su opinión.

Llegaron los reemplazos. «No podía creerlo —confesó John Martin—. No podía creer que fueran a darnos soldados de reemplazo y enviarnos al ataque. Yo pensaba que nos llevarían allí para darnos un poco de ropa o algo así. Pero no, nos dieron los reemplazos y "Venga, muchachos, en marcha". Y fue entonces cuando comenzamos a atacar».

Tenía razón. El bosque forma una U alrededor de Foy, con el pueblo en el centro. Durante el ataque del 3 de enero, los soldados estadounidenses se habían hecho con el control de la parte derecha de la U. Luego lanzarían un ataque contra la parte izquierda.

El 9 de enero la Compañía participó en la operación de limpieza ejecutada en los bosques que se extendían al oeste de Foy. La resistencia alemana fue ligera. La Compañía alcanzó su objetivo y luego procedió a atrincherarse.

De pronto, un obús estalló entre los árboles, luego otro y otro más. El bombardeo se intensificó a medida que pasaban los minutos. El cabo George Luz fue sorprendido en campo abierto. Echó a correr a toda velocidad hacia su hoyo de protección. El sargento Muck y el soldado raso Alex Penkala le gritaron para que saltara dentro de su trinchera, pero Luz decidió continuar hasta su propio hoyo, mientras los proyectiles silbaban y estallaban por todas partes, derribando árboles enteros, además de lanzar ramas y astillas a su alrededor. Finalmente, Luz consiguió llegar a su destino y se lanzó de cabeza dentro del hoyo.

Lipton compartía el pozo de tirador con el sargento Bob Mann, el operador de radio del cuartel general de la compañía. Los alemanes continuaron bombardeando.

Uno de los proyectiles cayó justo al lado de su hoyo y no estalló. Lipton se lo quedó mirando. Mann encendió un cigarrillo. Lipton no había fumado jamás pero le pidió uno, y aquella noche probó su primer cigarrillo.

Luz fue a ver a Muck y Penkala, los dos hombres que se habían ofrecido a compartir su hoyo con él. La zona había recibido un impacto directo. Luz comenzó a cavar frenéticamente. Encontró algunos trozos de sus cuerpos y parte de un saco de dormir.

Ahora la 101 controlaba toda la zona boscosa que rodeaba Foy desde el este, el oeste y el sur. Pero Foy, enclavado en su pequeño valle, no era el objetivo; lo era Noville y el terreno elevado donde se alzaba la ciudad. El general Taylor había intentado llevar el ataque del 9 de enero directamente hacia Noville, pero para ello necesitaba contar con el apoyo de los tanques, y como éstos sólo podían operar en la carretera, tuvo que conformarse con Foy. El pueblo ya había cambiado de manos cuatro veces.

El 2.º Batallón del 506.º fue elegido para tomar Foy. Se retiró a los hombres de la línea de defensa al oeste de Foy y se los trasladó al sur del pueblo. Winters decidió que la Compañía E encabezaría el ataque. Se trataba de una operación simple, brutal: cargar a través de un terreno abierto y cubierto de nieve de aproximadamente 200 metros que llevaba directamente al pueblo, donde cada ventana podía ser un nido de ametralladoras, donde cada soldado alemán contaba con protección de ladrillos y argamasa, eso era todo. Nada de sutilezas, ninguna maniobra estratégica, sólo cargar y acercarse lo suficiente al enemigo como para poder lanzarle unas cuantas granadas y sacar a los boches de las casas. La clave estaba en atravesar rápidamente aquel tramo de campo abierto. Si los hombres mantenían el ataque, si disponían de fuego pesado de cobertura, todo sería muy sencillo. Si se detenían, podía costarles muchas bajas.

La División ordenó que el ataque comenzara a las 09:00 horas. A Winters no le gustó la hora. Propuso que el ataque se realizara al amanecer, para reducir los riesgos de la exposición de los hombres en campo abierto, pero su plan fue rechazado.

Winters observó a la Compañía E mientras formaba para el ataque. Detrás de él se encontraba un jefe de pelotón de la Compañía D, el teniente primero Ronald C. Speirs.

Speirs era un oficial que gozaba de una extraña reputación. Delgado, bastante alto, de pelo negro, estricto, bien parecido, cultivaba la apariencia de un líder y actuaba como tal. Uno de sus compañeros oficiales en la Compañía D, el teniente Tom Gibson, le describió como un «líder de pelotón de fusileros duro, agresivo,

valiente y con muchos recursos». Su apodo era «Sparky» (entre sus compañeros oficiales) y «Bloody» (entre los reclutas). En Normandía había dirigido un ataque con bayoneta y obtenido una Estrella de Plata.

Había algunas historias referentes a él. Un montón de rumores sin confirmar circulaban alrededor del teniente Speirs. Nadie había visto nunca nada con sus propios ojos, pero todo el mundo parecía conocer a alguien que sí. Tal vez sólo fuesen historias, pero los hombres de la Compañía E las creían, o las creían a medias.

Una de esas historias se refería a aquella ocasión en Normandía cuando Speirs tuvo un problema grave con la bebida en su pelotón. Dio una orden general. Nada de vino. Ni una gota. Al día siguiente encontró a un suboficial que se había emborrachado. Le dio una orden, el suboficial le replicó con insolencia. Entonces, Speirs sacó su pistola y le pegó un tiro entre los ojos.

La conclusión de la historia era la siguiente: «Y el tío nunca más volvió a tener problemas con la bebida después de aquello».

Luego estaba aquel día en Normandía, cuando Speirs caminaba solo por una carretera y pasó junto a un grupo de diez prisioneros de guerra alemanes. Los alemanes estaban custodiados y se dedicaban a cavar una zanja junto a la carretera. Speirs se detuvo, abrió una cajetilla de cigarrillos y le dio uno a cada soldado alemán. Se mostraron tan agradecidos, que Speirs saltó dentro de la zanja y les regaló el paquete. Luego sacó el mechero y les dio fuego. Después volvió a la carretera y se quedó observándoles mientras fumaban y hablaban entre ellos.

De pronto, y sin aviso previo, descolgó la ametralladora Thompson del calibre 45 que siempre llevaba en el hombro y disparó contra el grupo de prisioneros alemanes. Continuó disparando hasta que todos los alemanes cayeron muertos. El soldado que les custodiaba se quedó atónito. Speirs dio media vuelta y se alejó.

Tom Gibson, que fue quien me explicó esta historia (ya la había oído de otras fuentes, aunque nadie lo había visto personalmente), comentó: «Creo firmemente que sólo un soldado de combate tiene derecho a juzgar a otro soldado de combate. Sólo un soldado de combate perteneciente a una compañía de fusileros sabe lo duro que resulta conservar la cordura, cumplir con su obligación y sobrevivir con algo parecido al honor. Tienes que aprender a perdonar a los demás, y a ti mismo, por algunas de las cosas que se hacen».

Gibson añadió que había explicado esa misma historia varias veces a lo largo de los años, sin dar jamás los nombres, pero utilizándola como ejemplo de lo que puede llegar a suceder en la guerra. Continuó: «Todos sabemos que las historias de la guerra parecen tener vida propia. Tienen una manera especial de crecer, de ser adornadas. Independientemente de que los detalles sean precisos o no, debe haber algo de verdad en una historia como esa para que alguien la contara la primera vez».

Winters no estaba pensando en Speirs y su reputación. Estaba observando el ataque de la Compañía E. Speirs y otros oficiales de las compañías que no participaban en aquella acción permanecían a su espalda. Winters había dispuesto las dos ametralladoras de la sección del cuartel general para que ofrecieran fuego de cobertura sobre los campos abiertos que descendían delante de ellos, a unos 200 metros de la línea del bosque y mirando hacia el pueblo. [36] En el campo había algunos árboles y montículos de paja.

El teniente Foley, que dirigió al 1.º pelotón durante el ataque, describió la situación: «Sabíamos que Foy no había sido puesto a prueba el día anterior y tampoco durante la noche anterior. Durante los días previos habíamos visto el constante ir y venir de camiones y tanques. Fuimos testigos de los numerosos ataques y contraataques que se habían llevado a cabo. Habíamos visto cómo la Compañía F sufría graves pérdidas en sus esfuerzos por mantener este lugar. Ahora estábamos al mando de un segundo teniente. De modo que nos esperaba lo desconocido».

La compañía inició el avance. Las ametralladoras comenzaron el fuego de cobertura. Desde el pueblo sólo respondieron con unos aislados disparos de fusil. Aun así, como recordó Winters: «Era muy duro para los hombres avanzar a través de aquel campo cubierto de nieve en formación de ataque, pero la línea se mantenía muy bien y se movía a buen ritmo».

El 1.º pelotón, en el flanco izquierdo, llegó a una zona donde había unos corrales para las vacas y varios cobertizos. Foley ordenó que inspeccionaran los cobertizos. Cuando los hombres del pelotón (sólo veintidós de ellos) se disponían a cumplir la orden, tres soldados alemanes fueron avistados arrastrándose dentro de uno de los cobertizos. Foley hizo rodear el lugar, pateó la puerta y gritó en su mejor alemán:

—¡Salgan con las manos en alto!

Nadie contestó. Foley quitó la anilla de seguridad a una granada de fragmentación y la lanzó dentro del cobertizo. Después de la explosión, los alemanes salieron temblando y sangrando. Uno de ellos era un teniente primero, los otros dos eran sargentos. Foley comenzó a interrogarlos, preguntándoles por la situación del resto de las tropas alemanas. Uno de los sargentos se llevó la mano al interior de su abrigo abierto. Otro hizo un movimiento similar. El tercero gritó: «¡Dummkopf!»

Uno de los hombres de Foley abrió fuego con su fusil ametrallador. «No teníamos prisioneros —comentó Foley—, pero teníamos las pistolas que llevaban ocultas». El pelotón se reunió rápidamente con los demás.

Dike miró hacia la izquierda y no vio a su 1.º pelotón. Sus otros dos pelotones seguían avanzando sin problemas. Los alemanes les disparaban pero no habían sufrido ninguna baja. Pero Dike estaba desprotegido en su flanco izquierdo, o por lo menos eso fue lo que pensó entonces. Tomó una decisión desastrosa, exactamente la clase de decisión que hace que los hombres mueran. Ordenó que los pelotones 2.º y

3.º se unieran a la sección del cuartel general de la Compañía detrás de dos almiarés.

Desde el punto de vista de Winters: «De pronto, la línea se detuvo a unos 75 metros del borde del pueblo. Todo el mundo se agachó en la nieve detrás de aquellos dos grandes almiarés y permaneció allí sin ninguna razón aparente. Yo no podía obtener ninguna respuesta del teniente Dike a través de la radio. La compañía era un montón de patos sentados en medio de la nieve». A Winters le preocupaba el tema de durante cuánto tiempo podría mantener el fuego de protección.

El 1.º pelotón se reunió con la compañía que estaba agrupada detrás de los almiarés. Foley se acercó a Dike para recibir órdenes. Éste no sabía qué hacer. Foley insistió en que tenía que hacer alguna cosa; Lipton y los demás sargentos le apoyaron casi con vehemencia.

Dike diseñó un plan. Consistía en enviar al 1.º pelotón en un amplio movimiento envolvente por el flanco izquierdo, rodear el pueblo y lanzar un ataque desde el otro extremo. Entre tanto, él dirigiría el fuego de ametralladoras y morteros desde los almiarés. Para ese propósito, Dike dijo que conservaría con él a los hombres encargados de manejar las ametralladoras y los morteros, participando en el fuego de cobertura. De modo que dieciocho fusileros del 1.º pelotón echaron a andar en la nieve para intentar llegar a Foy desde el otro lado.

El teniente Foley y el sargento Martin sólo disponían de unos minutos para planear la ruta que les llevaría hasta una posición de asalto. Tomaron un sendero que, aproximadamente cada 10 metros, ofrecía un árbol detrás del cual poder ocultarse. La línea de árboles se perdía en la distancia.

Los hombres emprendieron la marcha uno tras otro. Pocos minutos después, los francotiradores alemanes comenzaron a hacer su trabajo; los gritos de «¡Médico!» podían oírse a lo largo de toda la línea. El pelotón repelió el fuego pero con escaso efecto. Foley se acercó al hombre herido que tenía más próximo a él. «Se trataba de Smith, un tío de California. Gemía y se quejaba de dolor mientras yo abría el botiquín de primeros auxilios y, antes de que pudiese encontrar la herida, empezó a "confesar". ¡Imagínese! Y lo que "confesó" fue que dos compañeros y él habían robado una ración PX. Estaban compuestas de barras de chocolate Hershey y cigarrillos. Le dije que no se estaba muriendo mientras cortaba la pernera del pantalón, rociaba luego la herida con sulfamidas y le vendaba por último la pierna».

Martin le dijo al soldado Frank Perconte que corriese al siguiente árbol y abriera fuego desde allí contra los edificios donde estaban los francotiradores. «De modo que Frank corrió hasta un árbol cuyo tronco era apenas más grande que su cabeza, pero no que su culo. Y fue ahí, en el culo, donde recibió el balazo».

(Ese mismo día, más tarde, cuando Lipton vio a Perconte, éste estaba tendido en

la nieve en medio de un charco de sangre, pero no había perdido el conocimiento. Lipton le preguntó: «Perconte, ¿cómo es la herida?». Perconte sonrió y contestó: «Lip, es una hermosa herida, una hermosa herida».)

Martin envió al soldado Harold Webb a otro árbol y le dijo hacia dónde debía disparar. Foley llamó por radio.

—Estamos detenidos por el fuego de un francotirador. No podemos localizar su posición. Ya hemos perdido cinco hombres. ¿Podéis localizarle? Avisad.

Alguien del puesto de mando de la Compañía llamó poco después para informar que el francotirador podía estar oculto en el almiar que se encontraba situado a la derecha de Foley. Foley regresó.

—Barred ese jodido almiar —ordenó.

A los, pocos segundos, su pelotón comenzaba a disparar sobre aquella posición.

El teniente Dike, en opinión de Lipton, se había «roto». Estaba paralizado detrás de los almiar, no tenía ningún plan, no sabía qué hacer.

Para Winters, que estaba observando el desarrollo de los acontecimientos, eso era evidente. «Tenía a toda esa gente oculta detrás de los almiar, metida en la nieve y sin ninguna razón que lo justificase». Winters estaba furioso porque no podía comunicarse con Dike por radio. «¡Adelante! —gritaba—. ¡Seguid avanzando!» Ninguna respuesta. La Compañía E estaba sufriendo bajas innecesarias. Todo lo que necesitaba era el ímpetu de su jefe para cubrir el último tramo descubierto y entrar en el pueblo. Pero el jefe no estaba allí.

Winters cogió un M-1 y echó a correr campo a traviesa en dirección a la compañía inmóvil y su 1.^{er} pelotón oculto detrás de los almiar. Su intención era hacerse con el mando y conseguir que esos hombres continuaran su avance. Pero mientras corría, pensó: «Joder, no puedo hacer esto. Yo estoy al mando de este batallón. No puedo arriesgarme». Dio media vuelta y echó a correr en sentido contrario.

«Y cuando estaba regresando, apareció Speirs delante de mí. "Speirs, tome el mando de esa compañía, releve a Dike y continúe el ataque."»

Speirs se alejó a la carrera. Winters volvió a concentrarse en su trabajo. El teniente Foley describió los resultados: «Winters ordenó que los encargados de las ametralladoras establecieran una barrera de fuego de cobertura para que nosotros, el 1.^{er} pelotón, pudiésemos acabar lo que habíamos comenzado, y para que los morteros se concentraran sobre esos dos almiar. Un lanzagranadas disparó varias andanadas y cuando el almiar comenzó a arder, el jodido francotirador se convirtió en cadáver».

El regimiento ordenó que la Compañía I (una fuerza de veinticinco hombres), situada a la derecha; atacase. Pero el éxito o el fracaso de la operación dependían de

la Compañía E. Era una prueba final para la compañía. Había alcanzado un punto muy bajo. Ni los oficiales ni los soldados rasos, por término medio, cumplían con los estándares que tenía la Compañía cuando saltaron sobre Normandía. Ninguno de los oficiales que se encontraban al mando el Día D estaba con la Compañía en 1945. Más de la mitad de los soldados rasos eran nuevos. Los suboficiales eran lo único que quedaba del núcleo original de la vieja Compañía. Eran hombres de Toccoa y habían mantenido a la Compañía unida desde que Dike tomara el mando en Holanda.

Vivían en un estado de máxima alerta y tensión. Vivían, luchaban y trataban de suprimir sentimientos, sentimientos que John Keegan señala que son el producto «de algunos de los temores más profundos del hombre: miedo a ser herido, miedo a la muerte, miedo a poner en peligro las vidas de aquellos de cuyo bienestar uno es responsable. Y también afectan a algunas de las pasiones más violentas del hombre: odio, ira y la urgencia de matar». ^[37]

En medio de este torrente de pasión incontrolable, los pensamientos volaban en sus cabezas. Los hombres habían visto a sus oficiales largarse de paseo o venirse abajo o simplemente acobardarse, o quedarse mudos (como estaba el teniente Dike en aquel momento de crisis). Si no tenían la opción de largarse, sí tenían la de no dirigir. Nadie podía obligarlos a ello.

Del mismo modo que no podían obligar a Dike a que actuara, estos suboficiales eran hombres de Toccoa, todo lo que quedaba en la Compañía E de aquel caluroso verano de 1942 y el capitán Sobel. Ellos habían mantenido a la Compañía unida a través de un largo período de mando inepto entre los oficiales y de graves bajas entre los reclutas.

De modo que esta era la prueba. En 1942, la pregunta era: ¿puede un ejército de ciudadanos ser entrenado y preparado para luchar contra los alemanes en una dilatada campaña en el noroeste de Europa? Hitler no era el único que hubiese contestado que no. Pero la respuesta que contaba era la que se daría sobre los campos nevados de Bélgica en enero de 1945; para la Compañía E, la prueba comenzaba ahora.

Los sargentos de Toccoa estaban preparados para someterse a la prueba. El núcleo de Toccoa de la compañía estaba preparado para ser dirigido y para dirigir. En ese momento llegó Speirs, sin aliento. Se las arregló para decirle a Dike: «Asumo el mando».

El sargento Lipton y los demás le pusieron al corriente de la situación. Comenzó a gritar órdenes: «El 2.º pelotón por aquí, el 3.º pelotón por allá, carguen esos morteros, adelante con esas ametralladoras, en marcha, vamos, vamos». Y comenzó a avanzar, sin mirar atrás, convencido de que los hombres le seguirían. Lo hicieron.

«Recuerdo los amplios campos abiertos que rodeaban Foy —escribió Speirs en una carta de 1991—, donde cualquier movimiento provocaba el fuego enemigo. Una pieza de artillería alemana del 88 me disparó cuando atravesaba una zona descubierta.

Eso me impresionó».

Cuando en 1991 volvió a ese mismo lugar con Winters y Malarkey, Lipton recordó la carrera de Speirs. También recordó que cuando llegaron a los cobertizos en las afueras de Foy, Speirs quiso saber dónde estaba la Compañía I. «De modo que continuó corriendo a través de la línea de defensa alemana, apareció por el otro lado, habló con el comandante de la Compañía I y después regresó a la carrera. Joder, fue algo impresionante».

Mientras los pelotones que estaban con Speirs continuaban su avance, el 1.^{er} pelotón comenzó a acercarse a ellos. El sargento Martin hizo una comprobación de último momento. Advirtió que el soldado Webb, en posición de fuego detrás de un árbol, no se movía. «¡Venga, Webb, vamos, muévete, venga!» Pero no hubo respuesta. «Bueno, joder, los alemanes seguían disparando, de modo que corrí hacia el árbol, que tenía un tronco apenas más grande que mi mano. Y me topé con él, que estaba tendido de costado. Le di la vuelta y vi que le habían alcanzado entre los ojos».

La compañía irrumpió en Foy. Los hombres dispararon con todo el armamento disponible en una compañía de fusileros: M-1, metralletas, bazookas, ametralladoras ligeras, morteros y granadas. Contaron con el apoyo de la artillería. Provocaron una tremenda conmoción con cientos de proyectiles que rebotaban en los edificios, explosiones de granadas en las habitaciones, el estruendo de los proyectiles de mortero al estallar contra las zonas que batían y los trozos de ladrillo y el polvo en el aire.

La resistencia fue muy fuerte a pesar de todo. Los francotiradores alemanes, pasados por alto durante la primera oleada, comenzaron a causar bajas entre las filas estadounidenses. Nadie era capaz de localizar a uno de ellos especialmente, que había frenado el avance en una esquina con dos hombres muertos. Entonces Shifty Powers, el hombre que había pasado toda su infancia y parte de su juventud buscando ardillas en los altos árboles de las montañas de Virginia, gritó «le he visto» y abrió fuego. «Los disparos cesaron —recordó Lipton—, y pudimos continuar el ataque».

Todo el mundo siguió disparando y avanzando. A pesar de lo fuerte que había sido la resistencia ofrecida por la 6.^a Compañía del 10.^o Regimiento de Granaderos Panzer de la 9.^a División Panzer, los alemanes ahora libraban una lucha en la retaguardia para cubrir la retirada en dirección a Noville. Pero seguían combatiendo tenazmente, hábilmente, y sin asomo de pánico para mantener la ruta de repliegue abierta. Pero cuando Speirs hizo avanzar a sus hombres, amenazando con cortar la

carretera detrás de la posición del enemigo, aparecieron tres tanques Tiger, que eran todo lo que quedaba de la compañía blindada. Un pelotón de infantería iba con ellos. Alrededor de 100 alemanes, la mayoría de ellos heridos, se rindieron a los estadounidenses. La Compañía E había superado la prueba. Había tomado Foy.

Lipton y «Popeye» Wynn fueron a inspeccionar el lugar desde donde el francotirador alemán, a quien Shifty Powers había conseguido abatir, los había mantenido en jaque. Encontraron al francotirador con un balazo en mitad de la frente.

«Ya sabes —comentó Wynn—, no conviene dispararle a Shifty cuando tiene un fusil».

Eran las primeras horas de la tarde. Un equipo de filmación llegó al pueblo para rodar algunas escenas de la victoria. Winters vio que dos fotógrafos estaban tomando fotos en el límite del bosque a los camilleros que traían a los heridos del 1.^{er} pelotón. «Cuando el pequeño destacamento llegó a unos 20 metros del bosque, completamente fuera de peligro, uno de los fotógrafos dejó la cámara y corrió para coger al soldado herido y ayudar a transportarlo. Le cogió de tal manera que se manchó con sangre la pechera de su nueva y limpia chaqueta forrada de piel. Entonces, el tío se volvió hacia su compañero, que seguía tomando fotografías, y simuló estar completamente agotado al cubrir esos últimos metros hacia el bosque. En ese punto, desapareció de escena».

Aquella noche, el coronel Sink convocó una reunión en el cuartel general del regimiento con todas las partes principales que habían intervenido en el ataque. Sink comenzó la reunión con una pregunta dirigida a Winters:

—¿Qué piensa hacer con la Compañía E?

—Relevar al teniente Dike y poner al mando al teniente Speirs —respondió Winters.

Sink se mostró de acuerdo con esa decisión y la reunión concluyó. El teniente Foley también estaba de acuerdo. Escribió: «Estábamos felices de ver marchar a Dike, porque no sólo había abandonado al 1.^{er} pelotón, sino que también había fallado en el bosque cuando el 2.^o pelotón fue alcanzado por aquellas tres andanadas. Era evidente que "Foxhole Norman" no había nacido para ser nuestro jefe de unidad».

Muy pronto se hizo evidente que Speirs sí había nacido para ello, tal como ya lo había demostrado con creces, por otra parte, durante el ataque sobre Foy.

«Ataque» Noville

14 - 17 de enero, 1945

«Cuando llegó la orden para este ataque, me puse furioso —recordó Winters—. Simplemente, no podía creer que después de lo que habíamos pasado y hecho, después de las bajas que habíamos sufrido, decidieran incluirnos en este ataque. Tenía todo el aspecto de un viaje egocéntrico para el general Taylor, una representación para demostrarle a Ike que ahora que Taylor había vuelto, sus hombres moverían el culo y pasarían al ataque».

Eso no es justo para el general Taylor. El ataque formaba parte de una ofensiva general destinada a atravesar el norte y unirse con el Primer Ejército estadounidense, atrapando de ese modo a los tanques alemanes en la punta del saliente. O a todos los que aún quedaran. Después de los titubeos de Montgomery acerca de continuar la contraofensiva, los alemanes habían comenzado a retirar sus tanques. Podía esperarse que lucharían con todos los medios a su alcance para mantener abierta esa ruta de escape.

En cuanto al hecho concreto de desplegar a una compañía tan golpeada como la E en una maniobra de ataque frontal sobre un terreno cubierto de nieve a plena luz del día, esta fue una cuestión que no se sometió a debate, no porque Taylor buscara la gloria a cualquier precio, sino porque Eisenhower necesitaba efectivos con urgencia. No contaba con soldados de reserva disponibles para lanzarlos al ataque y este era el momento de atacar, tenía que atacar con los hombres que tenía en la línea del frente. En otras palabras, la Compañía E estaba pagando el precio por la política de movilización limitada. Simplemente se trataba de que no habían tropas suficientes para hacer el trabajo.

Después de que Foy cayera, la E y las otras compañías del 2.º Batallón fueron colocadas en la reserva del regimiento, al sur del pueblo. A las 04:15 horas del día siguiente, 14 de enero, los alemanes lanzaron un contraataque sobre Foy con seis tanques y una compañía de infantería. El ataque fue rechazado, pero un segundo ataque, esta vez con catorce tanques y un batallón, obligó al 3.º Batallón del 506.º a abandonar Foy. La Compañía E fue puesta en estado de alerta, pero con la ayuda de la artillería el 3.º Batallón fue capaz de montar su propio y exitoso contraataque, de modo que hacia las 09:30 horas, el pueblo volvió a caer en manos estadounidenses.

Todas estas acciones se desarrollaban bajo unas condiciones meteorológicas

terribles. Otro frente frío barría toda la región. Las temperaturas diurnas rondaban los -6° C; al caer la noche, el mercurio de los termómetros caía en picado. Nevaba prácticamente todos los días y de forma abundante. A la División le resultaba muy difícil movilizar los suministros hacia la ruta Bastogne-Foy debido a la nieve y a las necesidades en otros puntos. Como consecuencia de esta situación, los hombres de la Compañía E se encontraban casi tan mal como durante la primera semana de asedio. La comida no era suficiente. Escaseaban los chanclos y los sacos de dormir y las mantas se usaban ahora como trajes para la nieve.

El terreno que se extendía delante de la posición ocupada por la Compañía E también era difícil. Para llegar a Noville había que cruzar una gran extensión de campo abierto y bosques tupidos que aún debían limpiarse de alemanes. El enemigo conservaba el terreno elevado, y las sólidas construcciones belgas de Noville ofrecían excelentes emplazamientos para los francotiradores y las ametralladoras, además de escondites para los tanques.

El coronel Sink le dijo a Winters que el 2.º Batallón tendría el honor de encabezar el ataque sobre Noville. Se iniciaría a las 12:00 horas del 14 de enero, con un movimiento desde el bosque al sur de Foy en dirección a la izquierda (oeste), ocupando la pequeña población de Recogne, para luego lanzar un ataque sobre un terreno abierto y nevado hacia Cobru, otra pequeña población que se encontraba aproximadamente a un kilómetro al este de Noville. A la izquierda de Winters, el 1.º Batallón avanzaría hacia el norte a través del bosque para expulsar a los alemanes.

Winters no se sintió nada feliz con estas órdenes. Tenía que atravesar 2 kilómetros de campos abiertos y cubiertos con un gran manto de nieve para llegar a Cobru. Era un día de sol luminoso. ¿Por qué diablos debían atacar precisamente al mediodía? Winters hubiese preferido esperar a la noche e iniciar el avance al amanecer. Pero Eisenhower quería acción, Monty quería acción, Taylor quería acción, Sink quería acción, de modo que las Compañías D, E, F y la del cuartel general del 29.º Batallón tendrían que proporcionarla.

Hacia el suroeste de Noville había un desnivel bastante profundo que llegaba hasta las proximidades de Recogne. Winters pensó que si enviaba a sus hombres a través de ese accidente del terreno, podría disponer de mayor protección a medida que se acercaran a Noville. Dio la orden de que el batallón formase en fila para atravesar los campos abiertos nevados; sería peligroso pero rápido.

Mientras la Compañía E y el resto del 2.º Batallón se ponían en marcha, lo mismo hacía el 1.º Batallón en el flanco izquierdo. Los tanques alemanes estacionados en Noville pusieron al 1.º Batallón en sus puntos de mira y lanzaron algunas andanadas con sus cañones del 88. Pero no vieron al 2.º Batallón que avanzaba hacia Noville protegido por el saliente.

Winters echó un vistazo a su izquierda. Los 88 estaban machacando al 1.º

Batallón. «Los hombres volaban por los aires —recordó Winters—. Años más tarde, en la película Doctor Zhivago, vi tropas que cruzaban campos cubiertos de nieve y los cañones que les disparaban desde el límite del bosque hacían que los hombres saltaran por los aires. Aquellas escenas me parecieron muy reales».

La Compañía E tenía sus propios problemas. Las ametralladoras alemanas emplazadas en puntos estratégicos de Noville abrieron fuego sobre la unidad, en un pequeño arroyo que ralentizaba el avance mientras estaban expuestos. Speirs respondió al fuego enemigo con dos de sus ametralladoras pesadas. Mientras las ametralladoras escupían una ráfaga tras otra, grupos de ocho a diez hombres aprovechaban para cruzar la corriente de agua helada.

El arroyo era lo bastante angosto como para que los hombres pudieran salvarlo de un salto. Pero el soldado raso Tony García, que cargaba un saco de municiones con seis proyectiles de mortero, cayó al agua. Estaba empapado. Cuando el grupo llegó a Noville, «mi ropa se había helado y crujía con cada paso que daba. Esto, sin embargo, me salvó aquella noche de salir de patrulla para establecer contacto con una de nuestras unidades. El sargento del pelotón me dijo que se me podía oír desde Berlín y que no me moviese». ^[38]

A las 15:30 horas, el 2.º Batallón acabó de cruzar el campo nevado y se ocultó en la depresión del terreno. Al anochecer ya había llegado al extremo sureste de Cobru.

Speirs mantuvo una reunión con sus oficiales y el sargento Lipton. Trazó un plan de ataque para la mañana siguiente, siguiendo el curso de agua hasta Noville, con el 2.º pelotón a la izquierda y el 3.º a la derecha. Se suponía que tanques amigos se acercaban por el flanco derecho para asegurar la carretera Foy-Noville. Después de la reunión, Speirs le dijo a Lipton que tomase el mando del 2.º pelotón durante el ataque.

Lipton reunió a los hombres del 2.º pelotón para impartir sus instrucciones. Winters se mantuvo aparte, escuchando con atención. Lipton les dijo que la distancia que les separaba del pueblo era de unos 800 metros, que debían moverse deprisa para atravesar la carretera y alcanzar la protección de los edificios, que debían limpiar los edificios trabajando en equipos con fusiles y granadas, que los hombres encargados de los morteros debían estar preparados para lanzar sus proyectiles sobre los puntos de resistencia alemanes, que los servidores de las ametralladoras debían cubrir el avance con su fuego, que los hombres no debían apiñarse, etcétera. Winters sólo comentó que la distancia era de unos 1000 metros.

Cuando concluyó la reunión, los hombres pudieron oír claramente el sonido de motores de tanques que se ponían en marcha y el de otros que circulaban en la distancia. No era posible determinar si se trataba de blindados alemanes que salían del pueblo o de tanques estadounidenses que llegaban por la carretera Foy-Noville.

Winters recuerda aquella noche como la más fría de toda su vida. La protección

era escasa, apenas unas estrechas trincheras de poca profundidad debido al terreno helado. Los hombres habían hecho un gran esfuerzo para llegar hasta Cobru y sus ropas estaban húmedas por la transpiración. Se pasaron toda la noche temblando. Se tendían en los hoyos, conseguían conciliar el sueño y se despertaban minutos más tarde a causa de los intensos temblores provocados por sus ropas ahora heladas. La mayoría abandonó la idea de dormir. Las cosas se pusieron tan mal que, en un momento determinado, Winters pensó en la posibilidad de ordenar un ataque nocturno, pero luego desistió de esa idea debido al peligro de que los hombres se disparasen entre ellos en la confusión.

A Lipton le intranquilizaba la perspectiva de mandar el 2.º pelotón en un ataque sin saber qué les esperaba delante, de modo que decidió ir a explorar la situación en Noville junto con un operador de radio. Los dos hombres llegaron a un granero en las afueras del pueblo, entraron a través de una puerta trasera y continuaron hasta otra puerta que se abría a un corral junto a la carretera principal que atravesaba Noville. Todo estaba en silencio. Lipton se comunicó por radio con Speirs para informarle de dónde se encontraba y solicitar permiso para explorar la ciudad. Añadió que podía ver algunos tanques Sherman un poco más adelante y preguntó si Speirs sabía si los blindados estadounidenses ya habían tomado el pueblo. Speirs no lo sabía y le dijo a Lipton que echara un vistazo.

Lipton se acercó silenciosamente a los tanques. Estaban fuera de combate. A su alrededor había varios cadáveres de soldados estadounidenses congelados en la nieve. Habían sido abandonados en aquel lugar cuando la Fuerza Desobry se retiró de Noville el 20 de diciembre, hacía casi un mes. La ciudad seguía en poder de los alemanes. Lipton y su compañero se retiraron.

El ataque se inició al amanecer del 15 de enero. Los alemanes ofrecieron resistencia, más fuerte contra el 3.º pelotón en la parte derecha de la carretera. El 2.º pelotón alcanzó rápidamente el centro de Noville y se acercó hasta los Sherman quemados. El 3.º pelotón llegó a un edificio que había sido incendiado y estableció allí un puesto de mando. En aquel momento llegó un mensaje a través de la radio: «Blindados amigos por la derecha».

Cuando el teniente Shames y el sargento Alley recibieron el mensaje, oyeron tanques cerca del edificio donde se encontraban. Ansioso por ver el espectáculo en la carretera, Alley le dijo a Shames que iría al encuentro de esos tanques. Shames decidió acompañarle. Ambos corrieron junto a varios edificios y casas quemados y giraron en una esquina para salir a la carretera principal. Un poco más adelante, entre dos edificios, parcialmente oculto, estaba el tanque que buscaban.

Alley se acercó a un costado del tanque. El jefe de carro estaba en la torreta

mirando en la dirección opuesta, de modo que para hacerse oír por encima del rugido del motor Alley le gritó: «Por aquí». El tanquista se volvió y Alley descubrió que había confundido un tanque alemán con uno estadounidense. El alemán maldijo, y se metió a toda prisa dentro del tanque; a los pocos segundos, la torreta comenzó a girar en dirección a Shames y Alley.

Teniente y sargento no intercambiaron ni una sola palabra. Ambos se alejaron corriendo a toda la velocidad que daban sus piernas. El tanque les siguió. Doblaron en una esquina. Shames vio una ventana abierta y, sin dudarlo un instante, se lanzó de cabeza a través de ella. Alley continuó su carrera unos metros más y se metió en un portal con su fusil preparado para disparar contra la infantería que estaba seguro que llegaba junto con el tanque.

El tanque giró en la esquina y pasó junto a Shames y Alley. Un poco más adelante llegó al lugar donde el 2.º pelotón estaba limpiando de alemanes los edificios próximos a los restos de los Sherman calcinados. Lipton y sus hombres se ocultaron detrás de los tanques destruidos y de las paredes en busca de protección. El tanque alemán se detuvo y, haciendo girar la torreta, disparó un proyectil contra cada uno de los Sherman quemados para impedir que pudiesen utilizar sus cañones y disparar contra su tanque una vez que se alejara. «Cuando esos proyectiles alcanzaron a los Sherman —recordó Lipton—, nosotros estábamos detrás de ellos y tuvimos la sensación de que se elevaban medio metro del suelo».

El tanque se alejó velozmente de la ciudad en dirección norte. Un caza P-47 lo vio, descendió en picado sobre él y lanzó una bomba que lo hizo pedazos.

Alley fue en busca de Shames. Oyó que alguien se quejaba y llamaba pidiendo ayuda. Cuando llegó a la ventana a través de la que Shames se había lanzado dentro del edificio, echó un vistazo y no pudo contener las carcajadas. Vio a su teniente enredado en medio de somieres y muebles en un sótano que Shames no había podido ver al lanzarse de un salto por la ventana.

Hacia el mediodía, el 2.º Batallón había tomado Noville y establecido un perímetro defensivo. El pueblo y las colinas que se alzaban en sus alrededores habían sido el objetivo de la 101 desde el 20 de diciembre. Finalmente estaba en manos estadounidense.

«Poco después de haber llegado a Bastogne, desde nuestras posiciones en las afueras de Foy habíamos mirado hacia el norte en dirección a Noville —escribió Lipton— y nos habíamos convencido a nosotros mismos de que sería nuestro último objetivo en la campaña de Bastogne». Pero aún quedaba un ataque pendiente; el general Taylor quería que el 2.º Batallón avanzara aún más hacia el norte, en dirección a Houffalize, para desalojar a los alemanes del pueblo de Rachamps.

Rachamps se encontraba en un valle, alejado de la carretera principal, sobre la

derecha (este). El terreno, cubierto de nieve, descendía suavemente hacia las casas desde todas direcciones, dando un efecto similar a atacar desde el borde un plato sobero hacia su centro. El 2.º Batallón atacó desde el sur y el sureste, mientras que el 1.º Batallón, situado en el flanco izquierdo, descendió desde el norte del pueblo. Los hombres estaban bien desplegados y avanzaron resueltamente. Los alemanes ofrecieron una ligera resistencia, principalmente mediante su artillería, que disparaba proyectiles de fósforo blanco. Pero cuando los hombres del 506.º comenzaron a llegar a las afueras del pueblo, la mayoría de los defensores huyeron. Y cuando los estadounidenses entraron en Rachamps, la artillería alemana comenzó a bombardear el pueblo.

El sargento Earl Hale fue uno de los primeros en pisar las calles de Rachamps. Liebgott y él buscaron refugio en un granero, donde sorprendieron e hicieron prisioneros a seis oficiales de la SS. Hale los puso en fila uno frente a otro y les dijo que si Liebgott y él morían se los llevarían con ellos. Hale les apuntaba con su ametralladora para recalcar ese punto.

Un proyectil estalló fuera del granero. Hale se encontraba junto a la puerta. Cayó al suelo alcanzado por un fragmento de metralla. Uno de los SS sacó el cuchillo que llevaba en la bota y le hizo un corte en la garganta a Hale. No consiguió cortar ninguna arteria y tampoco la tráquea, pero sí el esófago. La sangre manó a borbotones. Liebgott disparó contra el oficial que había atacado a Hale y también sobre los demás, acabando con todos ellos. Después llegó Roe y espolvoreó con sulfamidas la herida de Hale. Un jeep lo evacuó a Luxemburgo, donde un asombrado médico se encargó de intervenirle, dejándole un esófago torcido. Debido al estado de Hale, el doctor le entregó una orden médica en la que constaba que no debía usar corbata. (Más tarde, Hale fue abordado por un airado general Patton, quien le recriminó que no llevase la corbata reglamentaria. Hale extrajo con aire triunfal el papel, dejando por una vez sin palabras al famoso general.)

La fácil victoria obtenida en Rachamps mostró con qué rotundidad la 101 División Aerotransportada había ganado sus batallas mano a mano contra una docena de excelentes divisiones blindadas y de infantería alemanas. Los estadounidenses habían pasado un mes mucho más terrible que los alemanes, quienes disponían de una generosa y abierta línea de suministros. Para la 101, que había estado rodeada, no hubo reabastecimiento durante la primera semana, como tampoco suministros suficientes a partir de entonces. Aquellas fueron las semanas que pusieron a prueba a los hombres, que estaban inadecuadamente vestidos, alimentados y armados. Era la guerra en su versión más dura y horrible. Los hombres de la 101, hambrientos, muertos de frío, mal armados, lucharon contra las mejores unidades que la Alemania

nazi pudo reunir en esta etapa de la guerra. Aquellas tropas de la SS y la Wehrmacht estaban bien alimentadas y abrigadas, además de armadas hasta los dientes, y el número de sus efectivos superaba ampliamente a los de la 101 División.

Fue una lucha de armas, voluntad y sistemas nacionales, que enfrentó a lo mejor que tenían los nazis contra lo mejor que tenían los estadounidenses, con todas las ventajas del lado alemán. La 101 no sólo resistió sino que alcanzó la victoria. Fue un acontecimiento épico, tanto por lo que reveló como por lo que sucedió. La derrota sufrida por los alemanes en su mayor ofensiva en el Frente Occidental en la Segunda Guerra Mundial, y la conversión de esa derrota en una oportunidad inmejorable de «matar a los alemanes al oeste del Rin», según las palabras de Eisenhower, fue una increíble hazaña militar. Los estadounidenses establecieron una superioridad moral sobre los alemanes. Se basaba no en el equipamiento o la cantidad de armas, sino en el trabajo en equipo, la coordinación, el liderazgo y la confianza mutua en una línea que iba directamente desde el cuartel general de Eisenhower hasta la Compañía E. Los alemanes carecían de esas cualidades. La superioridad moral estaba basada en mejores métodos de entrenamiento, una mejor selección de los métodos para las posiciones de mando y, en última instancia, en un ejército más abierto que reflejaba una sociedad más abierta. La democracia demostró ser más capaz que la Alemania nazi de producir jóvenes que se convertirían en unos excelentes soldados.

Un pequeño incidente producido en Rachamps reveló hasta qué punto estos soldados alemanes eran veteranos de extensas y agotadoras campañas. El sargento Rader lo relató así: «Estaba a punto de matar a un prisionero boche por reírse de mí al entrar en el pueblo cuando alguien me cogió el M-1 y gritó: "¡Sargento, no tiene labios ni párpados!". Los había perdido en el frente ruso, congelados».

Aquella batalla hizo que la 101 División Aerotransportada entrase en la leyenda. Una leyenda que comenzó en Normandía y creció en Holanda, para alcanzar su máximo esplendor en Bastogne. La 101 era la más famosa y admirada de todas las ochenta y nueve divisiones que el ejército de Estados Unidos empeñó en la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, los hombres han llevado la insignia del Águila Aullante en su hombro izquierdo con enorme orgullo.

En Rachamps, Speirs estableció el puesto de mando de la compañía en un convento. Era la primera vez que el puesto de mando estaba en un edificio desde que la Compañía E había abandonado Mourmelon un mes antes. Aquella noche, las monjas llevaron al gran salón del convento a un grupo de niñas de doce y trece años para que cantaran una serenata en honor de la Compañía E. El programa incluía canciones francesas y belgas, varias en inglés y la emblemática canción alemana Lili Marlene.

A la mañana siguiente, 17 de enero, la 17.^a División Aerotransportada relevó a la 101 en la línea de frente. La Compañía E subió a varios camiones que partieron con rumbo a Alsacia. Los camiones llevaron a los hombres por la misma carretera en la que habían permanecido durante cuatro semanas, a través de Bastogne. Era la segunda vez que la mayoría de ellos veía Bastogne: la primera, el 19 de diciembre cuando atravesaron la ciudad mientras decenas de aterrorizados soldados estadounidenses huían de la carnicería alemana, y la segunda, ese 17 de enero, con la ciudad ya en manos aliadas.

Aunque los hombres apenas habían tenido oportunidad de ver la ciudad de Bastogne, aquel nombre —y la experiencia que representaba— permanecería para siempre con ellos. En lo sucesivo, cada vez que un hombre de la Compañía E sentía hambre o frío o llevaba días sin dormir, se acordaba de Bastogne y de que había vivido momentos mucho peores.

Las bajas de la Compañía E eran muy grandes. Resulta imposible dar una cifra exacta; la marcha apresurada de Mourmelon impidió que se completara la lista de la compañía; los soldados de reemplazo llegaron individualmente o en grupos pequeños y no fueron incluidos adecuadamente en la lista; los hombres heridos abandonaban la línea y regresaban pocos días más tarde. Un cálculo aproximado es que la Compañía E llegó a Bélgica con un total de 121 hombres, entre oficiales, suboficiales y soldados rasos, recibió aproximadamente dos docenas de reemplazos y se marchó de Bélgica con 63 hombres. Los hombres de la Compañía E que perdieron la vida en suelo belga fueron el sargento Warren Muck, el cabo Francis Mellett y los soldados rasos A. P. Herrón, Kenneth Webb, Harold Webb, Cari Sowosko, John Shindell, Don Hoobler, Harold Hayes, Alex Penkala y John Julián.

La mejor descripción del coste de la Batalla de las Ardenas para la Compañía E la hizo el soldado raso Webster, quien volvió a reunirse con la Compañía durante el viaje en camión hacia Alsacia. Webster había sido herido a principios de octubre; ahora era mediados de enero. «Cuando vi lo que quedaba del 1.^{er} pelotón —escribió—, podría haberme echado a llorar; sólo quedaban once hombres de un total de cuarenta. Nueve de ellos eran soldados veteranos que habían saltado sobre Normandía o sobre Holanda, o sobre ambas: McCreary, Liebgott, Marsh, Cobb, Wiseman, Lyall, Martin, Rader y Sholty. Aunque los otros dos pelotones contaban con mayor número de efectivos que el 1.^{er} pelotón, estaban tan diezmados que, sumados al primero, no hubiesen podido formar un pelotón normal, y mucho menos una compañía».

Además de los muertos y heridos, todos los hombres que habían estado en Bastogne sufrieron terriblemente. Los soldados que no habían sido alcanzados por metralla o disparos también eran víctimas. En Bastogne ningún hombre salió ileso. Como dijo Winters: «No estoy seguro de que cualquiera que hubiese vivido aquella

experiencia no haya llevado consigo, de alguna manera oculta, las cicatrices de lo ocurrido. Tal vez ese es el factor que ayuda a mantener unidos a los hombres de la Compañía E de un modo tan inusual».

Todos se conocían a un nivel que sólo aquellos que han combatido juntos en numerosas situaciones tácticas pueden alcanzar, que sólo son capaces de conseguir quienes han experimentado juntos el sufrimiento extremo derivado del frío, la escasez de comida y la falta de sueño en una situación de permanente tensión.

Juntos habían conocido el miedo. No sólo el miedo a la muerte o a ser heridos, sino el miedo a que todo aquello fuese inútil. «El miedo más profundo de mis años en la guerra —escribió Glenn Gray—, uno que aún no me ha abandonado, es que todo aquello no tuviese un propósito real... Cuántas veces escribí en mis diarios de guerra que a menos que ese día tuviese algún significado positivo, nunca podría justificar el dolor que había costado». [39]

Aquellos hombres consiguieron superar la terrible prueba de las Ardenas porque se habían convertido en hermanos de sangre. La compañía había permanecido unida en aquel momento crítico metidos hasta las rodillas en la nieve que rodeaba Foy, porque el sargento primero Lipton y sus compañeros suboficiales, casi todos hombres de Toccoa, aportaron liderazgo, continuidad y sentido de la cohesión. A pesar del nuevo comandante, nuevos oficiales y nuevos reclutas, el espíritu de la Compañía E estaba vivo, gracias a los sargentos. El hecho de tener a Winters como segundo comandante del 2.º Batallón y habitualmente como comandante en jefe interino del batallón (el teniente coronel Strayer pasó la mayor parte del mes en el cuartel general del regimiento, en el estado mayor del coronel Sink) fue una gran ayuda. Y Speirs estaba demostrando ser un excelente jefe de compañía, capaz de sacar lo mejor de cada uno de sus hombres.

Ese espíritu fue perfectamente descrito por Webster. Para entonces Webster había sido herido en dos ocasiones y regresó al frente de combate después de cada una de ellas. No permitió jamás que sus padres utilizaran su influencia para alejarlo del frente. No aceptó ningún puesto de responsabilidad dentro de la Compañía E. Era un intelectual de Harvard que había tomado su decisión respecto a cuál era su postura en la Segunda Guerra Mundial y se mantuvo fiel a esa postura.

Era un hombre de libros y bibliotecas, un lector y un escritor, sensible, sensato, observador agudo, reflexivo, bien educado. Aquí fue lanzado al más íntimo contacto (apretujado a bordo de un camión abierto sobre carreteras cubiertas de hielo en un terreno montañoso, durmiendo en hoyos de tirador con otros soldados) con paletos ignorantes, campesinos del Sur, mineros del carbón, leñadores, pescadores... De aquellos que habían asistido a la universidad, la mayor parte se habían especializado en educación o empresariales. En resumen, Webster se encontró viviendo con un grupo de hombres con los que no tenía absolutamente nada en común. En la vida civil

no hubiese sentido ningún afecto o ninguna aversión especiales por ellos; simplemente, no habría llegado a conocerlos nunca.

Sin embargo, fue dentro de este inverosímil grupo de hombres donde Webster forjó sus amistades más íntimas y donde disfrutó más profundamente del sentido de la identificación con los demás.

La descripción que hizo de su viaje en camión a Alsacia junto con su pelotón merece ser reproducido detalladamente:

«Chapoteamos en el barro para llegar a nuestros camiones. McCreary y Marsh encendieron sendos cigarrillos. Martin hizo un comentario divertido al paso de un oficial. Pregunté qué le había pasado a Hoobler. Había muerto en Bastogne. Pobre Hoobler, que disfrutaba tanto de la guerra, muerto en medio de la nieve. ¿Y los otros? Muck y su amigo Penkala, que cavaba el hoyo más profundo en una posición, habían muerto por un impacto directo de la artillería alemana. Sowosko recibió un disparo en la cabeza durante el ataque a Foy. Y así sucesivamente. Algunos soldados de reemplazo que habían llegado después de la campaña de Holanda también habían muerto. Muchos hombres habían sido evacuados aquejados de pie de trinchera; demasiados, según McCreary. El pelotón ya no era el mismo de antes».

Pero Webster pensaba que sí lo era. Él había seguido un largo y complicado camino a través de las Unidades de Reemplazo para volver a unirse a la Compañía, un tiempo de frustración y soledad en medio de todos aquellos soldados vestidos de caqui. Ahora estaba en casa, de regreso con el 1.^{er} pelotón, de regreso con la Compañía E.

«Era maravilloso estar de regreso con tíos a los que conocía y en quienes podía confiar —escribió—. Al escuchar las conversaciones en el camión, me sentía abrigado y relajado por dentro, como un niño perdido que regresaba a un hogar feliz y lleno de amor después de haber estado vagando por un bosque frío y oscuro».

Pero en el hogar había muchas sillas vacías. Perteneían a los hombres que habían muerto, habían sido gravemente heridos o se habían hundido emocionalmente. Pero tal como indica la reacción de Webster, aunque la Compañía E había perdido a muchos de sus miembros, y ganado otros, gracias a los antiguos oficiales de la Compañía E, ahora en el estado mayor del batallón o el regimiento, y a los suboficiales, seguía siendo un todo orgánico.

«La patrulla» Haguenau

18 de enero - 23 de febrero, 1945

A MEDIADOS DE ENERO, DESESPERADOS POR SALVAR lo que pudiesen de sus hombres y equipo en las Ardenas, los alemanes lanzaron una operación de distracción en Alsacia, con el nombre en código de Nordwind (viento del norte), en un intento de sacar a las tropas estadounidenses de la región de las Ardenas. Como había sucedido a mediados de diciembre durante el ataque en las Ardenas, los alemanes lanzaron sus efectivos contra un sector del frente débilmente defendido. (Cuando el Tercer Ejército de Patton abandonó la región de Alsacia para dirigirse a las Ardenas, el Séptimo Ejército tuvo que desplazarse hacia su izquierda para ocupar las posiciones que dejaba, además de mantener las propias.) Cuando se inició la operación Nordwind, Eisenhower envió a la 101 a Alsacia para que reforzara la línea de defensa.

Cuando les llegó a los paracaidistas la noticia de que serían transportados en camiones a Alsacia, ésta vino acompañada de un rumor que demostró ser exagerado: los alemanes habían logrado atravesar las líneas norteamericanas. El pensamiento de Winters fue: «Por Dios, ¿es que en este ejército no tienen a nadie más para que cierre esas brechas?».

Fue un viaje muy largo. Alsacia se encontraba a 250 kilómetros al sur y ligeramente al este de Bastogne. El tiempo era frío y atroz, la nieve caía sin cesar. Las carreteras estaban resbaladizas y eran peligrosas. Los camiones avanzaban a paso de hombre; los hombres podían saltar, hacer sus necesidades al borde de la carretera y volver a subir al camión sin dificultad. No obstante, contemplar el proceso resultaba cómico en ocasiones, ya que los hombres llevaban, de fuera hacia dentro, pantalones abombados por el uso, calzoncillos largos y calzones cortos de colores. Todas estas prendas tenían botones, no cremalleras, y los hombres trataban de abrirlas todas sin quitarse los guantes. A veces les costaba una eternidad.

El largo convoy fue desde Bastogne hasta Bellefontaine, Virton, Etain, Toul, Nancy y Drulingen, llegando a esta última ciudad el 20 de enero. El 506.º Regimiento de Infantería Paracaidista pasó a la reserva del regimiento.

Mientras se encontraban en la carretera, el sargento Lipton cayó enfermo, con fiebre e intensos escalofríos. Al llegar a Drulingen fue a ver al oficial médico, quien le examinó y declaró que padecía neumonía y debía ser evacuado a un hospital. Lipton le dijo que era sargento primero de la Compañía E y no podía abandonar las filas. Como, de cualquier modo, el médico no podía evacuarle aquella noche, le dijo a

Lipton que regresara por la mañana.

Aquella noche el teniente Speirs y el sargento Lipton compartían una habitación en una casa alemana. (Alsacia, situada en la frontera entre Francia y Alemania, es una región que ha cambiado de manos después de cada guerra. En 1871 pasó a ser territorio alemán; los franceses la recuperaron en 1919; en 1940 volvió a ser alemana; en 1945, francesa.) La habitación disponía sólo de una cama individual. Speirs le dijo a Lipton que la ocupase él. Éste le contestó que eso no era justo; como suboficial, él debía dormir en el suelo dentro de su saco de dormir. Speirs se limitó a decirle «estás enfermo», y eso acabó la discusión.

Lipton se metió en la cama. La pareja de ancianos que vivía en la casa le llevó un poco de aguardiente y un trozo de Apfelstrudel. Lipton jamás había probado el alcohol, pero bebió el aguardiente hasta terminarlo y se comió el pastel de manzanas. Luego se durmió profundamente. Por la mañana, la fiebre había desaparecido y se sentía totalmente recuperado. Fue a ver al oficial médico, quien no daba crédito a semejante recuperación. El médico dijo que era un milagro.

Speirs, encantado con la recuperación del sargento primero, dijo que Winters y él habían recomendado a Lipton para un ascenso por su actuación en el campo de batalla y que el coronel Sink quería hablar con él. Lipton fue al cuartel general del regimiento, donde Sink lo sometió a un severo interrogatorio de una hora acerca de sus experiencias en combate.

La Compañía E permaneció en la reserva dos semanas, moviéndose prácticamente cada día de un pueblo a otro. El tiempo comenzó a cambiar. El sol brillaba en un cielo sin nubes y la nieve empezó a fundirse. El terreno se convirtió en un lodazal. Un camión de suministros llegó trayendo un cargamento completo de botas nuevas, además de medias polares y plantillas de fieltro. «¿Dónde estabais hace seis semanas en Bastogne, cuando los necesitábamos?», les gritaban los hombres a los conductores. La Compañía de Intendencia se encargó de recoger ropa, mantas y sacos de dormir sucios y enviarlos a la lavandería. También trajeron duchas portátiles con una capacidad de 215 hombres por hora; la Compañía E pasó por las duchas al completo. El agua no estaba caliente, pero al menos tampoco estaba helada. Jabón y espuma, frotar y frotar... los hombres tuvieron que hacer un gran esfuerzo para quitarse seis semanas de suciedad y sudor.

También llegaron las películas, incluyendo *Rhapsody in Blue*, *Búfalo Bill Our Hearts Were Young and Gay*, *Stars and Stripes*, *Yank* y *Kangaroo Khronicle* trajeron noticias del mundo exterior (no tan bienvenidas como cabría suponer, ya que las noticias procedentes del Pacífico revelaban que, en aquella parte del mundo, la guerra aún tenía un largo trecho por delante. Esto alimentó los rumores de que la 101 iba a ser embarcada hacia el teatro de operaciones del Pacífico para el «gran salto» sobre Tokio).

El 5 de febrero, la Compañía E se trasladó a la línea de defensa cuando el 506.º relevó al 313 Regimiento de Infantería de la 79.^a División, en la ciudad de Haguenau. La población rondaba los 20 000 habitantes, lo que constituía una feliz novedad para los paracaidistas en Europa. Carentan tenía unos 4000 residentes, Mourmelon alrededor de 4500 y Bastogne unos 5500. Haguenau se alzaba a ambos lados del río Moder, un afluente del Rin. La posición de la Compañía E estaba en el flanco extremo derecha del 506.º, en la confluencia del Moder con un canal que discurría a través de la ciudad describiendo un meandro antes de volver a unirse al Moder.

«Nuestra posición era algo así como un punto en las líneas alemanas», recordó el teniente Foley. La Compañía E ocupó las construcciones sobre la margen sur, mientras que los alemanes controlaban los edificios en la margen norte. El río llegaba crecido, superando sus márgenes, y la corriente era muy rápida. Su ancho variaba entre los 30 y los 100 metros, una distancia demasiado grande para lanzar granadas de una orilla a la otra, pero lo bastante corta para el fuego de morteros, fusiles y ametralladoras. Ambos bandos contaban con apoyo de artillería. Unos pocos kilómetros detrás de sus líneas, los alemanes disponían de un enorme cañón ferroviario (probablemente de 205 mm) de la Primera Guerra Mundial. Disparaba proyectiles casi tan grandes como los que los cañones navales de 405 mm lanzaron sobre la Playa Utah el Día D en apoyo del desembarco aliado.

Los paracaidistas se instalaron en edificios que habían estado ocupados por la 79.^a División. Webster y otros cinco miembros del 1.^{er} pelotón ocuparon un edificio que se encontraba justo en la unión del Moder y el canal. «De acuerdo con la mejor tradición aerotransportada de confiar en un grupo de chiflados antes que en la potencia de fuego —escribió entonces Webster—, seis de nosotros con una vieja ametralladora pesada relevamos a dieciocho tíos de la 79.^a División con una ametralladora del calibre 50 refrigerada por agua y otra del calibre 30 refrigerada por aire». Los hombres de la 79.^a División les dijeron a los del 1.^{er} pelotón que era un sector bastante tranquilo, ninguno de los dos bandos lanzaba ofensivas, pero Webster advirtió que se largaban de allí a toda prisa después de unas breves y precipitadas instrucciones.

El edificio que ocupó la 1.^a escuadra del 1.^{er} pelotón era una ruina. Lienzos de pared enteros habían volado en pedazos, el techo había sido parcialmente arrancado por la acción del fuego de mortero, todas las ventanas estaban rotas, los suelos aparecían cubiertos de trozos de mampostería, ladrillos y cristales hasta la altura de los tobillos, las balaustradas habían sido utilizadas para hacer leña, los inodoros estaban atascados por los excrementos acumulados y el sótano era un sumidero de cenizas, heces y latas de raciones vacías.

El cabo Tom McCreary echó un vistazo a aquel lugar y expresó en voz alta el sentimiento general de su escuadra: «Nos han castigado».

Esta era la primera vez que los hombres de la escuadra habían vivido a cubierto en la línea de fuego.

Los hombres se pusieron manos a la obra de inmediato para limpiar y ordenar sus aposentos. En el sótano cambiaron la distribución, colocando las literas y las cajas con raciones C en una habitación y toda la basura en la otra. Encontraron algunas lámparas de combustible y una estufa que funcionaba. Empalmaron un sistema telefónico de campaña abandonado por los alemanes y consiguieron establecer comunicación con el puesto de mando del 1.^{er} pelotón. Cuando tenían que hacer sus necesidades subían al tercer piso, «donde la taza del váter sólo estaba llena hasta la mitad».

George Luz, el operador de radio del puesto de mando del 1.^{er} pelotón, les hizo una visita. La escuadra de McCreary le mostró con orgullo su alojamiento. «Si creéis que esto es bueno —respondió Luz—, tendríais que ir a echar un vistazo al cuartel general de la Compañía. Esos tíos viven como reyes. —Volvió a mirar a su alrededor y añadió:— Los muy cabrones».

(Webster compartía los sentimientos de Luz. Regresaba al puesto de mando de la Compañía lo menos posible, porque «en aquel lugar había demasiados oficiales de alta graduación y un soldado raso no tenía ninguna posibilidad».)

Como había sucedido en la Isla, cualquier movimiento durante el día era imposible. Los francotiradores estaban siempre preparados para disparar contra cualquiera que se aventurase en campo abierto. El menor atisbo de movimiento provocaba una andanada de proyectiles de mortero; dos o tres hombres en el exterior ya eran una excusa perfecta para que los 88 lanzaran algunos pepinazos. «De modo que —escribió Webster— nuestra diversión principal era comer. Pasamos más tiempo preparando, cocinando y consumiendo comida que en cualquier otra tarea».

La misión de la Compañía era mantener la línea defensiva, enviar suficientes patrullas para no perder el contacto con los alemanes y servir como observadores avanzados para la artillería. El escuadrón de McCreary ocupaba el puesto de observación n.º 2. Dos hombres, uno en la ventana del tercer piso, el otro en el sótano con un teléfono, estaban de servicio durante una hora a la vez. Desde la ventana, los hombres disfrutaban de una hermosa vista de la sección de la ciudad ocupada por las fuerzas alemanas. Podían solicitar fuego de artillería cuando les apeteciera, un lujo desconocido hasta entonces. Los alemanes respondían del mismo modo.

Era difícil decir cuál de los medios en acción era más peligroso, si los morteros, el fuego de los francotiradores, las ráfagas de ametralladoras ligeras y pesadas, los proyectiles del 88 o aquel enorme cañón ferroviario. Un detalle acerca de ese monstruoso cañón era que, si bien se encontraba tan alejado de la línea del frente que los hombres no podían oír el estruendo que producía cuándo disparaba, sí podían oír cómo se acercaba el proyectil de baja velocidad desde muy lejos. Parecía un tren.

Shifty Powers recordó que él fue uno de los observadores en una ventana del tercer piso. Cuando oía llegar uno de aquellos proyectiles, tenía tiempo de correr escaleras abajo y llegar al sótano antes de que estallase.

Aunque los hombres vivían en constante peligro —un impacto directo de aquel impresionante cañón podía destruir un edificio entero—, eran, en cierto sentido, espectadores de la guerra. Glenn Gray escribe que «las atracciones secretas de la guerra» son «el placer de mirar, el placer de la camaradería, el placer de la destrucción». Y continúa: «La guerra como espectáculo, como algo para ver, nunca debería subestimarse» ^[40]. Gray nos recuerda que el ojo humano es lujurioso; ansia la novedad, lo inusual, lo espectacular.

La guerra proporciona material para satisfacer esa lujuria más que cualquier otra actividad humana. Las exhibiciones de fuegos artificiales duran mucho más tiempo y son más espectaculares que la más elaborada exhibición del 4 de julio. Desde el puesto de observación n.º 2, Webster podía ver «los proyectiles que estallaban tanto en las zonas amigas como enemigas de Haguenau y observaba las evoluciones de los P-47 atacando a derecha e izquierda». Por la noche, las baterías antiaéreas emplazadas varios kilómetros detrás de las líneas dirigían sus poderosos reflectores hacia el cielo, de modo que el frente quedaba iluminado al reflejarse la luz en el manto de nubes. Ambos bandos lanzaban bengalas siempre que alguno de los observadores lo solicitaba; un hombre sorprendido en el exterior cuando una bengala iluminaba el cielo debía permanecer absolutamente inmóvil hasta que se extinguiera. Todas las ametralladoras disparaban balas trazadoras, con lo cual aumentaba el espectáculo.

Los grandes proyectiles lanzados por la artillería provocaban incendios que iluminaban los campos. «Hay algo realmente espectral en un incendio en combate —reparó Webster—. Las grandes llamas parecen tan extrañas y llamativas en una situación en la que ninguno de los dos bandos se atreve a mostrar siquiera la llama de una cerilla...»

La guerra no sólo satisface la lujuria visual; puede crear, incluso más que los compartidos rigores del entrenamiento, un sentimiento de camaradería. El 9 de febrero, Webster les escribió a sus padres: «Estoy nuevamente en casa». Su relato de la vida en el puesto de observación n.º 2 menciona los peligros que tuvieron que soportar pero se concentra en sus sentimientos hacia sus compañeros de escuadra. «¿Cómo consigue el peligro derribar las barreras del yo y proporcionarle al hombre una experiencia de comunidad?», se pregunta Gray. Su respuesta es «el poder de la unión con nuestros compañeros. En los momentos de peligro, muchos de los hombres tienen una vaga conciencia de cuán aisladas y separadas han estado sus vidas hasta ese momento y cuántas cosas se han perdido... Con los límites del yo notablemente ampliados, los hombres experimentan una sensación de parentesco nunca conocida

antes». [41]

(Una noche, Webster y el soldado Bob Marsh recibieron orden de emplazar la ametralladora en el porche de su edificio para dar fuego de cobertura a una patrulla en caso de que fuese necesario. Su posición quedaba expuesta de tal manera que, si abrían fuego, un cañón autopropulsado alemán situado al otro lado del río los descubriría sin la ayuda de los observadores. Pero decidieron que si la patrulla era atacada, ellos dispararían con todo lo que tenían, «porque las vidas de alrededor de veinte hombres dependían de nosotros». Webster, que jamás se presentaba voluntario a nada, comentó: «Aquel fue uno de esos momentos en los que podíamos jugar el papel de héroes aunque ello pudiera significar nuestra muerte».)

El tercer «placer» que según Gray proporciona la guerra es el placer de la destrucción. No es ninguna contradicción que los hombres disfrutasen viendo cómo se destruyen edificios, vehículos y equipos. Las multitudes que se reúnen en cualquier ciudad cuando un edificio está a punto de ser demolido ilustran perfectamente este punto. Para el soldado, el hecho de ver que un edificio que podría servir de refugio al enemigo es volado en pedazos por la artillería amiga es un espectáculo maravilloso. En su diario de la Primera Guerra Mundial, el soldado alemán Ernst Junger escribió acerca del «monstruoso deseo de aniquilación que flotaba sobre el campo de batalla... Un observador neutral quizá hubiese podido pensar que estábamos poseídos por un exceso de felicidad». [42]

La preocupación del soldado es la muerte, no la vida, la destrucción, no la construcción. La destrucción final es matar a otro ser humano. Cuando los francotiradores alcanzaban a un alemán al otro lado del río, exclamaban alborozados «¡Le he dado! ¡Le he dado!» y bailaban de felicidad. El soldado Roy Cobb divisó a un soldado alemán que caminaba al descubierto arriba y abajo delante de un cobertizo a unos doscientos metros de distancia. Lo alcanzó con su primer disparo. El soldado Clarence Lyall, que observaba la acción a través de sus prismáticos, dijo que la expresión de perplejidad y dolor en el rostro del alemán era algo que merecía verse. Cuando el soldado intentó arrastrarse detrás del cobertizo, Cobb le alcanzó con otros dos disparos. El alemán gritaba de dolor cada vez que era herido.

Como siempre en la línea del frente, no había pasado ni futuro, sólo el presente, caracterizado por la permanente amenaza de que la muerte violenta podía presentarse en cualquier instante. «La vida se ha convertido estrictamente en un asunto de día a día y hora a hora», escribió Webster a sus padres.

Llegaron los soldados de reemplazo. Era una situación penosa, porque cuando una división aerotransportada, que habitualmente agrupaba sus fuerzas en un campamento base preparándose para el siguiente salto, recibía refuerzos mientras se

encontraba en la línea del frente, significaba que la división continuaría luchando. En el puesto de observación n.º 2, «cuatro chicos muy jóvenes y muy asustados recién salidos de la escuela de saltos» se unieron al escuadrón. «Se me partió el corazón —comentó Webster—. ¿Por qué el Ejército, con todos sus tíos fornidos en el escalón de retaguardia y los palurdos del cuerpo de aviación en Inglaterra, elige enviar a sus miembros más jóvenes y menos experimentados directamente de su entrenamiento básico al peor trabajo del mundo, infantería en la línea del frente?»

Uno de los reemplazos era el teniente segundo Hank Jones, un graduado de West Point (6 de junio de 1944, promoción John Eisenhower) que había completado la escuela de saltos en Benning a finales de diciembre. Abandonó Nueva York a mediados de enero, aterrizó en Le Havre y llegó a Haguenau a mediados de febrero. El teniente Foley comentó: «Enseñarles cómo decir "Seguidme" y embarcarlos hacia el extranjero era la forma más rápida de reemplazar a los soldados caídos en combate». Jones era un tío animado, de aspecto sano, agradable. Estaba ansioso por tener una oportunidad para probarse a sí mismo.

Jones tendría muy pronto su oportunidad. El capitán Nixon, oficial de inteligencia del estado mayor del regimiento, necesitaba conseguir algunos prisioneros alemanes para interrogarles. El 12 de febrero le pidió a Winters que organizara una misión para capturar a un par de alemanes. Winters aún era capitán, un rango que suponía una clara desventaja cuando debía tratar con los comandantes de los otros dos batallones, ambos tenientes coroneles. Pero tenía amigos en el estado mayor del regimiento, donde el coronel Strayer era comandante en jefe interino y tanto Nixon como Matheson, otro oficial de estado mayor, eran veteranos de la Compañía E. Matheson consiguió algunos botes de goma alemanes para que Winters llevase una patrulla al otro lado del río. Winters escogió a la Compañía E para esa misión.

Sería una patrulla numerosa, compuesta por veinte hombres, elegidos de cada pelotón y de la sección del cuartel general de la Compañía, más dos hombres de la unidad de Inteligencia del Regimiento que hablaban alemán. El teniente Foley eligió a Cobb, McCreary, Wynn y Sholty del 1.º pelotón. Una vez que hubiese cruzado el río, la patrulla se dividiría en dos grupos, uno al mando del sargento Ken Mercier y el otro al mando del teniente Jones.

Los hombres seleccionados para la patrulla pasaron dos días fuera de Haguenau practicando el manejo de los botes de goma. El 14 de febrero, Winters y Speirs visitaron el puesto de observación n.º 2, para desesperación de la 1.ª escuadra, porque ambos se detuvieron delante del puesto de observación, estudiando la posición alemana con prismáticos, haciendo gestos con las manos y agitando un mapa. «Todos maldijimos por dentro —recordó Webster—, temiendo que un observador alemán pudiese verles y ordenar a la artillería que abriera fuego sobre nuestro agradable hogar».

El plan trazado por Winters y Speirs exigiría que la Compañía E pusiera a prueba muchas de sus habilidades duramente aprendidas. El explorador guía sería el cabo Earl McClung, que era medio indio y tenía fama de ser capaz de «oler a los boches». La patrulla se reuniría en el puesto de observación de la Compañía D, donde los hombres beberían café y comerían bocadillos hasta las 22:00 horas. Luego se acercaría a la orilla del río protegidos por la oscuridad y lanzarían el primer bote. Los hombres a bordo llevarían una cuerda hasta la otra orilla para sujetarla a un poste de teléfono en la parte norte para que el resto de los hombres pudiese cruzar el río con sus botes tirando de ella. Una vez tras las líneas alemanas, la patrulla se dividiría en dos secciones: la que estaba al mando del teniente Jones se dirigiría hacia la ciudad, la que mandaba el sargento Mercier avanzaría hacia una casa que se alzaba junto a la orilla y que se sospechaba que era un puesto de observación alemán.

La patrulla, tuviese éxito o no en su misión de capturar prisioneros alemanes, dispondría de un sólido apoyo durante su retirada a través del río. Si cualquiera de las dos secciones tenía problemas, o hacía algún prisionero, el jefe de la sección haría sonar un silbato para indicar que se retiraban. Esa era la señal convenida para que ambas secciones se agruparan junto a los botes y para que el teniente Speirs y el sargento Malarkey iniciaran el fuego de cobertura.

El fuego de cobertura había sido diseñado hasta el más mínimo detalle. Cualquier posición alemana, conocida o supuesta, estaba cubierta por fusiles, ametralladoras, artillería y morteros. Un cañón antitanque de 57 mm fue pedido prestado a la división y emplazado para abrir fuego contra el sótano de una casa que no podía ser alcanzada por fuego de artillería indirecto. La Compañía D tenía una ametralladora del calibre 50 (robada a la 10.^a División Blindada en Bastogne) emplazada para barrer las posiciones alemanas al otro lado del río. El 1.^{er} pelotón tenía su ametralladora del calibre 30 colocada en el balcón del puesto de observación n.º 2, preparada para abrir fuego sobre el edificio ocupado por el puesto de observación alemán en la otra orilla si fuese necesario (el cruce del río se realizaría justo enfrente del puesto de observación n.º 2).

La noche del 15 de febrero era oscura y todo estaba tranquilo y en silencio. Los alemanes lanzaron sólo un par de bengalas y uno o dos proyectiles del 88. La artillería estadounidense permaneció muda, esperando el sonido del silbato. Los reflectores estaban apagados, tal como Speirs había solicitado. Los estadounidenses no lanzaron ninguna bengala. Las armas automáticas no disparaban, no brillaba la luna, en el cielo no había estrellas.

El primer bote llegó sin problemas a la orilla opuesta. Otros dos también lo consiguieron. El cuarto bote, donde viajaban McCreary y Cobb, zozobró. Ambos fueron arrastrados un centenar de metros río abajo, se las ingenieron para salir del agua, volvieron a intentarlo y el bote volcó otra vez. Decidieron abandonar la misión

y regresaron al puesto de observación n.º 2.

Jones y Mercier reunieron a los hombres que habían conseguido llegar a la otra orilla, procedieron a dividirlos en dos grupos y partieron a cumplir con su trabajo. Con Mercier había un soldado de reemplazo recién llegado de la Compañía F. Sin que Speirs o Winters lo supieran, el joven oficial —agresivo y ansioso por probarse a sí mismo— se había unido a la patrulla. Mientras el joven soldado de reemplazo seguía tras los pasos de Mercier por la margen norte del río, pisó una mina y murió en el acto. Sólo había estado veinticuatro horas en la línea del frente.

Mercier continuó hacia su objetivo seguido por ocho hombres. Cuando llegó lo bastante cerca del puesto de avanzada alemán, lanzó un proyectil con su lanzagranadas a través de la ventana del sótano. Cuando estalló, los hombres corrieron hacia el edificio y también lanzaron granadas en el sótano. Cuando esas granadas explotaron, Mercier condujo a sus hombres al sótano; sólo habían pasado unos segundos de las explosiones y el soldado Eugene Jackson, un reemplazo que se había unido a la compañía en Holanda, fue alcanzado por fragmentos de metralla en el rostro y la cabeza. En el sótano encontraron a los alemanes supervivientes totalmente conmocionados. Apresaron a un herido y a dos soldados ilesos y salieron del edificio a toda prisa. Mercier hizo sonar su silbato.

La señal convenida desató un infierno. La tierra tembló. La artillería pesada de la retaguardia fue acompañada por el fuego de morteros y cañones antitanque. Webster, que contemplaba el espectáculo desde el balcón del puesto de observación n.º 2, describió la escena: «Vimos una lengua de fuego, luego una bola roja estalló en el sótano de un edificio al otro lado del río. Los proyectiles de la artillería provocaban relámpagos anaranjados en los puntos de resistencia y las carreteras del sector alemán. Aproximadamente a un kilómetro justo delante de nuestra posición, una casa comenzó a arder. Una ametralladora del calibre 50 de la Compañía D comenzó a disparar desde detrás de nuestra posición. Una lluvia de balas trazadoras cruzó el río, provocando un duelo con una ametralladora alemana que comenzó a lanzar una lluvia similar de balas trazadoras contra la Compañía D desde la protección que le proporcionaba un sótano que no había sido alcanzado por nuestros proyectiles».

Mercier y sus hombres regresaron velozmente a los botes, donde se reunieron con Jones y su sección. Cuando comenzaron a cruzar decidieron que el alemán herido no les resultaría de ninguna utilidad, de modo que lo dejaron abandonado junto a la orilla. Uno de los soldados de reemplazo, Alien Vest, sacó su pistola para matar al hombre, pero le ordenaron que no disparase. El alemán herido no podía hacerles ningún daño y no tenía sentido revelar su posición al enemigo. Algunos hombres cruzaron a nado, ayudándose de la cuerda para impulsarse a través del agua; otros prefirieron no mojarse y lo hicieron en los botes.

Una vez en la otra orilla, los miembros de la patrulla corrieron hacia el sótano del

puesto de observación n.º 2, empujando a los dos prisioneros delante de ellos. Cuando llegaron al sótano, en el patio trasero comenzaron a estallar los primeros proyectiles de la artillería alemana, el comienzo de un fuego pesado de los alemanes contra las posiciones de la Compañía E.

Una vez en el sótano, los miembros de la patrulla se reunieron alrededor de los dos alemanes prisioneros. Los estadounidenses estaban excitados, muchos de ellos no paraban de hablar —o mejor dicho, de chillar para hacerse oír por encima del terrible estruendo de las explosiones—, tratando de describir sus experiencias individuales. Todos ellos tenían la adrenalina a tope.

—¡Dejadme que los mate, dejadme que los mate! —gritó Vest, corriendo hacia los prisioneros con la pistola en la mano. Alguien le paró en seco.

—Lárgate de aquí ahora mismo, Vest. Quieren a estos cabrones en el batallón —gritó alguien.

«Los prisioneros —según Webster— eran un par de suboficiales que se mostraban serenos y seguros de sí mismos, un Unterofftzier (cabo primero) y un Feldwebel (sargento jefe). Permanecían impassibles, como dos rocas, dentro de una habitación calurosa y hedionda, llena de hombres que querían acabar con ellos, y en ningún momento movieron un dedo o alteraron la expresión de sus rostros. Eran los tíos con más aplomo que he visto en mi vida».

Cuando las explosiones en el exterior aumentaron en intensidad, el soldado Jackson, que había resultado herido durante la misión de la patrulla, comenzó a gritar:

—¡Matadme! ¡Matadme! ¡Que alguien me mate! ¡No puedo soportarlo, Dios, no puedo soportarlo! ¡Que alguien me mate, por el amor de Dios, que alguien me mate!

Tenía el rostro cubierto de sangre a causa de un fragmento de granada que le había perforado el cráneo y se había alojado en el cerebro.

El sargento Martin recordó aquel momento: «Por supuesto que nadie iba a matar a Jackson, porque siempre hay una esperanza, y aquel jodido prisionero me puso tan jodidamente furioso que empecé a golpear a aquel jodido hijo de puta, y me refiero a que lo machaqué a golpes. —Concluyó débilmente:— Las emociones estaban a flor de piel».

Alguien llamó por teléfono pidiendo un médico y una camilla, rápido. Roe dijo que estaría allí en un minuto.

—¡Matadme! ¡Matadme! ¡Que alguien me mate! ¡Quiero que venga Mercier! ¿Dónde está Mercier? —no paraba de gritar Jackson.

Estaba llorando.

Mercier se acercó a él y le cogió la mano.

—Está bien, compañero, está bien. Te pondrás bien.

Alguien inyectó una dosis de morfina en el brazo de Jackson. Para entonces estaba tan enloquecido por el dolor que varios hombres tuvieron que sujetarlo en la

litera. Roe llegó acompañado de otro médico y trayendo una camilla. Cuando se llevaban al herido hacia el puesto de primeros auxilios, Mercier iba caminando junto a la camilla sin soltar la mano de Jackson. El herido murió antes de llegar al puesto de primeros auxilios.

«Aún no tenía veinte años —escribió Webster—. No había empezado a vivir. Gritando y gimiendo, Jackson dejó la vida en una camilla. En Estados Unidos, el nivel de vida seguía subiendo. En Estados Unidos, las carreras de caballos eran un éxito y los hipódromos se llenaban cada fin de semana, los clubes nocturnos estaban obteniendo los mayores beneficios de su historia, Miami Beach estaba tan llena de gente que era imposible conseguir una habitación. A muy pocas personas parecía importarles. Joder, esto era un boom, esto era prosperidad, esta era la forma de librar una guerra. Leíamos acerca de restaurantes del mercado negro, de las peticiones de un fabricante para que se produjera una reconversión gradual hacia los bienes en tiempo de paz, comenzando inmediatamente, y nos preguntábamos si la gente se enteraría alguna vez de lo que les cuesta a los soldados en terror, derramamiento de sangre y muertes espantosas ganar la guerra».

Durante una pausa en el bombardeo alemán, unos guardias escoltaron a los prisioneros ante el capitán Winters, al puesto de mando del batallón. Mercier tenía una sonrisa de oreja a oreja cuando entregó a los dos prisioneros vivos. El Unteroffizier habló por los codos; el Feldwebel no abrió la boca.

La noche se convirtió en un auténtico infierno. Ambos bandos disparaban con todo lo que tenían. Las bocas de fuego punteaban las orillas del río. Las balas trazadoras cruzaban por encima del agua en todas direcciones.

Cada vez que se producía una tregua, los hombres que ocupaban el puesto de observación n.º 2 podían oír un sonido sibilante y apagado que llegaba desde la otra orilla del río. El soldado alemán herido que la patrulla había abandonado antes de cruzar había sido herido en los pulmones. Webster y sus compañeros discutieron lo que debían hacer, si matarle y acabar así con su agonía o dejarlo morir en paz. Webster era partidario de matarle, porque si le dejaban con vida los alemanes enviarían una patrulla a rescatarlo y podría informarles de toda la actividad que se desarrollaba alrededor del puesto de observación n.º 2. «Entonces nos bombardearán con mayor intensidad aún», predijo Webster.

Webster decidió que atravesaría el río impulsándose con la cuerda que había quedado sujeta entre ambas orillas y acabaría con el alemán usando el cuchillo. McCreary vetó la idea. Argumentó que los alemanes utilizarían al herido como cebo para tenderles una trampa. Webster decidió que tenía razón. Una granada de mano sería mejor.

Acompañado por el soldado Bob Marsh, Webster se dirigió con suma cautela

hacia la orilla del río. Podía oír con claridad los lamentos del soldado alemán herido, sus agónicos sollozos. «Sentí pena por aquel hombre —escribió Webster—, que se estaba muriendo solo en un país extranjero, lejos de su hogar, muriendo lentamente sin esperanza o amor en la orilla de un pequeño río de aguas sucias, indefenso».

Marsh y Webster quitaron las anillas de sus granadas y las lanzaron hacia el alemán herido. Una de ellas estalló, la otra no. Los lamentos continuaron. Los estadounidenses regresaron al puesto de avanzada, buscaron más granadas y volvieron a intentarlo. Los lamentos no cesaron. Decidieron dejarlo; ya moriría cuando le llegase la hora.

Cuando finalmente cesó el bombardeo de la artillería alemana, justo antes del amanecer, los lamentos y jadeos aún continuaban, lo que ponía nerviosos a los estadounidenses. Cobb decidió que no soportaba más aquella situación. Cogió una granada, fue a la orilla del río, la lanzó directamente a donde se hallaba el alemán y acabó con él.

Durante la noche, el sargento Lipton había sido herido por un proyectil de mortero; un fragmento de metralla le había alcanzado en la mejilla derecha, cerca de la oreja, y otro en la nuca. Fue al puesto de primeros auxilios, donde le curaron las heridas y le aplicaron un vendaje. (Treinta y cuatro años más tarde le quitaron el trozo de metal de la nuca porque había comenzado a darle problemas.)

Al día siguiente, 16 de febrero, Winters llamó a Lipton al cuartel general del batallón para entregarle su cartilla de licenciamiento con honor como miembro de las fuerzas armadas, efectivo con fecha del 15 de febrero, y una copia de las órdenes que le concedían un nombramiento en el campo de batalla como teniente segundo, con efecto a partir del 16 de febrero. «¡Cuando me hirieron era un civil! —señaló Lipton—. Ya me habían licenciado y mi nombramiento aún no se había hecho efectivo. A menudo me he preguntado cómo se las hubiesen arreglado si aquel mortero me hubiese enviado al otro barrio. —Y añadió—: Siempre he sentido que aquel nombramiento por mi acción en el campo de batalla fue el mayor honor que jamás he tenido en la vida».

El teniente Jones, según todos los testimonios, tuvo un buen comportamiento durante su primera patrulla, lo cual significaba que, aparentemente, permitió que fuese Mercier quien tomase todas las decisiones. Una semana más tarde, Jones se marchó, ascendido a teniente primero. «¡Después de una sola patrulla!», comentó el teniente Foley. Jones era un hombre de West Point, un miembro de la WPPA, la Asociación Protectora de West Point, conocida por el anillo que llevaban todos sus miembros. «¡No significa nada si no tienes ese anillo!» ^[43] Jones se incorporó a la

plana mayor del regimiento. «Los rumores decían que el final de la guerra estaba próximo y que los tíos de West Point, que formarían parte del estado mayor del Ejército en tiempo de paz, estaban siendo protegidos», escribió Malarkey.

El coronel Sink estaba tan encantado con el éxito de la patrulla que ordenó que se organizara otra para la noche siguiente. Entre tanto, sin embargo, había caído una intensa nevada y la temperatura había bajado considerablemente. La capa superficial de nieve se había helado y estaba crujiente y ruidosa. El aire frío había limpiado el cielo y la luz de la luna iluminaba la ciudad. Winters consideró que, en esas circunstancias, salir de patrulla era una acción suicida, de modo que decidió desobedecer las órdenes.

Sink y un par de oficiales de su estado mayor se presentaron en el puesto de mando del batallón para observar el curso de las acciones. Llevaban una botella de whisky con ellos. Winters dijo que iría a la orilla del río para supervisar la patrulla. Cuando llegó al puesto de avanzada les dijo a los hombres que no se movieran de allí. Con el whisky que estaba bebiendo, no pasaría mucho tiempo antes de que Sink estuviese a punto para meterse en la cama. A la mañana siguiente, la patrulla informaría que había cruzado el río y se había internado en las líneas alemanas pero había sido incapaz de hacer ningún prisionero. [44]

Algunos de los hombres de la compañía también querían beber alcohol. Cobb y Wiseman salieron a plena luz del día en una misión de búsqueda de alcohol, aunque las órdenes eran estrictas en cuanto a no dejarse ver durante el día. Encontraron un sótano lleno de botellas de aguardiente. Cogieron dos botellas cada uno y, bajo los disparos de los franco-tiradores alemanes, corrieron a través de la calle como dos escolares que han robado unas manzanas.

Wiseman recibió un disparo en la rodilla. Trastabilló y cayó, rompiendo las botellas. Cobb consiguió conservar las suyas. Ambos se metieron en el sótano de un edificio y comenzaron a disfrutar del aguardiente. «Le preguntas a un grupo de soldados —señaló Martin— y no existe eso de beber un trago de aguardiente. Tienes que beberte toda la jodida botella antes de dejarlo». Wiseman y Cobb se bebieron una botella cada uno. Cuando regresaron al 1.^{er} pelotón, completamente borrachos, Cobb se metió en una pelea con Marsh.

El teniente Foley separó a los dos hombres. Reprendió severamente a Cobb por haber desobedecido órdenes, alejarse del área defensiva, estar borracho y provocar desórdenes, etcétera. Cobb se puso furioso y comenzó a gritar e insultar. Ignoró la orden directa de Foley de que se callara. No sólo eso: se lanzó contra él. Dos hombres le cogieron y lo echaron al suelo. El sargento Martin sacó su pistola. Foley le dijo que guardase el arma, ordenó el arresto de Cobb y que fuese llevado de regreso al

regimiento para ser encerrado en un calabozo.

Entre tanto, Wiseman rechazó a voz en cuello la orden de Roe de que fuese evacuado. Dijo que se quedaría con sus amigos.

Foley consiguió que el pelotón se tranquilizara y luego se marchó al cuartel general del regimiento para redactar los documentos del consejo de guerra para Cobb. Le costó varias horas. Luego le llevó los papeles al coronel Sink y le explicó los detalles del caso. Cuando Foley se marchaba, Sink le dijo: «Foley, podría habernos ahorrado un montón de problemas. Tendría que haberle pegado un tiro».

Wiseman, todavía borracho, rechazó cualquier ayuda para su herida. Dijo que quería hablar con el sargento Rader, con nadie más. Rader intentó hacerle entrar en razón, sin éxito. Wiseman también fue sometido a consejo de guerra. «Esta penosa experiencia fue otro duro golpe para mí —dijo Rader—, después de que Hoobler muriese y Howell resultara herido en Bastogne».

El 20 de febrero, la Compañía E pasó a la reserva, y el 3.^{er} Batallón del 506.^o ocupó su posición. Pocas horas después de que los hombres de la E se hubieran marchado, los alemanes consiguieron un impacto directo sobre el puesto de observación n.º 2. Aquel día, Dick Winters fue ascendido a mayor. El 23 de febrero, la 36.^a División relevó a la 101. La división aerotransportada se trasladó a Saverne, en la retaguardia, preparándose para regresar a Mourmelon.

La 101 raramente había estado en la zona de retaguardia. Lo que los hombres vieron allí hizo que se preguntaran cómo era posible que algún suministro pudiera llegar a la línea del frente. Cuando estaban en Haguenau recibieron en dos ocasiones una ración de cerveza de tres botellas cada una. Los cigarrillos eran Chelsea o Raleigh, detestados por todos los soldados por igual. Nada de jabón, un ocasional paquete de goma de mascar, un poco de dentífrico en una sola ocasión. Excepto las raciones K y las municiones, eso fue todo lo que llegó a la línea del frente. Al estar cerca de un depósito de suministros en la línea de retaguardia, los hombres descubrieron la causa. Los batallones que trabajaban en el puerto descargando los barcos que llegaban de Estados Unidos se quedaban una parte, los batallones ferroviarios se servían barras de caramelo Milky Way y cajas de cerveza Schlitz, apuntándolas en la cuenta de «mercancía destruida en tránsito», los conductores de los camiones se quedaban con los cartones de Lucky Strike (con diferencia la marca de cigarrillos preferida por todos los soldados) y para cuando los tíos de Intendencia de la división y los oficiales del regimiento y el batallón se apoderaban de lo mejor de lo que quedaba, los fusileros en la línea del frente debían considerarse afortunados de recibir las raciones C y los paquetes de horribles cigarrillos Raleigh.

Shifty Powers consiguió un M-1 nuevo. Fue una bendición a medias. Shifty había estado usando un fusil que le habían entregado en Estados Unidos. Amaba aquel viejo fusil. «Me parecía que sólo tenía que apuntar y acertar el blanco al que

apuntaba. El mejor fusil que he tenido nunca. Pero cada vez que había una inspección, me castigaban porque tenía una muesca en el ánima. Esas muescas no se pueden quitar del cañón. Están marcadas allí». Shifty se cansó de que le castigaran por esa infracción menor, entregó el viejo fusil y le dieron un M-1 nuevo. «Y juro que con ese fusil no podía acertarle ni a un granero. Era el peor fusil que existía». Pero al menos no volvieron a castigarle.

El coronel Sink ordenó que la Compañía siguiera un riguroso programa de entrenamiento mientras se encontrase en la reserva. Speirs consideró que era una propuesta idiota y no hizo ningún esfuerzo por ocultar sus sentimientos. Les dijo a los hombres de la Compañía E que él creía firmemente en el entrenamiento duro en el campamento base y en tomárselo con calma en el área de reserva.

Speirs no pudo conseguir que la Compañía se librase de dos revistas obligatorias. La primera era para realizar un sorteo de rotación para regresar a Estados Unidos. Un hombre de cada Compañía regresaría a casa con un permiso de treinta días; sería elegido a través de un sorteo celebrado en la Compañía. El ganador debía haber estado en Normandía, Holanda, Bastogne y exhibir una hoja de servicios limpia de manchas negras. Ningún consejo de guerra, ninguna enfermedad venérea, ninguna ausencia sin permiso oficial. En la Compañía E sólo había veintitrés hombres que cumplían con esos requisitos. Speirs agitó las papelines con los nombres dentro de un casco de acero y extrajo el de Forrest Guth. Hubo gritos de júbilo. Speirs dijo que odiaba tener que prescindir de Guth pero le deseó suerte. Un par de hombres le estrecharon la mano. El resto se alejó con expresión triste, según Webster, «como hombres que han vislumbrado el Paraíso en su camino hacia el infierno».

La segunda revista era con el batallón al completo. La filosofía de Speirs era evitar todo aquello que fuese innecesario pero hacer adecuadamente y al instante lo que correspondía. Les dijo a sus hombres que quería que tuvieran un aspecto impecable. Los fusiles estarían limpios. Debían lavar los uniformes de combate. Se preparó un enorme caldero; los hombres cocinaron sus ropas con gruesos trozos de jabón. Les llevó mucho tiempo; el soldado Hudson decidió que pasaba de lavar su ropa. Cuando se presentó en la formación vistiendo su sucio uniforme de combate, Speirs le reprendió airadamente. Foley, su comandante de pelotón también le reconvino con severidad. El sargento Marsh, su jefe de escuadra interino, trató de hacerle comprender la magnitud de la infracción que había cometido. Hudson sonrió tímidamente y dijo: «Eh, tíos, ¿por qué todo el mundo me regaña?».

El general Taylor llegó para la revista de tropa del batallón, acompañado por un fotógrafo de la oficina de relaciones públicas de la división. Como si hubiese sido cosa del destino, el general se detuvo ante Hudson y habló unos minutos con él. Luego el fotógrafo les tomó una foto a los dos, le pidió el nombre y la dirección de su pueblo a Hudson y envió la fotografía al periódico local con una copia para sus

padres. El general, naturalmente, tenía un aspecto magnífico mientras hablaba con un soldado que acababa de llegar de la línea del frente, en lugar de un grupo de paracaidistas del escalón de retaguardia formados para la revista. «De modo que —comentó Webster— el único integrante de la Compañía E vestido con un sucio uniforme de combate fue el único hombre que consiguió salir en una foto con el general».

«Aún no nos habíamos dado cuenta —dijo Winters—, pero todos comenzamos a caminar con más cuidado, con ojos en la nuca, asegurándonos de que no nos liquidaran». Después de Hagenau, explicó: «De pronto tenías una sensación en las tripas, "¡Por Dios, creo que voy a conseguirlo!"».

«La mejor sensación del mundo» Mourmelon

25 de febrero - 2 de abril, 1945

EL 25 DE FEBRERO, LOS HOMBRES DE LA COMPAÑÍA E tuvieron una experiencia única para ellos pero muy común para sus padres, viajar a través de Francia en «40 y 8», los vagones cerrados de los ferrocarriles franceses que podían transportar 40 hombres o bien 8 caballos. Era el primer viaje en tren que realizaba la Compañía durante la guerra y fue debidamente apreciado por los hombres. El tiempo era cálido y soleado, los «40 y 8» tenían paja hasta la altura de la rodilla, había un montón de comida y nadie les disparaba.

«Mientras viajábamos a través de Francia —escribió Webster—, balanceando las piernas fuera de las puertas del vagón, saludando a los campesinos que trabajaban en los campos y bebiendo de nuestras botellas de aguardiente, pensé que no había nada como alejarse del frente. Era la mejor sensación del mundo».

Regresaban a Mourmelon, pero no a los barracones. Esta vez fueron alojados en grandes tiendas verdes con capacidad para una docena de hombres, aproximadamente a dos kilómetros de lo que Webster denominó «la patéticamente gastada villa amurallada de Mourmelon, asolada por los ejércitos desde la época de los cesares, compuesta por seis bares, dos prostíbulos y un pequeño club de la Cruz Roja». En la dura descripción hecha por Webster, «Mourmelon era peor que Fayetteville, Carolina del Norte».

La primera tarea fue higienizarse. Había duchas, aunque en el mejor de los casos el agua salía tibia. Pero para unos hombres que no habían disfrutado de una ducha decente desde que abandonaran Mourmelon hacía diez semanas, la posibilidad de enjabonarse y frotarse el cuerpo una y otra vez para luego enjuagarse y repetir el procedimiento, era la gloria. Luego, recibieron ropa limpia y nuevos uniformes Clase A. Pero cuando recibieron sus macutos, que habían dejado atrás cuando la compañía se marchó a Bastogne, su alegría se convirtió en furia. Los «guardias» del escalón de retaguardia habían abierto el área de almacenamiento a los hombres de la 17.^a División Aerotransportada cuando estaban a punto de partir hacia las Ardenas y los chicos de la 17 habían saqueado sus pertenencias como si el futuro no existiera. Habían desaparecido monos de paracaidista, camisas, insignias, botas de salto, guardapolvos británicos, segmentos de paracaídas de Normandía y Holanda, pistolas Luger y otros valiosos recuerdos.

El régimen impuesto por el mayor Winters aumentó el descontento de los hombres. Habían llegado nuevos reclutas y, para integrarlos en las diferentes

compañías, Winters instituyó un riguroso programa de entrenamiento. Era como volver a las nociones básicas otra vez, y los hombres lo odiaban. Webster estaba tan harto «que a veces, cuando no me daba cuenta, deseaba regresar a la relativa libertad del combate».

Uno de aquellos reclutas era el soldado raso Patrick S. O'Keefe. Se había unido al Ejército a los diecisiete años, había pasado por la escuela de saltos y zarpado del puerto de Nueva York a bordo del transatlántico Queen Elizabeth, acondicionado para el transporte de tropas, a finales de enero. «Estaba profundamente dormido cuando pasamos frente a las costas de Irlanda», recordó O'Keefe, algo que le disgustó porque sus padres habían nacido en el condado de Kerry, la primera escala para el tráfico marítimo a través del Atlántico. Llegó a Mourmelon poco después de que la compañía hubiese regresado de Haguenau. Su primera impresión de los hombres fue que «todos eran duros, viejos y canosos. «Recuerdo que pensé: "Has mordido un bocado más grande del que puedes masticar, O'Keefe"». Fue asignado al 1.^{er} pelotón, al mando del teniente Foley y el sargento Christenson.

En su tercera noche en Mourmelon, O'Keefe salió en un ejercicio de maniobras nocturnas que comenzó a medianoche. Los hombres iban caminando en fila india y, de pronto, O'Keefe perdió de vista al que iba delante de él. Inspiró profundamente, sintió que se ponía en tensión y echó un vistazo a su alrededor.

En ese momento, escuchó una voz tranquila que le hablaba desde detrás: «Estás bien, hijo. Sólo tienes que arrodillarte y alzar la vista y podrás ver a tus compañeros recortados contra el cielo». O'Keefe así lo hizo, vio a los hombres que iban delante, musitó «gracias» y continuó su camino. Más tarde descubrió que aquel simple y sabio consejo había venido del mayor Winters. De modo que allí estaba el mayor Dick Winters dirigiendo un ejercicio nocturno para reclutas mientras los miembros de la plana mayor de su batallón se lo pasaban en grande en París.

O'Keefe ocupó la posición de guía explorador del grupo poco antes del amanecer. Al amanecer debía producirse un ataque simulado contra una posición enemiga fija emplazada al otro lado de un terreno abierto. O'Keefe llegó a la última elevación antes del objetivo. Hizo señas con la mano indicando que el pelotón se detuviese. Estaba nervioso pensando en que un crío de dieciocho años dirigía a un grupo de curtidos veteranos de combate. Hizo una seña para que el segundo explorador se acercara, con la idea de pedirle que cambiasen sus puestos. El soldado raso Hickman se reunió con él un momento después y antes de que O'Keefe pudiese abrir la boca le dijo: «Tío, me alegra que estés aquí. Hace apenas tres semanas que me uní a la Compañía».

El hecho de comprobar que el batallón estaba lleno de soldados de reemplazo

hizo que O'Keefe recuperase la confianza. «No te preocupes, muchacho —le dijo a Hickman—. Iré al otro lado para echar un vistazo. Tú vuelve con el resto del pelotón y diles que se preparen para avanzar cuando yo haga la señal».

Unos minutos más tarde, O'Keefe regresó sosteniendo el fusil con ambas manos por encima de la cabeza para indicar «Enemigo a la vista». Foley avanzó con su pelotón hasta la línea de salida, gritó «¡Establecer un campo de fuego!» y comenzó el ataque. Después de unos minutos de fuego graneado, Joe Liebgott saltó hacia delante, lanzó lo que parecía ser un grito de guerra indio, corrió hacia el objetivo y atacó el nido de ametralladora con su bayoneta calada, desgarrando los sacos de arena y jugando a hacerse el héroe. O'Keefe y el resto de soldados de reemplazo se quedaron vivamente impresionados.

El 8 de marzo, el coronel Sink hizo una visita a la compañía para efectuar una serie de nombramientos confirmando las graduaciones a aquellos oficiales que habían estado sirviendo en calidad de interinos durante dos meses. El teniente coronel Strayer pasó a desempeñar el cargo de segundo comandante del regimiento. El mayor Winters se convirtió en jefe del 2.º Batallón. Se produjeron también algunos ajustes: el mayor Matheson pasó ser el tercero en el mando del regimiento, el capitán Nixon fue trasladado al estado mayor del 2.º Batallón. El teniente Welsh, recuperado ya de las heridas que había recibido en Nochebuena, también se incorporó a la plana mayor del 2.º Batallón. El capitán Sobel reemplazó a Matheson en el estado mayor del regimiento.

El descenso de rango en el caso del capitán Nixon de miembro del estado mayor del regimiento a cumplir esas funciones en el estado mayor del batallón fue consecuencia de su afición a la bebida. Como todos los que le conocían bien, Sink reconocía que Nixon era un genio además de ser un soldado valiente y con sentido común, pero Sink —él también un desenfrenado bebedor («Bourbon Bob» era el apodo que le habían puesto los hombres y así se referían a él a sus espaldas)— no podía soportar las borracheras nocturnas de Nixon. Le preguntó a Winters si él se sentía capaz de manejar a Nixon. Winters le contestó afirmativamente ya que Nixon y él eran íntimos amigos.

En marzo, los antiguos oficiales de la Compañía E ocupaban posiciones clave en el regimiento y en el batallón (el comandante en jefe del 1.º Batallón era el teniente coronel Hester; Winters era el jefe del 2.º Batallón, y toda su plana mayor procedía de la Compañía E). Uno de sus hombres, Matheson, finalmente llegó a ser general de división y comandante en jefe de la 101 División Aerotransportada en Vietnam. Uno se siente tentado a decir, por última vez, que el capitán Sobel debió haber hecho algo bien en Toccoa durante aquel tórrido verano de 1942.

Pero eso es algo que jamás podría probarse contando con Winters, cuyos sentimientos hacia Sobel jamás cambiaron. El regreso de Sobel le proporcionó a Winters uno de los momentos más satisfactorios de su vida. Un día, mientras caminaba por una de las calles de Mourmelon, el mayor Winters vio al capitán Sobel que venía en dirección opuesta. Sobel vio a Winters, agachó la cabeza y pasó a su lado sin saludarle. Cuando se había alejado un par de pasos, Winters gritó:

—¡Capitán Sobel, saludamos el rango, no al hombre!

—Sí, señor —respondió Sobel y se llevó la mano rígida a unos centímetros de la cabeza a modo de saludo.

Webster y Martin, que se encontraban en el lugar, estaban encantados («Me gusta ver a dos oficiales pasándose el rango por las narices», comentó Webster), pero no tanto como a Winters en aquel momento.

(Winters tuvo ocasión de disfrutar de otro momento feliz en Mourmelon, esta vez todos los días. Los prisioneros de guerra alemanes trabajaban en el hospital; cada tarde, al acabar su jornada, regresaban marchando a sus calabozos y entonaban sus canciones militares. «Los prisioneros alemanes marchaban con orgullo y vigor — escribió Winters— y era un hermoso espectáculo. Por Dios, ¡eran soldados!»)

El hombre que había reemplazado a Sobel y Winters como comandante en jefe de la Compañía E, el capitán Speirs, seguía impresionando tanto a los oficiales como a los soldados rasos. «El capitán Speirs promete ser un oficial tan bueno como Winters», pensó Webster. Sabía que muchos de los hombres no compartían esa opinión, hombres que «aborrecían a Speirs basándose en que había matado a uno de sus propios hombres en Normandía, que era un tío sospechoso y cabeza dura, que no creía que existiera eso que se había dado en llamar "fatiga de combate"». Pero para Webster, «era un hombre valiente en combate, en realidad un verdadero salvaje, que había conseguido legítimamente su Estrella de Plata, su Estrella de Bronce y tres Corazón Púrpura. Speirs tenía una fe ciega en el sentido común, en la iniciativa de los suboficiales en combate y en el entrenamiento con el énfasis puesto en la iniciativa, más que en el manual. Me gusta Speirs».

Entre los suboficiales también hubo movimientos. El sargento Talbert fue ascendido a sargento primero. Un tío realmente genial, Talbert era muy apreciado por los soldados rasos porque ignoraba los trámites burocráticos y hacía las cosas guiándose por el sentido común más que por el manual. Carson se convirtió en oficinista de la compañía, encargado de los archivos; Luz pasó a ser enlace del pelotón; los sargentos del pelotón, todos soldados rasos originales de Toccoa, todos ellos heridos al menos una vez, eran Charles Grant, Amos Taylor y Earl Hale.

El ascenso de Hale provocó no pocos comentarios en el seno del 1.^{er} pelotón. Los hombres no tenían nada contra él, excepto que era un tío de fuera (había estado en la sección de la plana mayor de la compañía como operador de radio). Los hombres del

pelotón hicieron circular el rumor de que Hale se había quejado a Winters de que su esposa no le dejaba en paz para que consiguiera otro galón, y Winters le había dado el pelotón para compensarle. Pero lo que realmente disgustó a los hombres del pelotón fue que Johnny Martin no hubiese sido incluido en la relación de ascensos. «Supongo que a los oficiales no les gustaba nada su actitud descarada —comentó Webster— y, sin embargo, era el pensador más rápido, el mejor líder que teníamos, y un candidato natural para ser sargento del pelotón».

Martin pensaba lo mismo. Después de haber sobrevivido a tres campañas sin un rasguño, decidió permitir que los médicos se enterasen de que tenía un cartílago hecho polvo en la rodilla que lo incapacitaba para el combate. Muy pronto cogió su macuto y regresó a Estados Unidos.

«Los hombres de Toccoa iban desapareciendo como las hojas de los arces en noviembre —escribió Webster—. Una sensación de exasperación y desesperanza embargó a los veteranos en Mourmelon. Aquí estábamos, marchando todavía a través de pantanos y praderas, pisando todavía los colinabos y derribando las alambradas, todavía en el campo haciendo ejercicios de entrenamiento».

Los veteranos trataban de evitar a toda costa las maniobras en el campo. Se presentaban para la revisión médica a primera hora de la mañana. Speirs les preguntaba cuál era el problema, gruñía y los enviaba al puesto de primeros auxilios. Allí conseguían ser admitidos en el hospital ese día. Todo un día para holgazanear y leer revistas. Era fácil. Todos lo hacían, pero nunca más de dos veces. Incluso Webster prefería la guerra simulada a leer o no hacer nada.

Los Idus de marzo trajeron una merecida recompensa a los hombres de la 101 División Aerotransportada. Se celebró una revista de tropas ante los mandos más importantes que los hombres habían visto hasta aquel momento. Allí estaba el mismísimo general Eisenhower, acompañado por el general Taylor, el teniente general sir Frederick Morgan, el teniente general Lewis Brereton, el secretario del presidente Roosevelt, Stephen Early, el general de división Matthew Ridgway y muchos otros.

A fin de prepararse para un acontecimiento tan importante, «todo el mundo se lavó y frotó, lustró y pulió, desmontó, limpió y volvió a montar todas las armas — como recordó el teniente Foley—. Los galones fueron arrancados y vueltos a colocar en sus lugares exactos en la guerrera. Los hombres pintaron sus cascos, colocaron la insignia del 506.º Regimiento en un costado y, una vez que estuvieron secos, los untaron de aceite hasta que refulgían bajo el sol. Se hizo un ensayo de la revista de tropas. Los oficiales, naturalmente, hicieron que los hombres estuviesen formados tres horas antes de que Eisenhower y su comitiva llegaran al campamento; los hombres, naturalmente, se cagaron en el Ejército y sus métodos.

Eisenhower llegó por fin. Pasó delante de toda la división formada y luego subió a una tribuna para leer un discurso. A continuación anunció que la división había recibido una Mención Presidencial de Unidad Distinguida por su comportamiento en Bastogne, la primera vez en la historia del Ejército que una unidad entera había recibido una mención de esa clase. En un breve discurso, Ike se mostró efusivo en sus elogios: «Tuvisteis una maravillosa oportunidad [en Bastogne] y superasteis todas las pruebas... Estoy muy orgulloso de vosotros».

Concluyó sus palabras con una mezcla de alabanza y exhortación: «Este gran honor va acompañado de cierta responsabilidad. Al ser los iniciadores de una nueva tradición, debéis comprender, cada uno de vosotros, que desde este momento, las luces brillarán sobre vosotros con especial intensidad. Cada vez que digáis que sois soldados de la 101, todo el mundo, ya sea en la calle, en la ciudad, o en la línea del frente, esperará de vosotros un comportamiento fuera de lo común. Sé que en el futuro seréis capaces de superar cualquier prueba del mismo modo en que lo habéis hecho en Bastogne». ^[45]

Webster, que cada vez se mostraba más crítico con respecto al Ejército y que ejercía vigorosamente el derecho de todo soldado a quejarse, se sintió impresionado a pesar de sí mismo. El soldado O'Keefe comentó: «Hasta los nuevos reemplazos como yo nos sentimos enormemente orgullosos al marchar en aquella revista de tropas».

Para el teniente Foley se produjo «la madre de todas las sorpresas»: de pie detrás del general Taylor se encontraba su asistente de mayor rango, y éste no era otro que el capitán Norman Dike.

El sargento Hale, a quien le habían cortado la garganta en aquel granero durante la batalla de las Ardenas y que tenía permiso oficial para no llevar corbata, recibió su Estrella de Bronce de manos del general Eisenhower. Ike quiso saber por qué no llevaba corbata. Hale se lo explicó. Cuando el general Taylor corroboró la historia de Hale, Eisenhower lanzó una de sus famosas carcajadas y dijo que Hale era el único hombre en todo el teatro de operaciones europeos que había conseguido librarse de la corbata.

Hubo permisos y licencias para viajar a Inglaterra, la Riviera, París, Bruselas, y pases nocturnos para ir a Reims. El capitán Speirs tenía que viajar a Inglaterra, donde se había casado con una mujer británica que creía que su esposo había muerto en combate en el norte de África. Foley se marchó a París y cuando regresó dijo que no recordaba nada del viaje. Se organizaron algunos espectáculos montados por la USO, con intérpretes famosos, incluyendo a la bella y misteriosa Marlene Dietrich.

La vida en la guarnición era tranquila, pero tenía su precio. Para llevar la disciplina y la apariencia a un estándar adecuado para la retaguardia, el Ejército tenía

que disponer de algún método para hacer cumplir las reglas y las ordenanzas. Amenazar a los miembros de una compañía de fusileros que acababan de llegar de la línea del frente y estaba a punto de regresar a ella con una visita a la prisión militar era más una promesa que una amenaza. Sin embargo, quitarles el dinero en metálico a unos hombres que esperaban un permiso para viajar a París era algo diferente.

En la 101, un soldado raso recibía un sueldo básico de 50 dólares por mes, otros 50 dólares por destino peligroso y otros 10 dólares por estar destacado en la zona de combate. El general Taylor estableció un tribunal sumario en Mourmelon que comenzó a imponer fuertes multas por las infracciones al reglamento. Un hombre que no llevase el uniforme correcto debía pagar 5 dólares. Llevar una Luger en el bolsillo suponía una multa de 2 dólares. Conducir un camión o un jeep a velocidad excesiva se multaba con 20 dólares. La conducta escandalosa con alteración del orden público le suponía al infractor una multa de 25 dólares.

El entrenamiento prosiguió. Progresaba de nivel de escuadra y pelotón a compañía y luego a batallón. La división se estaba preparando para una misión aerotransportada diurna, Operación Eclipse, un salto sobre Berlín y alrededores.

Este ataque sobre Berlín no se iniciaría hasta que los ejércitos aliados no cruzasen el Rin. Durante meses, los hombres de la Compañía E habían estado anticipando la ejecución de un salto sobre la otra orilla del río, pero cuando finalmente se produjo su cruce, la Compañía E no formó parte de la operación. Eisenhower decidió darle a la 17.^a División Aerotransportada una oportunidad de realizar un salto de combate y asignó sus efectivos a la Operación Varsity, la operación aerotransportada de mayor envergadura de todos los tiempos (la 17 estaba acompañada de las divisiones aerotransportadas británicas 1 y 6), reservando a la 82 y la 101 para Berlín.

La no participación en la Operación Varsity fue una auténtica decepción para muchos de los soldados de reemplazo, quienes habían pasado por los rigores de la escuela de saltos, se habían unido a la división aerotransportada más famosa del mundo en Bélgica o Alemania y nunca habían tomado parte en un salto de combate. En Mourmelon, una unidad del Mando de Transporte de Tropas consiguió que los hombres que así lo desearan tuviesen la oportunidad de realizar unos cuantos saltos, para clasificarse para su bonificación de paracaidista o sólo para divertirse. El teniente Foley saltó dos veces. Pero no era igual que hacerlo en combate.

De modo que, el 24 de marzo, los miembros de la Compañía E vieron con sentimientos encontrados cómo uno tras otro los C-47 despegaban de la pista del aeródromo cercano, describían un círculo en el cielo, formaban una V con nueve aparatos en línea y se dirigían hacia el noreste. «Era un espectáculo hermoso — recordó Foley—. Hacía que tu corazón latiese más deprisa y para alguien como yo, integrado en una compañía que había realizado dos saltos de combate, sentí que en ese momento había perdido mi última oportunidad».

Algunos de los soldados veteranos se sintieron de la misma manera. Para su asombro, Webster descubrió que hubiese deseado estar en aquellos aviones para saltar junto con los hombres de la 17. «Hubiera sido muy divertido». En cambio, permaneció en tierra acompañado por sus compañeros, lanzando gritos de júbilo, haciendo el signo de la victoria, gritando: «¡A por ellos, chicos! ¡Aplastadles!». Más tarde, Winters escribió: «Observé mientras se desvanecían en la distancia con un ruido sordo y, de pronto, me sentí solo y abandonado, como si me hubiesen dejado atrás».

Uno de los hombres del 506.º al que no habían dejado atrás era el capitán Nixon. El general Taylor le eligió para que saltase con la 17.^a División Aerotransportada en calidad de observador para la 101. Afortunadamente para Nixon, fue designado jefe de salto de su avión. El aparato fue alcanzado por el fuego antiaéreo enemigo; sólo Nixon y tres hombres más consiguieron salir vivos después de que el avión se hubo estrellado. Nixon permaneció adscrito a la 17 una sola noche; el 25 de marzo fue enviado a través del Rin, abordó el vuelo especial de un pequeño avión y regresó al 2.º Batallón en Mourmelon. Aquel salto calificó a Nixon para ser uno de los dos únicos hombres del 506.º con derecho a llevar tres estrellas en sus alas de salto: Normandía, Holanda y Operación Varsity. El otro era el sargento Wright de los Pathfinders (unidades de exploradores que señalan las zonas de lanzamiento de los paracaidistas), que había formado parte de la Compañía E en el campamento de Toccoa.

La resistencia alemana con la que se encontró la Operación Varsity fue muy dura. Entre tanto, las divisiones de infantería y blindadas del Primer Ejército norteamericano atravesaban el Rin a través del recientemente capturado puente de Ludendorff en Remagen, para luego girar hacia el norte a fin de rodear al ejército alemán que defendía tenazmente el corazón industrial de Alemania en la cuenca del Ruhr.

Eisenhower necesitaba reforzar el cerco alrededor del Ruhr. La 82 y la 101 estaban disponibles. La orden llegó a finales de marzo. La compañía marchaba de nuevo al frente, esta vez al Rin.

Los veteranos decidieron no correr ningún riesgo. El fin de la guerra estaba próximo y ahora todos ellos creían lo que no habían creído en Bastogne, que iban a conseguir salir ilesos. Querían huir del aburrimiento de la vida de la guarnición en Mourmelon, sabían cómo cuidar de sí mismos, estaban preparados para hacer su trabajo, pero no para ser héroes.

En abierto contraste con la actitud de los veteranos, los soldados de reemplazo pensaban que Mourmelon era un lugar genial. Entrenaban en compañía de soldados veteranos, día y noche, abordando problemas reales, todo bajo la mirada vigilante de un hombre que era toda una leyenda en la Compañía E, el mayor Winters. Habían

aprendido cómo sobrevivir en combate. Habían conseguido conocer a los veteranos y ser aceptados por ellos. Estaban orgullosos de formar parte de la compañía, el regimiento, la división, y estaban ansiosos por demostrar que estaban cualificados para estar allí.

De modo que la Compañía E estuvo lista a finales de marzo, cuando llegaron las órdenes de ponerse en marcha. El viaje sería en camión, directamente hasta el Rin. Webster estaba encantado de largarse de Mourmelon, excitado y temeroso de volver al combate, y decepcionado por no tener la posibilidad de saltar sobre el campo de batalla. «Había esperado poder realizar otro salto —escribió—, en lugar de marchar al frente en camiones, porque en toda misión aerotransportada hay un elemento azaroso —puede ser difícil, puede ser sencilla; tal vez no haya ningún enemigo—, lo cual me seduce mucho más que un prosaico ataque de la infantería lanzado contra un enemigo que sabe dónde estás y en qué momento atacas».

El soldado raso O'Keefe estaba a punto de entrar en combate por primera vez. Tiene un recuerdo vivido de aquella ocasión. «Llevábamos jerseys ligeros debajo de las chaquetas de campaña, pantalones abombados sobre botas de combate, cuchillos de monte sujetos a la pierna derecha, cinturones de pistola junto con la mochila, una granada de fósforo y otra de fragmentación sujetas con cinta adhesiva al arnés del pecho, cantimplora, equipo de primeros auxilios, raciones K metidas en los bolsillos, casco de acero y fusil. Llevábamos bandoleras de lona para los cargadores del fusil en lugar de las antiguas cananas. En las mochilas llevábamos un equipamiento mínimo compuesto por calzoncillos cortos, calcetines, juego de afeitarse, juego de costura, cigarrillos, etc». Después de haber asistido a la misa celebrada por el padre John Maloney y de recibir la absolución general, O'Keefe subió a uno de los camiones y partió hacia Alemania.

La Compañía E ya estaba dispuesta para entrar en su quinto país. A los hombres les había encantado Gran Bretaña y el pueblo inglés. Los franceses no les habían gustado nada, y les parecían desagradados, insociables, perezosos y sucios. Con los belgas tuvieron una relación muy especial debido a su íntima asociación con los civiles de Bastogne, quienes habían hecho todo lo que estuvo en sus manos para apoyar a los estadounidenses.

Amaban a los holandeses. Valientes, ingeniosos, abrumadoramente agradecidos, el movimiento de resistencia clandestino mejor organizado de Europa, sótanos llenos de comida que habían conseguido ocultar a los ojos de los alemanes y que habían ofrecido generosamente a los estadounidenses; limpios, trabajadores, honestos, eran sólo algunos de los cumplidos que los hombres dedicaron a los holandeses.

Y ahora iban a conocer a los alemanes. Por primera vez estarían combatiendo en la línea del frente dentro del territorio enemigo, viviendo con la población civil

enemiga. Y si el rumor era cierto, aquel que decía que en lugar de hoyos de protección los hombres vivirían en casas particulares alemanas, podrían conocer a los alemanes en la intimidad. Ello sería especialmente cierto una vez que el foco de resistencia del Ruhr fuese eliminado y las fuerzas aliadas comenzaran el avance a través de la región central de Alemania. Entonces se alojarían en una casa diferente cada noche, en unas condiciones de las que los ocupantes sólo tendrían noticia pocos minutos antes de su llegada.

Llegarían a Alemania como conquistadores a quienes les habían dicho que desconfiasen de todos los alemanes y a quienes se había prohibido, por la política de no confraternización, tener cualquier contacto con la población civil alemana. Pero, salvo en el caso de Liebgott y unos pocos más, los hombres no mostraban un odio perpetuo hacia los alemanes. Muchos de ellos admiraban a los soldados alemanes contra los que habían combatido. Webster no era el único que pensaba que la mayoría de las atrocidades que habían oído eran sólo propaganda. En cualquier caso, muy pronto podrían comprobar personalmente si todos los alemanes eran nazis, y si los nazis eran realmente tan malos como decían la prensa y la radio aliadas.

«Conociendo al enemigo»

Alemania

2 - 30 de abril, 1945

LAS REACCIONES DE LOS HOMBRES DE LA COMPAÑÍA E ante el pueblo alemán dependieron de sus diferentes prejuicios y experiencias. Algunos encontraron razones para justificar y reforzar su odio; otros amaron el país y a su gente; casi todos acabaron cambiando de opinión; todos estaban fascinados.

La historia estándar de cómo reaccionó el recluta norteamericano ante la gente extranjera que conoció durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial es como sigue: él pensaba que los árabes eran despreciables, embusteros, ladrones, sucios, horribles, sin ninguna característica compensadora. Los italianos eran embusteros, ladrones, sucios, maravillosos, con muchos rasgos que compensaban estos defectos, pero jamás se podía confiar en ellos. Los franceses de las zonas rurales eran hoscos, lentos y desagradecidos, mientras que los parisinos eran rapaces, astutos, indiferentes ante el hecho de engañar a los alemanes o a los estadounidenses. El pueblo británico era valiente, hábil, raro, reservado, aburrido. Los holandeses, como ya hemos mencionado, eran considerados simplemente maravillosos en todos los sentidos (pero el recluta norteamericano medio jamás puso los pies en Holanda, solamente lo hicieron los hombres de las divisiones aerotransportadas).

La historia acaba así: aunque pueda parecer increíble, el recluta norteamericano medio descubrió que el pueblo que más le gustaba, con el que se identificaba más estrechamente, con quien le gustaba estar, era el alemán. Limpios, trabajadores, disciplinados, educados, de clase media en cuanto sus gustos y sus estilos de vida (muchos reclutas observaron que, hasta donde ellos podían decir, los únicos pueblos en el mundo que consideraban necesarios el bidé y el suave papel higiénico de hoja blanca eran el alemán y el norteamericano), los alemanes les parecían a muchos soldados estadounidenses que eran «como nosotros».

Los reclutas estadounidenses descubrieron, con evidente agrado, que los alemanes comenzaban a quitar los escombros al día siguiente de haberse acabado la batalla, en abierto contraste con la actitud de los franceses, quienes aún no se habían molestado en limpiar y arreglar el desastre provocado por la guerra en sus pueblos y ciudades. Y, obviamente, advirtieron con inocultable alegría la presencia de todas aquellas jóvenes alemanas y la ausencia de competencia por parte de los muchachos alemanes. Les gustaban la comida y la bebida alemanas. Pero, por encima de todas las cosas, les gustaban los hogares alemanes.

Habían estado en muchas casas particulares, desde el Rin a través de Baviera

hasta llegar a Austria, en ocasiones en una casa diferente cada noche. Invariablemente encontraron agua caliente y fría, luz eléctrica, un cuarto de baño completo con papel higiénico y carbón para la estufa.

Con respecto a este período en Alemania, Webster escribió: «Volver del turno de guardia y entrar en su casa era una sensación que no tenía parangón en el Ejército. Dejábamos atrás aquella hostil oscuridad cuando abríamos la puerta exterior. Detrás de las cortinas obligatorias por la política de oscurecimiento brillaba una luz y, mientras colgábamos los fusiles en el perchero y sacudíamos nuestros impermeables, una conversación baladí nos llegaba desde la cocina y nos proporcionaba una sensación cálida y confortable. En la estufa había una cafetera caliente. "Sírvase usted mismo..." Reese hablaba de un trabajo que había hecho en Londres, Janovek, Hickman, Collette y Sholty jugaban a las cartas... Te lavabas las manos en el fregadero. Esto era el hogar. Este era el lugar al que pertenecíamos. Un grupo pequeño y sociable, una casa limpia y bien iluminada, una taza de café caliente... el paraíso».

Y lo que era aún mejor, a los hombres no les disparaban y tampoco tenían que dispararle a nadie. No es extraño que a tantos de ellos les gustasen los alemanes. Pero, tal como comentó Webster: «Al explicar el afecto superficial que sentían los reclutas estadounidenses por los alemanes, no estaría de más recordar las comodidades físicas y materiales de las que no había disfrutado en ningún otro lugar en el Ejército salvo en la tierra de sus enemigos».

Las experiencias de los hombres de la Compañía E en Alemania ilustran cuánto mejor era la calidad de vida de los alemanes comparada con la de la gente en Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Holanda. Por supuesto, en las grandes ciudades de Alemania a mediados de abril de 1945 era el infierno, pero no así en el campo y en los pequeños pueblos y ciudades, donde, a pesar de que se producía alguna destrucción en los principales cruces de carreteras, las casas en general estaban intactas, con comodidades que la mayoría de la gente creía que en 1945 sólo existían en Estados Unidos.

Pero no todos los reclutas estadounidenses fueron seducidos por los alemanes, ni mucho menos. Webster entró en territorio alemán con una actitud ambigua: no le gustaban los alemanes, pensaba que todos los alemanes eran nazis, pero descartaba como parte de la propaganda del ejército aliado las historias que hablaban de campos de concentración y otras atrocidades. Encontró al pueblo alemán «demasiado caradura». Pensaba que los franceses eran «muertos y podredumbre», pero Alemania era sólo «un tigre herido, lamiéndose las heridas, descansando, con un odio ardiente en el pecho, preparado para volver a intentarlo. Y lo hará».

A pesar de sí mismo, Webster se sintió atraído hacia la gente. «Los alemanes que he visto hasta ahora me han impresionado como personas limpias, eficientes y

respetuosas de la ley», les escribió a sus padres el 14 de abril. Eran gente creyente que acudía a la iglesia. «En Alemania todo el mundo sale de su casa y trabaja y, a diferencia de los franceses, que no parecen dispuestos a levantar un dedo para ayudarse a sí mismos, los alemanes rellenan las trincheras que los soldados han cavado en sus campos. Son personas más limpias, más progresistas y más ambiciosas que los ingleses o los franceses». [46]

Las órdenes que llegaban del alto mando aliado prohibían confraternizar con los alemanes. Se suponía que los reclutas estadounidenses no debían hablar con ningún alemán, incluso con los niños pequeños, a menos que se tratase de un asunto oficial. Esta orden completamente absurda resultaba imposible de cumplir. Los oficiales, especialmente aquellos que odiaban a los alemanes, lo intentaron de todos modos. A Webster le resultaba divertida la intensidad de los sentimientos del teniente Foley. Escribió que Foley «se había convertido en un partidario tan fanático de la política de no confraternización que ordenó que se desmenuzaran todas las colillas para que los alemanes no pudiesen disfrutar del tabaco norteamericano».

Webster también recordó la vez en que Foley y él estaban escogiendo casas para pasar la noche. «Mientras nos dirigíamos al patio trasero para realizar una inspección más detallada, nos encontramos ante un horrible espectáculo que suscitó todo el fervor de Foley en contra de la confraternización con el enemigo: dos soldados de infantería estaban hablando animadamente con dos muchachas alemanas. Incalificable, espantoso, antimilitar, prohibido. El teniente Foley les reprendió con severidad y les ordenó que se marcharan inmediatamente de aquel lugar. Con la expresión resignada de hombres que conocían la inutilidad de la política de no confraternización, los dos galanes se alejaron de allí con evidente malhumor».

Merece la pena hacer una pausa en este punto para ver a los estadounidenses como conquistadores a través del microcosmos de la Compañía E. Ellos cogían todo lo que querían, pero de ninguna manera violaron, saquearon y quemaron todo a su paso a través de Alemania. Si ellos no respetaron los derechos de la propiedad, en el sentido de que confiscaban sus alojamientos nocturnos sin compensación alguna para sus legítimos dueños, al menos cuando los alemanes regresaban una vez que los soldados se habían marchado lo encontraban todo relativamente intacto. Hubo, por supuesto, algunos casos de violación, algunos malos tratos a alemanes, y ocasionales saqueos, pero sería ingenuo afirmar que otros ejércitos conquistadores de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo quizás el ruso pero también el japonés y el alemán, actuaron de un modo diferente.

Webster relató una historia que confirma este hecho: «Reese, que estaba más empeñado en encontrar mujeres que en buscar huevos, y yo realizamos otra expedición un par de kilómetros al oeste hasta un pueblo más grande donde no había soldados estadounidenses. Al igual que McCreary, Reese tendía a mostrar una

evidente impaciencia con las gallinas y un fuerte interés por las faldas; sin importarle la edad o el aspecto físico, Reese me decía: "Allí hay una tía buena. Chico, es una dulzura. ¡Habla con ella, Web, maldita sea!". Como yo era muy tímido, sin embargo, y aquellas mujeres parecían invariablemente tan sociables como un témpano de hielo, yo ignoraba sus anhelantes quejas. Además, las chicas alemanas nunca se mostraban amistosas en público, ya que los vecinos podían verlas. Tal vez dentro de la casa o por la noche. Finalmente llegamos a una granja donde nos recibió una joven y rolliza campesina. Reese le sonrió. Después de que yo consiguiera algunos huevos, Reese, que no dejaba de guiñarle el ojo a la saludable muchacha, le dio una barra de chocolate y un cigarrillo, y, mientras el amor florecía en el jardín de las raciones D (un paquete de comida de reciente producción) y los cigarrillos Chelsea, salí de la casa y esperé bajo el sol. "Nada que hacer", dijo Reese más tarde. Yo regresé a nuestra casa con el casco lleno de huevos y Reese con el corazón destrozado. Pero era, como él dijo, "buen territorio para la confraternización". Aquella noche volvió a intentarlo antes de que entrase en vigor el toque de queda de las seis. No tuvo éxito».

Si Reese hubiera sido un soldado soviético, alemán o japonés, esta pequeña anécdota probablemente hubiese tenido un final muy diferente.

La Compañía viajó en camión desde Mourmelon hasta la bolsa de resistencia del Ruhr. La 101 tomó posiciones en la margen occidental del Rin, mirando hacia Dusseldorf. El sector del 2.º Batallón se extendía desde Stürzelberg en el norte hasta Worringen en el sur, con la 82.^a División Aerotransportada en el flanco derecho del batallón. La 82 estaba desplegada frente a Colonia.

Era más una posición de ocupación que una línea del frente. Los pelotones mantenían puestos de avanzada sobre la orilla del río, mientras que los hombres se alojaban en casas particulares en varios pueblos pequeños. Había algunos duelos de artillería, pero no muy importantes. No había fuego de armas ligeras.

Los hombres ocupaban los puestos de avanzada cada noche. Aquí el soldado raso O'Keefe tuvo su primera experiencia en el frente. Una noche se encontraba en un puesto de avanzada en compañía del soldado raso Harry Lager, que también se había unido a la compañía en Mourmelon, en una trinchera cavada junto a un terraplén. De pronto oyeron un tump, tump, tump. O'Keefe susurró a Lager:

—Quédate en el hoyo pero haz espacio para que pueda lanzarme de cabeza si debo regresar de prisa. Voy a subir al terraplén para ver si puedo enterarme de qué es eso que se acerca a nosotros.

Una vez en la parte superior del terraplén, O'Keefe no podía ver absolutamente nada pero aquel ruido estaba casi encima. De pronto, el morro de un pequeño tanque apareció entre la niebla.

—Alto, ¿quién vive? —gritó O'Keefe, a punto de lanzarse de cabeza en el agujero con Lager.

Se oyó una voz que salía del interior del tanque:

—Somos un par de ingleses y nos hemos perdido.

O'Keefe le ordenó al hombre que bajase del tanque para hacer una inspección. Apareció entonces un sargento británico que le dijo:

—¡Por Dios, yanqui, nos alegramos de verte! Comenzamos a circular por este jodido terraplén a medianoche y no podemos encontrar una salida.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó O'Keefe.

—Oh, eso —respondió el británico—. Es una de nuestras orugas. Está rota. Sólo podemos viajar a unos tres kilómetros por hora. La oruga da vueltas pero choca contra el suelo con cada giro.

O'Keefe sugirió que el sargento hiciera que su compañero caminase delante del tanque, de otro modo podrían ser atacados en el siguiente puesto de control. El sargento respondió que así lo haría. O'Keefe volvió a reunirse con Lager, aliviado al comprobar que su compañero le había estado cubriendo todo el tiempo con su M-1. Ese pequeño incidente les dio a O'Keefe y Lager seguridad en ellos mismos y a uno en el otro. Decidieron que ya sabían cómo había que actuar en un puesto de avanzada.

Otra noche, en otro lugar junto al río, O'Keefe se encontraba en un puesto de avanzada con un nuevo recluta, el soldado raso James Welling. Originario de Virginia Occidental, Welling tenía treinta años y era prácticamente el miembro más viejo de la compañía. O'Keefe era el más joven. Aunque Welling acababa de unirse a la Compañía, era un veterano de combate que había sido herido en la batalla de las Ardenas, se había presentado voluntario al cuerpo de paracaidistas después de ser dado de alta en el hospital en Inglaterra, realizó los cinco saltos de capacitación en un solo día y ahora era miembro de la 101.

En el puesto de avanzada, ambos estaban metidos hasta la cintura en un hoyo de protección cuando un camión de diez toneladas se acercó a toda velocidad por la carretera.

—¡Alto! —gritó O'Keefe tres veces.

Nadie le oyó. Un convoy compuesto de nueve camiones pesados, parachoques contra parachoques, pasó junto a él sin detenerse con los motores rugiendo.

—¿Qué puedes hacer cuando gritas «¡Alto!» y te das cuenta de que jamás te oirán? —le preguntó O'Keefe a Welling.

—No mucho —contestó su compañero.

Media hora más tarde, los camiones regresaron, a toda velocidad, excepto que ahora eran ocho vehículos pesados.

—Jim ¿qué hay en esa carretera? —preguntó O'Keefe.

—No lo sé, nadie ha dicho nada.

Un cuarto de hora más tarde apareció el capitán Speirs, «hecho una furia». Comenzó a gritarle a Welling:

—¿Por qué no detuvieron a esos camiones? El puente ha sido volado y ahora uno de los camiones está colgando en el borde.

Después de haber escuchado las historias que se contaban acerca de Speirs, O'Keefe se esperaba lo peor. Pero Welling le respondió también a gritos:

—¿Cómo coño podíamos detener a nueve camiones que venían a toda pastilla? ¿Y por qué nadie nos avisó que ese puente estaba inutilizado? Joder, ni siquiera sabíamos que hubiese un puente allí.

—¿Dónde está el otro centinela? —preguntó Speirs.

O'Keefe surgió de entre las sombras con su M-1 apuntando a la altura de la cintura y dijo con un tono tan amenazador como pudo:

—Estoy aquí, señor.

Speirs lanzó una especie de gruñido y se marchó. A la noche siguiente, se acercó un jeep al puesto de control con las luces apagadas. Welling gritó:

—¡Alto!

En el vehículo viajaban el capitán Speirs, otro capitán y un mayor en el asiento de atrás. Welling dio el santo y seña. Speirs respondió la contraseña con voz normal. Welling no entendió lo que había dicho y repitió el santo y seña. Speirs le contestó en el mismo tono de voz; Welling tampoco pudo oírle en esta ocasión. Tenso y un tanto confundido, O'Keefe apuntó con su M-1 a la espalda del mayor. Cuando miró más detenidamente se dio cuenta de que se trataba del mayor Winters.

Welling gritó el santo y seña por tercera vez. El capitán que iba al volante del jeep comprendió que Welling no le había oído y gritó la contraseña. Speirs saltó del jeep y comenzó a insultar a Welling.

Welling le interrumpió.

—Cuando digo «¡Alto!», quiero decir «¡Alto!» Cuando digo el santo y seña, espero *oír* la contraseña.

Speirs comenzó a decir lo que pensaba hacer con Welling cuando Winters le interrumpió.

—Vamonos, capitán —dijo en voz baja.

Mientras se alejaban, Winters le gritó a Welling:

—Buen trabajo.

Se organizaban patrullas que atravesaban el Rin. Eran poco peligrosas excepto por la fuerte corriente que había cuando el río estaba crecido, pues sus orillas estaban separadas por unos 350 metros. Cuando Winters recibió órdenes el 8 de abril de enviar una patrulla al otro lado, decidió controlarla desde un puesto de observación para asegurarse de que ninguno de sus miembros resultase herido. Winters fijó los

objetivos y controló la concentración de la artillería de protección, luego siguió paso a paso el avance de la patrulla a lo largo de la margen oriental del río. El teniente Welsh, de la plana mayor del batallón, estaba con él y se mostraba disgustado con los límites de seguridad en los que Winters no dejaba de insistir. «Nos movimos como una patrulla de combate —recordó Winters— y no encontramos nada. Todos regresaron sanos y salvos».

La mayoría de las patrullas volvían con resultados igualmente infructuosos. Malarkey informó que un oficial de reemplazo salió con una patrulla, cruzó el río, avanzó unos centenares de metros tierra adentro, fue recibido con fuego de un único tirador, informó por radio que habían encontrado una fuerte resistencia y se retiró hacia territorio amigo mientras sus hombres sentían una mezcla de alivio y frustración.

Un par de días más tarde las cosas no salieron tan bien. El jefe de la patrulla era el mayor William Leach, recientemente ascendido y trasladado al cuartel general del regimiento por el coronel Sink. En Mourmelon le habían tomado el pelo sin piedad cuando recibió sus hojas doradas. «¿Cuándo vas a salir de patrulla, Leach?», le preguntaban sus compañeros oficiales. Nunca había estado en combate y, en consecuencia, no tenía ninguna condecoración. Caracterizado por Winters como «un buen oficial de estado mayor que había ascendido en el escalafón gracias a su personalidad y su experiencia social», Leach quería hacer carrera en el Ejército. Y, para eso, creía que necesitaba una condecoración.

En la noche del 12 de abril, Leach se marchó al mando de una patrulla compuesta por cuatro hombres procedentes de la sección de inteligencia del cuartel general del regimiento. Pero cometió un error garrafal: no le dijo a nadie que salía de patrulla. Los hombres de la Compañía E que estaban de guardia en los puestos de control oyeron el chapoteo del bote que la patrulla estaba utilizando para cruzar el río. En lo que a ellos concernía, a menos que les hubiesen avisado de la existencia de una patrulla norteamericana a tal y tal hora, cualquier bote que cruzara el río llevaba tropas enemigas. Entonces abrieron fuego sobre el bote; las ametralladoras se unieron a las descargas. Los disparos destrozaron el bote e hirieron a todos los hombres que iban a bordo, incluyendo a Leach. Ignorando los gritos lastimeros de los heridos, que se estaban ahogando en el río, los ametralladores continuaron disparando hasta que los cuerpos se perdieron en la corriente. Fueron recuperados algunos días más tarde río abajo. A juicio de la compañía, Leach y cuatro hombres habían «perdido la vida de un modo innecesario e inexcusable» porque Leach había cometido «un error evidente e imperdonable».

Aquel día, la Compañía recibió la noticia de que el presidente Roosevelt había muerto. Winters escribió en su diario: «El sargento Malley [de la Compañía F] fue

ascendido a sargento primero —buenas noticias—; el presidente Roosevelt ha muerto —malas noticias».

«Había llegado a acostumbrarme al presidente Roosevelt —escribió Webster a sus padres—, como a la primavera y los lirios de Pascua, y ahora que se ha ido, me siento un poco perdido».

Eisenhower ordenó a todos los comandantes de unidad que celebrasen un breve servicio religioso en memoria del presidente fallecido el domingo 14 de abril. La Compañía E lo hizo por medio de sus pelotones. El teniente Foley, quien «nunca estuvo enamorado de Roosevelt», reunió a los hombres de su pelotón. En su mochila llevaba un misal de san José y allí encontró una plegaria. Procedió a leerla delante de sus hombres y más tarde afirmó que «era el único hombre que había enterrado a Franklin D. como católico».

En líneas generales, la época que pasó la Compañía E en el Rin, vigilando la bolsa del Ruhr, fue muy aburrida. «Los días eran tan monótonos —escribió un disgustado Webster— que comenzamos a tener inspecciones de armamento periódicas. Por otra parte, no hacíamos otra cosa que montar guardia en los cruces de carreteras por la noche y asistir a una breve lectura de los acontecimientos del día a cargo del teniente Foley». Con su elevado nivel de energía y las escasas exigencias que había sobre ellos, los hombres se volcaron en el deporte. Encontraron algunas raquetas y pelotas y disputaban partidos de tenis en una pista trasera o de fútbol americano en un campo cercano.

Webster no era un atleta, pero poseía un elevado nivel de curiosidad. Un día tomó conciencia de la «satisfacción de una ambición de toda la vida», cuando el soldado raso John Janoveck y él escalaron la chimenea de una fábrica que se alzaba a 75 metros del suelo. Cuando llegaron a la parte superior disfrutaron de una magnífica vista del río y las zonas aledañas. Para Webster, «el Ruhr parecía absolutamente muerto», aunque «en cualquier lugar hacia el que mirásemos había fábricas, fundiciones, acerías, refinerías de azúcar y maquinaria de láminas metálicas. Aquello parecía Chicago, Pittsburgh y St. Louis descentralizados».

El 18 de abril toda la resistencia germana en la región del Ruhr tocó a su fin. Más de 325 000 soldados alemanes depusieron las armas y se rindieron a las fuerzas aliadas.

La Compañía fue destinada a cumplir funciones de vigilancia en un campo de desplazados en Dormagen. En aquel lugar había polacos, checos, belgas, holandeses, franceses, rusos y otras personas procedentes de diferentes países de Europa ocupados por los nazis, decenas de miles de ellas. Vivían en barracones comunes, separados por sexos, apiñados, famélicos en muchos casos, representando todas las edades. Una vez liberados, su primer impulso era recuperar el descanso y la

diversión, de los que les habían privado patéticamente en los últimos años. Webster informó de que esas personas «se dedicaban tranquilamente a no hacer nada. Bajo la dominación alemana habían tenido que trabajar duramente sin apenas nada que llevarse a la boca. Ahora podrían descansar».

Su felicidad, canciones y deseo de hacer favores a los soldados hicieron que los hombres de la Compañía E les cobraran un gran afecto. Ningún miembro de la Compañía E volvió a pelar una patata desde entonces, o a barrer una habitación o a lavar platos y cubiertos o a vigilar el área. Siempre había algún voluntario civil para realizar esos trabajos, especialmente teniendo en cuenta que los estadounidenses eran muy generosos pagando por esos servicios.

Varios de los hombres adoptaron una combinación de hijo y sirviente. Luz prácticamente adoptó a un crío desnutrido, Muchik, que calzaba unos zapatos muy viejos varios números más grandes que sus pequeños pies. Sus padres habían muerto en un campo de trabajo alemán. Los grandes ojos negros y el comportamiento entusiasta de Muchik cautivaron a Luz. Le consiguió al chico una especie de uniforme y se lo llevó de viaje por Alemania, enseñándole los fundamentos del lenguaje soez del ejército mientras viajaban. Como señala la reseña de la división, «aunque se habían impartido órdenes estrictas de que ninguna PD (persona desplazada) podía acompañar a los soldados, parte del personal hablaba un inglés muy rudimentario, nunca aparecía en las formaciones y parecía realizar una intensa actividad de vigilancia en la cocina». ^[47]

En resumen, la Compañía estaba a punto de partir en un viaje a través de Alemania que sería de primera clase en todos los sentidos. Hogares confortables todas las noches, comida y vino abundantes y exquisitos, libertad para apoderarse de cualquier cosa que les apeteciera, viajar en un autocar reservado sólo para ellos, a una velocidad razonable y sobre neumáticos de caucho, con maravillosas vistas, los imponentes Alpes de un lado y la desintegración dramática de lo que había sido el ejército más temido del mundo del otro, con sirvientes que satisfacían cualquier necesidad que tuviesen.

Excepto una. A los hombres les hubiese encantado llevarse con ellos a algunas de las chicas del campamento de desplazados, pero con ellas no habían tenido más éxito que con las muchachas alemanas. Como cualquier recluta norteamericano en cualquier escenario de la guerra, suponían que una ración D y un par de cigarrillos Chelsea eran la llave que abriría el corazón de cualquier mujer, sólo para descubrir con tristeza que no era así, en absoluto.

Los checos y polacos de segunda generación que integraban la Compañía habían estado especialmente excitados. Pasaban todo su tiempo libre, noche y día,

empleando su limitada capacidad idiomática para cortejar a las rollizas campesinas de grandes pechos de las tierras donde habían nacido sus padres. Pero, en contra de sus expectativas, las muchachas, con su educación católica y con su ambiente centroeuropeo, eran castas.

En Webster, el campo de desplazados estimuló su odio hacia los alemanes. «¿Por qué estaba allí toda esa gente?», se preguntó a sí mismo en referencia a los campos donde se hacinaban miles de desplazados. No habían hecho nada, no pertenecían a ningún partido político, no habían cometido ningún delito, no poseían nada. Estaban allí porque los nazis necesitaban su fuerza de trabajo.

«Allí estaba Alemania y todo lo que significaba —concluyó Webster—. Los alemanes habían arrancado a aquellas personas de sus hogares y las habían condenado a trabajar de por vida en una fábrica en el Tercer Reich. Bebés y ancianas, personas inocentes condenadas a vivir en sórdidos barracones detrás de alambradas de espino, a trabajar como esclavas doce horas por día para un patrón que no tenía sentimientos ni consideración, a comer sopa de remolacha, patatas mohosas y pan moreno duro. Esto era el Tercer Reich, esto era el Nuevo Orden: trabajar hasta que te mueras. Con fría determinación los alemanes habían esclavizado a las masas de Europa». En lo que a Webster concernía, «el pueblo alemán era culpable, todos y cada uno de ellos».

El trabajo de vigilancia del campo sólo duró unos días. De regreso en el Rin, Winters estableció un programa de entrenamiento que incluía toque de diana, inspección, ejercicios físicos y de formación cerrada, tácticas de escuadra, lectura de mapas, etcétera. El día concluía con el toque de retreta. Era como si hubieran vuelto al entrenamiento básico y mucho más detestado.

Como sucede siempre en un área del escalón de retaguardia, el rango adquiría mayor importancia, ampliando aún más la distancia entre los reclutas y los oficiales. El teniente Ralph D. Richey, un reemplazo entusiasta y excesivamente agresivo que servía en la plana mayor del batallón, era especialmente detestable. Un día mandó formar a la Compañía para una inspección. Una anciana alemana pasó inocentemente con su bicicleta a través de las filas de soldados. Richey se puso tan furioso que le propinó un golpe que la hizo caer de la bicicleta. La anciana rompió a llorar; Richey la emprendió a gritos contra ella ordenándole que se largara de allí. Los hombres no pudieron ocultar su repulsa ante su conducta.

Al día siguiente, la Compañía realizó una marcha forzada de casi diez kilómetros dirigida por el teniente Richey. Los hombres se enrollaron las mangas y colocaron sus armas de la manera más cómoda posible. Richey estaba fuera de sí. Mandó detener a la Compañía y les recriminó su aspecto y su actitud a voz en cuello.

—¡Nunca en mi vida he visto una compañía tan desaliñada! —gritó—. En esta compañía hay 120 hombres y veo 120 maneras diferentes de llevar un fusil. ¡Y

vosotros creéis que sois soldados!

Ese incidente hizo que Webster escribiese una diatriba en su diario. «Aquí había un hombre que había hecho que nos avergonzáramos de nuestro uniforme, insultándonos por estar cómodos en una marcha forzada —escribió—. Aquí estaba el Ejército. Los oficiales son caballeros, haré lo que me salga de las narices. Nada de respuestas insolentes. Usted es un soldado raso. No puede pensar. Si tuviese alguna cualidad, sería un oficial. Tenga, lleve mi catre portátil. Barra mi habitación. Limpie mi carabina. Sí, señor. ¿Por qué no me ha saludado? ¡Es que no me ha visto! Muy bien, vuelva atrás, regrese y salude como corresponde. Los tenientes, Dios les bendiga. Privilegios antes que responsabilidades».

Pero no todos los oficiales eran como el teniente Richey. El capitán Speirs, a pesar de todas sus bravatas y su reputación, se preocupaba por sus hombres. Al percibir su creciente aburrimiento decidió organizar una visita a Colonia. Quería que recorriesen la ciudad y viesen los efectos causados por los bombardeos (Colonia fue una de las ciudades alemanas más castigadas por los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial).

Hubo dos cosas que impresionaron vivamente a los hombres de la Compañía E. Primero, la extensión del área destruida. Todas las ventanas estaban hechas pedazos, todas las iglesias habían sido alcanzadas por las bombas aliadas, todas las calles laterales estaban llenas de escombros. La hermosa catedral que se alzaba en el centro de la ciudad había resultado dañada pero había conseguido sobrevivir a la lluvia de proyectiles. La gigantesca estatua que representaba al mariscal Bismarck montado a caballo se mantenía en pie, pero la espada del célebre mariscal de hierro, que apuntaba hacia Francia, había sido cortada por un fragmento de metralla.

Un grupo de miembros de la Compañía E se dirigió hacia la orilla del Rin, donde comenzaron a señalar en medio de sonoras carcajadas las grotescas ruinas del Hangebrücke, el puente colgante. Una pareja de ancianos alemanes se detuvo junto a ellos. Para vergüenza de los estadounidenses, los dos ancianos comenzaron a llorar y a sacudir la cabeza. Todos sus bellos puentes no eran más que una masa de hierros retorcidos y allí estaban aquellos muchachos estadounidenses riéndose de su tragedia.

La segunda impresión no fue causada por la destrucción sino por la gente. El teniente Foley reparó en que «los habitantes de la ciudad, por propia voluntad, estaban decididos a limpiar las calles y eliminar las ruinas de la guerra. En prácticamente todas las calles había pilas de adoquines perfectamente ordenadas. La gente trabajaba en el interior de las casas y los edificios para quitar los escombros. Aún estaban en una forma muy precaria, y sin embargo parecían casi listos para ser reconstruidos. Increíble».

El 19 de abril fue un gran día para la Compañía. La intendencia de la división

entregó treinta y cuatro pares de calcetines por pelotón, o aproximadamente un par por cada hombre, además de tres botellas de Coca-Cola (acompañadas de órdenes estrictas de devolver las botellas vacías) y dos botellas de cerveza norteamericana por hombre. Los hombres recibieron la paga correspondiente a los meses de febrero y marzo, en forma de Marcos Militares Aliados; eran los primeros marcos alemanes que recibían y se les ordenó devolver todo su dinero francés, británico, holandés, belga y estadounidense a cambio de los marcos.

El 22 de abril la Compañía abordó la versión alemana de los «40 y 8» franceses. Los vagones habían sido rociados con DDT y a continuación llenados con paja. Cada hombre recibió cinco raciones K.

Se marcharon hacia Baviera y los Alpes. El general Bradley había asignado la 101 al Séptimo Ejército norteamericano. Sus objetivos eran Munich, Innsbruck y el Paso del Brennero. El propósito de aquella maniobra era conseguir que las fuerzas norteamericanas llegasen a los Alpes antes de que los alemanes estuviesen en condiciones de crear allí un reducto desde el cual continuar la guerra. El Nido del Águila de Hitler en Berchtesgaden era el supuesto cuartel general para esta combinación de último recurso e inicio de una guerra de guerrillas contra los ocupantes. El mayor temor de Eisenhower era que Hitler consiguiera llegar al Nido del Águila, donde estaría bien protegido y dispondría de instalaciones de radio para arengar al pueblo alemán para que continuase la resistencia o iniciara la guerra de guerrillas.

Pero resultó que los alemanes no tenían ni planes serios ni recursos suficientes para organizar un reducto en las montañas, pero no debemos olvidar que sólo habían transcurrido cuatro meses desde aquel momento en que todos dieron por sentado que el Ejército alemán estaba aniquilado, para recibir luego la respuesta de las Ardenas. De modo que el temor estaba allí, pero la realidad era que en su avance hacia Berchtesgaden, la Compañía E se encontraba a 150 kilómetros detrás de la línea del frente, en una posición de reserva, nunca amenazada. El viaje de la Compañía a través de Alemania fue más una excursión que una maniobra de combate.

La excursión se inició con un viaje en tren de 200 kilómetros a través de cuatro países. La destrucción provocada por las fuerzas aliadas en el sistema ferroviario alemán era tan grande que, para llegar desde la región del Ruhr hasta el sur de Alemania, fue necesario atravesar Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. Los hombres viajaban en vagones abiertos, durmiendo, cantando, balanceando las piernas a través de las puertas abiertas, tomando el sol en los techos de los «40 y 8». «Popeye» Wynn les dirigía en interminables coros del tema Roll Me Over in the Clover.

El tren pasó a unos 40 kilómetros de Bastogne. La reseña de la compañía hizo

constar «la evidencia ocasional de los duros combates que se habían librado hacía apenas tres meses hacía que a muchos de los veteranos de Bastogne se les erizara el vello de la nuca. Pero, al mismo tiempo, recordando sólo un paisaje compuesto de nieve, frío y bosques oscuros y peligrosos, los hombres se sorprendían ante la belleza del terreno suavemente ondulado, cubierto ahora, por el fresco verdor de la primavera». [48]

Volvieron a entrar en territorio alemán y luego llegaron al Rin en Ludwigshafen, donde bajaron del tren y cambiaron a un vehículo llamado DUKW: D (1942), U (anfibia), K (tracción a las cuatro ruedas), W (doble eje trasero). Estos DUKW habían llegado con la invasión del sur de Francia. Eran los primeros que veían los hombres de la Compañía E. El DUKW era un vehículo notable en todos los aspectos, pero como era un híbrido, ni el Departamento de Guerra ni el Departamento de la Marina le dieron la importancia que merecía. En el transcurso de la guerra llegaron a fabricarse 21 000 unidades.

Los hombres de la Compañía E hubiesen preferido que fueran 210 000, o incluso 2 100 000 los vehículos fabricados. Un DUKW podía transportar a veinte hombres completamente equipados con bastante comodidad. Alcanzaba los 5 nudos en un mar en calma y los 80 kilómetros por hora en tierra sobre llantas de caucho extragrandes. Era un vehículo de marcha serena, sin los bamboleos del clásico camión militar de dos toneladas y media o las sacudidas sin amortiguadores de los jeeps. Webster dijo que el DUKW «se movía suavemente arriba y abajo, como un velero entre las olas».

Cruzaron el Rin a través del puente Ernie Pyle, una estructura de pontones construida por los ingenieros, y se dirigieron hacia Munich. Pasaron por Heidelberg y Webster quedó fascinado por la ciudad. «Cuando vimos todos aquellos edificios intactos y el hermoso paseo junto al río, donde despreocupados civiles caminaban bajo el sol, yo estaba decidido a quedarme en Heidelberg para siempre. Las colinas verdes, los cálidos rayos del sol, el río sereno y tentador, la atractiva atmósfera universitaria. Heidelberg se deletreaba paraíso en cualquier idioma».

Desde Heidelberg el convoy transitó a través de una sinuosa carretera en dirección sureste, pasando junto a las faldas de las montañas, por carreteras principales y caminos secundarios. Webster no dejaba de apuntar todas sus impresiones: «Estamos maravillados ante la fascinante belleza de Alemania. Como dijo un escritor en un número del New Yorker, parecía una lástima echar a perder semejante país con los alemanes».

A media tarde, Speirs ordenaba a los sargentos Carson y Malarkey que se adelantaran para escoger un puesto de mando en tal o cual pueblo. Los suboficiales debían conseguir la mejor casa del pueblo y reservar la mejor habitación para el capitán Speirs.

Carson había estudiado alemán en el instituto. Escogían el lugar, llamaban a la

puerta y les decía a los alemanes que tenían cinco minutos para abandonar la casa y que no debían llevarse nada con ellos. «Si les das más de cinco minutos —les había dicho Speirs— se llevarán todas sus cosas».

En una ocasión, la avanzada llegó a un complejo de apartamentos de tres plantas, un lugar perfecto para establecer el cuartel general y alojar a la mayor parte de la compañía. Carson fue golpeando todas las puertas y diciéndoles a los inquilinos, «Raus in fünf Minuten». Los alemanes salieron rápidamente, llorando, lamentándose, asustados. «Llamé a una de las puertas —recordó Carson— y me atendió una mujer mayor. La miré a los ojos y ella me devolvió la mirada. Dios, era el vivo retrato de mi abuela. Entonces no pude evitarlo y le dije: "Bleib hier", es decir, puede quedarse».

Malarkey continuó con la historia. «Entonces aparecía finalmente Speirs y no volvías a verle el pelo durante dos o tres horas. Era el peor saqueador que había visto en mi vida. Por las noches no podía conciliar el sueño pensando que tal vez hubiese un collar o alguna joya en la casa». En cuanto tenía una posibilidad de hacerlo, Speirs le enviaba todo lo que había conseguido reunir a su esposa en Inglaterra. Necesitaba el dinero que pudiera sacar de todo aquello; su esposa acababa de tener un hijo.

Casi todos los hombres de la Compañía E, prácticamente todos los hombres de la Fuerza Expedicionaria Aliada, participaban en el pillaje. Era un fenómeno típico de la guerra. Miles de hombres que nunca antes en su vida habían cogido nada de valor que no les perteneciera comenzaron a asumir que todo aquello que les gustara podían quedárselo. El saqueo era lucrativo, divertido, seguro y totalmente consistente con la práctica de todo ejército conquistador desde los tiempos de Alejandro Magno.

Pistolas Luger, insignias nazis, relojes, joyas, primeras ediciones de Mein Kampf, botellas de licor, estaban entre los artículos más buscados por los estadounidenses. Cualquier cosa que tuviese un soldado alemán era caza no vedada; el saqueo de las casas alemanas no estaba bien visto pero sucedía de todos modos. El dinero en metálico no valía mucho. El sargento Edward Heffron y el oficial médico Ralph Spina sorprendieron a media docena de soldados alemanes en una casa. Los alemanes se rindieron de inmediato; Heffron y Spina cogieron sus relojes, un magnífico par de binoculares, etcétera. Luego vieron una caja de caudales en una estantería. Spina la abrió; era la nómina de la Wehrmacht en marcos. Se quedaron el dinero. Según Spina: «Éramos dos chicos del sur de Filadelfia que acabábamos de robar una nómina a punta de carabina y pistola».

Cuando regresaron a su apartamento, Heffron y Spina discutieron lo que debían hacer con ese dinero mientras descorchaban una botella de fino coñac. A la mañana siguiente asistieron a misa en la iglesia católica y distribuyeron el dinero entre los fieles, «con la única excepción de algunos billetes de mayor valor que nos repartimos entre nosotros —confesó Spina—. No estábamos tan borrachos como para no quedarnos un poco de aquella pasta».

Cogían vehículos de toda clase, tanto particulares como militares. El soldado raso Norman Neitzke, que se había unido a la compañía en Haguenau, recordó una ocasión en la que su escuadra se llevó una ambulancia alemana y, a los pocos minutos, descubrieron que en la parte trasera había un médico alemán tratando de ayudar a dar a luz a una parturienta. Dejaron la ambulancia.

Una mañana, el teniente Richey le arrebató la cámara fotográfica a una mujer alemana que estaba tomando fotos del convoy. Pero en lugar de quedársela, la lanzó a tierra y le disparó con la pistola. Esta acción le valió el apodo de «El asesino de cámaras».

A medida que el convoy continuaba su viaje hacia el sureste, se sucedían los contactos con el enemigo, aunque no en términos de combate. Los hombres comenzaron a ver pequeños grupos de soldados alemanes tratando de rendirse. Luego, grupos más numerosos. Finalmente, más uniformes gris de campaña de los que nadie hubiese imaginado que pudieran existir.

La Compañía E se encontraba en medio de un Ejército alemán en pleno proceso de desintegración. El sistema de suministros estaba en ruinas. Todo lo que los soldados alemanes querían era una entrada segura en una celda de prisioneros de guerra. «No acababa de acostumbrarme a la visión de todos aquellos soldados alemanes, que hacía muy pocos meses habían sido tan difíciles de capturar, bajando de las colinas como ovejas dispuestos a rendirse», escribió Webster. Cuando el convoy llegó a la autopista que llevaba al este en dirección a Munich, la carretera estaba reservada al tráfico militar aliado y la mediana para los soldados alemanes que se habían rendido y se dirigían hacia el oeste para ser encerrados. Gordon Carson recordó que «hasta donde alcanzaba la vista, en la mediana había alemanes que se rendían, completamente armados. Nadie se detenía para aceptar su rendición. Nos limitábamos a saludarles».

Webster describió la visión de los alemanes en aquella mediana como «un espectáculo estremecedor». Llegaban en «enormes grupos. Éramos testigos del increíble espectáculo que suponía ver a dos soldados estadounidenses custodiando a 2500 enemigos». En aquel momento los hombres de la Compañía comprendieron que el colapso alemán era total y definitivo, que aquella primavera no se produciría una recuperación similar a la del pasado otoño.

Aún había algunos conatos de resistencia, esporádicos y poco importantes. Todos los puentes habían sido destruidos por los ingenieros alemanes cuando se acercaban las fuerzas aliadas. Ocasionalmente, alguna unidad de fanáticos de la SS abría fuego desde el otro lado del río. Era más un factor irritante que una amenaza o un peligro. Los estadounidenses respondían con fuego de artillería ligera, alejaban a los SS y luego esperaban a que los ingenieros reparasen el viejo puente, o bien que construyeran uno nuevo para poder cruzar el río y continuar viaje.

Winters estaba realmente impresionado por el fanatismo alemán, por la disciplina que llevaba a los ingenieros alemanes a volar sus propios puentes cuando la inutilidad de esa acción destructiva resultaba evidente para cualquier imbécil, y «la absoluta inutilidad de la guerra. Aquí había un Ejército alemán tratando de rendirse y marchando hacia el norte junto a la autopista, mientras que al mismo tiempo otro grupo se dedicaba a volar los puentes con el propósito de demorar aquella rendición inevitable».

El 29 de abril la compañía se detuvo a pasar la noche en Buchloe, en las estribaciones de los Alpes, cerca de Landsberg. Aquí tuvieron ocasión de ver su primer campo de concentración. Era un campo de trabajo, no un campo de exterminio, uno de la media docena o más de instalaciones que formaban parte del complejo de Dachau. Pero aunque era relativamente pequeño y estaba destinado a la producción de bienes de guerra, era tan horrible que resultaba imposible no comprender la enormidad del mal. Prisioneros vestidos con sus pijamas a rayas, verdaderos esqueletos ambulantes, cientos de ellos.

Winters encontró pilas de enormes ruedas de queso en el sótano de un edificio que estaba utilizando como puesto de mando del batallón y ordenó que fuesen distribuidas entre los prisioneros. Envío un mensaje urgente por radio al regimiento describiendo la situación y solicitando ayuda.

La Compañía permaneció dos noches en Buchloe. De modo que estaba presente a la mañana siguiente cuando los habitantes de Landsberg salieron de sus casas llevando rastrillos, escobas, palas y se dirigieron al campo de trabajo. El general Taylor, se supo más tarde, se había sentido tan indignado por lo que había visto que declaró la ley marcial y ordenó que todas las personas entre los catorce y los ochenta años fuesen enviadas al campo, para que enterrasen los cadáveres y limpiaran el lugar. Al caer la tarde, la cuadrilla regresó del campo de trabajo por la carretera. Algunos de ellos seguían vomitando.

«El recuerdo de aquellos hombres famélicos, aturdidos —escribió Winters—, que bajaban los ojos y la cabeza cuando les mirábamos a través de la valla metálica, del mismo modo en que se arrastra un perro apaleado, deja sensaciones que no pueden describirse y que jamás podrán olvidarse. El impacto que me produjo ver a toda aquella gente detrás de aquella valla hizo que me dijera a mí mismo: "¡Ahora sé por qué estoy aquí!"»

«Bebiendo el champán de Hitler»

Berchtesgaden

1 - 8 de mayo, 1945

EN LOS DOS PRIMEROS DÍAS DE MAYO, la compañía se dirigió hacia el sur desde Munich, moviéndose lentamente entre riadas de soldados alemanes que caminaban en dirección contraria. Cada vez eran más los alemanes armados que se dirigían al norte que los soldados estadounidenses viajando hacia el sur. «Nos mirábamos con gran curiosidad —recordó Winters—. Estoy seguro de que ambos Ejércitos compartían un único pensamiento: "Déjame en paz. Sólo quiero acabar con esto y regresar a casa"».

El 3 de mayo, el coronel Sink recibió órdenes de que el 506.º estuviese preparado para salir a las 09:30 horas del día siguiente; su objetivo era Berchtesgaden.

Berchtesgaden era como un imán para las tropas de todos los ejércitos en el sur de Alemania, Austria y el norte de Italia. Situada al sur de Salzburgo, el pueblo de montaña bávaro de Berchtesgaden era el Valhalla para dioses, señores y amos nazis. Hitler tenía una residencia allí y un refugio de piedra en la cima de una montaña llamado Aldershorst (Nido del Águila) a unos 2500 metros de altura. Gracias a un notable trabajo de construcción de carreteras, los vehículos podían llegar a una zona de aparcamiento situada a sólo unos cientos de metros de Aldershorst. Una vez allí, un camino llevaba hasta un ascensor que llegaba hasta el Nido del Águila. Las paredes del ascensor eran de pan de oro.

Era a Berchtesgaden adonde habían acudido los líderes europeos a finales de la década de 1930 para ser humillados por Hitler. Daladier de Francia, Mussolini de Italia, Schuschnigg de Austria, Chamberlain del Reino Unido, y otros. Habían tenido miedo de Hitler, igual que el resto del mundo. Ahora que Hitler estaba muerto, el miedo había desaparecido, pero eso sólo aumentaba la fascinación por Hitler y su refugio preferido en las montañas de Baviera, que parecía contener una de las claves de su carácter.

A Berchtesgaden habían acudido como un rebaño los máximos líderes del nazismo, para estar cerca de su Führer. Himmler, Goering, Goebbels, Martin Bormann, todos tenían casas en la zona. También había un fabuloso complejo de apartamentos para los hombres de la SS.

Y era también a Berchtesgaden adonde habían llevado los nazis gran parte del botín saqueado por el Ejército alemán en toda Europa. El lugar estaba lleno de dinero,

en oro y en divisas de una docena de países, con valiosísimas obras de arte (sólo la colección de Goering incluía cinco obras de Rembrandt, una de Van Gogh, una de Renoir y muchas más). Había miles de botellas de vino de excelente calidad, joyas y coches fabulosos.

De modo que Berchtesgaden era, en realidad, dos imanes: el hogar simbólico de la insana lujuria de Hitler por el poder, y las mejores posibilidades de saqueo en Europa. Todo el mundo quería llegar a ese lugar: los franceses que avanzaban codo con codo con la 101, los británicos que subían desde Italia, los líderes alemanes que querían hacerse con sus posesiones y todos los soldados estadounidenses que había en Europa en aquel momento.

La Compañía E fue la primera en llegar.

El 4 de mayo, la 101 partió en un convoy por la autopista entre Munich y Salzburgo, con el 2.º Batallón en cabeza. Los estadounidenses pasaron Rosenheim y el Chiem See. Al llegar a Siegsdorf giraron a la derecha para tomar la autopista que llevaba directamente a Berchtesgaden. Después de haber recorrido unos 14 kilómetros toparon con la cola de la 2.ª División Blindada francesa, la primera división que había entrado en París, al mando de su famoso comandante en jefe, el general Jacques Philippe Leclerc.

La semana anterior, supuestamente, los franceses habían ocupado el flanco derecho de la 101, pero los estadounidenses no habían sido capaces de mantenerse en contacto con ellos. Ahora los franceses estaban allí y, al minuto siguiente, habían desaparecido. Según la opinión generalizada de los estadounidenses, los franceses se estaban dedicando descaradamente al pillaje por toda Alemania. Cuando tenían uno o dos camiones llenos de objetos producto del saqueo, los enviaban de regreso a Francia. Y ahora estaban ansiosos por llegar a Berchtesgaden, a sólo una hora de camino hacia las montañas del sur. Pero los franceses habían visto frenada su marcha hacia el Nido del Águila por la voladura de un puente que cruzaba un profundo barranco. No tenían equipo para repararlo y algunos soldados fanáticos de la SS ocupaban la parte sur del barranco y disparaban con armas automáticas y morteros.

La Compañía E y el resto del 2.º Batallón comenzaron a mezclarse con los soldados franceses, observando el inútil intercambio de disparos a larga distancia mientras aguardaban la llegada de los ingenieros de la 101 para que repararan el puente. Winters le preguntó a Sink si quería enviar un pelotón para que rebasara la barricada alemana.

—No —le contestó Sink—, no quiero que nadie resulte herido, mayor.

Era una decisión razonable. No tenía ningún sentido sufrir bajas en aquella etapa de la guerra. Pero allí estaba Berchtesgaden, justo al otro lado de la barricada de los SS, casi al alcance de la mano. Sink cambió de opinión.

—Lleve al 2.º Batallón nuevamente a la autopista —le dijo a Winters— y vea si

puede rebasar la barricada y llegar a Berchtesgaden.

Si Winters tenía éxito, Sink quería que ocupara el famoso Berchtesgaden Hof para instalar allí el cuartel general del regimiento.

Winters llevó al batallón de regreso a la autopista, luego hacia el este en dirección a Bad Reichenhall, donde otro puente volado obligó a los estadounidenses a pasar allí la noche. A la mañana siguiente, 5 de mayo, con la Compañía E al frente, el 2.º Batallón llegó sin oposición alguna al pueblo de Berchtesgaden y lo tomaron sin disparar un solo tiro.

Era un lugar de cuento de hadas. Las montañas coronadas de nieve, los bosques de un verde intenso y oscuro, los arroyos helados, las casas que parecían de juguete, la vestimenta pintoresca y colorida de sus habitantes, eran una verdadera delicia para los ojos. La comida, la bebida, el alojamiento y gran número de personal militar femenino de la Wehrmacht y la Luftwaffe, además de prostitutas de diversas clases, eran una delicia para el cuerpo.

El alojamiento ocupaba el primer lugar en la lista de prioridades. Winters y el teniente Welsh fueron al Berchtesgaden Hof. Cuando atravesaron la puerta principal del hotel pudieron ver las espaldas del personal de servicio que desaparecían al final de un corredor. Fueron al comedor principal, donde descubrieron a un camarero que estaba colocando una enorme vajilla de plata dentro de una caja de un metro de largo forrada de terciopelo rojo.

No había necesidad de dar ninguna orden. Winters y Welsh simplemente se dirigieron al hombre, quien abandonó el comedor. Los estadounidenses procedieron a repartirse la vajilla de plata entre ellos. Cuarenta y cinco años más tarde, ambos hombres seguían utilizando en su mesa aquella vajilla del Berchtesgaden Hof.

Después de sacar del hotel lo que más le gustaba, Winters puso doble guardia en el edificio «para evitar nuevos saqueos», tal como él mismo dijo —con expresión impasible— durante una de nuestras entrevistas. Pero se lamentó tristemente: «Qué imbécil fui al no permitir la entrada al batallón», porque cuando llegaron los cuarteles generales del regimiento y de la división, se llevaron de allí todo aquello que no estaba clavado al suelo.

Winters escogió una de las casas de los oficiales nazis, colgada en la ladera de una montaña que rodeaba el valle de Berchtesgaden, como sede del cuartel general de su batallón. Le dijo al teniente Cowing, su asistente, que fuese allí y les dijera a los ocupantes que tenían quince minutos para largarse. Cowing era un oficial de reemplazo que se había unido a la Compañía a mediados de febrero en Haguenau. Aún no había sido endurecido por el combate. Regresó al cabo de pocos minutos para decirle a Winters:

—La gente ha dicho que no, que no se moverán de allí.

—Sígame —dijo Winters.

Fue a la puerta principal, llamó, y cuando una mujer le atendió, se limitó a decirle:

—Ocupamos la casa. ¡Ahora!

Y junto a su estado mayor hicieron precisamente eso mientras los alemanes desaparecían en alguna parte.

«¿Me sentía culpable por eso? —se preguntó Winters durante la entrevista—. ¿Me remordía la conciencia por haber ocupado esa hermosa casa? ¡No! Habíamos estado viviendo en trincheras en Normandía, habíamos estado con el barro hasta el cuello en Holanda durante los peores meses del invierno, y la nieve casi nos había cubierto en Bastogne. Hacía sólo unos días que habíamos visto por primera vez un campo de concentración. La gente que vivía en esa casa era la causa de todo ese sufrimiento. No sentía absolutamente ninguna simpatía por su problema, y tampoco sentía que les debiera ninguna explicación».

Los reclutas tampoco tuvieron absolutamente ningún problema, físico o psicológico, en ocupar los barracones de la SS, un bloque de apartamentos de estilo alpino que era el último grito en diseño moderno, instalaciones sanitarias y decoración interior. Los oficiales y los sargentos ocuparon los suntuosos hogares de los oficiales nazis construidos en las laderas de las montañas que miraban hacia Berchtesgaden.

Winters montó varios puestos de guardia alrededor del pueblo, principalmente para dirigir el tráfico y reunir a las tropas alemanas que se rendían y enviarlas a los centros de detención de prisioneros de guerra en la retaguardia. El soldado Heffron estaba al mando de uno de estos puestos en un cruce de carreteras cuando un convoy compuesto de treinta y dos vehículos bajó de la montaña. En el primer camión viajaba el general Theodor Tolsdorf, comandante del LXXXII Cuerpo. Tolsdorf era todo un personaje, un prusiano de treinta y cinco años que casi había establecido el récord de ascensos en las filas de la Wehrmacht. También había sido herido en once ocasiones y era conocido entre sus hombres como Tolsdorf el Loco debido a su temeridad con sus vidas y con la suya propia. Pero lo que resultaba más interesante para los hombres de la Compañía E era el hecho de que Tolsdorf había estado al mando de la 340 División Volksgrenadier el 3 de enero durante los encarnizados combates librados en el Bois Jacques y alrededor de Foy y Noville.

Tolsdorf esperaba rendirse con todos los honores y luego que se le permitiese vivir en un campo de prisioneros de guerra con un estilo considerable. Su convoy estaba cargado con equipaje personal, bebidas, puros y cigarrillos, junto con numerosas acompañantes femeninas. Heffron fue el primer soldado norteamericano que encontró el convoy. Ordenó que los camiones se detuvieran; Tolsdorf le dijo que quería rendirse; Heffron llamó a un teniente segundo; Tolsdorf le dijo al teniente que fuese a buscar a alguien que tuviese un rango más apropiado; entre tanto, Heffron,

encontró la oportunidad de confiscar la Luger y el maletín del general. Dentro del maletín encontró dos cruces de hierro y 500 fotografías pornográficas. Heffron pensó para sí: «Un chico del sur de Filadelfia ha conseguido la rendición de un boche, no está nada mal».

Todo el mundo se dedicaba al pillaje de un modo frenético. Había soldados alemanes en todas partes —Wehrmacht, Waffen SS, Luftwaffe, oficiales, suboficiales, soldados rasos— buscando a alguien ante quien rendirse, y las compañías D, E y F del 506.º fueron las primeras en llegar hasta ellos. De estos soldados, Webster les escribió a sus padres el 13 de mayo, «conseguimos pistolas, cuchillos, relojes, chaquetas forradas, chaquetas de paracaidista camufladas. La mayoría de los alemanes se lo toma con espíritu deportivo, aunque ocasionalmente encontramos a algún sujeto que no quiere librarse del exceso de peso que representa su reloj. Sin embargo, una pistola agitada ante sus narices puede persuadir a cualquiera. Ahora tengo una pistola Luger, dos pistolas P-38, una pistola ametralladora Schmeisser, dos monos de paracaidista, una chaqueta de invierno de camuflaje, varias banderas nazis de noventa por sesenta centímetros y un reloj».

El Nido del Águila había sido intensamente bombardeado por la fuerza aérea del Ejército. El ascensor había quedado inutilizado. Pero para unos hombres que habían subido y bajado el Currahee innumerables veces, el ascenso hasta la cima era más un paseo que un reto. Alton More fue uno de los primeros en llegar al refugio de Hitler. Entre los escombros encontró álbumes llenos de fotografías en las que aparecían famosos políticos europeos que habían sido invitados del Führer. Un oficial de la Compañía exigió que More le entregase aquellos álbumes. More se negó a hacerlo. El oficial amenazó con formarle un consejo de guerra.

More estaba en el pelotón de Malarkey. Malarkey corrió hasta el cuartel general del batallón para hablar con Winters. Le explicó la situación que se había creado con aquellos álbumes de fotografías. Winters ordenó al conductor de su jeep que llevase a Malarkey de regreso a su puesto y «regresara con el soldado More y todo su equipo». Cuando llegó More, Winters lo nombró conductor del cuartel general del batallón. De este modo, More pudo llevarse consigo aquellos valiosos álbumes de fotografías de regreso a su casa en Casper, Wyoming.

Con el alojamiento resuelto, y habiendo conseguido con el saqueo más de lo que podrían llevarse de regreso a Estados Unidos, lo siguiente que estos jóvenes soldados estadounidenses necesitaban eran vehículos. Ningún problema: en los aparcamientos del pueblo y de los alrededores había camiones militares alemanes, sedanes, Volkswagen, y más, mientras que repartidos por el pueblo y en los garajes de las casas de la montaña había automóviles de lujo. El sargento Hale consiguió una autobomba Mercedes, provista de campana, sirena y luces giratorias azules. El sargento Talbert encontró uno de los coches del estado mayor de Hitler, con puertas y

cristales a prueba de balas. El sargento Carson se apropió del coche de Hermann Goering, «el coche más hermoso que había visto en toda mi vida. Éramos como críos saltando arriba y abajo. Éramos los Reyes de la Carretera. Encontramos al capitán Speirs. Se hizo cargo inmediatamente del volante y nos marchamos, a través de Berchtesgaden, a través de las carreteras montañosas, a través del campo con sus granjas de postal».

Entre el 7 y el 8 de mayo llegaron a Berchtesgaden numerosos oficiales de alta graduación, y para un capitán se hizo difícil conservar un Mercedes de lujo. Speirs recibió órdenes de devolver el coche al regimiento. Carson y Bill Howell estaban holgazaneando alrededor del coche cuando Speirs les comunicó la mala noticia.

Carson le preguntó a Howell si realmente creía que los cristales de las ventanillas eran a prueba de balas. Howell también se lo preguntó. De modo que se alejaron unos diez metros de la ventanilla trasera izquierda, apuntaron con sus M-1 y dispararon. El cristal estalló en mil pedazos. Recogieron los trozos de cristal y se marcharon minutos antes de que un capitán del regimiento llegase a recoger el coche.

Antes de que Talbert devolviese su Mercedes, él también realizó algunos experimentos con el coche. Estaba en condiciones de informar al mayor Winters de que los cristales de las ventanillas y el parabrisas eran a prueba de balas, pero que si uno empleaba munición perforante antitanque podría hacer el trabajo. Winters le agradeció su investigación, conviniendo en que uno nunca sabía cuándo podía hacerle falta esta clase de información.

Los hombres intentaron otro experimento. Vacieron el agua del radiador del Mercedes para comprobar si podía funcionar sin ella. Con un tercer coche de lujo decidieron que, antes de devolverlo al regimiento, comprobarían si podía sobrevivir a un choque desde 30 metros de altura, de modo que lo despeñaron por un risco.

En consecuencia, los peces gordos recibieron automóviles de lujo sin ventanillas o agua en el radiador, o directamente destrozados (el Mercedes de Talbert resultó con el motor quemado cuando intentó subir hasta el Nido del Águila sin agua). Los hombres acabaron conduciendo camiones, motocicletas, coches Volkswagen, carros de exploración y similares, que eran bastante buenos y, en cualquier caso, el combustible era gratuito, como el vehículo.

«Era una sensación indescriptible —recordó Winters—. No puede imaginar el poder que teníamos. Si queríamos una cosa, simplemente teníamos que cogerla».

Con el problema del alojamiento y los vehículos ya solucionado, la siguiente prioridad era el alcohol. En todos los sótanos había algo de vino, pero el mayor escondite de todos fue descubierto por uno de los pocos abstemios que había en el batallón, el mayor Winters. El 6 de mayo, mientras exploraba por su cuenta, encontró el Club y Cuartel de Oficiales del mariscal Hermann Goering. En una de las

habitaciones encontró a un general alemán muerto, vestido con su uniforme de gala reglamentario, un balazo que le había atravesado el cráneo de oreja a oreja y la pistola aún en la mano. Era un general de división a quien posteriormente se identificó como Kastner.

Winters decidió explorar la casa, abriendo puertas a puntapiés, cuando «¡Señor! Nunca había visto algo semejante en toda mi vida». En una bodega abovedada, de 15 metros por 10 metros, había estanterías llenas de botellas que llegaban desde el suelo hasta el techo. Las marcas en sus etiquetas abarcaban todo el mundo. El cálculo que se hizo más tarde fue que en aquel sótano había 10 000 botellas. Winters estableció una guardia doble en la entrada de aquel club de oficiales y otra ante la puerta que daba acceso a la bodega. Y dio una orden: basta de alcohol, todos los hombres del batallón se mantendrían alejados de la botella durante una semana.

En 1990, comentando esta orden inverosímil, Winters dijo: «No soy ningún tonto. Nadie espera que una orden así sea cumplida en un ciento por ciento, pero el mensaje era claro: hay que mantener esta situación bajo control. ¡No quiero una pelea de borrachos!».

Aquella tarde, Winters llamó al capitán Nixon.

—Nix —le dijo—, cuando estés sobrio, te enseñaré algo que no has visto nunca en tu vida.

A la mañana siguiente, 7 de mayo, Nixon completamente sobrio, se reunió con Winters, y le preguntó:

—¿Qué era eso que dijiste ayer que pensabas enseñarme?

Winters y Nixon subieron a un jeep y se dirigieron al club de oficiales. Cuando Winters abrió la puerta de aquel sótano, «Nixon creyó que había muerto y estaba en el cielo».

Estuvo seguro de que estaba en el cielo cuando Winters le dijo:

—Puedes coger todas las botellas que quieras; luego, que cada cuartel general de las compañías del regimiento traigan un camión y lo carguen con las botellas. Estás al mando de la operación.

El sueño de un alcohólico hecho realidad, un paraíso más allá de cualquier descripción. Primero, la posibilidad de elegir lo que quisiera de una de las más grandes colecciones de vino del mundo, luego la posibilidad de que sus amigos se llevaran todo lo que quisieran, y además la excusa perfecta para celebrar que, había llegado el final de la guerra y seguía con vida.

Para las consecuencias de aquella ocasión, por favor, ver la fotografía de Nixon tomada en la mañana del 8 de mayo.

Para la Compañía en general la celebración fue magnífica e irresistible. A pesar de las órdenes de Winters, y a pesar de la rotación regular de la guardia, había una fiesta. Tenía que haberla. El 7 de mayo los alemanes se rindieron en Reims ante el

general Eisenhower. Era el final de la guerra. Se quitaron las cortinas que oscurecían las casas por temor a los bombardeos y la luz de la paz comenzó a brillar en todas partes. La noticia de la rendición de Alemania, según Winston Churchill, fue «la señal para la mayor explosión de alegría en la historia de la humanidad». Por su parte, los hombres de la Compañía E se encargaron de que Berchtesgaden participara plenamente en esa celebración.

Una vez acabada la distribución de la colección de bebidas de Goering, Carson recordó que «durante todo el día podías escuchar que descorchaban botellas de champán». Cuando la celebración se hizo más ruidosa, el capitán Speirs comenzó a temer que se volviese excesiva. El sargento Mercier, recordado por el soldado raso O'Keefe como «nuestro soldado más profesional», decidió participar activamente del ambiente festivo y se vistió con el uniforme completo de un oficial alemán, incluido un monóculo en su ojo derecho. Alguien tuvo la brillante idea de llevarle a la sala de guardia de la compañía y entregarlo al capitán Speirs a punta de bayoneta.

Alguien le avisó al capitán Speirs de lo que estaba pasando antes de que el grupo apareciera ante él. Cuando los paracaidistas llevaron a Mercier ante el escritorio de Speirs, empujándole con sus bayonetas, Speirs no levantó la vista. Uno de los paracaidistas saludó y dijo:

—Señor, hemos capturado a este oficial alemán. ¿Qué debemos hacer con él?

—Llévadle fuera y fusíladlo —contestó Speirs, con los ojos clavados en unos documentos que tenía sobre el escritorio.

—Señor —exclamó Mercier—, señor, por favor, señor, soy yo, el sargento Mercier.

—Mercier, quítese ahora mismo ese uniforme ridículo —ordenó Speirs.

Poco después reunió a la Compañía. Dijo que había notado que los hombres que eran relativamente nuevos en la unidad estaban celebrando el éxito de forma desproporcionada a su contribución a la victoria. Quería que se tranquilizaran un poco. «Basta de disparos al aire, por ejemplo, y especialmente de armas alemanas, que hace que todo el mundo dé un brinco cuando disparan».

Pero intentar detener la celebración era como tratar de frenar la marea. Ni siquiera Speirs pudo resistirse al ambiente festivo. De regreso en el cuartel general de la Compañía, el sargento Carson y él descorcharon unas botellas de champán en la sala de guardia y luego las arrojaron vacías a través de la puerta. Muy pronto las botellas se apilaban delante de la puerta. Speirs y Carson salieron al balcón a tomar un poco el aire. Ambos echaron un vistazo a las botellas.

—¿Eres bueno con esa pistola del 45? —preguntó Speirs.

Carson respondió que sí.

—Veamos si eres capaz de darle a una de esas botellas.

Carson apuntó, disparó y destrozó una de las botellas. Speirs hizo lo propio un

momento después. Muy pronto ambos estaban disparando contra el montón de botellas vacías.

El sargento Talbert llegó a la carrera, con el rostro encendido, dispuesto a cargarse a quienes habían desobedecido la orden de la compañía. Al primero que vio fue a Carson.

—Carson, te arrancaré los huevos por esto —gritó.

Justo cuando comenzaba a explicarle que el capitán Speirs había ordenado que nadie disparase, Speirs apareció detrás de Carson con su pistola del 45 humeante en la mano.

—Lo siento, sargento —dijo Speirs tras unos segundos—. Ha sido culpa mía. Olvidé mi propia orden.

Mientras tanto, Webster, O'Keefe y Luz habían encontrado la forma de llegar a la bodega de Goering. Pero era tarde; los otros hombres de la Compañía E ya habían estado allí y Winters había mandado retirar la guardia, abriendo así la bodega a todo el mundo. Cuando Webster, Luz y O'Keefe se dirigían a la bodega en el Volkswagen de Luz, se encontraron con una incesante corriente de camiones alemanes, Volkswagen e incluso carros blindados que subían por la sinuosa carretera hacia el club de oficiales.

El último contingente de la Compañía E llevaba con ellos una caja de madera que llenaron de botellas. «Me sorprendió comprobar que la mayor parte del champán era nuevo y de mediocre calidad —señaló Webster—. No había ninguna botella de coñac Napoleón y el champán había sido embotellado a finales de la década de 1930. Hitler me había decepcionado».

Lo que Webster no tuvo en cuenta era que Nixon se le había adelantado, y Nixon era un experto en licores finos, y se había llevado cinco camiones llenos para él y el resto de oficiales antes de que Webster, otro supuesto conocedor del buen licor, llegase. «En esta ocasión —comentó un divertido Winters—, el hombre de Yale [Nixon] hizo valer su rango ante el chico de Harvard».

Fuera del club de oficiales, Webster, Luz y O'Keefe se toparon con un grupo de soldados franceses, bebiendo, gritando «La guerre este finie! La guerre est finie!», disparando sus armas al aire, palmeando a los estadounidenses en la espalda, pidiendo cigarrillos, ofreciendo un trago.

Los estadounidenses repartieron cigarrillos, estrecharon un montón de manos y se marcharon, regresando a su apartamento lo más rápido posible. Y una vez allí, escribió Webster, «comenzó una fiesta indescriptible. Corchos que saltaban por el aire, champán que se derramaba, botellas que se rompían en el suelo. Carcajadas incontenibles, gritos descontrolados, frases balbucientes. "Bebe otro trago." "Joder, deja que descorche esa maldita botella, es mi turno." "¿No es maravilloso?" "Hasta el fondo." "¿Dónde está Hitler?" "Tenemos que agradecer a Hitler, el muy hijoputa."

"Berchtesgaden, te amo."

»Y ese fue el fin de la guerra».

En Europa todos celebraban el fin de la guerra, vencedores y vencidos. Entre ellos los más felices se encontraban los jóvenes de uniforme. Habían conseguido sobrevivir, vivirían, tenían la mejor razón para celebrar.

En la mañana del 8 de mayo, O'Keefe y Harry Lager salieron en busca de huevos. Al poco de caminar llegaron a una granja en un claro de un bosque y vieron que salía humo de la chimenea. Abrieron la puerta de un puntapié y entraron en la casa con los fusiles preparados para abrir fuego, y casi matan del susto a dos desertores italianos, quienes saltaron de sus sillas y se quedaron inmóviles.

Sobre la mesa había una botella de champán. Con un rápido movimiento, el italiano que estaba más cerca cogió la botella por el cuello, la extendió hacia O'Keefe, cuyo fusil apuntaba directamente a su estómago, y le ofreció un trago, diciendo: «¡Pax!»

La tensión se esfumó. Los cuatro soldados bebieron por la paz. Los estadounidenses se marcharon para continuar con su excursión en busca de huevos. Poco después llegaron a una cabaña en medio del bosque. «Estaba en un lugar maravilloso —escribió Webster—. Un hombre que rondaba la treintena, vestido de paisano, estaba de pie en el porche, delante de la casa. Cuando nos acercamos al breve tramo de escalera que llevaba al porche, el hombre bajó los escalones con una sonrisa en los labios y nos dijo, en inglés: "La guerra ha terminado. He estado escuchando la radio".

»Se mantenía erguido pero era evidente que algo le pasaba en la pierna derecha. Desvié la vista hacia la pierna y él nos explicó: "Estaba con el Afrika Korps, me hirieron de gravedad y me enviaron a casa. Yo era soldado".

»Nos invitó a entrar en la casa y beber un vaso de vino. Le dijimos que no pero él insistió. "¡Esperen! Traeré el vino aquí", y desapareció dentro de la casa para salir nuevamente con tres vasos de vino. Alzamos los vasos para brindar, como dijo él, "Por el fin de la guerra". Luego bebimos el vino hasta no dejar una gota. En aquello había algo básicamente militar y correcto».

Encontraron algunos huevos, regresaron a su apartamento y celebraron el final de la guerra con huevos revueltos y el champán de Hitler.

«La vida soñada del soldado»

Austria

8 de mayo - 31 de julio, 1945

A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE DEL 8 DE MAYO, Winters recibió órdenes de preparar al 2.º Batallón para salir esa misma noche hacia Zell am See, en Austria, situada a unos 30 kilómetros al sur de Berchtesgaden, donde desarrollaría tareas propias de la ocupación. A las 22:00 horas el convoy inició la marcha con los faros encendidos. En la parte trasera de los camiones, los hombres continuaron la fiesta, bebiendo, cantando y jugando por dinero. Cuando, a la mañana siguiente, el convoy llegó a Zell am See, los hombres estaban sucios, necesitaban un buen afeitado y llevaban uniforme de faena.

Por todas partes había soldados alemanes. Zell am See se encontraba en la zona más meridional hacia la cual la Wehrmacht había podido retirarse; más allá se alzaban los Alpes, y al otro lado Italia, y todos los pasos fronterizos seguían cerrados a causa de la nieve. En la zona de responsabilidad del 2.º Batallón había aproximadamente 25 000 soldados alemanes armados, y los estadounidenses eran menos de 600 hombres.

El contraste en el aspecto era casi tan notable como en el número. El Ejército conquistador parecía desaliñado, escasamente militar, indisciplinado; el Ejército derrotado tenía un aspecto limpio, con una impresionante presencia militar y una disciplina que resultaba obvia. Winters pensó que los soldados alemanes y los civiles austríacos seguramente debían de preguntarse, mientras contemplaban fascinados a los primeros soldados estadounidenses que llegaban destacados a aquella zona, cómo era posible que hubiesen podido perder la guerra ante aquellos tíos.

Winters estableció el cuartel general del batallón en el pueblo de Kaprun, a unos 4 kilómetros al sur de Zell am See. El valle era uno de los lugares turísticos alpinos más famosos del mundo, especialmente popular entre los alemanes ricos. El alojamiento, que iba desde el zimmerfrei en las granjas hasta los lujosos hoteles, era impresionante. Todas las habitaciones estaban ocupadas por soldados alemanes heridos. Tuvieron que marcharse y se los envió en trenes o camiones a campos de prisioneros en el área de Munich. Luego, los soldados estadounidenses ocuparon las habitaciones.

Su trabajo consistía en mantener el orden, reunir a todos los soldados alemanes, desarmarlos y enviarlos a los campos de prisioneros de guerra. Winters comenzó su tarea en la mañana del 9 de mayo, inmediatamente después de haber llegado a la ciudad. Hizo que el oficial alemán de mayor graduación en la zona se presentara ante

él. «Yo tenía veintisiete años —recuerda Winters— y al igual que todos los hombres, estaba sucio, vestía un uniforme de faena muy usado y arrugado, y me cubría la cabeza con aquel casco que parecía un cubo metálico. Me sentía un tanto ridículo dándole órdenes a un coronel alemán profesional que me llevaba al menos veinte años, que llevaba un impecable uniforme de campaña con el pecho cubierto de medallas y condecoraciones».

No obstante, Winters impartió claramente sus órdenes. Le dijo al coronel que supervisara la recogida de todas las armas en la zona y las depositara en el aeropuerto, la escuela y en el patio de la iglesia. Autorizó a los oficiales a que conservasen sus pistolas y permitió que los miembros de la Policía Militar alemana conservasen sus armas. Y le dijo que al día siguiente inspeccionaría los campamentos, las tropas y las cocinas alemanes.

A la mañana siguiente, 10 de mayo, Winters y Nixon se dirigieron en jeep a inspeccionar los depósitos de armas. El espectáculo les dejó vivamente impresionados: en los tres lugares previstos había montañas de armas. Winters se dio cuenta de que había cometido un error al decir «todas las armas». Se refería a armas militares, pero el coronel había interpretado literalmente sus palabras. Había una fantástica colección de rifles de caza, rifles deportivos, cuchillos de caza, armas de fuego antiguas de toda clase, además del armamento militar correspondiente a toda una división. Aquel arsenal parecía suficiente para iniciar la Tercera Guerra Mundial.

Cuando inspeccionó los campamentos y las cocinas, Winters lo encontró todo perfectamente organizado. Las tropas estaban formadas para revista y los hombres, limpios, bien vestidos y en buena forma. Las cocinas estaban ordenadas; los cocineros preparaban sopa de patatas en grandes ollas.

En lo sucesivo, Winters trató con un oficial de estado mayor alemán que hablaba inglés. Éste se presentaba cada mañana en su cuartel general para presentar un informe y recibir órdenes. No hubo ningún problema; según Winters, «les dejábamos tranquilos, ellos nos respetaban». El oficial del estado mayor alemán le contaba historias y anécdotas sobre su permanencia en el Frente Oriental, y sobre los combates que había librado contra la 101 en Bastogne. En un momento dado el oficial alemán le dijo a Winters:

—Nuestros Ejércitos deberían unirse para echar al Ejército ruso.

—No, gracias —replicó Winters—. Lo único que quiero es abandonar el Ejército y regresar a casa.

Eso era lo que casi todos querían, y nadie lo deseaba más que los soldados alemanes. Sin embargo, antes de que fuesen puestos en libertad, cada uno de ellos debía ser investigado exhaustivamente. Los campamentos alemanes estaban llenos de nazis, muchos de los cuales se habían vestido con uniformes de reclutas para pasar inadvertidos y evitar ser detenidos. (El más famoso de ellos era Adolf Eichmann,

quien llevaba un uniforme de cabo de la Luftwaffe en un campo de prisioneros de guerra cerca de Berchtesgaden. Eichmann se las arregló para escapar antes de ser identificado, consiguió llegar a Argentina con su familia y vivió en aquel país bajo una identidad falsa hasta que, en 1960, agentes israelíes del Mossad descubrieron su paradero, lo secuestraron en una audaz acción de comando y lo llevaron a Israel, donde fue juzgado y ahorcado.)

El teniente Lipton prestaba servicio como jefe del pelotón de ametralladoras en la Compañía del cuartel general del 2.º Batallón. Winters le ordenó que investigase a unos cuantos centenares de prisioneros alemanes. Uno de ellos era Ferdinand Porsche, diseñador del famoso coche Volkswagen y de los tanques Panther y Tiger. A mediados de mayo, Lipton acabó de investigar los antecedentes de 150 de ellos y los preparó para que quedasen en libertad. El oficial alemán de mayor graduación, un coronel, pidió permiso para hablar con sus hombres antes de que se marchasen. Lipton accedió.

«Su charla fue larga y positiva —recordó Lipton—. Les dijo a sus hombres que Alemania había perdido la guerra, que todos habían sido buenos soldados y que estaba orgulloso de ellos, y que ahora deberían regresar a sus hogares y reconstruir su vida. Añadió que todos serían necesarios para la reconstrucción de Alemania. Cuando acabó su discurso, los hombres le saludaron con gritos de júbilo, y se marchó».

Otros oficiales alemanes de alta graduación, hombres que tenían buenas razones para temer que se les acusara de crímenes de guerra, se ocultaban en las montañas. Speirs recibió información de una de las personas desplazadas sobre un hombre que había sido el jefe nazi de los campos de trabajo forzado en aquella zona y que había cometido innumerables atrocidades. Entonces decidió investigar, hizo preguntas y se convenció de que la información era correcta. Nuevas investigaciones revelaron que aquel hombre estaba viviendo en una pequeña granja de la zona.

Speirs llamó al sargento primero Lynch. Le explicó la situación y luego le dio la siguiente orden:

—Llévese a Moone, Liebgott y Fisk, encuentre a ese hombre y ejecútelo.

Lynch reunió a los hombres, les explicó la misión que tenían que llevar a cabo, subieron a un camión y se dirigieron a las montañas. Durante el viaje, Moone reflexionó sobre la difícil situación a la que debían enfrentarse. Estaba seguro de que el capitán Speirs no tenía autoridad para ordenar una ejecución basándose en el testimonio de aquellos expatriados. Pero Speirs era el comandante en jefe de la compañía y Moone era un soldado raso que debía cumplir una orden. Finalmente decidió: «No pienso obedecer esta mierda. Si alguien tiene que pegarle un tiro a ese tío, no seré yo». Llegaron a la granja y detuvieron al nazi sin problemas. Liebgott le interrogó durante media hora, luego declaró que no había ninguna duda, que era el

hombre que estaban buscando, y era culpable de todos los cargos que había contra él. Los estadounidenses sacaron al hombre de la casa a punta de pistola, lo subieron al camión y se lo llevaron. Lynch detuvo el vehículo junto a un barranco. Hicieron bajar al alemán y Liebgott le pegó dos tiros.

El prisionero comenzó a gritar. Luego se giró y echó a correr colina arriba. Lynch le ordenó a Moone que disparase.

—Dispárale tú —contestó el soldado—. La guerra ha terminado.

Skinny Fisk se adelantó, apuntó con su M-1 al hombre que huía y lo mató de un disparo.

Después de que los prisioneros de guerra y las personas desplazadas que habían trabajado en los campos nazis fueron identificados y separados, el siguiente trabajo consistió en clasificar y ordenar todo el equipo alemán capturado y el equipo del ejército norteamericano que ya no era necesario para combatir. Cuando el material era reunido y registrado, convoyes de camiones lo trasladaban a depósitos en territorio francés.

A los oficiales se les ordenó que devolviesen los mapas de seda con las rutas de huida de Francia que habían recibido antes de saltar sobre Normandía o serían multados con 75 dólares. Como esos mapas eran prácticamente sagrados para los veteranos del Día D, el rechazo a la orden fue universal. Cuando le dijeron que debía pagar la multa correspondiente, Winters respondió por todo el batallón, repitiendo las famosas palabras del general McAuliffe: «Y una mierda». El oficial de suministros del regimiento, capitán Herbert Sobel, se olvidó del asunto.

Dada la ausencia de resistencia —de hecho, la cooperación de alemanes y austríacos era voluntaria y entusiasta— hacia el final de la tercera semana de mayo, los estadounidenses apenas si tenían trabajo que hacer. Todas las tareas, desde lavar la ropa o limpiar los alojamientos o incluso los trabajos de construcción, corrían a cargo de residentes ansiosos por ganarse unos marcos o recibir comida o cigarrillos. El tiempo parecía no pasar nunca para los jóvenes, que sólo deseaban regresar a sus hogares.

Winters había hecho construir una pista de carreras, una cancha de tenis y un campo de béisbol, y luego un campo de tiro. Se celebraban competiciones entre compañías, batallones y regimientos. Él dirigía personalmente cada día ejercicios de instrucción de orden cerrado.

Había hombres que estaban encantados con todas esas actividades. Para los auténticos atletas, aquellos que tenían la esperanza de concluir una carrera universitaria o profesional, era una maravillosa oportunidad para entrenar. Eran

relevados de todas sus obligaciones, vivían en un dormitorio separado para atletas, y entrenaban o competían todos los días. Para los pocos que habían decidido continuar la carrera en el Ejército, era una oportunidad de practicar su profesión.

Pero para la inmensa mayoría de los hombres, que no eran atletas ni soldados de carrera, era un aburrimiento. Estos hombres combatían su aburrimiento de otras cuatro maneras: como turistas visitando los bellos paisajes de los Alpes, cazando, bebiendo y persiguiendo mujeres. El Zeller See, un lago de 4 kilómetros de largo y 2 kilómetros de ancho, era un lugar cuya belleza quitaba el aliento. Era perfecto para nadar en los largos y soleados días de finales de mayo y principios de junio. «Mi bañador ya está bastante gastado —le escribió Webster a su madre el 20 de mayo—. ¿Podrías enviarme por correo, lo antes posible, un bañador de colores alegres de Abercrombie y Fitch? La talla es un 32 de cintura, y preferiblemente corto».

En la montaña, detrás de Kaprun, había una estación de esquí con su correspondiente hotel. El telesilla que llevaba hasta la estación estaba averiado, pero se podía llegar ascendiendo por un sendero en la montaña. Winters estableció un programa de descanso y recuperación en el hotel, con un sistema de rotación de los pelotones cada tres días. En el hotel alpino había servicio y cocineros, instructores de esquí y guías de caza austríacos. Las jornadas de esquí eran fabulosas, lo mismo que las excursiones de caza de cabras salvajes.

A una cota más baja también había ciervos, centenares de ellos, ya que aquella era una de las principales áreas de caza para la aristocracia europea. La 101 estaba al final de la línea en la distribución de comida. Todos aquellos que se encontraban en la línea de suministros desde los puertos atlánticos de Cherburgo y Le Havre hasta el final de la misma cogían su parte de los alimentos primero, y todos ellos tenían alguna amiguita a quien cuidar y un floreciente mercado negro que les tentaba continuamente. De modo que a los Alpes no llegaba demasiada comida. Los paracaidistas organizaban partidas de caza y salían en busca de ciervos; la carne de venado se convirtió en el producto principal de la dieta. El soldado raso Freeman consiguió una escopeta Browning y añadió a esa dieta codornices y otras aves.

«Mujeres, tías, nenas, muchachas, pibas, golfas, frauleins, mademoiselles: eso era lo que querían los hombres», escribió Webster. Y describió los resultados de esa situación: «Los cocineros tenían queridas; los amantes del pelotón frecuentaban el granero; McCreary tenía una mujer casada en el pueblo; Reese instaló a la suya en su apartamento; Carson alimentaba a una bella, educada y sofisticada polaca rubia (con quien se casaría más tarde); el mando del pelotón visitaba un campo de personas desplazadas todas las noches; y en Zell am See, hogar de las mujeres más hermosas de Europa, los tíos hacían realidad sus sueños con todas aquellas rubias bronceadas por el sol. Después de haber estado hablando de mujeres durante tres años, ahora tenían todo lo que deseaban. Era el fracaso total de la política que prohibía la

confraternización con el enemigo».

Para aquellos que lo habían deseado y se lo habían podido permitir, también había habido mujeres en Londres, París y a lo largo del Ruhr, pero, según observó Webster, «en Austria, donde las mujeres eran más limpias, más rubias, con mejor figura y se mostraban más dispuestas que en cualquier otra parte de Europa, los soldados estadounidenses tuvieron su día de gala».

El flujo de bebidas alcohólicas no cesaba nunca. El 28 de mayo, Webster les escribió a sus padres: «Desde que nos marchamos de Berchtesgaden, hemos tenido una borrachera cada noche. Hace dos días asaltamos un almacén de la Wehrmacht alemana y conseguimos hacernos con un par de cajas de ginebra: cuarenta y ocho botellas en total. Los paquetes con zumo de naranja en polvo resultaron muy apropiados en esas circunstancias».

El capitán Speirs sólo tenía una orden permanente en cuanto a la bebida: nada de borrachos en el exterior. Esta orden era aplicada a rajatabla por los sargentos, quienes no querían ningún incidente con soldados borrachos en tareas de vigilancia, o simplemente vagando por las calles o los senderos de la montaña. En sus alojamientos, sin embargo, los hombres eran libres de beber todo el alcohol que pudieran soportar. La mayoría de ellos bebía más que eso.

La escuadra de Webster siempre mantenía al alcance de la mano una jarra llena de té helado y ginebra. «Cada noche —escribió—, hacia las ocho, Mathews ya estaba balbuceando y diciendo tonterías; Marsh se jactaba de su escuadra y de cómo le obedecían sus hombres; Sholty permanecía sentado en su cama, en silencio y con una sonrisa en los labios; Winn reía a carcajadas, gritaba y no paraba de hablar de Bastogne; McCreary alardeaba de su coraje ["En este pelotón no hay nadie con más cojones que yo, tío"] con absoluta inmodestia pero diciendo la verdad; Gilmore planchaba ropa furiosamente, una manifestación peculiar y bienvenida de su alegría etílica; Hale babeaba y se servía otro trago; Chris, que jamás buscaba pelea, permanecía sentado y en silencio; Rader se había desmayado en el sillón, y yo, que había perdido el conocimiento con toda elegancia y sin armar bronca, estaba profundamente dormido».

Los muchachos superaban la resaca jugando al fútbol americano o nadando en las frías aguas del lago. Winters era un tío que no bebía y que no aprobaba ni censuraba a los que bebían; sus dos mejores amigos, Welsh y Nixon, eran grandes bebedores. Jamás tuvo que llamar al orden a ninguno de ellos por emborracharse en su tiempo libre. Si alguna vez sentía la tentación de hacerlo, todas las tardes tenía ocasión de recordar por qué los hombres cometían esos excesos con la bebida. Mientras disputaban sus partidos de fútbol americano, los muchachos sólo llevaban pantalones cortos bajo el cálido sol alpino. Prácticamente todos ellos mostraban alguna cicatriz. Algunos hombres tenían dos, tres y hasta cuatro cicatrices en el pecho, la espalda, los

brazos o las piernas. «Y no olvide —concluyó—, que en Kaprun yo contemplaba sólo a los hombres que no habían sido heridos de gravedad».

También hubo una celebración en recuerdo del precio que la Compañía E y los demás habían tenido que pagar para llegar hasta aquel lugar donde ahora se encontraban. El 5 de junio, a las 22.00 horas, los hombres celebraron el primer aniversario de su salto sobre Normandía. Webster se sintió impresionado por el contraste. Un año antes, a las 22:00 horas: «Mi corazón latía como la batería de Gene Krupa y tenía el estómago vacío y hecho un nudo... Ahora estoy sentado en una bonita casa en los Alpes austríacos. Tengo una copa alta llena de ginebra y té helado en una mano y la pluma en la otra. Un montón de aquellos muchachos que partieron desde el campo de aviación de Devonshire están muertos, enterrados en encantadores cementerios en Sainte Mére-Eglise, Son, y en Bélgica, pero yo sigo aquí y muy agradecido por ello y esta noche les recordaremos a todos de un modo que les hubiese parecido muy apropiado: celebrando una fiesta ruidosa y salvaje».

Los oficiales también celebraban una fiesta. Speirs se había agenciado un par de cajas de excelente coñac, que disfrutó en sus habitaciones privadas en compañía de una bella polaca desplazada y su pequeño hijo. El coronel Sink organizó algunas fiestas verdaderamente memorables en su cuartel general, instalado en el Hotel Zell. Una noche invitó a todos los oficiales del 506.º para que conocieran al general Taylor y su estado mayor. Fue una fiesta por todo lo alto. El coronel Strayer, quien según el teniente Foley «podía meterse entre pecho y espalda una notable cantidad de alcohol, se puso un poco pesado». Acabó liándose a golpes con un general. El teniente Foley y otro par de oficiales tuvieron una brillante idea. Fueron al aparcamiento y vaciaron casi todo el depósito de combustible del Mercedes del general Taylor (que había pertenecido a Hitler). Pensaron que sería muy divertido cuando se quedase sin gasolina en plena noche en la carretera que llevaba a Berchtesgaden.

A la mañana siguiente, domingo, el coronel Sink ordenó una reunión especial de oficiales. Se congregaron fuera del hotel. Sink les leyó la cartilla. Dijo que su comportamiento era lamentable. Hizo hincapié principalmente en las peleas y las bromas pesadas. Acababa de hablar por teléfono con el general Taylor, cuyo coche se había quedado sin gasolina en mitad de la carretera y él había tenido que permanecer allí durante cuatro horas mientras su chófer buscaba un bidón. Foley, que no confesó su responsabilidad en aquel incidente, dijo que «a Sink le importaba un pimiento que los reclutas se pararan a contemplar el espectáculo, estaba furioso y no le importaba quién pudiera oírle mientras nos ponía a parir».

Pero a Sink el malhumor se le pasaba pronto. Una semana más tarde organizó una gran celebración del 4 de julio. Pero ese día llovió y también al día siguiente. No importa: el 6 de julio fue un hermoso día de sol y comenzó la celebración.

Se celebraron competiciones deportivas de todo tipo. Planeadores y aviones

velero atravesaron el lago, surcando las corrientes que bajaban por las laderas de la montaña. El Comando de Transporte de Tropas le cedió un C-47 al regimiento durante toda la tarde y una docena de hombres realizó un salto sobre el lago. Había un montón de comida y bebida. En el parque, los músicos locales vestidos con sus pantalones cortos de cuero, típicos de Baviera, interpretaron todas las melodías de la región. Los soldados pedían canciones populares norteamericanas, pero los músicos austríacos necesitaban práctica. Todo el mundo bailó. Todas las chicas llevaban brazaletes con las letras PD [persona desplazada] (la política de no confraternización sólo se aplicaba a alemanes y austríacos; los desplazados estaban exentos de esa prohibición; los brazaletes con la PD para distinguir a unos de otros eran repartidos generosamente, sin embargo, entre las muchachas de la región) pero, como recordó el teniente Foley, «en la celebración no había ni una PD».

Clima de montaña, profusión de deportes al aire libre, mujeres y bebida, escaso trabajo, buena caza y un coronel al que le gustaba empinar el codo y a quien todos querían... Zell am See, en palabras de Webster, representaba «la vida soñada del soldado».

Debería haber sido el verano más perfecto en las vidas de los miembros de la Compañía E. Pero, de hecho, después de las dos primeras semanas, la mayoría de ellos lo detestaban. Estaban frustrados por la burocracia militar, aburridos, bebían demasiado y querían regresar a casa.

La vuelta a casa dependía de los puntos, algo que se convirtió virtualmente en el único tema de conversación y provocó malos presentimientos. El sistema de puntos establecido por el Ejército le otorgaba a un hombre puntos por cada mes en el servicio activo, puntos por su participación en campañas, puntos por la obtención de medallas, puntos por estar casado. El número mágico eran 85 puntos. Aquellos soldados que tuviesen 85 o más puntos eran candidatos a ser licenciados del Ejército y a embarcar inmediatamente de regreso a Estados Unidos. Los que no alcanzaran esa cifra estaban condenados a permanecer en su división, presumiblemente para participar en el Gran Salto sobre China o Japón.

De modo que, por primera vez en sus carreras militares, los oficiales y los soldados comenzaron a preocuparse seriamente por las medallas. Una Estrella de Bronce representaba cinco puntos. Inevitablemente, los sistemas jerárquicos y burocráticos del Ejército tenían sus protegidos y favoritos. El teniente Foley recordó a «un ayudante del regimiento que consiguió una Estrella de Bronce por —según todos los rumores— haber elegido el Hotel Zell como sede del cuartel general».

Los hombres de la Compañía E también se sentían engañados en otro sentido: en la unidad de paracaidistas había sido casi imposible ganar una medalla que no fuese el Corazón Púrpura. «En la 101, por ejemplo —escribió Webster—, sólo dos hombres

habían conseguido la Medalla de Honor —un soldado raso y un teniente coronel del 502— y ambos habían muerto en acción. El mayor Winters, quien la había ganado legítimamente durante un ataque a una batería alemana en Normandía, ostentaba la única Cruz al Servicio Distinguido en el 2.º Batallón. En la Compañía E, el capitán Speirs y dos o tres más tenían Estrellas de Plata y una docena de hombres podían exhibir con orgullo su Estrella de Bronce. Corazones Púrpura había a montones, pero ésa no era una condecoración sino un símbolo de su deber: Infantería».

La mayoría de los hombres en la Compañía E solamente tenían como condecoración cuatro estrellas de combate en su galón de la Fuerza Expedicionaria, igual que un empleado de oficina que jamás había abandonado el campamento base para empuñar un arma. «Estaba McClung, por ejemplo —se lamentaba Webster—. Era un tío callado, larguirucho, que pasaba desapercibido. Pero sus compañeros en el 3.º pelotón juraban que MacClung había matado más alemanes que cualquier otro miembro del batallón. MacClung podía oler a los boches; los cazaba; los perseguía en los ataques lanzados al amanecer y durante las patrullas nocturnas; se apartaba de su ruta para acabar con ellos; corría más riesgos y se presentaba voluntario a más misiones peligrosas que cualquier otro miembro de la Compañía E. MacClung había combatido desde el primer día en Normandía, había participado en la campaña de Holanda y había estado en Bastogne, ¿y qué tenía para demostrarlo? Un distintivo que acreditaba que había combatido en Europa y cuatro estrellas de combate».

El sargento Shifty Powers se incluía en la misma categoría que MacClung. Era un soldado tan bueno como cualquier otro en la 101, pero no tenía ninguna medalla, ningún Corazón Púrpura, o sea que su puntuación no era suficiente para que lo enviaran de vuelta a casa. Pero las quejas habían crecido hasta llegar a oídos del general Taylor, quien decidió celebrar un sorteo en cada una de las compañías de la división. El ganador recibiría un billete de regreso a los Estados Unidos. Powers no quería asistir al sorteo. «Joder, Paul —le dijo al sargento Rogers—, nunca he ganado nada en mi vida». Pero Rogers le convenció para que asistiera y Shifty ganó.

Inmediatamente, otro soldado, le ofreció a Powers 1000 dólares por aquel viaje a casa. Powers recordó: «Lo pensé durante un momento, mil pavos era un montón de pasta, pero finalmente le dije: "No, creo que regresaré a casa"».

Powers recogió el producto de su pillaje personal, principalmente pistolas, relleno los documentos pertinentes, recibió su paga atrasada y se unió a los otros diez afortunados para viajar a Munich. Al salir de una curva, un camión militar chocó frontalmente con violencia contra el de ellos. Powers salió despedido del vehículo, cayó al pavimento, se rompió algunos huesos y sufrió una fuerte conmoción. Otro de los «afortunados» soldados murió en el accidente. Powers fue trasladado al hospital, donde le robaron todo el dinero y sus recuerdos. Finalmente regresó a Estados Unidos en un barco-hospital, varios meses después de que lo hubieran hecho los camaradas

que había dejado atrás.

Además de la frustración que significaba ver cómo empleados de oficina y cocineros recibían los mismos puntos que un soldado de infantería que había combatido en la línea del frente, estaba el caprichoso recuento de la puntuación. Todos los hombres se pasaban el día sumando una y otra vez sus puntos, pero el truco consistía en convencer a la oficina del asistente del regimiento. Webster estaba seguro de que tenía 87 puntos, pero sus antecedentes indicaban que la suma era inferior a los 80.

El general Taylor trató de ayudar a sus veteranos. Para ello decretó que todos los hombres que hubiesen tomado parte en las campañas de Normandía, Holanda y Bélgica, o que hubiesen participado en dos de esas campañas y se hubieran perdido la tercera a causa de las heridas recibidas en combate, recibirían una Estrella de Bronce. Esta medida, naturalmente, fue muy apreciada por los hombres, pero temporalmente provocó una mayor frustración porque la medalla y la citación honorífica —con sus valiosos cinco puntos— tardaron varias semanas en llegar después del anuncio de Taylor.

Toda esta situación burocrática creó una profunda insatisfacción con el Ejército y sus métodos. Los reclutadores se paseaban entre los oficiales y los soldados rasos tratando de convencerles de que se unieran al Ejército Regular. Prácticamente nadie lo hizo. Webster expresó los sentimientos de la gran mayoría de sus compañeros: «Odio este Ejército con una vehemencia tan intensa y perpetua que jamás hablaré bien de él mientras viva —les escribió a sus padres—. Considero que el 90% de mi tiempo pasado en el Ejército ha sido tiempo desperdiciado». Lo único que estaba dispuesto a conceder era que «aprendí a llevarme bien con la gente». Cuando Sink le ofreció a Winters un grado de oficial regular, Winters se lo pensó por un momento, y le dijo que no.

Además de los problemas de frustración e ira provocados por el arbitrario sistema de puntuación, estaba la combinación de demasiado alcohol, demasiadas pistolas y demasiados vehículos capturados al enemigo. Los accidentes de circulación eran casi tan peligrosos para la 101 acantonada en Austria como lo había sido el ejército alemán en Bélgica. En las primeras tres semanas de estancia en Austria, se produjeron setenta accidentes, y más durante las seis semanas de junio y julio. Como consecuencia de estos accidentes murieron veinte hombres y casi un centenar resultaron heridos.

Una noche, el sargento Robert Marsh llevaba en su vehículo al soldado raso John Janovek de regreso de un puesto de control instalado en una carretera secundaria.

Janovec viajaba apoyado en la poco segura puerta del camión alemán. En un momento dado el camión chocó con un tronco atravesado en la carretera. Janovec perdió el equilibrio y cayó al pavimento, golpeándose violentamente la cabeza. Marsh lo llevó a toda velocidad al puesto de primeros auxilios del regimiento en Zell am See, pero Janovec murió en el camino debido a una fractura de cráneo. El capitán Speirs reunió las pertenencias de Janovec, un reloj, sus alas, su billetera y su pañuelo de paracaidista y envió todos los objetos a los padres de Janovec. «John había recorrido un largo camino —escribió Webster—. Había saltado sobre Holanda y luchado en los bosques de Bastogne. Odiaba el Ejército, y ahora, cuando la guerra ha terminado y tenemos a la vista la dorada perspectiva de regresar a casa, ha muerto».

Marsh no había estado bebiendo. La Compañía E estaba orgullosa de su historial con respecto a dotar las guardias y la vigilancia de los puestos de control en las carreteras con hombres sobrios y responsables, y a no conducir jamás en estado de ebriedad. Pero otros no eran tan cuidadosos en este aspecto. El soldado raso O'Keefe recordaba la noche en que se encontraba de vigilancia en un control con el soldado raso Lloyd Guy en una carretera a medio camino entre Saalfelden y Zell am See. «Un coche abierto del estado mayor alemán se acercó a toda velocidad por la carretera y no parecía dispuesto a detenerse. Guy y yo saltamos delante de la barricada y obligamos al conductor a que parase. Eran dos tíos vestidos con uniformes alemanes, ambos borrachos como cubas. «¿Por qué coño nos paráis? Todos estamos en el mismo bando».

»Eran dos de nuestros paracaidistas, pero pertenecían a otra compañía. Guy y yo les dijimos: «joder, tíos, os podríamos haber volado la cabeza!»

«Finalmente prometieron que conducirían más despacio. Les dijimos que el siguiente puesto de control se encontraba a unos quince kilómetros carretera arriba, que lo tuviesen en cuenta y redujeran la velocidad cuando se acercasen. Prometieron que se lo tomarían con calma.

»Pero cuando regresamos al campamento nos enteramos de que aquellos dos jodidos cabrones habían atravesado a toda pastilla el puesto de control de Welling mientras éste gritaba: "¡Alto! ¡Alto!" Después del tercer "¡Alto!" Welling disparó y alcanzó al conductor». Más tarde, Welling visitó al herido en el hospital; éste le dijo que no le guardaba rencor, que él hubiese hecho lo mismo que Welling.

El sargento «Chuck» Grant, uno de los hombres del grupo original de Toccoa, era un californiano rubio, atlético y simpático a quien todo el mundo respetaba y quería —había dejado fuera de combate a un 88 en Holanda—. Una noche llevaba a un par de soldados rasos a una barricada para un puesto de control. Cuando llegaron al lugar vieron que había problemas. Un soldado norteamericano borracho estaba junto a la carretera con una pistola en la mano y a sus pies había dos alemanes muertos. Los había detenido cuando viajaban en su vehículo para pedirles gasolina porque su coche

no tenía. Pero no hablaba una palabra de alemán, ellos no entendían el inglés, el soldado llegó a la conclusión de que se estaban resistiendo y disparó sobre ambos, matándoles.

Un mayor británico perteneciente a los servicios de inteligencia militar pasó en aquel momento por el lugar. El sargento que le acompañaba y él bajaron de su jeep para averiguar qué sucedía. El soldado norteamericano borracho les apuntó con su arma diciéndoles que se largaran.

Entonces aparecieron Grant y los dos soldados que iban a relevar la guardia en el puesto de control. El borracho abrió fuego contra Grant pero falló. El mayor británico intentó quitarle el arma. El soldado se volvió hacia él y le mató, y luego a su sargento. Grant se lanzó corriendo hacia él y el soldado le metió una bala en la cabeza. Luego huyó.

Speirs tenía un alto concepto de Grant. Cuando se enteró de lo que había pasado en la carretera, el teniente Foley y él subieron a un jeep, se dirigieron al lugar de los hechos, colocaron a Grant en una camilla y regresaron a toda velocidad al puesto de primeros auxilios del regimiento. El médico de guardia era un desastre, con barba de tres días, desaliñado y vestido con una camisa llena de manchas. Echó un vistazo a Grant y dictaminó: «No hay nada que hacer».

«Mierda», fue el único comentario de Speirs, quien volvió a acostar a Grant en la camilla y partió a toda velocidad hacia Saalfelden. Speirs había oído que allí había algunos especialistas alemanes. Uno de ellos era un neurocirujano de Berlín. El alemán procedió a intervenir quirúrgicamente a Grant y le salvó la vida.

La noticia del tiroteo se extendió como un reguero de pólvora a través de los distintos alojamientos. La Compañía E salió en masa en busca del culpable. Lo encontraron cuando trataba de violar a una muchacha austríaca en Zell am See. Se trataba de un soldado de reemplazo recién llegado a la Compañía I. Para disgusto de muchos de ellos, el culpable fue llevado vivo al cuartel general de la Compañía.

El pobre diablo casi deseó que no lo hubieran hecho. Media Compañía se había apostado fuera del edificio, lanzando insultos y amenazas y jurando venganza. Antes de que sucediera algo irreparable, el capitán Speirs llegó apresuradamente desde el hospital donde había dejado a Grant.

—¿Dónde está el arma? —le gritó Speirs al prisionero.

—¿Qué arma?

Speirs sacó su pistola, la cogió por el cañón y golpeó al soldado en la sien con la culata. El hombre empezó a gritar.

—Cuando hables con un oficial debes decir «señor».

—Y volvió a golpearle.

El soldado se derrumbó sobre una silla, atontado por los golpes. El soldado raso Hack Hansen, perteneciente al 2.º pelotón de Grant y amigo del californiano, llegó

corriendo al cuartel general. Sacó la pistola.

—Cabrón hijo de puta —exclamó—. He matado a hombres que eran mejores que tú.

Colocó la pistola delante de la cara del prisionero. Cuatro hombres cogieron a Hansen por detrás y trataron de llevárselo de allí, gritando que la muerte era demasiado buena para semejante cobarde, pero Hansen consiguió apretar el disparador. La pistola falló.

«Tendría que haber visto la expresión de aquel tío», señaló Gordon Carson.

Le golpearon hasta dejarle inconsciente, luego lo trasladaron a la cárcel militar y lo entregaron al sargento guardián de la prisión. Cuando recobró el conocimiento, el sargento le golpeó hasta hacerle sangrar.

Sink llegó al cuartel general de la Compañía. Entró y mandó llamar al sargento Carson.

—¿Dónde está Speirs?

—En el segundo piso, señor.

Sink subió y Speirs le puso al corriente de la situación. Le costó casi una hora. Sink se marchó y Speirs bajó.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Carson.

—Ha sido bastante duro.

—Bueno, ¿y qué ha dicho?

—Dijo que debería haberle pegado un tiro a ese hijo de puta.

Que Speirs no lo hiciera es realmente notable. Una explicación que me dieron varios hombres era que Speirs tenía algunas dudas de que el hombre arrestado fuese el culpable de aquellas muertes. Cuando le pregunté a Speirs acerca de ese incidente, me contestó: «En cuanto al incidente en el que resultó herido el sargento Grant, su información es correcta. Yo debía albergar algunas dudas en mi cabeza, porque la acción sumaria nunca me preocupó».

Pero me pregunto si no habría influido algún otro factor. Speirs no era el único hombre que tuvo la oportunidad de matar a aquel cobarde. Grant tuvo su oportunidad cuando se encontró con él en la carretera. El hombre que encontró al soldado borracho de la Compañía I podría haberle liquidado en el acto, y prácticamente todos los hombres de la Compañía que yo entrevisté me dijeron que les hubiese gustado hacerlo. Muchos de ellos estaban en el cuartel general de la Compañía cuando lo trajeron, y todos llevaban su pistola reglamentaria, pero sólo uno de ellos trató efectivamente de dispararle, y se lo impidieron cuatro de sus compañeros.

Casi todos los hombres que estaban en aquel momento en la habitación habían matado. Tenían la sangre caliente. Su furia era profunda y fría. Pero el detalle que sobresale en este incidente no es la paliza y los golpes con la pistola, sino la represión.

Aquellos hombres estaban cansados de matar.

Poco después del incidente, el capitán Speirs escribió una extensa carta al sargento Forrest Guth, quien se encontraba en un hospital en Inglaterra y le había escrito a Speirs expresándole su temor de que le transfiriesen a otra división. A Speirs le gustaba Guth, pensaba que era un buen soldado y apreciaba su capacidad para mantener todas sus armas en perfectas condiciones. Apreciaba especialmente la forma en que Guth podía coger una lima y trabajar en el bastidor del disparador de un M-1 hasta volverlo completamente automático. (Winters consiguió uno de esos fusiles especiales de Guth. Lo conservó y, cuando partió hacia la guerra de Corea, se lo llevó con él. Lamentablemente, hoy Guth es incapaz de recordar cómo lo hacía).

En su respuesta, Speirs expresó otro aspecto de su personalidad. Era una larga carta informal sobre los sucesos vividos por la Compañía E desde que a Guth lo trasladaran al hospital, llena de la clase de información que Guth más deseaba oír: «Luz se cayó de una moto y se lastimó el brazo, aunque nada grave. Al sargento Talbert no le gustaba ser sargento primero de modo que le asigné el 2.º pelotón y ahora el sargento Lynch (2.º pelotón) es sargento primero. Alley volvió a emborracharse y no tuvimos más remedio que degradarle. El teniente Lipton está de permiso en Escocia y es muy feliz. Yo estoy deseando conseguir un permiso para viajar a Londres a visitar a mi esposa y mi hijo. El sargento Powers iba de camino a casa cuando su camión volcó y se fracturó el cráneo y ahora está en el hospital. El sargento Strohl (3.º pelotón) viaja de regreso a Estados Unidos. Chuck Grant recibió un balazo de un norteamericano borracho y su cabeza no está muy bien, se encuentra en un hospital alemán cerca de aquí y comienza a recuperarse. El sargento Malarkey acaba de regresar de una larga temporada en el hospital. El sargento Rhinehard acaba de pasar unos días en la Riviera. McGrath no quiere ningún permiso de salida ya que está ahorrando dinero».

Speirs le dio a Guth los detalles de la Estrella de Bronce a la que tenía derecho por su participación en Normandía, Holanda y Bélgica, y le prometió que le informaría sobre ese asunto tan pronto como tuviese noticias. Añadió una posdata: «Clark es ahora nuestro maestro armero, envié a Burlingame de regreso a su pelotón, ¡era incapaz de mantener en funcionamiento tu generador alemán! Aquí en Austria tenemos electricidad y agua caliente.

»Por cierto, puedes usar tu cordón de la Mención Presidencial y las Hojas de Roble con cualquier uniforme que lleves, te las ganaste con la 101. A/B».

La Compañía se estaba dispersando. El general Taylor ordenó que todos los hombres con una puntuación alta que aún no hubieran sido enviados a casa fuesen

transferidos al 501, estacionado en Berchtesgaden. El 501 estaba pasando a la reserva y serviría como vehículo para transportar a todos los hombres con alta puntuación desde la división hasta Estados Unidos para ser licenciados. Otros miembros de la antigua Compañía se encontraban en diversos hospitales o bien ya habían sido licenciados del Ejército. Aquellos reclutas que se habían unido a la división en Mourmelon o Haguenau ahora eran considerados veteranos.

El general Taylor realizó un viaje a Estados Unidos; cuando regresó hacia finales de junio, anunció que la 101 sería desplegada en el Pacífico, después de disfrutar de un permiso de invierno en Estados Unidos. Por otra parte, el Departamento de Guerra insistía en que la división se sometiera a un régimen de entrenamiento completo, un proceso crítico si debía entrar en combate otra vez, ya que más de tres cuartas partes de la división se componía ahora de reclutas.

De modo que las formaciones en orden cerrado y los ejercicios físicos volvieron a estar a la orden del día, junto con la nomenclatura del M-1, la nomenclatura y el funcionamiento del BAR ^[49] y la nomenclatura y funcionamiento de la carabina. Una marcha por carretera. Señales con brazos y manos. Tácticas de escuadra. Inspección de barracones. Inspección de los juegos portátiles de utensilios de mesa. Etiqueta y disciplina militares. Primeros auxilios e higiene. Comprobación de la vestimenta. Lectura de mapas. Prácticas de tiro. Una semana de triangulación. «Así fueron las cosas —escribió Webster—, y yo con ellas, con creciente disgusto».

El teniente Peacock regresó a la división, con más exigencias ridículas que nunca. «Sufríamos su exceso de entrenamiento hasta tal extremo —escribió Webster—, que los hombres que le habían conocido en Holanda y Bastogne odiaban incluso tener que mirarle. Yo estaba tan furioso y frustrado que, si hubiera tenido menos de 85 puntos, me hubiese presentado voluntario para ir a Japón a luchar, en lugar de tener que soportar otro día de entrenamiento básico con Peacock».

Hacia mediados de julio, todos los veteranos de Normandía se habían marchado, excepto el resignado Webster, quien aún no había conseguido que el asistente del regimiento aceptase su puntuación total. El coronel Sink había pronunciado un discurso de despedida ante los hombres que se habían marchado: «Es con sentimientos encontrados que vuestro comandante del regimiento observa la partida de todos vosotros, excelentes oficiales y soldados. Se siente feliz por cada uno de vosotros. Habéis trabajado y luchado y os habéis ganado el derecho a regresar a vuestros hogares y vuestros amigos.

«Lamento veros partir, porque sois amigos y camaradas de armas.

«La mayoría de vosotros habéis sufrido en un momento u otro las consecuencias de mi mal carácter. Espero que lo consideréis una reprimenda justa. Nunca tuve intención de que fuese de otro modo.

«Os dije que conseguiríais esas menciones presidenciales y así fue. Serán para

siempre un reconocimiento de vuestro coraje y honor.

«Que Dios os ayude en vuestro camino. ¡Que el mismo Compañero que os llevó de la mano en Normandía, Holanda, Bastogne y Alemania os proteja hasta el gran salto final!»

A finales de julio, la división fue trasladada en vagones «40 y 8» de regreso a Francia. La Compañía E ocupó unos barracones en Joigny, una pequeña población al sur de París. Winters, Speirs, Foley y otros se marcharon de permiso a Inglaterra. El 6 de agosto, la primera bomba atómica fue lanzada sobre Hiroshima, disipando así todos los temores de otra campaña en el Pacífico. Después de aquello, en las divisiones aerotransportadas todo fue provisional, con hombres con baja puntuación que eran transferidos a la 17.^a División Aerotransportada, otros a la 82. La revista de la 101, la Screaming Eagle, se quejó: «La tropa parece más una pandilla de amigos que una división de combate». [50]

El 11 de agosto el coronel Sink fue ascendido al rango de subcomandante de la división. El 22 de agosto el general Taylor abandonó la 101 División Aerotransportada, o lo que quedaba de ella, para asumir su cargo de superintendente en West Point. Poco tiempo después, el 506.º preparó sus macutos y se marchó a Berlín para unirse a la 82.^a División Aerotransportada. Se dijo que el coronel Sink lloró cuando vio que sus muchachos marchaban hacia la base de Joigny para embarcarse hacia Berlín. A Webster le pareció muy coherente que derramase unas lágrimas, ya que el coronel Sink era «el corazón y el alma de nuestro regimiento». En 1946, Webster continuó escribiendo en su diario: «La hermosa bandera de seda de nuestro regimiento de color azul oscuro con la imagen bordada del monte Currahee, el rayo y los seis paracaidistas está enrollada en su caja, juntando polvo en los Archivos Nacionales en Washington».

El 30 de noviembre de 1945, la 101 División Aerotransportada pasó a la situación de reserva. La Compañía E había dejado de existir.

La Compañía había nacido en julio de 1942 en el campamento de Toccoa, en Georgia. Su existencia tocó a su fin casi exactamente tres años más tarde en Zell am See, Austria. En esos tres años sus miembros habían visto más, resistido más, y contribuido más de lo que la mayoría de los hombres llegan a ver, resistir o contribuir en toda una vida.

Esos hombres pensaban que el Ejército era aburrido, insensible y burocrático, y lo odiaban. Para ellos, el combate era crueldad, destrucción y muerte, y lo odiaban. Cualquier cosa era mejor que la sangre y la carnicería, la suciedad y el hedor, las exigencias imposibles impuestas al cuerpo... cualquier cosa, excepto defraudar a los compañeros.

En el combate también encontraron la hermandad más estrecha que jamás habían conocido. Descubrieron la abnegación y el altruismo. Descubrieron que podían amar al tío que estaba con ellos en la trinchera más que a sí mismos. Descubrieron que, en la guerra, hombres que amaban la vida darían la propia por ellos.

Como comandantes de la Compañía habían tenido a tres hombres sobresalientes, Herbert Sobel, Richard Winters y Ronald Speirs. Cada uno de ellos había dejado su impronta sobre ellos, pero Winters, que había permanecido en la compañía desde el día 1 hasta el día 1095, les había causado la impresión más profunda. Según la opinión de todos los hombres que cumplieron su servicio militar en la Compañía E, ésta era la compañía de Dick Winters.

Eran especialmente los suboficiales quienes así lo sentían. Aquellos que habían servido como cabos y sargentos en combate habían sido antes soldados rasos en Toccoa. Habían pasado los tres años en la Compañía E. Los oficiales, excepto Winters, habían llegado y se habían marchado. Muchos de los oficiales continuaron ligados a la Compañía E como miembros del estado mayor del batallón o bien del regimiento, pero solamente Winters y los suboficiales estuvieron presentes y pudieron explicar el día a día de la existencia de la Compañía. Ellos la mantuvieron unida, sobre todo en aquellos espantosos bombardeos en los bosques de Bastogne y en aquel momento crítico durante el ataque a Foy antes de que Speirs reemplazara a Dike en el mando. Los líderes reconocidos de los suboficiales, sobre el papel y en la vida real, fueron los sargentos primeros William Evans, James Diel, Carwood Lipton y Floyd Talbert.

El sargento Talbert se encontraba en el hospital de Fort Benjamín Harrison, Indiana, el 30 de septiembre de 1945. Le escribió una carta a Winters. Como escritor no era un Webster ni mucho menos, pero escribió aquellas palabras desde el corazón y habló por todos y cada uno de los hombres que habían servido en la Compañía E.

Le dijo que deseaba que pudiesen reunirse alguna vez para hablar, ya que había muchas cosas que quería decirle a Winters.

«Lo primero que trataré de explicar es... Dick, eres un hombre muy querido y jamás serás olvidado por ningún soldado que haya servido bajo tu mando o debería decir contigo porque así es como tú mandabas. Para mí eres el mejor soldado que podría haber esperado conocer.

»Un hombre puede extraer algo de la guerra que resulta imposible conseguir en ninguna otra parte. En mi caso siempre parecía que estaba fortaleciendo mi seguridad en mí mismo o algo así. No sé por qué te estoy diciendo todas estas cosas. Tú ya lo sabes.

»Bueno, lo dejaré aquí por ahora. Eres el mejor amigo que he tenido en mi vida y sólo me hubiese gustado que hubiera sido sobre una base diferente. Eras mi ideal y

mi motor en el combate. El pequeño mayor que ambos conocemos te definió con unas palabras: "El soldado más valiente que jamás he conocido". Y yo respetaba mucho su juicio. Él también era un gran soldado y yo le dije que tú eras el más grande. Bueno, ahora ya sabes por qué te seguiría hasta el infierno. Cuando estaba contigo sabía que todo estaba absolutamente bajo control».

Winters sentía por sus hombres lo mismo que ellos sentían por él. En 1991 resumió la historia de su Compañía y su significado: «La 101 División Aerotransportada se formó con cientos de buenas y sólidas compañías. Sin embargo, la Compañía E del 506.º Regimiento de Infantería Paracaidista sobresale de entre todas ellas gracias a ese vínculo especial que une a los hombres.

»Ese sentimiento extra especial, íntimo y de élite comenzó a forjarse bajo el estrés creado por el capitán Sobel en el Campamento Toccoa. Bajo ese estrés, la única manera en que los hombres podían sobrevivir era forjando un vínculo muy fuerte entre ellos. Finalmente, los suboficiales tuvieron que unirse a través de un intento de sublevación.

»La tensión en el entrenamiento fue seguida de la tensión en Normandía al protagonizar las principales misiones de combate para conseguir el control de la Playa Utah. En la situación de combate tu recompensa por un trabajo bien hecho es que te asignan la siguiente misión peligrosa. La Compañía E siguió haciendo bien su trabajo a través de Holanda, Bastogne y Alemania.

»El resultado de haber compartido toda esa tensión durante el entrenamiento y el combate ha creado un vínculo entre los hombres de la Compañía E que durará para siempre».

Carreras después de la guerra

1945 - 1991

CUARENTA Y OCHO MIEMBROS DE LA COMPAÑÍA E habían dado sus vidas por su país. Más de un centenar habían sido heridos, muchos de ellos gravemente, algunos dos veces, otros hasta tres veces, uno de ellos en cuatro ocasiones. La mayoría de esos hombres había sufrido estrés de combate, a menudo muy grave. Todos habían dado a la guerra los que consideraban los mejores años de su vida. Fueron entrenados como asesinos, acostumbrados a las matanzas y a tener reacciones instantáneas y violentas. Muy pocos de ellos tenían una educación universitaria antes de la guerra; la única habilidad que poseía la mayoría de ellos era la de un soldado de infantería de combate.

Regresaron a su país decididos a recuperar el tiempo perdido. Se apresuraron a ingresar en la universidad, utilizando para ello la Declaración de Derechos del Recluta, universalmente alabada por los soldados veteranos como la mejor muestra de legislación jamás concebida por el gobierno de Estados Unidos de América. Se casaron y tuvieron hijos lo antes posible. Luego salieron a construirse una vida para ellos.

Y tuvieron un éxito notable en esta nueva empresa, sobre todo debido a su determinación, ambición y trabajo duro, en parte gracias a los aspectos positivos que habían extraído de su experiencia en la guerra. En el Ejército habían adquirido autodisciplina, confianza en sí mismos y obediencia, habían aprendido que podían soportar más de lo que jamás hubiesen imaginado, que podían trabajar con otra gente formando parte de un equipo. Se habían presentado voluntarios al cuerpo de paracaidistas porque querían estar con los mejores y ser los mejores. Y lo habían logrado. No querían menos de la vida civil y allí también alcanzaron el éxito.

Estos miembros de la generación nacida entre 1910 y 1928 tenían un carácter de hierro. Eran los hijos de la Depresión, combatientes en la mayor guerra librada por el hombre, constructores y participantes del boom de la posguerra. Aceptaron una mano de la Declaración de Derechos del Recluta, pero jamás aceptaron una limosna. Lo hicieron a su manera. Unos pocos hicieron fortuna, algunos llegaron a ser poderosos, pero casi todos ellos construyeron su casa, hicieron su trabajo, formaron su familia y vivieron una buena vida, aprovechando de este modo al máximo la libertad que habían contribuido a preservar.

Parece apropiado comenzar por aquellos que recibieron graves heridas en

combate. El cabo Walter Gordon había recibido un disparo en la espalda en Bastogne que lo dejó paralizado. Después de seis semanas en un hospital en Inglaterra, yaciendo con las tenazas de Crutchfield atornilladas a la cabeza, comenzó a tener ciertas sensaciones en las extremidades. En este proceso le había ayudado el doctor Stadium, quien se colocaba a los pies de la cama y le provocaba: «No eres más que un jodido holgazán, Gordon». Gordon se erguía ligeramente, le devolvía el insulto y se ponía furioso. El hecho de que el doctor Stadium no se rindiese con su caso hizo que Gordon dijera: «Jamás se me pasó por la cabeza que podría ser un inválido desahuciado».

Cuando le quitaron aquel aparato de la cabeza, Stadium lo obligó a caminar, o al menos a arrastrar los pies. En la primavera de 1945, Gordon fue declarado «herido ambulatorio» y enviado de regreso a Estados Unidos en un barco-hospital, donde continuó su lento proceso de recuperación en el Lawson General Hospital de Atlanta. Estaba allí cuando acabó la guerra en Europa. Caminaba con intensos dolores en la espalda, se sentaba con dolores en la espalda, dormía con ese dolor. Cualquier trabajo físico estaba más allá de sus capacidades; obviamente ya no tenía ninguna utilidad para el Ejército. Hacia mediados de junio, su padre preguntó cuándo le licenciarían. «No lo sé», fue todo lo que Gordon pudo decirle.

El 16 de junio, Gordon fue sometido a un examen físico. El joven médico encargado de la revisión le dijo que sería transferido a Fort Benning con la clasificación de apto para trabajos limitados. Hasta donde Gordon pudo entenderlo, la razón del médico era la siguiente: «Las heridas nerviosas cicatrizan muy lentamente, de manera que licenciar a un veterano con mi grado de incapacidad justificaría una compensación realmente sustanciosa. Si me retenía durante algunos meses mi estado mejoraría sin duda».

Gordon llamó a su padre para comunicarle la noticia. Su padre se indignó. «Me recordó que yo había sido herido dos veces y que ahora, según sus palabras, era un inválido. El pensaba que yo ya había hecho mi parte y había llegado el momento de que regresara a casa». Luego le dijo a su hijo que le transmitiese un mensaje al médico del Ejército.

Gordon así lo hizo, aunque con cierta inquietud. Comenzó diciéndole al médico que se trataba de un mensaje de su padre y que él negaba cualquier relación con el mismo.

—¡Hable de una vez! —exclamó el médico, indicándole que estaba muy ocupado.

—Mi padre dice que le comunique que si me envían a cualquier otro destino que no sea mi casa, vendrá personalmente a buscarme y me llevará en avión a Washington D.C., y, si es necesario, me desnudará hasta la cintura en el hemiciclo del Senado.

El médico se puso pálido. Gordon pensó que su cara decía: «Oh, Dios mío, lo

único que me faltaba es tener a un senador de Mississippi en mi caso. Eso sería un billete seguro de ida al Pacífico. Hay que sacar a este tío de aquí».

—De acuerdo, licencia inmediata con incapacidad total —contestó el médico.

Se encargó personalmente de que Gordon recibiera un uniforme nuevo, lo llevó al dentista para que le arreglasen la dentadura y consiguió que le abonasen las pagas atrasadas.

Gordon asistió a la facultad de derecho en la Universidad Cumberland, en Lebanon, Tennessee. Con su incapacidad total que le reportaba 200 dólares mensuales, más los beneficios derivados de la Declaración de Derechos: «Yo era un estudiante rico». Y también un buen estudiante. Aprobó la Mississippi Bar incluso antes de acabar su licenciatura en derecho, «de modo que era un abogado que aún asistía a la facultad». Después de la graduación trabajó para varias compañías importantes en el negocio del petróleo en el sur de Louisiana. En 1951 conoció a Betty Ludeau en Acapulco, México, durante unas vacaciones. Se casaron un año más tarde, se mudaron a Lafayette, Louisiana, y comenzaron a formar lo que sería una familia con cinco hijos, cuatro de ellos niñas. «Me di cuenta de que con mi salario no podía mantener a Betty como ella necesitaba —cuenta Gordon—, de modo que me convertí en abogado independiente».

Gordon comenzó a participar en negocios de alto riesgo, comprando y vendiendo petróleo, especulando con futuros. Y tuvo éxito. Hoy los Gordon tienen una casa en Lafayette y apartamentos en Pass Christian, Mississippi, Nueva Orleans y Acapulco. Aún siente dolores y camina con cierta dificultad, pero los Gordon han sido bendecidos con unos hijos y nietos maravillosos, siguen enamorados como el primer día, les encanta hacerse bromas, ha sido una buena vida.

«¿Y qué significó el Ejército para usted?», le pregunté al final de nuestros tres días de entrevistas.

«Los tres años más importantes de mi vida —contestó Gordon—. Tuvo sobre mí un efecto impresionante. Hice amigos que siguen siendo los más importantes que he tenido nunca. Me considero un hombre increíblemente afortunado por haber salido con vida de aquello y más afortunado aún por haber estado con este grupo de hombres excelentes».

En diciembre de 1991, Gordon leyó un artículo en el Sun Herald de Gulfport. Decía que el mayor Jan Ritsema, un militar de Eindhoven, Holanda, se había negado a conocer al general H. Norman Schwarzkopf porque el comandante de las fuerzas de las Naciones Unidas destacadas en la guerra del Golfo tenía "demasiada sangre en sus manos". Ritsema dijo de Schwarzkopf: «Es la persona que creó la forma más eficaz posible de matar al mayor número de personas posible».

Gordon entonces le escribió al mayor Ritsema: «El 17 de septiembre de 1944 participé en la importante operación aerotransportada que se llevó a cabo para liberar

a su país. Como miembro de la Compañía E, 506.º Regimiento de Infantería Paracaidista, tomé tierra cerca del pequeño pueblo de Son. Al día siguiente avanzamos hacia el sur y liberamos Eindhoven. Mientras cumplíamos nuestra misión sufrimos numerosas bajas. Es la jerga que se usa en la guerra para hablar de un baño de sangre. Ocupamos varias posiciones defensivas durante más de dos meses. Igual que los animales, vivimos en hoyos cavados en la tierra, graneros, pajares, y de la mejor manera que pudimos. El tiempo era húmedo y frío. A pesar de estas condiciones tan adversas, conseguimos mantener el terreno que nos había costado tanto conquistar.

»En aquella época los habitantes de Holanda no compartían su aversión hacia los baños de sangre cuando la sangre derramada era la de los alemanes que ocupaban su ciudad. Qué rápido olvidamos. La historia ha demostrado en más de una ocasión que Holanda podría ser conquistada nuevamente si su poderoso vecino, Alemania, tiene un fin de semana tonto y los campos de golf están llenos.

»Por favor, no permita que su país sea engullido por Liechtenstein o el Vaticano, ya que no tengo intención de regresar. En cuanto a la fecha de hoy, están solos».

El sargento Joe Toye describe sus experiencias: «Después de haber sido herido (mi cuarto Corazón Púrpura) en Bastogne tuve que someterme a varias operaciones. La más importante de ellas supuso la amputación de mi pierna derecha por encima de la rodilla. Posteriormente sufrí otras dos operaciones, ambas destinadas a quitarme restos de metralla que aún seguían alojados en la parte superior de la cavidad torácica. Para conseguirlo, el cirujano tuvo que intervenirme a través de la espalda.

»Me casé el 15 de diciembre de 1945 mientras aún me encontraba convaleciente en el hospital en Atlantic City. Me licenciaron del Ejército el 8 de febrero de 1946».

A Toye le fue concedida una incapacidad del 80%.

Antes de la guerra había sido vaciador en una fundición, pero con una pierna de madera ya no podía seguir haciendo ese trabajo. Encontró trabajo en una fábrica textil en Reading, Pennsylvania, y luego trabajó durante veinte años para Bethlehem Steel como afilador.

Tiene tres hijos y una hija. «Solía llevar a los chicos a cazar, a pescar, pero jamás llevaba un arma porque tenía miedo de tropezar. Con esta pierna artificial, si algo la frena, puedes estar seguro de que te vas al suelo. De modo que jamás llevo un arma. Pero les he llevado a pescar y a cazar venados. Todos los años me marchaba de acampada con ellos a Canadá».

Desde 1946 se han producido notables avances en la tecnología de las piernas ortopédicas. Toye está seguro de que los médicos de los hospitales para veteranos de guerra lo han tratado bien y le han mantenido actualizado con las últimas innovaciones. Pero tiene una queja. Quiere dos piernas, una ligeramente más grande que la otra en la zona donde se une al muñón. Pero como los médicos dicen que con

una es suficiente, «no me atrevo a ganar o perder peso, de otro modo esta maldita cosa no encajará en el muñón».

El sargento Bill Guarnere también perdió una pierna, por encima de la rodilla, en Bastogne. Después de ser licenciado en el verano de 1945, le fue reconocida una incapacidad del 80%. Se casó, tuvo un hijo y trabajó como impresor, viajante, empleado en la Asociación de Veteranos y carpintero. En su hoja de servicios se produjeron algunas confusiones que le costaron dinero y provocaron varias disputas con la Asociación de Veteranos. En 1967 consiguió finalmente la incapacidad total y pudo jubilarse. Se desprendió de su pierna ortopédica y durante los últimos veinticuatro años ha usado muletas para desplazarse. Se mueve más rápido que tipos más jóvenes con las dos piernas sanas. Vive en Filadelfia, donde se crió, junto a su esposa Fran. Tienen cinco hijos; su hijo mayor fue paracaidista en Vietnam. Es un miembro activo de la Asociación de la 101 y se preocupa por reunir a los miembros de la Compañía E.

El sargento Chuck Grant, que recibió un balazo en la cabeza de un soldado estadounidense borracho en Austria una vez acabada la guerra, salvó la vida gracias a la intervención del neurocirujano alemán. Su proceso de recuperación fue muy lento, quedándole como secuelas cierta dificultad en el habla y el brazo izquierdo parcialmente paralizado. Después de recibir el alta médica con el grado de incapacidad total, vivió en San Francisco, donde regentaba un pequeño estanco. A lo largo de los años asistió regularmente a las reuniones de la Compañía E y fue un miembro activo de la Asociación de la 101. Mike Ranney lo presentó como candidato para representar al 506.º en la Junta de la Asociación de la 101; resultó elegido y sirvió en su cargo con gran orgullo. Murió en 1984.

El teniente Fred «Moose» Heyliger, que recibió dos disparos de otro soldado norteamericano en Holanda, fue trasladado en avión a un hospital en Glasgow y luego viajó en el Queen Elizabeth de regreso a Estados Unidos. Durante los dos años y medio siguientes fue trasladado otras tres veces. Antes de su licenciamiento en febrero de 1947 le realizaron varios injertos de piel y nervios. Aprovechando la Declaración de Derechos se inscribió en la Universidad de Massachusetts, donde se graduó en 1950 con un rango académico en horticultura ornamental. Durante los cuarenta años siguientes trabajó para varias compañías dedicadas a la jardinería ornamental y también como asesor y proveedor de campos de golf. Tiene dos hijos y una hija y continúa practicando sus pasatiempos preferidos, la caza con arco y

flechas, la observación de las aves y la acampada.

El sargento Leo Boyle fue licenciado del Ejército el 22 de junio de 1945 después de haber pasado nueve meses en hospitales de Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos. Le concedieron una incapacidad del 30%. Consiguió un trabajo como guardafrenos en el ferrocarril pero sus piernas no soportaban el esfuerzo. Luego trabajó en una oficina de correos, clasificando la correspondencia, pero nuevamente sus piernas le obligaron a dejarlo. «En aquella época estaba tan enfermo y confuso que ingresé en el hospital de veteranos. Después de haber permanecido varios días allí, un equipo compuesto por tres médicos declaró que tenía una incapacidad del 50% y me dieron el alta».

Boyle aprovechó sus beneficios constitucionales como veterano de guerra para ingresar en la Universidad de Oregón, donde se especializó en Ciencia Política y obtuvo una licenciatura con honores. Se dedicó a dar clases en institutos y, finalmente, comenzó a trabajar con chicos con problemas de aprendizaje. «Fue una carrera enormemente gratificante. Siempre existe un vínculo muy cálido y positivo entre los discapacitados y su profesor». Cuando se jubiló en 1979 le fue concedida la Llave de Servicio Phi Delta Kappa por Liderazgo e Investigación en la Educación para Discapacitados.

Otros dos miembros de la Compañía, el último sargento primero y el comandante original de la Compañía, también resultaron víctimas de la guerra.

El sargento Floyd Talbert tenía heridas y cicatrices, que podía soportar sin mayores dificultades, y recuerdos que lo abrumaban. Se convirtió en un vagabundo y un alcohólico. Se ganó la vida como buenamente pudo haciendo de pescador, cazador, trampero y guía en el norte de California. Sufrió varios ataques cardíacos.

Talbert era uno de los pocos miembros de la Compañía que se perdió de vista. En 1980, Gordon solicitó la ayuda de su padre congresista y del hijo de George Luz, Steve, para dar con el paradero de Talbert. El sargento Mike Ranney se unió a la búsqueda. Finalmente consiguieron localizarle en Reading, California, y convencerlo para que asistiera a la reunión de todos los miembros vivos de la Compañía que se celebró en 1981 en San Diego.

Ranney le dejó su dirección. Winters y otros le escribieron sendas cartas. En su respuesta de tres páginas escritas a mano a Winters, Talbert recordó sus experiencias: «¿Recuerdas aquella vez que nos llevabas a Carentan? ¡Verte en medio de aquella carretera gritándonos que avanzáramos fue demasiado!... ¿Recuerdas cuando nos obligaron a retroceder en Holanda? El teniente Peacock lanzó su carabina a la carretera. No quería moverse. Juro por Dios que le dije que cogiese su carabina y echara a andar o le pegaba un tiro. Me obedeció. Me gustaba Peacock, era un oficial honesto que se regía por el manual, pero no era un soldado. En la medida en que me

dejara que me encargase de los hombres, él y yo no teníamos problemas.

»Dick, esto puede seguir y seguir. Nunca he hablado de estas cosas con nadie. Las cosas que hicimos son jodidamente sagradas para mí». Luego firmó: «Tu devoto soldado para siempre».

Talbert había incluido una fotografía reciente. Parecía un cazador de las montañas. En su respuesta, Winters le dijo que se afeitara la barba y se cortara el pelo si tenía intención de viajar a San Diego. Así lo hizo, pero se presentó vestido con sus usadas prendas de cazador. El primer día, Winters y Don Moone lo llevaron a una tienda y le compraron ropa. Talbert murió antes de que acabara el año.

Gordon escribió su epitafio. «Casi todos los hombres de la Compañía E sufrieron heridas de diversa gravedad. Algunos de nosotros cojeamos, otros tienen problemas de visión o audición, pero casi sin excepciones hemos sido capaces de modificar nuestras vidas para adaptarnos a esa herida. Tab mantenía un conflicto permanente con un demonio que vivía dentro de su pecho. Pagó un precio muy alto por su servicio a su país. No podría haber dado más sin haber entregado su vida».

Dick Winters le ofreció un último tributo: «Si tuviese que elegir sólo a un hombre para que me acompañara en una misión de combate, ese hombre sería Talbert».

El capitán Herbert Sobel no tenía heridas físicas, pero sí profundas heridas mentales. Fue otro de los que desapareció de vista. Se casó, tuvo dos hijos, se divorció y fue separado de sus hijos. Trabajó como contable en una compañía de aparatos eléctricos en Chicago. A principios de la década de 1960, el mayor Clarence Hester viajó a Chicago por cuestiones relacionadas con sus negocios. Concertó un almuerzo con él. Encontró a Sobel profundamente amargado con la Compañía E y con la vida en general. Veinte años más tarde, Guarnere intentó localizar a Sobel. Finalmente encontró a su hermana, quien le dijo que Sobel tenía problemas mentales y que dirigía toda su ira hacia los hombres de la Compañía E. No obstante, Guarnere continuó pagando las cuotas de Sobel en la Asociación 101, esperando de este modo que participara en la organización, pero eso no sucedió. Poco tiempo después el capitán Sobel intentó suicidarse pegándose un tiro. Pero falló. Finalmente murió en septiembre de 1988. Su funeral fue una ceremonia muy triste. No asistieron su esposa ni sus hijos y tampoco ningún miembro de la Compañía E.

El sargento Skinny Sisk también lo pasó muy mal tratando de sacudirse sus recuerdos de la guerra. En julio de 1991 le escribió una carta a Dick Winters para explicarle lo que le sucedía. «Mi carrera después de la guerra fue tratar de bebérmelo todo para olvidar el camión de boches que detuve en Holanda y aquel jodido nazi que perseguí y maté en los Alpes bávaros. El viejo Moe Alley dijo que todos los alemanes que yo había matado se iban a meter en la cama conmigo uno de estos días y lo han hecho. Después de la guerra aquellos recuerdos no me abandonaban y comencé a

beber. ¡Ja! Ja!

»Entonces la hija menor de mi hermana, de sólo cuatro años, entró en mi habitación (yo resultaba demasiado insoportable para el resto de mi familia, ya fuese con resaca o borracho) y me dijo que Jesús me amaba y que ella me amaba y que si yo me arrepentía Dios me perdonaría por todos aquellos hombres que yo intentaba seguir matando una y otra vez.

«Aquella niña pequeña me llegó al alma. Le dije que saliera de mi habitación y volviese con su madre. Y allí mismo incliné la cabeza sobre el viejo plumón de mi madre y me arrepentí y Dios me perdonó por lo que había hecho en la guerra y todas las otras cosas malas que había hecho durante todos esos años. A finales de 1949 fui ordenado ministro del Señor y puedes creerme, Dick, desde entonces sólo he zurrado a un solo hombre y se lo merecía. Tengo cuatro hijos, nueve nietos y dos bisnietos.

»Os veré a todos en la próxima reunión de la Compañía si es la voluntad del Señor. Si no es así, te veré en el último salto. Sé que no te quedarás congelado de miedo en la puerta».

La contribución de la Compañía E a la defensa de la nación no acabó con la disolución de la misma. Muchos de sus integrantes permanecieron en el Ejército. El teniente S. H. Matheson, un oficial de la Compañía original que había ascendido rápidamente hasta el estado mayor del regimiento, se convirtió en general de dos estrellas y comandante de la 101 División Aerotransportada. Bob Brewer alcanzó el grado de coronel y pasó la mayor parte de su tiempo trabajando para la Agencia Central de Inteligencia (CIA) en Extremo Oriente. Ed Shames llegó a coronel de la reserva.

El sargento Clarence Lyall continuó su carrera militar en el cuerpo de paracaidistas. Realizó dos saltos de combate durante la guerra de Corea y en 1954 fue asignado al 294 Regimiento Paracaidista francés como asesor. El 29.º estaba destacado en Dien Bien Phu. Lyall se marchó dos semanas antes de que la guarnición francesa se rindiera ante las fuerzas vietnamitas. Lyall pertenece al pequeño grupo de hombres que han efectuado cuatro saltos de combate. Y no hay duda de que es el único que ha participado tanto en la batalla de las Ardenas como en el sitio de Dien Bien Phu.

El sargento Robert «Burr» Smith también permaneció en el cuerpo de paracaidistas, alcanzó el grado de oficial y finalmente fue ascendido a teniente coronel. Estuvo al mando de una unidad de Fuerzas Especiales de la Reserva en San Francisco. En diciembre de 1979 le escribió a Winters: «Finalmente mi nombramiento en la reserva me llevó a una nueva carrera en una agencia del gobierno, que a su vez significó pasarme ocho años en Laos como asesor civil de una importante fuerza irregular. Continué saltando de forma regular hasta 1974, cuando la

falta de interés me llevó a probar con los planeadores, y ésa ha sido mi pasión desde entonces... En cuanto al presente, estoy asignado como asistente especial del comandante de Delta Force, el grupo de combate antiterrorista estacionado en Fort Bragg. Mis especialidades son (¡sorpresa! ¡sorpresa!): operaciones aerotransportadas, armas ligeras y operaciones al mando de unidades pequeñas.

»Mi oficina está en Buckner Road, justo enfrente del lugar donde nos encontrábamos antes de partir hacia Inglaterra. Los viejos edificios están exactamente como los viste la última vez y aún están en servicio...

»Es curioso esto del "Ejército moderno", Dick. Estoy asignado a la que tiene fama de ser la mejor unidad en el Ejército de Estados Unidos, la Delta Force, y creo que lo es. Sin embargo, hombre por hombre, ¡me quedaría siempre con mi Compañía de paracaidistas de la guerra! Durante tres años tuvimos algo que jamás será igualado».

Smith fue uno de los militares elegidos para participar en la misión secreta que organizó el gobierno estadounidense en 1980 para rescatar a los rehenes de la embajada de Estados Unidos en Teherán. Pero cuando la CIA se enteró, le prohibió ir porque conocía demasiados secretos. «De modo que me perdí la que hubiera sido la última aventura de mi vida —le escribió a Winters—. ^[51] Había vivido, trabajado y entrenado con la Delta Force prácticamente todos los días durante dos años, Dick, y me supo fatal que me dejaran atrás».

Luego, Smith hablaba de liderazgo. Escribió a Winters: «Fuiste bendecido (algunos dirían premiado) con el respeto y la admiración de 120 soldados, fundamentalmente civiles con uniforme, que te hubieran seguido hasta la muerte. Yo he sido soldado la mayor parte de mi vida adulta. En ese tiempo he llegado a conocer sólo a un puñado de grandes soldados, y de ese puñado sólo la mitad o menos procede de mi experiencia en la Segunda Guerra Mundial, y dos de ellos pertenecen a la vieja Compañía E, tú y Bill Guarnere. El resto de nosotros no estaba mal... buenos soldados en general, y unos pocos mejores que la media, pero sé lo que significa "temple bajo presión" más que la mayoría de los hombres. Y tú lo tenías».

En 1980, mientras volaba en un planeador experimental, Smith se estrelló y sufrió graves heridas. Cuando le estaban operando los pulmones, los médicos descubrieron un tumor canceroso. Rader, que había sacado a Smith de un campo inundado el 6 de junio de 1944, le visitó en el hospital. Jugaron a un juego de nombres: uno decía el nombre de uno de los hombres de Toccoa y el otro trazaba un breve perfil. Poco después, Smith murió.

El sargento Amos «Buck» Taylor pasó veinticinco años con la CIA, trabajando en la División de Extremo Oriente de la Dirección de Operaciones Clandestinas, a veces en Washington, otras en el extranjero. No quería hablar demasiado de lo que hacía; se limitaba a decir que «las grandes amenazas para nuestro país en aquella parte del mundo son la China comunista y, por supuesto, la Unión Soviética. Eso le dará una

idea del objetivo de mi trabajo. Nada más».

Cuando el capitán Speirs regresó a Inglaterra en el verano de 1945 descubrió que la «viuda» inglesa con la que se había casado, y que había dado a luz a su hijo, no era viuda en absoluto. Su esposo reapareció después de haber pasado unos años en un campo de prisioneros de guerra. Y ella decidió quedarse con él. La pareja se apropió además de todos los objetos que Speirs había enviado a Inglaterra producto de su saqueo en diversos países. Speirs decidió entonces permanecer en el Ejército. Realizó un salto de combate en Corea y estuvo al mando de una compañía de fusileros en el frente de batalla. En 1956 realizó un curso de lengua rusa en Monterrey, California, y luego fue asignado a Potsdam, Alemania Oriental, como oficial de enlace con el Ejército soviético. En 1958 fue nombrado gobernador militar de la prisión de Spandau, en Berlín, donde Rudolf Hess estaba cumpliendo su condena a cadena perpetua. En 1962 viajó a Laos con la misión estadounidense de apoyo al Ejército Real laosiano.

Hoy, cuando los viejos compañeros de la Compañía E le llaman y comienzan la conversación diciendo: «Seguramente no te acordarás de mí, pero estuvimos juntos durante la guerra», Speirs contesta: «¿En cuál?». Su hijo Robert, aquel niño nacido en Inglaterra durante la guerra, es comandante de infantería en el Cuerpo de Fusileros Reales del Rey, los «Chaquetas Verdes» y el «orgullo y la alegría» de Speirs.

David Webster no podía entender que alguien quisiera quedarse en el Ejército. Él quería ser escritor. Se trasladó a California y pagó sus facturas con una amplia variedad de extraños trabajos mientras continuaba escribiendo y enviando artículos y redactaba un libro sobre sus experiencias en la guerra. Consiguió que le publicasen numerosos artículos, el más importante de ellos en el prestigioso *The Saturday Evening Post*, pero no logró que ningún editor se interesara por el libro. Se convirtió en reportero, primero en el *Daily News* de Los Ángeles y luego en el *Wall Street Journal*. En 1951 se casó con Barbara Stoessel, que era artista y hermana de Walter J. Stoessel Jr., que llegó a ser embajador de Estados Unidos en Polonia, la Unión Soviética y Alemania Occidental.

Webster había sentido desde siempre una enorme fascinación por los tiburones. «El tiburón para él —escribe Barbara—, se convirtió en un símbolo de todo aquello que el mar tiene de misterioso y feroz. Comenzó a reunir material para escribir un libro. Su investigación le ocupó varios años. Estudió a los tiburones de primera mano, bajo el agua, nadando entre ellos; y atrapó a muchos, pescando con sedal desde su esquife de ocho metros al que había puesto el nombre de *Tusitala*, que significa «Narrador de historias». Escribió el libro y lo envió a veintinueve editoriales, pero no pudo convencer a ningún editor de que alguien quisiera leer un texto que hablase de tiburones».

El 9 de septiembre de 1961, Webster zarpó desde el puerto de Santa Mónica con cebo de calamar, un sedal grueso y anzuelos para la pesca del tiburón. Jamás regresó. Al día siguiente, las embarcaciones que salieron en su busca descubrieron al Tusitala a unos ocho kilómetros de la costa. Había perdido un remo y la caña del timón. El cuerpo de Webster nunca se encontró.

Barbara consiguió que su libro sobre los tiburones fuese publicado (Myth and Maneater, W. W. Norton & Co., 1963). También apareció una edición británica y otra de libro de bolsillo en Australia. Cuando en 1975 se publicó Tiburón, Dell lanzó una masiva edición de bolsillo.

Tres de los sargentos se convirtieron en hombres ricos. John Martin asistió a la Universidad de Ohio State con su dinero del Ejército y luego regresó a su trabajo en el ferrocarril. Llegó a ser supervisor, tenía coche, secretaria y estaba ganando mucho dinero, aparte de su ocupación principal, construyendo casas. En 1961 lo abandonó todo y, a pesar de las protestas de su esposa y sus hijos, que entonces estaban en el instituto, se mudaron a Phoenix, Arizona, y Martin comenzó a construir casas. Todo su capital ascendía en aquella época a 8000 dólares y todo el mundo pensó que estaba loco. Al acabar el primer año pagó en concepto de impuestos más de lo que había ganado trabajando para el ferrocarril. Muy pronto estaba construyendo edificios de apartamentos y hospitales para la tercera edad. Extendió sus actividades como constructor a Texas y Montana. En 1970 compró un rancho de ganado en las montañas del oeste de Montana. Hoy es multimillonario. Aún le gusta correr riesgos, aunque ya no salta desde los aviones. Ha resistido ofertas muy tentadoras para vender su negocio; el presidente de Martin Construction es John Martin, mientras que Patricia, su esposa, es la vicepresidente y tesorera de la empresa. También son los directores y únicos accionistas de la compañía.

Don Moone empleó los beneficios de su paso por el Ejército para matricularse en el Grinnell College y luego entró en el negocio de la publicidad. Ascendió rápidamente. En 1973 se convirtió en presidente de Ketchum, MacLeod & Grove Inc., una importante empresa de publicidad de Nueva York. Cuatro años más tarde, a los 51, se retiró, construyó su casa en Florida y desde entonces ha vivido allí sin problemas económicos y en un ambiente acomodado.

Carwood Lipton se especializó en ingeniería en el Marshall College (hoy Universidad), mientras su esposa Jo Anne criaba a sus tres hijos. Lipton entró a trabajar para Owens Illinois, Inc. Ascendió rápidamente en la empresa y, en 1971, se trasladó a Londres como director de producción de ocho fábricas de vidrio en Inglaterra y Escocia. En 1974 se trasladó a Ginebra, Suiza, como encargado de las operaciones de la empresa en Europa, Oriente Medio y África. En 1975, Jo Anne murió de un ataque al corazón. Al año siguiente, Lipton se casó con una viuda, Marie Hope Mahoney, cuyo esposo había sido un gran amigo de Carwood, del mismo modo

en que Marie había sido íntima amiga de Jo Anne. A solicitud de la dirección de United Glass, Ltd., escribió un folleto titulado Líderes. Era un tema que conocía muy bien.

Lipton se retiró en 1983. «Actualmente —escribe— vivo disfrutando de un confortable retiro en Southern Pines, Carolina del Norte, donde había decidido que algún día viviría mientras estábamos entrenando en el Campamento MacKall. Mis pasatiempos son viajar alrededor del mundo, el golf, la construcción de modelos a escala, la carpintería y la lectura».

Lewis Nixon siempre había sido rico. Se hizo cargo del vasto imperio industrial y agrícola de su padre y lo dirigía mientras viajaba alrededor del mundo. Hoy la lectura es su pasatiempo favorito.

El teniente Buck Compton continuó desarrollando trabajos relacionados con el servicio público, de modo que llegó a ser más famoso que rico. Desde 1947 hasta 1951 fue detective en el Departamento de Policía de Los Ángeles, luego pasó veinte años como fiscal de la oficina del procurador general del distrito, convirtiéndose finalmente en jefe auxiliar del fiscal del distrito. En 1968 dirigió la investigación del caso de Sirhan Sirhan, el asesino de Robert Kennedy, y luego se hizo cargo del procesamiento. En 1970, el entonces gobernador Ronald Reagan le designó en el Tribunal de Apelación de California como magistrado auxiliar. Su esposa Donna y él tienen dos hijas y un nieto. Su reputación indica que sigue siendo el mejor atleta de la Compañía; se dice también que es un excelente jugador de golf.

El sargento Mike Ranney obtuvo su título de periodista por la Universidad de Dakota del Norte, realizando luego una exitosa carrera como reportero, editor de periódicos y asesor de relaciones públicas. Su esposa Julia y él tienen cinco hijas y siete nietos. En 1980 comenzó a publicar lo que llamó: Boletín espasmódico de la Compañía E. He aquí algunos ejemplos:

Marzo de 1982: «El contingente de Pennsylvania se reunió en la casa de Dick Winters para dar una fiesta sorpresa a Harry Welsh. Fenstermaker, Strohl, Guarnere y Guth se lo pasaron en grande».

1980: «La reunión prevista para este verano en Nashville promete ser uno de los mayores acontecimientos de la Compañía E. Una lista parcial de los asistentes: Dick Winters, Harry Welsh, Moose Heyliger y Buck Compton por los oficiales; Chuck Grant, Paul Rogers, Walter Scott Gordon; Tipper, Guarnere, Rader, Heffron, Ranney, Johnny Martin, George Luz, Perconte, Jim Alley y nada menos que un personaje como Burr Smith».

1983. «Don Moone se ha retirado de su negocio de publicidad y ahora vive en Florida. Él, Gordon y Carwood se reunieron en Nueva Orleans».

Con sólo algunas excepciones, estos hombres no tenían ninguna relación

comercial o profesional. Ninguno vivía en la misma ciudad, muy pocos en el mismo estado (salvo Pennsylvania). Sin embargo, permanecían en contacto. En enero de 1981, Moone le escribió a Winters para agradecerle un regalo de Navidad que le había enviado y también para ponerlo al día de las últimas noticias: «Fue una gran noticia que hayan localizado finalmente a Talbert. Le llamé inmediatamente y, después de un breve intercambio de insultos, hablamos un rato. Siempre sentí aprecio por Tab. Él se ocupó de mí en aquellos días. El día de Año Nuevo, a las 06:00 de la mañana, Tab me llamó para desearme un feliz año nuevo. Estaba borracho pero coherente. Reconoce que tiene problemas con la bebida, tal como sospechábamos, pero que sólo bebe en ocasiones especiales. Tengo la sospecha de que Noche-vieja es uno de esos momentos especiales.

»Don Malarkey me llamó a las 03:00 de la madrugada y también parecía encontrarse bastante alegre».

Ranney se jubiló para dedicarse a escribir poesía y sus memorias, pero en septiembre de 1988 murió antes de haber comenzado.

Además de Heyliger, Martin, Guarnere y Toye, otros hombres también se dedicaron a trabajos relacionados con la construcción, los edificios o la fabricación de cosas. El capitán Clarence Hester se convirtió en contratista de material para tejados en Sacramento, California. El sargento Robert «Popeye» Wynn se convirtió en herrero estructural de obra en edificios y puentes. El soldado John Plesha trabajó para el Departamento de Autopistas del Estado de Washington. El sargento Denver «Buil» Randleman fue superintendente de un contratista de construcción pesada en Louisiana. El sargento Walter Hendrix pasó cuarenta y cinco años en el negocio del pulido, trabajando con granito. El sargento Burton «Pat» Christenson pasó treinta y ocho años con la Pacific Telephone and Telegraph Company, instalando líneas nuevas, hasta convertirse finalmente en supervisor y profesor. El sargento Jim Alley fue carpintero, luego trabajó en la construcción de represas en la frontera entre Canadá y el estado de Washington. Por último creó su propia empresa de construcción en California.

Además de Leo Boyle, otros hombres de la Compañía E también se dedicaron a la enseñanza. Después de haber pasado la comezón de los veinte años en el Ejército, el sargento Leo Hashey se dedicó a impartir lecciones sobre seguridad en el agua para la Cruz Roja en Portland, Oregón. Se convirtió en director de educación sanitaria y seguridad. El sargento Robert Rader se dedicó a la enseñanza de incapacitados en el Instituto Paso Robles en California durante más de treinta años. El capitán Harry Welsh se casó inmediatamente después de haber regresado a Estados Unidos con su novia de toda la vida, Kitty Griogan, quien llevaba un vestido hecho con el paracaídas de reserva que tenía el Día D y que llevó consigo durante toda la guerra.

Fue a la universidad, enseñó, consiguió un doctorado y trabajó como consultor de instituto y luego como administrador. El sargento Forrest Guth enseñó impresión, carpintería, electricidad y electrónica y dirigió el sonido y la puesta en escena de producciones escolares en Norfolk, Virginia y Wilmington, Delaware, hasta su jubilación. El soldado Ralph Stafford escribe: «Graduado en 1953, comencé a dar clases en un curso en Fort Worth. Me dediqué a la enseñanza durante tres años y fui director de escuela primaria durante 27 años y amaba mi profesión. Era realmente mi vocación. Fui elegido presidente del Distrito V, Asociación de Maestros del Estado de Texas (Dallas-Fort Worth, 20 000 miembros).

»En 1950 fui a cazar aves con algunos tíos del departamento de bomberos. Maté un ave de un disparo y sentí un profundo remordimiento al verla caer; no me había hecho ningún daño y tampoco podría habérmelo hecho. Volví a la camioneta y me quedé allí hasta que la partida de caza acabó y los demás volvieron. Nunca más salí a cazar».

El sargento Ed Tipper fue a la Universidad de Michigan para licenciarse, y luego a la de Colorado State para conseguir el doctorado. Trabajó como profesor de instituto en los suburbios de Denver durante casi treinta años. «Después de retirarme —escribe— viajé a Costa Rica a visitar a uno de mis antiguos alumnos. Allí conocí a Rosy, de 34 años. Después de un cortejo a la vieja usanza de casi un año, nos casamos ante la oposición de casi todo el mundo, excepto Dick Winters. Era difícil no estar de acuerdo con esa oposición, especialmente con el argumento de que casarse con un fulano de 61 años probablemente significaría renunciar a cualquier esperanza de formar una familia, una consideración muy importante para las mujeres latinas. Nuestra hija Kerry nació a los diez meses de habernos casado. Rosy asistió a la facultad de Medicina en Guadalajara y en 1989 consiguió su título de doctora en medicina».

Tipper fue operado de cáncer recientemente. «Mi esposa, mi hija y yo acabamos de mudarnos a una casa nueva. Puede parecer extraño que un tío de setenta años se compre una casa, pero el lema de nuestra familia es "Nunca es demasiado tarde"».

El sargento Rod Bain se graduó en el Western Washington College (hoy Universidad) en 1950, se casó aquel mismo año, tuvo cuatro hijos y pasó veinticinco años como maestro y administrador en Anchorage, Alaska. Pasa sus veranos «con una red rastrera tratando de atrapar al escurridizo salmón de Alaska».

Ed Tipper se hace siempre una pregunta: «¿Es casual que tantos ex paracaidistas de la Compañía E se hayan convertido en maestros? Tal vez para algunos hombres un período de violencia y destrucción en un momento de sus vidas hace que busquen algo que sea creativo como un equilibrio en otra parte de la vida. Parece que también tenemos un número desproporcionado de constructores de casas y otras cosas en el grupo que vemos en las reuniones».

El soldado Bradford Freeman regresó a su granja. En 1990, Winters le escribió para decirle que a menudo viajaba al sur para visitar a Walter Gordon y que le gustaría pasar algún día a visitar la granja. Bradford Freeman le contestó: «Sería un gran honor que viniese a visitarnos en Mississippi. Tenemos una buena sombra para sentarnos en verano y una buena estufa en invierno. Me dedico sobre todo a cuidar el huerto y cortar heno para las vacas en verano y alimentarlas en invierno. El resto del tiempo lo dedico a cazar y pescar. Cerca de la granja corre el Tombigbee y observo las barcazas que van río arriba y río abajo. Le envío una foto de la casa y las vacas. En el porche delantero tengo un buen lugar para sentarme. Espero que venga a visitarnos alguna vez».

Winters lo hizo. Fue una visita muy agradable. Winters le pidió a Freeman que escribiese un breve texto contando lo que había hecho después de la guerra para incluirlo en este libro. Freeman concluyó con estas líneas: «Lo que he escrito no es gran cosa pero pasé una época realmente buena y no me cambiaría por nadie».

El mayor Richard Winters también escribió un relato de su vida una vez acabada la guerra: «Al ser licenciado del servicio activo el 29 de noviembre de 1945, Lewis Nixon me invitó a venir a Nueva York para que conociera a sus padres. Su padre me ofreció un trabajo y me convertí en gerente de personal de la Nixon Nitration Works, Nixon, Nueva Jersey. Mientras trabajaba, aproveché el dinero del Ejército para seguir unos cursos de gestión de negocios y personal en la Universidad Rutgers. En 1950 me ascendieron a Director General de la empresa Nixon Nitration Works.

»En 1948 me casé con Ethel Estoppey. Tenemos dos hijos. Tim tiene el doctorado en Lengua Inglesa por la Universidad de Pennsylvania State y Jill una licenciatura por el Albright College.

»Fui llamado nuevamente a filas cuando estalló la guerra de Corea. En Fort Dix, Nueva Jersey, fui asignado al estado mayor como oficial de planificación y entrenamiento del regimiento. Cuando me licenciaron regresé a Pennsylvania, dedicándome a administrar una granja y a vender productos sanitarios para animales y mezclas de vitaminas para las compañías de semillas. En 1951 compré una granja en las estribaciones de la Blue Mountain, a unos doce kilómetros al este de Indiantown Gap. Aquí es donde he encontrado la paz y la tranquilidad que me prometí a mí mismo el Día D».

Ésta es una típica demostración de la modestia de Winters. Vive sin lujos en su granja y en una pequeña casa en Hershey, pero es un hombre rico que alcanzó notable éxito al crear y comercializar un nuevo y revolucionario alimento para el ganado y otros productos alimenticios para animales.

También es el más bondadoso de los hombres. En julio de 1990, cuando acabó de

contarme cómo habían barrido prácticamente a toda una compañía de fusileros alemana en aquel dique de Holanda el 5 de octubre de 1944, fuimos a dar un paseo hasta el estanque. Una bandada de aproximadamente treinta gansos canadienses levantó el vuelo; uno de los gansos se quedó rezagado, llamando lastimeramente a sus compañeros. Winters me explicó que el pobre animal tenía una pata quebrada.

Le dije que tendría que empuñar una escopeta y acabar con el pobre ganso antes de que un zorro lo devorase. «Puede congelarlo para el Día de Acción de Gracias».

Me miró asombrado. «¡No podría hacer semejante cosa!», dijo, horrorizado ante la idea.

Es incapaz de tener una reacción violenta, jamás levanta la voz, es un hombre que desprecia la exageración, el autobombo o las poses. Ha conseguido en la vida exactamente aquello que quería, esa paz y tranquilidad que se prometió a sí mismo mientras intentaba conciliar el sueño en la noche del 6 al 7 de junio de 1944, y el amor y respeto permanentes de los hombres que tuvo a su mando en la Compañía E durante la Segunda Guerra Mundial.

En uno de sus últimos boletines, Mike Ranney escribió: «Al pensar en los días que pasamos en la Compañía E, guardo especialmente la respuesta que le di a uno de mis nietos cuando me preguntó: "Abuelo, ¿fuiste un héroe en la guerra?"

«"No —le contesté—, pero serví en una Compañía de héroes"».

Agradecimientos y fuentes

EN EL OTOÑO DE 1988, LOS VETERANOS DE LA COMPAÑÍA E, 506.º Regimiento de Infantería de Paracaidistas, 101 División Aerotransportada, celebraron una reunión en Nueva Orleans. Junto con Ron Drez, mi subdirector del Eisenhower Center en la Universidad de Nueva Orleans, fui al hotel donde se alojaban para grabar una entrevista colectiva sobre su experiencia en el Día D, como parte del Proyecto Día D del Centro de recoger testimonios orales de los soldados que habían tomado parte en el desembarco de Normandía. La entrevista mantenida con la Compañía E fue especialmente buena porque esos hombres habían lanzado un audaz y exitoso ataque contra una batería alemana en las proximidades de la Playa Utah.

Cuando el mayor Richard Winters, uno de los miembros originales de la Compañía, más tarde su comandante y finalmente comandante en jefe del 2.º Batallón, leyó la transcripción de la entrevista colectiva se mostró contrariado por algunas afirmaciones inexactas y exageradas contenidas en la misma. Winters quería que la historia fuese fiel a los hechos. En febrero de 1990, Winters, Forrest Guth y Carwood Lipton viajaron a Pass Christian, Mississippi, a visitar a Walter Gordon. Yo vivo en el pueblo de Bay St. Louis y Pass Christian se encuentra justo al otro lado de la bahía, de modo que Gordon es mi vecino. Me llamó para preguntarme si los veteranos de la Compañía E podían continuar con la entrevista. Le dije que sí, naturalmente, y les invité a reunimos y a cenar a nuestra casa. Pasamos la tarde en mi estudio, con los mapas desplegados sobre el escritorio y la grabadora en marcha. Más tarde, durante la cena preparada por mi esposa Moira, los veteranos me relataron sus experiencias posteriores al Día D en Normandía, Holanda, Bélgica, Alemania y Austria. Todos ellos habían leído mi libro *Pegasus Bridge*, que el Eisenhower Center entrega a cada veterano que realiza una entrevista con nosotros. Winters sugirió que la historia de la Compañía E podría ser un buen tema para un libro.

En aquella época yo estaba trabajando en el tercer y último volumen de una biografía de Richard Nixon. La idea de Winters, no obstante, me pareció muy interesante por varias razones. Cuando terminé de escribir el libro sobre Nixon, quise volver a la historia militar. Mi proyecto era escribir un libro que hablase sobre el Día D, pero no quería comenzar hasta 1992, con la intención de que se publicase durante la celebración del 50 aniversario del desembarco, el 6 de junio de 1994. He llegado a un momento de mi vida en el que, si no escribo algo todos los días, no soy feliz, de modo que estaba buscando un tema de la Segunda Guerra Mundial que tuviese alguna relación con el Día D.

Una historia sobre la Compañía E era perfecta. Yo conocía la historia de la 6.ª División Aerotransportada británica desplegada en el extremo del flanco izquierdo en el Día D gracias a la investigación y las entrevistas que había realizado para escribir

Pegasus Bridge. Conocer la historia de una Compañía que se encontraba desplegada en el extremo del flanco derecho resultaba muy tentador.

Y había incluso un factor aún más tentador. Entre los cuatro veteranos que aquella noche se sentaban alrededor de nuestra mesa se percibía una intimidad que, si bien no era única o diferente después de haber pasado un cuarto de siglo entrevistando a veteranos de guerra, era ciertamente inusual. Mientras hablaban acerca de otros miembros de la Compañía, acerca de las reuniones que habían celebrado a lo largo de las décadas, era evidente que seguían siendo hermanos de sangre. Aunque estaban repartidos por todo el continente norteamericano y el extranjero, conocían a las esposas, los hijos y los nietos de los demás, sus éxitos y problemas. Se visitaban con regularidad, se mantenían en estrecho contacto por correo y por teléfono, se ayudaban mutuamente cuando se producía alguna emergencia y en épocas duras. Y lo único que tenían en común era su experiencia de tres años en la Segunda Guerra Mundial, cuando el Ejército de Estados Unidos los había reunido por azar.

La forma en que se había desarrollado esta notable intimidad despertó en mí una gran curiosidad. Es algo que todos los Ejércitos se han esforzado por crear en todas partes a lo largo de la historia pero raramente han conseguido, y nunca mejor que con la Compañía E. La única forma de satisfacer mi curiosidad era realizar una investigación y escribir la historia de la Compañía.

En mayo de 1990, Drez asistió a la reunión celebrada por la Compañía en Orlando, Florida, donde grabó en vídeo ocho horas de entrevista colectiva. Aquel mismo mes hice una entrevista de tres días con Gordon en mi estudio. En julio visité a Winters en su granja de Pennsylvania, donde le entrevisté durante cuatro días. Al cuarto día, media docena de miembros de la Compañía que vivían en la costa este llegaron a la granja para una entrevista colectiva. A finales de 1990 pasé una semana en la casa de Carwood Lipton en Southern Pines, donde se nos unió Bill Guarnere. Luego volé a Oregón para pasar otro fin de semana con Don Malarkey y un grupo de veteranos residentes en la costa oeste.

Entrevisté a otra docena de miembros de la Compañía por teléfono y mantuve una nutrida correspondencia con prácticamente todos los miembros vivos de la unidad. Ante mi insistencia, diez de esos hombres han escrito sus recuerdos de la guerra, con textos que van de las diez a las doscientas páginas. Me han remitido copias de cartas enviadas durante la contienda, diarios y recortes de periódicos.

En noviembre de 1990, Moira y yo visitamos los campos de batalla en Normandía y Bélgica donde habían luchado los hombres de la Compañía E. Entrevisté a numerosos franceses de la zona donde la Compañía había combatido y que vivían allí en el momento del desembarco. En julio de 1991 visitamos los escenarios de las batallas de la Compañía E a través de Europa en compañía de Winters, Lipton y

Malarkey. Winters, Moira y yo pasamos una tarde con el barón coronel Frederick von der Heydte en su casa cerca de Munich.

La señora Barbara Stoessel, viuda del soldado David Webster, me entregó copias de las cartas que envió a sus padres desde Europa y el extenso manuscrito del libro sobre sus recuerdos de la Segunda Guerra Mundial. Webster era un agudo observador y también un excelente escritor. Su contribución fue fundamental.

Currahee!, el álbum de recortes escrito por el teniente James Morton y publicado por el 506.º Regimiento de Infantería de Paracaidistas en 1945 también fue una fuente fundamental para este libro. Don Malarkey me regaló un ejemplar, un gesto muy generoso de su parte ya que se trata de un libro muy raro. Rendezvous with Destiny, la historia de la 101 División Aerotransportada, escrito por Leonard Rapport y Arthur Northwood, proporcionó el escenario principal además de hechos, cifras, detalles, atmósfera y mucho más. Otras fuentes utilizadas para la elaboración de este libro constan en el texto.

Cuando escribí Pegasus Bridge tomé la decisión de no enseñarle el manuscrito al mayor John Howard, comandante en jefe de la Compañía D, Infantería Ligera de Oxfordshire y Buckinghamshire, y a ninguno de los treinta soldados británicos de las tropas aerotransportadas en planeadores que había entrevistado para el libro. Estaba trabajando con un plazo de entrega que hacía imposible asumir los meses que hubiese llevado esa tarea. Los veteranos se habían contradicho con frecuencia respecto a cuestiones superficiales y, muy raramente, en cuestiones importantes. Ni uno solo de ellos hubiera aceptado lo que yo había escrito como totalmente exacto, y temía que, si leían el manuscrito, me vería sometido a una interminable porfía sobre cuándo sucedió esto o aquello, o qué sucedió realmente, o por qué sucedió.

Yo pensaba que era mi responsabilidad aplicar mi mejor criterio con respecto a lo que era verdad, lo que había sido recordado erróneamente, lo que había sido exagerado por los veteranos que relataban sus viejas historias, qué actos heroicos había protagonizado un hombre demasiado modesto como para vanagloriarse de ellos.

En resumen, creía que, aunque fuese su historia, era mi libro. John Howard mostró su disgusto al no haber podido sugerir cambios y correcciones en el texto. Desde la publicación de Pegasus Bridge me ha convencido de que él tenía razón y yo me había equivocado. Si yo hubiese dispuesto del tiempo necesario y hubiera permitido que John y los demás veteranos introdujeran correcciones, críticas y sugerencias, sin duda el libro habría sido mejor y más preciso.

De modo que el manuscrito de este libro ha circulado entre los hombres de la Compañía E. He recibido muchas críticas, correcciones y sugerencias de cambios. Winters y Lipton, especialmente, lo revisaron línea por línea. Esta obra, por lo tanto,

es en gran parte el resultado de un esfuerzo colectivo. Ninguno de nosotros pretende que ésta sea toda la historia de la Compañía, una tarea realmente imposible si tenemos en cuenta las imprecisiones de la memoria y la ausencia de los testimonios de hombres que perdieron la vida en la guerra o han muerto desde entonces. Pero sí creemos que, a través de nuestras exhaustivas comprobaciones, nuestras llamadas telefónicas y cartas, nuestras visitas a los campos de batalla, nos hemos acercado lo máximo que hemos podido a la verdadera historia de la Compañía E.

Para mí ha sido una experiencia memorable. Yo tenía diez años cuando terminó la Segunda Guerra Mundial. Como muchos otros estadounidenses de mi edad, siempre he admirado a los soldados. Pensaba que lo que ellos habían hecho estaba más allá de cualquier elogio. Aún lo pienso. El hecho de llegar a conocer tan bien a un puñado de miembros veteranos de una de las divisiones más famosas de todas, la del Águila Aullante, ha sido un privilegio. Puedo alardear con orgullo de que me hayan convertido en miembro honorario tanto de la Compañía E como de la D del Regimiento de Infantería Ligera de Oxfordshire and Buckinghamshire; con ello tengo cubiertos ambos flancos. Mi copa está colmada.

Stephen E. Ambrose

Eisenhowerplatz, Bay St. Louis
Octubre 1990 - Mayo 1991

The Cabin, Dunbar, Wisconsin
Mayo - Septiembre 1991

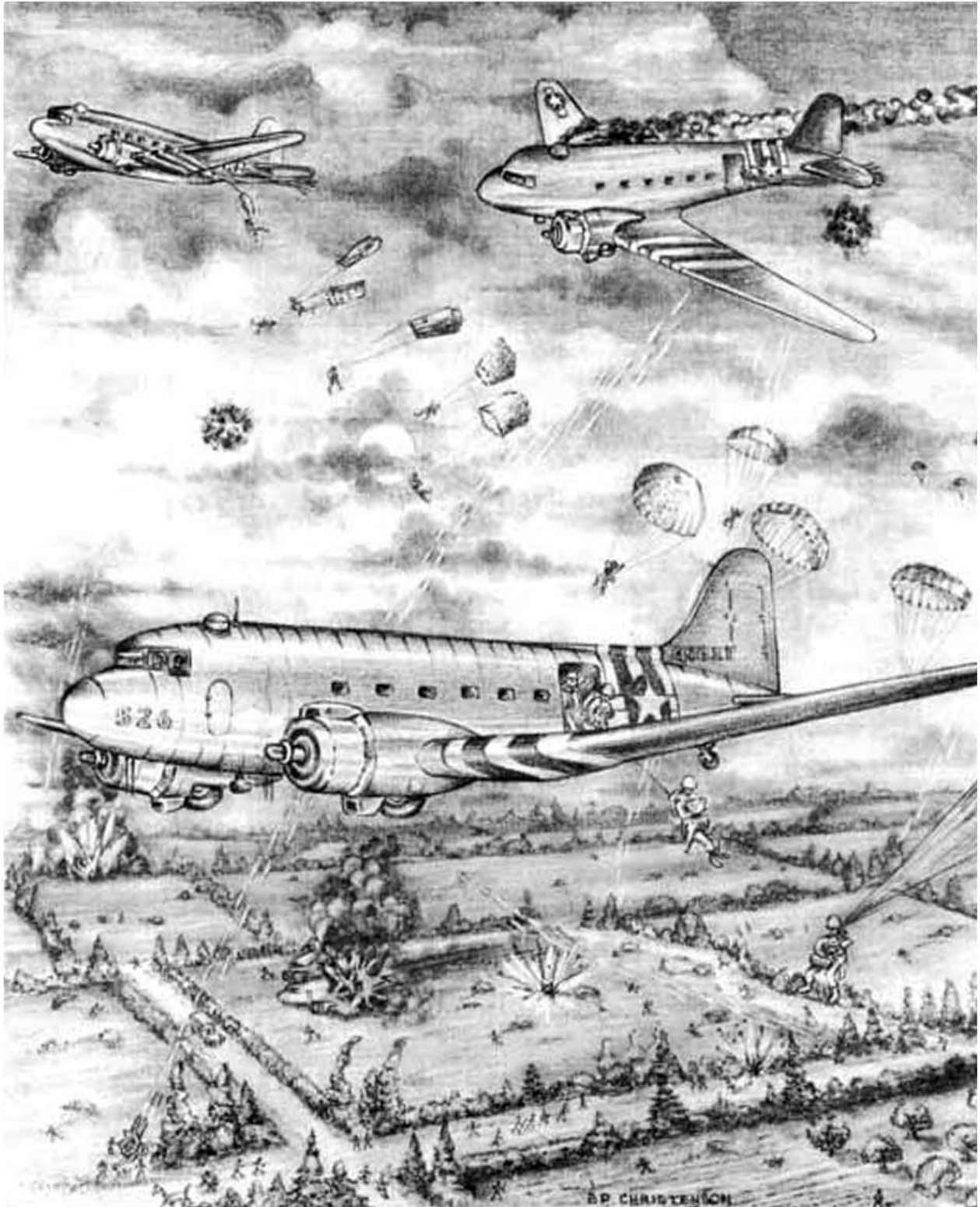


El coronel Robert F. Sink (arriba izquierda), primer y único comandante del 506 Regimiento; el capitán Herbert Sobel (abajo izquierda), primer comandante de la Compañía E, y el teniente Richar Winters (abajo), jefe de pelotón en la Compañía E. La Compañía, nacida en Toccoa, Georgia, en julio de 1942, fue entrenada y modelada por estos hombres, Sink y Winters eran duros pero justos y respetados; Sobel era un ordenancista detestado por sus hombres. Sin embargo, como dijo el soldado Rod Strohl cuarenta y nueve años más tarde: "Herbert Sobel hizo la Compañía E". El riguroso entrenamiento en Estados Unidos salvó muchas vidas durante los combates en Europa.



El entrenamiento se intensificó en Inglaterra durante el invierno de 1943-44. Cuando Ike y Churchill pasaron revista a la Compañía E en marzo, los hombres estaban en perfecta forma física y ansiosos por entrar en combate. En la tarde del 5 de junio, la compañía se dirigió a los aviones de transporte C-47 en le aeródromo de Uppottery; luego, los hombres subieron a bordo para su primer salto de combate, aquel en el cual “¡tus problemas comienzan después de tocar tierra!”





El sargento Burgon Christenson, de la Compañía E, realizó este dibujo del momento del salto. El teniente Winters es el primero en saltar del avión; Christenson se encuentra justo detrás. El cielo estaba iluminado por la luz de la luna además de las explosiones y los incendios. Los paracaidistas eran blanco del fuego enemigo a bordo del avión, en el descenso y en tierra.

El soldado raso Forrest Guth (derecha) y los soldados rasos John Eubanks y Walter Gordon (centro) exhiben sus primeros recuerdos, el 6 de junio de 1944. Extremo inferior: el 7 de junio, en la plaza de Ste. Marie-du-Mont, los soldados rasos Guth, Frank Mellet, David Morris, Daniel West, Floyd Talbert y C. T. Smith, de la Compañía E, posan junto con tres soldados de infantería de la 4 División (en la segunda fila) que habían llegado desde la Playa Utah.



WALTER GORDON





Carentan, donde la Compañía E libró su primera gran batalla como compañía completa. Winters llevó a sus hombres por la carretera de la izquierda en un asalto frontal contra una ametralladora alemana emplazada en el edificio de la derecha.



Después de la toma de Carentan, la Compañía E estableció una línea defensiva fuera del pueblo, donde rechazó numerosos contraataques alemanes. Aquí, Walter Gordon y Frank Mellet ocupan su nido de ametralladoras en la línea de frente.



El 18 de septiembre de 1944, el pueblo de Eindhoven da la bienvenida a sus libertadores de la Compañía E y el 506.



Arriba: el soldado David Webster en Eindhoven. Webster era un estudiante de Harvard especializado en literatura inglesa que quería ser escritor y fue un observador agudo y sensible de los sucesos de la guerra.



El Capitan Winters fuera del cuartel general del coronel Strayer en Holanda, en octubre de 1944. Estaba allí para planificar una audaz operación de rescate de paracaidistas británicos en la otra orilla del Rin, cerca de Arnhem, que fue llevada a cabo con éxito en la noche del 22 al 23 de octubre.



El 3er pelotón Compañía E subiendo a los camiones de diez toneladas en Mourmelon, en la tarde del 18 de diciembre. Los alemanes habían roto las líneas estadounidenses en las Ardenas. Escasa de comida, municiones y ropa de invierno, la Compañía E tenía que llegar a Bastogne antes de que lo hicieran las fuerzas alemanas.



Arriba: el sargento primero Carwood Lipton en su hoyo de protección en Bastogne. La Compañía E mantuvo sus posiciones durante casi un mes; devolvieron todo lo que las divisiones blindadas alemanas de la SS les arrojaban, resistieron las terribles condiciones atmosféricas y finalmente obtuvieron la victoria.



A mediados de enero comenzó el contraataque estadounidense. En una situación crítica durante el ataque a Foy, el capitán Ronald Speirs tomó el mando de la compañía y la dirigió hacia el pueblo. Era aún más duro de lo que parece, un excelente jefe de compañía de fusileros y oficial, muy respetado por sus hombres.

El capitán Lewis Nixon en la mañana del día de la Victoria, el 8 de mayo de 1945.



El sargento Floyd Talbert sobre uno de los coches de la plana mayor de Hitler. Cuando le ordenaron que lo entregase al estado mayor, Talbert decidió hacer antes un experimento para comprobar si los cristales eran realmente a prueba de balas. Descubrió que la munición antitanque era capaz de atravesar los cristales. Luego, quitó el agua del radiador. Sólo entonces hizo entrega del vehículo al estado mayor del regimiento.



El mayor Winters posa debajo de la misma puerta de Holanda, en que fue fotografiado en octubre de 1944, cuarenta y siete años antes.

Notas

[¹] Kurt Gabel, *The Making of a Paratrooper: Airborne Training and Combat in World War II*. [Lawrence, Kan.: University Press of Arkansas, 1990], p. 142. [Volver](#)

[2] J. Glenn Gray, *The Warriors: Reflections on Men in Battle* [New York: Harper & Row, 1959], pp. 43, 45, 46. [Volver](#)

[3] Expresión con la que espoleaba a su caballo *El llanero solitario*, un famoso personaje de cómic norteamericano de los años cincuenta. (N. del T.) [Volver](#)

[4] La expresión en inglés es *chickenshit*, literalmente mierda de gallina, y la falta de un equivalente exacto en español (aunque en el Ejército debe de haber decenas de epítetos para designar a esta clase de oficiales) impide conservar el tono del original. (N. del T.) [Volver](#)

[5] Paul Fussell, *Wartime: Understanding and Behaviour in the Second World War* [New York: Oxford University Press, 1989], p. 80. [Volver](#)

[6] *Ibíd.* [Volver](#)

[7] «Hitler cometió un único error importante cuando construyó su Muro del Atlántico —les gustaba decir a los paracaidistas—: Olvidó ponerle techo». [Volver](#)

[8] Leonard Rapport y Arthur Morthwood, Jr., Rendezvous with estiny: A History of the 101st Airborne División (Fort Campbell, "101" Airborne División Association, 1948), pp. 68-69. [Volver](#)

[9] Donald R. Burgett, Currahee! (Boston: Houghton Mifflin, 1967), p. 67. [Volver](#)

[10] Los Exploradores eran voluntarios especialmente entrenados que saltaron una hora antes que el cuerpo principal de la invasión para colocar un radiofaro en la zona de descenso para guiar al Primer avión. Los Exploradores de la Compañía E eran el capitán Richard Wright y el soldado Carl Fenstermaker. [Volver](#)

[11] Fussell, Wartime, p. 282. [Volver](#)

[12] S.L.A. Marshall, *Night Drop: The American Airborne Invasion of Normandy* (Boston: Little, Brown, 1962), pp. 281-86. Marshall ha recibido duras críticas por los errores cometidos en su obra, especialmente por parte de paracaidistas que tomaron parte en la invasión. Sin embargo, cuenta con mi simpatía y comprensión; escribir con precisión acerca de una batalla de la que dispones de informes contradictorios de testigos presenciales y protagonistas es un verdadero desafío. Los historiadores militares lo hacen lo mejor que pueden. [Volver](#)

[13] Rapport y Northwood, Rendezvous with Destiny, p. 166. [Volver](#)

[14] En 1990, Winters escribió: «Más tarde, al recordar aquella acción con el mayor Hester, hizo un comentario que siempre ha hecho que me sienta orgulloso del comportamiento de los hombres de la Compañía E aquel día. Como oficial, Hester había estado en posición de ver ya otra compañía en una situación similar, atrapada bajo el fuego de una ametralladora enemiga. Los hombres se habían quedado paralizados por el miedo y sufrido fuertes bajas. La Compañía E, en cambio, había continuado el avance hasta completar el trabajo y la ametralladora no había conseguido detenerles». [Volver](#)

[15] Washington Star, 25 de junio, 1944. [Volver](#)

[16] Basándose en esta historia, Steven Spielberg rodó la película Salvad al soldado Ryan. [Volver](#)

[17] Cuartel General supremo de la Fuerza Aliada Expedicionaria. [Volver](#)

[18] Rapport y Northwood, Rendezvous with Destiny, p. 269. [Volver](#)

[19] Rapport y Northwood, Rendezvous with Destiny, p. 359. [Volver](#)

[20] John S.D. Eisenhower, ed., Letters to Mamie (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1978), p. 244. [Volver](#)

[21] Cuando realicé una entrevista conjunta con Strohl y Winters en el verano de 1990, la conversación que mantuvimos fue la siguiente:

AMBROSE: De modo que Rod regresa y le dice: «Los alemanes han penetrado por aquí». Ahora continúe usted la historia.

WINTERS: Permítame decirle que cuando Rod entra, ha estado combatiendo. Está sin aliento y una sola mirada basta para saber que ese tío acaba de vérselas con la muerte. De eso no hay la menor duda.

STROHL: No tenía tan mal aspecto.

WINTERS: No tienes por qué avergonzarte por eso. Alguien te había disparado.

STROHL: Él está diciendo que me cagué en los pantalones. Nunca. [Volver](#)

[22] Paul Fussell, *Wartime*, p. 282. [Volver](#)

[23] Excepto determinada muerte. La Wehrmacht en Normandía, por ejemplo, colocaba a sargentos alemanes detrás de los reclutas extranjeros. Un soldado polaco en las filas de la Wehrmacht se las ingenió para que lo hicieran prisionero en la Playa Omaha. Durante su interrogatorio le preguntaron cómo hacían los soldados de primera línea para soportar el bombardeo aéreo y naval. «Sus bombas pueden ser muy persuasivas —contestó el soldado polaco—, pero el sargento que tenía a mi espalda con una pistola en la mano lo era aún más». El Ejército norteamericano no hacía las cosas de ese modo. [Volver](#)

[24] Gray, The Warriors, p. 119. [Volver](#)

[25] Gray, The Warriors, p. 82. [Volver](#)

[26] Gray, The Warriors, pp. 17-18. [Volver](#)

[27] Expresión que significaba que el soldado había sufrido una herida tan grave que sería enviado a casa. (N. del T.) [Volver](#)

[28] Rapport y Northwood, Rendezvous with Destiny, p. 422. [Volver](#)

[29] Rapport y Northwood, Rendezvous with Destiny, p. 462. [Volver](#)

[30] Ralph Ingersoll, *Top Secret* (Nueva York: Harcourt Brace, 1946). [Volver](#)

[31] La respuesta fue «Nuts». Verdaderamente la traducción literal se acercaría a la expresión «los cojones». [Volver](#)

[32] Rapport y Northwood, Rendezvous with Destiny, p. 545. [Volver](#)

[33] En la página 549 del libro *Rendezvous with Destiny* aparece una fotografía de aquella cena. Los oficiales tienen una expresión melancólica, pero lo que los hombres de la Compañía E me hicieron notar es el entorno lujoso (todo es relativo, reconocen). Uno de aquellos oficiales de estado mayor era el teniente coronel (más tarde teniente general) Harry W.O. Kinnard. Veinte años más tarde, durante una entrevista sobre la batalla de las Ardenas, Kinnard dijo: «Nunca pensamos que seríamos derrotados. Estábamos repeliendo todos sus ataques. Teníamos las casas y estábamos abrigados. Ellos estaban en las afueras de la ciudad, en medio de la nieve y el frío». Todos los miembros supervivientes de la Compañía E me han enviado una copia de esa historia aparecida en un periódico, acompañada de comentarios cáusticos, el más suave de los cuales era: «¿En qué batalla estuvo?» Aquella noche, la cena de Winters consistió en «cinco habichuelas y una taza de caldo frío». [Volver](#)

[34] Rapport y Norhwood, Rendezvous with Destiny, p. 586. [Volver](#)

[35] Citado en Keegan, *The Face of Battle*, pp. 335-336. [Volver](#)

[36] En 1991 nos encontrábamos en ese mismo lugar en compañía de Winters, Lipton y Malarkey. Cuando Winters comentó que había instalado una de las ametralladoras exactamente en ese punto, señalando los pies de mi esposa Moira, ella bajó la mirada, se agachó, recogió un casquillo del calibre 30 y se lo entregó a Winters. (El campo había sido arado hacía unos días.) [Volver](#)

[37] John Keegan, *The Face of Battle* (Nueva York: Penguin Books, 1976), p. 16.

[Volver](#)

[38] García tiene otro recuerdo de aquel día: «Uno de los incidentes que más me afectó fue el espectáculo de un caballo caído en medio de la nieve y completamente indefenso porque un trozo de metralla le había roto los remos delanteros. Uno de los suboficiales puso fin a sus sufrimientos con un par de balas en la cabeza. Aunque la brutalidad entre los hombres es algo ya bastante trágico, ver que animales indefensos sufren a causa de sus acciones es más trágico todavía». [Volver](#)

[39] Gray, The Warriors, p. 24. [Volver](#)

[40] Gray, The Warriors, pp. 28-29. [Volver](#)

[41] Gray, The Warriors, pp. 43-46. [Volver](#)

[42] Citado en Gray, The Warriors, p. 52. [Volver](#)

[43] Juego de palabras con la frase de una famosa canción que dice // don't mean a thing if you ain't got that swing (No significa nada si no tienes ese ritmo). En el original en inglés se ha cambiado la palabra swing (ritmo) por ring (anillo) aprovechando su similitud fonética. (N.del T.) [Volver](#)

[44] «Ser requerido para llevar a cabo órdenes en las que no cree —escribe Glenn Gray—, impartidas por hombres que a menudo se encuentran muy lejos de las realidades relacionadas con esas órdenes... es el panorama familiar del soldado de combate... En las posiciones de la línea del frente, es una bendición que, con frecuencia, las órdenes puedan ser desobedecidas, ya que la supervisión no es muy exacta donde está presente el peligro de muerte. Muchos soldados escrupulosos han descubierto que podían hacer una nueva interpretación de las órdenes militares según su propio criterio antes de obedecerlas». *The Warriors*, p. 189. [Volver](#)

[45] Rapport y Northwood, *Rendezvous with Destiny*, pp. 697-99. [Volver](#)

[46] Al escribir sobre la experiencia de los reclutas estadounidenses con el pueblo alemán y sobre el efecto de sentir que eran «como nosotros», señala Glenn Gray: «El enemigo no podía haber cambiado tan rápidamente de ser una bestia a un ser humano agradable. Por lo tanto, la conclusión que se imponía por fuerza en los reclutas estadounidenses era que habían estado cegados por el miedo y el odio y la propaganda de su propio gobierno». Gray, *The Warriors*, p. 152. [Volver](#)

[47] Rapport y Northwood, Rendezvous with Destiny, p. 715. [Volver](#)

[48] Rapport y Norhwood, Rendezvous with Destiny, p. 723. [Volver](#)

[49] Browning Automatic Rifle. [Volver](#)

[50] Rapport y Norhwood, Rendezvous with Destiny, p. 775. [Volver](#)

[51] Aquel episodio, como se recordará, acabó en un terrible fracaso cuando los helicópteros que transportaban a los militares estadounidenses se estrellaron en el desierto iraní antes de haber cumplido su misión de rescate. (N. del T.) [Volver](#)